HENRI MASSIS

LA VIDA INTELECTUAL DE FRANCIA EN TIEMPO DE MAURRAS



Ediciones Rialp, S. A.
Madrid, 1956

Título original francés:
Maurras et notre temps
(Ed. La Palatine, Paris-Geneve)

Traducción de
JUAN SEGURA

Rivadeneyra, S. A.—Paseo de Onésimo Redondo, 26.—Madrid.

LA VIDA INTELECTUAL DE FRANCIA EN TIEMPO DE MAURRAS



I N D I C E

Páginas

I

A PIERRE VARILLON

Páginas

II

A GUSTAVE THIBON

Páginas

Páginas

III

A V. A. DEBIDOUR

Páginas

IV

A JEAN ROLIN

Páginas

APENDICE

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO ACTUAL

DIRIGIDA POR **RAFAEL CALVO SERER**

1. ROMANO GUARDINI: *El mesianismo en el mito, la revelación y la política.* (Segunda edición.) Prólogo de ALVARO D'ORS y nota preliminar de RAFAEL CALVO SERER.
2. THEODOR HAECKER: *La Joroba de Kierkegaard.* (Segunda edición.) Estudio preliminar de RAMÓN ROQUER y una nota biográfica sobre Haecker, por RICHARD SEEWALD.
3. VICENTE PALACIO ATARD: *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII.* (Segunda edición.)
4. RAFAEL CALVO SERER: *España, sin problema.* (Segunda edición.) Premio Nacional de Literatura 1949.
5. FEDERICO SUÁREZ VERDEGUER: *La crisis política del Antiguo Régimen en España (1800-1840).* (En reimpresión.)
6. ETIENNE GILSON: *El realismo metódico.* (Segunda edición.) Estudio preliminar de LEOPOLDO PALACIOS.
7. JORGE VIGÓN: *El espíritu militar español. Réplica a Alfredo de Vigny.* (Segunda edición.) Premio Nacional de Literatura 1950.
8. JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO: *De Cánovas a la República.* (Segunda edición, aumentada.)
9. JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR: *El español y su complejo de inferioridad.* (Tercera edición.)
10. LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS: *El mito de la nueva Cristiandad.* (Segunda edición.)
11. ROMÁN PERPIÑÁ: *De estructura económica y economía hispana.* Estudio final de ENRIQUE FUENTES QUINTANA.
12. JOSÉ MARÍA VALVERDE: *Estudios sobre la palabra poética.*
13. CARL SCHMITT: *Interpretación europea de Donoso Cortés.* Prólogo de ANGEL LÓPEZ-AMO.
14. DUQUE DE MAURA: *La crisis de Europa.*
15. RAFAEL CALVO SERER: *Teoría de la Restauración.* (Segunda edición.)
16. JOSÉ VILA SELMA: *Benavente, fin de siglo.*
17. AURÉLE KOLNAI: *Errores del anticomunismo.*
18. ANGEL LÓPEZ-AMO: *El poder político y la libertad.* Premio Nacional de Literatura 1952.
19. AMINTORE FANFANI: *Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo.*

20. RAFAEL CALVO SERER: *La configuración del futuro.*
21. CHRISTOPHER DAWSON: *Hacia la comprensión de Europa.*
22. RAFAEL GAMBRA: *La Monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional.*
23. JOSÉ CORTS GRAU: *Estudios filosóficos y literarios.*
24. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *La estética del idealismo alemán.* Selección y prólogo de OSWALDO MARKET.
25. JOHN HENRY CARDENAL NEWMAN: *El sueño de un anciano.* Traducción, nota biográfica, prólogo y glosa de ANDRÉS VÁZQUEZ DE PRADA.
26. JUAN DONOSO CORTÉS: *Textos políticos.*
27. FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA: *La Monarquía tradicional.*
28. ALVARO D'ORS: *De la guerra y de la paz.* Premio Nacional de Literatura 1954.
29. THEODOR HAECKER: *El cristiano y la historia.*
30. VICENTE MARRERO: *La escultura en movimiento de Angel Ferrant.*
31. JORGE VIGÓN: *Teoría del militarismo.*
32. PETER WUST: *Incertidumbre y riesgo.*
33. FLORENTINO PÉREZ EMBID: *Nosotros, los cristianos.* (Segunda edición.)
34. FRITZ KERN: *Derechos del Rey y derechos del pueblo.* Estudio preliminar de ANGEL LÓPEZ-AMO.
35. JOSÉ IGNACIO ESCOBAR, JORGE VIGÓN, EUGENIO VEGAS LATAPIÉ: *Escritos sobre la instauración monárquica.* Prólogo y epílogo del MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS.
36. ANTONIO PACIOS, M. S. C.: *Cristo y los intelectuales.*
37. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *Textos sobre España.* Selección, estudio preliminar y notas de FLORENTINO PÉREZ EMBID.
38. HENRI MASSIS: *La vida intelectual de Francia en tiempo de Maurras.*
39. CARLOS CARDÓ y JOSÉ ROMEU FIGUERAS: *Tres estudios sobre literatura catalana.*
40. FRIEDRICH HEER: *La democracia en el mundo moderno.* Prólogo de VICENTE MARRERO.
41. GOETZ BRIEFS: *Entre capitalismo y sindicalismo. Situación crítica de la asociación obrera.*
42. SIR CHARLES PETRIE: *La Monarquía en el siglo XX.* Prólogo de JORGE VIGÓN.
43. RUSELL KIRK: *La mentalidad conservadora en Inglaterra y Estados Unidos.*
44. JOSÉ TORRAS Y BAGES, JUAN MARAGALL, FRANCISCO CAMBÓ: *La actitud tradicional en Cataluña.* Prólogo de LUIS DURÁN Y VENTOSA. (En prensa.)
45. ERIK VON KUEHNELT LEDDIHN: *Libertad o igualdad. La disyuntiva de nuestro tiempo.* (En prensa.)

46. RAFAEL CALVO SERER: *Política de integración.*
47. ANTONIO MILLÁN PUELLES: *Ontología de la existencia histórica.* (Segunda edición.)
48. VICENTE MARRERO: *Picasso y el toro.* (Segunda edición.)
49. GUILLERMO MORÓN: *El libro de la fe.*
50. VICENTE MARRERO: *Maeztu.* Premio Nacional de Literatura "Menéndez Pelayo" 1955.
51. CARDENAL ISIDRO GOMÁ Y TOMÁS, Arzobispo de Toledo. Primado de las Españas: *Pastorales de la guerra de España.* Estudio preliminar de SANTIAGO GALINDO HERRERO.
52. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *La filosofía española.* Selección e introducción de CONSTANTINO LÁSCARIS COMNENO.
53. JOSEPH DE MAISTRE: *Consideraciones sobre Francia.* Estudio preliminar de RAFAEL GAMBRA.
54. JORGE VIGÓN: *Años de indecisión.*
55. JOSEF PIEPER: *Sobre el fin de los tiempos.*
56. RAMIRO DE MAEZTU: *Frente a la República.* Selección y estudio preliminar de GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA.
57. FRAY JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, O.S.A., Obispo de Túy: *La responsabilidad de los universitarios.*
58. KARL VOSSLER: *Romania y Germania.* Traducción y estudio preliminar de JOSÉ LUIS VARELA.
59. WALDEMAR GURIAN: *Bolchevismo. Introducción al comunismo soviético.*

MANUALES DE LA

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO ACTUAL

1. *La Pedagogía contemporánea,* por EMILE PLANCHARD, Profesor en la Universidad de Coimbra. Traducción y adaptación por VÍCTOR GARCÍA HOZ, Catedrático de Pedagogía en la Universidad de Madrid.
2. *Geografía General, Física y Humana,* por ANDRÉ ALLIX, Rector de la Universidad de Lyon. Traducción y adaptación por JOSÉ MANUEL CASAS TORRES, Catedrático de Geografía en la Universidad de Zaragoza.
3. *Fundamentos de Filosofía,* por ANTONIO MILLÁN PUELLES, Catedrático de Filosofía en la Universidad de Madrid.
4. *Fundamentos de política económica,* por WALTER EUCKEN. Traducción de JOSÉ LUIS GÓMEZ DELMÁS.

Desearía comenzar esta semblanza de Maurras y nuestro tiempo con unas palabras que él pronunció cierto día y que juzgo llenas de un profundo significado. Fueron para mí una especie de llave de oro y a ellas vuelvo siempre que intento penetrar el secreto de este hombre "incomprensiblemente desconocido".

Sucedió en los humildes comienzos de "Acción Francesa", cuando todavía no era más que una pequeña revista desconocida, cuyas pruebas corregían Maurras y los suyos en las mesas del café de Flore. Componían el grupo seis o siete hombres que discutían ardientemente acerca de los medios de salvación de Francia, ejercitándose en pensar y sentir en común para, del mismo modo, pasar a la acción un día. Entre ellos se hallaba un tal Octave Tauxier, que ya había llamado la atención de Lemaitre y Bourget por sus brillantes comienzos. Era un joven de enérgico espíritu y, según el testimonio del propio Maurras, uno de los primeros de su generación en presentir que el predominio intelectual, el prestigio, la novedad, iban a pasar de las izquierdas a las

derechas. Un mal implacable le arrebató prematuramente a sus amigos.

Cuando le dijeron a Maurras: "Tauxier ha muerto", pronunció estas impresionantes palabras que años más tarde Bainville me repitió: "¡No se muere!". Lo dijo con voz sorda, apretando los puños, con un velo de dolor y rabia en los ojos. ¡No, no se muere cuando existe una obra por hacer, cuando ante nosotros hay bienes que salvar, males que abolir, una lucha a que consagrarse y trabajo para más de medio siglo! Él mismo Maurras y sus camaradas no suponían que tuviera el pecho atacado cuando, casi a los cuarenta años, se comprometió a fundar su periódico, lo que le impidió curarse, pasando las noches entre vapores de plomo, en imprentas asfixiantes. "¡No se muere!" Había cólera en las lágrimas que Maurras contuvo a la muerte de Tauxier. ¡Que un espíritu de tal fuerza, de tal capacidad nos falte a nosotros precisamente que partimos para formar una de esas minorías activas, llenas de energía en el espíritu, a las que, como el mismo Tauxier afirmaba, se debe el porvenir!

He ahí el verdadero sentido de protesta, de despecho, que encerraban las palabras de Maurras!

—Me han dicho—había añadido Bainville (recuerdo, una vez más, nuestro despacho de la calle del Dragón, a algunos pasos de la vieja casa a la que Maurras, a los veinte años,

había venido para vivir con su madre y en la que la luz velada del cielo de París le hacía suspirar tristemente por los estanques soleados de su Martigues natal)—, me han dicho, que Maurras no quiso asistir a las exequias de Tauxier. Trataba de repudiar la injusticia del destino para no sentirse humillado, rebajado, para no dejar entrar la muerte, con sus lágrimas y su duelo, en la naciente "Acción Francesa".

Naturalmente, Maurras se indigna ante la falsedad del hecho y la dureza de corazón que supone. Pero si la reacción que se le imputa parece realmente un poco exagerada, la anécdota tiene un sentido que la justifica. El día en que pude hablar de esto con él Maurras gritó hasta encolerizarse, pero añadió: "Como contrapartida, he aquí una historia que tiene sobre la vuestra el mérito de ser auténtica. Tendría yo seis o siete años y me hallaba inquieto, trastornado por una pequeña Historia de Francia. Lo más seco y frío que pueda imaginarse. Todo preguntas y respuestas. Mas por ella desfilaban los grandes reinos y los grandes hombres. Pero lo que les hacía perder ante mí era el hecho de que todos muriesen. Carlomagno fué, sin embargo, por bastante tiempo, mi elegido hasta el día en que comprendí que la frase "Se extinguió en Aix-la-Chapelle" quería decir que sufrió la misma suerte que los demás. Tuve que hacerme a la idea de un oscuro carolingio, cuya fecha de defun-

ción se habían olvidado de consignar. ¡Y había sido durante tanto tiempo, para mí, el vencedor de la Historia!"...

Al moralista excitado que se hipnotiza ante un miserable polvo de cenizas él responde: ¿Qué acción puede perdurar? ¿Qué acto subsistir? ¡Nada, nadie! Maurras afirmaba que "la caída en el abismo no puede ser más que parcial". Si algo permanece, dice, quienquiera que sea, puede allí sobrevivir. Y lo que Maurras retiene de la aparente victoria de la muerte es la desigualdad de los manes.

¿No existen, junto a las grandezas divinas, otras humanas en las que lo eterno y lo universal continúen reflejándose?

Ante este instintivo horror al no-ser, esta especie de estupor que le producen los "lugares inferiores del inverosímil sueño", Maurras va más lejos aún. A los jóvenes asqueados de ver cómo la democracia les separa, día a día, de los bienes más firmes de su herencia francesa y que claman con amargura: "Nada tiene importancia; después de todo, es preciso morir", Maurras, en vez de irritarse, reflexiona y, pensativo, les responde: "¿Quién sabe?, es decir, ¿en qué se fundan? ¿En que todo el mundo hasta aquí ha muerto? Hasta hoy, quizá, pero ¿qué prueba esto? ¡Dios mismo puede cambiar de parecer!"

Esta negativa a morir la sentimos a través de toda la obra de Maurras. Es el tema de que se alimenta toda la aventurada medita-

ción del poeta que renueva el mito de Prometeo, rebelándose contra la piedad que se aflige ante tantas jóvenes víctimas ofrecidas a la causa sagrada, y que inspira, también, y motiva una doctrina política, social, estética, perpetuamente dirigida contra todo lo que tiende a empeñecer, a disociar, a corromper el orden de las cosas y los seres; en una palabra, a introducir gérmenes mortales en los espíritus, en las instituciones, en el hombre como en la ciudad.

Incluso ante la muerte, Maurras no deja de esperar.

I

A PIERRE VARILLON

Retorno a las fuentes.

—La Filosofía me ha apasionado siempre —decía una tarde Charles Maurras a los estudiantes de *Acción Francesa*—. Entré en contacto con ella desde muy niño, por medio del catecismo. Pero adquirí una conciencia clara a través de los cursos de instrucción religiosa que nos daba el futuro obispo de Moulins, Mons. Penon, mi primer y último maestro. Me hallaba muy preocupado por cuestiones metafísicas, religiosas, morales y les dedicaba mucho más tiempo que hoy, completamente absorbido por la acción.

Después, evocando los recuerdos de su propia juventud, de aquel colegio de Aix en el que hizo sus estudios, de la clase de Filosofía en la que ya escribía, Maurras narra sus comienzos de escritor:

—Cuando llegué a París, algunos días después de mi último examen de bachillerato, no abandoné la Filosofía, al contrario... Durante los cuatro años que siguieron, de 1885 a 1889, me dediqué únicamente a ella. Escribía, pues era necesario, e incluso imprimía. ¡Muy pronto, demasiado pronto! Mi primer artículo apareció en febrero de 1886 (tenía dieciséis años) en la "Revista de Filosofía Cristiana". Era la reseña

crítica de un mediocre manual de clase. Pero dos meses más tarde, en abril, publiqué un trabajo bastante concienzudo sobre las *Leçons de philosophie* de Elie Rabier, cuyo nombre nada os dice ya hoy: era un gran profesor, perteneciente al tribunal de oposiciones a Instituto; acabó, según creo, de inspector general... Recibí una carta suya de ocho páginas que me halagó y me sirvió de estímulo. Poco tiempo después Rabier confesó a algunos jóvenes colegas que el mejor artículo aparecido sobre su obra era de un tal Maurras. El nombre de la revista y el contenido del artículo le hicieron pensar que este Maurras debía ser un viejo tomista. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando, queriendo conocer a su censor, descubrió que no tenía barba!

—Sí,—continuó Maurras—, la Filosofía fué la más profunda pasión intelectual de mi juventud: ¡la Filosofía, bella y noble señora!, dice el poeta de la *Vita Nuova*. ¡No soy de los que creen que Beatriz jamás haya existido, que sólo simboliza a la celeste Ciencia de las Ciencias; pero es evidente que el poeta identifica paulatinamente a la joven florentina con esa Teología que dirige las ascensiones lúcidas del espíritu!

La "parte perversa" de Pascal.

Hoy, cuando se le condena al silencio, escuchamos con emoción a Maurras evocar las preocupaciones, las oscilaciones de su primera juventud y decirnos: "Un primo mío, heredero de la biblioteca de los capuchinos de Martigues, me había regalado, cuando me ocupaba en Filosofía,

una bella *Summa* del siglo XVII, a cuya lectura me entregué con más entusiasmo que provecho, quizá porque tenía otros compañeros, además de Santo Tomás, tales como Schopenhauer y Kant, sin olvidar al funesto Pascal.

Kant, Pascal, el "funesto Pascal". Del fondo de mi memoria surgen estas confidencias que Maurras me hizo un día:

—Mi venerado maestro Mons. Penon, conocedor de mi agnosticismo, demasiado evidente para que no le desolara, quería hacer responsable de él a Kant, a Emmanuel Kant. "¡La culpa es de Kant!", decía. Nunca he podido convencerle de lo contrario. El responsable era Pascal, quien recogiendo los argumentos que Montaigne había tomado de los académicos y pirrónicos para luego traducirlos en un lenguaje patético, me había descubierto la imposibilidad de la metafísica... A las ideas por las que Montaigne se pasea canturreándonos su sonriente ironía, el tono, el acento grave de Pascal imprime una grandeza trágica. Así Pascal me predispuso al kantismo, a Berkeley, a Hume... Heredero, a través de Montaigne, de los escépticos, abría mis ojos la primera vez a la duda filosófica. Me invitaba al idealismo subjetivo, sin que me fuese posible dudar. ¡Pascal, este Blaise Pascal, que ha vivido nuestro espíritu dos siglos antes que nosotros, llevaba en sí el germen de las enfermedades incurables que hoy nos afligen! He aquí lo que llamo la parte perversa de Pascal... Su acento ha penetrado tan profundamente en mí que no he podido olvidarle...

Con Bossuet—añadió Maurras—no se corre igual peligro. Aunque no se comparta su fe, su

construcción intelectual, filosófica, es inatacable. El orden de la naturaleza, el orden de la gracia no se oponen; se componen. ¡Separad el orden sobrenatural que le completa, que le eleva; el orden natural continúa reconocido, garantizado, respetado! ¡Qué confianza, qué consuelo humano produce ante lo desconocido! ¡Qué deseo de poder unírsele y seguirlo! Lo que el pensamiento de un Bossuet contiene de razón, de sabiduría ordinaria, nos hace sentir mejor los grandes motivos que le ordenan y dominan. Habiéndolos comprendido desde un principio, no he dejado de pensar en ellos.

Pascal y... Denys Talon.

Maurras no cesa de recordar a qué noche del espíritu le arrojó *la pesadilla pascaliana*—son sus mismos términos—desde su primera juventud. Nada, ni siquiera su avanzada edad, ha podido sosegar esta especie de resentimiento que le inspira "la parte perversa de Pascal", ya que le atribuye la mayor parte de los males que su espíritu ha sufrido.

Esta singular reacción, esta reacción anti-pascaliana, tan evocadora de su propia historia intelectual, reaparece en *Le Mont de Saturne,* ese cuento moral, mágico... y policíaco, que Maurras escribió en tres semanas, y concluyó el 29 de septiembre de 1944, en su celda de la prisión de Saint-Paul, en Lyon. Bajo un resplandor de ficción y fantasía, la parte de autobiografía, de confesión, es patente, sobre todo en lo que se refiere al movimiento originario de su pensa-

miento. Así es como en las primeras páginas del *Mémorial* de su héroe, Denys Talon, se encuentra literalmente anotado todo lo que Maurras ha repetido constantemente para explicar cómo lo religioso y lo racional, lo social y lo moral perdieron su cohesión a los ojos de los jóvenes de su generación. "Veinte veces, dice este seudo-Maurras, se ha intentado examinar lo que fué destructor y desmoralizador en nuestras clases de Filosofía. La verdadera causa es más profunda para mí. Debía fecharse, según el origen de todas nuestras manías, a partir del funesto Pascal, que saturaba nuestras clases de Humanidades y Retórica, como se decía entonces..."

¡El funesto Pascal! Un calificativo tal, un epíteto semejante son un signo que bastaría por sí solo para pensar que este Denys Talon se llama, en realidad, Charles Maurras.

También su amigo M. ideó no hace mucho un medio para hacerle llegar, a su calabozo, cierta edición de Pascal, en la que aparece el valor que daba *L'Apologie* a las pruebas sacadas de la Sagrada Escritura. Maurras le hizo conocer algún tiempo después su juicio sobre esta lectura: «Comunicad a M... mi agradecimiento por su Pascal, siempre funesto, ¡ay!, y cada vez más, pues me parece ver siempre con mayor nitidez la perversa maniobra esencial de este espíritu aún más apasionado que profundo, lo cual no es decir poco. Lo que desea, en su corazón, es poder llegar a sustituir redicalmente la razón por el testimonio, y como no es torpe del todo, como sabe que el testimonio no puede arreglárselas sin la ayuda de la razón, recarga con ello en lo

que puede el peso de nuestro pobre barro humano.»

«Si alguien viene a decirme que ha visto a través de la puerta entreabierta del patio de recreo un perro blanco que ha levantado la pata y se ha puesto después a ladrar contra él, hay un cincuenta por cien de probabilidades de que el perro fuese un gato, o no fuese blanco, no haya levantado la pata, y haya ladrado o maullado contra cualquiera que no sea mi testigo. ¡Así marchan las relaciones de los hombres!»

«La proporción de errores es, a pesar de todo, mucho menor si se trata de saber si el todo es mayor que la parte y las proporciones que de ello se derivan. Los paralogismos pascalianos tienden, evidentemente, a la inversión de esta relación natural.»

—Sin embargo, replicó M..., jueces excelentes pretenden que Pascal había llevado, a sus estudios de exégesis, tan nuevos para él, la seriedad, la preocupación por la exactitud de un verdadero sabio. Aseguran incluso que si Pascal hubiese llegado al término de sus deseos, la primera obra maestra de exégesis no hubiera sido el *Tratado teológico-político* de Spinoza, este libro anticristiano de un juicio panteísta, sino *L'Apologie* cristiana de Pascal. Tal es la opinión de Strowski y también la de un sabio hebraísta como el R. P. Lagrange.

—¡Si lo cree, que le aproveche!—replicó Maurras—. Pero si el R. P. Lagrange fuese jesuíta en lugar de ser, como creo, fraile predicador, tendría cierto placer en preguntarle hasta qué punto las *Provinciales* le parecen una obra de elevado y sereno valor crítico, y si el frenesí de

la secta y del clan no habría sido dignamente reemplazo, en *L'Apologie*, por una llama de pasión creyente en las medidas de la Iglesia cristiana, pero cuya eficacia fuese contenida en el límite estricto de los creyentes y conversos, sin que pudiera llevar los demás mucho más allá de las imprecisas orillas en que se anda errante a la moda de Barrès. Para los espíritus que analizan, ¡qué trituración inconsciente y fantástica de textos! ¡Qué exageraciones y confusiones de sentidos! ¡Qué sucedáneos de dialéctica que no son sino elocuencia! ¡Pasión en lugar de luz, tanta como se quiera...!"

Y pensando en la advertencia de M., Maurras prosigue así su razonamiento: «Nuestro amigo tiene razón al recordarlo: los años de elaboración de los *Pensées* coinciden, Strowski lo ha visto bien, con la fabricación de las armas de Spinoza. Pero no sé si Strowski ha prestado atención a las restantes concordancias y a sus consecuencias: Richard Simon, Bayle, Voltaire (nacido de padres jansenistas), ¡toda esta posteridad de sacrílegos y blasfemos! ¡Spinoza haría caer sobre la cabeza de Pascal todas las flechas y flechecillas imaginables, a propósito de la incertidumbre del hebreo, la pérdida de los originales, el *Pentateuco* que no es de Moisés, ni de Josué el *Libro de Josué,* la falsedad de los cálculos, la confusión de Profetas y Profecías, Esdras que comete faltas de aritmética, y así sucesivamente! *L'Apologie* de Pascal llega a ser complicada, inoperante, como se desprende de la prueba cosmogónica o del orden del Mundo, cuando se la extrae del alma fiel, es decir, de la más confortable petición de princi-

pios... La literatura eclesiástica ha quedado, si no herida, al menos aturdida por esta batalla contra el testimonio sagrado hecha desde Spinoza, Bayle, Simon, Voltaire hasta Strauss y Renán. Después, la Historia Sagrada ha recobrado sus sentidos, alzado la cabeza y aceptado bravamente el combate; pero, si no me equivoco, agregó Maurras, fué a partir de la Encíclica *Aeterni Patris* cuando León XIII rehabilitó la escolástica y Santo Tomás, difamados y desdeñados durante doscientos años. Sin embargo, los subjetivistas, con Bergson, Duchesne, Blondel y Bremond, no tardaron en comenzar de nuevo su campaña oscurantista, a pesar de la bella encíclica *Pascendi*. ¿No es el dogma quien acabará por pagar los vidrios rotos en el dominio de la razón?»

Y Maurras concluye: —"En una palabra, afirmo que Bossuet es más profundo que Pascal, sobre todo como escritor: una ojeada a la *Relation sur le Quiétisme* mostraría, frente a las *Provinciales*, su aplastante superioridad. Puede compararse con lo mejor de Molière, según mi humilde parecer..." ¡Hay que abandonar la pretensión de hacer de Maurras un pascaliano!

El viejo Aristóteles y el joven Comte...

«Quería saber de qué filosofía nueva me habláis. Todas cuantas conozco y reconozco, bajo este nombre, se distinguen por una extraordinaria frivolidad. Crean los dioses que otros sacaron a la luz», me escribía Maurras en la primera carta que recibí de él en 1912: «No conozco, aña-

día, ninguna de las novedades francesas o americanas, pragmatistas o cualesquiera otras que no estén ya contenidas, en grado superior y definitivo, en la *Synthèse subjective* de Augusto Comte, libro casi desconocido y con motivo...»

Pero lo que consiguió Augusto Comte—el retorno a la realidad—Arístóteles y Santo Tomás lo habían logrado desde el comienzo de sus primeros estudios. «En esta época (1884-1885), el Papa León XIII recomendaba el retorno a Santo Tomás», nos dijo un día Maurras. Esto nos obliga a dirigirnos hacia un intelectualismo más serio y razonado. El problema no era el de un Dios-Libertad, sino el de un Dios-Razón. Ningún racionalismo propiamente dicho; una razón siempre conmovida y controlada por la experiencia. Esta filosofía escolástica y peripatética me sirvió con el tiempo de gran provecho. La filosofía de Aristóteles, que no posee el encanto casi sensual de Platón, es quizá más útil para la vida. Es práctica, manejable. Se adapta maravillosamente a las necesidades vitales del espíritu y el alma. Su teoría del Acto y la Potencia, de la Materia y la Forma, su teoría de las causas, siempre me han iluminado y dirigido, tanto en la crítica literaria como en la política...»

«Personalmente, dirá más tarde, había estimado la dura claridad de Aristóteles, la rotunda negativa a reducir el Todo al Uno, su necesidad constante, resuelta, de dualismos. Esto no me satisfacía, pues el caso me desesperaba. Pero al menos me encontraba en paz conmigo mismo...»

"Un gran defensor de la fe..."

Los ataques contra el tomismo hicieron sufrir siempre a Maurras, y, en cierto modo, no cabe duda de que por él, y gracias a él, se inclinaron algunos jóvenes pensadores al tomismo. ¿No es cierto que a través de Maurras un Ernest Psichari se incorporaba al pensamiento tomista? «Sois, le escribía, el único hombre de hoy—y es preciso remontarse a un pasado muy lejano para descubrir un pensador que os sea comparable—, el único que ha construído una doctrina política verdaderamente coherente, el único que ha estudiado la política, no en charlas y reuniones, sino en Aristóteles y Santo Tomás...»

Siempre recordaremos la emoción con que Maurras releyó, veinte años más tarde, esta carta que Psichari le había escrito en 1913, poco después de su conversión—carta en la que el nieto de Renan añadía que podría ser él, Maurras, "un defensor incomparable de la Fe"—. Eran las mismas palabras que Pío X había pronunciado delante de Camille Bellaigue y que Maurras se ha hecho repetir y confirmar; tan sorprendentes le parecían.

—Sí—afirmaba Bellaigue—. Pío X me ha dicho: "Un magnífico defensor de la Fe, *della fede.*"

—Hubiese comprendido defensor de la Iglesia—decía Maurras—; pero ¿de la Fe?

Sin embargo, tales eran las expresiones empleadas por el Papa, y he aquí que Maurras las volvía a encontrar en la pluma de Psichari. Su hallazgo aumentaba así el misterio de que es-

taban penetradas para él. Y Maurras tuvo entonces aquel gesto que había tenido ya cuando, hablando en público de la evolución religiosa de su amigo Maurice Barrès, citó su frase: «Aquí, sólo un camino es posible: "callarse, inclinarse, admirar..."» El silencio siguió a estas palabras en tanto Maurras permanecía con los brazos plegados a lo largo de su cuerpo, la mirada perdida, como extraviada. No duró más que algunos segundos, segundos cargados de una emoción infinita...

Renan, el encantador.

Cuando Maurras pensaba en la conversión del nieto de Renan—y las circunstancias de la vida eran tales que pensaba en ello a menudo—se trasladó con la imaginación a su propia juventud, a lo que había significado para él el autor de los *Origines du Christianisme*. «En realidad —nos decía—, he buscado siempre por principio en la argumentación de la *Vie de Jésus* algo de qué dudar. Pero para mí, que ya había sufrido la prueba de Pascal, y de Montaigne a través de Pascal, la *Vie de Jésus* de Renan me pareció tan dispersa, inconsistente e imprecisa, que nada de satisfactorio pude encontrar en ella. El argumento que Renan toma de Malebranche, a saber, que "Dios no actúa por medio de voluntades particulares", si por una parte me llevaba al problema de los problemas—el de la Causa primera, que no he resuelto aún satisfactoriamente—, me parecía, en este caso particular, tanto menos decisivo cuanto que en el orden de las

causas segundas Renan se refiere a Voltaire, es decir, no admite el milagro más que a condición de que el milagro sea solamente uno. Nuestro amigo el padre Tonquédec ha demostrado esto con gran claridad... ¡No, eso no era serio! Más tarde me dijeron a propósito de la *Vie de Jésus*: "Os engañáis, es un libro de fe". He tratado de encontrar en él algo en qué creer, y tampoco lo he hallado. En el fondo de mi rencor por Renan ha estado siempre latente la extrema decepción que la *Vie de Jésus* me había producido!»

«Pero Renan fué otra cosa bien distinta para los jóvenes de mi generación: fué el encantador. Ha sido lo que Chateaubriand a comienzos del siglo pasado: el artista, y es precisamente el artista lo que en Renan nos ha subyugado." Tal es lo que Maurras trataba de hacernos comprender una tarde, en la casa de su vieja amiga Geneviève Ruxton, cuyos salones frente al muelle Voltaire tenían abiertas sus ventanas sobre el Pont-Royal, las Tuilleries, el Pavillon de Flore, ante el que Maurras paseaba todos los días admirando cada vez más el hermoso frontón de Carpeaux. «En esta época, nos dijo Maurras, Renan era para nosotros un gran poeta y... un gran retórico... Estábamos bajo los efectos del embrujo literario, tal como lo hallábamos en esta dedicatoria de su *Vie de Jésus* a su hermana Henriette. ¿La recordáis? Y, cerrando los ojos, Maurras nos la recitó de memoria y con una voz que parecía un soplo del espíritu: "¿Te acuerdas, desde el seno de Dios en que reposas, de las jornadas en Ghazir, cuando solo contigo escribía estas páginas inspiradas por los lugares que

habíamos visitado juntos?" Después el admirable final: "Duerme ahora en la tierra, cerca de Adonis, de la santa Byblos y de las aguas sagradas a las que las mujeres de los misterios antiguos venían para mezclar sus lágrimas..."» Y cogiéndome del brazo Maurras murmuró la última estrofa: «"Revélame, oh buen genio, tú que me amabas, estas verdades que dominan la muerte, impiden temerla y obligan casi a amarla..."».

—Sí, dije a su oído, es un hermoso fragmento, pero no puedo admirar en él otra cosa que su estilo armonioso... Y a propósito de la famosa frase con que termina, y que usted acaba de salmodiar, déjeme contarle esta historia que me ha referido el otro día su nieta Henriette Psichari: «Al llegar Renan a Debats, una tarde de noviembre del año 1861, le comunicaron la muerte del barón de Eickstein, su amigo; le correspondía, pues, antes que a cualquier otro, redactar la nota necrológica que debía publicar el periódico. En un rincón de la sala de redacción Renan se puso en seguida a escribir algunas líneas, en las que trazó simplemente la vida y la carrera de este diplomático; pero de pronto, la idea de la muerte se apoderó de su meditación, y Renan entonces acaba su necrología con estas inspiradas palabras: "Alentaba (en su fe) una esperanza siempre nueva, pues estaba fundada en esas verdades superiores a todas las sectas, que dominan la muerte, impiden temerla y obligan casi a amarla"».

—¡Pero sin son las últimas palabras de la dedicatoria de la *Vie de Jésus* a su hermana

Henriette!—dijo Maurras echando la cabeza hacia atrás por efecto de la sorpresa.

—Usted lo ha dicho, mi querido maestro. Su Renan no podía desaprovechar un pensamiento tan a la medida, un "final" tan melodioso a la hora de enterrar a un oscuro barón danés. Ha sabido recordarlo y emplearlo en ocasión de una muerte que le era tan querida. "¡Guardemos nuestras bellezas, como decía Barrès!" Es preciso hacer notar de paso que sería como tratar de encontrar esta frase en el borrador de 1863, que escrito a lápiz se trajo Renan de Palestina en uno de sus cuadernos de notas. He tenido la curiosidad de mirarlo después de la confesión que me había hecho Henriette Psichari. No, aquel día, el pensamiento de la muerte no había dictado a Renan más que estas palabras desprovistas de estilo y que le cito de memoria: "Hoy conoces ya la palabra de este misterio, díselo a tu pobre amigo". El ennoblecimiento, el tono grandilocuente eran, créalo, necesarios. Y ahora permítame rogar a la señora Ruxton que me deje coger los *Fragmentes intimes et romanesques* que veo allí, sobre ese estante de su biblioteca; no fueron, como usted sabe, publicados hasta 1914... Y abrí el volumen por la primera página en que se halla una breve y conmovedora "Invocación a Ernestina", la niña que nació a los Renan después de su hijo Ary, y que murió a los siete meses, la víspera de su salida para Siria.

La Cocina de los ángeles...

—Permítame, proseguí, que le lea este *in memoriam* y dígame si frases como las que siguen no le recuerdan nada: "Tu breve paso por la vida ha sido demasiado corto, pero tu huella será larga en nuestros corazones y eterna en el Seno de Dios, querida aparición, alma de un día, acogida tan pronto a la paz inmutable... ¡Oh!, desde la concha de nácar en que ahora reposas dime, Titine querida, di a tu padre, a quien sonreías, el secreto de ese infinito que conoces mejor que él!" ¿No es, querido maestro, pregunté a Maurras, el mismo ritmo, la melodía, el movimiento del pensamiento y hasta las imágenes de esa dedicatoria a Henriette que usted nos recitaba hace un momento? Sí, lo que intentaba Renan era comunicarnos, nos dirá Barrès: "esa especie de música que se había apoderado de él por el desastre de su hermana". De aquí, por tanto, que él vuelva a beber ahora al mismo manantial de emoción, de poesía celeste... Pero llegando aquí, entramos en la cocina de los ángeles...

—¿Qué conclusión saca, Massis? ¿Qué trata de afirmar con eso?

—Afirmo—dije—que Renan era, ante todo, un literato, y creo—añadí—que para un literato es más difícil salvar su alma que para otra persona cualquiera. ¿Se puede servir a dos amos a la vez? El arte, estará usted de acuerdo, es también un amo exigente y de una exigencia sin límites. La perfección absoluta que ofrece a quien le sirve exige virtudes, un sacrificio, un accésit

que pueden apartarle de la Perfección absoluta, sustituyendo la sed de Eternidad que hay en el hombre por otra sed, por un deseo de consciente inmortalidad, en el que la tentación le hace tomar por el ser las sombras que su yo proyecta en el "círculo mágico", con sus pecados... Igual sucede con vuestro Renan. Por la poesía se cree en paz con su hermana; con palabras como: bello, ideal, infinito, Dios, piensa que la inmortaliza y le devuelve la vida. ¿Me dirá usted que de este modo hace una obra divina? Las palabras que la debía no están grabadas en una sepultura, ante la que nadie se detiene; él las puso en su obra. También Barrès, que era de este linaje, aprobaba el haber levantado en honor de Henriette un monumento que sólo los grandes genios se deben entre sí: el haber plasmado en cadencias inolvidables la fisonomía ideal de aquella que fué su severa conciencia. No, vuestro Renan no ha faltado al rito que el artista cumple con su propia vida, cuando no es con la vida de los otros...

"La obra maestra en la obra maestra..."

—Pero—respondió Maurras—la cuestión que usted coloca en un plano etéreo superior nos aleja del *Mémorial* de su hermana Henriette, del que puedo decirle que es un bello libro... Sin duda, nos apena hallar en él frases como ésta: "La memoria de los hombres no es más que la huella imperceptible del surco que dejamos cada uno de nosotros en el infinito". Esa es, estoy de acuerdo con usted, una de las fra-

ses de las que Saint-Beuve decía que deben ser muy bellas en alemán... Pero si se sabe proseguir la lectura, nos sentimos poco a poco sobrecogidos por la fuerza de verdades psicológicas escritas en un tono muy sencillo, con una gravedad y una lucidez casi implacables. Lo mejor, el capítulo en el que Renan habla de lo que fueron los celos de Henriette, cuando supo que su hermano iba a casarse... Hay en él la psicología, la sensibilidad de Racine; el vigor, la lucidez de los mejores moralistas franceses... Estas pocas páginas forman una obra maestra dentro de otra, pero una obra maestra clásica, no sólo por el estilo y el lenguaje, sino también por su espíritu, por el recurso a los principios en juego, por su método de observación y meditación. Está en la misma categoría—añadió Maurras—, a la misma altura mental y moral que la mejor de Renan: la crítica de las ideas y los hombres de la Revolución, la censura de la democracia, la Historia de Francia. Se pueden discutir los detalles; el conjunto es de primerísimo orden, lleno de experiencia, de razón, de acuerdo con todos los modos de pensar que caracterizan el genio heleno-latino que desarrolla el espíritu francés...

Una enorme pirámide humana.

Todo lo que Maurras nos había dicho sobre Renan, aquella noche, en casa de Geneviéve Ruxton, tuvo ocasión de repetirlo en público, desarrollándolo, con todos los pormenores del recuerdo, en una de las conferencias que dió, el

invierno de 1933, en el teatro de la *Avenue*[1].

Maurras nos enseñó, ante todo, el hombre vivo. Todavía le oigo evocar ante nosotros la fantástica Figura de este Renan que fué a ver el joven Maurras, apenas llegado a París el invierno de 1885, a uno de sus cursos en el Colegio de Francia. No pudiéndole seguir en la palabra y el espíritu, fijó en sus ojos su personalidad.

—Imaginaos — dijo — una enorme pirámide humana vestida de paño negro, coronada por una cabeza cónica con largos cabellos blancos, inmaculados, que caían sobre la espalda; una expresión de hondura, de intimidad inaccesible y total; la idea viva del hombre absorto. Vuelvo a ver sus pesados párpados parecidos a dos cortinas de cuero muy espeso, sobre una mirada que no parecía penetrarlos, produciendo así el sentimiento de una materia imperturbable, impermeable, inmóvil...

—Pero de pronto—prosiguió Maurras animándose—, esta cortina de carne amarillenta se levantaba lentamente, los párpados se alzaban revelándosenos poco a poco algo extraordinario: el mar, el cielo, de un azul pálido y lechoso, algo tan misterioso como suave, impregnado de poesía y saturado de ensueño. De lo más profundo de esta masa poderosa, la eclosión inesperada de esta flor azul, veteada de amatista, producía la más increíble, la más inolvidable de las sensaciones.

---

[1] Maurras no ha reunido aún sus conferencias en un volumen; no han sido más que parcialmente publicadas en revistas o como artículos dispersos, hoy imposibles de encontrar. (N. del T.). El libro está escrito en 1951, fecha en que Maurras vivía aún.

Y, al cabo de unos momentos, Maurras añadió en voz baja:

—Jamás se ha extinguido para mí esta visión. Se alcanzaba a ver, a través de sus palabras, los ojos de Renan, esos ojos en los que parecía leerse, como en un libro abierto, las incomparables armonías de la *Prière sur l'Acropole.*

Una tarde en casa de la señora de Caillavet...

Pero dejemos que Maurras continúe evocando estos recuerdos; cómo se halló ante Renan por vez primera en una recepción en casa de la señora de Caillavet, la musa de Anatole France. A pesar de que Renan era extremadamente amable con los jóvenes, no había concedido gran importancia a ninguno de ellos aquella noche.

—Cuando me llegó el turno de ser presentado, creí comportarme correctamente al expresarle mi admiración por la *Prière sur l'Acropole.* Y como debí hablar muy bajo, la señora de la casa tuvo la bondad de proseguir mis palabras, expresándole su propia admiración y la de todos sus invitados, por su magnífica oración.

"Pero entonces, ¡qué sorpresa!, dijo Maurras. Renan enrojeció y, de pronto, comenzó a reír, con una risa de dios, tan misteriosa como inextinguible; una risa cuyo motivo buscábamos, sin descubrirlo. Cuanto más intentábamos explicarle las razones de nuestra admiración por esta página excelente, «la más bella de la literatura francesa», más reía de todo corazón, hasta el punto de hacer temblar y gemir el asiento en

que estaba entronizado." (Si le hubieran recordado un libro mediocre de *juvenilia,* sembrado de ligerezas indecentes, ¿hubiese reaccionado de modo diferente?) Intentamos recitarle el hermoso texto, pero siguió riendo. Nos tuvimos que callar. No sé cuándo terminó su risa, porque aún no he dejado de escucharla..."

Y ahora: el final. El final no fué muy halagador para Renan, como asegura Maurras, pues los jóvenes, incluso los más respetuosos, acaban siempre por descubrir algo en su malicia. "La risa de Renán—nos dijo—me obligó a examinar la *Prière sur l'Acropole.* Le releí atentamente, y pude darme cuenta de que estaba formada por sutiles, pero patentes contradicciones. Sus melodiosas palabras tenían menos consistencia de lo que aparentaban, de modo que no se podía confiar excesivamente en esta serie de sortilegios. Y si, en Atenas, cinco o seis años después—concluyó Maurras—tuve que escribir una crítica, respetuosa, sin duda, pero bastante dura de mi querida *Prière sur l'Acropole,* se lo debo, sin duda, a la risa desbordante de su autor."

Los pecados de Renan.

Los hombres de mi generación recordarán haber leído, en los *Nouveaux Lundis,* el artículo que Saint-Beuve había escrito cuando apareció la *Vie de Jésus.* Terminaba con estas líneas en las que Saint-Beuve decía a propósito de sus contemporáneos: "Vendrá un día en que ellos o sus hijos echarán de menos esta visión de la *Vie*

de Jésus, y exclamarán: "¡Que se nos devuelva la *Vie de Jésus,* de Renan!" ¡Al menos, éste conocía al "dulce Maestro"! La profecía del padre Beuve ha sido desmentida por el tiempo. ¿No es el nieto de Renan quien dirá, cincuenta años después, que "las contradicciones de los sinópticos no han servido jamás sino a los que, desde un principio, y antes de cualquier examen, están decididos a negar lo sobrenatural?" A los jóvenes de la generación de Ernest Psichari Renan les ha asombrado e indignado. Los más representativos de ellos sólo han sentido antipatía por "esta sonrisa grasienta, este blando apretón de manos que se experimenta en cada una de sus páginas, esta sonrisa inexpugnable encargada de responder a todo, este perpetuo "si usted quiere, si esto le agrada", ante los problemas más trágicos; la negación de la tragedia, el placer de desconcertar a los que creen y tienen fe, cualquiera que ésta sea; la hipocresía de aparentar hallarse preocupado por los más elevados problemas de la humanidad". Así hablaba Emile Clermont, el autor de *Amour premis,* y, entre sus papeles íntimos, se ha encontrado esta nota bien significativa sobre el estado de ánimo de estos "hijos", a los que había aludido Saint-Beuve: "Renan es, quizá, el espíritu más culpable de nuestro tiempo. Nunca haremos el balance total de los errores que se remontan a Renan, de todos los pecados de Renan. Es más grande que otros espíritus, está por encima de ellos: es un principio, una fuente, una fuente de pecados, y lo es en la medida en que ha estado en contacto con la espiritualidad superior, de la que tan mal se ha aprovechado."

Pero de estos contrastes, de estas divergencias, Maurras iba a sacar más tarde otra lección. En los primeros meses de la guerra de 1914, nuestros amigos Ernest y Michel Psichari murieron a manos del enemigo. Después de la muerte de Michel, Maurras supo por medio de Jean Psichari, su padre, auténtico republicano, que ese nieto de Renan, esta especie de Anatole France, era políticamente de los suyos. "Su hermano, el admirable Ernest Psichari, tenía, quizá, más simpatía por nuestro espíritu que por nuestras ideas, dirá Maurras, recordando a estos dos jóvenes víctimas de la misma sangre. Michel los había hecho suyos. No había necesitado más que releer las bellas páginas de la *Reforme intellectuelle et morale* y los *Essais* para hallar lecciones únicas, incomparables, de reflexión contrarrevolucionaria y de dialéctica nacional y monárquica."

"No nos asombremos—añadía Maurras—, pero comprendamos esta sublime verdad vivida y sufrida hasta la muerte por el nieto de Renan, por el yerno de Anatole France. Ella nos enseña que las partes verdaderamente nuevas, las partes del porvenir de la obra de estos maestros son precisamente aquellas que en su época se juzgaban reaccionarias y conservadoras."

El "primer movimiento" de Anatole France.

Cuando habla de Anatole France, Maurras tiene la costumbre de decir: "Escoged lo bueno y dejad el resto; tomad y cribad lo que la posteridad cribará y tomará también".

La juventud no lee apenas a Anatole France: sus libros no parecen ya capaces de excitar las imaginaciones para las que su suave anarquismo resulta hoy de una inofensiva sosez, después del nihilismo de un Valery o el absurdismo de un Sartre.

Pero Anatole France ¿era, en el fondo, tan escéptico como se complacía en repetir? Un pensamiento "tan tornadizo y sutil" como el suyo es, con seguridad, difícil de desenmarañar. Maurras, que lo conoció mucho, a él y su camarilla, y que en su juventud trabajó con él, cerca de él y quizá para él, Maurras nos ha dicho: "Había en Anatole France personalidades distintas, entre las que la afectación del escepticismo era una comodidad para su vida..." Barrès me lo hacía un día notar con su tono violento: "¿No veis hasta qué punto este pretendido escéptico se aferra a sus ideas?" Estaba perfectamente visto... Pero France tenía también, por sociabilidad, por debilidad, el gusto de ceder a los sentimientos y las ideas de los demás. "Ved—dijo Maurras sonriente (era una noche, después de cenar en casa de los Bainville), libros como las *Opinions de Jérôme Coignard* fueron escritos para asombrar a la señora de Caillavet." Y añadió aún: "Creo adivinar en la obra de France lo que escribía con gusto y lo que escribía de cualquier otro modo... Por ejemplo, en *Thaïs,* descubro por todos lados ese placer y es este France el que me agrada... Lo que brotaba de su intimidad, lo que escribía por gusto, respira la espontánea facilidad de un arte feliz y fácil, en una palabra: naturalidad... El secreto de una página de France consiste, pues, en saber si la escribió con agrado y, sobre todo,

¿para el agrado de quién? ¿El suyo o el de los otros? Si se ha dedicado a recoger las sonrisas de un salón, el murmullo favorable de una asamblea, de un bando de políticos amigos; si ha cedido a la ambición de deslumbrarlos transportándolos más allá de sí mismos, entonces la página tiene algo de forzado y sin brillo; pero si solamente se ha preocupado de satisfacer su gusto por lo auténtico, de precisar las ideas que le son realmente estimables, encontramos al verdadero France... Este estilo, este gusto, este arte en el que encarnan la gracia y la belleza las encuentro en *Thaïs*".

"Sin la belleza plástica..."

Sí; más que los *Sceptiques grecs* del viejo Brochard, o algún que otro "ensueño" pagano de Louis Menard, lo que había inspirado a France era la imagen de Thaïs, la amorosa contemplación del bello torso de mármol rojo, de líneas adorables, que yo había visto sobre su mesa de trabajo en Villa Saïd, adonde, casi un niño, iba a visitarle a la salida de mis clases. Toda alegría surgía para él de un goce sensitivo. Los libros, los discursos, las opiniones de los hombres no le llenaban más que de desaliento y tristeza. Anhelaba por encima de todo el placer sensible de las formas armoniosas. "Sin la belleza plástica—me decía un día—no habría pensado jamás en escribir." Y debemos también a los contornos estremecedores de un desnudo de Prud' hon, a esos cuerpos traspasados por la felicidad de vivir, la historia de Evariste Gamelin, en

Les Dieux ont soif, su obra maestra. Si los versos de Jean Racine causaban a France un "placer" inefable, es porque descubría en su música la gracia ágil y profunda de la belleza que acaricia la mirada. Este es el secreto del arte de Anatole France y su encanto.

Entre Maurras y Bourget, este arte, este estilo de Anatole France era objeto de discusiones sin fin. "Bourget—me decía Maurras—afirmaba que todo esto no tenía importancia y que él, en adelante, se atendría a la notación científica de las ideas y de las cosas. Y Bourget lanzaba epigramas contra la "caligrafía" de Anatole, su pesadilla, deshaciéndose en sarcasmos contra el trabajo inútil a que todos se entregan para escribir con estilo, "lejos de Balzac". La opinión de Maurras no me producía ninguna sorpresa, ya que yo mismo había escuchado a Bourget hacer observaciones parecidas, que, por otra parte, sólo a Maurras tocaron de rechazo: "No me agrada la literatura de Maurras—me dijo un día Paul Bourget... No es un gran escritor más que en la polémica de ideas". Aquí, como en el caso de Anatole France, se veía con claridad, cuán poco artista era Bourget.

"El hijo de su alegría y su amor".

En esta polémica sobre Anatole France, Maurras se limitaba, por lo demás, a restablecer la verdad en sus matices y a defender el honor de nuestra lengua. ¿Qué valor tiene su testimonio? A menudo se olvida, cuando se lee hoy lo que Maurras ha escrito sobre France, que le había

conocido desde 1890, que había sido "el informador preferido del maestro", y, como dice Clouard, fué para France lo que "Jules Tellier había sido para Jules Lemaître". ¿No se ha llegado a decir de Maurras que consideraba al célebre escritor tan dentro de su trayectoria que incluso hizo resaltar en tal o cual libro de Anatole France ciertos puntos de vista críticos, propiamente maurrasianos? Lo cierto es que Maurras ha comprendido a Anatole France mejor que ningún otro, pues él le ha visto vivir y escribir... El France "hijo de un antiguo guardia de la corte de Carlos X"; el France que "condena a Rousseau y que juzga con una severidad extrema la Revolución francesa y los regímenes populares", este France, es para Maurras, el auténtico, el verdadero, y a la vez, el mejor: es el France del *premier mouvement*. Pero Maurras sabe que France era sincero cuando "sacaba la lengua y guiñaba el ojo para hacer triunfar sus bellas páginas sobre la paz universal, la sociedad futura o para escribir un prefacio a las obras de M. Combes".

Tampoco mentía France cuando elaboraba su "pesada farsa" de *L'Ile des Pingonins* o cuando reescribía el *Discours sur l'Historie universelle* en estilo blasfemo: "Su modo siempre ingenioso, a veces brillante, de tratar estos temas, no parece inspirado y provocado por factores externos—añade Maurras—". Y aquí aplica su famoso "criterio": "Lo que en France—repite una vez más—es hijo de su alegría y su amor; lo que lleva el signo de la viveza, de la inspiración, del gusto por escribir y pensar, expresa, en general, lo más tradicional del espíritu y lo más

naturalmente contrarrevolucionario; pero lo que traduce las ideas llamadas de izquierdas lleva consigo la tara de una atención forzada voluntariamente que semeja un poco a una página de escritura admirable, de hermosísima caligrafía, pero en la que el corazón está ausente..."

¿Quiere decir esto que France haya sido uno de los primeros teóricos de *Acción Francesa?* Puede ser, sí, después de lo que el abate Lantaigne, bajo el olmo de la alameda, opone al escepticismo de Bergeret, respecto a la función del Estado, sabemos escuchar la voz de Charles Maurras.

"Los oradores enfáticos hablaban del mismo modo que Alarico entró con sus visigodos, respondió el abate al profesor... Y es propio del Estado—dijo—, y no de unos cuantos particulares, prever el empuje de los visigodos." He aquí al auténtico Maurras. Es igualmente imposible equivocarse respecto al tono de la diatriba que lanza M., el superior del seminario, contra la democracia; Maurras la ha citado cien veces en su diario. Comienza con argumentos de teología escolástica singularmente fuertes y la amplitud dogmática que le da el abate parece confundirse con la fe de cierto discípulo de Penon y de sus maestros, Aristóteles y Santo Tomás.

—"Odio la República—dice Lantaigne—, porque representa la diversidad. La diversidad es detestable. El carácter del mal consiste en ser diverso. Este carácter es manifiesto en el Gobierno de la República, que más que ningún otro se aparta de la unidad. Junto con la unidad le falta la independencia, la permanencia, la potencia. Le falta el conocimiento y se puede de-

cir de ella que no sabe lo que hace. Aunque perdure, para castigo nuestro, carece de duración. Pues la idea de duración implica identidad, y la República no es nunca hoy lo que fué ayer... No es destructible, es la destrucción. Es la dispersión, la discontinuidad, la diversidad, el mal."

Es preciso repasar de nuevo las visiones proféticas de historiador, de crítico y moralista —muy propias de Maurras también—que siguen e ilustran estos rasgos acuñados en fórmulas incisivas, tan poco al modo de Bergeret, en quien se ha tomado la costumbre de encarnar a todo France. ¿Significa esto que cuando hacía así dialogar los "dos lóbulos de su cerebro", como decía su maestro Renan, France dejaba que el joven Maurras formulase algunas de sus opiniones preferidas?

¿Ha votado France por Maurras?

La cosa sigue, a pesar de todo, un poco complicada. Todo el mundo sabe que la cuestión política había enemistado a Maurras y France: no se toleraban. En 1923, Anatole France, octogenario, había declarado que se negaba a votar a Charles Maurras en la Academia. "No dudo —declaró poco después—del inmenso talento de Maurras, pero hay demasiadas cosas que nos separan". Y como se le recordara a France que anteriormente había escrito unos graciosos versos sobre el autor del *Chemin du Paradis*

Ton enfance heureuse a respiré
L'air latin qui nourrit la limpide pensée...

—Sí—contestó France—. ¡Pero esto data de una época en que Maurras no era todavía monárquico y, en cambio, yo lo era casi! ¡A Dios gracias—añadió—no he votado a Célestin Jonnart! He votado por un tercero, y ¡qué tercero! ¡No estoy satisfecho de mi elección, os lo aseguro!

"En ello hay un poco de verdad y un poco de falsedad, nos dice Maurras. Primero, France, que había anunciado con gran pompa que no quería votar por mí, ¿fué fiel a esta promesa pública? Tengo el testimonio de Pierre de Nolpac, su vecino en la mesa de la Academia, que le vió perfectamente escribir mi nombre en el boletín de voto. ¡El facsímil de este boletín ha sido publicado, además, en 1923!"

Para Charles Maurras, el fondo reaccionario y tradicional de Anatole France es evidente en el transcurso de su carrera, desde su crítica del *Cavalier Miserey* (1887) y la *Terre,* de Zola, hasta la publicación de *Les Dieux ont soif,* en 1911, y los hechos definitivos acaecidos al fin de su vida. Y Maurras citó el relato que el doctor Marcel le Gott hace de las relaciones de France con Jaurés y Rappoport, mostrando cómo los mismos hombres del bolchevismo le habían separado finalmente de estos dos discípulos de Marx.

"En sus últimas conversaciones, las de 1923 y 1924—dice este testigo—, France intentó una reordenación de sus ideas. No pudo conseguirla... Entonces saqueó, pisoteó todo cuanto había adorado. «¿Los revolucionarios?—dice a Le Goff—: Cuando no son pueriles, son odiosos. ¿Sus ideas?; ¡qué miseria! ¿Sus esperanzas?; ¡qué pena! ¿Su sociedad?; ¡qué cárcel! ¿Su grandilocuencia?; ¡qué mentira! ¿Sus promesas?;

¡qué engaño! ¡La democracia es el reino de los plutócratas! Se puede aún enternecer el corazón de un rey, ¿pero quién ablandará el de un rico?»."

"La coartada de la Revolución".

Que France fué antidemócrata de pensamiento, es cosa evidente: el carácter aristocrático de su pensamiento lo pone de manifiesto. Que haya sido demócrata de hecho, prueba que tuvo tanta testarudez como debilidad; que fué tan desengañado como amable anarquista, sin hablar de esa "sensualidad", un poco fácil, nacida de sus gustos e inclinaciones.

¿Fué la Revolución para France otra cosa que una especie de refugio en que envejecer tranquilamente sin preocupaciones? Sí; vivía "en la coartada de la Revolución", como antes Jërome Coignard vivió en la coartada de la Iglesia, nimbado de lo absoluto, él, amante de lo relativo. Un gran anhelo de tranquilidad, en suma".

Pero ¿y el antimilitarismo, el pacifismo?—se dirá.

Cierto, a Anatole France no le gustaba la guerra. Y si se pueden "citar" frases como las de 1886, en las que dice: "Cuanto más sueño con él, menos me atrevo a desear el fin de la guerra. Ella engendra y mece los héroes en sus brazos sangrientos. Y esta función la convierte en santa y augusta..." Se pueden recordar otras de 1893, que expresan todo lo contrario: "La guerra—escribía entonces—es execrable y de una perversidad quede testo". ¿Había dos hombres en

France? Cuando un escritor se contradice, hay que volverse quizá del lado del corazón para encontrar su auténtica naturaleza. Para satisfacer a sus correligionarios, Anatole France había escrito antes de 1914: "Los militares son una supervivencia". Pero cuando los alemanes violaron las fronteras se comportó como lo había hecho, veinticinco años antes, hablando del *Cavalier Miserey,* la novela antimilitarista de Abel Hermant. "No conozco—decía—a este respecto, más que una línea de la famosa orden que el coronel hizo leer en el cuartel de los Cartujos en Roma. Es ésta: "Todo ejemplar del *Cavalier Miserey* que sea encontrado en el distrito será quemado en el estercolero y el militar que posea un ejemplar será castigado con la prisión". No es una frase muy elegante, lo reconozco, pero hubiera preferido ser su autor que haber escrito las cuatrocientas páginas del *Cavalier Miserey*. Pues estoy seguro que tiene más valor para mi patria. Este patriotismo innato es el que los nuevos aduladores de Anatole France no quieren admitir. El "último France", dicen, se había "retractado". También sabemos, gracias al editor de sus textos políticos y sociales, que el ilustre escritor había decidido "no reimprimir una sola línea de sus discursos a los soldados vivos y muertos", discursos que el patriarca de la Béchellerie declaró "haberse visto obligado a escribir en 1914 y 1915" y "consideraba como la acción más falsa de su vida".

Anatole France y el soldado.

Existen, es cierto, los discursos, pero también existen las cartas que France escribió por entonces a sus amigos combatientes. Había, sin duda, cierta ironía en su dedicatoria a uno de ellos que cumplía el servicio militar sin salir del cuartel: "A H. M., del 59 de Infantería, héroe. Un admirador de los héroes, Anatole France". Pero, cuando diez años más tarde, a comienzos de 1915, sabe que este muchacho, combatiente en Artois, en Infantería, ha leído, poco después, sus *Impressions de guerre,* France le dice: "Usted ha escrito páginas tan eternas como el recuerdo de sus virtudes. Usted ha grabado, en términos imborrables, ese heroísmo transformado en actitud constante y humilde, y esa amistad, esa comunión humana, antes de la terrible acción, que usted ha llevado a cabo con tanta energía. Permita que un viejo francés le abrace".

Algunas semanas después, en la Béchellerie, su propiedad de Saint-Cyrsur-Loire, France recibió la visita de este soldado, que había regresado herido de los combates de Lorette. Le enseñó un pequeño escritorio, cubierto de papeles dispersos, y como si su pensamiento no pudiese apartarse de la guerra, France le dijo de pronto: "Todos los días, y de todos los rincones del mundo, recibo cartas en las que me exigen intervenir en favor de la paz... No, no; eso no es posible... Es preciso acabar de una vez... ¡Todos los echo a la papelera! Por el contrario, aunque usted no lo crea—dijo en tono de afectuoso reproche—, me llegan otras cartas del frente que

me envían oficiales y soldados. Me aseguran que, en las trincheras, durante las interminables jornadas de espera, leen mis libros, y esto, amigo mío, me produce un vivo placer".

Imaginad los apuros del infiel... Confuso, intentó expresar al maestro la tristeza que le había causado contradecirle. Pero, ante su turbación, el anciano procuró sosegarle: "Sé, le dijo, sé que usted es sincero..." Después, le abrazó, y con una infinita tristeza añadió: "Además, no estoy en absoluto seguro de que no sea usted quien tenga razón".

El silencio siguió a estas últimas palabras. El joven las tuvo presentes aquella noche, en el camino que le conducía al hospital de Tours... Después de esa noche de 1915, en que habían transtornado su espíritu, ha tratado muchas veces de penetrar su sentido. Si se permite reproducirlas una vez más, es porque Maurras las ha recordado no hace mucho en este relato que sigue:

"Un médico del Oeste, cuya carta poseo, nos dice, el doctor Ch..., se presentó un día en la Béchellerie. Fué bien recibido, y deliberadamente empezó a quejarse de la dificultad de escribir correctamente la lengua francesa.

—Es cierto—replicó France—. ¡A quién se lo dice! Pero hay buenos autores. Léalos muchas veces.

—¡Ay, maestro, un médico rural dispone de poco tiempo!

—De acuerdo—dijo France—; pero ¿usted lee los periódicos?

—Naturalmente—respondió el médico—; mas ¡qué lenguaje tan espantoso emplean todos!

—Pues bien—dijo France—; ¡coja usted "Acción Francesa"! Está escrita en francés.

—¿"Acción Francesa"? Me aconseja leer "Acción Francesa"? ¿No teme usted, maestro, que a la larga me deje convencer por los razonamientos de Maurras?

—¿Y quién le dice que Maurras no tiene razón?"

"Así replicó el "buen" maestro—añade Maurras—. Esta fué una de sus últimas frases. Correspondía al «primer movimiento», que en Anatole France fué siempre el bueno. El resto lo dedicó a los placeres, o a las conveniencias del exterior, por el gusto de corresponder a su medio, a su prójimo... Creo, concluye Maurras, que para el futuro este "resto" no significa nada. Se recordará de France lo que France escribió para él mismo, lo que cantó a sí mismo por amor a las Musas y a la Madre de los Amores."

El encuentro con Barrès.

Si existe una figura que domine casi todas las de los otros hombres que estuvieron ligados a la existencia de Maurras, es la de Barrès. ¿Cómo no evocar su encuentro en estas páginas a través de las que intentamos seguir la ruta cuajada de luminarias del pasado de Maurras?

"Sin Barrès, dice Maurras, ¿qué hubiera sido de mí?; sin su consejo, ¿hasta dónde me habría extraviado? Más aún que el inspirador de sus pensamientos, Barrès iba a ser el "guía de sus deseos indecisos", y el joven Maurras—¿podía

conferirle un puesto más delicado?—había depositado enseguida en el maravilloso adolescente que era entonces el autor de *Sous l'oeil des Barbares* los tesoros de su vasta cultura, adquirida en la soledad y la meditación.

"Me hallaba en París desde los veinte años, nos dice Maurras. Los que contaban mis años tenían un mentor, apenas de su edad. Como en su caso, mis primeros pasos en la vida me condujeron a Barrès." Charles Maurras ha descrito muchas veces la escena y a mí mismo me escribió un día: "Cuando en 1888 iba a ver a Barrès en la calle Chaptal, por vez primera, después de habernos cruzado algunas cartas, me abrió la puerta un colegial delgado y endeble, que confundí con su hermano menor. Me dijo: «No, soy yo». Y, en efecto, era él. Salimos juntos: cenaba en la ciudad y se había puesto un traje oscuro, chistera, gabán... ¡Había hallado el medio de rejuvenecerse aún más!" Este aspecto asombrosamente juvenil—Barrès lo conservó hasta la muerte—es lo que al principio llamó la atención del joven Maurras, tan sólo seis años menor que él... "No nos dábamos cuenta de la madurez del espíritu de Barrès, decía, más que por la extrema seriedad de su voz." La seriedad compatible con el humor, que se traducía en su extraña voz grave, había impresionado al joven Maurras. La nobleza, la delicadeza y el gusto que irradiaba la persona del joven Barrès tornaron al clima moral en que se había educado el insaciable muchacho desorientado durante tres años en el París de las cervecerías literarias y la bohemia, a punto de extraviarse... Por eso

Maurras confesó a Barrès, el mismo día de su encuentro, su más profundo reconocimiento.

¿Nos atreveríamos, en este capítulo y en el tiempo que corre, a entreabrir, aunque sólo fuera ligeramente, esa semiconfesión que es el *Mont de Saturne* y preguntar algunos detalles a su héroe, Denys Talon? ¿Qué nos decía hace un momento Maurras? "Sin el consejo de Barrès, ¿hasta donde me habría extraviado?" Palabras cargadas de sentido, que pueden aplicarse tanto a la vida de su inteligencia como a su vida moral. ¿Alude a Maurras, Denys, cuando confiesa: "La muerte moral me acechaba", y cuando añade que "la ausencia de toda ley podía conducirle al libertinaje o a las más extremadas vilezas y que no escapó sino de milagro"? En este "milagro", ¿no fué Barrès el intermediario? La página que sigue, nos parece, en efecto, dictada por los recuerdos de la visita de Maurras a la calle Chaptal:

"Vine a vivir a París, nos dice Denys Talon. Tal es la variedad de nuestro hermoso París que, con seguridad, es uno de los lugares del mundo en que se prodigan las más hermosas virtudes. Pero en el lado al que me había inclinado no acababa de descubrirlas; apenas pasaban por donde campábamos mis amigos y yo, y no teníamos ante nosotros más que las diversas manifestaciones de la más confortable disolución. Imaginaos un ambiente que, a pesar de su tristeza, tiene también su encanto, su aspecto de tierra baldía, virgen, como dicen los de las colonias; de bosque dantesco, digamos nosotros; tierra de nadie, que no pertenecía sino a nosotros, en la que abundaba la más extraña población fe-

menina de mal casadas, divorciadas, separadas, mujeres y muchachas totalmente libres, que, para ser galantes en el sentido venal, estaban provistas de los mismos prejuicios que nosotros. Y en cuanto a nosotros, todos eramos jóvenes de buenas familias, pero a los que este París había hecho retroceder dos o tres pasos hacia su animalidad primitiva. ¡No pensábamos más que en las vacaciones!"

Las impresiones de su primera estancia en París, los peligros que su vida moral corrió entonces, han dejado en Maurras un recuerdo agridulce, más agrio que dulce. "El contacto con cierto número de estudiantes, jóvenes periodistas y aprendices de pintor—dice—acabó por contagiarme, durante algún tiempo, malos hábitos de lenguaje y de comportamiento, haciendo de mí una víctima de la bohemia del peor gusto que me permitía liberarme de mis antiguos hábitos." ¿Hasta dónde llegó esto? "No sé", dice Maurras. Y nosotros tampoco. Continuemos ...

Un caos intelectual.

La vida espiritual de Maurras, los problemas ideológicos que rumiaba el resto del tiempo, nos interesan más que estas "chiquilladas" o estos "amores insignificantes". Mucho más grave y perjudicial fué el caos intelectual, que supuso entonces el caos de su existencia. ¿Cómo no escuchar aquí, de nuevo, a Maurras por boca de Denys Talon? "Mi apacible nihilismo—dice—, mi suave anarquismo moral fué común a muchos hombres de mi generación, alrededor de 1870.

Como yo, se hallaban aislados de la precedente. Tras nosotros, encontrabábamos ejemplos y preceptos. Aún no sé cómo todo esto fué tan rápidamente abandonado, ni qué ciclón lo arrastró. Nos burlábamos de los fundamentos de todo; ridiculizábamos los argumentos. En cuanto a los infortunados maestros o camaradas que aventuraban un «es necesario o se debe», la respuesta ya se sabía: «nada es necesario, nada se debe»..."

Preso en lo vivo de la carne, ¿no es ése el estado que Maurras ha descrito en estas famosas palabras: "Los jóvenes del siglo xx—dice— se harían difícilmente una idea de nuestro estado de insurrección, de negación total. Una palabra lo resumirá: se trataba de decir no a todo. Se trataba de impugnar todas las evidencias y de oponer a aquellas que se imponían (incluídas las matemáticas) las rebeliones de la fantasía, según las conveniencias de la pereza y la ignorancia. La palabra escepticismo no era suficiente para calificar esta mezcla de falta de curiosidad perturbadora con el delirio del examen. Un «¿a qué conduce eso?» tenía a raya los temas universales de las personas, las cosas y las ideas. Era la nada sentida y vivida".

En esta descomposición general, ¿se salvaba algo? Preguntémosle, una vez más, a su Denys Talon. ¿Qué le quedaba?: "Quizá, dice, el hábito de las buenas costumbres, un poco menos morales que físicas. Su bondad consistía en lo que tenían de arraigo: entre todas, la tendencia innata al trabajo". Pero Denys Talon añade: "Desde mis primeros momentos de emancipación juvenil había decidido trabajar en todo, excepto quizá en lo que carecía para mí de

atractivo alguno. Como mi pobre madre me reprochara bastante amargamente mi nulidad en no sé qué especialidad de mis estudios, le respondí: «Sin embargo, tú ves que yo trabajo». A lo que me contestó con gran intuición: «Sí, en lo que te agrada!» Para ella, esto no era trabajar."

Por lo demás, todo le tentaba; volvía la mirada a todas partes, se sentía atraído como el hierro por el imán para acabar siempre entre sus dos polos preferidos: la Filosofía y la Poesía. "Así—dice al evocar la disipación, la dispersión de su espíritu en sus sucesivos libertinajes—así iba recorriendo todo, amando o sufriendo todo. Y ello me trastornaba hasta el punto de hacerme naufragar; pero no obstante, a veces este caos viviente me permitía emerger, ordenándose, a pesar mío. Entonces corría el peligro de una caída vertical... Sólo mi capricho imponía, no sé cómo la línea blanca o gris de mi elección. El era lo único que contaba. Siempre igual. ¡Me gusta o no! Así se orientaron diez años de la vida de mi espíritu".

"*Bajo la mirada de los Bárbaros...*"

Tal era, poco más o menos, el joven Maurras antes de su encuentro con Barrès. ¿Cuál era su porvenir? Y, sobre todo, ¿cómo vivía? Sus jornadas las pasaba en las bibliotecas de la orilla izquierda del Sena, en la vieja *Sorbone* o *Sainte-Geneviève,* a solas con los libros, entregado a todo género de investigaciones. Sus deseos de saber eran universales y él no conocía, como

Denys Talon, otra medida que su antojo o su desagrado.

¿Pero no fué un estremecimiento de placer, una especie de deleite superior lo que experimentó Maurras al descubrir la ideología apasionada de Barrès, aquella noche en que leyó, o mejor aún, devoró *Sous l'oeil des Barbares*, libro que fué a recoger, al medio día, en el pasaje Choisseul, a casa del editor Lemerre? La ironía, la poesía, las cadencias de esta prosa inteligente, así como su tono de "burla compleja" hasta el sarcasmo, todo le había fascinado, arrebatado. Charles Maurras volvía a encontrar, a respirar, el nihilismo, el anarquismo, que se había apoderado de él, en las páginas de este libro nuevo, pero no un anarquismo "suave ni apacible", sino doloroso.

Como la mayoría de los jóvenes de su generación, el Barrès de *Sous l'oeil des Barbares* sufría de no saber a qué acogerse. Desde este primer encuentro, y a pesar de su fantasía, su vagabundeo, su anhelo de placer al que como joven se sentía impelido, había asombrado al Maurras de los veinte años, lo que sobre todo era la honda seriedad de esta "pequeña biblia", el poderoso deseo final que en él existía bajo las confesiones de sincera inquietud esencial, de "encontrar la dirección de la vida humana". ¿Con qué profundidad había resonado en él la invocación que pone fin a esta confesión de un alma insegura pero ávida de vigor, de fecundidad espiritual? ¿Hasta dónde le había penetrado? Leía y releía las últimas frases: "Yo sé, pero ¿quién me dará la gracia? ¿Quién hará que la desee?... ¡Oh Maestro, disipa mi doloroso ofuscamiento

para que pueda dedicarme tan sólo a la búsqueda de mi absoluto!" "Te suplico que, por una suprema tutela, me elijas el camino en que se cumpla mi destino"—y esto, había trastornado a Maurras, como "una llamada fascinante de un Verbo desconocido": "¡Quienquiera que seas, oh Maestro, si existes en alguna parte, axioma, religión o príncipe de los hombres!" Sí; en este librito que muchos calificaron de pretencioso y oscuro, y que los "hombres profundos" parecían no tomar en serio; en este primer ensayo de Barrès el problema de la vida se presentó con una gran claridad para el joven Maurras adolescente e indeciso. La idea de actuar, de llevar "una vida auténtica, seria, firme, útil, acababa de formularla para él el pensamiento de Barrès, por su novedad y simplicidad, por su nitidez y persuasión. En efecto, una especie de gracia y de milagro fué este encuentro de Maurras con Barrès, en el umbral de su vida espiritual. Iba a orientar su destino, iba a proponerle una expansión necesaria sin destruirle en lo esencial.

El culto al Yo.

Inclinación, aversión. ¿Cómo el Barrès del *Culte du Moi* pudo exigirle renunciar a los impulsos de su naturaleza, a sus normas instintivas? Le llevaba a ellos invitándole a complacerse en los que pertenecían a su verdadera familia mental, sentimental, aconsejándole al tiempo la obligación de apartarse de los que le eran extraños, que le producían desagrado, los que Ba-

rrès llamaba por ello mismo *Les Barbares,* es decir, seres demasiado alejados de su manera de ser de su concepción de la vida. Pues el *Culte du Moi*—la viva fórmula, amiga de la memoria, ofrece una punzante mezcla de claridad, impertinencia y misterio, que iba a alcanzar fortuna—, tal como Barrès lo había concebido, no ha formado nunca un conjunto de proposiciones teóricas: "No era, dice Maurras, más que un simple método de pensamiento, para uso de aquellos que juzgaba más o menos conformes con él".

¿Poseéis una cierta reserva de fuerzas morales? En ese caso, les decía Barrès, es necesario que las defendáis para no extraviaros, para no dejaros invadir por el exterior y contener el asalto universal del enemigo... No se trataba de defender al precio que fuere cualquier Yo; se trataba de un Yo integrado por la serie de las generaciones cultivadas... Barrès les enseñaba, en suma, lo que él mismo había comenzado a hacer para su conservación personal. Sí, Barrès les invitaba a conocerse, a conocer su límite, este "buen límite" que Maurras había olvidado, más que ignorado y conservado sin saberlo; el "límite derivado de las buenas costumbres de los suyos, de la huella de su educación, de los vestigios de su tradición, quizá de un ciego instinto, ligados con oscuras orientaciones de su corazón". Lejanos antepasados que habían conservado durante su vida un cierto sentido del honor, hablaban más alto que sus inclinaciones, con el vigor suficiente, en todo caso para oponerle su potente no colectivo. Pero si el joven Maurras no tardó en darse cuenta de ello lo debe a su encuentro con Barrès; a Barrés, que le había ayu-

dado a hacer del anarquismo, del nihilismo en que aún se complacía, no algo puramente negativo, sino una especie de purgante. Ya no se trataba de decir no a todo, sino de decir imposible a todo lo que comprendía que era artificioso, a esas influencias extrañas que trataban de asaltarle, de dominarle. He aquí lo que Barrès, "la anarquía" del joven Barrès de *Sous l'oeil des Barbares,* le había hecho descubrir.

"*Nada más que viviendo...*"

La anarquía es la primera actitud en la vida, el primer jalón de un espíritu joven y libre ante aquello que le produce un excesivo horror. Lo principal es liberarse. Este fué precisamente el gran favor de Barrès, el milagro que realizó liberando de ella a los mejores de su generación, "y ello sin teorías de ningún género, sólo con la práctica noble de lo bello, por un acuerdo esencial con la belleza del mundo, solamente viviendo". Si este escritor irónico, este artista lleno de amor y de odio; si este profundo moralista ha tenido una tal influencia sobre los jóvenes de su época, es porque no decía nada del alma humana que no hubiese conocido por la experiencia, directamente. Lo que Barrès, buscándose a sí mismo y hallándose, iba a dar a nuestras generaciones, a toda una época francesa, es la idea verdadera de un equilibrio entre la cultura y la vida, no un concepto, sino "una idea vivida, una idea hecha verdad al incorporarse carnalmente a una vida, como la idea de tradición llega a ser auténtica incorporándose a vuestra familia o a

vuestra Iglesia". "En este orden, añadía Thibaudet, el movimiento no se demuestra más que andando, más que por la marcha de alguien..."

Barrès fué este alguien, y Maurras lo había comprendido desde su primer encuentro, que había sido "rápido, violento, decisivo". Maurras salió conquistado por la seducción extraordinaria, profundamente sana, que irradiaba toda su persona. ¡Ah, cuán engañosa le había parecido la reputación de irónico, e incluso de "bromista", que intentaban crear en torno a Barrès...! Lo que, por el contrario, le había asombrado era que el joven Barrès fuese ya uno. Y uno con esa unidad superior que procedía, según dirá Maurras, del "hecho de considerar por encima de todo lo que juzgaba el fin natural del hombre: la elevada cultura del espíritu, la especulación filosófica, el pensamiento, las letras, las artes; en una palabra, todo lo que honra la condición humana". Tales fueron las primeras afinidades entre Barrès y Maurras: los acontecimientos y las circunstancias iban—no obstante un cierto disentimiento—a servir para forjar una profunda amistad. Y como testigo de toda la vida de Barrès, Maurras le rendiría este homenaje: "Siempre que estuvieron en juego nobles intereses, el honor, la amistad, el respeto de sí mismo, la más alta poesía, la patria, Barrès fué siempre el mismo. Le he conocido siempre grande en las grandes cosas".

En la época de la Cocarde.

Poco tiempo después de su primera entrevista de 1888, Barrès fué elegido diputado: "La actividad política le hizo un gran bien, nos dice Maurras. Le lanzó en medio de la gente, gente bien armada, cuyas flechas pudieron herirle, pero también endurecerle, ejercitarle, prepararle para ese goce de la acción, para las reacciones que la vida exige de la vida. En este sentido, la actividad política de Barrès iba a ampliar su irradiación intelectual y literaria, poética y moral". Derrotado en las elecciones, con el fin de elaborar un programa que uniera federalismo y nacionalismo, Barrès fundó en 1894 la *Cocarde,* que no vivió más de seis meses.

Estos seis meses de colaboración debían estrechar aún más los lazos entre Barrès y Maurras. Con ellos, junto a ellos, estaba Fréderic Amouretti, que fué el alma de su acción... Hacía cuatro años que Maurras estaba en París cuando, hacia 1892, encontró lo que él llama "el primer camarada digno de este nombre". "Nos conocíamos por nuestros amigos de Aix, dice. Fréderic Amouretti vino entonces a mí. Nos reconocimos en seguida. Ya no volveríamos a separarnos. Si sus estudios especiales no me pudieron prestar un gran servicio debido a mi pasión por la Filosofía y la Poesía (Amouretti era historiador y había recibido las últimas lecciones de Fustel), en cambio en historia, geografía, economía política significaron para mí lo que podría llamar una "Rosa de los Vientos", de esos vientos que, como ante un público inmenso, se agita-

ban, se contradecían y combatían. Su erudición, que explotaba todo el mundo, su memoria formidable, sirvieron para informarme... Gracias a él, mi espíritu no resbaló en muchas cuestiones, sino que halló en él una base firme". "Una memoria inmensa, en la que todo permanecía, vivía y perduraba con un ardor apasionado"; tal es lo que Amouretti había confiado pródigamente a Maurras, Barrès, a sus amigos, que admiraban y veneraban la riqueza de su espíritu. Barrès no fué el menos ávido. Como poeta trataba de enriquecer constantemente el tesoro de sus ensueños. Con todo, con todos, hacia lo mismo. Su magnífico egoísmo era una de sus mejores cualidades.

Por miedo de "carecer"...

Sí; el gran don de Barrès consistía en apoderarse de las ideas que flotaban a su alrededor. ¡Sólo por esto se ha pretendido afirmar que Barrès no leía nada, que carecía de cultura! Y aún escuchamos a Paul Bourget decir: "¡Ignoraba tantas cosas...! Sus cuadernos lo atestiguan... Un día que tuvo que hablar de Rousseau, vino a preguntarme lo que debía decir".

—Siéntese, le dije, y le indiqué las ideas principales. Después escribió páginas admirables, porque cuando Barrès tenía un tema sacaba de él un partido magnífico... ¡Cuántas veces me ha rogado que le sugiriese la idea para un artículo! Es lo que llamaba venir a "sorberme"—añade el viejo maestro sonriente.

Pensando, en el ocaso de su vida, lo que le ha-

bían costado tales búsquedas, Barrès creía haber pecado por exceso de esfuerzo: "Había consumido una especie de tensa voluntad que debía abreviar sus días". "Me he forzado y maltratado hasta el absurdo", decía entonces, y añadía: "Toda mi vida he estado sobre una falsa pista por el deseo de nutrir mi espíritu". Quizá, como artista demasiado serio, Barrès ha sobrecargado sus obras de "ideas" que, en sí, no le interesaban.

"Comprendo, decía, mi falta de instrucción. Mis ensueños serían más bellos si mis conocimientos fuesen más profundos y extensos. Saber es encontrar nuevas relaciones entre las cosas. ¡Los cielos, las estrellas me llevan ya tan lejos en lo ilimitado de los siglos, en los misterios de la muerte, en la unidad de las cosas! Nuevas visiones, relaciones que me descubren aún más el todo..., he aquí a lo que aspiro..."

Maurras y Amouretti proporcionaron a Barrès en abundancia nuevas perspectivas, nuevos puntos de vista ricos en sugestiones, despertando sus ágiles ensueños a los vastos horizontes de la metafísica y la historia. Era un artista; pero en el fondo Barrès no creía que una idea tuviese más valor que su contradictoria: el genio y el talento le parecían capaces de hacerlas igualmente seductoras. Y sus jóvenes amigos no carecían de genio y talento: "Comprendo la realeza, la historia, la doctrina así entendidas, como usted, como Amouretti", dijo a Maurras ese día de 1898 en que le llevó sus *Trois idées politiques*. Barrès las comprendía quizá, pero no las seguía. Por lo que a esto respecta, la posición de Barrès ha sido invariable.

Barrès y la Revolución francesa.

Barrès fué, permaneció siemppre en el campo republicano. Entre lo que conservaba de su nacimiento—y únicamente esto prevalecía—se destacaba el sentimiento republicano: consideraba cuestión de honor y piedad, mantenerse fiel a él, lo había hallado en el origen de sus ideas y sentimientos, "en los que—decía—me mantengo con tanta monotonía".

En la víspera de su muerte, cuando publica las *Mémoires* de su abuelo J-B. Barrès, oficial de la Grande Armée, y con el fin de servir de introducción y aclaración a todo lo que había escrito, Barrès no deja de subrayar este aspecto:

"Mi abuelo describió con infinidad de pequeños detalles el orgullo de los emigrados a su regreso en 1815, y las ofensas que algunos de ellos tenían la locura de infligir a hombres cuya nobleza y virtud acaban de conquistar títulos tan hermosos como los de las Cruzadas, detalles que hacen ver con gran claridad la extrema dificultad que encuentra entre nosotros una restauración monárquica... J-B. Barrès nos ayuda a comprender cómo los franceses de 1815 no tenían idea alguna acerca del empleo que podían hacer con los duques, marqueses, condes y vizcondes..."

Si a Barrès no le gustaba la monarquía—el mundo de la realeza, ¿era otra cosa para él que los lectores del *Gaulois* o los admiradores de Arthur Meyer?—; si, en su respuesta a la *Enquête sur la Monarchie,* vemos a Barrès ironizar sobre aristócratas y nobles ("No saben, decía, liberar-

se de los vividores que los adulan del modo más innoble"), Barrès lo debía sin duda a su abuelo, a aquel soldado de Bonaparte, del que había heredado, junto con su admiración por el Ejército, por el genio del Emperador y por la fama, ciertas prevenciones que asombran en un espíritu de su categoría.

Barrès aliaba a su fidelidad republicana una especie de gratitud hacia la Revolución: esto formaba parte también de su "imagen natal". Y si el autor de las *Amitiés françaises* no hace empezar la Historia de Francia en 1789, recordamos en cambio haberle oído decir un día:

—Sin la Revolución, ¡no hubiera podido ser lo que soy!

A lo que Jacques Bainville, que se había educado en el seno de una familia republicana, replicó tranquilamente:

—¡Sin la Revolución, sería un granjero!

Maurras había respondido a las objeciones de su amigo Barrès: "La monarquía deberá organizar la aristocracia con aquellos que hayan conservado la vitalidad, la energía, el honor y se hayan enriquecido con los nuevos elementos dispersos y todavía amorfos que le fueron ofrecidos por la èlite francesa". Pero Barrès no estaba tan convencido...

Donde Barrès se "pone a cubierto..."

En materia de dialéctica, fuese monárquica o no, Barrès continuaba siendo escéptico, de un escepticismo general: no era una opinión, era una manera de ser. Ningún razonamiento le hu-

biese convencido de lo contrario. Siempre había sostenido que la dialéctica de las ideas no podía conducir a nada. Cuando discutía con Maurras de república y monarquía, solía responder sonriendo: "¡Si fuera un dialéctico tan excelente como usted, me atrevería a defender lo contrario!", lo cual producía gran ira a Maurras. "He creído siempre inadmisible, decía Maurras, que los caminos del pensamiento dependan de su justificación. Existen reglas, hay leyes, demostraciones de la verdad, análisis del sofisma. Siempre que nos encontramos en presencia de un falso razonamiento debe haber una posibilidad de deshacerlo. La configuración de las ideas, su giro, su estilo, dependen de una forma del espíritu, pueden discutirse. Pero en el fondo, las ideas representan las cosas y no podemos sustraernos a la luz de sus verdades o sus mentiras." Y el mismo Maurras, únicamente por medio de la decisión de su espíritu, al ocaso de una indiferencia personal, "había llegado más allá de los partidos, orientándose hacia el sistema monárquico, como el mejor guardián de un patrimonio común..."

Le era imposible llegar a un acuerdo en ese punto con Barrès, pues "Barrès tenía diversas maneras de escabullirse". "Ya, dice Maurras, declarando que un francés del Este no podía conmoverse apenas por la obra monárquica... ¡Se olvidaba de Lyautey!, haciendo ver de qué modo su corazón era bonapartista. No es que viera alguna necesidad de restablecer el Imperio, sino que sus mayores resortes emotivos estaban concentrados para él en la epopeya napoleónica" "Debemos todo a nuestros reyes", le dijo un día

Bourget.—"No, dijo Barrès, nada a los reyes, todo a Francia"—"¿Acaso, le preguntó Maurras, acaso Francia se ha hecho sola? ¿Con qué manos? ¿De qué manera...?"

Pero Barrès no había meditado apenas las lecciones de la Historia; la conocía poco o mal, y no le ofrecía otra cosa que temas para sus fantasías. Creía que el realismo de un Amouretti, de un Maurras, estos Blancos del mediodía, era una libre creación de sus espíritus entusiastas de los sistemas y las ideas... como otros lo son de las imágenes... "No, repetía Maurras sin descanso, no hemos querido decir que un rey sea siempre necesario para el bienestar común... y que sea exigido en Mongolia o en Egipto. Estos pueblos son diferentes, sus costumbres, sus razas, sus territorios permiten y exigen otras leyes distintas de las nuestras." En cuanto a Francia, tal como está configurada, o, dicho de otro modo, teniendo en cuenta sus éxitos y sus fracasos, "es un rey lo que le hace falta". En fin, la invocación de Barrès a la tierra y a los muertos, ¿no podía, no debía "tener presente el recuerdo de estos bien-nacidos de la raza que han sido los jefes históricos de nuestra sangre"? Si Francia es una "familia de familias", como la definía Barrès, "¿por qué, preguntaba Maurras, por qué no pensar en la Familia-Jefe?"

Pero nada ni nadie hubiese logrado cambiar a Barrès de sentimientos. "A cada uno su papel, decía. Para Maurras, el sistema, la forma dialéctica". Barrès se reservaba la música. Vivir en las ideas o en la música, para él era una sola cosa. El fondo de las doctrinas apenas le importaba. Si hubiera creído en la eficacia espiri-

tual de las ideas, no hubiera subido, precisamente, los peldaños de la razón que razona para alcanzarlas. Lo que apreciaba en un pensamiento, en un ser, era su ímpetu. He ahí lo que amaba en Maurras. Para este poeta, Maurras era otra cosa. La monarquía, pensaba Barrès, es su música. "Habéis ido a la Monarquía por una llamada imperiosa y, sobre todo oscura, de vuestro ser, le decía. Es lo que crea la belleza, la riqueza, de vuestra fe." Y, en el ocaso de su vida, en 1922 soñaba aún sobre la página nocturna trazada en la cabecera de su cama: "Maurras, es un demiurgo. Su realismo es una obra de arte libremente concebida. Su imaginación creadora es la fuente de la que hace brotar estas realidades espirituales y materiales que resumimos en esta palabra: *Acción Francesa.* Ella hace brotar en él y en otros la fe".

¡Maurras, Barrès!, estos dos hombres se unen en las cumbres. Barrès mismo decía: "Nuestros acuerdos, allí donde se puedan lograr, son fecundos, nuestras oposiciones estériles".

"Maurras tiene su tesis; yo tengo la mía..."

Entre sus contemporáneos, no hay hombre para Barrès que haya merecido más su estimación que Maurras. Le consideraba especialmente y le profesaba un respeto que no demostraba a nadie más.

A pesar de las divergencias, Barrès se sentía a su lado: pero le admiraba demasiado para no luchar y debatirse contra su prestigio; le resultaba difícil escapar a los razonamientos de su

amigo, al que llamaba su "perpetuo c. q. f. d." (*ce qu'il faut demostrer*: lo que es preciso demostrar). Admiraba su arte de persuadir, de fomentar las convicciones; pero su resistencia procedía de lo más íntimo de su ser, de esa parte reservada a los sentimientos, a esos datos "desconocidos" que le protegían contra las definiciones demasiado evidentes: "Maurras—decía (injustamente)—Maurras no tiene en cuenta lo desconocido." Y si se negaba a adherirse a sus doctrinas imperiosas, era porque pensaba: "Yo procedo de otro modo. El tiene su tesis, yo tengo la mía. Maduremos nuestros frutos particulares". Barrès se ocupaba de muchas otras cuestiones. Y pensando aún en Maurras, en este diálogo interior que no cesaba de entablar con él, añadía: "Usted deja demasiadas cosas fuera de su órbita. Usted reduce la doctrina mientras yo la amplío. Usted quiere dominar los espíritus, encuadrarles en una fórmula, y yo dirigirlos". "Estoy de acuerdo con usted en que el espíritu humano no puede prescindir de doctrinas e hipótesis y que la razón sola es capaz de construir unos y otras, pero yo no reduzco la vida a argumentaciones." En esto Barrès era inflexible: "No quiero, decía, no quiero luchar por un partido. Seamos más claros: no quiero luchar por los partidos, cada parte deja demasiadas cosas de lado". No deseaba formar parte de ningún grupo, ni siquiera en la Cámara. Para dar una idea exacta del carácter de su humor creo oportuno contar una anécdota de la que un día fuí testigo.

Sobre una pared de los Mercados.

Fué en la primavera de 1908. Había ido a buscar a Barrès a su oficina de la calle Sauval, en la que, dos veces por semana, miércoles y viernes, despachaba los asuntos de su distrito. Un decorado a lo Balzac. En el segundo piso de una casa sórdida, dos habitaciones estrechas en forma de pasillo, abiertas a un patio que apestaba al olor de los Mercados. En el primero, escritores, periodistas y literatos se codeaban con los electores. Uno a uno eran introducidos en el despacho de Maurice Barrès, quien, con las piernas cruzadas, con su negra melena cayéndole sobre la amplia frente, dedicaba a éste un volumen, daba a aquél algún socorro en dinero, entregaba a un tercero una carta de recomendación. Hacia mediodía, una vez firmado el correo, nos íbamos. En saliendo de la calle de los olores infectos, Barrès volvía a ser Barrès...

Aquel día, las paredes de los Mercados estaban cubiertas de carteles recientes que atraían su mirada. Nos detuvimos y leyó: "Acción Francesa", órgano del nacionalismo integral. Director Henri Vaugeois. Jefe de Redacción: Léon Daudet". Y después Barrès pudo ver, debajo de los titulares, en letras menos visibles el simple nombre de Charles Maurras. Se indignó. Para mí, ni el acontecimiento, ni la sorpresa de Barrès tenían ningún sentido definido. El periódico, los hombres, los nombres me eran casi desconocidos. Pero comprendí que la cosa tenía importancia para él. De un pasado aún no lejano surgían las imágenes de los queridos compañeros de en-

tonces, los Amouretti, los Maurras... Bajo su mirada, llena de invisibles pensamientos, se adivinaba el recuerdo de las espléndidas discusiones de 1894, 1895, 1896... ¡Oh, juventud, juventud...! Pero, en la *Cocarde,* en la primera *Acción Francesa,* hacia 1900, ¿qué habían puesto en común? Un mismo desagrado por el régimen parlamentario. Mas Barrès no había cambiado, había permanecido fiel a su camino. Eran sus amigos los que habían "evolucionado": ¡habían llegado a la monarquía! El les había permanecido fiel, pero quedó fuera de su órbita. ¡Y he aquí que de pronto, fundaban un partido, un periódico!... Inesperadamente adoptó ese aire hermético, provocativo que desde entonces pude ver en él tantas veces, y alzando levemente los hombros como para descubrir estas reflexiones, se alejó bien alta su cabeza. Luego, más de prisa volvimos a su automóvil que le esperaba detrás de la Bolsa de Comercio. En el camino, de regreso a Neuilly, guardó silencio durante largo tiempo. Sólo, como si se hablase consigo mismo, dijo: "¡Qué empresa tan absurda! Lo que me molesta es que se acuerden de mí. Temo que me comprometan. Sin duda me veré obligado a cortar por lo sano. Pero, ¿vale la pena? ¡Bah! ¡No les durará ni seis meses!"

De esta mordaz humorada, ¿deberíamos concluir que "Maurras molestaba a Barrès? Sería una conclusión mezquina. Para quien conoce a Barrès, esas palabras revelan sobre todo la incesante lucha que las ideas, los sentimientos, sostenían en lo más profundo de su ser: "Tengo horror y desconfianza razonada hacia todo aquello que me llega de fuera, decía. Es necesario

que lo haya vivido para asimilarlo". Lo que subsistía de común entre él y Maurras era el vivo sentido de la continuidad francesa, pues en el corazón de Francia es donde se concilian estos dos espíritus, donde su acuerdo renace.

"Ni la ausencia, ni el silencio..."

En "un departamento hermético, en el que nada podía penetrar, ni la ausencia, ni el silencio, ni ninguna sospecha", Barrès y Maurras se reunían, aunque ahora ya no se vieran tan a menudo como antes. Uno de sus objetivos era el íntimo acuerdo de pensamiento y sentimiento en los puntos esenciales, y "el trabajo convergente realizado con profundidad que volvía a reconocerse —dirá Maurras— en la elaboración de los acontecimientos".

Maurras, no obstante, no podía disimular la pena que este alejamiento le producía: "El próximo otoño, hará muchos años, escribía en 1904 a su amigo Maurice Barrès, que trabajamos en el mismo periódico y, en suma, con las mismas ideas y con los mismos métodos. No nos han vencido, tenedlo en cuenta, más que plagiándonos. La inteligencia sigue siendo el punto sensible de la Francia contemporánea. Seremos ancianos y cadáveres cuando los héroes jóvenes hagan triunfar el arma afilada y perfeccionada por nuestras manos. ¡Y a pesar de todo, es una gran desgracia que no se haya podido acomodar completamente a *Acción Francesa!* ¡Qué fuerza constituiría!" Pero Maurras no cometía el ingrato pecado de olvidar que Barrès había consegui-

do con el prestigio de su arte la resurrección del patriotismo inteligente:

"Aquellos que han visto en qué situación se hallaba la *èlite* de la juventud intelectual, instruída y cultivada, alrededor de 1900 y a qué condición superior le había conducido el barresianismo hacia 1910, pueden admitir que Barrès tuvo colaboradores, entre los que el grupo de *Acción Francesa* no fué el menos influyente, pero lo cierto es que en el primer lustro (1900-1905) sólo la inspiración y el espíritu de Barrès desplazaron los conformismos imponiendo la discusión. Este capítulo de la historia de las ideas estuvo al servicio de un patriotismo tan impersonal y desinteresado como en cualquier otro de los arquetípicos del pensamiento humano. Y sirvió poderosamente al futuro del pueblo francés. Hubo entonces estrecha unidad entre moral, estética y política. Gracias le sean dadas a Maurice Barrès y sólo a él..."

Y Maurras añadía: "Si los juicios han sido alguna vez inciertos a este respecto, es porque, muchos de aquellos que habían seguido a Barrès en este hermoso y gran camino de la tradición nacional, le superaron..."

He aquí con exactitud lo que hacia 1912 iba a poner en evidencia, la encuesta de "Agatón" sobre la juventud, aunque sólo fuera por las discusiones que suscitó...

Nuestros primeros coloquios con Maurras.

Nuestros primeros coloquios con Maurras o "Critón"—era un seudónimo—se remontan a los

tiempos lejanos de "Agatón". Aún aquí dejo la palabra a Maurras, pues él mismo ha evocado, en la *Contre-Revolution spontanée,* los recuerdos que muestran lo que fueron nuestras coincidencias al borde del abismo. "Otro fenómeno del sueño del orgullo francés antes de 1914, del que no éramos partidarios y que, sin embargo, coincidía con nuestras tendencias enlazando con ellos, fué la famosa *Enquête* de "Agatón" sobre determinados absurdos nacidos de influencias extranjeras en nuestra enseñanza superior, y que formaba el *Esprit de la Nouvelle Sorboune.* En 1912, el seudónimo de "Agatón"[1] "bueno, valiente en la guerra", no tenía nada de común con el viejo escritor que, en el siglo pasado, había firmado del mismo modo un buen número de artículos en la "Revue Encyclopédique", de Larouse. "Agatón" mostraba dos jóvenes llenos de una vida y un ardor desconocidos entonces... Su conquista de la vieja Universidad iguala, en un tono superior, las grandes jornadas de *Thalamas.* Precedían, con un plan muy semejante, a la hermosa y memorable obra de Pierre Lasserre *La Doctrine officielle de l'Université.* Planteaban abiertamente la cuestión clave—francesa, por excelencia—del primado de la inteligencia y la razón. En pleno bergsonismo floreciente, impresionados ellos mismos por Bergson, su postura atrevida hería de muerte a los viejos sofismas, y a todo cuanto contribuía a sostener los vestigios de Brunetière, los escombros informes de Taine y Renan y las huellas de Michelet, uniformemente revestidas de ese barniz de erudición

[1] Charles Maurras también.

y pedantería a las que se creía deber dar prioridad sobre el juicio y el buen gusto, sustituyéndolos por el dato, la ficha. El escándalo fué grande. Se intentó responder y reaccionar... Pero el éxito en la opinión terminó con todo. Sin capitular, las autoridades se desplomaron..." Sí, el *Esprit de la Nouvelle Sorbonne,* a pesar de nuestras afinidades bergsonianas, había sido aprobado, aceptado casi sin reserva, por los partidarios de Maurras, que, instalados en la vanguardia del resurgimiento francés, se habían arriesgado no hacía tanto en favor de Fustel de Coulanges... Pero cuando, al año siguiente, publicamos Tarde y yo nuestra encuesta sobre la juventud en la Revista "l'Opinión", de Maurice Colrat, fué ya otra cuestión...

...Y primeras objeciones...

...Entonces se elevaron las primeras objeciones de Maurras, formuladas con la viveza y humor de la pluma de su querido "Critón". Maurras, lo veremos, había creído que al escribir en el periódico republicano "l'Opinión", que pasaba entonces por partidario de la política de Raymond Poincaré, debíamos haber obrado más prudentemente respecto a la afirmación del despertar de la conciencia francesa de que nos hacíamos eco. A decir verdad, veíamos en él sobre todo una transformación del carácter, una evolución del temperamento de la juventud, una "gran revolución de las almas"... Pero ¿podíamos asegurar, por esto, que nuestros jóvenes se atenían a las doctrinas, que sus ideas habían

sido renovadas en un sentido idéntico, en el sentido del "nacionalismo integral"? Cualquiera que fuese el deseo de "Agatón" por conseguir en su encuesta un retrato coherente de la juventud, no por esto dejaba de tener deformaciones arbitrarias. Lo que le parecía diferenciar más una generación como ésta de las precedentes era su realismo, este estado de salud del alma que tanto contrastaba con el pesimismo, la energía desfalleciente, el desorden moral de sus antepasados. Sí, había algo más que un movimiento de sobresalto provocado por el sentimiento del peligro: la amenaza de la futura borrasca, de "el oscuro relámpago dispuesto a estallar..."

La ávida voluntad de obligar a Francia a vivir había actuado sobre la *èlite* de la juventud como una poderosa llamada a la realidad.

En el espacio de algún tiempo, había procedido a una especie de examen de conciencia, de revisión íntima de todos los valores que debía dar como resultado la eliminación de quimeras, en adelante ya sin prestigio. Una clara visión de las necesidades patrióticas la había secretamente preparado para aceptar una serie de verdades paralelas en el dominio moral, intelectual, literario, político... Tal era lo que habíamos tratado de demostrar con el fin de aumentar un contagioso entusiasmo.

La "conspiración del silencio".

¿Cómo Maurras no se entusiasmó con todo esto? ¿De dónde procedían las reservas de "Critón" para con "Agatón"? Maurras nos explicó en

una carta rebosante de amistad; la primera que recibí de él: "Le reprocharé en voz queda, nos escribió, no haber tenido en cuenta el elemento moral (y, por tanto, vuestro) aportado por *Acción Francesa,* hace doce o catorce años en el despertar del patriotismo francés. En cuanto a juzgar un tal silencio como una debilidad de vuestra parte, ¡de ningún modo! Me he limitado a atribuirlo a las convenciones tácitas a la forma de un tema como el suyo tratado como usted lo ha hecho. Nuestra parte en la obra del despertar nacional es indiscutible; pero como es peligroso señalar o permitir que la señalen, se ha acostumbrado a olvidarla, y creo firmemente que usted no ha pensado en eso para contener su pluma..."

No; nuestro gran amigo Maurice Colrat, que dirigía entonces "l'Opinión" y que había sido secretario de Raymond Poincaré antes de ser su ministro de Justicia, no nos había dado a este respecto ninguna consigna ni sugerido nada parecido. La verdad es que mi colaborador Alfred de Tarde no era partidario de Maurras (era él quien escribía las páginas contra Maurras). Creía en el porvenir de las ideas liberales; soñaba con una reforma de la democracia, con una república fundada en una autoridad real. Este caballero del Perigord era partidario de una gran descentralización, con sólidas agrupaciones profesionales, con una Cámara de trabajo, ¡qué se yo cuántas cosas más!... En cuanto a mí, mi moralismo se oponía al modo de razonar de los discípulos de Charles Maurras, entre los que yo tenía muchos amigos. Protestaba en nombre de las "potencias de sentimiento" muy que-

ridas a Barrès... Eran discusiones sin fin; el entresuelo de la calle Drouot, en la secretaría de la Liga de la Cultura francesa, donde recibíamos a nuestros jóvenes, retumbaba con las voces.

"La tabla para vadear el río..."

Para poner cebo a las confidencias que iban a formar los elementos de nuestra encuesta, les hablamos de nuestros maestros, evocamos nuestros recuerdos. Tratábamos de sorprender sus reacciones personales leyéndoles, como piedra de toque, algunas páginas de Renán, France, incluso Barrès. Los dos primeros les eran francamente insoportables y ello apenas nos sorprendía. "¡Este falso Renan nos aburre!", repetían con el joven Mauriac. Cuando llegábamos a Barrès, notábamos que les fastidiaba. No tenían hacia él el gran amor que trastornó a nuestra juventud. Admiraban el artista, reconocían los servicios prestados por el patriota; pero la progresión de este pensamiento que había encontrado en la religión del "Yo" el culto de la acción y la disciplina, esta evolución, que tan apasionadamente habíamos seguido, les interesaba cada vez menos; era necesario decirlo. "¡Es una obra de transición, la tabla para vadear el río!", nos dijo un de ellos con un candor tal que no nos atrevimos a contradecirle.

Cuando pronunciamos delante de ellos los nombres de Maurras, Péguy, Claudel, fué muy distinto ¡Qué seriedad de pronto en sus jóvenes semblantes! Era evidente que éstos servían mejor a sus necesidades de afirmación, de creen-

cia. Sus obras ofrecían un alimento, una materia viva de donde podían sacar un gran provecho. Las doctrinas de Maurras, a pesar de que defendieran una conclusión monárquica, les fascinaban por el rigor de un espíritu que sabía contenerse para mejor conservar lo que posee.

En todos hallábamos la misma huella. Análisis del régimen parlamentario, reacción contra los elementos perturbadores del orden, contra el germanismo, contra los excesos románticos, todo esto, aquella joven *èlite* intelectual lo había adoptado espontáneamente. Su vocabulario mismo parecía más incisivo, y la palabra "francés" tenía en su boca un sentido estricto, más ofensivo y casi belicoso, en el que no era difícil reconocer el acento de Maurras...

De Barrès a Maurras.

Barrès, por otra parte, se daba cuenta. Era el momento en que, en el orden político, el restaurador del nacionalismo empezaba a verse alejado de los espíritus jóvenes, nacidos de él, despertados por él, y que, a través de él, habían conocido a Maurras. Lo que entonces preocupaba a Barrès era el papel que desempeñaba personalmente en la acción intelectual y moral que les era común.

Entre los temas que se propusieron a su meditación, en el transcurso de los años 1911-1912, volvió sobre éste con particular insistencia. El coloquio que entabla con el que llama "el gran Maurras" es algo más que un diálogo fruto de

sus entrevistas y de las circunstancias de la vida. Barrès comprendía que dominaba a los demás, puesto que él anotaba a este propósito, en sus *Cahiers*: "Es una canción a dos voces... No debo dejarme llevar por esa voz poderosa... sino en el corazón seguir mi voz, y hacer resonar mi propia melodía".

En este instante de una discusión empezada hace veinte años, ya no se trataba de las objeciones que Barrès continuaba haciendo a la monarquía: "¿Por qué, se limitaba a decir, por qué ha de obligarme a repetir que no soy monárquico y hacerme perder el tiempo buscando las razones...?"

Barrès sabía que la necesidad de una doctrina sólida que él había depositado en estos jóvenes cerebros encontraba allí su alimento. Muchos de sus partidarios se pasan a *Acción Francesa:* "No era una deserción, ni un abandono, decía, por ejemplo, Jean Longnon; para nosotros, era el completo desarrollo de la doctrina de Barrès, el nacionalismo integral. Concebíamos un Barrès imaginario, "integral"... que fuese monárquico; esperábamos tranquilamente que eso sucediera como un fenómeno necesario." Pero Barrès se contentaba con responderles: "No lo soy", y no se creía en la obligación de dar más explicaciones. Lo que sucedía es que, en el orden de la política nacional, Barrès se acercaba cada vez más a los grandes problemas del alma, reservándose en ellos la búsqueda de lo ideal, la reivindicación de lo espiritual. "Cada uno en su papel, hacía notar entonces. Para Maurras, la forma didáctica de la lección, los consejos a los demás, las polémicas, el sistema. A mí, que se me per-

mita lo que a menudo me sorprendo haciendo sin habérmelo propuesto: la meditación».

Barrès comprendía que esta meditación continuaba orientando a los jóvenes, animándolos a vivir, comunicándoles una cierta conmoción espiritual, de la que su arte poseía el secreto.

"Difíciles y pequeños espíritus..."

En este terreno del que se sentía dueño, Barrès experimentaba algunas inquietudes sobre la influencia que Maurras podía ejercer. No es que desconfiara de esta "luminosa inteligencia", sino que temía que su excesiva influencia inclinase a los espíritus jóvenes hacia una especie de fanatismo, reduciéndolos a una disciplina que Barrès acusaba de exclusivismo, de dejar demasiadas cosas fuera de ella. La objeción que Barrès tuvo, quizá, temor de formular respecto a las ideas, no dudaba en cambio de expresarla en cuanto al arte y la literatura: "Usted obliga a sus discípulos a negar demasiado a esos románticos, escribía a Maurras en 1912. Usted los conoce, pero nosotros, yo y las gentes de nuestra edad, los desconocemos completamente. Usted forma espíritus pequeños y difíciles que despreciarán demasiado profundamente a los Gautier, a los Baudelaire, etc." Y Maurras respondía precisando los prejuicios no sólo literarios, sino intelectuales y morales que el romanticismo o tales románticos habían engendrado. A propósito de estos poetas que había citado Barrès, ¿no le demostraba que " esos hermosos talentos", espléndidamente dotados, no habían llegado a

madurar y se habían visto imposibilitados de hacerlo a causa de las falsas ideas y sistemas viciados, de los cuales eran inocentes a la vez que culpables, pero cuya continuación, honor y respeto corrían el peligro de envenenar a las generaciones que iban a seguirles?

Enseñando el antirromanticismo a sus discípulos, Maurras trataba de defenderlos contra otros peligros tanto en el orden del pensamiento como en el de la conducta. Eso era lo que pretendía explicar a Barrès, cuando le demostraba los errores a que una ideología moralista, sentimental e idealista podía conducir a algunos de sus propios discípulos.

"Se lo confieso, decía; tanto como la carpintería parnasiano-romántica me irrita la obsesión de lo moral. El joven Massis me había dicho que era necesario formar hombres; yo le respondí con una obscenidad. ¡Le he escrito que los hombres no se fabrican, ni siquiera los homúnculos, más que abrazando a la mujer! Después de eso, el hombre crece si es capaz. No se fabrica un fruto ni una flor, sino que se planta la semilla en la tierra y germina si es buena y las circunstancias propicias." "No sé, añadía Maurras, no sé que efecto le han producido estas parábolas de la necesidad de una mediación—mujer, tierra, idea general— entre la voluntad, el deseo del hombre y su realización concreta, real y viviente. El peor error de los románticos me parece que fué confundir esta producción natural con una excitación cerebral y subjetiva que les obligaba a no vivir más que de intenciones y de saberse agradables".

Y Maurras preguntaba a Barrès, como si fue-

se culpable indirectamente de algunas responsabilidades:

"¿No es molesto que los jóvenes que tienen veinticinco años en 1912 se preocupen de este desusado problema? ¿No es preferible que lleguen a detestarlo? El antirromanticismo, aunque sea un poco exigente, tiene la gran utilidad de evitar esta desagradable cuestión. Usted tiene razón al satirizar la razón, pero reconozca también su parte de error, ya que la cabeza no es de madera y ella representa la más general de las sutiles medidas de aquello que no se puede contar ni medir».

De esta carta, cuyas alusiones pueden correr el riesgo de parecer un poco sibilinas, puedo mejor que cualquier otro hacer las aclaraciones necesarias, puesto que Maurras, para mejor y más a punto contestarla, había creído deber introducir al joven "Agatón" en el diálogo que proseguía con Barrès. Bajo esta máscara, ya lo he dicho, ofrecimos Tarde y yo un blanco de preferencia; nuestros amigos de la "Revue critique", en la que dominaba el pensamiento de Charles Maurras, no se privaban de arrojarnos sus flechas más agudas. ¿Qué éramos nosotros a sus ojos?: "los doctrinarios del entusiasmo y la fe", de esa fe un poco imprecisa en la acción, en la vida, que había exaltado nuestra encuesta sobre la juventud. De golpe, nos habían clasificado entre los "sentimentales puros", los "emigrados de la vida interior". Pero, detrás de nuestra "llamada al sentimiento" creían descubrir a Barrès y temían que él nos prestara su autoridad. A la vez, a través de nosotros, era a él a quien acusaban de perdonar "la más desorbitada excita-

ción romántica", bajo el pretexto de que la vida tiene fuerza suficiente para mostrarnos nuestros límites. "Barrès, mi querido maestro—exclamaba Henri Clouard—, ¿comprende usted por qué desconfiamos de un optimismo que contradice a la naturaleza y exige demasiado de ella?" Era exactamente igual que lo que Maurras había escrito a su gran amigo Barrès, cuando, indirectamente, le hablaba de los errores a los que la ideología moralista conducía al joven barresiano que era yo entonces.

El dogmatismo de mis veinticinco años hubiera, en efecto, inmolado de buen grado las instituciones públicas a la belleza de una actividad moral, ya que un cierto heroísmo verbal pesaba sobre mí. Muy poco sensible a los hechos, mi inclinación "moralista" no me permitía ver en en el sistema de las instituciones y las leyes otra cosa que una arquitectura hueca y precaria. Mi soberbia desconfiaba de "una perfección formal que desdeña la perfección interior". Y me irritaba oyendo declarar a Maurras: "¿Quién le ha dicho que el fondo de un hombre sea bello? No podemos elegir sino entre avasallar estas suciedades y oprobios o dejarlas descarriar y romper con todo. Es necesario que la debilidad humana sea socorrida por sólidas instituciones". "¡Ah, cuán poco "heroico" me parecía esto!" También este "Agatón", "nervioso y sentimental", como nos definía Pierre Gilbert, no veía en ello más que una filosofía "mecanicista", apta para mutilar las fuerzas de la vida, prescindiendo de los elementos sensibles, de las aspiraciones morales, de ese legado exuberante y

vivo de las pasiones que componen nuestra sensibilidad y predestina nuestro ser.

Los héroes y los santos.

Pero la piedra de escándalo fué cierta frase que Maurras puso, algún tiempo después, en la pluma de su amigo "Critón": "Ningún hombre puede hacer nacer santos, decía, pero cada uno puede conocer las leyes de la vida política y, una vez conocidas estas leyes, aplicarlas en su país". ¡Era demasiado!—y esta vez no pude contener la queja de mi moralismo insurrecto: "Para vivir, respondí en seguida a Maurras, ¿basta con afiliarse a un partido?, ¿no debemos considerar primero el esfuerzo moral, individual? Si el hombre no se pudiera elevar más que dentro del buen orden del gobierno, ello supondría la negación de todo heroísmo. ¿No sería, en cierto modo, incluso anticorneliano, poco de acuerdo con el más auténtico ideal francés? Es el hombre el que hace la historia y no la historia la que hace el hombre. Tal es la convicción de las generaciones activas, como la nuestra." Entonces Maurras se decidió a contestar al "joven Massis" en los mismos términos que evoca su carta a Barrès. Comprendía, en efecto, que en este anillo luminoso, bien determinado, que formaban alrededor de él sus amigos, ordenados en recientes grupos, era necesario un halo de simpatía, de regiones intermedias, en las que fuese posible preparar a algunas buenas voluntades, fugitivas o tímidas, poderlas iluminar para el momento decisivo.

Pero sus discípulos se indignaban: no tenían paciencia. En cuanto a nosotros, Maurras se abstuvo de excomulgarnos. Si desde un principio le asombraba que sus "dos maestros, el viejo Aristóteles y el joven Comte", hubiesen engendrado "un mecanicista tan puro", aún le asombraba más que no hubiésemos sacado la objeción del testimonio de los hechos más sensibles y directos; y, antes que discutir inútilmente con nosotros sobre los principios, Maurras, fiel a su método empírico, prefería conducirnos ante estos hechos:

"La doctrina que usted llama mecanicista, me dice, es precisamente la única que hoy tiene ímpetu, crea virtudes y engendra actos. Sus discípulos son del tipo de esos hijos heroicos que luchan, desde hace cuatro años, bajo la dirección de Pujo y sus amigos, por Juana de Arco, contra Bernstein o por el rey; son del tipo de Jean Gabolde, la enseña de la nave que perece en la catástrofe de la Libertad en circunstancias que añaden, me parece, algo a la historia del heroísmo militar francés. No soy de aquellos que consideran el socialismo, el sindicalismo, como el partido del vientre, incluso cuando se definen como tales; pero, en fin, al honor de clase asocian un sentimiento de interés individual que no se encuentra en las abnegaciones de las que le hablo. No hay nada hoy que se les pueda comparar. Luego, desde ese punto de vista práctico al que usted está ligado no sin algunas razones plausibles, esta doctrina, que no se propone hacer santos, los hace. Y el problema que siempre me he planteado, y al que he respondido siempre afirmativa-

mente, es saber si no es ésta la única manera posible de hacerlos."

Volviendo después a la cuestión de "Critón", que antes no había podido desarrollar a su placer, Maurras precisaba de esta forma su pensamiento:

"No he tenido inconveniente en escribir alguna vez que ningún hombre puede "hacer santos". Hubiera debido decir que ningún hombre debe proponerse este objetivo directamente, ya que, por el solo hecho de ambicionarlo, se le es infiel. ¿Comprende usted por qué los estoicos han dado falsos santos y falsos héroes? Y, ¿comprende ahora por qué la religión misma no aconseja directamente los fines interiores? Antes de hablar de las virtudes, habla de Dios. Este aspecto del problema dice mucho en favor de la psicología admirablemente segura del catolicismo".

"Vea usted cómo todo esto se encuentra en la economía de la naturaleza", añadía Maurras, al proponernos estas parábolas sobre la necesidad de una mediación que, por otro lado, había discutido con Barrès:

"Quizás usted cree, mi querido Massis, que los niños se fabrican. ¡Desengáñese, sólo abrazando a la mujer se hacen! Los niños vienen, cuando vienen, como pueden. Lo importante es abrazar, "es lo esencial", dice en alguna parte Sully Prodhomme."

"Un viejo magistrado de Aix-en-Provence tenía la costumbre de decir en la época de sus amoríos: «Aproximémonos, señora, y hagamos un niño». Y sólo de aproximarse debía enorgullecerse, puesto que su mujer ha muerto infecunda, ¡lo cual, quizá, haya sido un castigo del

cielo o del orgullo! Cultivad vuestra mujer, vuestro jardín o vuestras ideas. La gran locura de las filosofías puramente éticas es pretender prescindir del mediador natural y proceder directamente a la confección del resultado viviente (héroe, santo o simple feto). ¿Cómo creen las doctrinas de pura especulación poder desinteresarse de su repercusión en la realidad? Siendo joven como usted, no tuve siempre horror de esta última locura; pero, por lo que se refiere a la primera, me parecía de todo corazón execrable. Es, créalo, la más falsa de todas. Sus frutos más normales son homúnculos espantosos: aquí, el énfasis moral; allí, la hipocresía."

Y Maurras, volviendo a nuestras críticas, concluía en estos términos:

"Donde usted ve un mecanismo, hay simplemente una síntesis prudente de la experiencia nacional de hace veinticinco siglos. Si le escribiera en latín, podría llevar hasta el final mis parábolas naturalistas, y vería usted que nuestro empirismo organizador nos conduce simplemente a establecer de qué modo "hay que fecundar a Francia" o, con más exactitud, "cómo se la debe fecundar" y cómo no se la debe. La razón pura puede imaginar varias posibilidades. La naturaleza no conoce más que una: hay que pasar por ella so pena de un fracaso absoluto."

El pecado del idealismo.

¡Cuántas veces he leído esta carta admirable que intentaba llevar mis veinticinco años a la realidad de las cosas, a la consideración de

las necesidades naturales, para penetrar su admirable contenido! Después de varios lustros, puedo dar testimonio del efecto que han producido en mí estas parábolas que siguieron a las directrices señaladas por Barrès: me sirvieron para disipar las confusiones idealistas que se habían apoderado de mi alma en la época de "Agatón"—confusiones que, tanto como a la verdadera política, perjudicaban a la verdadera moral.

Si, como entonces escribía a Barrès, la obsesión de lo moral irritaba a Maurras, es porque sabía por la experiencia y la práctica que las modificaciones a una moral profunda, a lo que los antiguos maestros escolásticos llamaban los *habitus*, son las más difíciles de todas y no se consiguen más que con el tiempo e indirectamente. A aquellos que pretenden crear un orden moral sin fundamento natural o, peor aún, contra este fundamento; a todos los que afirman que pertenece a la conciencia substituir el orden de la naturaleza por un orden puramente moral; a los que se imaginan que la conciencia se basta, que es independiente, que su imperativo: "Haz esto" responde a todo, el apólogo del antiguo magistrado de Aix objeta de buena fe que el hombre no se fabrica así. ¿Quiere decir esto que el hombre se haga a ciegas? No; lo que Maurras pretende con ello es que el hombre tiene necesidad de una idea del Bien, una razón superior y profunda que él llama lo mental, raíz y condición de lo moral. "Aconsejar, por todo alimento, la virtud sin motivo, no conduce muy lejos, dice. Los sermones de esta calidad están condenados a un éxito restringido, cuando no a una derro-

ta total". Es el fracaso del idealismo, y su mentira, además. A Maurras le agrada citar esta frase de un ilustre prelado a uno de sus discípulos: "Joven, usted cree que el materialismo es el mayor error del momento. ¡Falso! ¡Es el idealismo!—¿Por qué?—Porque es el que miente más".

Nada hay más saludable para curar los falsos ardores que atormentan el pensamiento como recordarle que existe una naturaleza de las cosas. Los espíritus se pueden clasificar según que la reconozcan o la nieguen; la experiencia de estos últimos revela que sus errores orgullosos no desaparecen y sus efusiones acaban mal; de aquéllos, los que se entregan en un principio al conocimiento de lo real y a él refieren todo, debemos creer que llegará un día en que puedan descubrir el orden de las realidades superiores.

Héroes y santos.

Pero si Maurras nos recuerda oportunamente que es necesario seguir los caminos de la naturaleza, ¿vamos por eso a pretender que abandone todo a esa fuerza ciega y no conceda ninguna importancia a la voluntad humana? Respecto a su afirmación de que no podemos, en ningún caso, "prescindir del mediador natural", los "productos de una voluntad enérgica"—son sus propias palabras—se le aparecen como "uno de los caminos de engrandecimiento que nos está abierto". "Muchos hombres, dice, no son otra cosa que lo que han aprovechado de las

potencias del seno materno o lo que ha podido desarrollar en ellos el encuentro fortuito de las aventuras de su vida. En algunos, menos frecuentes, el juego primitivo se enriquece con las aportaciones de una nueva naturaleza que han procreado, inventado, adquirido, conquistado ellos mismos." Maurras ha tenido buen cuidado de no ignorar esta "nueva naturaleza", de la que nacen "la mayor parte de los casos sobrehumanos que ilustran la alta moral y la historia sagrada", ya que conoce "lo que imprime en la trama de los acontecimientos la energía y la libre invención de un héroe". ¿Contradicciones? No, sino sentido profundo de las contrariedades vivas que atañen a la complejidad de las cosas, ya que este lógico, este razonador es el menos abstracto de los hombres. No podría contentarse con un orden arbitrario o ficticio, un orden que mutila. Todo pensamiento auténtico, conforme con lo real, informado por él, ¿no es un *complexus oppositorum?* Lo esencial, tal es el objeto de Maurras; pero lo esencial alcanzado en la imagen del cuerpo, a través de la diversidad de sus encarnaciones.

Aquellos que ignoran que este amor a la vida es una pasión dominante y le acusan—como antes "Agatón" el de la cabeza ligera—de "olvidar los sentimientos vivos y querer" edificar un orden social autoritario fuera de toda verdad moral o metafísica, ésos no han llegado aún al colmo de sus sorpresas. A ellos les dedico un texto de oro que no ha sido señalado hasta ahora. ¿Qué reprochábamos a Maurras? No alcanzar la elevación del hombre sino a partir del orden del gobierno, rebajar el esfuerzo de las vo-

luntades humanas, el heroísmo, la santidad y limitarse a las virtudes de las instituciones. En el mismo lugar, Maurras demuestra el beneficio de las instituciones monárquicas, atribuyéndolas, además, el beneficio de compensar y, con mucho, los errores o, a veces, las indignidades del monarca. Y añade: "¡Pero en la cuna, en las crisis, son necesarios hombres buenos! Son necesarios—lo he dicho—héroes y santos, *y quizá santos más que héroes*".

Aunque una frase tal parezca encerrar un poco de la claridad de las divinas luces, no es preciso exigir de ella más de lo que dice. Aquel que la ha escrito añadiría un día confidencialmente y con otra voz: "La Causa de la que procede toda santidad se me revela oculta y, para mí, el misterio no está esclarecido". Pero si la Causa primera ha escapado hasta aquí a la investigación de Maurras, los hechos siguen siendo los hechos, y nada le impide anotarlos, calificar con exactitud sus resultados, conseguir legítimamente un buen efecto. Lo extraordinario, lo sobrehumano, ¿no está garantizado por "todo lo que reconoce como prudentemente ordinario", como consuelo humano? Sin duda, un creyente podrá decir infinitamente más. Pero "considerar que los medios divinos" son humanamente buenos y excelentes, ¿no supone reconocer que "lo superior, que domina y ordena a lo inferior, lo contiene además"?

"El infinito es un explosivo..."

Cuando Maurras nos exigía volver a la consideración de las necesidades naturales, cuando

nos respondía que "los hombres no se fabrican", creed que no ignoraba que "ciertos héroes, además de lo que han extraído de las potencias del seno materno, se han hecho a sí mismos". Pero antes de "hacerse" es preciso que el hombre conozca lo que él es y que "existe algo más elevado y mejor que él". En este conocimiento, es necesario que las ideas sean precisas, las máximas exactas: en eso consiste el arte de pensar y de toda conducta. Maurras siente cierta desconfianza hacia los espíritus confusos que, bajo la máscara de la elevación religiosa o moral, desprecian las verdades de la Naturaleza. "Excelentes maestros—repite—me enseñaron en otro tiempo que no hay oposición entre lo natural y lo sobrenatural, limitándose lo sobrenatural a completar y elevar lo natural." He aquí por qué Maurras se había permitido escribir al "joven Massis" que "antes de hablar de las virtudes, el catolicismo habla de Dios". "El infinito,—le decía—, el infinito es un explosivo que debe ser manejado por manos sabias y puras."

El idealismo en que nos complacíamos entonces, podía, por lo demás, inclinarlo a preguntarse si no buscábamos en la metafísica otra cosa que un alimento para nuestros sentimientos. Nadie supo mejor que Maurras ponernos en guardia contra semejante equívoco; y nunca le agradeceré suficientemente el consejo que recibió cierto joven que yo conocía, como respuesta a sus confidencias filosófico-religiosas: "Usted ya no es escéptico—le escribió Maurras—, ¿pero qué cree usted? ¿Dónde ha anclado su fe?.., Si es católico, todo marcha bien. Nos encontraremos en todos los terrenos prácticos, incluso estéticos.

Si no lo es, desearía saber de qué "filosofía nueva" me habla. ¡Todas las que conozco o reconozco bajo este nombre se distinguen por su extraordinaria frivolidad!"

El sentido profundo de esta carta, su secreta resonancia, no debía yo captarlos sino veinte años más tarde, cierta noche en que, con una especie de doloroso despecho, Maurras nos confió:

"He pasado mi vida combatiendo todas las metafísicas, excepto *una*... Y si la he considerado aparte, no ha sido por complaceros a vosotros, católicos, *ha sido por mí*." Pero esta parte que Maurras ha silenciado, ¿no es la parte que ha confiado a la divina Esperanza?

"*¿Dónde está Maurras...*"?

"¿Dónde está Maurras?"—me preguntó el padre Garrigou-Lagrange, en septiembre de 1932, en casa de nuestro amigo Jacques Maritain. Como todos los años, el gran teólogo dominico había venido a Meudon para predicar en el retiro del Círculo tomista. Me veo aún paseando en su compañía por las altas avenidas del jardín de Jacques, cuya pendiente da la espalda a la *Avenue Royale* que conduce al castillo de Bellevue. A esta pregunta no supe en un principio qué contestar... Dije, sin embargo, al Padre qué profunda impresión había producido Maurras a su auditorio, cuando, el invierno precedente, había hablado de la evolución religiosa de Maurice Barrès.

"Encontré a Maurras antes de la guerra en

casa del Padre Vallée—dijo el P. Garrigou-Lagrange—, y recuerdo aún en qué términos tan entusiastas habló aquel día de la *Histoire d'une servante,* de Lamartine, uno de los más bellos libros cristianos que conozco... ¿Cómo es posible que, admirando así una tal novela, Maurras no fuese cristiano?"... A esto sí creí poder responder diciéndole que Maurras parecía preocupado con el problema del mal, con el problema de la la Providencia (al cual acababa el Padre de consagrar una profunda obra) ...Sí, cuanto más pienso, más creo que es preciso remontar los orígenes de sus dificultades de creyente al "problema del mal", a este problema agobiante para un espíritu como el de Maurras.

Y quizá sería necesario buscar el secreto de ese fracaso en la desgracia personal que indignó y rebeló su juventud, cuando, alrededor de sus catorce años—estaba entonces en el colegio eclesiástico de Aix—, sintió bruscamente el comienzo de su sordera. La sordera le llevó a una profunda desesperación. Su primer sueño de niño, casi de adolescente—esa llamada a la Escuela Naval, de la que debía salir marino como su abuelo y todos los suyos—, su sueño se quebró muy pronto y, con él, se derrumbaron sus ilusiones. Le parecía avanzar en medio de los escombros de todo cuanto su adolescencia había ambicionado y no ser más que un fantasma corporal ajeno a sus pensamientos. Su angustia no tuvo límites. Refugiado en los libros, hizo sus estudios de humanidades apartado del mundo. Si aún le quedaba el universo de sus aspiraciones más altas, la discusión de las ideas, el entusiasmo por las grandes obras en las que

su maestro, el abate Penon, le había iniciado y en las que sobresalió en seguida, ¿de qué había separado a este entusiasta la incomodidad que padecía; de qué privó a este ambicioso muchacho?

Su vida le parecía recluída en "una especie de concha" en la que rumiaba, a lo largo del día, ciertos problemas filosóficos que le obsesionaban, haciéndole desplomarse en sus tinieblas. Estos problemas eran el de la Unidad y su corolario el problema del Mal; el de la Providencia, los cuales se le plantearon como un mal físico, como un dardo en la carne, atormentando a su espíritu...

"Tenía—nos dice—la impresión de habitar un mundo irreductible a la unidad, aunque fuese trascendente. Respetaba y admiraba en la trascedencia del dogma católico su lógica, su crítica y esa nomenclatura que le hace llamar misterio al misterio y no da una explicación." He aquí lo que Maurras hubiese respondido, sin duda, al padre Garrigou-Lagrange, teólogo de la Providencia.

Maurras no es, en efecto, de aquellos que, sin certeza metafísica, aceptan la religión. El método de la inmanencia le parece sospechoso y lo justifica hoy todavía, en las crisis de impaciencia o indignación. Y soñando, en "estas imprecisas orillas", él veía errar a Barrès, como el propio Maurras nos confiesa: "La crisis, el análisis, la búsqueda de una cierta conformidad entre las necesidades del alma y las soluciones de la fe, una doctrina en la que se sucedan psicología, poesía e intuición, es para mí un misterio..." "A lo único que me puedo entregar—añade, sin embargo — es a admirar una de las gran-

des formas y la más heroica de la vida del espíritu..."

"Nosotros, que pertenecemos a Cristo".

"Callarse, inclinarse, admirar", ¿no era lo que había hecho Maurras el día que había evocado, delante de su auditorio, la meditación de Barrès, esta meditación que conducía a una resurrección religiosa y moral? Hasta la publicación de sus *Cahiers,* sus mejores amigos no habían sospechado nada. Fué entonces, y solamente entonces, cuando Maurras recordó que en 1903, después de enviar al Papa Pío X la carta pública con que acaba su libro *L'Action française et la Religion catholique,* Barrès la había leído en un periódico, muy emocionado, y le había escrito aquella misma noche: "Usted hace bien de ir hasta el final, ir hasta el Papa. Pero, en fin, ¿no debemos ir hasta Cristo nosotros, que pertenecemos a Cristo?" "Estas últimas palabras son textuales, y a mí me sobrecogieron, nos dice Maurras. Se las hice leer a uno de mis amigos, católico creyente y muy practicante, quien, en seguida, felicitó entusiasmado a Barrès". La "retractación" de Barrès fué inmediata.

Le vi tan descontento, tan inquieto, que no lo hubiese creído si no hubiera sido testigo. Cuando, mucho tiempo después de su muerte, mis amigos me hablaron de este misterioso cristianismo de Barrès, me quedé sorprendido. Les pregunté: "Pero, ¿tenéis pruebas? —En abundancia, me respondieron. Todos sus *Cahiers.*

El secreto de Barrès.

Los *Cahiers,* que llevan la fecha de 1907-1908, son, con toda seguridad, los más abundantes en noticias ocultas, insospechadas, en revelaciones sobre su vida interior, destinados a suscitar en los que le han amado, sin comprenderle, los asombros más íntimos. ¿Pero cómo se hubiese podido dudar de que en esta época su profunda meditación le había llevado ya tan lejos? Nada de lo que Barrès había dicho en sus obras autorizaba a pensarlo. Los temas que desarrollan ciertos libros posteriores como *La colline inspirée* (1913) o *La grande pitiè des églises de France* (1914) están muy alejadas del clima espiritual que ofrecen estos *Cahiers.*

¿Cómo es posible que su obra publicada no revele nada más allá de los pensamientos que allí se anotan? Nos enfrentamos con el secreto del arte de Barrès antes de penetrar uno de los secretos de su propia vida espiritual. Barrès era, en efecto, de esos escritores cuyos sentimientos necesitan liberarse del alma para expresar y cuajar su fruto; y la forma en que ellos se liberan, al manifestarse al exterior, traduce una realidad anterior, un "clima" en el que vivían mucho antes profundamente.

Cuando en sus libros Barrès seguía defendiendo el catolicismo, por razones extrínsecas, que consideraba insuficientes, comprendía además que no debía anticipar una experiencia espiritual que apenas comenzaba a vivir y que, por esto mismo, era imposible de expresar adecuadamente. No quería formular más que aque-

llo que venía en apoyo de algo que había ya experimentado en la intimidad, aunque le pareciera de escasa importancia.

Respecto a lo demás, esperaba y se decía aparte a sí mismo:

"Si mi mirada está orientada, mis pensamientos no están formados." Nadie puede decir hasta dónde ha llegado verdaderamente Barrès en lo que él llamaba "el encuentro con lo invisible". Pero, ¿vamos a discutir el valor intelectual de tal o cual argumento, cuando encontramos párrafos como el siguiente?: "Hay algo en mí que Dios desea. Tengo necesidad de Dios... Esta parte que Dios ama en mí se salvará, alcanzará otro mundo, otra vida. Sin ello la vida, el universo, serían absurdos. No pueden ser absurdos, estar desprovistos de sentido, pues lo absurdo, lo desprovisto de sentido, no existe". Después, esta frase pascaliana: "Por encima de la naturaleza, existe Dios, quien, un buen día, nos envió a su Hijo para decirnos: Estoy con vosotros". Pero en seguida el espíritu de la tierra invade a este hambriento de infinito: "No tenemos sentidos para conocer esta otra vida, esta vida espiritual". Ante este hombre entregado a la meditación, un solo camino se puede tomar; como decía Maurras: callarse o unirse a él por el pensamiento, por la oración. ¡Ah, uno solo de esos gritos surgidos de su soledad nos hubiera demostrado la vanidad de las afirmaciones que libros como *La coline inspirée, La grande pitiè des églises de France* nos habían presentado contra su deseo!

"¿He determinado mi objetivo?"

He aquí Barrès próximo a los cincuenta años y envejecido: la pasión, el sufrimiento, la muerte, han dejado una profunda huella en su alma. No sólo ya no sueña con "los placeres, las locuras, las necesidades de la juventud", sino, satisfechas las ambiciones de su carrera, se siente invadido por un sentimiento de desolación, de conmiseración hacia sí que le obliga a exclamar: "¿He determinado mi objetivo? ¿He concebido mi esperanza más elevada?" Más fecunda que ninguna apologética, la necesidad de buscar una fraternidad le orienta en cuanto coincide con su propia preocupación de encontrarse a sí mismo.

"Intento expresarme", repite una vez más. Para él se trata siempre de profundizar hasta su alma, de representar su personaje en el drama, aunque sea el drama eterno. Nada más legítimo que esta preocupación por el individuo; y, en medio de esas incertidumbres de su pensamiento, ¿no era lo más real que podía ofrecérsele? Acerca de su experiencia, por muy breve, muy restringida que le pareciera, Barrès podía decir: "No conozco la verdad de la religión, pero la amo". Creía en ella en su corazón.

De un modo muy profundo existía en él algo que le había conmovido y había sido despertado en recientes experiencias, como se revela en esta confesión: "Lo que se aprende de la vida, de sus horrores y sus fatigas, es el placer de estar sólo con Dios". De este modo el dolor le había llevado al camino de "lo necesario". El cristianismo no sólo le proponía "la magnanimidad en

los sentimientos", sino a medida que se aproximaba a él y meditaba en sus iglesias le hacía comprender que sólo desde él podía "soñar con las causas". El 2 de noviembre de 1909 en San François-Xavier, algunas semanas después de la trágica muerte de su sobrino Charles Demange, su meditación le había llevado muy lejos. "La criatura—confesaba en sus *Cahiers* íntimos aquella misma noche—, la criatura no puede ejercer acción alguna sobre el Creador; pero nosotros podemos, ejerciendo una acción sobre nosotros mismos, hacer posible la acción divina. Cuando lleguemos a la plena madurez religiosa, esa especie de oración debe reemplazar a la sumisión y a la acción de la gracia. La oración es la prueba de la resolución que el hombre ha tomado al reconocerse dependiente de Dios."

Barrès había realizado ya esta subordinación. Fué entonces, cuando, soñando con su obra futura y viendo que giraría también "alrededor del mismo eje", señaló: "Siento desde hace algunos meses que me deslizo desde el nacionalismo al catolicismo... El nacionalismo carece de infinito... Comprendo que mi preocupación por el destino supera a la palabra Francia y que querría entregarme a algo más grande, permanente y universal". No, ya no le bastaba disponer el ritual del nacionalismo. Pero ¿le bastaba ahora con defender, como lo hacía en la Cámara, los templos de la fe tradicional, bajo el pretexto de que el catolicismo nos da leyes que están conformes con las leyes de la salud, comunes a los individuos y a los pueblos? Sin duda creía en la eficacia de una tal actitud. No obstante, si aceptaba servir, no quería ser más

que un "utilitario social". A sus ojos la religión no era más que un "simple medio de orden público"; incluso pensaba que al reducirla a este papel se la envilecía. Lo que le llevaba a Dios, a la idea de Dios, no eran consideraciones de este tipo; era junto a la búsqueda de la causa, la preocupación por su propio destino.

Un prejuicio de pudor...

Preso entre sus escrúpulos y sus fiebres, Barrès había elaborado una apologética en la que se podía descubrir una espiritualidad bastante dudosa; era, con más exactitud la de un hombre que duda todavía. A los católicos que le hablaban de los peligros, de esa postura, Barrès respondía no sin cierto humor: "Es evidente que no pretendo ninguna autoridad doctrinal; tampoco la busco, ni deseo que nadie me la atribuya"[1]. No podía comprender que se le atacara de tal modo, en tanto su espíritu permaneciera ajeno a esa especie de impugnaciones. Creía que trataban de desacreditarle, aislarle, debilitar la postura que había defendido en la Cámara, y exclamaba: "En fin, ¡yo ataco a la Bestia! ¡No va usted a defenderla para rebajarme! ¡Yo no me comprometo con nada y puedo servir de algo!... ¿Por qué os enfrentáis conmigo en las dificultades y no me aceptáis en las simpatías? Sería algo más útil, y después de todo más auténtico, si no me acogierais en mi integridad, en mi dirección". Pero, bajo las objeciones católi-

[1] Carta inédita dirigida a H. M.

cas, había algo también que secretamente le roía: que tratasen de colocarle entre las ovejas descarriadas, entre los herejes; por ello sentía un horror natural. Siendo creyente hubiera necesitado la religión más ortodoxa; ved, por ejemplo, lo que dice de Pascal, que venera entre todos los hombres: "Hubiera sido una gran desgracia que muriese fuera de la Iglesia".

Barrès deseaba ser hijo de la Iglesia y se consideraba como tal, al menos en cierta manera. Lo explicaba a los que le consideraban aparte; e invocaba para su justificación lo que había escrito a este propósito un sacerdote, profesor del seminario de Issy: "La teología establece una distinción entre los que forman parte del alma de la Iglesia y los que forman parte del cuerpo... Vuestro caso ha sido recientemente discutido en una conferencia de teología y la autoridad competente ha concluído que usted forma parte del alma con toda seguridad" [1].

Tales simpatías producían a Barrès un inmenso placer, pero no le engañaban acerca de sí mismo; y aunque el deseaba unirse a los creyentes, ni su indulgencia ni su propia preocupación por responder a su benevolencia le hubiesen llevado a un engaño indigno de ellos y de él. Vigilaba, como decía Maurras. Lo que le faltaba por realizar, nadie lo sabía mejor que él.

---

[1] Carta inédita del 20 de marzo de 1914. Al día siguiente me escribía: "Creo haberle dicho, haber podido decirle, que disfruté de grandes simpatías en Issy. Me han prevenido que no sería conveniente darlas a conocer...".

Barrès lo formulaba en estas tres líneas, que se destacan en la página:

> "Llevar una vida cristiana.
> Tener fe.
> Frecuentar los Sacramentos".

Líneas de una precisión emocionante que me recuerdan una frase que leí en Charmes, al día siguiente de su muerte, sobre una imagen prendida en su lecho: "Tengo sed". ¿De qué tenía sed Barrès? En adelante podremos responder a esta pregunta, ya que sabemos que sólo las aguas verdaderamente milagrosas que vienen del corazón y brotan de los manantiales profundos de la fe podían aplacar el deseo de este gran impaciente.

Esa obediencia al instinto más profundo no es, por lo demás, sino la forma divina de ese "sentido común" que regula la melodía de sus deseos y le salva. Barrès no ha escrito nada más humilde, más auténtico que estas frases: "He desarrollado en mí el sentido común que es muy firme en mi familia, y estoy contento de saber la importancia que hay que darle. Descartes pensaba que nos viene de Dios, que no "puede" engañarnos, porque Dios no podría engañarnos. *Mi sentido común procede de Dios*".

Contestaciones.

La más alta lección de Barrès la hemos recogido, por tanto, más allá de la muerte.

El pesar, el remordimiento de haberle entris-

tecido y amargado en vida, fué más profundo cuando al abrir un debate sobre el tema de la religión en Barrès y su obra, nosotros, que hubiéramos debido tratar de incluirle en él, le excluímos, relegándole a la categoría de los que ya no son necesarios. Más que el ardor, el celo de un neófito, era una forma de amor exigente... Sí, queríamos que Barrès nos aventajara, que fuese donde nosotros deseábamos ir, que aclarase nuestras dudas, que tuviese nuestra misma sed, nuestra misma hambre... Este hambre, esta sed que devoraban secretamente a Barrès, ¿cómo no pudimos presentirlas? Todo cuanto había escrito a este propósito estaba, es cierto, lejos de aquello que podía calmar las nuestras. Pero, ¿de qué valían entonces nuestras impugnaciones, nuestras impacientes reprensiones? Lo cierto, es que Barrès sufría también y que los últimos meses de su vida fueron ensombrecidos por estas dudas.

No puedo recordar, sin una infinita tristeza, las palabras que la señora de Barrès me dijo —¡tanto la pesaban sobre el corazón!—el día mismo del entierro de mi maestro a la salida del cementerio de Charmes: "¿Comprende ahora, señor M. cuánto mal le ha hecho usted?" Fué atroz, y han sido necesarios muchos años, la publicación de sus *Cahiers,* el descubrimiento de otro Barrès, un Barrès desconocido, mucho más profundamente cristiano que el que aparecía en sus libros; todo esto ha sido necesario, repito, para que yo pudiese escribir páginas reparadoras, para que desapareciera incluso el recuerdo de ese reproche horrible, para que

la persona que lo había pronunciado lo olvidara y me devolviera su confianza.

La disputa del "Oronte".

Si yo no había tenido razón frente a Barrès, había tenido buen cuidado, sin embargo, cuando apareció el *Jardin sur l'Oronte,* de no mezclarme en la polémica que se originó a consecuencia de las críticas católicas, como las de José Vincent o Robert Valery-Radot, que atacaban el ardor voluptuoso de este cuento oriental y clasificaban a Barrès entre los impúdicos y libertinos. Fué pura coincidencia en el tiempo que el debate que yo había provocado antes de la guerra del 14—y que a mi "juicio" de 1922 no había hecho más que recoger y desarrollar para poner de relieve esta vez la inspiración profunda de su obra—comenzara en la misma época que la "disputa del *Oronte*" hasta el punto de llegar a confundirse ambos. Se ha acostumbrado a mezclarme en ella, a pesar de que no haya participado en absoluto. ¿Diré que esta "disputa" me molestaba?... El que varios libros de Barrès, como *La coline inspiré, La grande pitiè des églises de France,* fuesen objeto, desde el punto de vista religioso, de grandes reservas, que pusieron de relieve tendencias filosóficas, conscientes o no, extrañas al verdadero espíritu católico y susceptibles incluso de falsear el Barrès que aspiraba a la fe, todo esto podía y debía ser dicho.

Pero, ¡qué estúpida idea era hacer un examen desde el punto de vista de la doctrina cristiana,

de esa fantasía, de este puro entretenimiento musical que es el *Jardin sur l'Oronte!* Tal fué mi impresión al leer este libreto de ópera, libro que, según mi criterio, no debe figurar entre las obras maestras del autor. ¡No, el *Jardin sur l'Oronte,* este bello cuento de hadas, no mereció que se fulminara contra él el anatema!

Por esta razón, no pude dar mi aprobación a lo que el abate Bremond debía llamar "estúpida disputa" del *Oronte,* disputa que estalló algunas semanas después. No la calificaba, por eso, de menos estúpida ni pensaba que complicara menos el asunto. Bajo el pretexto de poner en guardia contra los peligros que a sus ojos presentaba la lectura del *Jardin,* la crítica católica había comprometido, en realidad, el proceso del arte, y esto sólo por el deseo de invocar las exigencias de la moral. El mismo Barrès lo había entendido así: "Si yo les comprendo—respondió a sus censores—; ustedes quieren devolver la moral al arte, a la literatura, a la novela, rebajar, rechazar y desenmascarar a los escritores que la contradicen cuando se apartan de ella". Además de resultar irritante para el artista a quien esta crítica ponía una barrera, la forma de plantear el problema tenía el defecto de pretender pasar por esencialmente católica, ¡como si católico significara moralista!

La ocasión me parece favorable para disipar un equívoco e intentar poner en claro los principios que se invocaban de una y otra parte. Demostré cómo reducían la fe, desconociendo su valor estético y los recursos positivos que ofrece a un artista, cuando no se busca en ella otra cosa que una moral.

"La obra, según el espíritu de Cristo y la Iglesia".

Barrès me agradeció haberlo dicho; fué entonces cuando me envió esta impaciente carta que hoy no sabría guardar para mí solo:

"Mi querido Massis:

"¡Un artículo así es una respuesta! Vallery-Radot, no, Vallery-Radot me acusa de inmoralidad. Es difícil demostrarlo, pero ése no es el problema. La moralidad no es específicamente cristiana. En efecto, en un principio he creído vagamente que se me acusaba de inmoralidad; por eso no estaba contento. Usted responde a mi elevado problema. Pregunto a los creyentes conscientes: "¿Cuál es, por tanto, la obra de arte que exigís?; ¿cuál es la obra que os satisface, cuál la que os ofende y por qué?

"Y, desde luego, es cierto que la obra que le agrade, la obra de acuerdo con el espíritu de Cristo y la Iglesia, no puede salir más que de un corazón cristiano. Hay que penetrar en el corazón, en el espíritu, en el ser entero para obtener resultado. Vuestros apóstoles son, por tanto, los encargados de darnos esta obra modelo, eficaz. Yo, no la he prometido: no la esperaban de mí y quizás sea injusto rechazarme. Al rechazarme, me dejan aparte. Acaso, ¿soy el peor?

"Mi queja, mi protesta es justa. Es una idea muy extraña que, en medio de la inmensa producción, me tomen a mí por blanco. Pero hay aún más: pretendo, por mis propios medios, por medio de una cierta belleza, de una cierta armonía, de algo noble y puro, hacer una obra

religiosa. Como un "minuetto" de Mozart, suave triste y brillante. No debiera decirlo, no tengo el derecho de decíroslo. Esto, sin embargo, puede ser verdad, incluso aunque me equivoque creyendo pertenecer a esos artistas. Es lo que usted dice, recogiendo ese admirable texto de Miguel Angel [1].

"Y merezco también que se me aplique lo que usted recuerda de Fedra [2], antes que a la mayoría de mis contemporáneos. Pareceré demasiado engreído por escribir esto, pero sólo a usted se lo digo.

"Barrès añadía al margen:

"No he prometido una obra cristiana. Me he comprometido a dar sólo obras que no envilezcan, que ennoblezcan y tengan una cierta eficacia positiva. Este cuadro de Oriente creo útil proponerlo a la imaginación igual que mis visiones de la Renania: es un episodio del *Voyage en Syrie* que estoy preparando. Y mi libro sobre mi abuelo sostiene la continuidad de mi línea. ¡Es un absurdo desacreditarme! ¡Y atribuirme la blasfemia de una parodia del Calvario! [3]. Pero la discusión que usted plantea es la que

---

[1] "Una belleza. contemplada aquí abajo con ojos penetrantes, se asemeja más que cualquier otra cosa a esa fuente misteriosa de la cual procedemos todos."

[2] "Cuando un Racine nos describe la furia de Fedra, lo único que le preocupa es una bella descripción; pero para él, describir no quiere decir que el sombrío frenesí de su héroe sea un signo de elección divina: al contrario, trata de mostrar los temibles efectos de su horrible locura hasta ver en su crimen "un castigo de los dioses."

[3] A propósito de la muerte del caballero Guillaume.

he deseado, y espero que mi postura en ella no resulte demasiado desairada. Mi obra está impregnada de la atmósfera francesa y católica..."

En lo que al *Oronte* se refiere, un debate mucho más grave, que profundizaba en otros aspectos (en el fondo interesaba lo que, para un católico, es esencial: el problema de la verdad), un tal debate iba muy pronto a colocarme entre sus detractores. No puedo recordarlo sin una gran tristeza. ¿Creyó Barrès que aquello significaba la despedida? De todos modos recibí entonces esta otra carta, que hoy no podemos releer sin amargura:

"Mi querido Massis: estoy en la cama con fiebre y tengo la hermosa distracción de leer su "Revue Universelle" y su "Revue des Jeunes", en las que los dos artículos me interesan mucho. De este modo mi destino es un poco como el de un marinero al que sus camaradas han decidido desembarcar en una roca del océano y les ve alejarse, habiéndole dejado algunas botellas... ¡Bebo vuestros cumplidos viéndoos partir! ¡He dejado de agradar a mis compañeros de viaje! ¿Los encontraré el Viernes? ¿Alguna tribu de salvajes surgirá de la espesura para preguntarme por las viejas canciones que usted no quiere oír más y las lecciones que usted sabe de memoria?

"¿Deberé resignarme a la soledad? Hay bastante de ella en mi edad y en mi humor... Creo, añadía Barrès, creo que pueden surgir después de usted muchachos de veinte años con los que mis libros entablarán un diálogo, diálogo que debe ser diferente de los que se entablaban antes de la guerra, pues los libros de los poetas

contienen distintos razonamientos para las diversas generaciones."

Después Barrès había añadido estas frases: "—No tengo todavía una idea bastante clara para distinguir si usted ha comprendido mi pensamiento principal y si es él el que usted declara abolido, él, mi superación, mi fuerza..."

Pero cuando le contradecíamos, ¿cuál había sido la reacción de Barrès? Por muy punzante que fuese no pretendía hacernos daño: "Le maltrataría, le injuriaría, pero no intentaría cambiarle", me escribía desde Charmes, cierto jueves al anochecer de octubre de 1922, con el corazón traspasado por una tragedia familiar cuyo epílogo judicial se representaba entonces en los tribunales de Nancy. "Usted quiere ser usted mismo, añadía Barrès. Es lo que yo he exigido siempre a la vida, pero si entendemos que ser uno mismo significa tender, con un cierto esfuerzo, a su perfección y, por tanto, ¡hacia la Perfección!, usted se define respecto a mí mismo, y ya con sólo esto me hace un honor!"

Tal era la generosidad de Barrès, su "gentileza"; y para el amigo, que tantas veces había estrechado su mano, había añadido este postscriptum: "No he terminado de entenderle con una primera lectura. Gracias por haberme dado hoy, a mi regreso de los Tribunales de Nancy, esta prueba de amistad y nobleza".

"Un mundo imaginario..."

Escribir, para Georges Bernanos era librarse de las visiones que le obsesionaban. ¿Podía un

escritor de este tipo haber aceptado escribir una novela por orden de alguien? ¿Cómo es posible? Había que desconocerle completamente para pensar que hubiese sido capaz de "ejecutar una orden", cualquiera que fuere. "Trabajo en la más profunda miseria, a tientas", me decía en la época en que empezaba a escribir *L'Imposture* (que se llamaba entonces *Les tenèbres*). "Lo que escribo me parece un balbuceo miserable. Debiera trabajar lentamente. Pero prefiero intentar el salto; prefiero saltar. Si no llego a la cumbre, tendré que seguir el ejemplo del viejo camarada Rimbaud." El oficio de escritor no era para Bernanos un oficio—todavía menos un oficio servil—; era una aventura, una aventura espiritual, y "todas las aventuras espirituales son calvarios", decía. No lo ocultaba. "Tengo conciencia, me escribía entonces, de haber dedicado veinte años de mi vida a la creación de un mundo imaginario, de una extraña grandeza. Me he apresurado a descubrirlo a los que merecen conocerlo y sé que su realización me hará igual a los más grandes, si..." Y en ese si aparecía la ansiedad que poseía a Bernanos en el momento de realizar. Pero en esta resistencia que le imponía la "realización" Bernanos adquiría fuerzas. Y desde la profundidad, esa profundidad del abismo tenebroso en que vivía con sus criaturas, Bernanos trataba de elevarlas a las alturas luminosas del alma. Golpeaba insistentemente los muros, golpeaba con palabras, palabras oscuras, palabras herméticas, a las que ningún eco era capaz de responder; luego, de pronto, ante el choque de una imagen, fulgurante como una llama de grisú, saltaban los pedazos de roca, se

alzaban proyectados hacia el cielo, y no se podía contemplar más que una llama roja, de una luz deslumbrante, sobrenatural... Tal es la génesis de *L'Imposture*, como la de todas las restantes novelas de Bernanos.

El intenta aclarar el problema de la vocación planteado por un hombre que ve en la vocación de un escritor "otro aspecto de la vocación sacerdotal". Quizás sea ése el significado profundo de este libro terrible. "¡Ah cuán lejos estamos ahora de "la orden secreta" y de la absurda fábula inventada por el desdichado abate Bremond!" Por último, y si debo justificarme (a pesar de que ciertas calumnias tengan breve vida), añadiré, por lo que respecta a mi "libertad" frente a Maurras, que mi fidelidad a su doctrina ha permanecido de acuerdo con lo esencial. En cambio, creo haber seguido con ciertas reservas los sentimientos personales de Renan, France, incluso los de Barrès, Péguy, Bergson, sin hablar de los de Descartes, e incluso de Maurras.

Recíprocamente no creo que Maurras haya aprobado y refrendado todo cuanto yo haya podido escribir... Sin embargo, no ha intentado nunca contradecirme; nunca mi "autonomía" se sintió "amenazada". Por fortuna—¿no lo confiesa el propio Maurras?—no basta leer a un escritor ni vivir a su lado para encadenarse a su sistema. ¡Qué idea tan errónea creer que la admiración que tenemos hacia un maestro nos obliga a compartir sus pasiones! ¡Qué error sobre todo imaginar que en este caso la política nos obligue a ello!

II

A GUSTAVE THIBON

La fuente de la eterna juventud.

"No hay nada mejor para superarse que vivir entre los jóvenes", decía un día Maurras. Si durante sus primeros años ha frecuentado con discreción y respeto la amistad de algunos maestros de los que conserva un profundo recuerdo, ahora medio siglo de su vida transcurre casi por completo con jóvenes u hombres que no alcanzan su edad. La cárcel no ha cambiado nada en él. Maurras emplea una parte de ese ocio enclaustrado, en el que dice: "no dispongo de un minuto para mí", escribiendo por ejemplo la *Lettre pour un Jeune Français,* iniciando diálogos con muchachos de veinte años, incluso señalando a cada uno su dirección. ¿No cree, acaso, deber a la juventud parte de la vitalidad que aún le queda? "Sin haber enseñado nunca oficialmente, pienso—dice—que la vida de cualquier profesor debe confirmar la experiencia que acabo de hacer. Buscamos la fuente de la Eterna Juventud; es ahí donde está..."

Todos los que asistieron a las reuniones de los jueves por la noche en el Instituto de *Acción Francesa,* calle Saint-André-des-Arts, han podido comprobar los efectos maravillosos de

esta cura milagrosa. ¡Cuán prodigioso el Maurras de entonces! Llegaba siempre retrasado, retenido en el periódico por mil necesidades hasta la hora de comenzar el curso. Cuando abandonaba la Redacción, todos sus colaboradores se habían ya marchado; y, sin que tuviera tiempo para cenar, precipitándose en el automóvil de Allary, su chófer, con su montón de periódicos bajo el brazo, subía de prisa la escalera de la calle Saint-André, luego penetraba con la cabeza alta, atravesando la sala con un paso asombrosamente vivo y juvenil y, sin molestar a nadie, subía al estrado y se sentaba cerca del estudiante que aquella noche trataba cualquier tema doctrinal o histórico. Ajustándose sus lentes, el maestro trataba en un principio de seguir por los labios la disertación que apenas podía escuchar; de pronto, se apoderaba de las hojas en las que el estudiante había anotado los principales puntos de su discurso. ¡Con qué atención las leía Maurras! Cuando el estudiante había acabado su conferencia, Maurras empezaba, con voz suave, a hacer algunos elogios. (¿Qué puede significar para aquéllos que sólo imaginan un Maurras violento, esta cortesía, esta gentileza suya?). Luego, abordaba el tema que, muy a menudo, había sido tratado de una forma superficial o apresurada: lo reelaboraba a su modo, lo desarrollaba, lo enriquecía con todos los tesoros de su memoria, los recursos de su alada dialéctica. Y, olvidando su fatiga, superándose, con un movimiento de hombros que le era familiar, que parecía liberar una fuerza invisible, Maurras hablaba, abría perspectivas insospechadas, originales, inesperadas,

poseído de un entusiasmo juvenil, una especie de risa que transfiguraba su rostro. Satisfecho, feliz—con una dicha de espíritu, de alma y de cuerpo—, avanzaba por el mundo del pensamiento y hablaba con una elocuencia poco frecuente, inagotable, vital; era una forma de creación, de invención continua, en la que aparecían las referencias a la Historia, a los maestros, a los testigos de la vida de su espíritu, todo en aras de una inteligencia cautivadora; ¡el más asombroso espectáculo!...

Maurras, profesor.

Le recuerdo aún y le oigo contestar, una noche, a un joven estúpido que yo conocía, cuya cabeza había sido trastornada por ciertas controversias político-religiosas. El había descubierto, por casualidad, que el Renan de 1848, poseído por Fichte y Hegel, había sido el primero en introducir en nuestro idioma la palabra "nacionalismo", tomada de sus "entrañables pensadores alemanes". El imprudente había aconsejado, en consecuencia, calificar al nacionalismo francés de hereje y erróneo. Maurras, al principio, elogió lo que su exposición tenía de bueno y "determinadas fórmulas singularmente acertadas y humildes que sería conveniente, añadió, aislar y comentar".

"Pero, dijo, perdóneme que le hable de esta forma; usted falsea la realidad, sin estar obligado a ello, y ¡por qué motivos! Comprendo el interés electoral, intelectual, de nuestros adversarios, *animalia quoe democrates christiani di-*

cuntur, por condenar cualquier nacionalismo, ¡y tratar de ver en él el resultado teórico del pensamiento alemán! Pero lo que no entiendo es el interés que, usted, como católico, tiene de seguirlo... Tampoco comprendo el nuestro... Reflexione: su distinción entre patria y nación, patriotismo y nacionalismo no es correcta. El culto de la patria es el respeto y la religión de la tierra de los padres; el culto de la nación es el respeto y la religión de su sangre. Nación no es una palabra revolucionaria. "Por la gloria de la nación", dijo Bossuet en su discurso de recepción en la Academia francesa. Patriotismo lo empleaba Déroulède, porque se trataba de reconquistar la tierra. Nacionalismo lo empleábamos Barrès y yo, porque se trataba de defender los hombres, su obra, su arte, su pensamiento, su bienestar contra lo que les amenazaba. Hay que retroceder hasta la época de 1885, 1895, 1900, no para disculpar, sino para explicar y comprender el movimiento defensivo, necesario e indispensable. No se trataba sólo de responder al internacionalismo, sino, sobre todo, a los restantes nacionalismos, en una Europa en que todas las naciones escribían fórmulas, sistematizaban, canonizaban su derecho a la vida y sus pretensiones de dominio. Una Francia sin nacionalismo hubiera estado, y estaría aún, gravemente amenazada y comprometida, porque estaría indefensa."

Y Maurras seguía desarrollando estas consideraciones en las que trataba de analizar el dogma de la "igualdad de naciones", como causa de la anarquía europea:

"A mi parecer, añadía, no hay necesidad de

distinguir entre nación y patria; el mal que padece aquélla repercute en ésta, el bien que se pueda aplicar a la patria también será lícito aplicarlo a la nación: una y otra, por definición, dependen del cuarto mandamiento, que no ha significado jamás que se debe robar y asesinar para honrar padre y madre. No hay que distinguir entre patria y nación, sino entre las diversas patrias, entre las diversas naciones. Cada una tiene un derecho. Todas no tienen el mismo. La antigüedad, las buenas costumbres, los servicios prestados al género y al espíritu humano crean en favor de éste o de aquél un privilegio más o menos amplio. No sé, o lo sé mal, en qué consiste las "patrias": la "patria", en general, implica un sentimiento y un deber que pueden ser muy limitados. Pero la patria francesa es otra cosa: este bien definido exige sacrificios definidos, proporcionados, por tanto, «inmensos»."

Después, volviendo a la primera cuestión del principiante, Maurras respondía en estos términos: "Alemania e Italia, ocupadas y oprimidas, han tenido que preocuparse de la condición nacional antes que nosotros, cuya nacionalidad surgía naturalmente por obra de los reyes seculares. Se comprende que el nacionalismo haya aparecido en Alemania. Estad seguro de que en circunstancias históricas diferentes usted descubriría en los cuadernos de Bossuet, y no en los de Renan, el primer empleo de la palabra nacionalismo". Y pensando una vez más en su tarea, en su lucha, Maurras añadía: "Nuestra servidumbre intelectual y moral al siglo XIX exigía una rectificación, la cual se ha hecho cuándo

y dónde se debía. No podemos ni lamentarnos ni arrepentirnos y (volviéndose hacia su joven amigo) estimo que usted haría mal si cediera ante los fantasmas agitados por el pequeño grupo de "Esprit": la tormenta alemana es también la de ellos". "No debemos huir de Mounier; por el contrario, debemos infligirle públicamente una lección que recuerde siempre. ¡No la eludamos ahora, reflexionemos, cuando la razón está con nosotros!"

Tal era, entre otras muchas, una "lección" de Charles Maurras a los estudiantes de *Acción Francesa.*

Autoridad y obediencia.

"De todos los partidos de derechas, *Acción Francesa* era el único que poseía una doctrina de la autoridad", ha escrito Jean Prévost, que no pertenecía a él. Jean Prévost debía morir el 1.° de agosto de 1944, en una emboscada alemana, cuando abandonaba Vercors, donde combatía desde hacía dos semanas en unión de sus compañeros del "maquis". Después de la guerra del 14, esa doctrina de la autoridad, era la de la mayoría de los jóvenes, por lo menos de aquellos que habían hecho la guerra. Por su edad, Jean Prévost no había podido hacerla: en 1918 tenía dieciocho años y lo que llamaba "el prejuicio de la guerra" no tenía entonces otro valor, para un muchacho de este tipo, que el de nutrir su espíritu de indisciplina y rebelión. Así como otros, antes del catorce, eran "camelots du roi", este joven entusiasta, para demostrar su

valentía se había afiliado a las opiniones avanzadas manifestándose en el Quartier Latin con las juventudes socialistas revolucionarias. Quizá los jóvenes rebeldes de 1918, dispuestos a enfrentarse con los peligros que la guerra no les había ofrecido, hayan tenido que esperar hasta 1944 para realizar su destino. Les ha sido necesario consumirse en una espera de veinte años antes de que el espíritu de desobediencia pudiese hacer de ellos unos héroes. Aquí es donde radica el significado de su aventura a la vez que les diferencia de los compañeros un poco más viejos que ellos, que debían formar nuestro camino. El Jean Prévost de Vercors es el mismo Jean Prévost que siendo interno en el liceo Henri IV, donde preparaba su ingreso en la Normal, fué detenido en 1919, durante la manifestación Jaurès, y tuvo que comparecer ante un juez de instrucción acusado de "intrigas anarquistas, de provocar a los militares a la desobediencia y por apología de hechos calificados como criminales". Entonces nuestro antiguo maestro Alain, ese Emile Chartier del que Jean Prévost era alumno de "khagne" [1], intervino para reclamar su parte de responsabilidad en las rebeliones de este adolescente de dieciocho años. "Siempre que necesitaba ponerle a prueba, decía Jean Prévost, Chartier hacía mucho más de lo que sus palabras prometían: fué el único hombre que no hubiera decepcionado mis esperanzas desmesuradas de adolescente." Para muchos otros muchachos de su edad Maurras ha sido

[1] Preparación para el ingreso en la *Ecole Normale Superieure.* (N. del T.).

ese "único hombre". Felices aquellos que, como nosotros, tuvieron a uno y otro por maestros...

De Alain a Maurras.

Por muy opuestos que puedan ser, sus enseñanzas no se contradicen. Si Jean Prévost hubiese comprendido mejor la lección de Alain, ¡cuántos errores se habría evitado! ¡Cuántas razones unen a Maurras y Chartier, los dos discípulos de Comte! Acaso por eso mismo Gide los asocie, aunque prefiera a Alain y no sea capaz de ver "en qué le supera Maurras". Alain es un espíritu que se considera libre frente a todos los poderes, lo que no le impide reconocer que "pertenece a la naturaleza del poder ser absoluto", sin la cual no existiría poder alguno. En cuanto hombre, Alain se siente libre de obedecer si en ello va comprometido el orden del mundo: "Es difícil confesarlo, decía un día, pero hay que reconocer que las obligaciones sociales son juzgadas con demasiada ligereza, como contrarias a la dignidad del pensador. ¿Quién no advertirá que las pasiones nos obligan a creerlo? La parte de las pasiones en esta cuestión es difícil de precisar, mientras que la obediencia no compromete el juicio, sino que, por el contrario, lo esclarece. Vemos cómo el respeto por las instituciones, por las costumbres, modifica la soberbia de espíritus de primera categoría como Montaigne, Descartes, Pascal, Goethe... Ellos piensan que la obediencia asegura el orden interior y la rebelión lo deshace, pues las pasiones ocupan el lugar que deja libre la negación,

por lo cual, según mi opinión, temen aún más esta sedición que la otra"... "Por este camino, añadía Alain, llegaríamos a aceptar mucho y quizá todo. En cualquier caso, son puntos de vista que pertenecen a la madurez, incluso quizá a la vejez... Y al exponer estas ideas severas a adolescentes de veinte años, uno de ellos me dijo: "Somos demasiado jóvenes para comprender esto...". Bella edad y bella respuesta... Quizá todo el drama de las generaciones radique ahí..."

"Lo que me asombra no es el desorden".

Maurras hizo escuchar estas ideas profundas a varias promociones de muchachos que no sentían el placer de destruir y que mejor que elegir palabras como individualismo, vida, preferían las de orden y disciplina. Pero si ellos ya no presumían de anarquistas como hacia 1890, sin embargo, sentían los deseos, las veleidades impacientes que agitan los corazones a los veinte años. Sus instintos eran los propios de su edad: también ellos deseaban extravertirse, retozar, desarrollar sus potencias. Pues bien; Maurras había venido a demostrarles que lo que es rico en aventuras, en antagonismos, no es la anarquía, sino la autoridad. "Lo extraordinario, les decía, no es lo irregular, lo indefinido, lo absurdo (la existencia nos colma a diario de ello), sino que el hombre pueda llegar a la ley, a la perfección del arte." Y les repetía sin cesar: "Lo que me asombra, lo que es extraordinario no es el desorden, sino el orden". No, Maurras no se había contentado con poner un freno, enfrentar

a los instintos de la juventud los límites de una sabiduría madura: había hecho del orden, de la obediencia a determinados principios reconocidos como verdaderos, una doctrina de acción, de acción positiva y creadora; con ella había armado los cerebros, los corazones y los brazos de la juventud. Maurras había dicho: "Para el éxito de una orden es preciso que la necesidad de obedecer haya hecho, por sí misma, la mitad del camino". También Maurras había estado poseído de una cierta turbulencia juvenil que no había podido encauzar sino proporcionándola un objeto y una finalidad. De aquí que los jóvenes le comprendieran a pesar de la severidad de sus ideas, y esta disposición Maurras supo utilizarla.

Uno de los rasgos comunes de las generaciones sucesivas que llegaron a la mayoría de edad en 1914 fué el de dividirse en asociaciones morales, en escuelas, en las que podíamos desarrollarnos a la vez sobre varios planos antes de elegir y de comprometernos: Los *Cahiers de la Quinzaine* y "Acción Francesa", ¿no fueron al principio cenáculos de este género? Nuestra juventud encontró allí una energía inaceptable para la salvación de Francia. Añadiré que nosotros hemos siempre formulado la promesa de que la vida nacional volvería a alcanzar un grado de seguridad y de fuerza que permitiese a las generaciones jóvenes una formación más libre de espíritu que la nuestra. A esto mismo ha dedicado Maurras su vida. ¿De quién es esta frase, escrita en 1912, sobre el despertar nacional de esta época?: "Es un extremo odioso y abominable haber necesitado suscitar un estado de espíritu nacionalista para permitir la defensa de

la nación". Esta frase pertenece a Charles Maurras. Sí, habíamos llegado a ese extremo y esta necesidad se imponía a todos.

La N. R. F.

Henri Ghéon nos decía: "Si no hubieran existido Barrès y Maurras, ante los que deseábamos conservar nuestra autonomía para defender nuestras posiciones y mantener nuestras diferencias, la "Nouvelle Revue Française" hubiese sido nacionalista". En efecto, era profundamente nacionalista. A pesar de que ciertas divergencias estéticas se manifestasen a veces, no llegaban a alcanzar el fondo de los problemas. Jacques Copeau se adhería a las fórmulas en que "Agatón" había resumido las tendencias y las aspiraciones de la juventud. "Nos enorgullece, decía, compartirlas." Y la N. R. F. de antes de 1914 se asociaba, a su manera, al trabajo que se había emprendido para combatir todas las formas de la anarquía. Nos oponíamos a admitir en arte la política como principio, ¡lo que Maurras mismo no ha admitido nunca! Si se reconocía que "la política apremiaba de un modo urgente", se decía no sin razón: "La política se desarrolla sobre un plano, la estética sobre otro". Pero se sufría por el desorden intelectual, se aspiraba al orden y en esta palabra se insistía constantemente.

El propio Gide se unía a este movimiento. Más sensible de lo que se le imaginaba al clima de la época, estaba de acuerdo con esta reacción; también él había sido llevado por esa necesidad

de energía interior, de heroísmo. La santidad que exaltaba Péguy le parecía entonces "posible y necesaria". Sin embargo, Péguy no había sido nunca aceptado, verdaderamente comprendido y estimado por el grupo de N. R. F. En él, es cierto, tenía amigos que habían intentado atraerle, pero Péguy no se entregaba. Jacques Copeau me decía un día: "Mi gratitud hacia la N. R. F. molestaba a Péguy. El trataba, si no de separarme, al menos de distinguirme de mis amigos. Creo que los detestaba. La desconfianza era alimentada, si la memoria no me es infiel, por Alain Fournier... Creo que Péguy veía en los fundadores de la "Nouvelle Revue Française" a los hijos de los burgueses, a los "ricos"—en lo cual tenía perfecta razón—. El sentimiento nacional que les era común y que no hallaba obstáculo alguno en el espíritu de los más destacados de nuestro grupo: Ghéon, Michel Arnauld, Schlumberger y Gide mismo, les acercaba a Péguy, les hacía admirarle de corazón, como algunos de nosotros admirábamos a Maurras. Pero el pensamiento de Péguy no les servía de punto de apoyo y adhesión, y quizá el sentimiento nacional, entre ellos, no era otra cosa que un sentimiento heredado, una dependencia de la gran burguesía. ¡Péguy lo comprendía así! Nosotros habíamos sido, como él, dreyfusistas; pero esta crisis no había dejado en nosotros una huella profunda. Añada usted a esto el espíritu protestante, del que yo mismo estaba contaminado sin saberlo. Esto es de gran importancia cuando se habla de la N. R. F. Péguy, que no se equivocaba, tenía horrorizado a Gide. Por lo demás, a nosotros nos enorgullecía no haber toma-

do ninguna resolución y no interesarnos en nuestras relaciones con los otros, sino por la calidad del espíritu..."

Sin embargo, había algo más que "pasión por la literatura" en la manera en que Gide había acogido *Jeanne d'Arc* de Péguy: "El asombroso libro, el hermoso libro" anotaba entonces en su *Journal*. "No me ha interesado, sino embriagado", y Gide felicitaba a Barrès por haber elogiado esta obra admirable: "También, añadía Barrès, reconocerá en el *Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc,* y nosotros lo reconoceremos con él, su propia enseñanza en lo que tiene de más saludable, sus teorías en lo que tienen de más cierto". Pero comprendiendo que la religión moderada y "conservadora" de la pequeña Hauviette no podría jamás satisfacerle, Gide exclamaba con un ardor que no habíamos vuelto a ver en él desde su entusiasmo por el plan quinquenal: "Barrès, ¿no comprende usted que no necesitamos confort (y entiendo aquí confort del espíritu), sino heroísmo? Colette Baudoche no podría bastarnos hoy. Desde luego, tenemos necesidad de las Colette, de las Hauviette, pero también necesitamos mucho más que esto. ¡Sea alabado Péguy por habérnoslo propuesto!" Y después de citarnos los versículos donde Péguy habla del costado agujereado de Jesús y de su corazón devorado por el amor, Gide dejaba escapar este grito: "¡No os abandonaremos, Señor, que nos habéis bendecido!" Sí, Gide también había sido arrastrado por esta corriente de la que Jacques Rivière ha dicho que "precipitó a los escritores en la confianza".

"Ha llegado el momento de conocerse"...

La guerra debía dar a esta corriente una fuerza más profunda y más seria. Gide se había separado de Claudel y de Jammes. No podía permanecer insensible a los acontecimientos que modificaban alrededor de él, y de la forma más trágica, los destinos de todo un pueblo. Entre los suyos, algunos le habían ayudado a comprender "la exaltación y la postración" de la guerra, conociendo la gloriosa senda de sus almas a través del camino doloroso que les obligaba a no retroceder. Así fué como Gide nos reveló la activa virtud de su amigo, su antiguo discípulo, el teniente de navío Dupouey, muerto en Nieuport después de haber encontrado a Dios. Muy pronto Gide nos dió a conocer el proceder de Dupouey con uno de sus amigos íntimos al que debía ayudar a convertirse, con su querido Henri Ghéon, que durante varios años había sido su compañero. "Sé, decía, que Ghéon se propone... explicarnos la repercusión de este encuentro en él. Con seguridad no será el único a quien el noble capitán sabrá "dirigir y aconsejar".

Ante tales ejemplos, y en esta época, ¿qué significado podían tener los desacuerdos de la preguerra sobre el clasicismo, las polémicas con Henri Clouard y sus amigos de la "Revue Critique", o esas reservas acerca de Jean Moréas, que Gide, por otro lado, admiraba en las *Stances?* Esta carta de Gide a Maurras confirma que todo eso había acabado. Al enviar a Maurras, el 2 de noviembre de 1916, su contribución "para el mejor modo de emplearla", dice, y rogándo-

le que descontara de ella "el importe de un abono a A. F.", Gide le entregaba, a la vez, algunas cartas de Pierre Dupouey que interesaban a Maurras e incluso a su diario: "Ha llegado el momento, quizá, añadía Gide, de conocerse y contar entre los vivos o los muertos. Agradezco a mi amigo esta ocasión que me da; pues usted comprenderá que no podría transcribir tales elogios con tanta emoción y cuidado si no me asociase a ellos con todo mi corazón. Usted no dejará, lo sé, de reconocer el mérito póstumo de una de las más bellas almas que haya podido conocer. Pertenece a aquellos a quienes la muerte no interrumpe lo que Bossuet llamaba "la gran tarea".

En los días sombríos de marzo de 1918, cuando los alemanes estaban en el Oise, ¿qué fué lo que respondió André Gide a uno de sus amigos que se inquietaban al ver agitarse una ola de socialismo, amenazando sumergir nuestro viejo mundo tras el fin de la guerra, y que al considerar inevitable la revolución no sabía cómo sería posible oponerse a ella? Gide le hablaba de la "organización de la resistencia que intentaba formar *Acción Francesa.* Y como el otro se indignase, exasperado por Maurras, e irritado por León Daudet, Gide le contestó: "Comprendo que no le satisfagan. Pero usted estaría obligado a ponerse de su lado si hubiese que resistir. No habrá una tercera fuerza. Sucederá lo mismo que en el caso Dreyfus: Habrá que estar o a favor o en contra. ¿Que no simpatiza con el grupo de *Acción Francesa?* No es que yo lo considere el mejor, es que es el único".

La desmovilización de la inteligencia.

No fué necesario mucho tiempo para que en la N. R. F., reformada en 1919, surgiese una atmósfera diferente de lo que Thibaudet llamaba su "temperatura inicial". Jacques Rivière había encontrado en ella, a su regreso del cautiverio, un ambiente extraño. El muchacho, sin embargo, se adhirió con fervor, como siempre lo había hecho. Enamorado de la lección de Gide, la erigió en doctrina de su vida. "No—le decía Gide a propósito de la terrible guerra que acabábamos de atravesar—, no es un acontecimiento, por muy trágico que sea, lo que puede provocar una modificación tan esencial. Hemos preguntado a los escritores qué importancia tenía o les parecía tener la guerra, qué repercusión moral, qué influencia sobre la literatura. La respuesta es muy simple: esta influencia es nula o casi nula..." Y Rivière, teórico de las tentativas gidianas, se encargó, cuando la "Nouvelle Revue Française" reapareció, de editar una especie de manifiesto que anunciaba la desmovilización de la inteligencia:

"Para completar nuestro triunfo—se leía bajo su firma que encabezaba el primer número—interesa sobre todo que seamos capaces de escucharnos a nosotros mismos, en lugar del desorden que nos amenaza y cuyo ritmo incluso trata de regular el de nuestros pensamientos... Es necesario que acabemos de una vez con esos prejuicios que la guerra deposita en la inteligencia, tan difíciles de vencer para ella sola... Nuestro temperamento nos arrastra a ello: en conjunto,

no somos un grupo de acción, no nos ponemos de acuerdo respecto a lo que queremos. Si estamos dotados para algo es quizá para pensar, sentir con honradez, crear con sinceridad."

Sinceridad, autenticidad, pero también evasión, desinterés, he aquí palabras y fórmulas que en adelante vamos a escuchar procedentes de esa corriente. Con el pretexto de "desmovilizar la inteligencia", Gide había elegido su momento: aquel en que las voluntades sometidas, exhaustas, llevadas más allá de sí mismas, estaban dispuestas a escuchar a los que como él se ofrecían para liberarlos de los prejuicios que la guerra, su tensión heroica, les había impuesto. ¿Tenía Rivière conciencia de esto? Yo le había visitado, en la calle Madame, en su despacho de la "Nouvelle Revue Française" en el momento en que redactaba su manifiesto. Era la época en que yo elaboraba, por mi cuenta, el del "partido de la inteligencia"[1] que debía servir de programa a la futura "Revue Universelle". Entre otras cosas, se decía en él lo siguiente: "La victoria da a nuestra generación posibilidades magníficas. A los que sobrevivan les pertenece realizarlas, pensando que con esa victoria no ha terminado su esfuerzo. Para no destruirse es necesario que los deseos se unan. Sólo una doctrina intelectual puede asociarles al proponerles un objetivo indéntico y unas direcciones transmisibles". "Una obra inmensa de

[1] Lo que no quiere decir que intentásemos hacer de la inteligencia un "partido"—¡como si las dos palabras pudieran unirse; como si la primera no fuese una injuria para la segunda!—Se trataba de "decidirse por la inteligencia".

reconstrucción se impone al universo desequilibrado, añadíamos. Ciudadanos de una nación o ciudadanos del mundo, nos hacen falta principios idénticos que nos permitan una acción particular lo mismo que una acción universal. ¿Dónde encontrarlos sino en las leyes del pensamiento, que son la condición de nuestro progreso individual y del progreso colectivo?"

Al criticar nuestro manifiesto, ya que no trataba de eludir el problema político y se adhería sin ambages a los puntos de vista del empirismo organizador, Jacques Rivière había dado su aprobación a la organización de una defensa de la inteligencia francesa, pues nada le perecía tan provechoso para los intereses del mundo entero. Cuando publicamos este texto, firmado por una selección de escritores franceses, Rivière escribió en la N. R. F.: "Es cierto que la inteligencia francesa es incomparable; no existe ninguna más poderosa, más aguda y más profunda. ¿Se me debe acusar de descaro? En ese caso llegaría hasta las últimas consecuencias de mi pensamiento: es la única que hoy existe en el mundo. Sólo nosotros hemos sabido conservar una tradición intelectual; sólo nosotros hemos sabido defendernos contra el embrutecimiento pragmatista; sólo nosotros hemos continuado creyendo en el principio de identidad. Sólo nosotros, en el mundo, lo repito fríamente, sabemos aún pensar".

Rivière, deseoso de abrirse a la novedad, temía lo que llamaba mi "dogmatismo": creía que los principios obstaculizaban la claridad, pretenden suplantarla, cuando únicamente sirven para rectificar lo arbitrario de nuestros pun-

tos de vista personales y nuestras inclinaciones. En el formidable olvido en que habían caído todas las reglas de la elección, ¿no eran ahora los principios más necesarios que nunca? Aunque la salud fuese, también para él, su ideal, Rivière ponía el acento sobre la *inquietud* con el fin de alcanzar, igual que nosotros, los principios. Creo haberle entristecido mucho el día en que, por descuido, empleé para contradecirle esta frase que su cuñado Alain-Fournier me había escrito en 1914 a propósito de Gide: "¿Qué quieren de nosotros esas gentes que emplean su virtud para venerar todo lo que es de ellos? No es hombre sino aquel que elige, que escoge su decisión, aunque sea arbitraria o injusta. No hacemos nada valioso y bueno sino es a este precio: trazando brutalmente a la necesidad un camino recto en el jardín de las indecisiones. Cuando apareció mi estudio sobre Jacques Rivière, esa cita de Alain-Fournier había desaparecido: yo la había reemplazado por estas otras palabras de Charles-Louis Philippe: "¡Decídase. Sea un hombre. Elija!" "Prefiero esto", me escribió Rivière.

Una de las últimas veces que le he encontrado se quejaba del agotamiento que le producía la dirección de la N. R. F. "Usted, Massis, me dijo, usted tiene una doctrina. Eso facilita muchas cosas. Pero yo, que estoy lanzado a la busca d lo original, de lo nuevo..., ¡qué búsqueda tan ag tadora! Y luego, ¿cómo saber si no me gaño?..."

Las fuerzas morales de un Rivière est deshechas, incluso corría el peligro de p se. Pero lo que había en él de concienci



y minuciosa, donde le veíamos formarse, sufrir, analizarse, definirse de una manera íntima y vital ante algunas de las tendencias que, en los alrededores del año 20, incitaron alternativamente la investigación literaria (a esto ha sacrificado su obra literaria y hasta su propia vida), todo eso era para André Gide una especie de nueva juventud, una aventura más, una tierra desconocida a cuyo clima iba a someterse. Gide esperaba este momento: no iba a desaprovecharlo. Esos jóvenes que exigían la revolución, el desorden, pensaban sacar de ella una nueva poesía, ¿no eran sus hijos, los hijos de su espíritu?

La "nueva enfermedad del siglo".

Así la nueva generación, ignorante de ese pasado, creyó entonces encontrar en Gide un juez y un guía. Viéndole rechazar con tal urgencia todos los prejuicios literarios y morales, representaba, a sus ojos, la figura del "libertador". El héroe de las *Caves*, Lafcadio, el teórico del acto gratuito, ¿no iba a servir de intermediario entre Gide y el surrealismo? Los demás le reivindicaban para justificar su "inquietud", "la nueva enfermedad del siglo". A los destructores como a los débiles, Gide les daba su consentimiento o su impulso. Esto pude advertirlo cierta noche de 1921 en que escuché a un joven —era Marcel Arland—hacer, con una sorda violencia y deseo de escandalizar, una apología del Lafcadio de Gide, una justificación de los "crímenes sin motivo", que lo confieso, me dejó estupefacto... Esperaba cualquier cosa excepto ver

a un adolescente de apenas veinte años defender las ideas que, para nosotros, estaban desde antes de la guerra del 14 destruídas, arruinadas, inutilizadas y que imaginábamos definitivamente superadas, sin acción, sin prestigio. Este joven me producía la impresión de que en 1921 hablaba de Gide como se hacía en los alrededores de 1908, y con un tono de adhesión que los más fieles gidianos de entre nosotros no habían manifestado. ¡El pobre Alain-Fournier debió estremecerse en su tumba ignorada! Por lo que a mí se refiere, no encontré nada con qué responderle. Pero una cosa me parecía evidente, que después debía ser confirmada: la revisión de los valores a que se habían entregado los mejores de nuestra generación fué considerada nula por nuestros sucesores, y aunque apenas fuéramos diez años mayores que ellos, no podían comprender la trayectoria de nuestro espíritu. Entre ellos y nosotros la guerra había creado un abismo. La función de la transmisión, que es la condición de la vida, estaba amenazada por las mismas causas. Junto a los jóvenes, experimentábamos una impresión de extrañeza que hacía imposible el diálogo... "Hijos de padres que se habían preocupado de todo, decía entonces Henri Béraud, eran para nosotros hermanos desconocidos que comprendían la realidad de un modo muy distinto al nuestro. Cuando nos oían hablar les causábamos la impresión de supervivientes. Comprobábamos con verdadero asombro que nuestros lenguajes no tenían nada en común". Parecía, si hemos de creerlos, que una nueva era comenzaba con ellos, una era cuya originalidad residía precisamente

en que nada había existido antes de que nacieran.

Nuestros jóvenes habían entrado en la vida con la injuria en la boca y dispuestos a hacer grandes cosas. No debemos acusarles de haber sido injuriosos y arrogantes: estaban en la edad de la arrogancia, en lo cual se parecían a los mayores que aún no se habían liberado de sus predecesores a pesar de algunas sonadas victorias. Lo propio de la juventud es quererse afirmar en la oposición.

¡Estas divergencias son necesarias, y lo característico de una edad de la vida es la exigencia de definirse por contraste, esa voluntad de ser uno mismo. No, no es eso lo que se puede reprochar a la nueva generación de la penúltima pre-guerra, sino haber vacilado, no haber dejado de ella más que una idea sin consistencia, que se ha disuelto y corrompido muy pronto. Esa generación, decimos, es la que ha hecho "fracasar" la "revolución del 18". Generación de revolucionarios que no ha encontrado, a los dieciocho años, su ocasión favorable, pero que jamás se ha entristecido por eso. Sin embargo, en espera de la "revolución de 1914", que debía significar para ella su "momento", esa generación ha llevado durante veinte años su destino devastador a la literatura, es decir, a las ideas y a los sentimientos. ¡Esos Marats, esos Robespierres, o esos Saint-Justs en flor se han transformado en Lafcadios; en el lugar de la acción y la violencia han depositado el "acto gratuito". ¿Qué era el dadaísmo el surrealismo del año 20, sino una literatura de manifiesto, género revolucionario por excelencia? ¿Qué que-

da hoy de tanto gesto, tanta proclama o insultos, de esa vanidad permanente, de esas consignas prodigadas hasta la saciedad? Será preciso esperar a la posguerra—en la que ahora estamos—para que esas criaturas desdichadas, lanzadas a la búsqueda de la "novedad", descubran en el basurero sartriano esos gastados excrementos nauseabundos y fétidos... Barrès lo había comprendido así: *Dada*, so pretexto de un retorno a lo nuevo, a lo primitivo, a lo espontáneo—para ser consecuente debía haber retrocedido hasta los primeros balbuceos—, era lo que, en el siglo XVIII, correspondía al terror, como los dadaístas eran los descarriados del bolchevismo. "Es necesario añadir a eso, diagnosticaba Barrès, la influencia de los invertidos, su necesidad de llamar la atención, de producir escándalo." ¡Todo estaba y está ahí, en Saint-Germain-des-Prés, con sus invertidos, su turba criptocomunista de tres sexos en pantalones, su exhibicionismo mezquino, su esteticismo inútil y su importado cosmopolitismo! No pasarán muchos años sin que ese escándalo se vea reducido a un "ismo" trasnochado.

Un "film" que se proyecta al revés.

Treinta años después, ante la llamada angustiosa de François Mauriac, se abría una encuesta sobre la juventud intelectual de hoy. ¡No podemos lanzarla una ojeada sin tener la extraña impresión que experimentaríamos al ver un "film" proyectado al revés! En ella se lee en la pluma de un joven surrealista de 1950 esta de-

claración agresiva que ingenuamente cree expresar la actitud general de la última "generación".

"...Hemos repetido muchas veces que lo que había de común entre nosotros y la nación (Francia) era accidental y que nos enorgullecemos de constituir un peligro permanente para sus instituciones. Nos ha sido necesario demostrar que todo punto de contacto con el cristianismo nos era inconcebible, y que escupíamos en las manos tendidas que tienen por manía la confección del signo de la cruz, para que se pudiera admitir nuestra empresa descristianizadora, gran honor, créanlo".

Y concluía con un desafío: "Deseamos un gran viento ateo, purificador y revolucionario".

¡Todo esto nos rejuvenece en un cuarto de siglo y nos remite a la anterior posguerra! A pesar de que la nueva generación no pretenda encontrar entre sus antecesores "ni ejemplos ni maestros" e intente renovar todo, no hace otra cosa que volver sobre los mismos pasos de sus peores predecesores.

Este "ataque" nos recuerda cierto escrito impreso en papel satinado, color rojo sangre, que nos llegó, hace unos veinticinco años, en un sobre cerrado, como después llegarían los folletos de la clandestinidad. Se trataba de una "carta abierta" a Paul Claudel, por entonces embajador de Francia en el Japón, con ocasión de una conferencia en la que éste había declarado:

"En cuanto a los movimientos actuales, ni uno sólo puede conducir a una verdadera renovación o creación: ni el dadaísmo ni el surrealismo, que tienen un único sentido: el pederástico".

"Más de uno se ha asombrado, no de que yo sea un buen católico, sino de que sea escritor, diplomático, embajador de Francia y poeta. Pero yo no encuentro nada de extraño en eso. Durante la guerra fuí a América del Sur para comprar trigo, carne en conserva, tocino para el Ejército e hice ganar a mi país doscientos millones."

He aquí la respuesta que los surrealistas dirigieron a Claudel, el 10 de julio de 1925:

"Nuestra actividad no tiene otra cosa de pederástica que la confusión que introduce en el espíritu de aquellos que no participan en ella. Poco nos importa la creación. Deseamos con todas nuestras fuerzas que las revoluciones, las guerras y las insurrecciones coloniales vengan a pulverizar esta civilización occidental cuya miseria usted defiende incluso en Oriente. Nosotros consideramos esta situación como el estado de cosas menos aceptable para el espíritu.

"En él no podría haber para nosotros ni equilibrio ni gran arte. Hace ya tiempo que la idea de Belleza ha desaparecido. No queda en pie más que una idea moral: saber, por ejemplo, que no se puede ser a la vez embajador de Francia y poeta.

"Aprovechamos esta ocasión para disolidarizarnos públicamente de todo lo que es francés, en palabra y hecho. Declaramos encontrar la traición y todo lo que, de una manera u otra, puede perjudicar la seguridad del Estado, mucho más conciliable con la poesía que con la venta de «grandes cantidades de tocino» por cuenta de una nación de cerdos y perros.

"Esto significa un gran desconocimiento de las facultades propias y de las posibilidades del es-

píritu que periódicamente trata de buscar su salvación con sinvergüenzas de vuestra especie en una tradición católica o greco-latina. La salvación, para nosotros, no está en ninguna parte. Consideramos a Rimbaud como a un hombre desesperado por su salud y cuya obra y vida son testimonios puros de perdición.

"Catolicismo, clasicismo greco-latino, os abandonamos a vuestras beaterías infames. Que os aprovechen de todas maneras; engordad aún más, moríos bajo el respeto y la admiración de vuestros conciudadanos. Escribid, rezad y babead. Reclamamos el deshonor de haberos tratado, una vez por todas, de servil y canalla."

Y entre los signatarios se encontraban: Louis Aragon, Antonin Artaud, André Breton, René Crevel, Robert Desnos, Paul Eluard, Michel Leiris, Benjamin Peret, Georges Ribemont-Dessaignes, Philippe Soupault, Roger Vitrac... etc.

Eran los mismos que, en el banquete ofrecido en Saint-Pol-Roux, aclamaban a Alemania, en la guerra del Rif, como Thorez, como Doriot. Eran también los mismos que habían acusado y "condenado" a Maurice Barrès.

Los Dadas.

En efecto, dos años antes, el 13 de mayo de 1922, la sala de las *Sociétés savantes* había sido teatro del proceso de Barrès hecho por Dada, constituído en tribunal revolucionario.

Cierta tarde, unos cuantos muchachos rebeldes, reunidos en un café de Montparnasse, habían hablado de los accidentes, de los robos y

crímenes de la semana. Bruscamente se originó una violenta discusión en torno a Barrès. Nadie estaba de acuerdo. Inmediatamente, se decidió ampliar el debate y constituir un tribunal. Se nombró un presidente, André Breton, un acusador público (Georges Ribemont Dessaignes). Louis Aragon (el futuro director de "Ce Soir") y Philippe Soupault se presentaron como defensores de Barrès.

El "acusado" fué convocado ante la comisión de investigación. Se insinuó que Barrès había abandonado inmediatamente París y se dirigía a Metz y Aix-en-Provence. El 7 de mayo, la comisión de investigación abordó la última parte de su tarea: el establecimiento de las "conclusiones". Al final de la sesión, decidió acusar a Maurice Barrès de atentado contra la seguridad del espíritu.

Los debates públicos se abrieron el 13 de mayo. Los jueces, los abogados estaban vestidos con blusas y mandiles azules, cubiertos con birretes (escarlatas para el tribunal y el acusador, negros para los abogados). A las nueve, el ujier salió y preguntó en voz alta e inteligible: ¿"Está aquí Barrès"? El acusado, a esa hora, presidía un banquete en Aix-en-Provence y hablaba sobre el "alma francesa durante la guerra". En la sala de las *Sociétés savantes* se le iba a juzgar. A las 9,30, el ujier anunció la vista de la causa. El presidente, André Breton, leyó el acta de acusación. Después desfilaron los "testigos". Serge Romoff, que dió como ejemplo de "nacionalismo constructivo" la revolución rusa; a continuación, Tristan Tzara, que declaró: "Maurice Barrès es el granuja más grande que he encontrado

en mi carrera poética, el cerdo más grande que he encontrado en mi carrera política; el canalla más grande que ha producido Europa desde Napoleón". Y Tzara añadió: "No tengo ninguna confianza en la justicia, aunque la justicia sea hecha por Dada. Estaréis de acuerdo conmigo, señor presidente, que no somos más que una banda de indecentes y, por consiguiente, las pequeñas diferencias entre indecentes más grandes o indecentes más pequeños no tienen ninguna importancia". A continuación, después de haber insultado a la defensa, el testigo se retiró canturreando una cancioncilla Dada:

Bebed la leche de los pájaros
Libad vuestros chocolates
Dada
Dada

Después desfilaron Giuseppe Ungaretti, la señora Rachilde, cuyo primer libro, *Monsieur Venus,* había prologado Barrès en mi juventud. Y por último el joven Pierre Drieu La Rochelle, que contó su primera visita a Barrès: "Fuí, dijo, introducido en un salón trivial, en medio de personas modestas que esperaban su turno. Me permito creer que Barrès me reservó una acogida especial. Dominó, no sin cierta gracia, su gran indiferencia, su enorme indiferencia. Quizás, después de todo, me estimaba por razones que no debo perdonarle". Y a la última pregunta del presidente: "Barrès, ¿le es simpático o antipático"?, Drieu respondió: "No sé, pero le guardo respeto..."

¿Una generación sin maestros?

El mal de hoy es también el mal del pasado: arranca de esta generación desorientada de la que François Mauriac debía escribir en 1951 que ha sido una generación sin maestros. ¿Pero tiene la culpa de que escritores de gran categoría no hayan sido dignos de serlo? Mauriac podía darse golpes de pecho y preguntar: "¿Hemos dado importancia a nuestros jóvenes?" Sí, a los descarriados, sus mayores inmediatos los habían "festejado para adularlos, viendo en ellos, con diez años de antelación, el futuro académico cuyo voto estaba descontado". ¿Para qué servía entonces oponer a estos desheredados lo que había sido nuestra propia juventud, a no ser con el fin de darles una lección y proponerles ciertos ejemplos que les hicieran auténticos continuadores? Por el contrario, nos imaginamos su desdén, cuando, en la pluma de Mauriac, podían leer:

"Antes del 14, leí "Acción Francesa". En ese momento aparecieron los primeros números de la "Nouvelle Revue Française". En ella encontré una ordenación de los valores, de los escritores, los poetas, los pintores, quizá discutible, pero que explica el porqué de mi admiración. Hay que llamar de una vez la atención de esa gente que todavía no ha impreso mi nombre. Pero ellos están ahí, su revista está ahí: veo con claridad hasta dónde quiero llegar."

¿Era eso todo? "La generación de 1920" estaba dispuesta a escuchar esa "lección", ya que había hecho todo lo posible para que se habla-

ra de ella. Después de eso, Mauriac podía decir: "De este modo vivimos, respiramos, en un mundo de influencias, de autoridades. Hemos nacido entre doctores. Directa o indirectamente, gracias a su aprobación, a su silencio, somos rectificados y dirigidos".

"No hemos sido dignos de sucederles", dice humildemente Mauriac. Quizá; pero, ¿por qué los mejores, los más destacados, los más dotados de espíritu y talento, habían consentido en quedar a un lado cuando no habían sido obligados a ello? Hubieran debido reaccionar. Así se explican muchas desviaciones de esas débiles fuerzas. No es ningún honor para sus hermanos mayores, "que algunas figuras hayan seguido esa pendiente, se hayan extraviado", opina Mauriac. De esta forma, todos están complicados y confundidos en un mismo desastre general que no se confiesa sino para absolverles de su fatalidad.

Al evocar los primeros signos de nuestras futuras humillaciones, Mauriac añadía: "En todas las épocas hubo, entre los que comenzaban, rerefractarios y enemigos de las leyes. Ahora bien; esos ardientes jóvenes, que no habían sido adulados como los de la posguerra, sino por el contrario, aconsejados, dirigidos, dominados por el prestigio del talento y la fama, se reponían rápidamente de su enfermedad". Lo más importante es la verdad: Es la verdad y la salud lo que están obligados a proteger esos grandes talentos. ¿Deberé añadir que nuestros maestros no nos han tratado jamás como a perrillos a los que hubiera sólo que guiar? Por eso eran maestros. Un Barrès, un Péguy, un Claudel, un Maurras, conocían el "precio de nuestras almas".

Las "pacientes y admirables cartas" que nuestra adolescencia recibió de ellos, ¿no son testigos de ello lo mismo que esas prolongadas conversaciones a que nos referimos en este libro? No hacemos la apología de nuestro pasado; pero ¿dejaremos que se dé una idea errónea de sus resultados, de su balance so pretexto de liquidarlo, de declararlo en quiebra? No permitamos que eso ocurra a lo que "fué", o la que aún "es", puesto que las condiciones de salvación común "existen" allí donde las hemos buscado.

En defensa de la inteligencia.

Desde finales de 1919, habíamos concebido y redactado nuestro "manifiesto en defensa de la inteligencia", como respuesta a aquel en que los Romain Rolland, los Barbusse, acusaban a los escritores de haber envilecido, rebajado y degradado, durante la guerra, el pensamiento francés, poniéndolo al servicio de la Patria y de su causa justa. Copio aquí sus últimos párrafos:

"Hemos defendido, decíamos nosotros, en esta guerra la causa del espíritu. Para que esta grandeza nos desapareciese, los hombres se han hecho matar. Es preciso que prosigamos ahora ese servicio, renovando la vida intelectual de Francia. Esto es necesario cuando se piensa en la alta misión humana, en la gran elección espiritual que domina su historia, su destino y cuyo sentimiento profundo nos restituye la victoria. "El partido de la inteligencia», añadíamos, es aquel al que pretendemos servir fielmente para oponerle a ese bolchevismo que, desde el comienzo,

ataca el espíritu y la cultura con el fin de destruir la sociedad, la nación, la familia, el individuo. No queremos otra cosa que la reedificación nacional y el reordenamiento del género humano".

Sí, había que rehacer todo, volver a comenzar todo. Yo presentía una época difícil; la sentía en mí aunque no fuera más que a través de ese desierto en que nuestro antiguo conjunto de amistades se había convertido, en el que nos hallábamos nosotros, los supervivientes de la guerra, los que nos habíamos formado y crecido en ese clima difícil de confianza y fe que la había precedido. Nos quedaba el mensaje de nuestros muertos, nuestra fidelidad esencial a su pensamiento. A eso, añadíamos una gran dosis de esperanza, de creencia en la restauración metafísica del hombre, puesto que el espíritu, para las reformas necesarias, iba—tal era nuestra firme creencia—a desempeñar la función principal.

Nacimiento de la "Revue Universelle".

Esos han sido los sentimientos y las ideas, los deseos y las necesidades, que han presidido el nacimiento de la "Revue Universelle".

Charles Maurras no era de aquellos que, como Barrès, como Millerand, creía que la victoria y el retorno de nuestras provincias perdidas iba espontáneamente a crear en Francia un nuevo clima de alta tensión moral, de renovación intelectual, de fe nacional. Después del armisticio, pareció urgente a Maurras y a sus amigos re-

novar sus esfuerzos de 1900 a 1914 en favor del movimiento nacional, considerándolo desde sus causas profundas, sus principios rectores en psicología, moral, estética e historia. Para eso, pensaban que el periódico era insuficiente. Por un momento se les ocurrió reanudar la antigua "Revista de Acción Francesa"; mas de sus redactores unos habían muerto, como Henri Vaugeois y Léon de Montesquiou; otros, estaban asediados por las necesidades cotidianas. ¡Pero sobre todo, la época del "ensayo" estaba ya superada! Se trataba de dar a las ideas que allí se habían elaborado un amplitud mayor. Era necesario extenderlas a esas regiones que la guerra les había, de algún modo, abierto, reconocer sus nuevos campos, ganarse a aquellos que, en cualquier forma, deseaban, buscaban esas ideas. Una "publicación aliada y autónoma", una Revista, en la que fuesen seguidos y desarrollados, según la libertad del orden la pasión de la salud pública, los principios generales de nuestro renacimiento, ¿no serviría mejor a una tal empresa?

¿No teníamos a Bainville para dirigir un órgano de este género; él, que con su prodigiosa facilidad de trabajo o, mejor, con ese don genial de producir sin trabajo, habría aceptado añadir esa carga a todas las que pesaban ya sobre él? "Pero—decía un día Maurras, evocando la época de nuestros comienzos—sería necesario junto a Bainville alguien joven y completamente libre, que fuese algo más que un segundo y un ayuda de campo. ¿Dónde hallarlo? ¿Quién? La dificultad quedó resuelta de un encuentro de Léon Daudet en el tren. Henri Massis regresaba en-

tonces del Ejército de Oriente (de Atenas o de Siria) y sentía exactamente las mismas preocupaciones que nosotros acerca de Francia y Occidente. Sin estar oficialmente con nosotros antes de la guerra, Massis se había tácitamente declarado partidario nuestro desde su encuesta sobre la Sorbone y por sus estudios dispersos sobre el problema nacional y religioso. Formaba parte de un grupo de jóvenes católicos muy fervientes y militantes, al cual había pertenecido Ernest Psichari. El se había unido a Péguy. Era amigo de Jacques Maritain. Muy pronto nos pusimos de acuerdo para admitir la sugerencia de Daudet y comunicar a Massis nuestro deseo de que viniese a compartir con Bainville la dirección de la Revista. Al mismo tiempo, la famosa herencia de un héroe, Pierre Villard, ponía entre mis manos "el pequeño capital" de un millón de francos. *Acción Francesa,* a quien yo lo había remitido, reservó cincuenta mil francos para la Revista.

No tengo nada que añadir a esas decisiones, que precedieron al nacimiento de la Revista en el transcurso del segundo trimestre de 1919. Todavía recuerdo los vaivenes que motivaron su fundación... La colaboración de mi amigo Jacques Maritain debía añadir, a esta aportación de *Acción Francesa* un elemento propio que dió a la Revista su carácter de publicación católica. Maritain era, además, el segundo legatario de Pierre Villard y, a ejemplo de Maurras, consagró las primeras disponibilidades de su parte en la herencia a la "Revue Universelle" y a su acción pública.

Nuestro fundador fué un héroe.

No he conocido a Pierre Villard. Maritain no le conoció tampoco. Maurras no le ha visto más que una vez. Pero nos agrada la idea de que este joven héroe lorenés, caído en 1918 en el frente del Aisne, haya sido nuestro invisible inspirador, el místico animador de nuestra acción. Este misterioso encuentro, adquiere, a nuestros ojos, el valor de una profecía.

"¿Cómo—nos preguntábamos a partir del 11 de noviembre, ante esta victoria ya mutilada, ante esta «victoria sin cabeza»—se ha previsto la paz, cómo se la ha concebido, cómo vamos a realizarla y administrarla? Y ante todo lo que comenzaba a desmoronarse y producir tantos sacrificios inútiles, ante la falsa paz democrática que intentaban fabricarnos—esa «pretendida paz de los pueblos», dictada a nuestras armas victoriosas por un consorcio de banqueros—, soñábamos con punzante melancolía en lo que era la paz de nuestros reyes, esa paz fructuosa, esa paz poderosa, cuya virtud nos había enseñado Maurras y la escuela de "Acción Francesa" al demostrarnos su alto valor. "Nuestros reyes, nos decían, no amaban la guerra, pero sabían prepararla, hacerla, terminarla, utilizarla". ¿Cómo esas evidencias históricas, que ellos habían renovado, no habían sido dadas a conocer de un extremo al otro del país, por millares de obreros de oradores, de propagadores?" Este había sido el escándalo de la juventud de Pierre Villard; y el nuestro una vez la guerra terminada. Pero no era suficiente nutrir con él una

oposición débil: lo que hacía falta era sacar de estas ideas, de estas demostraciones, todo su contenido legítimo, todo lo que ellas podían motivar de acción necesaria y útil. De esa forma se realizaría, en una Francia acrecentada, con defensas sólidas, con una inteligencia y unos dotes brillantes, la prescripción que nos habían hecho nuestros muertos. Ese era el auténtico legado que habían consagrado con su sangre: así es como seguirían actuando por intermedio nuestro. Maurras había llevado esta promesa a Verdun, donde reposaba definitivamente Pierre Villard. En un lugar como ése adquirían el valor de "un juramento". Al llegar, y antes de trasladarse al hotel, Maurras había querido visitar, antes que cualquier otra cosa, las aguas del Meuse que los alemanes no habían podido atravesar gracias a la resistencia de sus propios hijos. El mozo que llevaba las maletas le había conducido en seguida a sus márgenes devastadas: "alrededor de nosotros, más allá del horizonte, dice, se extendía un paisaje de restos, de paredes destruídas hasta la altura de un hombre, casas sin tejados, casas arrasadas de arriba abajo... La única nueva edificación, casi risueña, reconstruída de pies a cabeza, como una gran caja hecha de ladrillos, piedra y pizarra, ostentaba el orgullo de un renacimiento egoísta que, hasta en esa penumbra, ofendía. Pregunté a qué nuevo rico pertenecía. El guía respondió: "Al Banco..." Delante de este edificio insolente que se miraba en las aguas de un río de orillas arrasadas, bordeadas por los escombros, por murallas destruídas y casas sin tejado, ¿podía Maurras no reafirmarse en el objeto a que había

dedicado su vida? No era para defender "el sucio imperio del oro o del papel" por lo que se habían sacrificado tantas víctimas. No, ante la dictadura financiera que preparaba la República, el recuerdo de los muertos, monárquicos o no, exigía acabar con ese régimen. Contemplando el río al que Malherbe había hecho profetizar:

"Alejaos, plagas de Francia y pestes del mundo. Nunca una de vosotras volverá a ver mis aguas".

La frase de Enrique IV volvía del fondo de su memoria:

"Luchad contra los financieros, decía el rey, pues si alguna vez se armasen, nos pisarían el cuello".

El nombre de Pierre Villard, de este "buen francés de la clase rica" que en trance de perder la vida había legado su fortuna a dos hombres, cuyo espíritu trabajaba al servicio de la fe y la Patria, ese hombre, ¿no nos daba el ejemplo de la visión de los peligros que se presagiaban, la voluntad de vencerlos y triunfar sobre ellos?

El sueño que Maurras había acariciado tanto tiempo: tener una hermosa publicación que fuese, sin alardes, el punto de mira de todo pensamiento digno de este nombre se había realizado en la primavera de 1920. Se había dicho que una gran revista nacionalista era indispensable para la continuación del trabajo intelectual en el primero y más aplastado de los países vencedores. Incluso se decía que eso podría llevar consigo la creación de una doctrina firme, de una amplia aplicación: ¡un sólo objetivo y

muchos caminos! Esto era lógico. Además J. Bainville estaba con nosotros.

Bainville y nosotros.

"Jacques Bainville, nos decía un día Maurras, es el hombre del que me gustaría conocer, minuto a minuto, el empleo que hace de una jornada cualquiera." Una vez satisfecha esta curiosidad, no habíamos adelantado gran cosa, pues los pormenores de las ocupaciones del director de la "Revue Universelle", del redactor de "Acción Francesa", de "Liberté", del autor de las *Conséquences politiques de la Paix,* del narrador de *Jaco et Lori,* del historiador de *Napoléon,* deben ser sencillamente más asombrosos que su resultado general. ¿Cómo es posible esto? La extentado general. ¿Cómo es posible esto? La extensión y la exactitud del pensamiento suprimen la duda, la incertidumbre y las vacilaciones, y quintuplican el rendimiento de las horas. "El que abarca todo lo reduce a una síntesis", decía Montesquieu. ¡En efecto, no hay más dificultad que ésa! ¡Estas condiciones reunidas dan al que las posee una rápida visión y una intuición sorprendentes! Con la maestría que se añade a eso, de un modo tan natural que incluso nos produce asombro tener que imaginarlo; con ese prodigioso vigor de escritor y de hombre de acción que parece una consecuencia del puro pensamiento, obtenemos una idea aproximada del éxito constante de Bainville, sea cual fuere la cuestión a que se entregara. Pero hay que añadir que la seguridad de la expresión y la absoluta serenidad del espíritu, el manejo de los hechos con-

cretos y de sus relaciones abstractas más sutiles contribuyen poderosamente a encontrar todo sencillo, parecido, fácil y unido. Bainville no nos dice: venid. Sino que él avanza y nosotros avanzamos detrás de él... "Si hay algo confuso u obscuro en el camino y en el paisaje, está allí el guía que todo lo sabe y todo lo explica..."

Estas apreciaciones generales son exactas, y yo iba a tener la dicha maravillosa de comprobarlas. Durante casi quince años he colaborado diariamente con J. Bainville sin que la más leve sombra de recelo pasara entre nosotros. Lo normal para su espíritu era superarse, enriquecerse con todo, del modo más natural, y vivir. ¿De qué no se ocupaba Bainville? Lo que hubiese sido para otros dispersión, para Bainville era profundizar, calar hasta lo más hondo. Todo lo que penetraba en él lo transformaba en reflexiones brillantes, lúcidas: era su forma personalísima de amar y de recibir. Nada explicará suficientemente a aquellos que no le han conocido—y que le imaginan distante y frío—lo que era el estremecimiento, la vibración de su persona ante el espectáculo de las cosas, de los seres y la vida. En el origen de sus reacciones más "inteligentes" existía la profunda sensibilidad del espíritu y la razón, que no podían avanzar jamás sin ella.

Su espíritu tendía a descifrar el acontecimiento al día, encaminar su meditación y su estudio para comprenderlo, exigiendo lo real, la discusión, con el fin de comprobar, por ese conjunto, el valor de las ideas y no dejar a la inteligencia osificarse o nutrirse de productos falsos. De aquí proceden las asombrosas perspectivas que

Bainville ha sabido abrir para la historia, ya que el presente le ayuda a comprender el pasado y el pasado a descubrir las probabilidades futuras. Bainville había dicho de un historiador al que admiraba por su clarividencia: "A través de los textos conocía la naturaleza humana". La existencia humana debía, según él, concretarse en una palabra: adquisición—y esto en todos los órdenes—. ¿No es ese el sentido que daba a esta hermosa palabra "capital" cuando decía de la civilización que es un "capital transmitido"?

Bastaba con verle actuar para que odiásemos el orgullo y la falsedad; y caer bajo su mirada para sentirse un poco avergonzado. Un día que yo le había dado a leer algunas páginas sobre Renan, que empezaban afirmando que "nuestra conciencia estaba ya alejada de él" y en que se fustigaban los esfuerzos que tendían a exaltar de nuevo su valor, Bainville me las devolvió con estas sencillas palabras: "Me agradaría más un principio menos agresivo aunque fuese un poco vulgar. En interés mismo de vuestra tesis, es necesario no adoptar una postura malhumorada". Luego había añadido: "Encuentro la palabra "conciencia" de esta frase un poco confusa, oscura; «nuestro», también. Podrían preguntarle: ¿la conciencia de quién?" Y allí donde yo había hablado de los "últimos partidarios fieles de Renan", Bainville, con su delicada escritura había puesto al margen a lápiz: ¿Por qué "últimos"? Yo pondría simplemente «sus fieles partidarios»." ¡Qué provecho se podía sacar de opiniones como ésta!

Esa exactitud, esa oportunidad de su consejo y, al mismo tiempo, esa delicada manera de de-

cir, ese respeto por las ideas de los demás, todo ello ennoblecía a Bainville. ¡Cuántas frases le he oído pronunciar que vienen a corroborar dándoles un matiz de confidencia hasta penetrar en mi corazón el sentido de los artículos que se han reunido después de su muerte! Allí donde Bainville habla, por ejemplo, de la importancia que tienen realmente las ideas que son para la juventud "tan poderosas como el amor", ¿cómo no reconocer las frases que Bainville dijo a uno de los nuestros tratando de calmar su tristeza: "¿No le quedan aún sus ideas?". Una frase así pertenece a aquel que, a los veinte años, no había sentido nada más hermoso que la luz en él vertida por el hallazgo de un elevado pensamiento, como el de Maurras, a quien Barrès le había enviado. Y cuando recuerdo la emoción con que habla de las religiosas, del misionero, del médico, de "todos los que han tenido la ocasión de dedicarse a algo que está por encima del nivel medio de la humanidad", ¿cómo no recordar cierta noche en que Bainville confesaba a sus amigos más íntimos: "El sacerdote, el soldado, son para mí hombres superiores". Tal era la importancia que Bainville concedía a la vocación, a la entrega de sí mismo, al desinterés, a la generosidad, a todo aquello cuya finalidad manifiesta capacidad de heroísmo. "El último año de su vida fué atroz: de mes en mes, casi de día en día, le veíamos adelgazar cada vez más. En su rostro, delicado y seco, brillaban sus ojos misteriosos. Sufría mucho y, sin embargo, seguía viviendo, escribiendo sus artículos proféticos e incluso recibía y salía." "¿Conocía Bainville su enfermedad? Robert Kemp, que le veía to-

dos los días en la "Liberté", nos dice: "Tengo absoluta seguridad. De lo contrario, Bainville no hubiese sido Bainville. Por eso le urgía completar su vida, entrar en la Academia y pronunciar su discurso. Jacques no ha querido dejar nada inacabado".

El horror por la inconsciencia.

La audacia era su virtud dominante. No hay nada que Bainville no haya mirado cara a cara. Nadie, en efecto, se entregaba menos a la fatalidad de las causas desconocidas y las leyes inviolables. Toda la energía de este espíritu atento tendía a "desenmascarar el mecanismo de nuestros destinos". Esta es la razón por la que Bainville sentía horror por la inconsciencia. Creía ciegamente que el hombre es el culpable de su suerte o su infortunio. ¡En qué tono hablaba Bainville de "aquellos que, hasta en el umbral de la vejez y en la vejez misma, permanecen fieles al mito de la suerte, maldicen o bendicen el azar de lo que les sobreviene y persisten en la desgracia de no reconocer el efecto de sus propias faltas"! Hay en esto algo más que desprecio. Recuerdo el gesto que Bainville tuvo un día, cuando uno de sus amigos creyó poder enorgullecerse ante él de no haber hecho jamás "recuento de su vida" ni haber metido las narices en la de los demás. Tenía demasiada fe en el dominio de la voluntad del hombre para poder aceptar su ceguera. De haber sido creyente hubiera tenido la misma consciencia, la misma preocupación por ver claro en su interior. Y aun

recuerdo aquella mañana de 1930 en que habíamos acompañado al cementerio de Versailles a la santa y excelente señora de Boisfleury, a la que los rigores eclesiásticos habían privado de los honores religiosos, cuando la voz de Bainville respondió al amigo que le hablaba de abandonarse a la misericordia divina... "Sí, pero para eso hay que tener los papeles en regla..."

Era la respuesta de un espíritu exigente que tenía "en cuenta" todo. El misterioso silencio que siguió a esta confesión demostraba claramente que un alma como aquella no era tan simple como para complacerse, según algunos han pretendido, únicamente en la negación. ¿Hasta dónde le ha llevado esto? Aquel alma era también discreta, tenía sus pudores, sus secretos. ¿Diré que Bainville era excesivamente "inteligente" para que no pudiera comprender el misterio de la eternidad? Poseía demasiada grandeza y nobleza para negar su creencia: "No puedo creer que si con los años nos hacemos un poco mejores, sea para morir solamente". Tales son sus últimas palabras.

Una mirada infalible.

Bainville contaba apenas diez años más que yo. Yo era todavía un principiante cuando, al regreso de la guerra, se me nombró redactor jefe de esta "Revista"; sus amigos de *Acción Francesa* habían encomendado a Bainville la dirección, puesto que debía conservar hasta su muerte. ¡Bajo esta "mirada de cristal vivo" he trabajado durante dieciséis años! En ella he encontra-

do, junto a "la confianza", esa "inmensa felicidad de sentirla siempre justificada"; ya que no tenía más que obedecerle para que todo me pareciese sencillo, fácil, unido.

De nuevo me veo junto a él, primero en nuestra oficina de boulevar Saint-Germain, y después, en la calle del Dragón, mientras preparábamos el sumario del próximo número y él ojeaba las pruebas. ¡A Bainville le bastaba con una ojeada, una mirada, una mirada infalible! A veces, una frase le era suficiente para formular su decisión, su opinión, pero era una frase que no admitía réplica. ¡Qué tranquilidad entonces, qué espléndido asentimiento cuando concluía con un simple gesto que suprimía la vacilación, la duda, la incertidumbre...!

Bainville y yo éramos muy distintos, tanto como puedan serlo dos hombres; Bainville no hablaba apenas, por lo menos no trataba de "adoctrinar" a su interlocutor ni de convencerle, y, sin embargo, lo conseguía. Usaba pequeñas frases, muy breves, rápidas, y que, a veces, no acababa cuando el resto se podía deducir lógicamente. Tenían la brevedad de la chispa y su potencia deslumbradora. Nada más puedo decir sino que durante dieciséis años en que colaboramos juntos disfruté de un maravilloso privilegio: ¡esta presencia era tan profunda, tan intensa, que no tenía necesidad de verle, de oírle para sentirla!

Lo que fué nuestra aportación.

¿En qué consistió lo esencial de mi aportación? Con Maurras, con Léon Daudet, con Paul Bourget, con Barrès, con Pierre Lasserre, con Marie de Roux y George Valois (sin hablar de sus émulos, cuya barba no había crecido todavía), la "Revista" de J. Bainville poseía las directrices de su filosofía política, histórica, social, moral y literaria. Yo había aportado, por medio de mi amigo, de mi hermano espiritual, Jacques Maritain, un elemento nuevo, teológico, el tomismo, un tomismo renovado, "anti-moderno", sin duda, pero abierto y preocupado por las novedades de las ciencias particulares. Inscribir el tomismo en el programa de una gran revista francesa podía parecer una empresa audaz. Sin embargo, era bien sencillo: no había nada más actual, mejor ordenado, ni más conforme con las exigencias que agobiaban el espíritu. Acaso, ¿no respondía a una necesidad absoluta de rectitud intelectual y de fidelidad a la verdad? En la medida en que nuestra publicación se dirigía a los países de civilización latina, en la medida en que nosotros representábamos un movimiento de ideas que tendía, como objetivo principal, al orden universal, ¿no estaban obligados nuestros amigos, nuestros incrédulos a mantenerse estrechamente unidos al pensamiento católico, lo mismo que a aceptarlo en su verdadera fuente, en su auténtica expresión?

Pero Jacques Maritain y yo exigíamos aún más: exigíamos una restauración de la metafísica, una reelaboración doctrinal, la instauración

de una filosofía política cristiana en el seno de *Acción Francesa.* Teníamos el deseo común de promoverla y trabajar por ella: Jacques en el orden de los conceptos, de los principios; yo en el orden de la crítica y sus aplicaciones literarias: "Dios ha hecho de nosotros dos hermanos para servir y combatir juntos, pero El será nuestro guía", me escribía entonces Maritain. En efecto, creíamos percibir sobre nosotros este "designio".

Era la época en que se había tomado la costumbre de asociar nuestros dos nombres, aunque yo fuese indigno de ello, lo mismo para el que yo fuese indigno de ello, lo mismo para el que mi "tomismo" intempestivo me había valido una crítica no menos intempestiva de cierto censor de "Nouvelles littéraires", que reforzaba su polémica con el asentimiento de un R. P. capuchino, defensor de San Buenaventura, Jacques Maritain me decía: "Alguna vez será necesario que usted y yo hagamos un manifiesto explicando por qué no rechazamos en bloque lo que ha sucedido desde 1270 y por qué consideramos imbéciles e inferiores a los que tratan de oponer eso a nuestros razonamientos".

La tormenta.

¡"Empezamos ahora—añadía Jacques Maritain—a recoger y reunir nuestras gavillas"! Estas hermosas esperanzas comunes muy pronto iban a verse comprometidas, maltratadas y destruidas por una serie de acontecimientos en cuya explicación no puedo entrar sino de mala gana...

Haré aquí las alusiones que me parezcan indispensables para dar una idea aproximada de los problemas dolorosos en los que nos encontramos complicados cuando estalló, en 1926, la tormenta que produjo la cuestión religiosa de *Acción Francesa*"... Y sin duda alguna no me resignaría a hablar de estos años difíciles de prueba si Raïsa Maritain no hubiera creído oportuno hablar primero explicando a su manera cuál había sido mi actitud con Jacques, "lo que, según ella, puso fin a nuestra amistad".

Tengo un profundo recuerdo de esa amistad y no querría decir nada que la pudiese herir. Tampoco olvido lo que intelectual y espiritualmente debo a Jacques Maritain. Pero ni la "compasión, ni las quejas", ni los "remordimientos", ni los sentimientos de "responsabilidad" que Jacques y Raïsa Maritain expresaban respecto a mí y a mis errores son suficientes para que yo deje que lleguen a tomarse de fidedignas las "explicaciones" que hicieron públicas en 1944, en New-York [1].

Hubiese preferido el silencio. Para abstenerme de esta delicada cuestión no tendría más que recordar el gesto de Bainville cuando, a comienzos de 1927, supo que Maritain nos abandonaba: era un gesto de infinita tristeza. ¡Ah, cuán distinta era esta tristeza de la que Raïsa Maritain sintió, según nos dice, al pensar "en las fatalidades que se encarnizaron conmigo"! "¿Por qué, añade, es necesario que Massis haya evo-

---

[1] Cf. Raïsa Maritain: *Les Grandes Amitiés*, tomo II: *Les aventures de la grâce*. Ediciones de la Maison Française, Inc. New York.

lucionado en el sentido menos generoso de su naturaleza, que sea una víctima de los corazones endurecidos y los espíritus falsos que han dominado tanto tiempo una parte importante de la juventud de nuestro país?" [1].

No basta señalar la pena que experimentó Bainville cuando le hice saber que Maritain se alejaba de nosotros—ya que no le agradaban las separaciones—; es mi pena, la pena que a mí me debía entristecer, la que Bainville, aquel día, debió también comprender: tal era su delicadeza, la amistad que ese "corazón endurecido" ponía por encima de todo, ese corazón profundamente fiel. Y Bainville entonces había añadido dirigiéndose a Maritain: "Comprendo perfectamente el hecho de que no haya por su parte ningún reproche. Usted está unido a él en espíritu y corazón. Creo que la solución está en sus manos". Bainville dejaba a mi afecto el cuidado de encontrarla. Pero Maritain no concebía otra que aquella de la que iba a resultar lo que Raïsa Maritain llama: "la asombrosa ruptura de Jacques con *Acción Francesa*. En cuanto a los "reproches", ella debía esperar para formularlos a que las circunstancias los impidiesen llegar a mi conocimiento: "Massis—escribió Raïsa en Estados Unidos donde les había sorprendido la guerra—ha desoído cada vez más los consejos del amigo al que el P. Clérissac había aconsejado permanecer unido siempre, no sólo en lo que concierne a las ideas políticas, sino en lo que se refiere también a las posiciones que comprometen la vida del espíritu, en una pala-

[1] *Op. cit.* cap. VI, págs. 181-214.

bra, lo que Jacques, en medio de las tormentas de la época, intentaba hacerle ver a medida que le comprendía". Lo que sigue responderá a este "reproche". Pero antes surge una cuestión: ¿quién nos asegura que si hubiera vivido hasta entonces el P. Clérissac—"hombre de gran agudeza y carácter"—hubiese aprobado la "evolución" de Jacques Maritain y nos hubiese aconsejado seguirla cuando, so pretexto de "delimitar los rasgos de una filosofía cristiana auténtica", Maritain se entregaba a la elaboración de la más extraña filosofía de la historia y de la cultura, con el fin de establecer lo que llama "la verdadera significación de la inspiración democrática" y promover ese "humanismo integral", del que él solo iba a ser el profeta y el teórico?

¿Era necesario y debía yo, para "no separarme de Jacques", aceptar su consejo cuando advirtió la necesidad de "consagrar", la democracia, mostrar en ella "la prolongación del cristianismo en el dominio de lo temporal"? ¿Podría yo, después de tantos cambios ideológicos, pensar que esa "síntesis atrevida" estaba "fundada estrictamente en la doctrina"?

Maritain y la Monarquía.

Había conocido a Maritain en 1912; entonces era monárquico y me atacaba a mí por no serlo. Siempre he creído que la Monarquía estaba implicada en su doctrina, ya que esta doctrina era la menos apta para la conciliación y la más "integral" que se pueda imaginar. Yo sabía, además, que su pensamiento era éste. Cuando ha-

bíamos fundado la "Revue Universelle" junto con Bainville, la habíamos concebido como el lugar de reunión, desde el punto de vista nacional, de los monárquicos y de los que no lo eran. Maritain pensaba y me decía entonces expresamente que teníamos necesidad de "reservar a los no monárquicos la posibilidad de ser nacionalistas en el sentido de la fidelidad integral a la patria y conducirlos de esta forma, si eran lógicos, a la monarquía". Tal había sido nuestro compromiso, la regla de nuestra acción común. ¿Por qué tendríamos que cambiar de conducta, de doctrina..., de lógica? La posición de Maritain me había parecido siempre excesivamente coherente para que yo pudiera, de pronto, ver en ella "una falta de lucidez". Debió hacerse a sí mismo el reproche, arrepentirse de haberme animado a "inclinarme" hacia *Acción Francesa* e incluso sentirse responsable de mi desviación. A esto Raïsa y Jacques Maritain reducen todo, y "sus remordimientos" no les sirven más que para justificarse.

El P. Clérissac y la Acción Francesa.

"Si no me equivoco, dice Raïsa Maritain, Massis vinculó su actividad de escritor al grupo de *Acción Francesa* después de 1918. En los comienzos de esta orientación, el P. Clérissac y nosotros mismos hemos desempeñado una parte activa, cuyo alcance y valor no hemos sabido apreciar, pero que, en cambio, es suficiente para añadir un sentimiento de responsabilidad y un pesar particularmente punzante a los recuerdos

que conservamos de nuestras ingenuidades e inconsideraciones de entonces." "El P. Clérissac, puntualiza Raïsa Maritain, admiraba con verdadera pasión a Maurras, y en su desprecio por el mundo entero, en su entusiasmo puro por la noción metafísica de orden, daba su confianza al movimiento que se desarrollaba entonces bajo los auspicios de la violencia y cuyos peligros espirituales estaba lejos de comprender." La señora Maritain parece ignorar que el "proceso" hecho a Maurras y a su movimiento, desde el punto de vista religioso, es anterior a la época en la que nos reunimos con el P. Clérissac. ¿No había sido hacia 1910 cuando se provocó este gran debate teológico-político que había enfrentado al P. Laberthonnière, del lado modernista y democrático, y al P. Descoqs, del lado monárquico y tomista? Desde entonces todo se había dicho acerca del fondo de los problemas, y a pesar de las pasiones encontradas que movían el asunto, la controversia había sabido mantener una gran altura, una seriedad y una disciplina especulativas que no se volverían a hallar entre los clérigos y teólogos de ocasión que se mezclaron en ella con fines políticos cuando, quince años más tarde, se volvió a abrir el expediente de *Acción Francesa*—ese expediente que Pío X, en 1911, había querido olvidar—. El P. Clérissac conocía, por tanto, todo cuanto se podía decir sobre "los peligros espirituales" de la escuela de Maurras; luego no puede su ignorancia "explicar en parte" lo que Raïsa Maritain llama las "ilusiones del P. Clérissac". Por otra parte, para "explicar" cómo los consejos del reverendo padre habían creado en J. Maritain "un prejuicio

favorable a "Acción Francesa", Raïsa Maritain, ¿no se hace eco de "la indulgencia o del entusiasmo que tantos grandes teólogos mostraban entonces hacia el teórico del empirismo organizador, y de la actitud general de la Iglesia en esos años, del Papa Pío X que esperaba pacientemente la conversión de Maurras"?... Pero Raïsa Maritain cree deber atribuir su error, sobre todo, a la "docilidad sin experiencia" de Jacques respecto a "las directrices humanas del padre espiritual que él veneraba".

"Los consejos y la influencia del P. Clérissac prevalecían absolutamente sobre nuestro espíritu, dice, y nos dispensaban del examen de aquellos problemas que, para nosotros, en ese momento, carecían de importancia real."

Y Raïsa Maritain evoca en estos términos lo que eran entonces sus estados de ánimo y el objetivo de sus meditaciones:

"Jacques, dice, no atribuía importancia más que a la metafísica y la teología, y yo, arrebatada por la felicidad que me producía la oración y la meditación del *Tratado de la Trinidad* en la *Summa teologica,* de Santo Tomás, me sentía completamente apartada de los problemas políticos. De otro lado, añade, tenía por instinto una invencible aprehensión hacia todo lo que se refiere a la actividad política, en la que veía y veo aún el dominio de lo que San Pablo llama «la malicia del tiempo». "

También la señora Maritain nos dice:

"Si hubiese sido por nosotros no habríamos tomado el menor interés por el movimiento del que el P. Clérissac hablaba a Massis y a nosotros con tanta simppatía." Sin embargo, no po-

dría olvidar la pasión con quc Maritain unió entonces su voz a la del reverendo padre, con el fin de convencernos a Psichari y a mí, para que nos inclinásemos del lado de *Acción Francesa*[1].

"Los restos de las malas costumbres..."

Si el P. Clérissac en un principio se había "burlado sin piedad" de las tendencias democráticas y "las ideas socialistas tan caras al corazón de Jacques", al no ver en ellas otra cosa que "restos de malas costumbres que era preciso abandonar", ese tiempo había pasado ya cuando conocí a los Maritain, en la calle Baillet-Reviron, en Versailles. Sin duda, ellos se sentían profundamente deudores del P. Clérissac por "la paz y el equilibrio de alma" que habían encontrado al despertar, después de una juventud incierta y tenebrosa, junto a este sacerdote que "proclamaba las exigencias de una vida cristiana dedicada de lleno al absoluto de la verdad, de la doctrina de los santos, de la vida mística y de su sagrada herencia." "Buscábamos—ha dicho Maritain al hablar de esa época de su juventud—el sentido de esta vida con un apetito invencible contra el escepticismo, del que la Sorbonne nos había colmado".

---

[1] Ernest Psichari y yo procedíamos de "la dirección señalada por Barrès". Jacques Maritain, de la de Bloy... Después Maritain me decía: "No puedo comprender la importancia que Barrès ha tenido para usted ni cómo es posible reconocer en él otra cosa que una zona de humanidad extraordinariamente reducida".

Eso era, por otra parte, lo que Jacques y Raïsa Maritain habían encontrado al principio en Léon Bloy, y Jacques nos ha descrito lo que, para su mujer y para él, fué el encuentro con "ese revolucionario, más revolucionario que todos los revolucionarios que había conocido en los ambientes revolucionarios". Léon Bloy era un pobre, el Pobre, dice, el extraño y terrible mendigo que no soportaba la mediocridad de los hombres, el peregrino del Absoluto, desesperado por todo lo que no es Dios". Ese era el que había abierto a Jacques y Raïsa Maritain "las puertas de la vida sobrenatural". Además, el ejemplo de Léon Bloy y del P. Clérissac—"dos hombres de una perfecta integridad de conciencia"—fué, para uno y otro, de un "valor extraordinario y considerable". El destino—ese "destino" que Raïsa Maritain llama, por casualidad, "una pequeña providencia ciega"—quiso que "esos dos maestros de su juventud fuesen igualmente antidemócratas y antirrepublicanos".

Ya se trate de Jacques o Raïsa Maritain, sus orígenes naturales bastarían por sí solos para explicar por qué "esas tendencias despertaron en ellos una antipatía instintiva". Y nosotros lo creemos de buena gana. Pero sobre todo es, según asegura la señora Maritain, su "ignorancia de los derechos y los límites de la dirección espiritual" lo que, en política, debía conducir a los dos a "crearse la obligación de ir contra su inclinación". "Docilidad intempestiva", "obediencia indebida", tal es lo que, según la creencia de R. Maritain, debería ser el origen de "las inadvertencias" o descuidos cometidos por Jacques, cuando él mismo, "seriamente comprome-

tido con la crítica del liberalismo teológico, estaba dispuesto a considerar como graves las críticas encarnizadas que los partidos de *Acción Francesa* hacían del liberalismo en todos sus aspectos". "Y esto, mientras, precisa R. Maritain, Jacques veía a la democracia oficial de ese momento (soy yo quien subraya) aliar su causa a la de todos los mitos antirreligiosos." He aquí por qué, continúa, Jacques "ha aplazado demasiado tiempo el examen del valor de un antiliberalismo que, en realidad, oponía un error a otro error. El se reprocha a sí mismo haber aceptado pasivamente una influencia, una dirección que estuvo, en su punto, separada, fuera del orden espiritual y no haber, desde entonces, dirigido una encuesta seria contra las ideas religiosas y políticas de Maurras".

Director y dirigido...

"En eso hubo, concluye Raïsa Maritain—y todas las palabras son aquí expresivas—, por parte de nuestro guía un descuido y por parte de nosotros un error, ya que ese elemento de orden temporal no hubiera debido jamás ser propuesto por él en el contexto de su dirección espiritual, ni aceptado por nosotros sin previo examen... Un prejuicio que en el P. Clérissac era accidental para la esencia de su propia vida espiritual y de sus consejos espirituales—unido a nuestra confianza y a nuestra inexperiencia—ha tenido consecuencias graves para nosotros y para algunos de aquellos que habían, con nosotros, seguido ciegamente el impulso recibi-

do"... A fin de cuentas y en última instancia la señora Maritain se refiere a las inevitables "limitaciones de lo creado", que se manifiestan "en la acción de los mejores, de los elegidos", para explicar "el descuido" del P. Clérissac y "la negligencia de la que Jacques, dice, se hace responsable". Y Raïsa Maritain trata de redactar un breve tratado sobre "la dirección de las almas", cuyo tema es la "prudencia del director y del dirigido".

Una tarde de 1932...

Dejo a otros más sagaces e instruídos la discusión de esa cuestión, ya que este no es, al menos para nosotros, el punto vital de tan dolorosas afirmaciones. Por muy asombroso que pueda parecer el relato que la señora Maritain hace de ellas en sus *Grandes Amities*, las líneas generales son idénticas a lo que Jacques Maritain me había dicho, una tarde de 1932, casi seis años después del comienzo de la crisis religiosa de *Acción Francesa*. Yo había llegado, en la evocación de mis recuerdos de juventud, a ese año de 1912 en el que los Maritain habían penetrado en el círculo de mi vida—ya he dicho, en otra ocasión, con cuánta admiración [1]—, pues, a pesar de que entonces existiese una cierta oposición entre nuestras ideas políticas, yo no podía olvidar (y tampoco lo he olvidado después) lo que ese encuentro había sido para mí. Con

[1] Cf. *Evocations* (1905-1911) y también *Notre ami Psichari.*

el fin de reavivar la memoria, había tratado de hablar de ello con Jacques Maritain. El me había rogado que fuera a buscarle a la calle de Rennes, a casa de su madre, Geneviève Favre, la hija de Jules Favre, esa mujer irreductible y audaz que Charles Péguy llamaba "su vieja amiga, republicana de corazón". Para que nuestra conversación fuese más íntima sin duda, Jacques Maritain me había recibido en una especie de pequeño despacho, reducido como un confesionario. Sí, aquella tarde nos entregamos a una especie de confesión—de doble confesión—. Yo la copio aquí, sin añadir ni cambiar nada, según las notas que redacté aquella misma noche, después de haber acompañado a Maritain al tren de Versailles, en la estación de los Invalides. Al principio habíamos hablado mucho de Ernest Psichari: ¿no nos habíamos conocido por medio de él? (¿Me atreveré a señalar que, a este respecto, no comprendo bien lo que la señora Maritain quiere decir cuando escribe "cuanto ha sucedido a Massis no habría ocurrido «si Ernest Psichari hubiera vivido»?)". "Massis, dice, estaba más cerca de Ernest que de Jacques. Ernest le habría, un día u otro, liberado". Verdaderamente no le comprendo... [1]. Jacques y

[1] Se me permitirá aquí señalar algunos pasajes de la carta admirable que, en 1913, Ernest Psichari envió a Charles Maurras para darle las gracias por su libro *L'Action française et la Religion catholique.* "En su último libro, ante la lectura de ciertas páginas—como las del espléndido capítulo: *L'incroyant et la bienfait du catholicisme*—, he sentido más que un profundo respeto por su sinceridad, más que una auténtica admiración por sus penetrantes análisis; es decir, un verdadero afecto que nace, yo creo, de la fuerza misma de mis

yo habíamos evocado, repito, el recuerdo de nuestro admirable amigo cuando—la cosa era natural—pronuncié el nombre del P. Clérissac. He aquí mi "memorándum":

"Recuerdo a Jacques el asombro que el P. Clérissac había manifestado cuando le dijo que yo no pertenecía a *Acción Francesa*. Eso le parecía inconcebible. Entonces me habló de la urgente conveniencia de leer, al menos, el periódico y de unirme a esta magnífica juventud. Le respondí que no era monárquico; opuse a sus

---

creencias católicas. Si entiendo bien, sus enemigos le acusan de no tener fe. ¿Puede haber un reproche más absurdo, incluso desde el punto de vista teológico? Son condenables aquellos que rechazan la gracia ofrecida y que, deslumbrados por la luz, persisten en permanecer en las tinieblas. Esos cometen un pecado contra el Espíritu Santo, el único, dice Nuestro Señor, que no puede ser perdonado. Pero ante vuestra evidente buena voluntad, ante la indiscutible buena fe de vuestra búsqueda, ¿qué debemos hacer nosotros los cristianos sino rezar humildemente por usted, sin creernos, por eso, mejores y sin que prevalezcan las gracias resplandecientes que le ha agradado a Dios otorgarnos de una manera absolutamente gratuita y sin nigún mérito de nuestra parte?... Además, sus colaboraciones precisas en beneficio de la acción católica, el ejemplo de un hombre incrédulo que reconoce las excelencias de la Iglesia. ¿no son, de alguna forma, una prueba de esta Iglesia y el más brillante homenaje que se le pueda hacer?... ¿Sus argumentos no adquieren, por el hecho mismo de vuestra incredulidad, una mayor potencia y un poder de persuasión más activo?... Con todo nuestro corazón pedimos a Dios que Él os dé la luz de la fe, primero, porque usted merece más que cualquiera esta paz bienhechora que sólo ella puede dar, y, después, porque usted sería seguramente un defensor incomparable de esta fe.

Nosotros decimos también que la Iglesia no puede por menos de aprovechar la gran corriente de ideas sanas y robustas de las que *Acción Francesa* es manantial..."

consejos una resistencia tan respetuosa como segura, y le hablé, no obstante, de mi gran admiración por Charles Maurras.

—Eso era exactamente lo que yo le decía a usted y a Pschari cuando usted unía sus deseos a los suyos para tratar de convencerme...

—¡Ah, me dijo Maritain, con la cabeza inclinada hacia mí, a menudo me he reprochado eso entre otras muchas faltas de perspectiva!... ¡Esta responsabilidad me resulta pesada y me atormenta todavía!... No olvido, no podría olvidar, que hemos sido el P. Clérissac y yo los que le hemos animado a unirse a *Acción Francesa*... Somos nosotros los que le hemos puesto en el camino...

Entonces trato de tranquilizar, de dar ánimos a Jacques y le digo:

—Sin duda, su ejemplo, el del P. Clérissac y el de tantos otros hombres que yo respetaba y veneraba, como el P. Janvier, han podido, más o menos conscientemente, colaborar en la desaparición de mis prevenciones... Yo estaba agradecido a Maurras por haberme puesto en guardia contra esa filosofía de la Acción que, desde William James a Blondel, me había seducido tanto tiempo... Pero, Jacques, usted sabe que, para mí, Maurras daba demasiada importancia a las instituciones, les concedía un valor excesivo, además de que su doctrina me parecía demasiado seca, demasiado áspera... No, Jacques, no tiene por qué reprocharse nada, usted no es "responsable" de mi elección... La guerra, la incomparable *Acción Francesa* de esos años trágicos, su patriotismo me han unido a las ideas políticas de Maurras. Y también la experiencia

que he podido adquirir en Oriente en el transcurso de la guerra en contacto con una "civilización" distinta de la nuestra haya originado en mí quizás la reacción íntima, que debía, diez años más tarde, incitarme a escribir la *Défense de l'Occident*... Sí; ha sido allí donde he podedido darme cuenta de que la debilidad humana necesita ser socorrida, auxiliada, por instituciones firmes, ya que he comprendido y sentido profundamente cuán precarias son nuestras propias "virtudes", cuando estas instituciones nos faltan y cómo nuestros desmayos corren peligro de tomar una amplitud que multiplique sus efectos: ¡nosotros somos las primeras víctimas de esta "falta"! La realidad, esa realidad sufrida, vivida, había sido suficiente para asegurarme de que el empirismo de Maurras coincide de hecho con las conclusiones morales y políticas del catolicismo... No es usted quien me "ha convertido" a *Acción Francesa...*, sino la experiencia de la guerra y lo que ella ha significado para mí...

Jacques me hizo entonces esta asombrosa confesión:

—Yo tampoco pertenecía a *Acción Francesa* antes de que el P. Clérissac fuese mi director. Ignoraba todo cuanto se refería a ella. Mis investigaciones personales eran de orden metafísico y no me interesaba para nada la política. Lo que había visto en mi juventud había sido suficiente para que me desagradara, me repugnara: para mí la política era el más horrible simulacro del mundo... Yo procedía de la corriente de Léon Bloy. Con esto basta... No había incluso leído ningún libro de Maurras y no tenía la menor curiosidad por leerlo. En 1911 me aboné

al "periódico" y me hice su asiduo lector sin haber abierto jamás una de sus obras. Si leía los artículos diarios de Maurras era porque el P. Clérissac me había persuadido de la conveniencia de pertenecer a *Acción Francesa.* Yo había aceptado eso, como todo lo demás, con una entera obediencia, por docilidad, por sumisión a mi director, y estoy convencido de que esta sumisión era parte integrante de cuanto había tenido que aceptar al entrar en la Iglesia. En esto, como en todo, no discutía, igual que no había discutido cuando el P. Clérissac me había aconsejado a mí, antiguo discípulo de Bergson, que hiciera un curso "contra" el bergsonismo a la luz de la filosofía de Santo Tomás: "Hágalo, había añadido, como si usted hablase desde el trono de la Verdad..." Pero, ¿cuál era, cuál podía ser el pensamiento del P. Clérissac cuando me dijo: "Lea "Acción Francesa", cuando deseaba que me adhiriera a ella? He aquí cómo yo me lo explico: la restauración de la monarquía parecía indispensable, según el Padre, para la restauración de la Iglesia en nuestra sociedad; a sus ojos, sólo la monarquía podía restablecer la Iglesia con la plenitud de sus derechos. Comprobaba, con verdadero espanto, todo lo que la Iglesia se había visto obligada a abandonar desde la Revolución... Veía de donde procedían los ataques contra las nociones de jerarquía, de orden, que son esenciales para la vida de la Iglesia y, entonces, ponía a la Iglesia por encima de todo: de aquí que detestara la democracia como un mal.

"También admiraba, creo, el valor de los monárquicos que luchaban entonces por Juana de Arco... Pero el punto de vista del P. Clérissac

era, sobre todo, el de un teólogo. Conocía profundamente los peligros que, en esa época, el modernismo podía acarrear al enunciado dogmático de la Fe. Era tanto más importante para el que *Acción Francesa,* por fuera, combatiese los errores, denunciando sin descanso la influencia de un Bergson, el antiintelectualismo de un Blondel, de un Laberthonnière, cuanto mayor era su inquietud, por los estragos de aquellos escritores en los sacerdotes jóvenes y en los seminarios... No preocupándome entonces más que de la metafísica y la teología, estaba, sobre todo, extrañado por este último peligro. El P. Clérissac me convenció de que sólo *Acción Francesa* podía preparar, en el orden político, las condiciones necesarias para el establecimiento del orden integral..."

Yo nunca había hablado de esto con Maritain, y al redactar aquella noche nuestra conversación, lo acompañé con estas breves notas: "En suma, por "obediencia" Jacques se ha encontrado comprometido con *Acción Francesa,* y sin haberlo llegado a pensar siquiera... ¿También por "obediencia" ha roto con ella?... En el fondo, todo eso no fué culpa suya: hubiese sido mejor para él no mezclarse en ello nunca. Pero los que creen en su formación maurrasiana, los que ven en él un discípulo ingrato que reniega de su maestro, se engañan lamentablemente. Su desarrollo intelectual y filosófico se ha realizado como si Maurras no hubiese existido. Esto cambia el panorama y me aclara muchas cosas..."

Pero es preciso dudar de los que dicen—como Raïsa Maritain lo ha hecho después—que Jacques Maritain esperaba la condenación de

Acción Francesa para dirigir "una encuesta seria sobre las ideas de Charles Maurras" y "tomarse el trabajo de leer sus libros". Bastaría leer algunos párrafos de obras anteriores en que Maritain se refiere directamente a ello.

Aunque Jacques Maritain haya examinado la obra de Maurras en la atmósfera de las discusiones, creada por la crisis de 1926, y haya denunciado en ella entonces un "sistema positivista", una herejía nacionalista, errores irremediables, sofismas que tienen en su fundamento un desprecio por el Evangelio..., se reconocerá que son circunstancias impropias para "examinar" una doctrina y juzgarla con imparcialidad: ¡las *Provinciales* no han pasado jamás por un modelo de serenidad objetiva! ¿No vimos, por otra parte, a Jacques Maritain, cuando más comprometido se hallaba, cambiar tres veces de posición "doctrinal", buscando primero las posibles conciliaciones, explicando luego la intervención de Roma en función del "poder indirecto" y después en función del "poder directo", combatiendo, por último, sin tregua y bajo cualquier pretexto a las ideas y a los hombres de los que dice había "visto de cerca su maldad"?

Esos apasionamientos y sus inconsecuencias son demasiado habituales en este tipo de discusiones para que se puedan recoger con precisión sus sucesivas variantes. Los principios verdaderos son aplicados aquí muy defectuosamente; el espíritu, al anatematizarlos, se endurece; las acusaciones que fulmina están cargadas con el peso de tantas impurezas humanas que la verdad se enfría por muy celosamente ortodoxos que sean sus defensores. ¿No son acaso los odios teoló-

gicos los más terribles de todos? En dondequiera que estuviésemos tendríamos que sufrir sus consecuencias. Las explicaciones y consideraciones retrospectivas que Jacques y Raïsa Maritain han elaborado después no explican nada o lo explican mal. El filósofo que había "cerrado tanto tiempo los ojos" a los "errores" que, en adelante, denunciaría con tanta insistencia por cuanto se sentía ordenado por Roma para combatir a aquellos que consideraba "fuera de su comunión"; ese filósofo, ¿los cierra, esta vez, a los errores de sus nuevos amigos, de sus nuevos discípulos que siguen siendo tan "modernistas" como antes y que, en lo sucesivo, ni siquiera fingen no serlo? Su esperanza de provocar, en este punto, una "reordenación doctrinal", ¿no ha sido, por las mismas razones, un fracaso, una desilusión, que dará lugar a que un día veamos a Maritain acusarse de una "imperdonable ligereza", de haberles abierto un crédito, haciéndole creer que debe enfrentarse con ellos?

A pesar de que manifieste hacia toda acción masiva o de partido un cierto desprecio, Maritain no puede pasarse sin ella. Este apoyo exterior le es necesario. Un acuerdo de este tipo le es indispensable. Su ardor proselitista exige un consentimiento exterior; y si piensa, no sin razón, que sólo la acción individual es eficaz y pura en el orden intelectual, le es preciso, sin embargo, unirla a un conjunto, a un movimiento, a un grupo más amplio. Este es el verdadero fondo del drama que se ha desarrollado en él al comienzo de la espantosa crisis de 1926. Ese drama es humanamente mucho más patético y más auténtico que aquella historia "de liberación sal-

vadora", con que Jacques y Raïsa Maritain intenta justificarse a *posteriori*, por muy unida que esté a un orgulloso arrepentimiento.

"Francia sufrirá las consecuencias".

Si en 1944 Jacques Maritain "bendice la intervención liberadora de la Iglesia que en 1926 pudo denunciar los errores de *Acción Francesa* (acaso, ¿no le pareció bien la gracia que su maternal indulgencia se dignó otorgarle en 1939?), su reacción profunda, inmediata, el mismo día que apareció la carta de Pío XI al cardenal Andrieu, arzobispo de Bordeaux, fué algo muy diferente. Antes de que el asunto tuviese mayor trascendencia, Maritain había presentido los efectos previendo "una serie de trastornos, de perturbaciones en el país". "¿Quién, me dijo a continuación, ha considerado alguna vez a Maurras como un maestro en materia de fe y le ha pedido explicaciones acerca de la Encarnación y la Trinidad? Sin embargo, en lo sucesivo todos los ataques estarán permitidos. Francia pagará las consecuencias." En medio de la tristeza que se apoderó de nosotros, fuimos testigos de sus esfuerzos "por salvar todo" mediante una acción "positiva, llena a la vez de energía y generosidad, y animada por un gran aliento religioso". Aquel día de septiembre de 1926 en que Maurras y yo le visitamos en Meudon, aun recuerdo que dijo: "La Iglesia no nos exigía de ningún modo abandonar las posiciones doctrinales de derechas". Pero muy pronto Maritain, al ver que no suce-

día nada, pareció desanimarse[1] y hundirse en una especie de retiro que le hizo confesarme con verdadera angustia: "¿Qué significan los actos del Papa, sino una exhortación al abandono de toda acción masiva, todo trabajo humano de conjunto, todo esfuerzo político, dejando al mundo descomponerse, morir en la miseria y reducirse al trabajo solitario que cada uno debe hacer por sí mismo, para intentar demostrar la verdad? No puedo comprenderlo de otro modo"... De esta forma Maritain justifica lo más profundo de su ser, su propio desarrollo que se desliza hacia un misticismo que carece de esperanza en esta tierra y se dispone a abandonar lo demás. Tal es el drama, su drama; en lo sucesivo no dejaremos de ver ni un solo momento extenderse sus consecuencias catastróficas, como si las fuerzas irrecusables del alma hubiesen recibido el impacto funesto de aquél...

Maritain debía comprometerse filosóficamente como consecuencia de "un estudio de orden

---

[1] Era la semana de Navidad de 1926, después del *non possumus* que los católicos de *Acción Francesa* acababan de oponer a la famosa carta del cardenal Andrieu. Jacques Maritain me dijo entonces: "El non possumus" de *Acción Francesa* se justifica perfectamente desde el punto de vista humano. Pero eso es y será siempre negativo. Detrás de las justificaciones humanas, ¿no existen realidades más profundas que tenemos la obligación de ver? En la carta del arzobispo de Bordeaux, que parece manifiestamente injusta, ¿no existe un espíritu de justicia que acusa a *Acción Francesa* de muchas faltas y, sobre todo, de omisiones acumuladas durante años y años? Lo que se demuestra con ello es la carencia de dirigentes católicos en *Acción Francesa*. ¡Hace cuatro meses la situación podía haber sido salvada!..."

general y doctrinal acerca del poder espiritual y el estado presente del mundo". A comienzos de 1927 publicó *Primanté du Spirituel.* Todavía escucho la queja de un magnífico cristiano, discípulo suyo, antes de que fuese maestro y enseñara la filosofía de Santo Tomás en la Universidad de Strasbourg:

"Es difícil, me decía entonces Carteron, y triste escribirle acerca de Maritain, cuyo libro estoy acabando ahora; sin embargo, no puedo callar. ¡Qué facilidad para elevarse a las nubes, para separarse de los desgraciados que cavan una tierra ingrata; cuánta astucia para girar en torno a cuestiones que son en sí problemáticas, para aprovecharse de nuestro mutuo dolor y nuestra mutua vergüenza a fin de introducir, mediante una argucia, fórmulas generosas y capaces de apoderarse de la buena voluntad sin atormentar el espíritu; atreverse a renunciar a los beneficios de la obra de Maurras para, después, sustituirla por una hueca filosofía de la historia futura, más falsa, más inauténtica que lo más peligroso de Maurras; renunciar también a los medios de salvación y, para olvidarlos, denigrarlos a placer con un orgullo desmesurado, destruyendo en ellos toda esperanza humana, tratar de hallar signos en el cielo y, en este aquelarre, reservar intacto su rinconcito, al que se nos invita en calidad de comentadores...; todo eso sería mucho más tremendo que lo que yo puedo sufrir, si no creyera percibir aquí y allá auténticos acentos de desesperación!"

Este fué uno de esos pretextos para almas cansadas, carentes de una filosofía primera, sólida y fuerte, de los que tan ávidos se hallan muchos

desdichados sacerdotes; esta fué esa "mística de escape", esa "teología de evasión", ese desastroso profetizar que, bajo la apariencia de la pura doctrina, de la obediencia y de la ortodoxia, Maritain iba en adelante a patrocinar. Alrededor de nosotros, "los especialistas en definiciones del deber" se cultiplicaron desde entonces. ¿No eran precisamente los más exigentes aquellos que antes habían seguido a Maritain hasta la monarquía? Recuerdo aún al joven P. Riquet cuando sermoneaba enfáticamente, en una acera de la calle Saint-Guillaume, acerca de la urgente conveniencia de "someterme".

"No tengo necesidad, exclamaba entonces G. Bernanos, de esa turba de directores espirituales. Si se han equivocado conmigo, les niego toda autoridad. Si tenían razón ayer, ¿a qué vienen sus exhibiciones hoy? No defienden más que lo suyo." Y pensando en Jacques Maritain, Bernanos añadía: "No censuro a Maritain porque sea un filósofo, ya que eso sería un grave absurdo. Pero no se puede ser a la vez árbitro y juez." No menos maltrecho que nosotros ni menos desesperado tampoco—aunque su desesperación le violentase—, Bernanos, desde el primer momento, había presagiado, con su terrible don de visionario, el trastorno intelectual, la decadencia moral que esta filosofía catastrófica encubría. Después, a través del desorden que introducía en el espíritu, Bernanos había presentido las subversiones espantosas, hacia las cuales, gradualmente, íbamos a parar... "Amigo mío, me decía Bernanos, una nueva invasión modernista comienza, cuyos primeros corifeos estamos sufriendo. Cien años de concesiones, de equi-

vocos han permitido que la anarquía empañe profundamente el honor del clero. La causa del orden ya no puede tener confianza en muchos de estos descarriados. Creo que nuestros hijos verán en el grueso de los militantes de la Iglesia un verdadero batallón de la muerte. Seré fusilado por sacerdotes bolcheviques que llevarán *El contrato social* en el bolsillo y la cruz sobre el pecho..." Sí, estábamos saturados de hastío, y, ante este desorden de las conciencias, esta dimisión de los pensadores, experimentábamos una angustia sin límites y, temporalmente, no habíamos acabado aún de agotar sus terribles efectos...

"Una nueva invasión modernista..."

La ruptura de mi colaboración con Maritain, que había constituído para mí un apoyo muy valioso, una seguridad muy fuerte, unida al sufrimiento espiritual que, como consecuencia padecí; la inmensa decepción que su actitud debía causar muy pronto a una amistad que brotaba de raíces muy profundas y se creía por encima de toda medida, todo eso no interesa a nadie más que a mí. Así es la vida de cualquiera; sin embargo, no es esto lo que más interesa. La "misión" de Jacques Maritain—la que sólo él podía realizar— era dar a nuestra época la gran obra filosófica que hubiese puesto de manifiesto el poder de integración y renovación del pensamiento del Aquinatense. Esa inmensa labor de asimilación del tomismo, que sólo Maritain nos parecía poder realizar por su vastísima cultura, metafísica y teológica, por sus magníficas dotes in-

telectuales, por la irradiación de su alma y de su fe, ¿cómo, por qué "influencia" extraña, Maritain la ha abandonado? Desde su posición se hubiese podido comprender que Jacques Maritain se apartara de toda actividad política, que, con motivo de una crisis que le martirizaba, fortificase su pensamiento en la soledad, se concentrara en su esfuerzo doctrinal, que se convirtiera, en fin, en el "filósofo" que tenía la obligación de ser. Su obra hubiera sido el mejor testigo de todo eso; y sé, con seguridad, que él habría creído cumplir sencillamente con su deber y realizar honradamente su destino, sacrificándose, de ser preciso, para hacerla perdurar. Maritain ha dejado escapar esa obra, tan audazmente comprometida, que le señalaba un puesto muy preciso, para después abandonarse a las discusiones, como "esas hierbas que crecen y se multiplican en una tierra miserable". En el ocaso de su vida, Maritain está solo, y no en la soledad que exige la investigación de la verdad, sino en aquella otra en que le dejan los pseudodiscípulos que no le siguen, sino lo que es más penoso aún, que incluso ridiculizan la doctrina que quería restaurar. Sin duda es insultante mezclar con los problemas de la metafísica y la teología las preocupaciones impuras y, a veces, erróneas de las pasiones políticas. Pero, sin aventurar conclusiones atrevidas, es evidente que las posiciones parapolíticas tomadas por Jacques Maritain desde 1926 (y sucesivamente ha tomado varias, lo que desconcierta siempre ante un espíritu dogmático que creemos infalible como la verdad de la que se hace eco), es evidente, repito, que, al alejar de él a los que "en la derecha" le habían

considerado su maestro, sus posturas de "izquierda" no han atraído a la doctrina de Santo Tomás, a la *philosophia perennis,* ni a los progresistas cristianos, ni a los neomodernistas, a pesar de sus grandes esfuerzos para seducirlos.

Es absurdo pensar y decir que "el tomismo es maurrasiano"; sin embargo, eso es lo que afirman sus "amigos" demócrata-cristianos: de aquí que la filosofía de Maritain les sea odiosa, a pesar de las oportunas adaptaciones en que su tomismo se ha extenuado, corrompido y desviado. Más aún: en esta época de existencialismo cristiano" Maritain ya no es para los jóvenes sacerdotes, los novicios a quienes él enseñó, el "gran filósofo"; ellos acuden a otros maestros, beben en otras fuentes. No se le escucha más que por una especie de deferencia hacia su figura, por atracción hacia su esteticismo vanguardista. Todavía se recuerda su diálogo con Cocteau, pero se satiriza su "escolástica retrógrada" y sus "ideas medievales": en la hora presente se las considera sin actualidad y caducas. Aún hay más: no es sólo Jacques Maritain y el P. Garrigou-Lagrange los que están desprestigiados, sino que se desprecia también el pensamiento de Santo Tomás. La doctrina de Santo Tomás es, en el momento actual, una "arquitectura periclitada", "un corte de vestido que estuvo de moda en el siglo XIII". Si las "nociones" con que el Doctor Angélico ha expresado su teología de la Gracia podían constituir una teología auténtica en su tiempo, ¡hoy ya son falsas! La ontología, el sentido común, la lógica son igualmente sospechosos para estos nuevos clérigos que se consideran al corriente de todas las novedades. Y se

repite sin cesar que "la Iglesia no ha canonizado al aristotelismo al canonizar a Santo Tomás". Se objeta que la Iglesia no ha "canonizado el silogismo", pues que "el silogismo es la forma natural de la inteligencia humana". ¡Se niega la menor de ellas y se pretende que existan otras formas de pensamiento que son también verdaderas!

Aquí nos detenemos. De toda esta dolorosa aventura esto es lo más grave, ya que la verdad es quien sufre las consecuencias. Hoy es "inimaginable" que "nuestro espíritu pueda llegar a captar, mediante la seguridad de sus nociones, una verdad intemporal" [1].

La idea según la cual esa verdad puede ser para nuestra inteligencia "una auténtica aportación, una aportación que la enseñanza pueda transmitir a los hombres más alejados de nuestro espíritu, por el tiempo y por las diferencias de cultura", ¡esta idea parece hoy vacía de sentido para los amantes de la "novedad"! Pero, ¿no significa esto renunciar a "toda noción de enseñanza verdadera del plan de lo universal y, por consiguiente, a toda función de magisterio permanente de la Iglesia"? ¿Qué piensa de ello Jacques Maritain? No hay duda de que ello le produce desolación y le obliga a hacer pública penitencia. Esta es nuestra mayor tristeza: la situación a que debía llegar una concepción místico-catastrófica de la Historia, a la que no queda sino su escatología para oponerse al hegelismo marxista. Bernanos lo había comprendido

[1] Cf. *Un Débat théologique*, por los RR. PP. Bruckberger, Labourdette, Nicolas (Saint-Maximin, 1948).

así cuando, en los umbrales de la crisis religiosa de *Acción Francesa,* exclamaba: "¡Una nueva invasión modernista comienza!" Después, la confusión, la anarquía, lo han devastado todo. ¿Quién es el responsable? Esa responsabilidad es mucho más seria que la que Maritain se reconocía respecto a nosotros.

Bernanos era un "camelot du roi".

Desde el primer momento de este drama, que debía dejar una huella profunda en nuestras vidas, Georges Bernanos, de vacaciones en Ciboure, nos había gritado con todas sus fuerzas: "¡Hay que hacer frente, hacer frente a todo!"

Por lo que se refiere al "pasado" de *Acción Francesa,* Bernanos personalmente se sentía "libre". ¿Qué quería decir, entonces, con eso, y por qué se creía obligado a "demostrármelo"? Nada significaba que al regreso de la guerra, en 1918, Bernanos hubiese abandonado la *Acción Francesa,* que no figurase para nada en sus ficheros, que no estuviese inscrito entre sus "partidarios" ni entre sus "confederados". Bernanos era un *camelot du roi.* No podía hacer desaparecer aquel pasado entonces como no lo ha hecho después. Bernanos será siempre ese monárquico tradicional que, ante la sola palabra democracia cristiana, se angustia y al que las "larvas modernistas y liberales" le hacen dar alaridos. Como un cierto "tipo" de *camelot du roi,* tenía esa porción insignificante de anarquismo, de falta de respeto, de "no conformismo" que late en el fondo de su temperamento insumiso, tumultuoso y "penden-

ciero". Bernanos se ha creído siempre estar a la cabeza de un pequeño grupo de muchachos franceses, de jóvenes audaces, dispuestos a profundizar para "hacer grandes cosas" juntos. Este era ya el sueño de su infancia cuando siendo un chiquillo turbulento y rebelde su padre leía ante él la *Libre Parole,* y Georges escuchaba "la voz alta y grave, llena de tierna nobleza y de abandonada tranquilidad, con la que Drumont describía la bajeza, las infamias de las postrimerías del siglo XIX"... El niño Bernanos apretaba los puños y juraba que, cuando fuera mayor, "acabaría de una vez con todo eso".

Había crecido entre eclesiásticos y religiosos, en la aldea de Fressin, en Artois, donde sus padres tenían "una vieja residencia rodeada de árboles". ¡No exagera cuando afirma que su juventud estuvo rodeada de "sotanas"! ¡Cuánta importancia debía tener en su obra y en su vida el sacerdote, el misterio del sacerdote, del hombre consagrado sólo a Dios! Y, sin duda alguna, su santa madre le dió, al formar su corazón para la verdad eterna, el sentido de la vocación sacerdotal. George Bernanos debe este sentido del sacerdocio, como también sus tendencias espirituales, a su profunda formación. ¡Qué gran contraste ofrecía la madre de Bernanos, su rostro, en el que todo, incluso la dulzura y la ternura, tenían rasgos inflexibles, con su marido! ¿No reside en eso el secreto de las "dos naturalezas" que había en Bernanos, de esas naturalezas contradictorias que se manifestaban simultáneamente sin confundirse, sin llegar a fundir sus contrariedades, sin poder pactar entre ellas esa dualidad conmovedora que se percibe en el

fondo de su angustia? No he conocido al padre de Bernanos; pero Georges Bernanos me ha hablado con tanta frecuencia de él que puedo figurármelo de aspecto robusto, un poco vulgar, buen vividor, de humor risueño y audaz, muy corpulento y gozando la vida sin desperdiciar un ápice. Lo imagino "hombre de caballo y perro", amante de la caza, disparando a la becada y la liebre; amante también de las doncellas, a cuyo encanto no debía ser insensible. Pero, en la mesa familiar, ante "la hermosa sopera humeante y el vino que ríe en los vasos", el señor cura tenía siempre puesto su cubierto el domingo y los días de fiesta...

A los veinte años Bernanos se afilió al partido monárquico [1], a los *camelots du roi*. Formó parte de un pequeño grupo de militantes, eternos conspiradores que se llamaban a sí mismos "hombres de guerra", a fin de indicar su gusto por la acción, llevada hasta el último sacrificio, su horror hacia todo conformismo, incluso el de *Acción Francesa*. Su vida se repartía entre la discusión—así transcurrían horas y horas—y el alboroto. Para ellos, *Acción Francesa* eran las noches pasadas en la imprenta de la calle de Croisant, el tumulto de los días de "agitación" a través de las escaleras, los pasillos y el soportal del inmueble vecino del "Vaudeville", *Chaussée d'Antin*, donde estaban entonces instaladas las oficinas del periódico y de la Asociación; era la ruda y sana camaradería de las peleas en el Quartier Latin,

---

[1] Estas notas están tomadas de los relatos de sus amigos Maxence de Colleville, Ernest de Malibran y Georges Vaury. Cf. *Georges Bernanos*: Ensayos y testimonios recogidos por Albert Béguin.

donde, "dueños del bulevar Saint-Michel, iban con la flor en la boca, la flor de lis en la solapa y el bastón en la mano, seguidos de las mujeres y los camaradas deslumbrados". También eran las discusiones apasionadas del Círculo Proudhon, en el que, a las órdenes de Henri Lagrange, ese joven prodigio, y de acuerdo con los obreros, se decidía "perseguir a los conservadores", a los "esquiroles" de Biétry, a la *Action Libérale* del comodón de Piou, a la "Liga de Patrullistas", "honestas-gentes-previsoras", ... ya que todos, estudiantes y jóvenes trabajadores, se unían en la aversión común hacia los "débiles, los ricos y los provistos de fondos". "¡Conservadores, oportunistas, liberales—gritaba Bernanos con su extraña voz hueca—; no hago caso de vosotros, vegetarianos!... No negaré que tenéis un papel que representar en la amable comedia del Universo. ¿Cuál? ¡El de ser devorados!" ¡Y Bernanos reventaba de risa y de hastío!

Un puñado de independientes...

En el interior de ese pequeño grupo, de ese puñado de "independientes", de "desbocados", que formaban los "camelots" de Maxime Real del Sarte y de Lucien Lacour, sus jóvenes amigos Charles y Ernest de Malibran, Ives y Maxence de Colleville, Guy de Bouteiller, Georges Bernanos era no sólo el de más edad, "el consejero", sino que, además, por sus diatribas, sus ocurrencias, sus sarcasmos, "nos mantenía, dirá uno de ellos, en esa vía exenta de compromisos que nos habíamos trazado a nosotros mismos". ¡Ah! No

se podía confiar en aquellos refractarios para hacer de ellos partidarios fieles. Estos jóvenes animales, que cazaban por instinto, eran imposibles de domesticar. Tenían la cabeza y el corazón herviendo de fanatismo. Y a pesar de que ellos lo daban todo por la causa monárquica, representada sin duda alguna por *Acción Francesa,* ¿no tenían que lamentarse algunos días Bernanos y sus amigos de "los antiguos carniceros de la Villette, la tropa de los Sabran y los Mores, Drumont, e incluso a veces de los comités y el prefecto del monseñor duque de Orleáns"? ¡Para tales muchachos lo único que contaba era la fuerza! No conocían otra cosa que la "acción", la acción "por todos medios, incluso legales". Mientras tanto, luchaban junto a sus camaradas, allí donde había pelea: en Versalles, cuando fué elegido Poincaré; en París, en el bulevar del Palais; en los cursos de Thalamas, en la Sorbonne, y en la calle Cujas, contra las bandas de corbata azul que dirigía el "pequeño Franck". Después de eso, pasaban algunos días o algunos meses en prisión, en el distrito político de la Santé, mezclados con la gente de la "Guerra Social", los Almereyda, los Méric, los Merle; repartían sus provisiones con los destripaterrones y cantaban a coro alternativamente: "Viva Enrique IV" o "La Internacional!" A veces llegaban a las manos; entonces bajaban todos a la "prevención".

En esta época, en la que Bernanos ocupaba su celda, escribe uno de sus primeros artículos impreso por *Soyons libres,* órgano del "liberalismo integral".

Es natural que al salir de la cárcel los "hombres de guerra" juzgaran que el "golpe de mano"

tardaba demasiado en llegar. No dejaban, para sus adentros, de censurar, incluso a Maurras, por causa de "todos los maníacos, alcahuetes y chismosos que rodean e intentan acaparar al maestro".

Hartos de lo que llamaban la "paralización", los Colleville, los Malibran habían intentado en 1913 ponerse en relación con los defensores de la legitimidad en Portugal y entrar, con Bernanos, a formar parte de su conspiración. Varios planes habían sido concebidos, en particular un golpe de mano que partiría del "Vasco de Gama", cargado de armas, contra la flota anclada en Lisboa. ¡Esa sería su misión, que debía ponerse, además, de acuerdo con una acción en Angola! Nada resultó de esos fantásticos proyectos. Maxence de Colleville y Guy de Bouteiller salieron, por entonces, hacia el Paraguay, con la intención de fundar allí, a su modo, "una nueva Francia". En marzo de 1914, Ernest de Malibran fué a reunirse con ellos. Sólo veinticinco años más tarde debía alcanzar Bernanos ese rico país que, con sus ríos y sus rebaños, había sido el primer sueño de su juventud y constituyó su primer lugar de exilio.

La "vanguardia" de Rouen.

Mientras tanto, desde 1913, *Acción Francesa* había confiado a Bernanos la dirección de un semanario de Rouen, la "Avant-Garde", con el fin de hacer de él "el órgano del nacionalismo integral de la Alta Normandia". En cada número Bernanos escribía un editorial político. Mezclado en las rivalidades del país, en las luchas electo-

rales, muy pronto se lanza a una campaña de violencia para sorprender a los "tímidos", a la "gente bien" del mundillo conservador de Rouen y censurar a ese antiguo profesor de filosofía del liceo, Emile Chartier, que, bajo el seudónimo de "Alain", publicaba en el *Dépêche de Rouen* sus famosas *Propos d'un Normand.* Bernanos—que no le había visto nunca—se atrevió a tutear a "Alain", a insultarle y a tratarle de "estúpido sin alegría": "¡No es tu idea, "Alain", lo que yo desprecio—vociferaba Bernanos—; es a ti mismo, sofista oscuro!" Y comprendiendo que iba muy pronto a derramarse la sangre de los jóvenes franceses, Bernanos lanzaba al rostro de "Alain" su hastío: "En espera—exclamaba el joven director de la "Avant-Garde"—de quedar tendido en el camino por un sacrificio inútil, y para acabar de una vez, quiero decirte, "Alain", ¡cuánto, cuánto me repugna tu bajeza!" Este era ya el tono de la polémica de Bernanos: jamás ha cambiado.

Los "burgueses" del "Journal de Rouen" no producían menos irritación a Bernanos; y cuando su director, Lafond, se alzó en 1913 contra Maurras—al que la República perseguía en los tribunales por no sé qué motivo—, Bernanos, por primera vez, iba a decir lo que la juventud debe a Maurras, respondiendo al ataque de los "moderados" con este homenaje que es un auténtico compromiso con *Acción Francesa.*

«Es cierto que antes de escuchar las lecciones de un maestro como éste, por nuestro origen, por nuestros instintos profundos, por nuestra sangre, pertenecíamos a Francia; pero él, Maurras, ha disciplinado este amor y, duplicando nuestro im-

pulso con inteligencia y corazón, nos ha hechizado por completo. Los jueces pueden condenarle; la prensa, dirigida y comprada, sentenciarle; pero hoy, ahora, Maurras está ya ligado a la Francia eterna y comparte su destino. Lógicamente llegará un día en que todos los que quieran servir a la patria encuentren en este pensamiento su armonía, puesto que él se halla en lo más profundo de las necesidades de la salvación pública. Por eso, ante el juez consternado, Maurras reclama la ayuda de su familia espiritual. Y la juventud le responde: "¡Muchos brazos se hallan en alto para defender al cerebro del país! ¡No pondréis vuestras manos sobre él! Antes de que esta luz se extinga, antes de que esta voz se calle, correrá toda nuestra sangre. ¡Pruebe a oponernos sus leyes y sus huestes! ¡Somos los servidores del primer servidor del Rey!".»

Algunos meses después, estallaba la guerra. Bernanos fué movilizado en seguida (lo sería poco después, en noviembre). En agosto de 1914 pasaba sus vacaciones con sus padres en el mar, en Saint-Valéry-sur-Somme, donde la declaración de la guerra le había sorprendido. Todas las mañanas, Georges Bernanos leía las noticias del frente, que se fijaban en la puerta del Ayuntamiento. El 21 de agosto, mezclado entre bañistas y aldeanos, leyó con estupor el famoso comunicado: "Desde la Somme a los Vosges..." que dejó aterrada a la gente: "¡Qué catástrofe..., qué catástrofe!"—se puso a gritar Bernanos, pataleando de cólera y vergüenza—. Creíamos que este joven y vigoroso adolescente (se le miraba entonces con desprecio: ¿por qué no estaba en la guerra?), creíamos, repito, que Bernanos quería hablar de

Francia. No se refería a Francia, se refería a la República. ¡Por poco le apedrean! ¡He aquí ya al auténtico Bernanos!

Para "ganarse el pan"...

Al final de la guerra, en 1917, Bernanos se había casado y Léon Daudet había sido su testigo. Por una extraña paradoja este apologista del peligro debía en 1919 entrar como inspector de seguros en la "Nationale", que le envió a Bar-le-Duc a visitar la clientela de Lorraine y Champagne. Bernanos iba, en lo sucesivo, a emplear las dos terceras partes de su tiempo en "ganar el pan suyo" y el de su familia. En las tardes de melancolía escribía lo que tenía en la cabeza en cualquier hotel anónimo, "entre dos peñas de jugadores, bajo la mirada acechante de la cajera", y sobre los papeles encabezados por menús de estación que le eran tan familiares:

"He conversado hoy con diecisiete infelices (sin contar las mujeres, generalmente presentes) bienhechores del seguro, en compañía de uno de mis agentes, antiguo notario (¡Johannet [1], que cree en estos rumiantes, hubiera debido estar en mi lugar!)", me escribía, ya dadas las doce de la noche, sobre el mostrador de una taberna de Nancy. Y aunque a Bernanos no le gustaba quejarse de las ruindades del destino, añadía: "No me divierto. Me aguanto. Pero, ¡cuán extrañamente organizado estoy, amigo mío! ¡Le aseguro

---

[1] René Johannet acababa de publicar su *Eloge du Bourgeois français* en los "Cahiers Verts".

(usted sabe que yo no hablo por hablar) que descubro una especie de alegría salvaje y feroz en estos vaivenes de la disdicha! No estoy hecho para la alegría!... ¡Nunca la farsa de la vida me ha parecido tan odiosa...! ¡Ah! ¡Vivimos y morimos en las tinieblas, amigo..."

Vagando sin descanso entre la luz y los olores de las estaciones, viajero extenuado, agotado por las noches pasadas en las salas de espera, atravesando las capitales y las provincias para desempeñar su oficio de empleado de seguros, Bernanos había prácticamente roto con París... No sólo vivía apartado del "mundo literario" (con justicia, el más desacreditado), sino que apenas tenía contacto en esa época con *Acción Francesa,* cuya "política parlamentaria" satirizaba. Venía a sumarse al hastío de Bernanos por el Parlamento y sus "caballeros siniestros" el que la Cámara fuese entonces un "horizonte soñado". No se le volvió a ver por "Acción Francesa" hasta 1925, cuando apareció el resonante artículo sobre Daudet en el *Soleil*: "¡Es verdaderamente hermoso!", había exclamado Léon, y Daudet había sido el primero en decir que "una gran fuerza intelectual y creadora acababa de aparecer en el firmamento de las letras francesas". Cuando Bernanos subía por la calle de Rome, hacia la redacción del periódico, era con el fin de ver a Daudet o a Maurras, ya que no conocía a casi nadie del periódico. La mayoría de sus compañeros, que como él eran de *Acción Francesa* antes de 1914, habían muerto en la guerra: Yves de Colleville, Charles de Malibran y muchos otros. Los supervivientes, como su entrañable Bouteiller, se habían entregado a la vida fácil, arrastrados por

esta maldita existencia, sin resignarse a morir como "un antiguo combatiente" que no había tenido la suerte de caer en el Marne o en Verdun.

La gran pesadilla.

Tales habían sido, durante quince años, las relaciones de Bernanos con *Acción Francesa*... Respecto a ese "pasado, me dijo, soy libre", cuando comenzó en septiembre de 1926 la gran pesadilla. Bernanos pretendía que, en cierto sentido, *Acción Francesa* se lo había merecido. ¿Qué quería dar a entender con eso? Bernanos no dirigía su despecho contra Maurras, sino contra lo que las doctrinas de Maurras habían podido, según él, llegar a ser en las cabezas de algunos imbéciles y en los artículos que salían de sus plumas. Contra esta "decadencia" se volvía la cólera de este monárquico tradicional, contra esas "larvas", esos "fósiles"; contra ellos se volvía Bernanos. Les consideraba como cosas, como objetos, ya que las "ideas" no le interesaban sino como un producto de seres humanos; para él las ideas tenían un "rostro". El creador de imágenes, el novelista, le subyugaba, y su fantasía, su gran fantasía, llevaba a los personajes hasta una especie de "tipificación" simbólica, feroz y caricaturesca. ¿Qué le importaban a Bernanos las víctimas? A través de ellas, trataba de alcanzar el "mundo invisible", la iniquidad o la imbecilidad que oprimía su corazón y el corazón de sus semejantes. Cuando Bernanos pensaba en algunos de los que *Acción Francesa* llama indistintamente

nuestros amigos, se imaginaba en seguida a ese "imbécil de Z" o ese otro "impertinente de Y"; veía con sus propios ojos a tal "honorable infeliz" o tal otra de "sus señoriales esposas" que, por casualidad, habían encontrado en sus viajes de empleado de seguros, y que habían tenido la desgracia de atacarle los nervios. ¡Eso bastaba, y no había manera de hacerle soltar su presa! Así es como, generalizando sus impresiones, acusaban en bloque a *Acción Francesa* de "haberse dejado comprometer por la hueca sabiduría, representada en el teatro de los salones públicos por los libertinos, quienes a diario multiplicaban sus lamentables torpezas y afirmaciones".

"Como los rufianes vestidos de púrpura que la Santa Sede mantiene aquí con gastos inauditos, so pretexto de información, arrastrando sus zapatos de hebillas de plata por estos bajos lugares, reciben sus consignas en las antesalas y se atraen a la servidumbre, me decía un día, el más insignificante juego de palabras hecho por uno de estos tipos tiene una importancia considerable."

Y como hijo de Léon Bloy (pero de ese Bloy que se proponía el vituperio como fin último y al que Maritain "perdonaba"), Bernanos exclama: "Es grotesco oír a una muchacha de *Acción Francesa* considerada como "el tipo acabado de creyente", hablar de sus maestros preferidos (¡ !): Stendhal y Anatole France". "Esto se llega a pagar caro un día u otro", añadía Bernanos como juez implacable".

Pero todo eso era, según el parecer de Bernanos—y así lo confesaba—, la parte débil y caduca de *Acción Francesa*. En la batalla que entonces empezó a librarse quería ver tomar a los

católicos la posición que les convenía, la más importante, a condición de servir ante todo "en primera línea". Esta "ocasión verdaderamente única", ¡no era posible dejarla escapar! "Las explicaciones y los distingos vendrán después", me decía.

"No podemos elegir, no tenemos tiempo. Lo que se nos ha pedido en este momento es comprometernos definitivamente. La causa nacional exige la garantía de nuestras conciencias y nuestro honor." Y Bernanos añadía, dirigiéndose a nosotros: "Ya sabe usted que la obra emprendida por usted y por Maritain me ha parecido siempre indispensable: pero hoy se hace imposible, incluso inconcebible, una vez ¡aplastado Maurras!"

Maurras y Bernanos.

He aquí, ante todo, lo que es preciso saber. Es imposible que ocultemos, que silenciemos hipócritamente la actitud de Bernanos. Desde luego, no ha llegado aún el momento de decir todo; pero determinadas "explicaciones" me parecen, de ahora en adelante, necesarias; diré más: indispensables; si no, no es posible comprender la aventura humana de Georges Bernanos, y los prejuicios que hoy se afrontan en favor o en contra de él corren el peligro de hacerla más ininteligible aún.

El silencio—que querríamos creer "augusto"—observado "prudentemente" por ciertos críticos católicos de "derechas" respecto a todo lo que se refiere de cerca o lejos a las relaciones entre

Bernanos y Maurras me parece una injuria para uno y otro. Y, por tanto, no podríamos romperlo con el equívoco. Comprender a Bernanos no es sólo, claro está, situarlo en relación a Maurras, sino, indiscutiblemente, revelar la inmensa importancia que Maurras ha tenido para él. Lagor tiene razón recordando que Bernanos es quien ha sentido las más violentas crisis de admiración y las más violentas crisis de desprecio contra Maurras, contra su persona, su obra y su influencia. Bernanos ha girado siempre en torno al mismo punto y a él ha vuelto siempre. Ningún francés vivo, excepto Claudel (y yo mismo, dentro de mis posibilidades) le ha preocupado tanto: todos los libros de Bernanos, con excepción de sus novelas, recogen esa preocupación apasionada hasta la obsesión. ¿No disminuiría en más de la mitad su obra polémica si se suprimiera todo lo que, directa o indirectamente, se refiere a Maurras, todo lo que no tiene significado alguno sino como referencia a esa preocupación por Maurras, al que elogia o desprecia? Nunca ha tenido Bernanos admiración u odio tan violentos, tan tenaces, y eso hasta el final de su vida.

Sus preferencias reaparecen...

Todavía hoy ocurre que los nuevos "partidarios de Bernanos" ignoran—puesto que aún no habían nacido—casi todo lo que se refiere a las personas y las cosas por las que él ha vivido su intensa vida. ¿No han penetrado demasiado tarde en esta existencia tumultuosa para poder ahora conocer algo distinto de su cólera y compren-

der que su odio significa "el retorno de sus preferencias"? El propio Bernanos no comprendía estas extrañas "intenciones" que al final de su vida le descubrían eminentes colegas hallados en los "caminos de la fama", y temía que no le reconocieran ya "muchos tipos magníficos que, fiados en el testimonio de estos señores, le juzgaban muy distinto de ellos, pobres diablos, cuando en realidad se les parecía como un hermano". "Cualquiera de los que me conocen de verdad, les decía, cualquiera de los que se han sentado a mi mesa, viajado en mi moto roja y gris, servido de árbitro de mis hijos en el transcurso de fantásticas escenas o reparado nuestros cristales, afirmará con toda seguridad que esos prestigiosos análisis, que esos magníficos análisis de mis "intenciones", no revelan absolutamente nada de mí mismo... No tengo "intenciones", jamás he tenido "intenciones", he carecido de ese placer... En cuanto a mi prestigio, está a vuestra disposición, si todavía queda algo de él." ¿Qué se puede decir ahora de las "ideas de Bernanos", de esas "ideas" bajo las que se encubre a Bernanos?

Sin duda alguna, sus últimos comentaristas y sus recientes críticas hacen imprecisas, insondables alusiones al hecho de que antes de escribir *Grands cimetières sous la lune*—obra en la que, según ellos, aparece el "auténtico Bernanos"—su autor hubiera podido ser "maurrasiano". Acaso, ¿ven en eso otra cosa que un error de su juventud aventurera, un error "felizmente reparado"? Ignoran todo, o parecen ignorarlo, del gran drama que trastornó su vida: la cuestión religiosa de 1926. ¡Qué les importa a ellos esos "remolinos en torno a la condena de Maurras por el Vatica-

no"! Lo único que interesa a estas almas caritativas es la ruptura pública con Maurras, el "¡adiós, Maurras, acógete a la piedad de Dios!", de Bernanos atraído por el astuto François Coty. Tal desconocimiento—o un tal escamoteo—de lo que ha martirizado tan profundamente a Bernanos y ha desorientado y desorbitado sus "ideas", ¿no falsea el sentido real de eso mismo que se pretende admirar? El clamor de *Enfants humiliés*, o de *Nous autres françaises* no deja más que una imagen estruendosa y absurda de su héroe así mutilado, de este "viejo lobo con los ojos llenos de sangre que mordía en las corvas de los corderos cebados y las ovejas imbéciles". Desde luego—ya que estamos, creedlo, por encima de todo resentimiento y rencor—, Bernanos merece algo más que esta biografía irrisoria y grotesca que se le ha fabricado y nos le muestra errando por los cuatro puntos cardinales de Francia para abandonarla después con piedad, emigrando a las Baleares, donde al principio se une a los "Nacionales", después a los "Rojos", huyendo pronto al fondo de las pampas de América del Sur, dialogando con los ingleses durante la guerra, regresando a Francia después de la Liberación, saliendo de nuevo de ella para exilarse en Túnez, del que un avión le trae a París cuando se encuentra ya a las puertas de la muerte, etc.

"Una conspiración contra nuestras almas."

¿Quién podrá comprender el secreto de esta carrera desesperada de veinte años, llena de crisis y pasiones, ignorando las palabras llenas de

profunda melancolía que nos dirigió en 1927, cuando "todo se había decidido" para Georges Bernanos, en el momento de la "condenación" de *Acción Francesa*? "Cada vez más me parece que existe una verdadera conspiración contra nuestras almas... ¿Dónde vamos? ¿Qué pretenden de nosotros?"

Bernanos desesperaba de poder alguna vez "acabar con el ridículo y la ignominia" de aquella atroz aventura. "Usted tiene razón, me escribía el mismo día que me anunciaba "la dichosa muerte" de su padre, usted tiene razón: nos acometen "por todas partes". Y citaba esta frase del P. Clérissac: "Es necesario haber sufrido no sólo para la Iglesia, sino por la Iglesia". Y el 28 de marzo de 1927, ante las medidas disciplinarias que Roma acababa de tomar con *Acción Francesa,* Bernanos se sintió herido en lo más profundo de su alma: "Usted debe estar triste hoy, como lo estoy yo, me escribió aquel día. Es el momento, y no hay otro para recordar que nuestro Padre está en el Cielo. ¿Qué más trágico nos puede suceder? ¿Qué esfuerzo mayor se hizo alguna vez para separar, para extirpar las almas? Me muero de vergüenza y asco. Temo a esa gente de la Iglesia cuando se irrita. Cierro los ojos para no verla. No quiero ser más que un miserable pecador, en los pliegues del manto de Nuestra Señora. ¿Quién vendrá a buscarnos allí?"

Hasta entonces Bernanos había avanzado solo, por sí mismo, sin recurrir a nada ni a nadie: "¿Tengo algo mejor que una efímera celebridad para depositar hoy en la balanza?", me escribía después del 14 de septiembre de 1926. "Pero yo

daría todo lo que tengo, absolutamente todo."

Cansado en cuerpo y alma, Bernanos no podía pensar en otra cosa. "Escríbame, por caridad. Téngame al corriente", me repetía en todas las cartas. "Respóndame en seguida, sin falta." Yo no cesaba de repetir: "Estoy mucho más profundamente herido de lo que usted se imagina por esa farsa frailuna, esa especie de farsa en que, sin embargo, está Dios, aunque nosotros no podamos reconocerle claramente; entre esa banda abyecta que sonríe maliciosamente y nos escupe a los ojos. ¡Si uno de nuestros golpes se desviase hacia la Faz ensangrentada!" Bernanos no esperaba nada bueno "de un silencio que, decía, no es sino prudente y político, y no le calificaríamos de respetuoso más que por un repugnante juego de palabras". "Si Pío XI se contenta con él, añadía, entonces no es demasiado exigente. Por lo que concierne a mí, no estoy dispuesto en absoluto a conformarme y desahogar mis descontentos con los amigos... ¿Qué quiere usted que piense el Papa de nuestras grandes reverencias entre bastidores? Lo cierto es que una vez más los católicos de derechas le producirán la impresión de haber perdido su voluntad, su libertad e incluso su sensibilidad sana. Nos asestan un garrotazo de improviso, y esperamos para quejarnos, y gritar, una orden escrita de nuestro director político. ¡Esto puede parecer a Roma una injuria, mayor que cualquier otra!..." Por lo que se refiere a Maurras, pensaba Bernanos que el deseo de no romper con un gobierno amigo y aliado, sin ceder en nada, se justificaba fácilmente. "Pero nosotros los católicos, exclamaba, ¿por qué permitimos reducir un asunto de esas

proporciones a una simple disputa entre Roma y una asociación sospechosa? Por el contrario, se trata de algo bien distinto. No como monárquicos, sino como católicos, estamos absolutamente resueltos a romper toda nueva tentativa de acercamiento. Una vez *Acción Francesa* por tierra, es fácil prever que las demás organizaciones de defensa y combate serán muy pronto, a su vez, destruídas. Ni Doncœ, ni el P. Castelnau viven en la atmósfera de Bierville[1].

"Tenemos la obligación de dar a conocer al Papa la existencia en Francia de una opinión católica irreductible, cuya elección está ya hecha. La moral de nuestros soldados es admirable. La injusticia ha desagradado a todo el mundo, a excepción de Cornilleau y sus semejantes. Entonces, ¿a qué esperamos?"

"¿Y Maritain...?"

—"¿Y Jacques?", preguntaba también Bernanos."¿Qué piensa Maritain? Dígale y repítale que le escucho y le estimo."

En los comienzos de nuestra amistad, Bernanos no nos diferenciaba a Jacques y a mí. Desde el principio, yo le había visto preocupado por "poner en claro los sentimientos extrañamente contradictorios que, según me confesaba, le acercaban o le distanciaban de Maritain. "Me es imposible, añadía, permanecer ante Maritain sólo con una indiferencia simpática. ¿Qué significa

---

[1] Donde se habían reunido los demócratas y pacifistas cristianos al llamamiento de Marc Sangnier.

este presentimiento? ¿De dónde procede? Ya no tengo demasiada buena opinión de la confusa desconfianza que me apartaba de él." Ante tales circunstancias Maritain debe tomar "una decisión". Bernanos había tomado ya la suya: había ido personalmente a visitar a Maritain. Pero la desconfianza de Jacques hacia Bernanos no era menos; la publicación de el *Soleil de Satan* en nuestra colección de la *Roseau d'Or*[1] les había acercado, sin embargo. Y cuando Maritain le había propuesto algunas correcciones, Bernanos las había hecho "por respeto y amor hacia él". "No obstante, creo sus escrúpulos exagerados, me escribía entonces Bernanos. Sin duda alguna, Dios es en mi libro un maestro demasiado exigente. ¿Y qué? ¿Qué decir entonces del que se halla en el fondo de cualquier sentimiento y que casi siempre está ausente de nuestras alegrías? Y, además, ¿cómo quiere usted que yo evite escandalizar a determinadas almas femeninas? Es algo que me pertenece por su naturaleza. La sangre de la Cruz les causa miedo. Quizá porque una sola gota basta para redimirles. Tengo necesidad de entregarme a esta acción, yo solo... ¡Aún no ha llegado el momento de cuidar ridículamen-

[1] Apenas la novela de Bernanos acababa de aparecer, cuando Maritain ya estada inquieto. Se le había dicho que "Bernanos corría peligro en Roma". Me había encargado escribir sobre ello al Padre Garrigou-Lagrange—ya que él no tenía tiempo—y darle la opinión al Padre Gillet, que le había dicho la víspera "cuánto sentiría una censura y cuánto estimaba el libro". "En este asunto—me decía Maritain—tengo el presentimiento de que hay que desconfiar del clan liberal, que tratará de vengarse de nosotros con Bernanos. ¡No hay que dormirse!"

te de mi salud!...” No obstante, Bernanos se había sentido “honrado” por la “afectuosa confianza” de Maritain; él había respondido de la mejor forma... ¡Cuántos contratiempos iba a conocer esta difícil “amistad”! Fueron necesarias la guerra de España, Munich; después, la derrota de Francia, la campaña brasileña de Bernanos en favor de la resistencia de De Gaulle, para que Jacques y Raïsa Maritain olvidasen las “calumnias” de Bernanos, ese admirador del “abominable Drumont”. En el momento al que ahora nos referimos, durante los primeros días del asunto de Roma, Bernanos “comprendía” a Maritain cuando, en su escrito de octubre de 1926: *Charles Maurras et le devoir des catholiques* nuestro amigo confesaba que “una obediencia negativa” sería indigna de nosotros.

“Desde luego, decía Bernanos, una obediencia como ésta deja en el corazón demasiada amargura, causa un mal excesivo para que realmente la bendigamos.” Pero George Bernanos —que no era un “filósofo”—descubría “demasiadas trampas” en el equívoco defendido por los círculos de estudios donde “la teología controlaba a diario la acción política de Maurras”. “¡Bonito pretexto para estrangularnos!”, exclamaba Bernanos. Como católico, Bernanos sabía de qué “forma” tan cruel estaba trabajada la conciencia del público de *Acción Francesa*. También veía que “la línea de demarcación entre la sumisión y el retiro, entre la solución heroica y la solución fácil, era diabólicamente incierta. ¡Ah, nosotros no somos frailes!”

No creía Bernanos que respondiese a nada, ni siquiera a lo que se había exigido de nosotros,

el explicar todo, como lo hacía Maritain, por una "intervención de la Providencia". "Pero, nos decía entonces, si la justicia del arzobispo de Bordeaux pertenece al plan de la Providencia [1], nuestra actividad en favor de un gran espíritu humillado, ¿no está también dentro de los designios de Dios?" Y me decía confidencialmente: "¡Tengo derecho a presentar esta objeción, yo, que he sentido por Maurras, como usted sabe, una admiración sin delicadezas!" Bernanos no imaginaba otra forma de actuar que mostrarse partidario de Maurras, combatir por Maurras, darse sin reservas de ningún género, hacer frente a todo. Estaba más abrumado, más saturado de hastío que cualquiera otro ("Si yo valgo algo, es en estos momentos", decía sonriendo); sin embargo, se sentía también capaz de "soportar cualquier adversidad".

"Eso de que carecía, nosotros lo teníamos..."

Le comprendimos claramente cuando, en noviembre de 1926, junto al lecho de su padre agonizante, interrumpió sus rezos para redactar esta

[1] Entre otras falsas imputaciones, el arzobispo de Bordeaux escribía a propósito de las "pretendidas leyes físicas en las que la sociedad se funda exclusivamente": "Eso obliga a decir al jefe de *Acción Francesa*: Se prohibe entrar a Dios en nuestros observatorios"—frase que sería inútil buscar en la obra entera de Maurras y que no se encuentra ni en su contenido ni en su escritura. Diez años más tarde, los demócratas cristianos de "Temps présent" reconocían que la carta del cardenal Andrieu contenía "grandes errores que a veces tienen el aspecto de verdaderos abusos de confianza intelectual".

carta dirigida a la "Revue fédéraliste", en la que Bernanos se declaba abiertamente en favor de Maurras:

"Soy el único, el único que se atreve a decirlo públicamente: me vuelvo hacia el hombre cuya alma indómita espera siempre, porque no conoce el desprecio. No tengo ningún puesto en *Acción Francesa* para poder hablar de ella, ya que desde hace muchos años no figuro para nada en sus archivos. La pasión política está aquí superada, el odio silenciado y la admiración callada. ¡Que aquellos que son demasiado ruines para contemplar un alma al desnudo bajen la mirada! Le pido perdón, Maurras, en nombre de los católicos que usted ha asociado, por lo menos de corazón, a su inmensa obra. Todo lo que el espíritu puede dar por sí solo, usted lo ha prodigado sin medida. Nadie conoce mejor que nosotros la potencia y las posibilidades de su esfuerzo, cuando una admirable generosidad intelectual nos conducía hasta las mismas fronteras de la fe. Pero el espíritu ha recibido su parte de la maldición bíblica, lanzado contra nuestra naturaleza; también él debe ser redimido. Aquello de lo que carecía, nosotros lo teníamos. Nosotros éramos la levadura que trabaja la masa por dentro y hace eficaz la labor del obrero. Usted nos daba la inteligencia y el espíritu, nosotros le ofrecíamos la indispensable, la divina Caridad. ¡Ay, es posible que una vez más no hayamos actuado ni rezado ni amado bastante! La bendición que pedíamos para usted y para la obra de todos la hemos implorado inútilmente, como un corazón demasiado cobarde. No podemos acudir a su llamada en el momento decisivo,

Somos, para su alma devorada por la inquietud en su trágica soledad, un escándalo intolerable. Responsables de usted ante Dios, le pedimos perdón, Maurras".

Demasiados católicos comprendían ese escándalo. La noble protesta de Bernanos produjo entre ellos la confusión que producen inevitablemente en las almas débiles las exigencias del amor. Apenas la había hecho escuchar Bernanos, cuando los católicos se lanzaron a una campaña de descrédito, a fin de apartar y separar su "causa" de la del intrépido que no había pedido consejo a nadie para llegar hasta donde la justicia y el honor le exigieron. "Recibo una carta del pobre Y..., al que una pública amonestación (dice) de Maritain y del abate Lallement le ha hundido", me escribía entonces Bernanos. "Repitiendo sin duda los deseos de esos señores, me recuerda generosamente que "la franqueza y la sinceridad son a veces tan audaces que, después, nos obligan a lamentarnos". "Es imposible hablar con más claridad e hipocresía. Desde hace tiempo la *Exegese des lieux communs* me había informado a ese respecto. ¿Quiere usted rogarle que me dejen personalmente en paz de una vez?" Bernanos tenía muchos otros "escrúpulos" además de esos: "Pienso, añadía, pienso con desesperación en los valientes y sencillos corazones que van a creer, por la lectura de mis cartas, que me atribuyo alguna autoridad sobre la conciencia de los demás. Pero yo me burlo de los pretenciosos o de los estúpidos que dicen por ahí que he obedecido "al impulso de mi alma generosa" o algo parecido..."

Bernanos había intentado "crear un escándalo

lo mismo que en ciertas enfermedades un médico favorece la fiebre". "Fuera como fuera, Bernanos hubiese querido "arrancar a los católicos de un silencio intolerable." "Desde que el Papa ha hablado, me decía entonces, Maurras debía pasar a un segundo plano o, con más exactitud (yo me expreso mal), no se debía prestar oídos más que a nosotros. Nuestros gritos de indignación o de dolor hubiesen llevado sin duda a aclaraciones, a precisiones indispensables. Como siempre sucede, la mayor parte hubiera seguido a aquellos que se afirman públicamente de un modo escandaloso. La multitud de católicos de *Acción Francesa* hubiera así tomado conciencia de sí misma, como fuerza independiente, y el proyecto demasiado teórico de Maritain hubiese llegado a ser una realidad. Este podía ser el punto de partida para una renovación espiritual en la que *Acción Francesa* tiene mucha necesidad, ya que carecen de un modo lamentable de vida interior. Venimos a parar de lleno en "la Política, por encima de todo", interpretada al pie de la letra. Nuestra dependencia asombra a todos. ¡Los que no la ven, tienen, como diría el soldado, una salud de hierro!"

Su hora ha llegado...

Tal había sido su "sueño" y, quizás, secretamente, Bernanos pensase que me pertenecía a mí "realizarlo". Si acusaba a *Acción Francesa* de "incomprensión para las cosas del alma, para las realidades propiamente cristianas", en cambio se abstenía de acusar a Maurras, "el empíri-

co". Los que le irritaban eran "esos católicos de *Acción Francesa* (que, además, no habían sido nunca los más destacados) que imitaban a Maurras, en vez de unir al empirismo maurrasiano todo cuanto su fe les hacía conocer". Y aunque le asombrara mucho verse colocado entre "esos consagrados escritores neotomistas"—él, que nunca había abierto la *Summa* y no conocía más que el catecismo—, ¿cómo iba a reaccionar ante aquel propagandista de *Acción Francesa* que decía un día que "el tomismo es una filosofía demasiado sinuosa y alejada de las posibilidades de la mayoría para que pueda dirigir las conciencias hacia Maurras"? ¡Se trataba de todo lo contrario! J.-L. Lagor lo dice exactamente: "Se trataba de todo lo contrario: de poder llegar a todo lo que tiene algún valor por medio de Maurras, gracias a Maurras. No es Santo Tomás quien lleva a Maurras, salvo alguna rara excepción: es a Maurras a quien toca llevarnos a Santo Tomás y a la Iglesia, y sólo la Iglesia conduce a Cristo. Sería trágico y, sobre todo, absurdo invertir los fines". Así era como Bernanos había comprendido lo que debía ser, en ese orden, nuestra aportación, la de Jacques Maritain y la mía. En esta ocasión, Bernanos no acusaba a Maritain de ser un filósofo: "Pero no se puede ser a la vez, decía, árbitro y jefe".

Bernanos hubiera deseado que Massis hubiera sido este "jefe" alguna vez. Como a Maritain en otra ocasión, pero refiriéndose ahora a la acción, Bernanos me decía: "Deme un puesto, aunque sea insignificante, en todo cuanto desea realizar. Yo le seguiré. Creo con toda mi alma que su hora ha llegado. Le estimo profundamente

en el seno de Dios como el hermano que yo he elegido". ¿Qué confianza había depositado en mí y cuáles habían sido, en los comienzos de nuestra amistad, sus ilusiones respecto a mí? Habría demasiada inmodestia, por mi parte, si describiese los términos en que se expresaba su corazón; sin embargo, estas frases inmoderadas descubren lo que Bernanos había pensado de este encuentro, y su extravagancia explica el furor de las invectivas a que le arrastró después su decepción: "Deseaba su amistad, la deseaba desde hace mucho tiempo", me decía en la primera carta que recibí de él. "Eso aumenta mi alegría, ya que no sólo la he solicitado, sino que la he obtenido, o si usted prefiere, la he conquistado... Así es como una cierta vanidad mide nuestros consuelos..." Y como Bernanos mezclaba en todo su humor, se desquitaba sonriendo: "¡Estaba sensiblemente avergonzado, el otro día, delante de usted por culpa de mi aspecto floreciente y este vientre que tanto me aflige, ahora que hay ya en el mundo una tal superabundancia de tripas! Tenía el aspecto de un infeliz del Estado Mayor extraviado en primera línea. Porque—Bernanos proseguía—usted está en primera línea, amigo mío, y a pesar de todo sigue habiendo en sus alambradas montones de tripas. ¡Desgraciadamente todavía quedan algunos de esos salvajes afectuosos a los que desearíamos estampar la sonrisa en los dientes...!"

Bernanos se sentía fraternalmente asociado a ese esfuerzo de mi vida, de mi obra. No se atrevía a decirme cara a cara: "Su vida me parece cien veces más valiosa que la mía. Quiera o no, por fuerza, todo lo que yo soy está hablando en

favor suyo..." Y aún me repetía: "Vuestro pensamiento es para mí un apoyo inapreciable, una seguridad completa". Bernanos se mostraba sorprendido, irritado, hasta desconcertado y desolado por el tono, por el acento de la posición que yo adoptaba para no dejarme seducir. ¡Bernanos veía en esto una gran afectación, una "insignificancia de jansenismo"! Sin embargo, él adoptaba un aire de seriedad cuando depositaba en mi agotada existencia el consuelo que su alma irradiaba, e insistía en asegurarme a pesar de sus reservas: "Usted no ha tratado de seducir las inteligencias—y tampoco de embellecerlas—, sino de liberarlas, devolverlas su libertad. El rescate de su libertad es su esclavitud... Lo que da hoy, por muy insignificante que le parezca, no tiene precio". No se trata, en efecto, ni para mí ni para él, de "talento" o de "literatura". "Su destino es otro muy diferente", afirmaba Bernanos. El me lo había asignado, del mismo modo que después me asignara otro distinto.

Yo había llegado a ser un personaje de su propio drama interior. El no iba a sufrir esa espantosa transmutación, sin que corriera peligro el propio Bernanos e, incluso, todo lo que de un modo personal se refería a él. En el momento a que hacemos alusión, los epítetos que empleaba Bernanos conmigo hubiesen podido despertar mi vanidad si mi "modestia" (o "un diabólico orgullo" decía) no me hubiese hecho cerrar los ojos, cuando la fuerza y la profundidad del sentimiento que le unían a mí se expresaban mediante estas hipérboles: "¿Qué decirle, me escribía entonces, que no conozca aún o debiera conocer?" Mis diecisiete años se habían entregado a

Maurras, quiero decir a un orden que creía total. Pero he comprendido en seguida que es imposible confundir la adhesión de la inteligencia con la fe, y yo no soy más que un hombre de fe. Usted me ha permitido completarme sin negarme, sin negar nada, y poner el broche de oro. En ese sentido, ustedes, verdaderamente...”; pero lo que sigue no podría transcribirse sin impudor, a pesar de que Bernanos añadiese: “Es molesto que usted no tenga veinte años más; en ese caso me atrevería a decírselo cara a cara”.

A pesar de todo, existía, detrás de estas afectuosas exageraciones, el deseo de emprender, mediante una profunda comunión espiritual, una obra que, tanto a él como a mí, nos parecía necesaria. Uno y otro éramos partidarios de Maurras, pero como católicos, no creíamos en la necesidad de imitar a Maurras en todo y buscar en él precisamente aquello de que carecía, como había dicho Maritain al comienzo de la cuestión religiosa: “¿Quién de nosotros había tomado a Maurras como maestro en materia de fe?” En él, también había, ya lo he dicho en otra ocasión, cosas que no podríamos apreciar ni nos interesaban tampoco. Incluso nos inquietaban ciertas preferencias suyas. ¡Nos desagradaba que Maurras hubiese conocido tanto a Anatole France! Veíamos a France como un escritor secundario, sutil, erudito, que no merecía ser propuesto a la admiración de todo el mundo. Bernanos temía que “tomando como pretexto una reacción contra una nueva anarquía romántica, el siglo XVIII intentara aparecer tras de ese anciano extenuado”, lo que le parecería un remedio mucho peor que la enfermedad...

Los monstruos sin valor.

Cuando Pierre Lasserre y Jacques Boulenger examinaron cuidadosamente mi "juicio" sobre Renan, Bernanos comenzó a redactar cierto ataque, cuya virulencia asustó demasiado a Maurice Martín du Gard para que la mandase publicar en las "Nouvelles Literaires", y que Frédéric Lefèvre, que era un hombre pacífico, había ya rechazado con anterioridad. ¡Ah, Bernanos sabía atacar a tiempo y con energía!... Acabo de encontrar el manuscrito de ese texto en el fondo de un cajón de mi mesa; se me permitirá transcribir aquí algunos párrafos que no son ajenos a estas memorias:

"El infeliz France y el infeliz Renan han muerto: usted ya no me verá incomodado por culpa de ellos (confesaba Bernanos). ¿Significa esto (continuaba) que haya algún corazón verdaderamente humano que no desee para ellos el silencio y la dignidad de esa posición horizontal, primera actitud sincera de estas dos trágicas coquetas? ¡Sé que a Dios no le agrada que yo haya permanecido indiferente al patetismo macabro de la danza que ellos han bailado! Ya eran cadáveres cuando les vimos trenzar sus piernas agotadas, trocando piruetas y burlarse de la Alegría, del Dolor, del Amor con un gesto de desfallecimiento. Si su risa cascada sonaba a hueca, ¡cuán obscenas eran sus lágrimas!... Sólo el pudor querría dejar a los dos infelices entregados a sus bodas eternas. ¡Tienen amigos, y por gran desgracia, amigos que son inteligentes!"

Dios sabe qué horror sentía Bernanos por cier-

ta clase de hombres inteligentes. No conocía nada más estúpido en el mundo que un hombre inteligente comerciando con el escepticismo, y nada le excitaba tanto como esos "pequeños virtuosos", esa "especie de roedores que roían el cerebro y el corazón de Francia". Le parecía que estaban al margen de todos los problemas; por eso exclamaba al final de su ataque:

"Hay que decírselo a esos supervivientes: no están luchando contra la moda o las necesidades; luchan contra el tiempo. Entonces se verá cómo no despegan los labios. Que resuciten al infeliz France o al infeliz Renan eso sería tan inútil como pintarlos, ya que sería además necesario resucitar con ellos todo un público abolido, un mundo definitivamente muerto. Pero aún hay más: estos dos infelices no les pertenecen mucho más que a nosotros: ¡apenas muertos, los imbéciles más hambrientos se disputan sus reliquias y en lo sucesivo figuran en los altares democráticos entre Raspail y Garibaldi!

"El arma punzante de su ironía está desacreditada, destruída; su insignificante impacto no afecta a nadie, pero los que la conocieron en otra época, entre sus dedos afilados, no se consuelan de envejecer y de que nosotros seamos testigos de ello.

"¿Usted no siente nada? No. Ellos pierden la paciencia y golpean en el suelo. ¡Cómo les compadezco!

"Si abrimos por la mitad ciertas vanidades absurdas, ridículas, encontraremos dentro de ellas una adolescencia todavía viva, un pequeño monstruo marchito que conserva algo de la infancia. ¿Quién no reconocerá en esa preocupación cons-

tante por exhibirse ese tono pedante que disimula una afectada impertinencia, ese donjuanismo intelectual, la seriedad exhibicionista del bachiller recién acabado y su cinismo infantil? ¡Cuánto talento desperdiciado en una tal postura! Somos muchos en el mundo los que sabemos cuán peligroso es jugar con el alma. No se puede jugar con ella como con un gato familiar: cuando ella crece exige una unión real, un compromiso real. No se puede pasar por ensayista hasta la muerte sin caer en el ridículo. ¡Ser ensayista es propio de Chérubin!"

Tales eran nuestros "combates" fraternales... Bernanos arrojaba sus bombas incendiarias, sus bengalas, en las "alambradas de mis trincheras". Pero lo que hacía esencial nuestra alianza era nuestra común experiencia de la guerra, la delicada experiencia de la guerra que nos había obligado a "una revisión completa de los valores morales" y que, lo presentíamos vagamente, había despertado en un gran número de almas lo que Bernanos llamaba "el sentido trágico de la vida, la necesidad de relacionar las grandes leyes del universo espiritual con el vasto infortunio humano". ¿No definía Bernanos el problema de la vida como el "problema del Dolor"? Ese sentido de las realidades del alma, las realidades propiamente cristianas, es lo que apenas se encontraba en ciertos "Oriónidas" que, en su búsqueda ingenua de la Francia tradicional, nos parecían complacerse exclusivamente en los callejones sin salida de un clasicismo estéril, y por eso nosotros estábamos inquietos. ¿No era esto lo que Bernanos me había escrito al comienzo

de las dificultades de *Acción Francesa* con Roma? "La palabra «orden» era una reacción universal", me decía entonces. "La reacción literaria (la famosa restauración del buen gusto) ha sido concienzudamente saboteada. Ese sabotaje ha tenido influencias indirectamente sobre las almas y nos ha mantenido aislados de la gran reacción católica, cuyos elementos eran suministrados por la inteligencia de Claudel. Ya no se trata de discusiones de pedantes, sino de agotamiento de la sensibilidad, de su verdadera decadencia." A través del desierto de una literatura empobrecida hasta este punto, Bernanos temía ver reaparecer—y en esto hablaba como Maurras—"al salvaje, al hombre de la naturaleza, al primate lleno de sueños y orgullo que reflexiona ante las ruinas del planeta con un corazón infantil: al ginebrino Rousseau".

"*Literatura...*"

Desde luego, no éramos "literatos" y no buscábamos en éstos nada más allá de su inteligencia. Yo me había extrañado, al leer *Le Soleil de Satan,* de que Bernanos hablase en la primera línea de su novela de la "cierta noche que gocé leyendo a a P. J. Toulet", como si el autor de la *Jeune fille verte* hubiese sido uno de sus autores preferidos. "Sí—respondió Bernanos a nuestro entrañable Michel Dard, que le había llamado la atención sobre ello—; sí, yo he obrado rectamente al enviar, desde el «umbral este adiós a la literatura». Y, sin embargo, ¿no reprochábamos a veces a Maurras el desconocer a Claudel y a Péguy, no

juzgarles más que a través de sus repugnancias, no haber abierto nunca un libro de Gide después del *Roi Candaule,* no haber leído las obras de Marcel Proust e ignorar a la mayoría de los escritores, de los novelistas que se habían hecho famosos después de la guerra del catorce? En una determinada época de su vida, acosado por su trabajo, dejando para después el cuidado de informarse sobre lo que no consideraba urgente y esencial—y lo urgente, lo esencial para Maurras era "superar la corriente del siglo"—, Maurras se había visto obligado a renunciar a sus lecturas, a la ampliación de su horizonte literario. De aquí, como dice Henri Clouard, que sus lecturas se hayan detenido en ese preciso momento o hayan llegado a ser accidentales, proseguidas sin método, a través de periódicos, revistas o polémicas. Preocupado con lo que era su propia obra, y con lo que atraía la atención de su espíritu, Maurras no tenía tiempo para dedicarse a las "novedades de última hora". Todo eso, ¿no era realmente accesorio? ¿No podíamos, Bernanos y yo, continuar rechazando a Taine y a Renan—a pesar de la importancia que había tenido en el desarrollo intelectual de Maurras—, despreciando a Anatole—a pesar del cariño que Maurras le conservaba—, admirando a Claudel y a Péguy—a pesar de la propia aversión de Maurras—? En una palabra: ¿no podíamos continuar conservando nuestros dioses y oponernos a los suyos cuando la ocasión se presentaba, sin que nada esencial fuese aquí perjudicado—y lo esencial era esa política que nosotros, como católicos, podíamos, debíamos completar, concluir quizá...?

Política y Religión.

Ya he dicho que Bernanos juzgaba "providenciales" las dificultades de *Acción Francesa* con Roma, viéndonos a la cabeza de ese movimiento de "restauración integral" con que habían soñado en otra ocasión los Blanc de Saint-Bonnet, los Hello. Los "consejeros" que secretamente nos impulsaban a ello—aunque perteneciesen a la jerarquía eclesiástica o a ciertos medios católicos de derechas—no trataban en esa ocasión sino de "manejarnos" y, sobre todo, de hacernos abandonar *Acción Francesa.* La operación era demasiado evidente para que nos dejáramos coger en sus redes.

Lo que faltaba a *Acción Francesa* lo teníamos nosotros, los católicos; incluso creíamos que era preciso encontrar un equilibrio, promover una reforma espiritual, desempeñar una función sin que tuviesemos que abandonar a Maurras. Esta misión no la hubiésemos rechazado, aunque en ella se hubiera visto comprometido nuestro honor y fidelidad. Sólo aquellos que conocen lo que es un deber político y consideran seriamente la Revelación cristiana pueden comprender cuán agobiante y difícil es "el drama cristiano que combate ese inevitable deber". Bernanos ha vivido este drama interiormente, sin tregua, y no ha encontrado una solución o, mejor dicho, no la ha encontrado desde el momento en que se ha distanciado de las ideas políticas, de lo que él había llamado "espíritu maurrasiano". ¿No ha llegado incluso a decir: "aquel que ha sido partidario de Maurras y ya no lo es corre el peligro

de no ser nada después"? Por muy exagerada que sea esta consideración explica en buena parte la violencia de su desesperación cuando no encontró otra salida para su vida que la de renegar de sí mismo. A pesar de la "condenación" de Maurras no quedaban, para nuestra dicha, sus maestros católicos, aquellos a quienes su corazón se refiere constantemente: los Bonald, los Joseph de Maistre, y precisamente es a éstos a los que el Padre Léonce de Grandmaison, en los comienzos de la crisis de *Acción Francesa,* nos aconsejaba volver con el fin de transmitirlos a una juventud desorganizada. "Pero, Padre—le respondí entonces—, ¿cree usted que estos jóvenes van a buscar en el polvo de las bibliotecas esos viejos pergaminos a los que Maurras ha sabido devolver los colores de la vida, reanimarlos actualizándolos, reelaborándolos, dándoles una nueva "vigencia" para el espíritu y el corazón? Sin duda se ha dicho todo cuanto se podía decir—y el propio Maurras se enorgullecía de no haber inventado nunca cosa alguna—, pero nada puede reemplazar el prestigio de una gran voz viva, "presente" entre nosotros."

"Un consejo de abandono..."

Lo que yo trataba también de poner en claro a Jacques Maritain era la incapacidad de la reciente generación, los peligros, los desprecios a los cuales la veía expuesta. Y cuando publicó *Primacía de lo espiritual,* le dije:

"Usted, como yo, piensa recibir a esos jóvenes que están llamados a prolongar nuestro esfuerzo.

Por muy elevadas, por muy «profundas» que sean las palabras que usted les dirija, mi querido Jacques, ¿cómo podrían escucharlas, comprenderlas? ¿De qué forma aplicarían su consejo? Los jóvenes intelectuales de hoy no tienen valor ante los problemas y las situaciones más delicadas: por el contrario, las abandonan [1].

"No me refiero aquí a aquellos que sus pasiones nacionales o civiles les arrastran a la acción política: esos son cada vez más insensibles «a las doctrinas» de sus maestros; desprecian la inteligencia; pero, ¿acaso los otros no la desprecian también, a su manera, al no exigir de ella más que el puro juego o ciertas posibilidades de evasión? ¿No interpretan algunos así, por ignorancia, por debilidad o por cobardía, esa «primacía de lo espiritual» que, en un momento tan crítico, usted les recordó? ¿Se alzarán hasta el heroísmo interior a que usted les invita, ellos, que se muestran tan desarmados en las dificulades de la vida? Jacques, hay que tener en cuenta la debilidad, la pusilanimidad de las almas; no hay que empezar exigiendo demasiado de ellas. Para muchos de estos jóvenes la contemplación—como la acción—no será más que otra forma de huir, de perderse: «misticismo», «activismo», de cualquier modo que se comprometan, será cues-

[1] En marzo de 1928, Maritain me decía a continuación de un discurso que pronuncié en el banquete de Charles Benoist: "...Con el pretexto del realismo y de la comprensión de los hechos, usted arroja a las inteligencias jóvenes que le escuchan al fango del mundo... Y la gente que usted parece elegir, aunque sean dueños de la situación, son "hombres de carne y hueso", llevan en sí el signo de la "Bestia".

tión de temperamento. Maurras, Daudet, serán, sobre todo, seguidos por los franceses jóvenes, optimistas y batalladores; los pesimistas, los «inquietos», tratarán de ver, tras su propósito, una especie de «teoría catastrófica» y oculta, que, unida a su derrota íntima, no hará sino agravarla más aún.

"Creo, añadía yo, que usted no aconseja nada parecido; sin embargo, ya he observado la «depresión» que su libro ha causado en muchos espíritus sinceros; ellos no razonan, sienten; no tienen cultura intelectual ni formación espiritual que puedan defenderlos contra las sugestiones de su sensibilidad. No tienen el sentido de su vocación. «No existe más que la poesía», me decía uno de ellos. «No existe más que lo espiritual», dirá en lo sucesivo otro. Muchos sólo le entenderán de una manera anárquica, individualista, y no estarán mucho más cerca de un Benda que de usted; lo «eterno» no será para ellos más que una coartada, que disimule su impotencia para vivir en estos tiempos difíciles, para aceptar y aun cumplir sus deberes de hombres. Como en otra ocasión, a propósito de Bergson, donde Benda pareció descubrirle a usted—¡y cuánta molestia le produjo eso!—, ahora él cree que esa crítica spinoziana defiende «lo trascendente» y se subleva contra «la religión de lo temporal». También él, el propio Benda, ataca al «nacionalismo» y la «política» y opone a lo real lo intelectual y lo metafísico. Un joven francés hoy, pertenezca a las «izquierdas» o a las «derechas», oye hablar a Benda y a Maritain un lenguaje que le parece idéntico: imagine usted su desconcierto. Las dos voces de ustedes corren el peligro de confundirse

en un mismo consejo de abandono en esas cabezas uniformes."

Y para concluir añadía:

"Me cuesta trabajo restar importancia a sus enseñanzas. Y eso tiene para mí tantos más escrúpulos cuanto que ya no se trata sólo para usted de una tesis, de la defensa de una posición doctrinal, sino de la esencia de su vida; se trata del alimento de su alma, de la Palabra divina que usted eleva por encima de nuestras discusiones para salvarnos. Pero, ¿careceré de fe y esperanza para no poder cerrar los ojos a tantas consecuencias que me espantan? No las olvide, téngalas en cuenta. No me refiero sólo aquí a los peligros que corre nuestra patria, ni a las pasiones anterreligiosas que despiertan esas miserables disputas: se trata de la «inteligencia», de su propia vida, en la que el orden espiritual está comprometido. ¿Quién la defenderá si el interés se traslada a otras cuestiones? Por todas partes se le ataca. No se trata entre nosotros de «separación», que nada ni nadie sabría cumplir. Pero, ¿no sería necesario continuar la obra, a la que usted me ha llamado, guiado, unido firmemente, para que la causa del espíritu no sea traicionada?... Por lo que a mí respecta, no puedo pensar, sin una tristeza infinita, en esos muchachos, tan confiados no hace mucho y tan desdichados hoy bajo su aparente rebelión. Estos hijos maltrechos, humillados, son nuestros por el corazón, por la sangre. Es nuestra familia y nuestra descendencia. Desde luego, yo no le digo que se aparte de los «descarriados» que vienen a llamar a su puerta, los Cocteau, los Maurice Sachs, los Cattaui. ¿Qué hará usted entonces con los mu-

chachos franceses que son auténticos cristianos, de vieja estirpe? ¿Los abandonará? Para «éstos» tenemos una «misión»."

Después agregué por mi cuenta estas consideraciones:

"Por muy sólidamente constituída que esté su tesis antiliberal, son liberales los modernistas de ayer y de hoy, los que la hacen servir para sus deseos. Desde el momento en que se aprovechan de sus principios, que se presentan como defensores de la autoridad de Roma (a la que despreciaban no hace mucho) y fingen defenderle, vea cómo conjugan sus esfuerzos para un combate supremo, lanzándose al ataque contra el cardenal Billot o el Padre Le Floch; en Roma, contra el Padre Peillaube, y alzándose en París victoriosos contra todos los defensores del tomismo. No, usted no ha querido eso, y sería por mi parte una crueldad insistir en ello. Pero usted ha previsto y aceptado estas consecuencias, estas pruebas quizá... Yo le he querido hablar de otro peligro, de aquel que veo aumentar más cada día... Desde ahora, todo está por rehacer, por recomenzar. Lo que hubo en 1920, al principio de nuestra colaboración, tiene ahora más que nunca su razón de ser. Se lo digo sin rodeos, mezclando mis temores a mis súplicas. ¿No se unen para convencerme de la necesidad de que usted no se separe...?"

Sencillamente cismático.

Por muy profundamente emocionado que Maritain se mostrase ("era imposible presentar su

pensamiento de forma que me impresionara más", me había respondido en seguida desde Valsainte), y sin poner en duda la verdad de los «hechos» que yo había creído mi deber demostrarle, Maritain interpretaba de un modo muy distinto su valor: "Según mi criterio, me decía, su interpretación tiende a la desesperación, a la resignación ante el mal. No, la verdad es eficaz. En los momentos difíciles hay que proclamarlo más aún. Y además, añadía, no debemos ordenar nuestra acción según los «resultados» que esperamos o tememos, ya que ellos no dependen de nosotros, sino de Dios. Aunque muchos desfallezcan, lo esencial es que la verdad total se comprenda, aunque sean muy pocos los que la vean. Para él su decisión estaba tomada y, por muy dolorosa que fuese, Jacques Maritain estaba «seguro» de que yo comprendería sus «profundas razones»." "Considero que actualmente, decía, la esencia misma de la vida cristiana está en nuestro país; que *Acción Francesa* es pura y simplemente cismática y ha destruído en algunos meses todo cuanto podía haber hecho por la causa del orden; que el balance de la operación de Maurras debería haber consistido en reunir lo que hay de más firme y tradicional en Francia en un bloque «insensible» a la voz de la Iglesia; que la Iglesia ha sorprendido ahí un espíritu de naturalismo y fariseísmo nacional, corruptor de la virtud de la caridad como el modernismo lo fué de la virtud de la fe. Tal es para mí la lección, terriblemente evidente, de lo que ha ocurrido desde hace un año..." Esta sentencia teológica iba acompañada, además, por dos "llamadas" en las que Maritain precisaba su pensamien-

to. Como yo había hecho alusión a los extraños "auxiliares" que veíamos unirse a su causa, Maritain me respondió: "Es una gran confusión ver la Verdad defendida casi únicamente por gente que es más o menos enemiga de la inteligencia. No hay más que un remedio: que los defensores de la inteligencia defiendan también la Verdad con tanta o más pasión". Sin duda, Maritain refería estas definiciones marginales a las inquietudes que yo experimentaba entonces por nuestra patria: "El orden verdadero del amor es el siguiente: amar a la Iglesia más que a la patria y a la patria más que a la cristiandad (temporal). El internacionalismo ama la cristiandad (llamada en este caso «humanidad») más que a la patria. *Acción Francesa* de hecho ama a la patria (porque cree en los intereses de la patria) más que a la Iglesia. Estos dos errores destruyen la caridad sobrenatural".

No obstante la lección—y esos "postulados doctrinales", ya establecidos—, Maritain continuaba, refiriéndose a mí: "Por lo que a usted respecta, mi muy entrañable Henri, que está "in concreto" más cerca que yo de los jóvenes de que me habla, comprendo que actúe de un modo diferente y trata sobre todo de defender lo que puede ser aún defendido por ellos (en tanto eso sea posible)". Fué entonces cuando Maritain me dijo que la crisis que yo atravesaba era "uno de sus grandes motivos de tristeza" y que se reprochaba "haberme animado en otra época a inclinarme hacia *Acción Francesa,* esperando que ese movimiento se enderezaría del todo un día por la gracia de Cristo". "La responsabilidad en que he incurrido a consecuencia de esta esperanza

engañosa me obliga, añadía, a tomar una posición más neta, puesto que las desviaciones que creía reparables muestran de pronto todo su peligro".

"Esta teología chapurreada..."

Cuando comuniqué a Bernanos las observaciones que me había hecho Maritain, rompió a reír de un modo tan frenético y terrible como en el fondo era su rencor. Toda "esa teología chapurreada", todos los argumentos de esos doctores, ponían ante sus ojos, enrojecidos de sangre, las espantosas "alcahueterías frailunas" y sobornadas del proceso de Juana, "hereje, apóstata y reincidente"... ¿Y qué? Esa era la compañía a que Bernanos había querido enrolarse; a esa frialdad indefinible con la que respondía a la llamada de nuestros corazones fraternales. "¡Hay razones para mesarse los cabellos, la lengua y lo demás!", gritaba, espumeando de ira. Pero esta ira hacía demostrarle más claramente aún su impotencia, su irreductible soledad. ¡Bernanos había creído vencer, lanzándose hacia adelante, dando de sí cuanto podía su "reciente y poderosa celebridad", y esto con la esperanza de vernos, a los católicos, "sentar la cabeza"! Sin duda, Bernanos no había tenido nunca mucha confianza en los "teólogos"; pero sus débiles malicias, en esa cuestión, le inspiraban tanta piedad como desprecio... Cuando al fin pudo recobrarse, continuó: "¿Hasta dónde quiere llegar Maritain? Es evidente que él, y los legos que en Meudon le rodean, con sus caras gastadas, hacen lo que

pueden, es decir, «nada», sino gemir en las antesalas de los prelados, farfullando «si y no, sin duda y quizá»... ¡Estas lágrimas con retraso me desagradan profundamente! ¡Me tienen sin cuidado sus intenciones y sus escrúpulos! Pero una cosa es segura, amigo: no encontrarán ninguna autoridad intelectual con sus distinciones bizantinas entre lo concreto y lo abstracto, estos tipos miserables, pálidos de miedo y temerosos de que se les sequen las glándulas absorbidos por la idea de perder el apoyo de Monseñor Baudrillart o de que les condene Jean Guiraud. ¡Usted sabe que la prudencia no ha sido jamás mi fuerte! ¡Pero, a pesar de todo, no se ha impuesto así la prudencia católica al mundo durante mil quinientos años!... ¡La decadencia ha aparecido en escena, amigo mío, y la degeneración...! Soy un hombre de fe y nada más que eso. ¡No poseo, como usted, el inestimable tesoro del espíritu crítico y dejo que Maurras, que es soltero, duerma con la diosa Razón...! Pero me pregunto: ¿por qué desgracia, por qué maldición, la inteligencia católica ha sido obligada para instruir al rebaño de los fieles, a nutrirse con los discípulos de Bergson y Cocteau, disfrazados de tomismo?... ¿Acaso consiste la renovación católica en la conversión de Cocteau y de los «invertidos» del *Boeuf sur le toit?* ¿Usted ha leído lo que decía el otro día en el órgano de Francisque Gay no sé qué reverendo, a propósito de Cocteau?: «¡Le veo, mi querido Jean, sobre su reclinatorio!» ¡Ah, amigo, qué broma! ¡Y son estos tipos los que cierran los ojos ante el «amoralismo» de Maurras!"

"Pero volviendo a lo que dice Maritain sobre esas cuestiones de política y moral—con una jer-

ga en la que se mezcla lo verdadero y lo falso para mandarnos al diablo—, ¡cómo se enfanga él solo! ¡La actitud de los esclesiásticos me desagrada aún más! ¿Serían esas excelencias cogidas de improviso? Un siglo de humillación, de compromiso, de concesiones a la democracia, ¿ha envilecido su enseñanza de tal forma que parecen ignorar la imposibilidad de juzgar sana y equitativamente cualquier acción de un poder público si no se empieza por distinguir entre derechos y deberes? A los deberes corresponden derechos, a deberes serios derechos amplios... ¡Maurras no deja de repetirlo machaconamente en las columnas de su periódico! ¡Yo sabía todo eso antes de haber leído una sola línea de Maurras, y lo comprendo más aún desde que soy padre de familia, por muy mal que lo haga! ¡Pero los señores teólogos se ponen a cubierto cuando se les recuerda estas verdades! En seguida hablan de maquiavelismo: «En ese caso, ¿no hay moral en política?» dicen con un tono astuto. ¡Sus «en ese caso» son infantiles! ¿Es necesario que sea yo, Georges Bernanos, el que les recite el Catecismo y les responda que la acción política es un tema moral como cualquier acción humana, que es lo que es, y no se puede cambiar así como así? ¡Sí, el rey debe responder de su pueblo ante el tribunal de Dios, pero antes debe responder del Estado delante de su pueblo!... ¡Esa es «la primera política», ya que se la debe comprender en el orden de los medios y no en el orden de los fines! ¡Nuestros nuevos teólogos me inspiran lástima! ¡Confunden «primacía» y «prioridad», *prius* y *primum,* pues incluso ignoran el latín! El «Suizo», ¿no desfila «antes» que la Sagrada Forma en

las procesiones? ¿Quiere esto decir que el hombre de la alabarda que lleva su bicornio emplumado sobre la cabeza pasa antes que Dios? ¿Somos nosotros los que debemos recordar estas cosas elementales a Maritain, ese gran filósofo? ¡He aquí lo que el pobre Jacques trata de justificar al Papa con distingos entre el «poder directo» y el «poder indirecto», pretendiendo enseñarnos «por qué Roma ha hablado»! ¡Que tenga cuidado Maritain! ¡El Papa, lo aseguraría, el Papa va a responderle, como al vulgar sacristán, que en estas cuestiones suele actuar en virtud de su «poder directo»! ¿Y quién será avergonzado? Prevengo caritativamente a Maritain por la suerte que le espera. ¡Haga lo que haga en adelante, irá cada vez peor; soy yo quien se lo dice. ¡Del mismo modo le predigo que le llegará su turno, que será él también «condenado», a menos que no "cambie de camisa" una vez más!... ¡Está muy acostumbrado a ello! ¡Dispuesto a todas las capitulaciones, dispuesto a todos los honores «en plural, en plural», decía Péguy, ese entrañable Péguy, a quien ha abandonado como hoy abandona a Maurras[1].

"¡Pero dejemos a Maritain con su jerga y volvamos a Maurras! Maurras tiene razón cuando

[1] Por su parte, Maritain me decía entonces: "Sé que su amigo Bernanos me calumnia. No ignoro que ser tratado de esta forma es un honor y ello me produce una gran satisfacción. Pero Bernanos propala calumnias con conocimiento de causa. Y no estaría de más que usted se fijase en la calidad de esos espíritus que tratan de asegurarse su amistad". Maritain añadía: "Lo que me entristece, mi entrañable Henri, es que usted parece comprometerse cada vez más con ellos."

defiende la salvación temporal de este pueblo y esta raza francesa. Lo temporal es asunto de Maurras. ¡Cuando recuerda las normas de la política, Maurras lo hace sirviendo a sus intereses, pero sus intereses no son los nuestros!... ¡Le agradecemos el respeto con que habla de la Iglesia y de Francia, pero la tradición francesa, la cristiandad francesa, lo que para nosotros, católicos, es la parte más estimable de la herencia nacional, la parte espiritual, somos nosotros los que teníamos que defenderla, y los que debíamos servirla, para nuestros intereses, los primeros, dejando pasar al «Suizo» delante, a fin de conservar el orden, la buena marcha del desfile, naturalmente!... ¡Ahora todo se ha decidido, no hay más que hacer!... ¡Y, precisamente, en esta ocasión, nos separamos de Maurras, de su obra de salvación, por haber abandonado nosotros mismos lo que la caridad exigía de nosotros, ya que lo que a Maurras le falta nosotros lo tenemos!...

"¿Qué hemos hecho con ello? ¡En el instante presente se nos pide condenarnos, separar la obediencia y el honor! ¿A qué estado de bajeza y servidumbre nos quiere reducir la gente de la Iglesia? ¡Me avergüenzan, me avergüenzo de mí, de nuestra inpotencia como católicos, ante este gran Maurras! ¡«Someteros, someteros»!, murmuran, deslizándose hacia la salida esa turba de sotanas en derrota. ¡Esos desgraciados no ven que Francia está a punto de ser sacrificada!"

La llama de su mirada se extingue y desaparece detrás de sus párpados abultados, caídos; sus rasgos parecen deformados por una súbita hinchazón; su rostro más bilioso, su tez más plomiza y, bajo el bigote desordenado, la boca, los

labios de su boca se extienden en un rictus amargo... Luego, después de un breve silencio, y como si el corazón liberase un pensamiento contenido hace tiempo, su melancolía aparece en este ronco suspiro:

"¡Basta! ¡Siento una imperiosa necesidad de trasladarme a América o adonde sea, lo más lejos posible de esta parte de mí mismo que en el instante presente no es más que un cadáver!"

Un cadáver...

¡Un cadáver..., un cadáver que no iba a cesar de envenenarle y contra el cual le sería necesario combatir hasta el final, desesperadamente! Con ese cadáver insultante y burlesco, con el ruido que hace su descomposición bajo la luna, algunos han fabricado a su manera la leyenda de ese Bernanos huraño y rebelde, una leyenda para las necesidades de la causa, una especie de Don Quijote amargo y vaticinador. ¿No es ya bastante que su espíritu de visionario haya destruído la fuente de sus inspiraciones más nobles acabando por entregarse a los agrios enojos de su cólera impotente, para que sea necesario, además, restringir la obra de Bernanos a este aspecto de su vida? Cuando las pasiones, que prestaban su calor a esa elocuencia embriagada, se hayan extinguido, ¿qué quedará de los últimos escritos "políticos" de Bernanos? ¡Palabras, palabras ininteligibles!, ¡y lo son ya para aquellos que, a través de sus discusiones estruendosas, no oyen el sordo lamento del hombre que llevaba dentro Bernanos, la queja de los sueños

humillados por la vida, el canto fúnebre de sus decepcionados amigos! ¡A qué desorden mental les arroja tantas opiniones contradictorias, inagotablemente defendidas por Bernanos, llenas de pensamientos generosos y abstracciones sublimes, con las que cada uno puede, además, valerse para la justificación o reprobación de lo que sea! ¿Cómo reconocer, comprender en ellas su comportamiento, cuando el secreto les escapa? Nosotros, que le hemos conocido y le hemos amado, creemos poderlo decir: ¡el día que Georges Bernanos volvió la espalda a sus "amigos naturales", a los de su misma familia espiritual; el día que abandonó esa "región de la auténtica amistad", a partir de ese momento Bernanos ha zozobrado, se ha hundido en confusiones cada vez más oscuras y complicadas, arrastrado en todos los sentidos por pasiones e ideas contrarias, deshaciendo con sus propias manos, destejiendo terriblemente día a día, con trabajo obstinado, aquello a lo que estaba "más" profundamente ligado en la tierra! ¡Creyendo renegar sólo de las ideas maurrasianas, renegaba también de él mismo, del propio Bernanos! ¡Había creído liberarse de todo, salvar su inteligencia, su corazón, su obra, su vida y qué se yo cuántas cosas más..., pero, en realidad, no había hecho más que perderse!

Un descarriado...

Un descarriado, eso había llegado a ser Bernanos, y no dejaría de serlo nunca con su rostro devorado por la angustia. Un descarriado que se

alimenta de palabras, las repite incansablemente e insiste tanto sobre ellas que ya no suenan, o suenan a hueco, porque están vacías de su sentido, de esa realidad que tenían en un determinado vocabulario, en una determinada doctrina, la que Bernanos detestaba, pero que le preocupaba siempre. ¡En adelante, no va a dejar de animar el fuego de unas cuantas ideas pobres y sin vida, intentando inflamarse a sí mismo con ellas, sobre ese trípode irrisorio, desde el que intentará vaticinar, lanzar frases, frases de cólera, de desafío..., pero al fin y al cabo frases! Estas frases las pondrá en boca de ciertos hombres que en adelante odiará con un odio impotente, pero no podrá impedir que, bajo ese odio, se sienta aún el latido y el poderoso impulso de su amor.

Pero, ¿y sus injusticias, se dirá, sus violencias? ¡No son más que fidelidades monstruosas, arrebatos de despecho! No podríamos decepcionarnos sin ser injustos, y su decepción arroja a Bernanos a esta literatura de imprecación. ¿No le será necesario, para evadirse de lo que este odio amoroso tiene de carnal, hacer de sus víctimas abstracciones, seres descarnados, reelaborados a su manera, cubriéndolas de epítetos injuriosos, siempre los mismos y que vuelven a su pluma agotada como ideas fijas, obsesiones angustiosas de su neurosis? ¡Ese que Bernanos llamaba su "hermano" no será en lo sucesivo más que un intelectual desarraigado hasta la medula, un necio con muchas pretensiones! ¿Y después? Bernanos nos pintará a Paul Claudel con unos rasgos que hacen de él "un pariente más próximo de Turelure que la joven Violaine"; lo describirá como un hombre que había dejado

en el Brasil la reputación de "un paleto un poco ingenuo" (y Bernanos habría podido añadir a todos esos rasgos los de administrador de Gnôme y Rhône que, para hacer olvidar su *Ode au Maréchal* y echar tierra sobre sus pecados colaboracionistas, se presentará voluntariamente como testigo de cargo en el proceso de Charles Maurras). Pues bien, ¡a pesar de todo esto, George Bernanos estimaba aún a Claudel! ¿Acaso no había entrevisto en el "espíritu claudeliano" los elementos de la gran reacción católica, con los que había soñado tanto tiempo, y no conservaba siempre, junto a su corazón, la magnífica carta que Claudel le había escrito después de *Le Soleil de Satan?* En fin, y, sobre todo, existía Maurras al que Bernanos no abandonará, cuyas huellas va a seguir, hostigar a cada instante, sin poder separarse ni depender de él, ya que era de esta forma como Bernanos le permanecía fiel.

¡Cuánta razón tenía Bernanos al exclamar, en lo más hondo de su negación: "¡Charles Maurras no será para mí ni para los demás un extraño: está profundamente unido a nosotros, a nuestra alma!" Y esa palabra «imbécil», con la que Bernanos va a injuriar hasta la saciedad, ese espasmo en que se descargan sus rencores y sus odios, ¿no es una especie de grito maurrasiano? «¡imbécil, imbécil!»—esta última palabra que lanza con una especie de dolor y tristeza es el eco del «¡matémosle, estrangulémosle!» que se escapa al Maurras polémico, frente a la oscura, la irremediable perversidad o la radical estupidez de un ser—. "¡Hombre admirable!", decía Bernanos al hablar de Maurras, en la época de la te-

rrible prueba, cuando Bernanos desempeñaba un papel resonante en las famosas reuniones de *Acción Francesa* en la sala Bullier (¡que dos años después, principios de 1932, pasó de Maurras a Coty!). "Todas las noches—contaba entonces a Maurice Martin du Gard—Maurras es asaltado, perseguido por una banda cuyas guaridas él conoce mejor que nadie, una banda de c... ¡Hay que salvar la Causa! ¡Qué místico! ¡Qué valor, qué audacia hacía falta para mantener esa aureola de entusiasmos y de odios! ¡Y cuánto sufre Maurras, cuán profundamente le estimo!" "Cuando Maurras—añadía Bernanos—tuvo que separarse de Gressent-Valois, cuyas frivolidades, a veces conmovedoras y exactas, además, había aceptado durante mucho tiempo una gran cantidad de público, le fué preciso inventar y renovar una serie de calificativos y anécdotas atrozmente insultantes. ¡Y sentado ante su mesa, no le divertía hacerlo, se lo aseguro! ¿Qué le parece? ¿No es admirable? Maurras está solo y solo salva a Francia. ¡También salvará el mundo!" ¡Es el mismo Charles Maurras al que, más adelante, Bernanos acusará de todas las fechorías, los crímenes, de todos los pecados del mundo; el mismo Maurras, al que hará responsable de la campaña de Etiopía, de la cuestión de España, de Munich, de los progresos del hitlerismo, por su "irrisoria y provocativa colaboración con los alemanes"! Y Bernanos, para entregarse de corazón a la obra, para renovar, también él, "la colección de sus injurias", Bernanos recurrirá a Péguy y a su "mística" como auxilio; se referirá, se apoyará en los textos de Péguy como sobre unas mu-

letas; y para recuperar su aliento y crecerse, volverá a copiar en sus libros páginas y páginas enteras de Péguy, las parafraseará sin descanso con el fin de digerir a Maurras como Péguy había digerido a Jaurès.

Maurras le "poseía el alma", como Jaurés poseía la de Péguy. ¿De qué acusaba Péguy al movimiento de Jaurés? ¡De haber contaminado el espíritu revolucionario, que era esencialmente generoso; de haber hecho de él un espíritu de sabotaje e información; de haber hecho del socialismo, que era el sistema económico de una sana y justa organización del sistema social, un sistema de desorganización del trabajo, un excitante de los instintos burgueses en el mundo obrero! Y ¿de qué acusaba Bernanos al movimiento de Maurras? De haber hecho la crítica definitiva de la democracia, y esto ya para siempre, pero, a la vez, haber hecho sólo eso, una crítica que no había sido fecundada por el acto y se había disipado en la política. ¡Ah, cuánto valor debía tener para la negación de Bernanos el equívoco de la oposición peguysta entre "política" y "mística"! ¡Para Bernanos, el maurrasismo era, había sido por lo menos, una mística! "¡Maurras, qué místico!", decía no hace mucho todavía, y de pronto, este Maurras se lanzaba a hacer política, política nacionalista, "como Clemenceau" cuando se trataba de dar "el golpe de mano".

Maurras, a la Academia.

Por si todo esto era intolerable, Maurras acababa de hacer algo mucho peor aún: Maurras había entrado en la Academia; el maurrasianismo

triunfaba... en el Pont des Arts y se transformaba, de pronto, en la felicidad, en la vida misma de los señores académicos. «¡Maurras nos pertenece nada más que a nosotros!, exclaman esos augustos ancianos. ¡Lo poseen en el sentido auténtico de la palabra! ¡Lo han poseído...!", decía Bernanos. ¡Incapaces de procurarle la fama, le garantizan el "respeto"! "No, no podía pasar por eso el monárquico que fué siempre Bernanos. ¡Los hojaldres servidos aquel tradicional día por Goyau quedaban sin digerir en su estómago! "¡Tanto le fastidiaba eso como entrar en los Inválidos! de uniforme, con gorra y diez céntimos de rapé!", pues cualquier cosa era mejor que un hábito de académico, con espadín y bicornio de plumas. ¡Todas las imprecaciones de Bernanos se reducen a eso y culminan en este "ocaso" en que, según él, caía la figura de un símbolo! Por su candidatura académica, Maurras, el jefe rebelde e irreductible, que no temía ni a la prisión ni a la muerte, y junto al cual, a los veinte años, Bernanos y sus amigos habían jurado morir como junto al arcángel inflexible del honor y de la fidelidad francesa; "el señor Maurras" se había—¡qué escándalo!—entregado a un determinado orden de grandeza temporal, al que quizá había pertenecido siempre. ¡Su recepción había acabado con una apoteosis! ¡No había faltado en ella más que el Presidente de la República! Sin duda alguna, Maurras no era, no podía ser, "víctima de este triunfo"—"un hombre como él, se decía Bernanos, no podría hacerse ilusiones sobre la función que desempeña entre esta gente que no ha leído sus libros ni los leerá jamás: ellos se sirven

de su pensamiento como de una coartada"—; ¡Bernanos veía en eso un "abandono", una capitulación; por lo menos, "una amarga traición del destino"! ¡Y a este respecto no dejaba de lanzar contra Maurras una hueca palabrería, de multiplicar hasta la saciedad los "recuerdos execrables"!

Sin duda Maurras no habría tenido más que encogerse de hombros o dar de lado la cuestión, dejando al pobre Bernanos vaciar solo la copa de su amargura, para que, de pronto, y como fuera de toda discusión, la verdad, la cruel verdad, apareciera poniendo al desnudo su profunda, su incurable herida, aquélla que no cicatrizaría nunca... "Repito, dice, que cualquiera que sea el juicio sobre el extraño destino de Maurras, una cosa es evidente: millares y millares de cristianos han creído en él, en su palabra, en la honradez de su acción, para poder soportar la «privación de los sacramentos». Cuando se ha tenido la desgracia de exigir o, por lo menos, de alentar tales sacrificios, no se puede intrigar para entrar en la Academia, no se puede invitar a los pobres diablos que han dado todo, arriesgado todo, «incluso su salvación», para que compartan la alegría de una especie de apoteosis escolar!"

Ese es el absurdo agravio que Bernanos fulminó contras Maurras, jurándose a sí mismo huir siempre de él. ¿Cuál es el motivo de tal resentimiento? Bernanos lo ha repetido muchas veces: "¡Charles Maurras ha sido, es y será, en este mundo como en el otro, el hombre por el cual hemos sido privados de sacramentos, amenazados con una agonía sin sacerdotes!" ¿Pero pueden aún emocionarse los "nuevos" bernanosia-

nos con esta parte de la vida de Bernanos? Nosotros sí la hemos vivido, ¿cómo, pues, podríamos olvidarla?

Incluso su salvación...

Para reavivar los dolores que eso produjo, no tendríamos más que recordar el relato que en aquel tiempo el Padre X... nos hizo de la muerte de su hermana, Presidente de las Damas Monárquicas, en Avignon. El Padre se había trasladado desde Roma para asistir a su agonía. Algunos días antes, esa santa mujer había tenido un sueño estremecedor: luchaba con cosas terribles, y de pronto, en su pesadilla, había visto aparecer a su hermano, el dominico. "Cuando estuve cerca de ella, nos dice, me angustié terriblemente. Mi hermana no podía ya hablar. Su enfermedad, ese cáncer que destrozaba su rostro, había ascendido hasta los ojos... Sabía que un sacerdote amigo le había administrado los últimos sacramentos... Pero dudaba que ella estuviese arrepentida... Pues si se podía juzgar probable que el sacerdote se había engañado, era más espantoso aún pensar que no existía la seguridad; esta infidelidad a tantos magníficos pastores me llenaba de angustia... Permanecí cerca de ella, rezando. Después le hice saber que si quería recibir otra vez la absolución no tendría más que hacer un signo: levantar la mano... ¡Esperé!... Transcurridas algunas horas, y, como ella supiese cual era el significado de su gesto, mi hermana levantó los dedos... Entonces hice sobre ella la señal de la cruz".

Bernanos no había podido nunca olvidar todo eso y muchas otras pruebas semejantes por las que aún sollozaba. Las lágrimas de la carne contienen en este caso las virtudes del alma... También el odio de Bernanos hacia Maurras, ese odio carnal y desgarrador, nos parece conservar el fuego del amor, aunque se haga insultante. "Así como la contrición se alimenta del pecado y la lamentación del infortunio", el remordimiento de Bernanos se nutría siempre de la falta, de esa falta de la que nos hacía culpables, a nosotros, los católicos, y que había confesado públicamente el día que había dicho a Maurras: "Somos un escándalo intolerable para su alma devorada por la inquietud de su trágica soledad. Como responsables de usted ante Dios, le pedimos perdón, Maurras".

¿En qué profundidades de alma se sentía Bernanos secretamente conmovido, irremediablemente herido; Bernanos, el único quizás entre todos los novelistas cristianos que ha sabido mostrar las tragedias que añaden a nuestro idioma cotidiano las perspectivas de nuestra salvación y de nuestra eterna condenación? Cuando Bernanos habla con voz estruendosa y se enfurece estrepitosamente no nos conmueve. Por el contrario, nos invade una gran emoción ante la intensidad de su visión, ante la profundidad del drama que descubre en este mundo, al que se siente arrojado, impulsado, comprometido. Lo que nos persigue de una manera inolvidable es "la horrible tristeza del pecado" que vive en el fondo del mundo que ha creado este visionario y cuya existencia nos impone al herir el alma en ese punto

preciso, en ese nudo vital, al describirnos lo que es el pecado. También las crisis que Bernanos ha imaginado y vivido para alimentar sus grandes novelas de vida interior tienen una realidad distinta de los conflictos episódicos en los que "el autor de panfletos se ha extraviado". Esos conflictos serían, por lo demás, incomprensibles, si todos ellos no se redujeran a uno sólo, a ese drama que trastornó su vida, a esa crisis religiosa de 1926, en la que Bernanos había arriesgado todo y de la que había salido, más que maltrecho, desesperado: "No espero nada ni de mi rey ni de mi Dios. No espero nada de nadie"—decía entonces con la mirada perdida.

El "guerrero" con el que Bernanos había soñado en aquella época de su juventud, en que, afiliado a la monarquía, llenaba su espíritu de toda clase de aventuras en busca del poder y la fama—"la más bella entre todas las cosas humanas"—, ese hombre era difícil de reconocer en el rostro que Bernanos, gastado por los años, descubría a veces por casualidad en el espejo. ¡Sin embargo, ese hombre había existido, existía y existiría siempre! ¿Cómo librarse de ese "desarraigado"? ¡Bernanos intentaba odiar ese rostro, al menos tanto como lo conocía! ¿Acaso, "no está lleno el mundo de esos viejos soldados que se adoran y mueren en su rincón"? A Bernanos no le horrorizaban menos estos abatidos que algunos maestros de la juventud, en los que descubría escritores descristianizados, deshumanizados hasta la medula. "¡Por lo menos salvar su alma!"—exclamaba—. Y con tal de salvarla, de volver a su soledad, a su irremediable soledad y, sobre todo, de aislar su pensamiento para con-

servarlo puro, para que aun fuese capaz de amar. ¿Acaso, no era mejor "entrar en la muerte mutilado que podrido"?

El hombre solo...

El hombre solo, solo en el mundo, eso era Bernanos, a eso se condenaba a ser, incluso entre sus más allegados, entre los suyos, a los que decía "mi torpeza, mi debilidad, mi cobardía me imponen sacrificios que no rechazo y, sin embargo, nunca los he realizado de un modo integral". "Hago llevar el peso de mi propia vida a los que me aman", y aun añadía: "El desprecio indecible que siento hacia mí mismo me justifica todavía un poco ante Dios..." Las tareas ordinarias de la vida habían estado siempre por encima de las fuerzas de Bernanos. ¿No le había sido necesario reformar todo, renovar todo para liberarse? "Esta idea «todo o nada», familiar a mi juventud, es la que me ha perdido"—reconocerá en alguna ocasión—. "¿Se puede dar importancia a la mediocridad? Y la derrota que se prepara, si el diablo no está en la razón de una forma o de otra, me humillará demasiado profundamente para que aun pueda sobrevivir"—escribía Bernanos, en 1933, a uno de sus amigos—. Estaba humillado, creía estar "deshonrado", herido en su honor después de la cuestión de Coty. Parte de él era ahora, según su opinión, un "cadáver". "Amigo mío, ¡no hay nada que hacer, mi espíritu no posee ya nada"—gemía—. Impotente, por otra parte, para hacer vivir a los suyos en la disciplina y el método que odiaba como vie-

jo refractario—aunque aún alentara en él un infeliz bajo la influencia de la "prudencia burguesa"—, muy pronto Bernanos no hallará otra solución que "evadirse", marcharse, acabar de una vez, romper, romper absolutamente con todo ese pasado... Lo que le faltaba a Bernanos—a él y a sus hijos—era espacio vital, espacio en el que poder desenvolverse. "¿Qué se podía hacer en Francia? Francia, la auténtica Francia, como decía ese imbécil de Maurras, estaba definitivamente perdida... Era imposible vivir en ella." "¡Este país me repugna..., decía. ¡Pobre Francia! ¡Pobre tierra!" ¡No, ya no había sitio en este "pueblo de mediocres" para los corazones magnánimos, para los niños llenos de vida, como eran sus hijos; para los jóvenes franceses incapaces, fisiológicamente incapaces, de incorporarse a la clase de los sedentarios! Quedaba la Francia eterna, desde luego—y quizá Bernanos era uno de los últimos supervivientes de ella—. ¡Pero para salvar a esta Francia ideal era necesario reconstruirla, y para reconstruirla marcharse "a otra parte", donde fuera, pero "a otra parte", igual que Colleville y Bouteiller se habían marchado antes del 14, con el fin de fundar, también, una "Nueva Francia" a su gusto! "Hace ya diez años —decía Bernanos—que hubiera debido liberarme, salvar mi vida, a la que, un día u otro, el trabajo de los indecentes terminará por reducir a un montón de cenizas... ¡Creemos aún poder desafiar de lejos la mediocridad en el momento en que ella se dispone a estrangularnos!... ¡Me iré, cueste lo que cueste, debo irme solo..." Su decisión era irrevocable, su determinación para siempre, su exilio voluntario. Entonces Bernanos

abandonó su patria, abandonándose a esa fatalidad que debía hacer de él un "nómada siempre sediento".

Marcharse...

A comienzos de 1935, al abandonar sus libros, su casa de La Bayorre, la aldea del Sur en la que se había instalado después de su ruptura con Maurras, Bernanos salió para Baleares. Aquí había de terminar su obra maestra *Journal d'un Curé de campagne,* dejando abandonados los manuscritos de *Monsieur Ouine* y *Mauvais Rêve.* La guerra española le sorprendería, enrolándose en ella poco después. En adelante, Bernanos no escribirá más novelas. La llamada de los acontecimientos va a lanzarle, rondando los cincuenta años, a una acción en la que hallará ocasión de "defender su discusión, su propia discusión", como en su juventud lo había deseado, con pasión, con rabia, con fuego, con toda su alma, sin saber demasiado, por lo demás, lo que defendía; pero, a pesar de todo, defendiéndolo no sólo por honor, sino para encolerizar a todos los que le asquean y para exaltarse a sí mismo en la atrocidad de ese mundo que ve a punto de aniquilarse. Lo absurdo del universo, tal es el trípode de este Ezequiel que no dejará de arrojar su tormento bajo la luna de los grandes cementerios, de animar "escuadrones de imágenes" que le arrastrarán en el carro de Elías en medio de cabalgatas, de ángeles justicieros.

La lava de ese volcán que lanzaba sus truenos parecía bastante enfriada, condensada en abs-

tracciones muertas. Bernanos no cesará de aferrarse desesperadamente a las palabras de justicia, honor y fe, esas grandes abstracciones que en su juventud llamaba sus amigos. Ellas padecen de su propio abandono, desde el momento que Bernanos no puede consagrarlas otra cosa que su propia cólera para darlas un soplo de vida. En el fondo de la mirada que les lanza este hambriento de absoluto brilla su propia desesperación con un resplandor turbio. Por mucho que se alimente de ellas y repita en voz alta, cada vez más fuerte, esas bellas frases con las que enronquece: "Lanzar la vida a una lucha desordenada... Enfrentarse con lo grande... Tomar las cosas por el lado sublime que traspasa el corazón..."; por mucho que, repito, manifieste su elevación, su desprecio por las mediocridades y orgullosamente se diga: "Entre dos hipótesis, entre dos soluciones de un mismo caso, la más extraordinaria es aquella que desgarra...", no hay por debajo de estas soberbias máximas más que palabras, nada más que palabras, un verbalismo cuya sonora magnificencia no puede enmascarar la inanición.

Su conducta es tan infantil, sus deseos tan ambiciosos e inestables, su voluntad tan débil bajo su apariencia varonil... Vemos a este "hombre de acción" tan a disgusto con la acción, tan desigual en todas las situaciones en que se compromete, que nunca el compromiso, la doctrina del compromiso, apareció más triste, más miserable y el activismo más irrisorio que en estas variaciones de la vida de Bernanos. El compromiso es "la siniestra enfermedad de los falsos redentores llenos de videncias, el frenesí impo-

tente de todos los enemigos de lo que es"[1]. Bernanos lo comprendía así cuando en ciertas ocasiones decía a los "hombres de acción": "¡Mi problema no es el vuestro!" Sin embargo, Bernanos creía, deseaba ser, escritor de acción.

"¿Creéis que si hubiese dado importancia a mi obra polémica habría sacrificado mis novelas?" —exclama en la víspera de su muerte—. ¡Sin embargo, sus novelas habían sido la sublimación de esos acontecimientos temporales de los que no podía librarse!

"El acto de escribir" constituía para Bernanos la coartada de una acción que en realidad le huía...

No saber dónde se va, y a pesar de ello huir, puede ser el movimiento profundo del novelista, el abandono a lo que la creación tiene de irresponsable; pero no es, no puede ser, la actitud del nombre de acción que debe actuar sobre el hecho real. Un hombre de acción no es arrastrado: él guía; además, le es necesario ordenar su pensamiento, saber lo que hace y por qué lo hace, pues su objeto es hacer que ocurra lo que debe ocurrir. En este orden, como en todos los demás, Bernanos había tomado la resolución de "aceptar el misterio", tolerarle todo y esperar todo de él. En la acción, "el misterio" es nuestro enemigo, nuestro único pecado, el origen de todos nuestros desfallecimientos y nuestras duplicidades. Se puede permitir que suframos sus consecuencias, pero de ningún modo que las aceptemos conscientemente, ya que equivaldría a la

---

[1] Cf. el agudo diálogo de Guido Piovene en *Georges Bernanos*, págs. 218 y siguientes.

desintegración de la persona, la tolerancia del engaño y a la entrega de todo a lo humillante de las sombras. Bajo el peso de su desdicha, Bernanos se estrellaba con otro misterio más profundo, aún, un misterio reservado y personal, oculto en lo más secreto de su corazón.

Hacer frente.

Nadie puede comprender su frase preferida, esa frase de desafío, esa frase que lanza Bernanos con una especie de misterio, de fervor: «hacer frente», si no se presenta con sus propios ojos a Bernanos en el momento de pronunciarla: «Hacer frente y no huir». Es necesario verle, tal y como su amigo Michel Dard le ha visto y nos le ha descrito: "Su cuerpo, dice, tiene el movimiento del hombre que se lanza y, después, de pronto, se recoge sobre sí mismo, se detiene y recibe el golpe de un enemigo invisible". Aquí estamos en el umbral del drama, de su drama: todo reside en este extraño golpe en el que Bernanos choca como con un obstáculo que le rechaza y, arrojándole lejos de sí, le oprime, le arrincona en sus tenebrosos callejones sin salida, en cuyo fondo reaparece su implacable destino. Entonces surge "el enemigo invisible" y se entabla ese terrible combate entre Dios y Satán que destroza, desgarra a Bernanos hasta el último momento en el cual identifica su propia agonía con la Agonía Total al desafiar por postrera vez al Angel oscuro: "¡Ahora, nosotros dos solos!"

Bernanos sabía que la agonía de Jesús se refleja en cada una de las agonías humanas: ¿aca-

so no "son éstas, siempre renovadas en el infinito, en la muerte del Señor"? Bernanos creía que el Miedo—ese miedo que le acorrala siempre—es el hijo de Dios que ha sido rescatado en la noche del Viernes Santo. El Cristo que Bernanos se representaba mejor era ese "Jesús solo y sin consuelo", tal y como lo describe Catherine Emmerich en el momento en que El grita a su Padre: *Eli, Eli, lamma sabachtani;* Jesús sufriendo "todo cuanto puede sufrir un hombre afligido, abandonado de todo consuelo divino y humano; cuando la fe, la esperanza y la caridad, completamente solas, privadas de auxilio, se mantienen vacías y despojadas en el desierto de la tentación, viviendo por sí mismas en el seno de un dolor infinito". Bernanos experimentaba sin descanso ese terror del abandono, "donde todos los lazos que nos unen a este mundo y a esta vida terrestre se rompen, al mismo tiempo que el sentimiento de la otra vida se oscurece en nosotros", y, como cristiano, sabía que era imposible salir vencedor si no unía a su propia soledad los méritos de la soledad de Jesús en cruz...

Bernanos, el incomprensible.

Sin embargo, muchos no han escuchado más que la risa de Georges Bernanos, ¡su risa estrepitosa como el relincho de un caballo en libertad! No han visto más que un Bernanos mesándose los cabellos cuando arruga su nariz y sus labios, cuando llena su pipa cien veces encendida y apagada, cuando narra historias espantosas, cuando caricaturiza a la gente, improvisando re-

tratos sombríos y recargados, verdaderos prodigios de vida y verdad. Otros, por último, que han vivido en su intimidad, no os hablarán más que de sus caprichos, de esa "tiranía de niño mimado, tan conmovedora en este gran espíritu", cuando estimaba a alguien... Todos estos Bernanos coexistían, aparecían, volvían a aparecer alternativamente ante sus amigos y le hacían más incomprensible aún. ¡Cuán difícil era definirle! Quizá también habría que incluir aquí lo que había de femenino en su naturaleza, esa "naturaleza nerviosa, irritable, presumida, en la que dominaba el varón; pero que, en ciertas ocasiones, sólo se transparentaba". Quizá, también, habría que hablar de su "coquetería", de ese deseo de agradar, de conquistar un ser, de seducirlo (Bernanos era seductor cuando quería y sabía que podía serlo). Quizá, por último, habría que incluir esa "farsa" involuntaria que conocía demasiado bien, ya que nada le parecía más fuerte y más delicado a la vez que desahogar sus penas, contarlas a cualquiera. ¡Dejarse llevar! era la tentación de este corazón orgulloso y sensible. "El demonio de mi corazón se llama: ¿para qué?, exclamaba. Sí, una especie de abandono, de debilidad, en la que había un cierto desorden y reaparecía el miedo, ese miedo que le ha sido necesario aceptar y vivir. Cuando éste había desaparecido cuando ya no sentía su presencia invisible, Bernanos se espantaba, creía que no tenía ya nada que decir. Cuando el "miedo" no le poseía crecían las ansias de Bernanos. Sin su mordedura, ¿qué razón habría tenido su protesta, su cólera? Todo ese estrépito no hubiese sido, en ese caso, más que aspavientos entre el cielo y

la tierra, sobresaltados de una marioneta desarticulada... Pero Bernanos conservó hasta el final de su vida ese compañero silencioso: "Quien ha bebido en su copa helada no puede temer ni la cárcel ni la muerte", había dicho un día. "Quien lo ha tenido por compañero ya no lucha por su vida, sino por su odio, y no se rendirá". Sin embargo, el círculo interior, el círculo infernal se cierra: "Hacer frente y no huir", esa frase tiene ahora un sentido, un sentido terrible, su sentido bernanosiano, que "rezuma desesperación, amargura y lágrimas". Desde la soledad a que le reduce su miedo va a poder lanzar los alaridos de sus dolores, de sus propios dolores "inútiles y sombríos...".

"Sin el pecado original..."

Espiritual y sobrenaturalmente, todo esto no encuentra su justificación más que en una fe absoluta, como la de Bernanos, una fe que tiene sus raíces en el pecado. "Sin el dogma del pecado original no creería"—decía en la víspera de su muerte—; lo que traducía por esta paradoja pascaliana: "Es mucho más grave", o por lo menos mucho más peligroso para el hombre, negar el pecado original que negar a Dios". Su Dios, para él, como católico, no era el Dios de los teístas y de los idealistas; era el Dios del Génesis, el Dios de la Cruz, el Dios del Antiguo y Nuevo Testamento... Ese era Aquél en quien Bernanos había depositado su fe. Bernanos es quizá el primer escritor católico que ha sabido introducir esta fe en "la acción de la novela", y ello le ha

convertido en el gran novelista que actualmente es. En las novelas, Bernanos ha depositado auténticamente toda la grandeza de su alma, su carne y su sangre, y sus criaturas—las peores como las mejores——son sus propios fantasmas, los fantasmas que vivían en él: "Bernanos es Mouchette, que tiene la vocación sacerdotal", decía un día Ghéon a Robert Vallery-Radot. La lucha de Bernanos, su "vocación sacerdotal", consistía precisamente en luchar en el terreno en que el eclesiástico apenas puede hacer nada, en el que el moralista no sirve de nada, pues los moralistas no explican la totalidad del hombre. Pero no puedo explicar aquí al novelista, el mensaje espiritual que Bernanos nos ha dejado en sus novelas.

La angustia de la esperanza.

Hablo de su acción, de esa acción surgida de la angustia de la esperanza y en la que la esperanza misma ha acabado por consumirse; hablo del hombre de acción que, a falta de esperanza, creía poseer sus obras y que, en conclusión, se mostró desigual en todo. "He depositado mi esperanza en manos de los insurrectos, decía al final de su vida. ¡Acudo al espíritu de revolución no por un odio irreflexivo, ciego, contra el conformismo, sino porque prefiero ver al mundo arriesgar su alma en vez de perderla! No espero de los hombres a que me refiero, añadía, que organicen la ciudad futura, la nueva cristiandad; espero que la hagan posible, obligando a los directores de conciencias a responder sí o no. Todo

el problema se centra ahí. Todo nuestro destino depende de la adopción de las fuerzas espirituales, cualquiera que sea la mano que nos aproxime a ellas".

"Un incendiario, eso es lo que he llegado a ser", reconocía Bernanos, y ahí estaba su misión, su propia tarea, no en otra esfera. Era lo que él llamaba: "¡Dar la voz de alarma al mundo!" Pero, ¿se podía salvar aún el mundo, ese mundo que acababa de recibir el último sacramento, el "sacramento de Bikini"?... Bernanos lo veía desintegrarse bajo su mirada, como se desintegra la materia, esa materia a la que la humanidad había querido reducir todo y de la que había hecho su ídolo. Todo se desplomaba de una vez, y en eso había una especie de burla tan atroz, una necedad tan espantosa y solemne, que Bernanos experimentaba una especie de vértigo, de náusea del alma, que se le congelaba en la boca: "Vamos a ver, exclamaba, vamos a ver resurgir la Bestia desde las Tinieblas del Abismo, *cum virtute multa et majestate.*" ¡No se podía hacer otra cosa que abandonar este mundo a la aniquilación del Absurdo! ¿Para qué hablar entonces de la "adopción de las fuerzas espirituales"? "La espiritualidad del futuro, escribía Bernanos a finales de 1946, se me aparece tan degradada que nadie podrá reconocerla. O, con más exactitud, se pueden prever perversiones del espíritu análogas a las que nos presenta el marxismo o el comunismo. De otro modo las carnicerías de Dachau o de Büchenward, o las de los actuales campos del mar Blanco, serían inconcebibles..."

En ese caso, ¿qué se puede hacer en favor del mundo? "¡Ah, la cristiandad estaba muerta, de-

finitivamente muerta!", pensaba Bernanos. Para que pudiese existir una nueva cristiandad sería necesaria "una nueva revolución espiritual análoga a la de hace dos mil años..." Sólo en Francia "esta revolución hubiera podido tener su cabeza y su corazón, su doctrina y su pasión", ya que "para hacer cristiano a un hombre es necesario un atavismo milenario". Pero Bernanos creía perdida a Francia, desvitalizada: "Tengo la impresión de que mi país ha muerto, y no me había dado cuenta", dijo cuando regresó a Francia después de la Liberación. "Le sobrevivía sin saberlo; ¿podré sobrevivirle ahora, cuando lo sé?" Bernanos no podía, en efecto, soportar la idea de haber perdido la imagen que en su infancia se había formado de su país. "No propondré este sufrimiento como un ejemplo a seguir—añadía—. ¡Se parecería un poco a un perro que no sabe muy bien lo que le hace falta y, sin embargo, busca por todas partes a su dueño muerto y que, por último, va a morir sobre su tumba!" Si Bernanos había regresado a Francia, después de diez años de exilio, no era con el fin de decir que ¡todo estaba definitivamente perdido! Por el contrario, era para "elevar la moral", como esos emboscados de la propaganda y la radio que lanzaban a diario sus gruñidos repulsivos; era para prestar su voz a De Gaulle, para gritar a todos los escuchas: "¡Francia se mantendrá firme!" Pero en el momento en que Bernanos decía "¡Francia se mantendrá firme!, ¡Francia saldrá de este caos e incluso hará salir de él al mundo!" —y lo decía sin negar la esperanza—, su tristeza le arrastraba y le sugería antes estas amargas reflexiones: "¡Las generaciones actuales son las

más mediocres que Francia haya conocido, pero cada hora que transcurre las diezma: llegará un momento en que llenarán los cementerios, y me pregunto si serán capaces, una vez muertas, de abonar una tierra que no han sabido defender en vida!" Hasta que esas generaciones hayan desaparecido, Francia debe mantenerse firme. Y Bernanos no dejaba de repetir: "Todos me acusan —decía de aquellos a los que les molestaba su franqueza— de pecar contra la esperanza... ¡Qué me importa saber si tengo o no esperanza, puesto que tengo sus obras!" Pero ¿de qué "obras" se trata, y, acaso, basta para tenerlas vociferar todas las mañanas ¡Francia se mantendrá firme!? ¿Cómo se mantendrá Francia y por qué medios? ¡Eso era asunto de los "hombres de acción", y no de Bernanos! A ellos les correspondía mancharse las manos en las necesidades de la política, reparar la vieja barraca que él había abandonado en cuanto se había hastiado de ella; a ellos les correspondía enderezar lo que podía enderezarse; a ellos les tocaba mancharse. Y a Bernanos llamarles a esa acción. Pero él podría estar tranquilo: ¡no existían "hombres de acción"! ¡Si habían existido, no era aquí, con seguridad! ¡La política francesa era el pequeño Bidault, ese enano, ese peón insignificante, lanzado "a la búsqueda de una definición de la democracia que pudiese poner de acuerdo a las democracias de Oriente y Occidente, y a personalidades tan diferentes como el señor Ford y el señor Maritain!"

"Antes de que los "políticos" hubiesen terminado sus tareas—pues los acontecimientos se sucedían con una gran rapidez—"estas cabezas laboriosas, bruscamente separadas de los hombros,

corrían el peligro de caer en sus tinteros." ¡Y Bernanos reía a carcajadas! "De todos modos estamos engañados, decía. ¿La Liberación? Una nueva impostura que se puede superponer a la de Vichy como un guante de la mano izquierda a un guante de la mano derecha." ¿Qué hacer sino proclamar públicamente su desprecio? "Es enojoso salir de un engaño para entrar en otro", repetía entre dientes. ¿En dónde hemos hundido a Francia? Cuando Bernanos situaba "la auténtica realidad de Francia al nivel de Juana de Arco, del santo cura de Ars o de Péguy—para elevarse y poder decir a los franceses, y sobre todo a los fieles de la democracia cristiana, que "una gran nación como la nuestra no podía pacificarse sin riesgos" y que "el destino probable de los primeros personajes de esta aventura sería la horca o la lapidación"—, Bernanos sabía que los paniaguados y los aprovechados del nuevo régimen le miraban con mala cara, que encontraban sus "excesos" cada vez más incómodos y que no tenían más que una idea fija: librarse de él... ¿Quizá esperaría todavía, quizá su llamada encontraría un eco en las generaciones de mañana; pero, se preguntaba, esas generaciones, ¿serán lo bastante vitales para mantener y defender la prueba de esta claridad desesperada? En cuanto a las generaciones actuales, Bernanos había dicho: tenían que morir y Francia con ellas. Bernanos rechazaba esta Francia, pero no esperaría a que ella le rechazase; se marcharía una vez más, como se había marchado diez años antes... ¡Qué idea había tenido al abandonar Brasil! ¡No había tenido necesidad de ello! El culpable era

ese fraile alemán a quien había confiado su caso cuando De Gaulle, por tercera vez, le había pedido que regresara a Francia: "Usted debe servir a su nación", le había respondido el fraile. ¡Y por esas palabras Bernanos había vuelto a este infierno!

¡Le necesitamos a usted, Bernanos!...

¡Bernanos había querido al principio hacer frente, servir a la causa nacional, la causa de la Iglesia! A este respecto había escrito varios artículos para responder a todas las colaboraciones que entonces le habían ofrecido, y ¡sólo Dios sabe los esfuerzos y el tiempo que empleaba para escribir una "cuartilla"! Además de eso había "dado conferencias", había hablado en la Sorbonne, en Bélgica, en Suiza, en Inglaterra. Incluso había llegado a participar en "conversaciones internacionales" con el fin de llevar a los pueblos de Occidente a una revolución espiritual contra los totalitarismos, contra la tiranía tecnocrática, contra las mentiras del mundo moderno. Durante casi un año se había agotado hasta más no poder y había hecho trabajar incansablemente a su substancia gris. ¡Pero menos mal que eso no había durado mucho tiempo! ¡Lo debía haber previsto! Aquellos que le habían dicho "¡le necesitamos a usted, Bernanos"! (y ¡como un imbécil se había dejado llevar!), esos mismos le habían dejado desfallecer; esos, "sus amigos católicos", ¡naturalmente! "¡Esta era la Iglesia, la nueva Francia!" ¡En cuanto a la prensa de la Liberación, Bernanos la había sondeado:

pues bien, su prensa era demasiado "limpia"; ¡Peor aún que la "prensa sobornada". ¡Dilapidaba sin medida los fondos que había robado! ¡Qué combinaciones rastreras, qué turba de corrompidos! Era preferible el exilio que luchar con estos tipos por compañeros, aunque Bernanos no les había dicho nada. Era imposible respirar en una atmósfera parecida. ¡Mejor el fusilamiento!... "¡Sin embargo, pensaba, en todas partes se respira igual! La mediocridad nos invade... ¡En ese mundo huraño los hombres sencillos no pueden por menos de aumentar el número de los imbéciles! Pero cuando el espectáculo de la mediocridad nos deje de torturar, entonces seremos nosotros mismos mediocres de pies a cabeza. ¡No, no se apoderarán de mí, de Georges Bernanos!" La decisión estaba tomada. Esta vez se marcharía a Africa, a Africa del Norte y esperaría a que se decidiera el destino de su país...

Bernanos veía ese destino con los colores más sombríos. Desde que se había instalado en Argel se desahogaba con profecías desastrosas, que se referían a todo y a todos, y en tales términos que no dejaban de inquietar a las autoridades oficiales encargadas de vigilarle. Entonces esa autoridad tomó la prudente medida de aislarle, haciéndole pasar sus días a unos cincuenta kilómetros de Ville Blanche, en un delicioso oasis donde no tenía otros compañeros que... los monos. Desde Argel, Bernanos salió para Túnez; al principio residió en Hammamet; luego, en Gabès, donde trató de reanudar su vida, su obra, recoger su espíritu, poner un poco en orden sus problemas al sentir próxima su muerte... Un año después,

enfermo de un cáncer de hígado, se le trasladó urgentemente a París, donde se intentó una operación desesperada... Ya no le quedará a Bernanos otra cosa que "morir toda su muerte".

Morir toda su muerte.

No era el más allá lo que inquietaba a este moribundo; era la tierra, la tierra en la que tanto había sufrido, donde dejaba a su mujer y sus hijos; la terrible tierra, "el dulce reino de la tierra al que había amado tanto que no se había atrevido a decirlo"... El sacerdote que le asistió fué testigo de ([1]) cuán difícil fué para Bernanos separarse de ella, separarse de su época.

"¡Aunque no había ninguna relación posible entre las horas que estábamos viviendo ante Dios y los asuntos políticos, nos dice el abate Pezeril, Bernanos deseó hablar de ello!" Los médicos le tenían prohibidas "las cuestiones de actualidad", dándose cuenta del estado en que le ponía su enfermedad. Poco después de su operación, había bastado para "desatar su cólera" un desdichado periódico que cayó en sus manos, en el que Bernanos creyó entrever que algunos esperaban restaurar la grandeza de Francia... mediante la importación de tractores americanos: "¿Y el alma de nuestro país, gritaba; y el alma de nuestro país? ¿No han comprendido nada?"

Entre una *Vie de Jesús* que había comenzado

[1] Ver en *Georges Bernanos* las páginas tan conmovedoras y bellas del abate Pezeril: *Bernanos et sa mort* (págs. 341-358).

a escribir, y una obra polémica, una *Encyclique aux Française,* cuyo principio había ya redactado, Bernanos dudaba sobre cuál publicar primero, si Dios le daba salud: "¿La *Encyclique?,* decía. Eso es hacer de Papa. Pero después de todo, ¿por qué no habla el Papa? No hay más que poner de pie a los hombres y ellos andarán. Ellos aspiran a una cosa: a ser dirigidos, ordenados. Es lo que hemos tenido ocasión de ver en la guerra..." Y Bernanos añadía: "Yo mismo no aspiro más que a obedecer. Que hable el Papa y seré el primero en andar." Sin embargo, dice el abate Pézeril, Bernanos no estaba dispuesto a vivir: su papel era el de "a punto de partir".

Ultimos pensamientos...

¿En qué pensaba Bernanos? ¡Pensaba en su vida, en su vida llena de muertos, en el pequeño muchacho que había sido y que era "el más muerto de los muertos", pero que muy pronto iba a ocupar un lugar destacado en su vida, reuniendo hasta el último de sus años desdichados, como "un jefe joven a sus veteranos, concentrando la tropa en desorden" y entrar el primero en la Casa del Padre! Pensaba también en sus muertos, en sus padres, cuya sagrada ternura, después de haberle defendido tanto tiempo contra la muerte, había formado su corazón en la verdad eterna. Pensaba en la muerte de su madre, de su santa madre, que le esperaba en la suave paz de Dios. Pensaba en la muerte de su padre, alcanzado por la misma enfermedad que la suya, uno de "esos espantosos tumores que es

la más siniestra y la más miserable de las enfermedades para el pobre cadáver humano".

"Los primeros días, nos dice entonces, han sido los más difíciles de soportar... El horrible pensamiento es ya familiar en el presente; se le ha dado su importancia en nuestra vida, quiera o no. La necesidad de representar la comedia para el enfermo que no duda de nada, contribuye aún más a crear este hábito detestable. ¿Qué decir?, añadía. ¿No se rebela la imaginación y el corazón se colma de hastío ante la idea de que ese consentimiento se pueda leer en sus ojos? Si pudiera leer menos en mí, hablaría de mi resignación cristiana y sacaría de ello algunos ánimos. Pero yo sé que ahí reside el sueño de los apóstoles a dos pasos de su Maestro agonizante. ¡Ah, amigo, cuán cierto es que debemos morir solos! ¡Recordaré ese momento cuando haya llegado mi hora!" Sí, Bernanos debía recordarlo... Se acordaría también de sus amigos, ya que había entregado gran parte de su alma a la amistad y la amistad le había absorbido casi todo al exigir demasiado de ella. ¡"Un amigo, nada más que un amigo!", decía un día. ¡Demasiado tarde, era demasiado tarde! Pero había llegado el momento de cuidar de la salvación eterna de todos los que le habían rodeado en su vida, que se habían alejado de él, cuando no era el propio Bernanos quien se había separado de ellos. "Esos días, dice el abate Pézeril, me hablaba de las almas que creía en peligro o le eran más queridas: «A ése será necesario decirle esto... Se lo suplico, ocúpese de tal otro... Por aquel otro usted no puede hacer nada, lo sé...; pero tengo confianza, rece por él... A este otro ámele por mí, ha sufri-

do tanto...».” De esta forma surgían de su corazón nombres e imágenes (y no me cabe la menor duda de que también tuvo presente la de Maurras). Una mañana, sorprendió al abate Pézeril con esta frase: “Si tuviera aún la salud de Pétain...” Y había añadido: “La desobediencia de Pétain, ¡eso es incomprensible!... En cambio lo de Laval es natural... ¡Ah, Pétain, Pétain!” “Bruscamente el rostro de Bernanos pareció quedar ausente, dice el Padre. Sin temor a ser inoportuno, levantó la mano, hizo un signo y, como agonizante, dijo: «¡Bendigo a Pétain y a Laval!».”

Después de la operación, los médicos sabían que Bernanos estaba definitivamente perdido. Por lo menos se intentó prolongar el final, pero él mismo no se dejaba engañar y comprendía todo: “No hay remedio... Esto se ha acabado”. El sábado, 3 de julio, el abate Pézeril rezó en voz alta un Padrenuestro, y cuando dijo “líbranos del mal”, Bernanos gritó: “¡Sí..., Padre..., Padre..., por vuestro hijo Jesucristo, no me hagáis sufrir más!...” Y lo repitió varias veces. Al atardecer del domingo Georges Bernanos entró en estado de coma. En la noche del lunes murió, sin que ningún pliegue de su rostro se hubiese alterado. Sobre sus labios se había depositado una sonrisa, la sonrisa que había contenido tanto tiempo y de la que él mismo decía: “No la liberaré hasta mi muerte”.

Una vocación llena de soledad.

Era imposible que no amáramos a este hombre, y somos muchos los que conocemos el significa-

do de ese amor. Pero, ¿qué amor devolvía a cambio Bernanos? Su destino fué el de un solitario, su pensamiento el de un aislado, su vocación llena de soledad, de destierro, su vida la de un nómada, de la que renegaron o se decepcionaron todos. Corazón insolente y lleno de ternura, "hastiado de todo, harto de nada, reacio al orden y franco ante el obstáculo", tal era la imagen que le gustaba hacer de sí mismo, la de "un francés de la Francia tradicional y de la última novedad"... Recuerdo a sus "últimos amigos", cuando me decían: "Su soledad era la de un hombre que sufre con los demás, por los demás, para los demás, y esta participación de amor, de voluntad o de cólera, en la miseria humana, le aisló más irrevocablemente que el odio o la necesidad". Bernanos había vivido en esta soledad y de eso ha muerto. Por ella han sufrido mucho los suyos, los de su alrededor, sus amigos, todos aquellos que le han amado y a los que «ha hecho llevar la carga de su propia vida». "¡Qué importa, se dirá, ahí está su obra entera!" No es quitar importancia ni rebajar esta obra decir que no ha fundado una escuela, que no ha formado discípulos. Acaso, ¿no era eso mismo lo que admiraba en el destino de su maestro Drumont? De la obra de Drumont Bernanos ha escrito: "No concluye, sino que está permanentemente abierta..." Sin duda alguna, es lo que deseaba también para la suya. Lo que se trata de saber es adónde nos conduce Bernanos: ¿a un callejón sin salida o a una liberación? Su llamada, por muy apasionada que sea, nos parece oscura, es la de un espíritu situado en "ese punto extremo, peligroso, desde

el que es posible deslizarse hacia el terrible destino de las criaturas llenas de confusiones".

Este sediento de justicia...

El sentido apasionado de la justicia ha sido el estímulo de Bernanos y la incesante ofensa de la injusticia la pólvora de su ira. "Es cierto, decía, que me agobia el espectáculo de la injusticia, probablemente porque despierta en mí la conciencia de la parte de injusticia de que soy capaz. De lo contrario, trataría de esperar pacientemente a ejemplo de los santos, nuestros padres, el advenimiento del Reino de Dios. Aceptaría la injusticia, toda la injusticia; bastaría con que tuviese fuerzas para ello." Bernanos no ha tenido esa fuerza, ya que su violento temperamento era débil, y eso es, a pesar de todo, lo que hace anárquica su protesta. Bernanos no fué personalmente salvado de la anarquía más que por su fe.

Pero la verdad se ahoga en él; Bernanos había sido, para ella, una cárcel, de ningún modo un faro, hasta que la liberó su muerte. Aún aquí, Bernanos ha defendido su protesta y es ella la que ha identificado con la justicia. Si, a pesar de todo, tuvo sus razones para ello, "nunca se han remediado las faltas contra la justicia, planteando a cada instante la terrible cuestión de lo justo y lo injusto..." Sus "amigos", las grandes abstracciones, han acabado obligándole a menospreciar lo real y a perseguir con sus sarcasmos a los realistas. ¿Era necesario ceder todo ante el caos? "Es una profunda desgracia que una sociedad carezca de justicia, pero eso puede con-

servarse y subsistir bien o mal y quizá más mal que bien. Sin embargo, no hay justicia sin sociedad." Y para no seguir aceptando la lección política de Maurras o desfigurándola, Bernanos ha terminado por odiar a la sociedad entera, por abandonarla a su miserable destino. "Es preferible el mal, el mal absoluto a la mediocridad"; así reacciona Bernanos. En este todo o nada se desliza la anarquía. Acudir al espíritu de rebelión, depositar la esperanza "en manos de los insurrectos", esperar de ellos que aticen el fuego de las fuerzas espirituales equivale a abandonar todo al desorden y al caos para que las fuerzas espirituales se consuman en él. El espíritu tiene necesidad de un cuerpo para imprimirle su aliento, para moverle con su soplo: de otro modo, el Verbo no sería más que un viento devastador que lanza el rugido de su fracaso sobre un desierto de sepulcros y piedras muertas. ¡Sin duda alguna, para el mundo son necesarios los profetas y también los sedientos de justicia! Son la levadura y la sal de la tierra. Bernanos fué ese profeta; su obra contiene el germen de esta levadura y esa sal, pero la masa se ha agriado.

Una antígona judía.

Nada más significativo que el encuentro de Georges Bernanos con Simone Weil, esa Antígona judía. Fué durante la guerra española. Partidario en un principio de José Antonio—su hijo Ives había luchado en las filas falangistas, cuando los rojos desembarcaron en Mallorca—, pero trastornado después por los horrores de la guerra

civil tanto como por la actitud del clero de la Isla, Bernanos trazó, en *Les grandes cimetières sous la lune,* su solitaria protesta que debía colocarle entre los enemigos de Franco. ¡Simone Weil fué quizá la única en comprender el sentido de un tal mensaje que expresaba con pasión lo que ella misma había experimentado en el lado rojo la misma inmensa decepción, la misma sed rabiosa de absoluto! Lo que Simone Weil esperaba de la guerra española era la victoria y la liberación de los desgraciados. Se había alistado en las filas rojas al descubrir aquí una ocasión para arriesgar todo por su ideal. Entusiasta más que combatiente se enorgulleció, nos dicen sus amigos, de no haberse servido jamás de sus armas. Uno de ellos nos relataba no hace mucho esta historia admirable: un día, uno de sus camaradas milicianos quiso que formase parte del pelotón que iba a fusilar a un cura condenado a muerte: "¿Qué ha hecho"?, preguntó Simone Weil. "No sé nada", respondió el otro... ¡Pero es un cura y eso basta!" Simone Weil en seguida tomó la decisión de unirse al pequeño pelotón de milicianos que habían sido designados para la ejecución, con la intención de ponerse delante de los fusiles y cubrir al sacerdote con su cuerpo. Pero este sacrificio no se llegó a realizar porque el condenado había podido huir antes de que lo ejecutasen...

Cuando Simone Weil hablaba de esos acontecimientos de su vida—en las pocas ocasiones que lo hacía—era para dar fe de éste o aquél compañero de armas, pero también para lamentar la desaparición de sus sueños. La carta que escribió entonces a Georges Bernanos es la declaración

de esa inmensa decepción: "He encontrado, le dice, franceses apacibles que hasta ahora no despreciaba, que no habían tenido la idea de ir a matar, pero que se bañaban con verdadero placer en esta atmósfera de sangre. En el futuro no podré tener ninguna estimación por ellos. Una atmósfera como ésa hace desaparecer el objetivo de la lucha, puesto que no se puede formular el objetivo más que refiriéndolo al bien público, al bien de los hombres, y los hombres no tienen ningún valor por sí solos". Y Simone Weil añadía con tristeza: "Nos alistamos como voluntarios, con ideas de sacrificio, y vinimos a caer en una guerra de mercenarios, cruel y sin ningún sentido del respeto humano".

Esta es Simone Weil, tal como Gustave Thibon nos la ha descrito. Dispuesta a depositar en sus compromisos políticos la pasión que ponía en todo, pero lejos de "idolatrar" una idea, una nación o una clase, Simone Weil sabía que "lo social es por excelencia el dominio de lo relativo y del mal y que, en este orden, la obligación del alma sobrenatural no consiste en adoptar un partido, sino en tratar de restablecer el equilibrio, inclinándose del lado de los vencidos y los oprimidos". ¿Acaso no es este impulso de su alma el que la hizo escribir a Bernanos, confesarse a este hombre de "ideas políticas" tan distintas, y expresarle su "viva admiración"?

"Desde que he estado en España—le escribía ella—, desde que oigo y leo todo género de consideraciones sobre España, no recuerdo a nadie, excepto a usted, que, según mis noticias, haya vivido en la atmósfera de la guerra española y la haya soportado. Usted es monárquico, discípulo

de Drumont, ¡qué me importa! Usted está más cerca de mí, sin comparación, que mis camaradas de las milicias de Aragón, esos camaradas que, a pesar de todo, lo estimaba".

Y aunque no quisiera prolongar tales confidencias, Simone Weil añadía: "Lo que usted dice del nacionalismo, de la guerra, de la política exterior francesa de la posguerra, me ha conmovido. Tenía diez años en la época del tratado de Versalles. Hasta entonces, había sido patriota con toda la exaltación de los niños en tiempos de guerra. La voluntad de humillar el enemigo vencido, que proclamaban todos en este momento (y en los años que siguieron) de una manera tan repugnante, me liberó, de una vez para todas, de ese patriotismo ingenuo. Las humillaciones infligidas por mi país son más dolorosas que las que él puede sufrir".

De esta forma, Bernanos y Simone Weil estaban unidos fraternalmente por una misma necesidad de situarse al lado de los humillados, de los débiles, del pueblo, de los niños. ¡Oh, terrible y divina pasión! Esa es la imagen que desearíamos conservar de Georges Bernanos. Ningún partido, ninguna facción, ninguna ideología tienen derecho a reclamar ni a Simone Weil ni a Bernanos. Nadie puede ya considerarles como maestros del pensamiento o directores de conciencias, aparte de que ellos no hubieran querido serlo. Pero su diálogo se establece en las alturas de un orden sagrado.

En efecto, ¿cómo es posible pensar en la justicia sin restablecer un cierto orden, un orden verdadero, el de "las leyes no escritas" que simboliza Antígona? "Antígona, virgen y madre del

orden"; así era como llamaba Maurras a la hermana de Polynice, este Maurras a quien Bernanos creía apuntar cuando decía: "Prefiero el desorden que se reconoce como desorden al desorden que se define como un orden". Pensando en la palabra revolución, Bernanos había acabado por desoír la palabra de Maurras, su profunda palabra: "No, enseña Maurras, no es Créon el que crea el orden, el que tiene la pasión del orden... es Antígona", pues Maurras considera como "impías" las palabras de un jefe que pretende que "existe la obligación de cumplir todas las órdenes, pequeñas o grandes, justas o no". ¿No es la justicia uno de los principios y uno de los fines de su autoridad? "Eso es, nos dice Maurras, la indisciplina y la anarquía bajo la apariencia de la autoridad y del Estado. ¿Quién viola las condiciones del hombre, de los dioses, de la ciudad? ¿Quién las desafía a todas? No es Antígona, es Créon; el anarquista es él..." Y en estos dominios dejaremos a Bernanos y a Maurras unidos, reconciliados...

"Auténticos amigos en las alturas azotadas por el viento..."

A través de la guerra, la guerra que había sido "el hogar de nuestra juventud", Bernanos y sus semejantes están profundamente unidos a nosotros. Nuestra vida ha permanecido fiel a esta amistad. Somos hijos de la guerra: la guerra se ha apoderado muy pronto de nosotros y, en realidad, nunca hemos hecho otra cosa que sufrir sus consecuencias. Nuestros más jóvenes compa-

ñeros "no podían valorar ni una mujer ni un niño", cuando de pronto vieron, en 1914, abrirse ante sus ojos las puertas de la guerra. Los de más edad, aunque aún de pocos años, apenas habíamos intentado la aventura más peligrosa: la creación de una familia, la fundación de un hogar; apenas habíamos corrido ese riesgo, aún no nos sentíamos abrumados por él, cuando de pronto fuimos separados, aislados, arrojados a un mundo, a una vida a la que, en adelante, consideraríamos como nuestro mundo, nuestra vida. Después de un armisticio de varios años, la guerra nos dominaba por segunda vez volviéndonos a llevar a esas regiones que no hemos abandonado nunca, y que conservan nuestros secretos más profundos, en donde habíamos dejado nuestras almas con los cuerpos de nuestros amigos. Durante veinte años, esa guerra no ha cesado de mantenernos bajo su ley, ya que quizá la más seria, la más decisiva de las guerras es aquella que se hace cuando ya no se combate. De ella hemos conservado una "huella tan profunda en la memoria, una impresión de impotencia para olvidar, una herida tan honda en la comisura de los labios", que sólo la muerte podrá destruirlas. Pero también hemos traído con nosotros la Esperanza, una esperanza que no ha dejado de consumirnos, una esperanza que es inasequible al "soplo de la muerte". "La mirada divina se había posado sobre nosotros, esa mirada tan penetrante, tan tierna", que aún hacía estremecer a Bernanos cuando, en 1919, al regreso de la guerra, de esa guerra a la que había hecho frente, a la que habíamos sabido realmente enfrentarnos, decía: "En este tejido de instintos, de hábitos ad-

quiridos o heredados, en la carne y en la sangre, algo nuevo ha aparecido, algo nuevo se ha conmovido irreparablemente, de una vez para todas. ¡Se ha acabado: ahora no podemos engañarnos acerca de nosotros! Es necesario liberarnos, o, de lo contrario, morir". Esta era la comunidad de nuestros destinos.

En ese mundo en el que no se iba a acabar nunca de disputar entre la fuerza ciega y la frivolidad liberal no podíamos ya ocupar un puesto. En una palabra, nosotros deteníamos la historia. Nuestra angustia, esa angustia que aún no ha terminado de acosarnos, era detenerla para nada. Diez años después, en el momento en que nuevas amenazas se cernían sobre nuestras cabezas, el grito que Bernanos nos lanzaba desde el fondo de nuestro pasado debía alzarse con insospechadas resonancias: "Auténticos amigos en las alturas azotadas por el viento, compañeros de noches furiosas, soldados firmes, inflexibles, magnífica mandíbula oprimida durante tres años sobre la garganta alemana; auténticos amigos que recibisteis un día en pleno rostro el chorro hirviente de la arteria y la sangre del corazón enemigo... ¡Oh, adolescentes... el Once de Noviembre bebimos el último vino de nuestras viñas, el Once de Noviembre!"

No teníamos más que una forma de vida que ofrecer. Y no era por los miles de muertos por lo que esta época era trágica, sino porque señalaba un límite en la historia del mundo. Eso nos había enseñado la guerra y, en adelante, iba a dar un significado a nuestros trabajos y nuestros días.

Eso es—ya lo he dicho—lo que hizo volver

nuestra mirada hacia "Acción Francesa", que, por lo realizado en la guerra, por sus magníficos servicios de guerra, veía aumentar su influencia, reuniendo a casi todos los jóvenes de nuestras generaciones. No me refiero aquí sólo a los incorporados, a aquellos que en 1919 formaban parte del cuerpo de "Acción Francesa" o llegaron a ser sus colaboradores más inmediatos, sino a esos jóvenes escritores que, quizá, no tuvieron nunca un contacto personal con Charles Maurras, un Drieu La Rochelle, un Montherlant, un Malraux y que debían permanecer siempre "al margen" de su movimiento.

Drieu y el secreto de las trincheras.

"¡La guerra, los Dadas y *Acción Francesa!*, decía entonces, con su amable desenvoltura, Pierre Drieu La Rochelle al joven Martín du Gard, enumerando sus propias experiencias. Sucedió durante uno de esos largos paseos que sólo el París de 1920 permitía aún dar. ¿De qué charlaban estos muchachos? De la guerra, de esa guerra de la que Drieu no terminaría nunca de hablar. Y Martín du Gard miraba a ese Drieu La Rochelle que deambulaba a su lado como un niño mayor extraviado en el mundo de la posguerra, errante, titubeante, sin afecto y viviendo con sus fantasmas... Drieu pertenecía a otro mundo. Cinco años bajo las armas, cuatro años en la guerra, en la fascinante, agotadora soledad en que la guerra nos había obligado a vivir como monjes, impedían a Drieu y a sus camaradas librarse

de esa imagen... Ese secreto, el "secreto de las trincheras", era el suyo y el nuestro...

La humildad, el espíritu de silencio y, en esta servidumbre, una especie de libertad interior, hecha de austeridad, de desaparición anónima, de renuncia a la felicidad material, a las cosas exteriores..., tal había sido durante cuatro años nuestra vida. Esa guerra nos había exigido todo y, en particular, por su misma naturaleza, por sus necesidades físicas, su severidad taciturna y hasta su color, ciertas virtudes que no se podían creer propias del soldado, y que ningún ejército, en ninguna época, había necesitado. ¿Qué trampa, qué reclusión debió parecer semejante espectáculo de abandono, esa visión más profunda, más real, de la muerte, esa soledad tan severa, esa sociedad de almas fraternales, mantenidas por un mismo fervor? Cada uno se cavaba allí su tumba, ya eligiese el pico que profundiza la tierra o la pala que la arroja al exterior. "Somos —decían nuestros camaradas— penitentes, monjes de conventos nómadas cuya regla es el honor, y nuestro honor consiste en sufrir y ser perpetuamente vencedores de nuestro sufrimiento", ya que había que dar por descontado el amor a Francia. Por la guerra habíamos vivido en un estado de gracia incomparable; por ella habíamos descubierto nuestras almas. ¿Cómo no íbamos a querer salvar lo que nos había salvado? ¿Cómo no íbamos a estar dispuestos a llevar a cabo esa obra, a terminarla?

"Amaba eso, no poseía nada, vivía como un monje", decía, como en sueños, Drieu La Rochelle al joven amigo que le acompañaba aquella noche por casualidad, bajo la luz nocturna del

bulevar de Courcelles, donde vivía entonces. ¡Qué gran contraste ofrecía este muchacho alto, de ojos azules, de cuerpo atlético y fino, que parecía un estudiante de Oxford en su traje de paño escocés, con aquel otro que había sido y que tanta desolación le producía no ser ahora ese soldado arrastrado desde Charleroi al Marne, desde Champagne a los Dardanelles, desde Artois a Verdun...! Después, con una especie de amargura, Drieu había evocado su partida hacia la gran aventura: "¡Sin odiar a nadie amaba, amaba a Francia y a los compañeros! ¡No detestaba a los alemanes...! Sin embargo, me prometía no abandonarme al cuartel hediondo, a la estupidez militar, a los diplomáticos imbéciles, a los pobres derrengados que se me habían unido en esta horrible confusión..." Esa larga penitencia debía formar su conciencia, pues la guerra plantea problemas sólo a los que la hacen, acelera su urgencia, hace avanzar a las ideas, las lanza a un galope desenfrenado, las motoriza. Y en las trincheras Drieu se había planteado sus "interrogantes", en las que predominaba un grito de orgullo por su generación y de desprecio hacía las generaciones anteriores. Con su Pascal y su Zaratustra siempre en el morral, entre su lata de carne y su cantimplora, Drieu había regresado en 1919 con el gusto por las cosas grandes y fuertes, el amor por la potencia. Pero ante esta Francia exangüe, debilitada, vacía de sangre, con una natalidad deficiente, Drieu iba muy pronto a lanzar su voz de alarma, sus verdades desagradables, con esa pasión amarga y tranquila, esa insatisfacción que vivía en el fondo de este inquieto solitario "exagerando sus faltas, sonrién-

do maliciosamente a su cualidades positivas". ¡Ah, cuán parecido era a los héroes de sus libros, a esos personajes que nos enseña, siempre en equilibrio entre una espiritualidad noble y las ambiciones destruídas por el sufrimiento ante el espectáculo de la humanidad que lucha contra sus fatalidades, pero confía, a pesar de todo, en los restos de una seguridad nacional! Nuestra creencia era esa profunda seguridad consustancial con Francia; y el día en que le pareció que ella se desmoronaba, Drieu se dejó arrastrar hacia un callejón sin salida el final del cual le esperaba el suicidio.

Drieu había prolongado demasiado tiempo sus curiosidades literarias y su pensamiento se vió obligado a seguir varias pistas falsas antes de liberarse totalmente. ¡Cuántas ideas habían "cubierto" a Drieu La Rochelle! Casi tantas como mujeres, por avidez, por debilidad, por tedio también. Todo cuanto había en él de ánimo, de desinterés, acabaría un día por desaparecer. Este era el muchacho que Maurice Martín du Gard había encontrado aquella noche de 1920, en París. "No tiene alegría, decía entonces. De pronto aparecen en él violentos anhelos de una Francia limpia de todo engaño y de toda falsa democracia." Y añadía: "Tenía la impresión de ir unas veces con Hamlet y otras con Drumont". Aquella misma noche Drieu le había dicho esta extraña frase: "Clemenceau me ha confesado que si pudiese volver a empezar su vida, pertenecería a *Acción Francesa.*

Un diálogo mudo.

Drieu había vuelto a la paz por medio de *Acción Francesa,* pero completamente solo, como lo había estado en la guerra. Nunca obedecía a *Acción Francesa* y la abandonó sin que se supiera por qué. "Durante varios años, decía en 1923, he sostenido con *Acción Francesa* un diálogo mudo y continuo. Fuertemente atraído por la calidad de sus hombres, con quienes no tengo ninguna relación personal, lucho contra sus ideas porque me dominan".

Drieu trataba sobre todo de definirse a sí mismo en relación a "Acción Francesa" y demostrar sus diferencias con ella en esta respuesta a la *Enquête sur les Maîtres de la jeune littérature* que acababan de publicar Pierre Varillon y Henri Rambaud...

"Impresionado por su crítica de la democracia, completamente desinteresado por el argumento monárquico, soy, les decía, un tipo de republicano que cree que del capitalismo nacerá una aristocracia de tendencia comunista. Pero éste no es el problema, añadía. La crítica radical ejercida por "Acción Francesa" contra el romanticismo y el siglo XIX se estrella contra mi oposición razonable, minuciosa, pero exacta... Estoy en plena rebelión contra la mayoría de las consecuencias del romanticismo... Pero la condenación brutal y fanática de un Lasserre, su nueva crítica, todavía más extrema aún, que acaba de lanzar Léon Daudet en su *Stupide XIXe siècle,* por muy agradable que me parezca su humor, por muy justos que me parezcan ciertos apartados y va-

rias ideas principales, si son francas en el campo político, no pueden ser aprobadas sin hipocresía por un joven literato que ha encontrado más alegría que en Racine y Pascal en Vigny, en Baudelaire, en Rimbaud, en Chateaubriand, Stendhal y Barrès y considera a todos como auténticos románticos, al mismo tiempo que genios «que proponen las reglas clásicas eternas»."

¡Drieu era un literato! Rechazar aquello que no necesita y le estorba, ir de influencia en influencia y, bajo el pretexto de adquirir el derecho a la libertad, rebajar lo que antes había ensalzado..., tal es el itinerario de esta inteligencia más apasionada que firme, que sufría demasiadas influencias. Este gusto por la independencia le hizo mostrarse conforme con los Dadas, ponerse al lado de André Breton, de Aragon. Sólo por un cierto desprecio hacia todo lo establecido, para no privarse de gestos que podrían sacudir este mundo que le parecía caduco. Por muy lleno que estuviese Drieu de preocupaciones "inevitablemente tradicionales" ("no hay elección posible", decía), su mirada estaba fija en aquellos que se arriesgaban a perder todo para ganar todo. Sería preciso hacer la historia de sus ilusiones rotas para intentar comprender a este "errante del pensamiento". Drieu apenas tenía un pensamiento propio y en las ideas que utilizaba había introducido de buena fe muchos elementos destructores. Toda su vida ha permanecido en el estadio de la adolescencia, cuyo rostro y aspecto ha observado. Sin embargo, nadie ha intentado como él unirse a una comunidad potente y sólida y ha demostrado un interés como el suyo por encontrar los fundamentos de la disciplina

universal, a las cuales pudiera ofrecer su sacrificio. De ahí que en el desorden de una obra, a fin de cuentas "incompleta", existan algunas partes duraderas; son aquellas que, para salir de sí, de su abandono abominable, Drieu había reunido, pensando en Francia, meditando sobre su aventura histórica, nutriendo su inspiración con los grandes temas, capaces de elevarle por encima de sí.

Un balance.

Echemos primero una ojeada al balance que Drieu hizo de las tendencias disparatadas, de las influencias contradictorias, a través de las que había tratado de encontrar la armonía entre el mundo y él: "Yo había sido educado en un colegio católico, nos dice, y por tanto, según la mejor tradición, a los diecisiete años creía ser un socialista, un antirreligioso (sin embargo, no pacifista). La víspera de mi examen de Bachiller, con el fin de descansar, leí las *Pages de Sociologie,* de Bourget. Bruscamente descubrí la reacción; apareció Maurras, *Acción Francesa,* Bainville, Georges Sorel y, a través de ellos, me vi sujeto a la larga cadena de los reaccionarios franceses: Bonald, Maistre, Balzac, Barbey, Villiers. Todos venían a aumentar la impresión formidable que había recibido a los dieciséis años en Oxford: ¡Nietzsche! Recordando de todos ellos me admiro de cómo todo ha conspirado para darme una enseñanza reaccionaria". Y Drieu añadía:

"Después de todo, ¿por qué no me he inclinado del lado de las izquierdas? Quizá porque no

había nada importante en ellas. Jaurés no me interesaba lo más mínimo. La literatura sindicalista era muy especial. Para ella, ¡lo mismo era evocar a Voltaire en un velador que exigir de Anatole France un principio de vida! Los grandes socialistas, Marx, Proudhon, pertenecían a otra época. La enseñanza republicana de Péguy tenía un sentido pasado de moda; también era reaccionaria, mucho más que la de Maurras. Sólo Pauld Adam me unía a la tradición liberal democrática. Nunca podré expresar mi gran admiración por la epopeya nacional que ha escrito en honor de nuestros antepasados que soñaron con la Revolución durante más de cien años y que, no habiendo perdido por su culpa un reino, han construído imperios y repúblicas y han consumado un magnífico sacrificio".

Drieu había encontrado esta contradicción en Barrès, y, sin embargo, sólo pudo defenderse de la influencia de Maurras apoyándose en los puntos de que Barrès le había hablado siempre. Barrès le había acogido con una tal generosidad que sólo sus amigos saben lo que humanamente esto quiero decir. Para los demás me es suficiente transcribir estas líneas de los *Cahiers,* de Barrès: "No sé lo que me salvó... Sí lo sé: ¡la política! ¿Por qué creo en la política? Sobre todo, la debo la vida. Tengo miedo de la vida, de las catástrofes físicas, de los horribles sufrimientos. No teniendo ni revólver ni cloroformo, me siento desarmado contra las maldades del destino". Tales son las secretas afinidades de Drieu con Barrès.

Hay mucha influencia de Barrès en el trágico destino de Drieu La Rochelle, pero del peor,

del que Barrès no ha podido dominar más que guiado por una especie de instinto superior. Sin embargo, Drieu había intentado—¿qué es lo que Drieu no había intentado?—luchar contra el maleficio del primer Barrès, escapar a sus sortilegios, rechazar su veneno y unirse a un nacionalismo doctrinalmente más fuerte. ¿No me escribía esto en 1933, en la primera carta que me envió para exponerme todo lo que le acercaba y le alejaba de nuestras doctrinas?

"Todos los años releo algunos libros de Barrès, y cuanto más avanzo más admiro el escritor y menos me satisface el pensador. Sin duda se debe a que hemos asimilado enteramente todo lo que podía haber de nutritivo en él. Pero para soportar su subjetivismo totalmente seguro de sí tengo que hacer un gran esfuerzo histórico. Hay una gran confusión en el culto del yo y cierta incapacidad para disimularla. Por último, los objetos a los que se ha ligado Barrès, cuando había encontrado un método por muy poco objetivo que fuese, me parecen insuficientes y mal encadenados. En su culto a los muertos, por ejemplo, hay aún demasiado placer novelesco por la muerte. Pero, ¿quién, desde hace medio siglo, ha tratado con una forma tan enérgica la tradición de la lengua?"

Y a este respecto, añadía Drieu: "¡Cuán conveniente es oponer su riqueza a la pobreza de Anatole France! ¡Ah, no me agrada que Maurras haya conocido tanto a France!"

"Soy de formación católica".

Al escribir, en cierta ocasión, en la "Revue Universelle", que Drieu La Rochelle permanecía indiferente al fondo de la inspiración de Claudel, a su "exclusiva preocupación religiosa", Drieu se había creído en la obligación de responderme:

"Exclusiva, atenúa la fórmula de excomunión, y gracias a esa palabra quizá no sea condenado... Sin embargo, aprovecho esta ocasión para indicarle que existe en el fondo de mis primeros ensayos una preocupación religiosa que no han tenido tiempo de ocultar aquéllas, más temporales, que me han llenado mi vida: la preocupación por Francia, la salud corporal, por ejemplo... En cada uno de los pequeños libros que he publicado hasta aquí siempre he señalado un norte (que a veces tenía, debo reconocerlo, un aspecto blasfemante), norte que volveré a encontrar. Soy de formación esencialmente católica, no lo he negado nunca, ni incluso puesto en duda, pero las interpretaciones heréticas no me desagradan.

"Y Claudel, antes que Rimbaud, es quien precisamente me ha abierto el camino por el que me aproximo, paso a paso, no diré a la fe, pero sí a una práctica más constante.

"Me molesta profundamente ser como muchos otros que creen y abandonan el catolicismo con una gran facilidad."

¡Quizá lo que le ha faltado a Drieu La Rochelle es un gran amigo católico... y otras relaciones! Si había recibido de los libros una fuerte doctrina conservadora y restauradora, en todo lo que a costumbres se refiere, en literatura no

había encontrado a su alrededor más que ejemplos desoladores de frenesí individual.

En la época del Boeuf sur le toit.

Era la época del *Boeuf sur le toit.* Veíamos por entonces a Drieu y a sus amigos en los bares, entre esa "juventud lamentable que había vuelto de la guerra y de la orilla de la muerte con un aspecto grave, insatisfecho" y para la que "todo era una ocasión favorable para perderse y aniquilarse". En la calle Boissy-d'Anglas, en el bar de Moysës, hacia la una de la madrugada, Drieu entraba con Rigaud, con Crevel: su elevada silueta se destacaba en el espejo, donde Cocteau había grabado su nombre y su corazón estrellado. Entre las mesas, Drieu iba estrechando las manos. Allí, en medio de jóvenes bellezas peinadas con un estilo varonil, Paul Morand, Jacques de Lacretelle, René Clair, Maurice Sachs, el pequeño Radiguet de las mejillas de fuego, se proveían de imágenes mientras fumaban y bebían alcohol, y Poulenc y Auric, al piano, sonorizaban ese "film" de nuestras noches de posguerra. Incluso hasta Mauriac y Maritain fueron allí, algunas noches, extraviados entre esa juventud. Drieu había vivido esta vida. En este juego corría el peligro de perder su equilibrio. ¿No era ese lento suicidio lo que más le interesaba cuando creía vivir de esa forma? En otros momentos se le veía concentrarse y volver a los grandes problemas que durante toda su vida trató de resolver, a las preocupaciones por Francia, por Europa, por el mundo, no por ambición (de eso carecía comple-

tamente), sino para ponerse de acuerdo con las preocupaciones de su época, para desahogar su propia vida, entregándose incluso a la ilusión de vivirla en su plenitud, llevando a cabo un acto viril, un acto de valor, y quizá también para vencer la acumulación de irremediable desesperación que en su interior sentía. En ese miedo de dejar escapar aquello que pudiese, al fortalecerle, distraerle, ¿hasta dónde le han llevado sus engaños? Nietzsche es el origen de esta serie de aventuras frustradas, agotadas, en las que Drieu debía muy a menudo confundir el activismo con la acción, la violencia con la fuerza. Nietzsche y la energía, a cuyo triunfo Drieu había dedicado un culto. ¿No es esa desequilibrada energía en la que el desdichado trataba de satisfacerse la que ha acabado por destruirle, empujándole hasta el suicidio?

Si Drieu La Rochelle hubiese creído más firmemente en su obra y hubiese considerado la literatura como un fin—para él fué siempre un medio de exaltar la vida—; si hubiese sido un poeta más profundo (ya que, en su propio arte aparecen una cantidad considerable de disparates, de los que Drieu no pudo jamás liberar su estilo), quizá, como Montherlant, se hubiese salvado del precipicio... Se dejó devorar por lo cotidiano, concentrando en él todo su esfuerzo. Mortificado, Drieu acabó por sumirse en la noche.

Montherlant.

Es distinta la lección que Montherlant nos aporta desde "las alturas azotadas por el viento".

Ella encierra un sentido de grandeza, un gusto por las cosas superiores, una elevación del alma por el sacrificio, al tiempo que una lucidez implacable, una especie de negativa congelada ante los espejismos de la eternidad. "El haberse encontrado al nivel de la muerte prepara para estar al nivel de la vida", decía después del gran relevo. "El desgarramiento de la tierra, la explosión de los proyectiles, el fuego como algo vivo junto a nosotros, con nosotros, han contribuído a dar su verdadera categoría a las pretendidas manifestaciones extraordinarias de los seres." Esta amargura, este "pan de los fuertes", es lo que a él más le interesa. De todo ello se ha nutrido el estilo de Montherlant, el lenguaje más bello, más seguro que hoy se escribe. Entregarse a la vida, no para vivirla, sino para servirse de ella; apartar a los seres del río de las cosas y de su caducidad para instruirlos en el arte, con la única finalidad de perpetuarse, ¡tal es la misión magnífica que se ha reservado Montherlant!

¿De qué acusa a Maurras, a quien al principio acoge como a uno de sus maestros? "De haberse entregado a la vida, dejándose devorar por ella; de haber sacrificado la perpetuidad del arte en el altar de la patria." "No es seguro, dice, que eso sea un sacrificio, puesto que lo que se ha elegido se elige por vocación." Pero, por su parte—ya se trate de pobreza o grandeza, o sólo de tomar a burla esa locura sagrada que ha poseído a Maurras—, Montherlant se aleja de ella como de la peor tentación: "Mi cuerpo jadea, mi espíritu se congela; siento, dice, que se apodera de mí la desesperación si tengo que unir mi esfuerzo a lo fugaz... No, no discutiré con Maurras, no discu-

tiré con Créon". Mas si su desconfianza en las idolatrías le obligan a decir: "Es posible pensar sólidamente sin Maurras, es posible expresar un pensamiento coherente y firme en un gran lenguaje sin Maurras", no desprecia, sin embargo, lo que a él le debe. "Como todo el mundo, dice, he recibido destellos de la luz que derrama, y si no cometí cierto número de estupideces en una época que no hemos de considerar ahora, fué porque Maurras existe. Los jóvenes que pueden aplicarse esta frase podrían formar un ejército. Nunca he leído una necedad en Maurras. Este elogio puede parecer un capricho... ¡Pero no lo consideréis de esa forma!" A fin de cuentas, ¿qué es lo que había conservado de Maurras Henri de Montherlant? "A los quince años, dice, estaba ya modelado por la antigüedad. No he leído a Maurras, hijo de la antigüedad, hasta los dieciocho años. No es fácil precisar lo que él ha creado en mí y lo que solamente ha excitado o determinado en mi propio pensamiento. Pero hay un deseo de claridad, una tendencia de concretar lo real, un horror a la afectación y a la falsa literatura que sólo debo a él y a nadie más. A todo escritor que estimo le deseo que sufra esta misma influencia." Y Montherlant añadía: "Las virtudes maurrasianas pueden ponerse de acuerdo con la imaginación creadora más alada, si se entiende que sólo una renuncia temporal a la gran inteligencia permite formar parte de la vida. Una inmensa gloria colmará el lugar de este encuentro". Con esta "inmensa gloria" es, quizá, con lo que más ha soñado Montherlant, pensando que le permitiría—si él fuese el lugar de ese encuentro—el más absoluto, el más extraordina-

rio empleo de sí mismo. Pero, ¿cuál ha sido el resultado de esta unión con Minerva? Una especie de monstruo con cabeza de toro, cuyos movimientos animan inteligencia y honestidad—esas virtudes maurrasianas—. Sus movimientos son los de un novillo que retrocede con el mismo ímpetu que se lanza hacia la capa del chulo, si se puede expresar con esta imagen la idea estimulante que le hace arrancarse en el ruedo. ¿No es esta alternativa de avance y el retroceso la actitud esencial que gusta a Montherlant? De aquí sus "contradicciones", sus desprecios. Cuando se manifiesta católico tradicional, católico por adhesión al orden público y, sin embargo, anticristiano, ¿cree Montherlant verdaderamente que "el paganismo maurrasiano" es el que excita su capacidad de desprecio por la humildad y la piedad? ¿No es en el "nitzcheanismo", por el contrario, donde Maurras no ve más que una fuerza oscura y bárbara? Y cuando opone el Tíber al Oronte, ¿no pretende Montherlant oponer Maurras a Barrès o simbolizar el diálogo de esos dos grandes políticos que le han traído siempre alternativamente? Pero Montherlant se sitúa más cerca de Barrès que de Maurras. Si tuviese que definirse se definiría a sí mismo, como hizo Barrès cuando alguien le propuso "enrolarse". Nunca vimos a Montherlant firmar otros manifiestos que los suyos. ¡Ah, cuán difícil es a Montherlant liberarse de Barrès, de ese que llama el Príncipe: "Barrès, dice, me ha revelado a mí mismo, me ha prestado su expresión para que, con su ayuda, encuentre la mía". Pero también había pedido a Maurras que le ayudara a encontrarse, que precisara lo que antes ya existía en él, pues

para Montherlant lo que importaba era "lograr definir su espíritu".

El día del entierro de Plateau.

Pero Montherlant, como Drieu, ¿no ha sentido a veces la tentación de unirse a los "otros", salir de su soledad ("Le agrada estar solo, se ha dicho, pero delante de los demás") para unirse a la vida, para estar al mismo nivel que ella—aunque sólo fuese para "avivar" el ritmo del tiempo—, y no ha fracasado su respuesta a la llamada que en determinados días, a determinadas horas, en determinados "solsticios" y determinados "equinocios" siente surgir en él?

Recordaré siempre—y esta escena ha tenido para mí un valor simbólico—el espectáculo que en 1923 Montherlant y Drieu La Rochelle me ofrecieron, sin saberlo, el día del entierro de Marius Plateau, a quien la hija de un policía, Germaine Berton, no pudiendo matar a Maurras o Daudet, había asesinado en las oficinas de *Acción Francesa.* El funeral había tenido lugar en la calle Saint-Dominique, en la iglesia de Saint-Pierre du Gros-Caillou. En las calles cercanas, desde el Alma hasta la Escuela Militar, partidarios de *Acción Francesa* se habían agrupado con sus banderas, sus coronas... Una inmensa muchedumbre se congregaba. Más de veinte mil monárquicos seguirían el féretro hasta el cementerio de Vaugirard. Montherlant y Drieu no entraron en la iglesia ni se unieron en un principio al cortejo fúnebre. Pero por la avenida Bosquet,

a lo largo de las paredes en que se apoyaban las coronas y los ramos de flores, avanzaban juntos. ¿Por qué habían venido, por qué deseo? ¿Quizá para responder a una pregunta que se hacían con más o menos claridad a sí mismos? Imagino su diálogo. Era el momento crítico para los jóvenes de su edad, que por su adolescencia estaban unidos a la preguerra y a la guerra por los primeros libros leídos y sus primeras pasiones; aquellos para quienes Barrès, Maurras, Péguy habían existido con sus ideas sobre el mundo y sobre el hombre, ideas de grandeza, de nobleza, de servicio y amor a Francia, realidad candente y viva. Y ahí, frente a ellos, cuatro años después de la guerra, había una joven víctima que encarnaba todo eso y que ciertos poderes perversos acababan de abatir... Pero, ¿cuál era el valor de la causa de este mártir o, mejor aún, qué representaba, cuántos hombres había reunido y qué clase de hombres, de qué edad, de qué ambiente, de qué origen social? ¿Cuáles eran sus destinos, cuáles sus energías y su futuro? Esta inmensa muchedumbre humana, ¿no era más que una ola que se elevaba a tanta altura que el mar debía apartarse, o era la primera resaca de la marea que iba a romper de un solo golpe el dique? Parecía como si estos dos paseantes, que quedaban a un lado sin mezclarse con la gente, pesaran todo eso, como si se tratara de su propio destino. ¿Alistarse, servir? Pero, ¿acaso el éxito radicaba ahí? Los dos habían aprendido de Barrès que en política no hay más que un criterio: el triunfo. Sin duda alguna, Drieu y Montherlant comprendían y sentían lo patético de esta jor-

nada, su canto fúnebre...' Pero, ¿qué vida, qué ímpetu vital recibían de esta multitud en la que primero hubiera sido necesario "perderse", cuando precisamente trataban de "encontrarse"?

"Cuando todo está deshonrado..."

Años y años pasarán desde ese día en que Drieu y Montherlant, después de haber visto el entierro de Plateau, se separaron en una acera de la calle Bosquet, bajo el cielo de invierno, encaminándose cada uno hacia su destino: uno hacia su soledad, el otro hacia los momentos difíciles que le conducirían desde el P. P. F. a la "colaboración" y al suicidio. Montherland ha podido salvarse, porque ha sabido retractarse y decir no. En tiempos humillantes, ¿no son el "retiro" y la negativa el único recurso para el que no tiene más fin de sí mismo? "¿Qué quiere usted que se desee cuando todo está deshonrado?", hace decir Montherlant a uno de sus personajes. Pero a las calumnias y las estupideces este escritor francés ha sabido responder con una obra maestra, y ello no está en las posibilidades de cualquiera. ¡Cómo se le parece ese *Maître de Santiago* al que Dios ha dado con abundancia la "virtud del hastío"! Esta virtud es la suya, la de Montherlant. "¡Rueda, torrente de la inutilidad!", le hace gritar con soberbia, ocultando, bajo un orgullo que pretende no tolerar más que la perfección, su más secreta amargura, su más profunda humillación, la que le produce el estado en que ha caído su país. "¡No tengo nada que hacer, dice, en una época en que se castiga el ho-

nor, se castiga la generosidad, se castiga la caridad, se rebaja y se desprecia todo lo que es grande y se asegura el triunfo de lo más necio y abyecto! Una reina, la Mentira, con sus pajes el Robo y el Crimen a sus pies. La Incapacidad y la Infamia, sus dos hermanas, se dan la mano... Los tramposos, venerados, engañados, adorados por sus víctimas... Acaso, ¿estoy inventando? Recordad la frase del rey en su lecho de muerte: «Nuestros contemporáneos que, cada día, degeneran...»." Las "negociaciones" de Montherland —formuladas en su lenguaje, ese lenguaje admirable, irresistible—son de las que, en determinados días, liberan, ayudan a respirar, a llorar dignamente; y el autor del *Maître de Santiago* tiene razón cuando pretende que en su drama hay "algunas lágrimas que son francesas". También Bernanos ha vertido lágrimas como éstas: son las lágrimas de aquellos franceses que, desde el Once de Noviembre, se encuentran como desarraigados y que no desean nada en absoluto, cuando todo mancilla y degrada lo que fué el primero y el último amor de su vida.

¡Esta juventud había regresado de la guerra lo suficientemente fuerte para no ser víctima de nada ni de nadie! Pero eso también fué su enfermedad. No querer ser víctimas puede conducir a que los demás sean víctimas de nosotros y, a su vez, a que seamos nuestras propias víctimas. ¿Adónde nos conduce la sinceridad, la autenticidad, cuando no se trata de esa lucidez terrible, adquirida junto a la muerte, que sólo puede nutrir una falsa inquietud? Esto fué la enfermedad de la posguerra. Y Montherlant estaba demasiado preocupado en "conservarse disponible" y no

"proponer ningún objetivo" para que su ejemplo pudiese servir de antídoto y contraveneno. Si su pensamiento exhorta el heroísmo, en cambio rechaza la abnegación. Este pensamiento tan débil no puede actuar más que por el tono; mas ¿de qué sirve, si es tan incierto para aquellos que no sienten arder su alma? Sin duda alguna les puede ofrecer sus repugnancias, sus negaciones altivas, ese ansia de sublime alimento que no puede saciar ese modo que tiene de elevarse por encima de todo y tomar un acento supremo, capaz de salvar a los privilegiados de las más miserables degradaciones.

Pero, ¡qué esperar de quien se atreve a confesar: "Es necesario salvarse y salvarse sin creer; es necesario entregarse y entregarse incluso a lo que se ama"! Cuanto menos se ama más se ama; tal es su ley. ¿A quién hará compartir Montherlant los beneficios de ella, si es verdad que no es válida más que para él solo? Es preciso tener títulos de familia muy antiguos; es preciso sentirse heredero de una larga cultura, tener muy impregnada de ella la cabeza, el corazón y las entrañas para poder hablar y decir como Montherlant: "¡Poco me importa morir si es por un orden que yo acepto!" Pero a los demás, los que no se remontan hasta la antigüedad, en la que este hijo de la loba tiene sus padres—"sus padres buenos y fieles"—, ¿qué medios tiene Montherlant para hacerles aceptar ese orden que él pone en práctica, pero al que no se quiere resignar cuando tiene el capricho de contradecirlo y apartarse de él? Cuando no se piensa más que en uno mismo, siempre se está solo, y Montherlant se condena a la soledad. ¿Cómo podrán aplicar los "otros" la

negación del servicio—el "inútil servicio"—? Este consejo sólo les conduce a la anarquía.

Malraux y Mademoiselle Monk.

"Ir de la anarquía intelectual a *Acción Francesa* no es contradecirse, sino construirse", decía por entonces André Malraux al hablar de Charles Maurras y su vida pública, a fin de mostrar que esa vida no ofrece ninguna contradicción. También Malraux ha sido tentado por el maurrasismo, y Maurras fué una de sus primeras "aventuras". Demasiado joven para haber ido a la guerra, el Once de Noviembre no fué para él más que el umbral, el principio de un apocalipsis. La guerra, el período de la guerra, en que había acabado sus estudios, le había marcado, desde muy joven, con una especie de trágica predestinación. La guerra, para él, estaba ahí, frente a él: apenas había comenzado; puede que durase treinta años, cien años quizá, pero con seguridad sería el contenido de su destino, la condición humana de su generación y de las siguientes. Obsesionado por la muerte que, durante cuatro años, había reinado en su infancia, Malraux respiraba por todas partes su perfume, en él y alrededor de él. Bajo ese signo patético se ha despertado a la conciencia intelectual este adolescente pálido y ardiente, trémulo y lúcido, minado por una enfermedad que consumirá su vida: la de "hallarse en el mundo", en ese mundo cuya entrada en una crisis como no había habido jamás sobre la tierra Nietzsche había profetizado. Exaltado patriota, como fueran todos los jóvenes durante la

guerra, su fervor de colegial se había inclinado del lado de Maurice Barrès: no distinguía entre el autor de *Du Sang, de la Volupté, de la Mort,* y el de la *Appel au Soldat* o de *Leurs Figures.* Todo en Barrès le había apasionado, dejado en estado febril, y Malraux ya no podrá nunca liberarse de ello. A los veinte años, Malraux debía muy pronto consagrarse a Maurras: lo había leído, bien leído, y el prefacio que en 1923 puso a una reedición de la *Mademoiselle Monk* señala una fecha importante en su "biografía".

¿Qué nos queda de estos primeros pasos de Malraux? Un homenaje, uno de los más agudos que se hayan podido hacer a Charles Maurras, una página bella y apasionada que hoy está demasiado olvidada para no recordarla aquí. "Este Maurras, dice, hubiese deseado nacer en Grecia, porque allí los filósofos acostumbraban a vivir de acuerdo con su filosofía." A Malraux le agrada imaginarle en la Edad Media, "sacerdote ferviente, confesor de poderosos, arquitecto de catedrales y organizador de Cruzadas".

"Se ha dicho, escribía Malraux, que «para Maurras todo se reducía a la acción». Esto es insultante y además inexacto. Sería más justo decir que su sistema está formado por teorías cuya aplicación representa una fuerza que forma parte de su valor. Su obra es una serie de búsquedas destinadas a crear o mantener una armonía. Se eleva por encima de todo y hace admirar el orden porque todo representa la belleza y la fuerza. De ahí su amor hacia Grecia que él no ha «descubierto», desde luego, pero que ha elegido. Es posible que su cuna le haya llevado a esta elección, pero no le determina en absoluto. Tiene más mé-

rito elegir cuando la elección es fácil que cuando es incómoda. Elegir, como lo harían los espíritus simples, parece vulgar, y, sin embargo, nada hay que lleve más al error a un espíritu superior que el deseo de no tener nada en común con los espíritus simples."

Después, refiriéndose al estudio de Maurras sobre Auguste Comte, André Malraux añadía:

"Hablar de Comte como lo ha hecho Maurras, proponer la sumisión del individuo a una colectividad particular, no es cosa fácil; la seducción de las diferentes anarquías que hoy combate Maurras es profunda y el papel de director penoso y, a veces, doloroso. Pues los hombres no se resignan a morir fácilmente, a luchar contra sí mismos, y el precio que dan a todo lo que deben hacer desaparecer en ellos es tan grande que se aferran a él con más insistencia que a lo que constituye su valor real. La razón apenas puede nada contra la sensibilidad. Sólo, gracias a la ayuda de un sentimiento, ella puede modificar lo demás. Charles Maurras ha encontrado esta ayuda en el amor a Francia. Si su doctrina pudiese existir sin una gran admiración por Francia y, sobre todo, sin una preferencia por todo lo que ha creado el espíritu francés, ello significaría que esta admiración pertenece desde su origen al orden estético, por muy profundamente que haya podido establecer un sistema que de ningún modo descansa sobre él. ¡Qué importa para su obra y para él lo que ha querido suprimir!"

No hay una sola línea de lo que ha escrito Malraux sobre Maurras que no le condene a él mismo. Actuar por actuar, por hacer algo, lo que sea; comprometerse por comprometerse, todas es-

tas fórmulas de que André Malraux debía proveer al activismo contemporáneo contradicen punto por punto lo que Maurras enseña con más fuerza. ¿Qué es una acción a la que no informa el pensamiento? ¿En qué consiste un pensamiento que no es capaz de traducirse en un acto? "Lo que interesa, dice Maurras, es pensar donde es preciso, querer donde es preciso, para actuar cuando es preciso".

Activistas desesperados.

Sin duda alguna esta juventud violenta y trágica, dispersa desde hace quince años por todos los países del mundo y que, carente de una doctrina, sólo sus luchas nos muestra, ha escuchado a Malraux. Luchas en las que le basta sentir su valentía como un compromiso sin remisión, satisfaciendo así un cierto anhelo de viril camaradería, pero sin buscar otra cosa que desquitarse de lo absurdo de la vida y escapar a la nada aniquilándose a sí misma. En eso se parece a esos jóvenes "aventureros" que se dividen en fascistas, antifascistas, todos ellos activistas desesperados. En sus reuniones fraternales—y aquí no nos interesa que sean blancos o rojos, débiles o fuertes, pues casi siempre son razones sentimentales las que les hacen eseoger un partido y no otro—estos desarraigados no buscan más que una garantía contra su soledad. ¡Cuántos han sucumbido así! ¡Pienso con dolor infinito que el origen del destino trágico de un Robert Brasillach está en este romanticismo de camaradería partidista, de juventud peligrosa!

Más que los consejos de Maurras, Malraux ha creído seguir los de Barrès al querer ser el profesor de energía de su generación.

El mismo anarquismo individualista en la base, el mismo nihilismo y la misma angustia. ¡La misma posibilidad de desprecio, el mismo estremecimiento de odio, la misma "fabricación voluntaria", la misma estilización estética y, por último, y sobre todo, la misma obsesión por "componerse una bella biografía"! No acabaríamos de enumerar los semejanzas entre Malraux y cierto Barrès. Pero con ello pondríamos en claro las diferencias que se pueden definir con una sola palabra: la ausencia en Malraux de la dimensión moral, de ese sentido común cuyos límites ha descubierto y aceptado Barrès.

La preocupación por su biografía, la preocupación constante que tiene por ella, que le impulsa a cazar al vuelo todas las ocasiones de vida peligrosa y patética, y preferir las "mentiras del heroísmo" a las "sinceridades que dejan al hombre a un miserable nivel", todo eso nos demuestra lo que hay en Malraux de esencialmente romántico. Sí, Malraux es de la raza de los Byron, de los Annunzio, de los Barrès. Este revolucionario es un individualista impenitente para quien la acción, la aventura, abren el camino de la evasión y la muerte. André Malraux es un hombre que representa la farsa de su vida. Con el sentimiento del absurdo y la idea de la muerte que no le abandona nunca, lo que Malraux persigue sin descanso es una especie de revancha contra el destino. "No frustrar su muerte" es el obsesionante pensamiento que atraviesa toda su vida. "Paso mi vida contemplándola, dice. Y no pienso en mi

muerte para morir sino para vivir". Lo que interesa particularmente es existir contra la muerte. Si desea una gran acción, aunque sea una cualquiera, es, dice, porque "hay en mi vida un cierto ritmo, una fatalidad personal de la que no puedo huir".

La forma en que Malraux pretende resolver el problema político y social está condicionada esencialmente por sus disposiciones personales para poder obtener la adhesión de los demás: su solución vale sólo para él. Estrechamente ligada a su concepción de lo absurdo, no es más que una respuesta ofrecida a su propia obsesión de la nada que le obliga a considerar la acción "como un opio, una intoxicación, una droga". André Malraux no puede dar preceptos a los demás. Se dicta una "ordenanza" y dosifica su veneno. No podría exigir de los otros que se unieran a la Revolución o a una "gran acción cualquiera", por amor a la biografía de André Malraux, y es manifiestamente incapaz de plantear el problema en otros términos. Todo esto, que se objetaba ya al tradicionalismo de Barrès, tiene más fuerza aún cuando se trata de la cosa pública, es decir, de la vida o de la muerte de las sociedades. No se trata, en efecto, de la vida o de la muerte de André Malraux, de la existencia que quiere vivir o del fin que elige. Se trata de escoger una organización social concreta, y no la organización de este "apocalipsis individual", a la que Malraux, con un tono altivo y cerebral, nos invita. Para resolver este problema sería necesario que Malraux accediera a salir de su estrecho círculo, pero una tal "infidelidad a sí mismo" constituye para Malraux "el pecado contra el espíritu". Tam-

bién André Malraux está tentado a veces de reducirse a su soledad en la que, dice, sólo una cosa importa: "Morir según las posibilidades de cada uno"; esto es, lo que estimaba en Bernanos. Aún más: a pesar de que se comprometa momentáneamente con algún partido, Malraux no puede adherirse de una manera auténtica a ninguno. Ser él mismo, existir separadamente de los demás, morir para sí, tal es el destino para este esteta de la acción. Pero la Revolución no soporta mucho más la conciencia estética que la conciencia moral. De ahí que Malraux le sea sospechoso; de ahí, quizá, que la haya abandonado. Por todo lo que es él, André Malraux tiende a la anarquía en el plano político y, en el plano filosófico se deja espontáneamente inspirar por la náusea de lo absurdo. ¡En ambos casos está demasiado "intoxicado" para que se pueda contar con él para la "desintoxicación" de la juventud.

Avatares.

¿Cómo explicar esos avatares de un Drieu, de un Malraux, de un Montherlant? Sin duda, el clima en que les fué preciso abrirse camino estaba demasiado impregnado de maurrasismo para que en sus comienzos no estuviesen influídos por él, marcados por él. Y a su debilidad, no a la fuerza de su pensamiento, se debe que sus divergencias no hayan podido constituir más que una reacción contra las ideas y el prestigio de Maurras; que hayan creído no poder vivir, desarrollarse y formarse más que por oposición a Maurras, y que hayan hecho de esta reacción el sím-

bolo y la prueba de su libertad. En suma: no fué más que una forma de "librarse" de aquel a quien habían recibido como "una de las más grandes fuerzas intelectuales de nuestro tiempo". Algo parecido les había ocurrido con Barrès. Se habían preocupado demasiado de él en su juventud, habían amado demasiado su arte, y hasta las palabras que empleaban estaban tan penetradas del espíritu de Barrès, que un día su ascendencia llegaría a ser para ellos insoportable, juzgando agotado el beneficio de sus "célebres doctrinas". ¡Les era necesario cambiar de dioses! Era el momento que esperaba Gide para ganar sus almas. Gide, que no ha sido, en cuanto a influencia, más que un antídoto. Antídoto de Maurras (aunque Maurras estaba siempre vivo), antídoto de Barrès, cuya muerte había esperado tanto tiempo—por lo menos la muerte de sus teorías—la hora fatal en que sus doctrinas se extenuarían, en que su utilidad desaparecería, en que, pasado el peligro, serían una vulgaridad literaria, careciendo de vigencia su escala de valores.

Gide iba a establecer sus relaciones con los "disidentes", raza inquieta y vagabunda: Le había bastado el ritmo contrario de las generaciones para que pudiese representar su papel. Enseñar la alegría que se halla en la carencia de ataduras, de límites, hacer del desarraigo escuela de virtud, aconsejando una educación peligrosa, y, so pretexto de hacerles aborrecer las tesis, las ideas, los razonamientos, convencer a los espíritus de que el tradicionalismo no es bueno más que para los débiles, para la masa embrutecida por sus hábitos hereditarios; oponer a la aceptación la

negativa, la disponibilidad, el no-conformismo, la gratuidad, todos esos temas de Gide, que eran la contrapartida de las teorías de Barrès, son los que la literatura de posguerra iba a elegir, y cuyo contagio iban a sufrir los escritores jóvenes, que precisamente se creían más a salvo. Drieu La Rochelle decía por entonces: "No puedo recluirme en una región", sólo para "defenderse de Maurras", a quien acusaba, como Montherlant, de "abusar de la verdad que había encontrado". ¿Dónde iba a fijarse la meditación de Drieu y su admiración, "sin objetivo" hasta entonces? Drieu no tenía más que volver a la "Nouvelle Revue Française", a André Gide, a esos lugares que había visitado no hacía mucho: "No podré amar nunca al hombre, decía entonces hablando de André Gide, pero respeto al autor, a su paciencia; peor para él si su prudencia no nos sirve de nada. Le estoy infinitamente agradecido por el ejemplo estudioso que nos da. He encontrado en su crítica y en las que ha inspirado, principalmente la de Jacques Rivière, mil reflexiones que han hecho la luz en mí mismo y en los otros, evitándome precipitarme en un exceso al que intentaba combatir con todas mis fuerzas".

¿Y Montherlant? Según mis noticias, Montherlant no ha hablado nunca de Gide: pero Henri Clouard tiene razón al decir que "Gide, sacerdote de la religión del instante, de la abolición de la nada por el actual minuto físico que satura el alma", ha sido su inspirador más directo y Montherlant le debe mucho más que a Barrès. Sus *Fontaines du désir,* ¿no son acaso "una sobreimpresión" de Gide y Barrès, una crisis de gidismo sensual mezclado con nostalgias de Barrès? ¿No

es acaso la alternativa un balanceo entre Barrès y el anti-Barrès, que es Gide?

¿No depositó Malraux, durante la época en que estaba junto a Maurras, su tarjeta en el buzón de André Gide, garabateando este homenaje un poco distante:

"Quizá no es preciso considerar a André Gide como un filósofo. Para mí es otra cosa: un director espiritual. Es una profesión admirable y espléndida. Muchos jóvenes desean que alguien les dirija. Maurice Barrès dedicó mucho tiempo a eso, Gide también. No es despreciable ser un hombre que ha creado el estado espiritual de una época. Pero mientras Barrès no ha sabido más que dar consejos, Gide ha mostrado lo que es esa lucha entre nuestros deseos y nuestra dignidad, que podía llamar la perturbación interior. Por sus consejos, quizá, no es más que el gran hombre de un día, pero por eso, tanto como por su talento de escritor, que le hace ser el más grande escritor francés actual, es uno de los hombres más importantes. Gide ha revelado la conciencia intelectual a la mitad de los que se llaman «jóvenes»."?

También Mauriac había seguido el doble camino: ("Leía a Barrès, a Maurras y la "Nouvelle Revue Française"). Pero, cansado de ver a la crítica "desenmascarar" en sus primeras novelas "todas las influencias de Gide y de Barrès" que en ellas aparecían, contesta con enojo desde su rincón: "¡No debo más que descréditos a esos maestros demasiado admirados que a los veinte años me impusieron modos de pensar y expresiones de las que sólo ahora empiezo a liberarme!" ¡Cuánto le urgía a Mauriac deshacerse de

ellas y cuán cansado estaba de haber pedido y recibido tanto! ¡Pero por nada del mundo hubiese deseado apartarse de Gide y de la "Nouvelle Revue Française", en la que no fué más que un huésped de paso!

¡Esos jóvenes y brillantes escritores de la posguerra no eran más que epígonos! Esta generación, tan rica en talentos, había encontrado el instrumento en sus grandes predecesores, digamos que no había tenido más que tomarlo de sus manos. En cuanto a su pensamiento, había crecido a la sombra de un Barrès, un Maurras, un Bergson, un Claudel, un Péguy, cuando no había dormido bajo el influjo de André Gide, de Marcel Proust. Bajo este prodigioso aflujo había acabado por mezclar todo, por confundir todo y perderse en ello. La "Nouvelle Revue Française" era entonces el lugar y la encrucijada donde bullía su "algarabía", y la estética, el centro de sus preferencias.

El reinado del corazón.

Los que no habían sufrido tan directamente la influencia de los grandes maestros, los que se consideraban más "moralistas", los que habían hecho en la guerra grandes descubrimientos sobre la vida y sobre los hombres y pretendían aprovecharlos para su arte y para la literatura, aquellos escritores, repito, alimentaban otras ilusiones. Creían que derivábamos fatalmente hacia una gran época literaria, que la experiencia que habían vivido debía servir y conducir necesariamente a dar una mayor importancia al alma, a

lo humano. ¿No se había ampliado su horizonte? Sentido trágico de los destinos humanos, inquetudes metafísicas y religiosas..., tales eran las elevadas preocupaciones espirituales que definían indiscutiblemente sus primeras obras. Sus autores no eran de aquellos que pensaban que la guerra no tendría repercusiones morales sobre la literatura: ella había depositado en el fondo de su conciencia hechos e imágenes que no podían olvidar. Sin embargo, dudaban en el momento de "elegir". Tenían un "alma"; lo sabían hacía tiempo. ¿Qué iban entonces a hacer con ese precioso descubrimiento? Llevados a un estado de desarraigo, de inquietud y de relajamiento espiritual, a un mundo que agitaba sus inquietudes, dudaban a la hora de trazarse "un camino recto en el jardín de las vacilaciones". Los de más edad no les comprendían; los más jóvenes, cuya inquietud era extrema y su impaciencia agresiva, exigían de ellos conclusiones y les era necesario responder antes de haber encontrado la respuesta, dar una certeza que no poseían todavía. Tal era la situación de los escritores innegablemente generosos y moralizantes que, a falta de instituciones sólidas, soñaban entonces con recuperar el reinado del corazón.

Georges Duhamel era, de estos apóstoles, el que más daba que hablar por su talento y su fervor, que ponía en práctica. ¿Qué mensaje traía él? La experiencia del sufrimiento, tal como la guerra se la había descubierto. Pero una experiencia incomunicable. Por lo menos, esto era lo que podía enseñar a esos jóvenes cuyo desorden tanto le mortificaba. "Dirán, escribía Duhamel, que sus pies no pisan en

terreno firme. Ellos no saben dónde quieren ir. El movimiento Dada es para ellos un medio de expresar la turbación de su espíritu. Su ira, muy superficial, traiciona precisamente un impaciente deseo de apoyo, de fundamento, de dirección. ¡Destruyen porque anhelan avanzar en el desorden!" El diagnóstico era exacto y certero. Sí; había en ellos una inmensa necesidad de orden y había llegado el momento de "hablar directamente a los hombres, entregarles algo con lo que cada uno pudiese controlar su tristeza, atenuar su error, restaurar su valor". Pero mientras no se descubriera en su sufrimiento un sentido inteligente que se lo hiciese comprensible, no se podía inspirar en ellos, al mostrárselo, más que una compasión o un alejamiento, poco más o menos estériles. ¿Qué fe, qué doctrina, qué verdad les aportaba Duhamel? "Desconfiad, les decía, de esa gente que siente como una falsa pasión por la verdad. Ignoran que la verdad surge solamente donde hay una fe, incluso sin objeto. ¡Qué importa el objeto! En la fe reside nuestra grandeza". De esta forma, ese extraño amor por los hombres concluía en un fideísmo sin substancia. Pero Maurras nos había librado hacía tiempo de esta fraseología religiosa sin soporte interior: "¿En qué se diferencia, nos decía un día, de esa medicina china que sustituye los medicamentos por su nombre escrito con tinta sobre un papel que se enrolla en bolitas y que se injieren con unción? ¡No se puede salvar a nadie con el error, aunque se trate del error idealista enmascarado de espiritualidad!" En el ocaso de su vida, Georges Duhamel pasa los días entregado a la desolación y a una falsa penitencia.

La ley del muro.

Tal era entonces la situación de los espíritus en esos medios intelectuales y literarios que se consideraban aparte de *Acción Francesa*, pero cuyas discusiones intentaban socavar el umbral de su puerta, el lugar donde vigilaba el maestro impávido, el Maurras, cuya figura respetaban todos. En política, las confusiones eran parecidas: los esperanzados y los descontentos participaban de una misma desilusión. Sólo Maurras explica el porqué.

"Es—nos decía—porque muchos franceses, algunos de los más importantes, han pensado, han tenido el honor de pensar, que la victoria de 1918 mejoraría automáticamente, mecánicamente, la moral de Francia, por una especie de operación secreta y profunda, por una evolución espontánea de las almas conmovidas en lo más hondo del sacrificio, y heridas por un nuevo contagio; es porque muchos espíritus han confiado en el curso fatal de las cosas para el bien que esperaban. A causa de esto hemos perdido esa victoria tan difícilmente conseguida. Así es como hemos podido ver a algunos hombres perfectamente honrados y perfectamente patriotas, pero sin ideas ni doctrinas, aliarse con sus peores adversarios que, sin que parezcan darse cuenta, han trabajado con ellos mismos contra su corazón, contra su propio espíritu.

"¿Es que, añadía Maurras, esta subversión del espíritu nacional no ha impresionado a la juventud? ¿Es que este suicidio público de los que en-

carnaban el patriotismo no ha creado un escepticismo respecto a la idea de patria?"

En este orden, y sobre este plano, la política influye, en efecto, desde todos sus aspectos, en lo moral, en lo espiritual. Aquellos a quienes había asqueado y mortificado habían sufrido una pérdida de energía que no dejaba de estar relacionada con esta posguerra. De ahí que viéramos, alrededor del año 23, a toda una juventud huir del acontecimiento real, apartarse de él por debilidad, por indiferencia, hacia el bien común, con un sentimiento íntimo de penuria, de extenuación. De ahí, esa literatura de evasión, de la que hablaba entonces Daniel Halévy. De ahí una moral, una religión, una política que, cada una a su modo, representaban los itinerarios escapistas que después han sido seguidos.

A todas las doctrinas de disolución y muerte, que se abrían camino en el desorden de la inteligencia y el corazón, en la desintegración de las instituciones y las costumbres, *Acción Francesa* oponía la ley del muro. Era esa muralla una de las "ciudadelas" de que Péguy ya nos hablaba. Pero había que rehacer todo, empezar de nuevo; había todavía y habrá siempre algo que defender. Sabíamos que estaba minado el terreno, por el que veíamos avanzar a nuestros sucesores. Conocíamos, por el uso y la experiencia, los lazos y las trampas. ¿Acaso creen por eso en nuestra muerte definitiva? Oprimidos por la fuerza de la creciente desintegración, los hombres de nuestra edad, que habían sobrevivido a la guerra, sentían la necesidad de agruparse para el trabajo de reconstrucción.

Gracias a Maurras, teníamos un método y un objetivo. Maurras representaba a nuestros ojos la defensa del nombre francés frente a una Europa insolente que acababa de descubrir en nuestra anarquía interior el pretexto para combatirnos. Maurras era, además, el aliento de una razón patética y lúcida que, muchos años antes, le hacía prever los acontecimientos modernos.

También Barrès había desempeñado esa función, y la desaparición de su persona ha señalado una fecha inolvidable: la de un desaliento francés, cuyos estragos nunca alcanzaríamos a ver concluir.

En este "período" acabamos de entrar. Todas nuestras desgracias futuras se agolpan ante el fúnebre paso, por el que las exequias nacionales de Barrès hicieron transcurrir el fin de nuestra juventud el 6 de diciembre de aquel año trágico de 1923, señalado con tantos dramas proféticos: "en enero, la ocupación del Ruhr y el asesinato de Marius Plateau; durante la primavera y el verano, el primer reagrupamiento de las izquierdas contra el ministerio de Poincaré, la primera revancha de la política izquierdista contra la política de la nación; el 23 de noviembre, el asesinato de Philippe Daudet, atroz tragedia que iba a descubrir muy pronto abismos de un odio inmundo; el 4 de diciembre, fin de la actividad terrena de Maurice Barrès, con el que se desploma la columna que sostenía el Estado francés". Tal era el balance de este año terrible. Todo nos parecía adverso. Pero aunque el triunfo se aleje o se aproxime, la verdad es inmutable, y servirla es ponerse al servicio de la vida.

III

A V. H. DEBIDOUR

De la calle de Rome a la de Boccador.

Debo a la generosa intuición de Léon Daudet, a la consideración que me dispensó Maurras, a la amistad con que me acogió Bainville, haber sido asociado, desde sus comienzos, a la revista que habían decidido fundar, y haber establecido un largo intercambio con "Acción Francesa" y sus amigos. Nunca he escrito para "Acción Francesa" y no he colaborado con ella más que en espíritu; sin embargo, apenas hay un solo día, desde el otoño de 1919 al de 1939, en que, por segunda vez, fuí llamado a filas, que no estuviera unido a sus destinos. Casi todas las tardes, hacia las seis, iba desde el bulevar Saint-Germain o la calle del Dragón a la calle de Rome o a la de Boccador. Primero, entraba en el despacho, donde Bainville y Daudet estaban sentados ante la misma mesa, esa "mesa mágica" que les había seguido a todas partes y de la que Bainville decía un día: "Creo que si la quisieran serrar, resistiría como el granito a pesar de no ser más que de madera". Esta mesa tenía la solidez de su amistad. A esa hora, Léon Daudet ya no "trabajaba", quiero decir que durante la mañana había escrito su artículo, con esa pluma ardiente y

apasionada que no conocía el arrepentimiento. ¡Después de haber leído los periódicos de la noche, se levantaba, yendo a respirar el aire de la casa, a llenarla de su magnífica voz, conmoviéndola con su risa, dotando a su paso, a todo y a todos, de una vida prodigiosa...! Mientras tanto, Bainville había echado una ojeada a la última edición de "Le Temps" y a las informaciones de la prensa inglesa, descubriendo lo esencial de un vistazo, ya que nadie ponía en claro los hechos con la rapidez suya. Parecía leer en el presente, como en las líneas de la mano, los caracteres del futuro. Una vez terminado este sorprendente análisis (que había hecho con las piernas extendidas y la espalda apoyada en el sillón), Bainville se enderezaba, se volvía hacia su mesa, depositaba su reloj junto al tintero, y con un gesto impaciente, sacaba del cajón dos o tres cuartillas de papel verde, y tomando su pluma, sobre la que curvaba el índice con una prisa tenaz, con la cabeza inclinada sobre su papel, lo cubría de su escritura menuda, apretada. No le era preciso más de un cuarto de hora para escribir una de esas breves obras maestras que, cada día, le dictaba su pensamiento, la lucidez de su pensamiento, contra la ignorancia y la incertidumbre... Bainville releía entonces con cuidado su "papel", la mirada cerca del texto, precisando algunas letras, corrigiendo una palabra aquí o allí cuando encontraba otra más sencilla, frotándose a veces los labios con los dedos de su mano izquierda. Luego firmaba; había acabado... Había llegado el momento de descansar, el momento de las anécdotas, en que, aparentando no interesarse por nada, lanzaba, si Daudet estaba allí, sus des-

tellos de ingenio, en medio de la conversación. Al día siguiente, el artículo del entrañable Léon era una llama, cuya chispa inicial, Bainville, habría encendido.

El genio del lugar.

Hacia las siete, Maurras surgía de pronto como el *daimon*, el genio de estos lugares; y, apenas había dicho "buenos días", estrechando las manos de sus amigos, les lanzaba con voz sorda y ávida su eterno: "¿Alguna novedad?" Cuando un simple encogimiento de hombros, que quería decir nada o poca cosa, no bastaba para satisfacerle, se entablaba un breve diálogo entre él y Bainville o Daudet... Después, con su mismo paso impetuoso, Maurras salía y, bruscamente, pasaba a la vecina sala de redacción donde, de nuevo, repetía a cada uno la "pregunta", impaciente por saber lo que había ocurrido desde la víspera. "¿Qué hay de nuevo en la Cámara, en el Senado...?" Maurras atendía a todos, retenía el más insignificante suceso y, viéndole reaccionar, ¡cuántas cosas comprendían de pronto sus colaboradores! Estaba atento a todos, ordenaba a éste, amonestaba a aquél; comprobando así el valor de unos y otros... No abandonaba jamás la redacción sin haber echado una mirada a la mesa donde se hallaban en desorden una veintena de periódicos del día; allí buscaba implacable el periódico enemigo y, con una mirada fulminante, ojeaba de arriba abajo, de izquierda a derecha, hasta que, de pronto, su dedo se detenía sobre una línea, sobre una palabra que le hacía poner

un gesto terrible; con la uña señalaba, subrayaba el error o la mentira del adversario en espera de que le pasaran el lápiz azul cuya punta iba a romper con un trazo furioso. Y en su impresionante ira estallaba una palabra: "¡Imbécil, miserable!", que hacía vibrar la sala, seguida de una frase breve, de una sentencia decisiva, luminosa.

Si alguien trataba de hablar en voz baja, fuera del campo de su oído, un: "¿Qué dice?" llamaba al murmurador al orden. Maurras no le agradaba, no soportaba que se hiciesen alrededor de él esos "rezos": "¡Veamos, dijo un día a uno de ellos, si usted me habla, habla para todo el mundo y todo el mundo le escucha! Si usted no habla para todo el mundo, tampoco le escucho yo..." Era necesario que todo fuese claro y evidente. En el silencio, Maurras presentía alguna maniobra, una manera demasiado fácil de no decirle lo que debía saber, una forma de "traición", o por lo menos, una precaución que le obligaba a sospechar de aquel que se declaraba "culpable". De este modo Maurras conocía por adelantado las "ovejas negras". En cambio admiraba el celo que todos ponían en hacerle saber lo que interesaba a la obra común. ¡Y qué culto rendía Maurras a esas pruebas de bondad, de lealtad y de paciencia que le prodigaban sus amigos!:

"Si se reflexiona, dice, en el tiempo que ha durado nuestra acción, en las campañas que hemos hecho, en las emboscadas y en las trampas con las que nos hemos enfrentado, en la gravedad de los intereses públicos que hemos defendido, en lo serio que era el menor paso en falso, el menor *quid pro quo* y el menor equívoco, tendremos que admirar la escrupulosa vigilancia de esta amis-

tad, así unida y coordinada. Hemos sido traicionados; no nos extraña; estaba escrito. Sin comparar lo humano con lo divino es un hecho que en tres años de vida pública el Hijo de Dios ha encontrado un traidor entre doce discípulos. Nuestra vida política de doce o catorce años habría debido traernos, en treinta y cinco años, diez Judas por lo menos. Sin embargo, no ha habido más que dos: ni uno ni otro han invocado como pretexto esta dureza de mi oído, que hizo de mi juventud un esperpento. Esto mide el *tonus* moral, el grado de respeto de sí mismo, de afectuosa confianza absoluta que unía entre sí a todos nuestros elementos. Este punto, tan vulnerable para mí y tan a menudo tomado por blanco, no ha sido jamás herido seriamente. Entre esa docena de hombres que no se tuteaban, que pertenecían a los mundos más diversos, que tomaban las resoluciones unánimemente y por consentimiento general, la abnegación personal, unida al espíritu de pública salvación que nos inspiraba, ha sido lo bastante fuerte como para neutralizar los peligros y defender las condiciones fundamentales de la alianza y del timón de la barca entre sus pilotos." [1]

Después de pasar revista e interrogar a sus colaboradores, Maurras entraba en la administración; luego se encerraba algunos momentos con Pujo, Pujo el prudente, el del consejo seguro, y discutía con él sobre el próximo número, sobre las decisiones a tomar si estaba en perspectiva alguna acción en la calle. Sólo después, Maurras entraba en su despacho, ese indescriptible

[1] *Tragi-Comédia de ma surdité.*

despacho en el que, bajo el retrato de Maurice Barrès y el escudo de Palas Atenea llorando sobre una tumba, el director de "Acción Francesa" desaparecía entre montones de libros, de revistas, de periódicos. Los había por todas partes, por los sillones, por la calefacción, por el suelo. Un desorden inexplicable, en el que sólo él, ágil y rápido, era capaz de trabajar. Sobre la mesa, ante la que estaba sentado, grandes sobres amarillos por abrir, llenos de papeles, de cartas, de recortes de prensa, formaban montones hasta una altura increíble: apenas quedaba sitio para poder escribir. En esta Babel, Maurras recibía hasta muy tarde a sus visitas y amigos, pero para llegar hasta él era necesario abrirse camino, y eso quitando los papeles de la silla o del sillón para que pudieran ocuparlo. "Maurras los escuchaba a todos, ha escrito Abel Manouvriez, incluso a los más humildes, a veces, a los más importunos, con una paciencia que asombraría en un hombre asediado por tantos problemas y tantas preocupaciones, si no supiéramos que no había ninguna conversación en la que Maurras no descubriese algo interesante, algo que su interlocutor no veía con tanta claridad como él.

Elogio del "Latoso".

¡Qué gratitud conserva Maurras hacia aquellos que forman "la augusta congregación de los latosos", hacia todos esos valientes que le han servido, le han ayudado, le han iluminado también, sin quererlo, incluso sin sospecharlo! "¡Cuántas veces, nos dice, mis mejores amigos se han bur-

lado de la afición que tenía por los latosos, del tiempo que les dedicaba, de mi actitud frente a ellos! Un día fué necesario explicárselo. Y mis primeras razones las supieron Lucien Moreau, Mostesquieu, Bainville y Vaugeois." He aquí el relato que nos ha dejado Maurras de esa confesión memorable [1].

"Era en la época heroica de "Acción Francesa", dice. Nuestros primeros colaboradores venían a buscarme, mañana y tarde, después de la comida o la cena, al primer piso del café de *Flore,* en el bulevar Saint-Germain, y no faltaban nunca. Allí hacíamos la Revista, creábamos la doctrina, nos preparábamos y hablábamos de proyectos para el futuro. Muy a menudo recibíamos magníficas visitas, algunas veces a Barrès, con más frecuencia a Moréas, o Bourget, cuando no estaba en su retiro de Costebelle, desde donde me escribía: "Suspiro por *Flore*". Sería difícil imaginar reuniones más animadas en las que se discutía lo mismo de las cosas eternas, que de las cosas mundanales. Sin embargo, había allí un compañero, hombre excelente, que no brillaba ni por su inteligencia ni por su talento, ni por sus conocimientos, y nos preguntábamos qué era lo que podría interesarle de nuestras charlas. Pero estaba allí, siempre allí, y su paradójica presencia era todavía más inexplicable por el hecho de tener largas sesiones suplementarias con él, después de la partida de los demás. ¿Qué tenía de cautivador? Fumaba lentamente una pipa pequeña. A cada bocanada de humo, su voz pura, que yo percibía con gran claridad, pronunciaba una

[1] *Tragicomedia de mi sordera.*

palabra, una sola palabra, la cual no quería decir exactamente nada. Lo que se dice nada. Una palabra hueca, una palabra totalmente vacía. ¡Algo menos que «llueve» o «el día es agradable»! ¡Hace calor o frío, era lo propio de esta ociosidad sin sentido! ¿Cómo podía soportar tales superficialidades?, me gritaban los demás en el restaurante de *Flore*.

"Señores, respondía, precisamente porque esta voz es tan pobre. Y eso me deleita, me agrada, incluso me resulta útil. Es una cuestión personal de mi filosofía. Sordo, aprendo cuando os escucho muchas cosas de la vida que me rodea. Vosotros no me habláis más que de temas de gran interés. Pero si os escuchara sólo a vosotros, me equivocaría sobre el contenido, la densidad, el valor de otras muchas cuestiones tratadas en los diálogos que puedo observar sin oír. Mirad, creo que esos señores de la cervecería de enfrente, de *Lipp,* conversan y discuten sus puntos de vista, lo mismo que vosotros hacéis conmigo, sobre temas definidos, con ideas claras, con razones y argumentos. De hecho, como lo sospechaba, no sólo los temas de sus diálogos son mucho menos profundos que los vuestros, sino que, por así decir, sé que ahora no existen. Son simples nadas que salen de sus bocas ociosas y de sus cabezas insanas. Lo trivial, lo intrascendente, lo vacío, tal es su dominio propio. Y todo esto era para mí desconocido hasta que el «Latoso», ése que tanto os confunde y yo bendigo, me lo ha descubierto. Gracias a él puedo hoy reconstruir esos discursos. Si no os tuviera más que a vosotros, señores, me representaría el cuaderno de la vida como un fresco siempre de color intenso, pintado con sig-

nos profundos y cargados de sentido. De esta forma, cometería, en virtud de vuestra distinción y vuestro valor, un error perpetuo sobre la inteligencia media y el significado propio de las relaciones de los seres entre sí. El «Latoso», del que os quejáis, y, en general, todo latoso, sirve para desengañar a mi sordera. Gracias a nuestro amigo X..., a su nulidad o, si preferís, a la nada de su pensamiento, las cosas recuperan sus justas proporciones e imagino lo real tal como es, es decir, muy inferior al plano al que me exalta vuestra amistad".

Esta teoría del «Latoso» tuvo un cierto éxito en el café de *Flore*. En adelante dejaron de burlarse de nuestro amigo X. Lo toleraron, lo consideraron como de utilidad pública, incluso lo llegaron a buscar algunas veces, cuando faltaba durante varios días".

"Soy sordo..."

Durante toda su "primera vida", su sordera y los equívicos físicos que se unen a ella habían inspirado a Maurras el temor hacia la sociedad de los hombres. "Soy sordo" era su respuesta a todo, y lo que motivaba su negativa a los requerimientos que esta sociedad le hacía. Insociable por naturaleza, su sordera, además de ser la "privación del sentido social del hombre", era su "esperpento". Lanzado por amor a Francia, al orden y a la verdad, a una acción pública de la que iba a desempeñar las funciones de piloto, no era posible decir: "¡No sé, lo ignoro, no he oído!" Directas o indirectas, ¡qué catastróficas hubieran

sido las consecuencias! Era necesario saber, era necesario haber oído aquello que, como jefe, tenía la obligación de responder. De esta forma, la sordera de Maurras ha establecido entre sus colaboradores y él lazos y relaciones de un género de vida que ha sido "una obra maestra de sociabilidad y de amistad".

Las necesidades de la acción pusieron así a Maurras en contacto con la vida con los más diversos compañeros, a causa de los cuales, por el tiempo que generosamente les ha dedicado, Maurras ha sido objeto de tantas burlas.

Quizá les deba el hecho de haber podido rodear con una frontera de indeterminación, con un halo de duda, de inseguridad, de lo "desconocido", aquello que la conversación de los que le rodeaban tenían de elíptico, de desnudo, de recogido en fórmulas demasiado claras, demasiado impresionantes: "No me dicen más que lo esencial, cuando en realidad lo que me interesa es el resto", decía con despecho. Pues bien; creo que Maurras debe a esos "cualquiera" de sus visitantes haber podido, por azar de conversaciones ordinarias, reintroducir, en lo que sus amigos le servían como "píldoras", algunas vitaminas que conservaban, a pesar de su insipidez, algo de vitalidad. ¡También era "así" como le hablaba la gente; también era eso lo que tenían que decirle a él y por lo que habían hecho a menudo un largo viaje! No, nada de eso le parecía despreciable. Tal es la razón por la que Maurras retenía a algunos "latosos" en su despacho de "Acción Francesa".

Escribir.

La sala de redacción estaba ya vacía y en sombra, el botones de la oficina se había marchado, todo estaba desierto en el periódico cuando Maurras acompañaba hasta la puerta a su último visitante. Retrasaba así hasta el límite el momento de ponerse a escribir, aunque "Acción Francesa" llegase a deshora a Hachette y, por tanto, con dos días de retraso a sus abonados de Seine-et-Oise... Ninguna de las reformas que Lucien Moreau o Robert de Boisfleury han intentado hacer en este género de vida duró mucho tiempo.

Sin embargo, Maurras escuchaba las razones de sus amigos y les prometía "organizar" sus horas de trabajo; incluso, a veces intentó darles esa satisfacción. ¡Ya no había nada que hacer! A esta misteriosa e insondable imposibilidad no le he encontrado más que una explicación, por muy paradójica que pueda parecer. Maurras, creo yo, tiene horror a escribir o, con más exactitud, Maurras no ha dejado de experimentar nunca una especie de horror físico por la página en blanco, frente a la que era necesario pasar al acto de escribir. ¿Es lógico que Maurras, que en el transcurso de su existencia ha llenado tres veces más cuartillas que Voltaire, montase en cólera ante una página en blanco? ¡Es inimaginable! Sin embargo, creo que si el periodismo le hubiese obligado a ello, del mismo modo que la acción pública le hizo superar su terror a la sociedad, creo, repito, que Maurras no habría escrito jamás sino algunos poemas, siempre vueltos a empezar, hechos cien veces por un prurito de perfección

absoluta. Ved cómo el único libro que Maurras ha escrito por el placer de escribir—hablo de *Les Amants de Venise,* pues todas las demás obras son "recopilaciones"—, ved cómo ese libro está redactado, condensado en axiomas, definiciones, proposiciones, demostraciones, escolios, que hacen pensar en Spinoza. ¡Un verdadero *Tratado de las pasiones románticas!* El artículo diario ha liberado a Maurras de esta tendencia a la abstracción "teorética", apartándole del deseo de alcanzar lo absoluto. Pero antes de decidirse a cubrir con "jeroglíficos" las hojas de un cuaderno que va arrancando poco a poco, tened seguridad de que Maurras esperará... hasta que las pruebas del periódico estén a punto de "tirarse". Cualquier pretexto le servirá para retrasar la hora decisiva de sentarse bajo la lámpara eléctrica, frente a la pequeña mesa de madera de pino manchada de tinta. Antes, releerá una y otra vez las pruebas del periódico, revisará los artículos de todos sus colaboradores, pedirá que le traigan en seguida tal obra, tal revista. ¡Qué no inventará para no comenzar a escribir!

En la calle de Rome o de Boccador, antes de ir a cenar—a menos que deje pasar la hora o vuelva a casa para buscar algún legajo de papeles—, Maurras había consagrado la mayoría de su tiempo a liquidar todo el correo, abriendo todas las cartas que responden a sus llamadas económicas, para anotar con lápiz azul, en el sobre, la suma que contiene cada una de ellas. Habrá leído cada nota que las acompaña. ¡Qué no habrá hecho Maurras para no ponerse a escribir! ¡Qué difícil le era "cambiar de tema", pasar de la vida activa a la vida contemplativa, obligar a su

cuerpo a tomar la "posición" del hombre que escribe. ¿No hubiera podido, se dirá, dejar esas necesidades al administrador del periódico o a alguna secretaria? Eso sería olvidar que Maurras toma así la temperatura de su acción. Sigue su curva, se templa de alguna manera. ¡En estos contactos se modela su esfuerzo cotidiano, y la alegría que encuentra en ellos le da fuerzas para realizar su prodigiosa, su sobrenatural labor! "La bella distracción" la prolongará en la soledad, en el silencio de los despachos vacíos, hasta que no haya medio posible de escapar al Minotauro! ¡Qué pasto va a echarle ahora para aplacar a los dioses!

Las cuatro de la mañana. El periódico está concluído. "De pronto, nos dice uno de los testigos de sus tareas nocturnas, aparece la aurora. ¿Creéis que Maurras va a acostarse? No, antes leerá los editoriales, los artículos de fondo de los principales periódicos que le llegan, húmedos todavía por la tinta de la imprenta y por el rocío de la mañana. Entonces, sólo entonces, Maurras coge su abrigo se pone su sombrero arrugado y se marcha, apoyándose en su pesado bastón. Por las calles desiertas, los camiones de los hortelanos que se dirigen a los Halles quiebran el silencio. Maurras llega a su domicilio de la calle Verneuil. Canturrea, tan alegre y satisfecho, como si saliese del lecho... Es la hora en que Maurras se acuesta y descansa. Al amigo que le acompaña le recita algunos versos, versos de Moréas, de Ronsard, o si nadie ha hecho el camino con él, insiste en el poema que desde hace muchas noches elabora en el fondo de su memoria; lo rehace, lo rehace siempre, como todas las

mañanas el día rehace la creación entera rectificándola de nuevo como un don, como una gracia...

"...El impulso sagrado de su naturaleza
lleva el Alma hasta el Cielo,
¡oh, Parca!, y se burla de tu injuria.
El Deseo es espiritual..."

"Un jardín de almas..."

La imagen más viva que he conservado de estas largas relaciones con *Acción Francesa,* del contacto que los avatares de la vida me han proporcionado con sus hombres, desde su jefe hasta el más humilde de los suyos, ha sido la de una extrema, una extraordinaria variedad de temperamentos, y ello en cualquier momento. "Un jardín de almas", decía un día Maurras para definirlos. ¿Cómo es posible que tantas individualidades, tantos hombres distintos, incluso tan opuestos, hayan podido vivir juntos? Jacques Bainville nos ha revelado el secreto de la armonía que ha mantenido unidas las fuerzas de esta colectividad y que "ligaba lo más profundo de los espíritus y las almas, su unión más honda, al respeto no menos profundo de sus diferencias": "Somos muy diferentes, decía en una ocasión. Tenemos nuestros modos de ver las cosas, nuestros gustos personales, nuestras formas de pensar y no discutimos jamás lo accesorio. No somos liberales, pero respetamos, amamos la libertad de cada uno de nosotros. ¡Esto es lo que hace nuestra armonía!" Lo que sobre todo unía a

esos hombres que no conocían la camaradería vulgar; lo que, puedo decirlo, les unía por encima de todo era Maurras, la confianza absoluta, unánime, que tenían en Maurras. Sí, nosotros hemos sido testigos de esta cosa incomparable: un hombre que unía a todos los suyos en una misma fidelidad a Francia, al orden y a la verdad.

"Quien conozca la historia de *Acción Francesa* acabará quizá por comprender cómo se ha realizado esta obra maestra", dice Maurras. Si es difícil escribir esta historia, sin dejar escapar lo esencial de la vida que la alienta, en cambio, se puede, creemos, contribuir a ella evocando las imágenes todavía vivas que ha dejado en el fondo de nuestra memoria. No intentaré describirlas, hacer de ellas un film continuo: me limitaré a descubrirlas tal como al azar de los días han llegado hasta mí, para proyectarlas una a una sobre la pantalla del recuerdo. ¿Y la atmósfera, el fondo sonoro? La "redacción" de "Acción Francesa", las conversaciones en el coche cuando, una vez acabada la jornada, Daudet, Bainville y yo abandonábamos el periódico; las noches pasadas en la imprenta, las casas de los amigos donde cenábamos con Maurras. ¿Los personajes? ¡Aquellos que, de cerca o de lejos, fueron iluminados por esta hoguera, los que allí dieron su resplandor, aún se hallan deslumbrados por ella!

"*Maurrasiana*".

Una tarde de 1920, en la calle de Rome, en la esquina de la calle de Isly, ante la librería de *Acción Francesa,* Maurras desciende de un

taxi, paga al chófer y, con sus periódicos bajo el brazo, va a atravesar la entrada del periódico cuando nos encuentra, a Bainville y a mí, dispuestos a salir.

"¡Buenas tardes...!" Cambia con nosotros algunas palabras y, después, sacando del bolsillo interior de un abrigo un papel que desdobla con un gesto nervioso, lo tiende a Bainville: "¿Conocía eso? ¿Se lo habían dicho? ¡Se piensa en Warwick! ¡Quiere hacer un rey, y de la familia de Parma! ¡Esos sueños demuestran lo que hay de extravagante en la cabeza de ese gran francés!" Se trata del mariscal Lyautey, que sueña con una dinastía nueva cuyo jefe sería el príncipe Sixto de Borbón-Parma, al que sus negociaciones para una paz unilateral con Austria han puesto en primer plano. Y Maurras añadía con una voz excitada:

"¡Si somos monárquicos es para no tener que elegir nuestro Príncipe...! ¡La idea de elegir es una locura! Si escogemos nuestro rey, en lugar de aceptarlo, tal como la Historia nos lo ha impuesto, ya no hay monarquía ni realeza... ¡No nos dobleguemos; de lo contrario, todo se desplomará en nuestro «¡Viva Francia!», porque se habrá desplomado definitivamente nuestro «¡Viva el rey!»... ¡Y qué idea pensar, aunque sólo sea por un momento, que un Parma pueda ser rey de Francia! Los reyes de Francia son franceses! ¡Un Borbón puede muy bien no serlo! ¿Quién ha pretendido que Alfonso XIII fuese francés? La monarquía naturaliza el poder... ¡Los Hohenzollern de Rumania son rumanos. Los Borbones de España, españoles; los Borbones de Nápoles, napolitanos; los Borbones de Parma, parmesanos!

¡Todo lo demás son fantasías! ¡Nuestros amigos no se dejarán arrastrar por ellas...! ¡No, no habrá fantasías! ¡Se trata de ir firmemente, y en línea recta, hacia el único objetivo nacional...!" "¡Si usted ve a Lyautey, dijo a Bainville, respóndale que no tenemos más que un rey y que se avergüence de sus sueños!"

De pronto, sobre una acera del barrio Saint-Lazare, Maurras ha definido, en algunas palabras, toda la teoría de la monarquía francesa tradicional. En cuanto a Lyautey, su sueño antidinástico duró poco. Maurras, algunos años después, fué testigo de que el mariscal daba su adhesión final, completa, sin reserva, a la Legitimidad francesa. "La verdad política volvió a ser su ley".

* * *

En el automóvil de Alary, que nos conduce a la calle de Bac, Bainville me habla de los comienzos de Maurras en "Le Soleil", de sus costumbres de esa época... "Hacia 1900, dice, Maurras frecuentaba el mismo café que Jaurès: todas las noches en el *Grand U*, en la calle de Richelieu, escribía, leía, corregía sus pruebas, separado tan sólo por algunas mesas de aquella en la que el director de la "Petite Republique" ("L'Humanité" no estaba todavía fundada) redactaba su artículo. Una noche, un periodista que acudía todos los días y que conocía a uno y otro, preguntó a Jaurès: «¿Quiere usted que le presente a Maurras?» "¿Por qué no?", respondió Jaurès. Inmediatamente, el conocido atravesó el salón e, inclinándose hacia Maurras, le dijo al oído: «¡Jau-

rès desea conocerle!» Sin levantar la cabeza, la nariz hundida en sus periódicos, Maurras dijo «no» con la mano. Nada más que un signo, el índice levantado, y continuó su lectura." "Es imposible ver algo parecido hoy", añadía Bainville, que piensa con tristeza en la decadencia de "caracteres" que tenemos hoy ante nosotros...

"Sentía un horror sagrado por Jaurès", me dijo Maurras cuando le recordé esta historia. "Su germanismo, su verbo, su postura de explotador demagógico de las masas, todo contribuía a alejarme de él y jamás he podido tener hacia Jaurès la consideración que me inspiraba Barrès. Ello debe de ser por culpa de mi sordera. ¡Quizá si hubiese "oído al monstruo" se habría regenerado mi fibra auditiva!" En cualquier caso, estaba a cubierto... A este respecto, recuerdo una frase de Barrès a propósito de De Mun, ese otro "eco sonoro..." Decía a Barrès: "A fin de cuentas, De-Mun no ha pensado nada por sí mismo, todo lo que tiene de serio viene de la Tour du Pin; ¡no es más que un eco!" Y Barrès me respondió: "¡Sí, pero un eco muy agradable!" Barrès estimaba aún esto...

* * *

René Benjamin me envía las pruebas de *Maurras, ce fils de la mer,* que está en curso de publicación en la revista. "No acabaremos nunca con este diablo de hombre—me dice—, y si le escuchase, habría que empezar otra vez. ¡Ah, no tengo suerte—añade melancólico—con las personas que admiro!"

La felicidad de Benjamin consiste en hacer oír las grandes voces del género humano... ¿Por qué, entonces, escandalizan la mayoría de sus retratos y, sobre todo, a los propios interesados, a sus modelos? El aprende por experiencia lo que hay que sufrir con las personas inteligentes...

¡Qué idea ha tenido enseñando a Maurras las pruebas de su libro! De él no dejará Maurras más que el argumento, y ni eso incluso... Le recuerdo aún leyendo esas páginas en las que Benjamin presenta a Maurras en su casa, en su Provence natal, al borde de su mar... Maurras ama ese mar, vive en él, se baña en él, templa en él su alma, y Benjamin tiene razón al llamarle "el hijo del mar..." Desde luego, a Maurras le han complacido tales anécdotas, tales imágenes vivas que Benjamin le presenta. Pero, ¿dónde están las ideas en todo eso? ¿Puede Maurras dejar publicar un libro escrito sobre él por un amigo tan íntimo como René Benjamin y donde, sólo incidentalmente, se alude a su pensamiento, a sus doctrinas políticas? ¿Qué diría el público, su público? Para convencerle, Maurras ha invitado a su biógrafo a comer con él en el restaurante Drouant, y "ya antes de que sirvieran los entremeses—me dijo Benjamin—, ha sacado de su bolsillo las pruebas—las pruebas cubiertas de enmiendas, de correcciones de todo tipo—y ha comenzado por someter a mi criterio tal "pequeño fragmento", que me ruega incluir al comienzo del segundo capítulo".

"Le he mirado aterrado, me dijo Benjamin. Me ha transformado el capítulo en un discurso magnífico, pero que no es más que un discurso, algo como el primer premio de elocuencia en una

academia de oratoria. ¡El libro se esfuma!... Recordaré siempre este mediodía en el restaurante Drouant!... ¡Nos hemos levantado a las cinco!... ¡Maurras estaba literalmente congestionado y yo hubiera deseado pedir al botones una ambulancia! A pesar de todo, he obtenido permiso para aligerar su perorata. He intentado proporcionar alguna diversión al lector... En fin, usted verá, me dijo Benjamin; le envío el capítulo, pero será necesario rehacerlo".

Cuando apareció el número de la Revista, Maurras reconoció que, podado y aligerado de esa forma, su "discurso" se hacía "legible", y cuando el "imprudente" Benjamin le envió otra vez las pruebas de su libro, no cambió ya nada. Pero, en determinadas partes, añadió, intercaló aquí y allí algunas cosas que le eran muy estimadas, y sobre todo una anécdota de Paul Souday que no quería guardar para él solo. El admirable pasaje acerca de "la buena fe en la discusión" ha sido añadido en las últimas pruebas: ¡era de lo más auténtico de Maurras! Pero por él fué preciso reajustar todo. "En conjunto —me dijo Benjamin, al que esta colaboración había acabado por fascinar—, tengo que aceptarlo!"

* * *

Bainville me cuenta: "Una vez, Maurras fué mordido por un perro. Y le aconsejaron curarse: "Es bueno, dijo con una cierta calma, que un polemista esté un poco rabioso".

Maurras está, a veces, rabioso. Sus cóleras son famosas. La lectura de la "prensa enemiga" es una ocasión propicia. Los que han hecho con

Maurras esa famosa síntesis de la prensa, que redactaba solo bajo el seudónimo de "Critón", saben lo que puede ser su ira cuando descubre algún error malintencionado. Uno de ellos me ha contado: "Maurras entra en mi despacho blandiendo un periódico completamente subrayado con signos trazados por su lápiz vengador. «¡Detenga, detenga a ese cretino!, me dice. ¡No lo suelte!» Al día siguiente, como yo no hubiese hecho nada, Maurras vuelve a la carga y me ordena explicar mi retraso. «¡Pero, digo yo apurado, el autor de ese artículo es mi tío!» «¡No me diga quién es, deténgalo a pesar de todo!», respondió Maurras, cerrando de golpe la puerta".

* * *

Sólo los que firmaron sucesivamente esta sección, cuyas tres columnas cotidianas eran tan ricas en ideas, en debates, pueden decir lo que Maurras exigía de ellos. Como cierta vez se olvidara de responder a un demócrata cristiano, con el que deseaba mantener polémica personal, e hiciera responsable de ello al redactor de la "Revista de Prensa", éste le presentó "sus excusas". A lo que Maurras respondió: "¡Usted está aquí para suplir mis propias insuficiencias!"

Maurras se niega a ceder ante los obstáculos: no existen para él. Una noche, en la imprenta, pide un libro que necesita para verificar cierta cita que, de memoria, acaba de hacer en un artículo. Se trata de una obra que no se puede encontrar más que en la Biblioteca Nacional. Se le dice.

"Lo sé", contesta. Y como se le explicara:

"Son las tres de la mañana y la Biblioteca no se abre hasta las nueve", Maurras respondió: "¡Amigo, qué pronto se resigna a lo imposible!..." Maurras no se resignaba jamás.

* * *

Los retrasos que Maurras causaba a la "tirada" del periódico desesperaban a los tipógrafos, a los redactores, a los jefes de grupo, lo mismo que a los abonados de provincias y de los alrededores. "Un día—Brasillach lo ha contado—, una delegación viene a buscar a Maurras, que la escucha seriamente, sacudiendo la cabeza ante tantos sufrimientos; después, alzando la frente y con una imperturbable honestidad, como aquel que ha sopesado todos los términos del problema y propone la solución, dice con su voz ahogada: «Señores, si estiman que yo soy el principal obstáculo para el desarrollo de "Acción Francesa"...» Nadie insistió".

* * *

Barrès revela otro aspecto de Maurras: "Charlo, dice, con el joven Jean Longnon y veo que si se le ocurre, por ejemplo, decir a Maurras: "He leído sus artículos de las *Réforme Sociale*" [1], Maurras se inquieta un poco y pregunta: "¿Quién se los ha enseñado? ¿Bremond?" Por las mismas razones, Maurras se niega a reunir

---

[1] Esos artículos figuran entre los más antiguos de Maurras. De ellos, encontramos algunas alusiones en su *Dictionnaire politique*.

sus antiguos artículos publicados en la "Revue Encyclopédique".

"Tal es su necesidad de sistematización, añade Barrès. Quiere que su pensamiento haya sido siempre lo que es hoy. Quiere rectificarle, ponerle de acuerdo, apoyarle en una verdad que conozca. Sin embargo, sería interesante un Maurras formándose ante nosotros... A mí no me inquieta el hecho de haber sido diferente".

Y el joven Jean Longnon responde a Barrès con estas sinceras palabras: "Maurras sabe que se le lee, se le estudia, se le sigue. No hay que dar importancia a los errores, hay que suprimirlos. Esa es la razón por la que Maurras no quiere dejar reimprimir su pasado sin una severa revisión".

Y a un joven que, cierto día, daba las gracias a Maurras por uno de sus libros, respondió éste: "No me dé las gracias. Yo le debo estos libros".

* * *

Domingo por la mañana en casa de Bourget. Barrès está allí, después de oír misa en los Benedictinos de la calle Monsieur. Barrès no está contento con mis artículos sobre Renan. Parece creer que es a él a quien he apuntado a través del viejo idealista. ¡Qué idea tan extraña! Y comienza a defender a Renan, al menos tal como hoy lo ve. Bourget me da la razón, lo que hace decir a Barrès: "Usted verá, Bourget... Después de Renan le corresponderá a Taine". Pero Bourget me disculpa por adelantado. "No, dice, Massis no criticará al historiador de los "Orígenes". ¿Qué diría Maurras?" ¡Por ese motivo, creo, em-

pezamos a hablar de él! La víspera había oído a Maurras pronunciar uno de sus más bellos discursos en la sesión de apertura del Instituto de *Acción Francesa,* en la sala de las "Sociétés savantes". Hablo a Bourget, a Barrès, de la seducción extraordinaria que Maurras como orador tiene sobre el auditorio, cuán preparado está su espíritu para prever las objeciones, responder a ellas por adelantado, y sin saber por qué añado: "¡Naturalmente, Maurras ha llegado con retraso!"

"No es por casualidad ni por negligencia por lo que Maurras llega siempre retrasado, dice Bourget. Sabe muy bien lo que hace y por qué lo hace... Su aparición en el estrado, cuando la sesión ya ha empezado, es recibida con aplausos, y todo su auditorio se levanta y grita: «¡Viva Maurras!» ¡Ese clamor le rodea de un vago entusiasmo que se despliega al pie de la tribuna! Esto es lo que busca, lo que desea, aunque, con un gesto irritado, aparente calmar a ese tumulto." "Eso es de un arte superior—prosigue Bourget—. Igual hacía Lucien Guitry. En las obras en que actuaba—¡y con qué talento!—exigía siempre al autor que las compusiese de tal forma que él, Guitry, no estuviese en escena en el momento de alzar el telón. De esta manera, cuando, en el transcurso del acto, Guitry hacía su entrada, toda la sala le saludaba con un «¡bravo!» que no acababa nunca. ¿No es teatro también la acción pública?"

Cuando repetí las palabras de Bourget a Maurras—en Lyon, en 1942 ó 1943—exclamó a gritos:

"¡Qué modo de explicar mis retrasos! ¡Como

una imitación de nuestro señor Lucien Guitry! ¡Yo, que no he ido nunca al teatro, y con razón! ¡Yo, que no conozco a ese señor más que de nombre! ¡Desde la aparición del periódico, en 1908, no abandoné la "chaussée" d'Antin o la calle Caumartín más que después de haber escrito todo mi "Criton" de la "Revista de la Prensa"! ¿Cómo no llegar retrasado, incluso sin cenar? Al comienzo, yo había dicho a Pujo: «Con las condiciones de desorden inevitable que produce mi llegada, ¿no sería mejor desaparecer de aquellas reuniones en que no tengo nada que hacer?» «¡Desengáñese, me dice; el incidente produce confusión, desconcierto, animación igual que nuestro "número de la noche"!» ¡Esto hizo desaparecer mis escrúpulos!"

* * *

A "Acción Francesa".

Maurras es tan exigente para los que trabajan con él como para consigo mismo. Es preciso que estén en la redacción cuando él está. Que estén "antes", no cuenta para él. Henri Longnon me contaba un día: "A las ocho y media de la noche había acabado mi "Revista de Prensa", pero frecuentemente permanecía en el periódico hasta las once e incluso, a veces, hasta las doce. Una noche, cuando me disponía a salir, Maurras entra en mi despacho y me dice: «¿Y este artículo de Blum? ¿Lo ha olvidado?» ¡Era él quien acababa de traérmelo! «¡No puedo más!», respondí. «¡Un pequeño esfuerzo más!» «¡Estoy cansado, no he comido desde las doce y son las

once de la noche!» «¡Tampoco yo he comido desde las doce!» ¡Pero lo que Maurras no decía es que eran "las doce de ayer"! Tal es la voluntad de este hombre, lanzado siempre hacia adelante. ¡Pero jamás ha querido comprender que la gente tuviese otro ritmo de vida distinto del suyo!"

* * *

Durante el transcurso del terrible invierno de 1917, cuando los aviones alemanes cruzaban todas las noches el cielo de la ciudad, Maurras cenaba en un hotel de la calle de Bac, en el que, además, debía alojarse por carecer de criada que le hiciera la comida en su domicilio de la calle Verneuil. Allí, la cocina era execrable y Maurras combatía su miseria con alguna botella de Châteauneuf-du-Pape! Algunas noches, harto hasta más no poder de la carne de vaca mal cocida que le servían en todas las comidas, se decidía a cenar en una cervecería de los bulevares, donde un amigo, un colaborador, se reunía con él. "Asistí, me dice Longnon, a una de esas comidas en el restaurante Vetzel: un caldo, un poco de queso, una naranja, ésa era su cena. Y como le advirtiera: «Usted no come bastante», Maurras me respondió: «Mis medios no me permiten hacer más excesos, pero con esto me basta y me sobra, se lo aseguro»".

"Aquella noche—una noche de aviones—descendíamos juntos por la avenida de la Opera, desierta y oscura. Pasábamos ante el Louvre y nos dirigíamos hacia el Seine, cuando Maurras notó que yo iba un poco detrás, a una cierta

distancia de él. «Acérquese», me dijo. «¡Prefiero, le respondí, vigilar lo que pasa detrás de usted, puesto que no lleva armas!» «¿Armas?—me dijo indignado—. ¿Armas? ¡Tengo mis puños!».”

* * *

Gaudy, Georges Gaudy, ese soldado que se incorpora de nuevo a su “guarnición” de “Acción Francesa” cuando la guerra le licencia y le aleja de Verdun, del Chemin des Dames, de los campos de batalla de Africa. de Italia o del Palatinado; Gaudy, a su regreso, me cuenta: “Cierto agitado día, en el Quartier Latin, por casualidad, nuestra manifestación había fracasado... El que la dirigía había sido herido en los primeros momentos. Sus compañeros habían podido arrebatárselo a los policías y se lo habían llevado a “Acción Francesa” en un taxi, con la frente vendada... Maurras se acercó en seguida para atenderle y felicitarle por su valor. Pero el herido trataba de expresar las razones del “fracaso”... Ante esta palabra, Maurras se indignó: «Le ordeno que se calle, dijo. Su herida no le permite razonar. Su estado no es normal... ¡Ahí, ahí viene Gaudy; Gaudy ha visto todo y va a decirnos la verdad!...» No pude sino confirmar el relato de nuestro compañero, incluso precisarlo con algunos detalles desastrosos. Maurras salió, con la mirada encendida, apretando las mandíbulas, y se dirigió hacia su despacho, murmurando entre dientes: «Vendrán otros que podrán aportar los elementos que nos faltan...» Hasta el final, Maurras se negó a darse por vencido.

Y yo pensaba en lo que Caulaincourt nos cuenta de Napoleón en la batalla del Moskowa. Un oficial de su Estado Mayor le informaba con detalle de las malas noticias. El Emperador, pálido, encolerizado, con los ojos llenos de inquietud, le cogió por el cuello e hizo ademán de golpearle con la fusta. Pero de pronto se detuvo: «¡Usted quiere—le dijo—hacerme perder la paciencia!» Ese día Maurras me ha hecho pensar en Bonaparte: la misma voluntad de hierro que no retrocede nunca, que quiere siempre conservar el dominio de su fuerza, de sí mismo".

Léon Daudet.

El temperamento de Léon Daudet exigía una libertad completa. Todas las posibilidades de su naturaleza han podido realizarse plenamente gracias a la ayuda que, en este sentido, le ha proporcionado "Acción Francesa". En ella ha encontrado Daudet esa libertad y, por ella, ha podido desarrollar su espíritu.

"Acción Francesa" ha sabido integrar y enriquecer la infinita curiosidad de este hombre tan amplio en su profundidad, todo cuanto había en él de vital y de apasionado. "Si no hubiéramos tenido junto a nosotros a Daudet, seríamos un periódico de profesores", decía Maurras. La amistad de Léon Daudet y de Charles Maurras había realizado esto, y si se piensa que estas dos personalidades tan completas estaban lejos de coincidir en todos los puntos, ¡tendremos que admitir una especie de milagro! Nada rompió su comunidad; las pruebas, los momentos difíciles,

no hicieron más que fortificar su amistad, sublimándola.

"No he discutido ni una sola vez con Maurras en veinte años", decía Léon Daudet con orgullo lleno de satisfacción. Y en Saint-Rémy-de-Provence, ante la tumba de su amigo, Maurras nos ha revelado el secreto: "Nuestra amistad, dice, tenía en su base un profundo respeto, el respeto por nuestras diferencias de gusto, de ideas, de carácter; el respeto por nuestras razones de ser, a las que cada uno tenía necesidad de entregarse y seguir fielmente". Cuando el 21 de marzo de 1908 Maurras y Daudet comenzaron a trabajar conjuntamente en el periódico, todos predijeron su separación para antes de tres meses; sin embargo, esa colaboración debía durar más de treinta años, y sólo la muerte habría de romperla. Su comunión perfecta nacía de lo más profundo de su inteligencia y sus almas. Al término del viaje, cuando separado de casi todo, la mirada fija ya en el otro mundo, Daudet pensaba en las cosas que le interesaban todavía, las reducía a esta frase suprema: "¡Mi oración de la noche... y mi vida para Charles Maurras!"

Había en Léon Daudet, bajo la espontaneidad de sus movimientos y la vivacidad de sus deseos, una aspiración, no menos instintiva, a la armonía, al equilibrio, al orden, un deseo de perfección humana que, en él, se transparentaba a través de la imagen que se hacía del artista superior, del hombre de genio. Maurras, ante sus ojos, era uno de estos hombres. Sus espíritus se fundían, a pesar de las diferencias, en ese algo "organizado" que hay en el fondo de las grandes construcciones de la lógica y de la

razón. Por lo demás, todo en Léon Daudet tendía a la "síntesis", hasta ese sentido de lo sobrenatural, tan poderoso en él, que es preciso no confundir con lo "ilimitado". Si tenía sed de infinito en el pensamiento, lo preciso, lo concreto, lo real, en cambio, le atraían fuertemente. Este visionario poseía el "sentido sintético" por excelencia. Todos los planos del conocimiento y de la experiencia nutrían sus visiones; por el contrario, nada le producía tanto horror como el sueño vacío, inorgánico por esencia. Lo "universal creado" era el alimento de Daudet, pero sólo el orden lo diviniza, lo cual permite a la libertad interior alcanzarlo y ampliarlo. Tal era lo que Maurras le había hecho descubrir, y su encuentro había sido para él una iluminación de todo su ser. "¡Qué hombre!", gritaba Daudet ante el espectáculo que la vida de Maurras le ofrecía. Y no conozco definición más bella de Maurras, hijo del Estagirita, que aquella en que Daudet le llama "estratega del espíritu, conquistador de toda plaza rebelde, vencedor de ellos, con ayuda de Minerva, por la palabra".

¿De dónde procedía?

¿De dónde procedía Léon Daudet? Sus propias experiencias hubiesen bastado para hacerle reconocer en Maurras esa grande y profunda poesía en la que, joven de inteligencia apasionada, había tratado de calmar su sed de infinito. Desde el principio había estudiado en los pensadores más importantes de su época—Jean-Paul, Hartmann, Herder—y las sombras de un Schopen-

hauer que seguían al misterio personal de Spinoza. Todos ellos habían sido interrogados, uno a uno, por su espíritu, inclinado a la especulación. Su "apetencia" le había obligado a absorber todo, a aceptar todo, con una especie de pasión insatisfecha e incontenida.

Entre los dieciocho y los veinticinco años, esta naturaleza tan rica, tan compleja, llena de reflexiones, de deseos, de inquieta ambición, se había nutrido de todo. ¡Qué herencias tan diversas trataban de abrirse camino en él a través del orbe entero del saber humano! La metafísica alemana, que había estudiado con todo apasionamiento bajo la dirección de su maestro Burdeau, y después solo, le había abierto horizontes infinitos: "Nunca, en el transcurso de la existencia—dice—he encontrado esta magia, esta euforia, sólo comparable a la del opio, cuyo dolor desaparece como una reina encolerizada, dejando tras de sí un susurro de sedas".

¡Léon Daudet había acabado por pertenecer a la escuela de los sueños, por divinizar la quimera! Los crepusculares misterios del Norte y su transfiguración wagneriana le hubiesen embriagado más aún con su filtro, a este hijo del Mediodía, si no hubiese sabido, desde su nacimiento, que la claridad oculta un misterio más profundo y que, en el luminoso azul del cielo de Provence, los negros presentimientos de un Nostradamus se elevan como llamas: ¡tal era la cosmogonía de Daudet!... ¡Cuántas aventuras le habían requerido! Al comienzo le había llevado por las huellas de Shakespeare, a esa Holanda que le ofrecía un estimulante intelectual y que no va a olvidar nunca, y a la que regresaría en

el exilio para que su primera vejez encontrara allí el aliento original. Pero es Shakespeare, ese dios Pan de la naturaleza, del que dice que pasea su antorcha por la pared de la caverna misteriosa, es el gran Will, quien le hará volver a sus fuentes, a Rabelais, a Montaigne, a Pascal, sus padres espirituales. Y aquí se cierra su primer ciclo intelectual. Todavía no ha llegado el momento en que, introducido por Mistral, Daudet descubre a Maurras. Pero Maurras había ya descubierto a Léon Daudet. El había adivinado muy pronto en el *Voyage de Shakespeare* un libro maestro, no un libro de madurez ni un libro de perfección, sino un libro lleno de fuerza. Maurras había proclamado su admiración ante ese don prodigioso de multiplicar la vida. También había proclamado su temor, el temor de que este joven Léon Daudet se abandonase a una embriaguez, cuyo beneficio no podía imaginar. "Concibo, decía entonces con singular intuición, por el contrario, un santo deseo de sacar a la luz, de hacer respirar, hacer palpitar un ser, oculto en una forma no terrestre, sino celeste." Léon Daudet iba a formular en seguida este elevado deseo al término de una obra vengadora en la que se libera para siempre del nihilismo, del determinismo, cuyos primeros estudios filosóficos y médicos habían llenado su juventud; y precisamente con una oración, que pone fin a sus *Morticoles:* "Dios mío, sois la fuente de toda bondad, de todo amor. Sin Vos, la conciencia no es más que una palabra y el hombre un montón de lodo y sangre... Los más desgraciados han creído que la Materia bastaba; ellos Os han expulsado de sus almas... Creyéndose libres, son esclavos; cre-

yéndose inmortales por el conocimiento, son los más ignorantes y los más efímeros de los hombres, pues la más alta verdad está en Vos y no procede más que de Vos. ¡Gloria a Vos, el único glorificado! Desgraciada tres veces sea esa ciudad nefasta en que Vuestro nombre ha sido olvidado".

Tal era el hombre que un día debía asociar su destino al de Charles Maurras. Pasarán muchos años antes de que se encuentren, años en que Léon Daudet, monárquico y católico, defenderá en los periódicos conservadores su causa, revelando sus dotes personales de asombroso periodista, esa intrepidez de estilo que, por su carácter rápido y seguro, había extrañado desde un principio a Maurras... "Lo maravilloso depende en Daudet, ya se trate de una frase, de un artículo o de una página de un libro, de la firmeza de la expresión, de la exactitud en el carácter, de lo definitivo en el lenguaje—decía Maurras—. Le es imposible engañarse en la elección de la palabra apropiada, del ritmo expresivo, de la inflexión precisa. Esta totalidad en el arte es innata".

Maurras experimentará, ante Daudet, una especie de felicidad, de excitación vital. "Esta voz magnífica, medio-clarín, medio-trueno, que no necesitaba forzar ante mí, dice, había sido en nuestros primeros encuentros la más deliciosa de todas las sorpresas, que sostuvieron después la fuerza de nuestra colectividad, el vigor y la duración de nuestra amistad. Sería ridículo hacer depender de ellas a todo. Pero ellas lo han facilitado, lo han simplificado y reducido". El sonido de su voz añadía a los juicios de Léon Dau-

det una asombrosa fascinación, como su risa, esa risa homérica, una de esas risas que creemos que algún dios lanza ante la estupidez humana.

Daudet en la Cámara.

¡Qué turbación producía a Arístides Briand la risa de Léon Daudet en la Cámara! ¡Cuando Briand creía tener poseída a toda la Asamblea en el encanto de su melodía; cuando, adormecida en su caricia la oposición—las izquierdas como las derechas—se sentía vencida y expiraba al pie de la tribuna desde la que se elevaba esa música; cuando todo y todos sufrían el hechizo del vacío, una risa, una risa de una fuerza impresionante, de una potencia sobrehumana, hacía retumbar repentinamente su trueno como una protesta del cielo, enfurecido por el insulto y la mentira! El encanto se había quebrado, las cabezas se alzaban, los cuerpos se enderezaban, los ujieres dejaban de dormir, las mecanógrafas se inquietaban, los pupitres se abrían, las conversaciones subían de tono, el público se revolvía en las tribunas y, arriba, los periodistas rompían en carcajadas... Briand vacilaba; con la espalda curvada y la mirada desconfiada, esperaba impacientemente ...La réplica de un adversario hace inquietarse al orador, pero... una carcajada... Muchas venganzas futuras tienen ahí su origen: un contradictor de este tipo era invencible!

Un joven Dionisios.

A Barrès, que conocía la Cámara, no dejaba de asombrarle el "tono" que daba a las sesiones la sola presencia de Léon Daudet. "¡Qué alegría, qué potencia, qué intensidad, qué impulso de vida tan formidable!", pensaba Barrès. El entrañable Léon, el dichoso Léon, tenía todo lo que faltaba a Barrès, lo que, en su vida pública, deseaba tanto poseer; pero no le admiraba y le estimaba sólo por eso; su amistad era más profunda. Un asombro sin término, que experimentaba ante el espectáculo que le ofrecía esa naturaleza tan ardiente, tan rica. Un domingo—era el 10 de mayo de 1920—, Barrès había visto a Léon Daudet, diputado por París, en el cortejo de Juana de Arco; y la misma tarde, todavía deslumbrado, no había podido resistir la tentación de enviarle estas líneas magníficas: "Mi entrañable Léon: Quiero decirle una locura, una locura que me ha asombrado profundamente ayer, durante un segundo, frente a las Tullerías, cuando regresaba a mi domicilio, después del desfile en el que le he visto cruzar. Era el cortejo del joven Dionisios, un Léon deslumbrante de audacia, de fuerza y de alegría, y marchabais todos con un ritmo tan grande, tan lleno de gozo y de orgullo, que la imaginación se encendía. Le he visto profundamente, en un segundo, como un ser despertado del fondo de los tiempos, coronado de follaje, en medio de los címbalos de sus partidarios que llevaban tigres encadenados: sus jóvenes, con la boca abierta, invadidos por el furor animal, y usted, realmente el centro físico y es-

piritual de esta marcha triunfal". Y Barrès, que sabía lo que había querido Léon a su padre, añadía como en tono confidencial: "Me he acordado de su padre, en el que había también una parte divina en sus horas de expansión; su padre, un joven fauno al que sólo he conocido enfermo y, a pesar de ello, llevando la alegría a todas partes". Luego, volviendo a su "visión", Barrès le decía todavía: "¡Son prodigiosos esos momentos en que la fuerza del alma se manifiesta al exterior; y habiendo visto esa gota de sangre heredada; habiendo visto lo eterno a pleno sol, este domingo a mediodía, intento describirle la visión, intento contener ese minuto deslumbrador. *Jungamus dextras, Maurice Barrès*".

¡De ahí que Barrès, a veces, se sintiera más del lado de Daudet que del de Maurras, del "déspota" Maurras que había "proclamado el mito de la monarquía"! Pensando en los jóvenes que seguían a ese maestro imperioso, sorprendemos a Barrès cuando dice: "Quieren un jefe que no busque la verdad delante de ellos, que la posea ya y la ponga a su disposición". En nombre de "alguna modestia, de algún sentido de lo verdadero", Barrès se negaba "depositar cualquier pensamiento sobre el lecho de Procusto de su propio pensamiento". No creyendo en la objetividad de lo verdadero, carente, si es posible decirlo, de certeza "ontológica", Barrès creía, en efecto, descubrir en todos los sistemas una parte de insinceridad. "No ven más que lo que quieren", exclamaba; y decía de todos: "¡Se sabe lo que mide la vara!" Y si pensaba que es una fuerza y una nobleza organizar las ideas y cons-

truir un sistema, Barrès, como Daudet, quería que le dejasen alguna vez sentarse "a la mesa de los dioses". Pero, de vitalidad menos fuerte que Léon, su inquietud iba demasiado lejos. "¿Sabéis hasta dónde llega?, confesaba un día. No me atrevo a destruir las ideas de mi adversario, y digo: «¡Temo haber golpeado demasiado fuerte»... ¡Pero no, vive! Creía ser el vencedor y quedarme solo en el mundo...». Ese temor no lo han experimentado ni Daudet ni Maurras, pues para ellos la victoria no hubiera sido su victoria, no hubiese sido la soledad, sino la reconquista, el restablecimiento de todos los bienes necesarios al hombre, al hombre que no se llama individuo, sino sociedad. Hasta en la acción pública, Barrès se sentía solo. Maurras no conoció nunca más angustia que la de permanecer amurallado en ese aislamiento que es la sordera. Su encuentro con Léon Daudet, a este respecto, fué una especie de gracia. "Ha sido causa, dice Maurras, de que yo aceptase una vida pública, una vida política, en la que mi palabra ha podido tener alguna importancia." "Antes de conocerle, precisa, me había sucedido, en algunos raros instantes, hallarme moralmente obligado a decir unas frases en una asamblea donde la fuerza de la evidencia hubiese incluso podido destruir el éxito. Mis comienzos datan de 1904, en una reunión del *Sillon,* a la que habían impedido asistir a nuestros oradores. Debí dar la réplica a Marc Sangnier en persona y no me salió del todo mal... Tenía la lengua bien suelta, por eso la obsesión del ¿y si no oía? no me abandonaba. El hábito de conversar con León

Daudet disipó tal escrúpulo y me alentó, hasta llegar a olvidar y despreciar ese constante peligro" [1].

Un moralista cruel.

Lo que Maurras admiraba en el compañero que la acción le había deparado para combatir todos los días al enemigo público era su don de decisión rápida e instintiva, ese don que multiplica, en proporciones incalculables, la fuerza del escritor, del polemista. "Daudet ve las personas y las pinta como las ve, dice. Bajo las ideas y las pasiones destructivas, Daudet percibe los animales al acecho de la ocasión favorable, con sus vanidades, sus deseos, sus ambiciones, y revela, de un trazo agudo y penetrante, sus ridiculeces. Este político es un moralista cruel. Este rudo polemista tiene una gran inspiración cómica; dispone de medios formidables para hacer patente a los ojos de los demás las tareas, los defectos que capta. Color vivo, dibujo violento, ingenio para el gesto deformador implacablemente parecido, todas estas armas, como las de Veuillot, de Drumont, ponen al adversario en incómodo trance, sin poder hacer nada mejor en definitiva que insinuar escrúpulos en el cerebro de los conservadores estupefactos."

Sin duda, Briand tiene la suerte de ser Briand, y Fallières, Fallières. Pero, ¿es conveniente, es correcto, manchar el alma y la pluma con esos análisis, con esas descripciones de sus defectos?

---

[1] *Tragi-Comédie de ma surdité.*

Nuestro viejo Agrippa de Aubigné ya ha respondido a ello:

"¡Se dice que es necesario ocultar las cosas
[execrables
En los pozos del olvido y encerrarlas en los se-
[pulcros,
Y que el mal resucitado por los espíritus
Infectará las costumbres y la posteridad!
Pero el vicio no tiene por madre a la ciencia
Y la virtud no es hija de la ignorancia".

Y Maurras concluye: "La obra de Daudet es de utilidad pública. Denuncia al mal como realizador del mal". De aquí que Léon Daudet sea objeto de grandes admiraciones y grandes odios, menos permanentes, sin embargo, que el odio que ha inspirado Maurras: el odio a la razón.

Sila, poema del Orden.

¿Cómo este hombre, que unía a abrumadoras necesidades de periodista y de director la increíble molestia de las conferencias en provincias, las reuniones en los suburbios, sin contar las sesiones en la Cámara (cuando era diputado no faltaba nunca); cómo Léon Daudet se podía aún deleitar soñando, componiendo, escribiendo novelas? ¿Eran sus jornadas de cuarenta horas? ¡Cuál fué el asombro, el estupor de Bainville y yo, conocedores de lo que era su vida cotidiana, cuando Léon Daudet publicó, en 1922, *Sylla et son destin!* Toda su herencia latina, mediterránea; toda su meditación política, su voluntad de

gran reaccionario que daba la alarma de los peligros de la Ciudad se habían concentrado en torno al nombre de Sila. Este nombre había actuado sobre él como una metáfora inesperada, como una gran imagen de lucha que había determinado todo en su mundo. Las vivas semejanzas que había descubierto entre la posición política de Roma en el año 87 de Jesucristo y la de la Francia de 1922 habían llevado a Daudet a estudiar el carácter del gran romano, su genio de acción, y a mostrarle como uno de esos hombres en quien reaparecen las virtudes de la raza. ¿Y cómo no adivinar lo que había de autobiografía en el relato de la aventura de Sila, lo que había de consanguíneo entre su héroe y él? Lo que se desprendía del libro de Daudet, a la luz de la evidencia, era que ese tónico de la autoridad es el mismo para todas las épocas y que, en este dominio, no puede haber cambio alguno, como no lo hay en la constitución anatómica y fisiológica del cerebro humano. Léon Daudet había hecho de Sila el poema del Orden y de la Autoridad. Este epitafio del romano, que él compuso, ¿no podía servir también para él, para Daudet?:

"Lucius Cornelius Sila, el mayor, el más sa-
"bio y el mejor de los romanos, en quien se con-
"sagró como en ningún otro el arte de desarro-
"llar con majestad todas las posibilidades en
"política y hacerlas favorables para la Ciudad".

La agonía total.

Pero, pensábamos al leer el *Sylla* de Daudet, Francia asediada por la anarquía y el desorden, ¿no está también en guardia? Casi todos los días, ante la revolución siempre amenazadora, Léon Daudet se declaraba dispuesto a asumir el puesto de ministro del Interior... Entonces se produce el drama que va a hacer de Daudet "un pobre Léon desgraciado". El 24 de noviembre de 1923, su hijo Philippe, de catorce años, es hallado en un taxi mortalmente alcanzado por una bala de revólver en la sien. Llevado al hospital Lariboisière, debía fallecer sin recobrar el conocimiento: su cuerpo inerte, ya frío y sangrante, sobre una losa, fué reconocido por su madre dos días después. Se admitió en un principio que se había suicidado, ya que el muchacho padecía una terrible enfermedad nerviosa; pero se dijo a la gente que Philippe había muerto de una gripe perniciosa. Esto era lo que creíamos el día en que conducían al niño al Père-Lachaise, cuando seguíamos a Daudet en su marcha a través de las tumbas...

Trastornados por la desgracia de los padres, su horrible sufrimiento repercutía en nosotros; pero, ¿cómo hubiéramos podido imaginar que ésta iba a ser la primera estación de un largo, de un espantoso calvario? El 3 de diciembre—el día de la muerte de Barrès—, Jacques Maritain me escribía: "He recibido "Acción Francesa" y por ella me he enterado del caso del *Libertaire* ¡Qué tragedia tan atroz! ¡Es horroroso llegar hasta esos abismos de odio inmundo!" De pronto,

todo se aclaraba, el enigma se había disipado: el muchacho había sido atraído a una emboscada anárquico-policíaca, y el asesinato disfrazado de suicidio.

El librero Le Flaoutter, las consignas dadas a los policías encargados de detenerlo, su traslado al hospital en el taxi del chófer Bajot, todos esos hechos iba a ponerlos Léon Daudet en claro, de tal forma que ni el engaño ni la duda serían posibles. Una paciente, una victoriosa investigación iba a llevarse a cabo, en la que Daudet sería la voz directora. "Este padre enlutado, este padre aún lacerado tomó la justicia y la policía por su mano y condujo a las dos hasta el abismo de horror y vergüenza al que no se atrevían a acercarse". Pero a su vez, ¡el régimen perseguirá a Léon Daudet, acusado por los Tribunales! Daudet conoció en ese momento la agonía total. ¡Ah, cuán profundamente había sabido penetrar Bernanos, bajo su tragedia horrible, en el "destino sobrenatural de este hombre de mirada ardiente y helada, que parecía descubrirnos a veces el rostro del otro mundo!" "¡Está destinado, decía de Daudet, a soportar los sudores profundos que vieron correr, una Noche entre las noches, los Olivos proféticos!" Bernanos decía además de Daudet: "Es el único heredero de Esquilo y de Sófocles". ¡A qué humanidad sublime, a qué grandeza se elevaba el padre de Philippe cuando, al final del proceso, se volvía hacia el jurado para exclamar: "Después de estas tres semanas de audiencias conmovedoras para ustedes y para mí, me contentaré con decir algunas palabras muy sencillas.

"Me remontaré a la época de mi juventud, en

que yo era para mi padre, Alphonse Daudet, lo que mi pequeño Philippe era para mí. Dejemos a un lado mi actuación política, literaria y filosófica. Todo eso apenas tiene aquí importancia. Sólo una cosa cuenta en la vida: los sentimientos naturales. De ellos me he servido, con ellos he gozado desde niño. Amaba a mi padre apasionadamente. Yo era el báculo, si no de su vejez, de su edad madura, ya que muy pronto se vió impedido por una enfermedad. He sido su compañero durante los diez años últimos de su vida. Recibí de él sus más profundos pensamientos. Me enseñó el latín y todo cuanto sé. Poniendo el amor filial y paternal por encima de todo, después del amor y la fe en la Patria, yo había soñado hacer de mi hijo lo que yo había sido para mi padre.

"La Providencia o el destino hostil no lo han querido... El problema que se debate ahora ante ustedes es el que llevaron al teatro los trágicos griegos: el de saber si se puede poner un freno al mal, saber si se puede ayudar o impedir o aniquilar los sentimientos humanos en lo que tienen de más profundo, de más fuerte, de más luminoso y más justo.

"Ustedes son la Justicia y yo estoy ante ustedes. Quiero, lo repito, olvidando los murmullos del foro y el polvo de las asambleas, no ser más que un hombre desgraciado.

"En memoria de mi hijo—tengo la certeza de que ha muerto por mí—hago esta petición que aquí se juzga. Debía cumplir con mi deber. Mi honor estaba comprometido. Lo he hecho. Republicanos o monárquicos, en la delicada situación en que estamos, ¿puede tener alguna impor-

tancia pertenecer a unos o a otros? Hay que cumplir con el deber, a pesar de las catástrofes y los golpes del destino...

"Philippe ha muerto porque ha encontrado la maldad humana, y la maldad ha herido aquí a la familia francesa. Este drama es un gran drama, no porque haya alcanzado la vida de tal o cuál, sino porque se ha ensañado con la Familia en su punto más sensible...

"Señores, ustedes ya lo saben, y por tanto no debo insistir. La Patria está amenazada. A ella he entregado mi vida y por eso mi hijo ha sido asesinado. Porque mis enemigos no pudieron destruirme en los momentos más duros, más delicados de la lucha que he sostenido desde hace más de quince años contra Alemania, combatiendo en primera línea contra los elementos que, en nuestra Francia, luchaban a favor de nuestros enemigos, de vuestros enemigos, señores del jurado, y de los de vuestras familias; los que no pudieron destruirme—ya que soy demasiado fuerte, y mi destino no es morir asesinado—han atacado a mi hijo. No han querido matarle, sino comprometerle en un escándalo. Como siempre sucede en tales casos, han ido más lejos y el niño ha sido asesinado... Después de eso han intentado ocultar el crimen...

"Señores, he terminado. El destino de que les he hablado esta tarde es un destino augusto y solemne. Es el destino de toda la Familia francesa. Se lo repito. Si me herís, herís en mí a la familia francesa. En el drama que hoy nos amenaza, que es el drama de todas las cosas, atacaréis los cimientos sobre los que podríamos

edificar una Patria grande y próspera: la del Padre, la de la Madre y la de los Hijos".

25 de noviembre de 1925.

En la cervecería *Lipp,* y por los periodistas que llegaban del Palacio de Justicia, nos enteramos a las doce de la noche del odioso veredicto que acababa de condenar a Léon Daudet a cinco años de prisión. Esta condena insultaba al honor, al sentido común, a la dignidad del país; llevaba consigo todos los estigmas de la infamia. Indignados, nos dirigimos en seguida al domicilio de Daudet, en la calle Saint-Guillaume. Léon estaba allí, ante el retrato de su padre, rodeado de su mujer, de sus hijos, de sus amigos. Un largo cortejo pasaba bajo las ventanas de la casa y, en la noche, se elevaba el clamor de los corazones rebeldes, que gritaban: "¡Daudet, Daudet, Daundet!..." Salió un momento al balcón, después cerró las persianas y entró en la habitación de los suyos... Era el 25 de noviembre de 1925.

El 10 de junio de 1927, dieciocho meses después, Léon Daudet recibía orden de considerarse detenido. "La iniquidad era tan enorme, dice Robert Havard de la Montagne en su reciente *Histoire de l'Action Française,* que Daudet decidió sustraerse a esta "invitación" ocultándose, protegido por sus amigos, en el edificio del periódico. Sin embargo, al tercer día aceptó su detención y declaró al prefecto de Policía, Jean Chiappe:

"No quiero que, por una causa en la que la

salvación nacional no está directamente comprometida, corra la sangre y se desencadene una guerra civil. ¡No!... Me entrego..., me entrego por Francia y por la memoria de mi hijo. Detrás de mí está la fuerza y el sacrificio de mis amigos. Su conflicto con la policía podría ocasionar las mayores desgracias; prefiero entregarme. Hay aquí, entre las filas de sus hombres y entre mis amigos, jóvenes que tienen padres; no quiero que otros niños corran la misma suerte que mi hijo asesinado ni que otros padres sufran lo que yo he sufrido".

Todos sabemos cómo, quince días después, Léon Daudet fué "liberado". Esa evasión hizo reír a Francia. El exilio en Bruselas iba a comenzar...

Más allá y en otro mundo.

Visitamos a Léon Daudet en la primavera de 1928... Nos parecía que algo había cambiado en él, que de nuevo habitaba esas regiones especulativas, esos más allá del pensamiento en los que, en épocas anteriores, su espíritu sintético había ya buscado el alma universal y difusa del mundo. Ampliándola con todos los tesoros de la vida y de la ciencia, pasando del mundo orgánico al mundo intelectual como en un juego, Daudet había retrocedido a su primer ciclo espiritual e imaginativo. La imagen del artista, del escritor de talento, de los grandes monstruos del espíritu, le obsesionaba como antes le había obsesionado en su juventud: volvía a Hugo, al Hugo del exilio. En su exilio, Daudet

poblaba su cielo interior de constelaciones deslumbrantes que iluminan su *Correo de los Países Bajos,* la serie extraordinaria de meditaciones, cada una de las cuales lleva por título el nombre de un cuadro célebre: *Melancolía,* de Durero; *La Ronda Nocturna* y *Los Peregrinos de Emmaüs,* de Rembrandt; los *Horrores de la guerra,* de Goya. Esta elección es ya significativa: "el sueño y lo real marchan aquí unidos a intervalos luminosos, con trazos fulgurantes sobre el hombre: hay páginas que encierrran lo humano y lo fantasmal, el sufrimiento del exilio, el abrazo de la noche". Situado en el punto de fricción, "allí donde las contracciones entre la vida y el arte, entre lo blanco y lo negro se unen", su pensamiento experimentaba una verdadera euforia. En el ocaso de su vida, Holanda estimulaba, excitaba una vez más su inteligencia, y la poesía de sus ciudades despertaba en él sus fantasmas...

Sí, Léon Daudet vivía en otro mundo. Su corazón conservaba su fidelidad a todos aquellos con los que había luchado y sufrido; pero su espíritu se acogía a otro mundo, un mundo desconocido del que nos descubría paralelamente sus tesoros...

Cuando, hacia finales de 1930, Daudet regresó a Francia, esa Francia ya obsesionada con la guerra, el profeta político había definitivamente muerto en él. Por lo menos parecía alejar instintivamente las imágenes que presagiaban nuestras próximas desgracias. Demasiado lúcido para no ver abrirse ante nosotros las puertas de una guerra terrible y, por una especie de negativa, de rebelión inscrita en lo más íntimo de su ser, Léon Daudet no hablaba de

ello jamás. La vida, la espantosa vida se había posesionado de él, le había arrancado demasiadas cosas, había sido demasiado cruel para que ahora ensombreciera con tales visiones los pocos años que le quedaban de vida. ¡Era su felicidad lo que necesitaban sus amigos! Cuando se incorporó a ellos, lanzó de pronto un grito angustioso: ¡Las bellas horas en comunidad podrían resurgir, su llama volvería a encenderse! En cuanto a él, Léon Daudet, consciente de haber dado todo por la Causa, se sentía tranquilo, con la tranquilidad del hombre que ha visto casi todo. ¿Qué podría sucederle? La muerte le causaba menos miedo que la vida y sabía mirarla de frente. Por lo demás, ¿no estaba Daudet siempre presente, siempre en la espera? Si Daudet ya no se sentía el jefe de la lucha, en cambio el valor de la amistad, su superioridad, se habían afirmado en la prueba: él sobrevivía a todo: "Mi oración de la noche y mi vida para Charles Maurras..." No, la antorcha que, desde hace tantos años, iluminaba los profundos misterios de sus afinidades, esa antorcha no estaba apagada y no se apagaría nunca; pero extraños resplandores cruzaban a veces entre ellos, resplandores inesperados, sorprendentes, y en este momento Maurras y los suyos callaban...

Daudet y Gide.

¿Voy yo a romper su silencio trayendo aquí una cuestión que, se podría pensar, sólo a mí interesa? Guardaría su secreto como lo hice cuando Daudet vivía, si no le concediera más alcance que el de un sentimiento particular, si no cre-

yera que tiene su importancia en una historia que no fué la mía sino la de la época, que intento hacer revivir aquí. Se trata de cierta ocasión en que Barrès dijo a Léon Daudet, a propósito de un artículo que le parecía menospreciar a la Academia, alabando excesivamente a Marcel Proust: "Tenga cuidado; usted dice eso en un periódico, que plantea el problema de una cierta necesidad de reordenación del pensamiento francés. Y yo le digo: ¿Están de acuerdo Maurras y usted?" Una inquietud de este tipo se apoderó de mí al leer, no en "Acción Francesa", sino en "Candide", el artículo que Léon Daudet acababa de publicar sobre Gide, a su regreso a Francia. ¡Qué golpe tan inesperado para mí era ese soberbio elogio, a través del que Gide, situado entre Dionisos y Apolo, recibía de improviso, y de un sector que creía hostil, un certificado de inmortalidad literaria destinado a fascinarle! ¿No encontraba Daudet el pensamiento de André Gide "mucho más vasto y sintético que el de Marcel Proust"? Gide, decía Daudet, no tiene nada que temer, ni siquiera de aquellos que como el "entrañable Henri Massis" le atribuyen un poder satánico y funesto y le tienden cruelmente la cicuta *quod corrumperet juventutem*... Gide preocupaba, luego existía. Daudet lo admiraba por haber elegido "el más difícil" de todos los caminos que se abrían ante él. Gide había hecho bien en renunciar al éxito de la masa, en no "dejarse violentar en las profundidades sagradas de su espíritu"; y Daudet le alababa por "haber removido la tierra de la sociedad sin entrañas, como un topo con su espalda, lenta, sabiamente". Daudet no negaba que Gide sintiese una

auténtica atracción por lo impuro. "Pero tened cuidado, añadía; muchos hombres están así formados en pleno retiro, y si Gide es así en sus fibras más secretas, ¿qué deseáis de él? ¿La mentira?" Y a este Gide, testigo, mártir de la sinceridad, Léon Daudet le saludaba con los siguientes términos: "He visto una sola vez en mi vida, durante una hora, a André Gide. Me ha dado la impresión de vivir completamente apartado de la mentira. En cinco minutos, ha nacido en mí una gran simpatía por él. No lo he confesado hasta hoy".

Sin duda, el autor de *L'Inmoraliste* era "un pedagogo peligroso". "Debe aconsejarse sólo para uso de adultos", decia Daudet. Pero lleva consigo su contraveneno, que es la destrucción de los espejismos funestos, de las ilusiones fáciles. ¿Hay peor veneno que el desarrollo de la vida terrestre, que el espectáculo de la virtud castigada, del crimen atroz recompensado, de la generosidad ignorada, de la estupidez triunfante? Gide ha hecho enseñar los dientes al dragón, concluía Daudet; sus exageraciones son un bien para la comunidad: sus ataques contra la familia pueden servir para estrechar aún más los lazos familiares." ¡Fué necesario que Daudet se sintiese atacado y maltrecho para que rindiera este homenaje a un hombre, que era el antípoda de sus puntos de vista morales y religiosos! "¡Esto, decía Daudet, no tiene ninguna importancia! Y además, añadía, ¡nadie me ha dicho que lo vigile!"

Todo está permitido...

André Gide no era para Léon Daudet más que un pretexto para desarrollar una lucha que, en el fondo, era suya. En literatura novelesca o dramática, Daudet no admitía "los temas prohibidos". "El tema prohibido, decía, es una invención del estúpido siglo XIX".

"En arte como en medicina—y estas dos ramas de la actividad humana se enlazan en muchos puntos—no conozco ningún tema prohibido. La gente del siglo XVI, que es nuestro gran siglo literario y erudito, no conocía tampoco ese problema, no se lo planteaban. Baudelaire, poeta y crítico inmenso, ha sido objeto de ataques en este sentido durante toda su corta vida, y ya conocemos lo que ha pasado a la posteridad de tales censuras. Lo mismo ha sucedido con Courbet, el mayor pintor moderno junto con Manet, que han pintado endemoniadas con o sin loros. Lo mismo ha sucedido con Rodin, su *Porte de l'Enfer* y todo lo demás. Toda esta miseria espiritual, producto de la gazmoñería de una época o de sus prejuicios, desaparecerá dentro de cincuenta años. No creo que me retrase mucho". Y al mezclar así todo, la medicina, la moral, las ciencias, las artes plásticas, la poesía y la prosa, Daudet volvía a Gide—su pretexto—para añadir:

"Por esto, André Gide me es particularmente estimable. Escribe con una independencia total, sin preocuparse del color, del tiempo ni de las preferencias de sus contemporáneos. No hay escritor auténtico sin esta libertad absoluta. Mu-

chos de nuestros colegas están aprisionados por las vulgaridades, por las convenciones, por un conformismo oficial u oficioso que repugna. ¿Hay algo más siniestro que ver a un Bergson inclinar sus tesis en favor de los gobernantes, hacer una metafísica para tal o cual mayoría —¡sobre todo cuando se sabe de qué están formadas las llamadas mayorías!—, chismorrear con el fin de conseguir honores y medallas, o ver a un Valéry, vestido de verde, meter a la Academia en la alforja, por demás gastada y agujereada, del pacifismo briandino? Me avergüenzo de estos criados, cargados de condecoraciones y honores. Cien veces mejor ser un réprobo o un "aislacionista". Lo mismo digo de lo que llamo literatura de protección de la gente de bien".

¡En el primer momento, cuando leí este artículo de Léon Daudet, publicado en "Candide", no pude creerlo! Es menos el dolor, el sufrimiento que de él se desprende—hay en él algunas lágrimas que son de un padre—, es menos, repito, su rebelión que, desde el comienzo, me asombró, que el efecto desastroso que esa apología iba a producir en André Gide, dejándome literalmente consternado. Y sin pensar más, escribí en seguida a Léon Daudet:

"Mi querido maestro y amigo:

"¿Necesitaré decirle que su artículo sobre André Gide me ha producido una dolorosa sorpresa? Pero para que usted pudiese comprender la profunda tristeza que me ha causado serían necesarias muchas páginas: yo se las evitaré. Hace casi veinte años que sigo las huellas del artista que usted absuelve con una gran generosidad,

en la que se reconoce su gran alma, pero de la que deberá prescindir para su propia justificación. El arte que usted invoca para absolverle es precisamente el principio de la mentira, de la hipocresía gidiana: todo lo demás ha tomado ese sesgo. Pero a este respecto ya me he explicado suficientemente...

"No le diré más sobre mi comportamiento respecto a ese hombre, antes de condenarle con una "crueldad", que no era quizá más que cierta caridad para con los desgraciados que ha corrompido. Hace un año, durante mi estancia en los benedictinos de Maredsous, le hice conocer un hermoso texto del que se desprendía la esperanza de verle aceptar el dolor que podría salvarle, si consentía en acogerlo sinceramente... Entonces no me interesaba más que "él" pero "él" sólo ha respondido con la burla[1]. Dejemos esto; yo he atacado a Gide, no por sus vicios, que son profundamente suyos, sino porque los ha "justificado". Adolescentes extraviados invocan las "teorías" de *Corydon* hasta en el confesionario; los jóvenes han sido radicalmente pervertidos, ciertas vidas trastornadas, extraviadas, perdidas por su ejemplo; y usted sabe, como psicólogo y médico, a qué miserias físicas, intelectuales y morales conduce esa desviación. ¡Es posible que Gide debe ser reservado sólo para los adultos, pero es un hecho que nadie lo lee excepto la juventud, que sólo se dirige a ella, que no cuenta más que para ella y que ha prolongado su propia pubertad hasta los sesenta años para poder seducirla mejor! ¡Ah, mi que-

[1] Cf. *Journal*, págs. 972-974; 13 de marzo de 1930.

rido Maestro, si ciertos padres de familia pudiesen hacerle algunas confidencias, usted, usted se horrorizaría...! Suicidios, crímenes "inmotivados", sin hablar de desórdenes espirituales espantosos, tal es el resultado, el balance de la transposición de los valores de la ética gidiana. Mis estudios sobre Gide me han valido confesiones punzantes, confesiones lamentables y el agradecimiento de algunos. Creo que habiéndolos escrito he hecho la mejor acción de mi vida.

"No, no se trata de defender la literatura de protección ni la de la gente de bien. Por el contrario, a Gide se debe que en el transcurso de estos diez años de posguerra los escritores jóvenes se hayan evadido de la realidad, dando de lado el hecho real, se hayan apartado de las lecciones de Maurras y de las suyas y se hayan desinteresado de las grandes causas a las que servimos. Y no me refiero aquí a la propaganda antinacional, germanófila, bolchevique, de la que la "Nouvelle Revue Française", es decir, los discípulos de Gide son los defensores más celosos; usted podría remitirme a la frase: "Nada tan molesto como los discípulos". Sin embargo, Gide ha sabido eludir la responsabilidad, eludir las consecuencias. Pero es en Alemania donde se hace la propaganda de Gide más activa; es en Alemania donde se celebra su sesenta aniversario: ¡Gide es el único escritor francés que allí se honra de esa forma, y con razón! Es en 1914 cuando Bergson ha "inclinado" sus tesis metafísicas a favor de los gobernantes y al servicio de la civilización francesa contra el germanismo; quizás no fuese eso más que un "desliz", y los bolcheviques de *Monde,* los amigos de Bar-

busse no cesan de recordarlo; pero los deslices internacionalistas y europeos de Pontigny reciben todos los veranos la protección de Gide y los suyos. Tales son las causas a las que sirven esos "dones magníficos", a donde se encamina su secreta connivencia, pues incluso en este aspecto "prefiere antes que actuar él hacer actuar a los demás".

"Los dones de Gide, nunca los he puesto en duda. Yo he aceptado, he elegido un tal adversario porque esos dones son grandes, seductores, porque han alcanzado un gran prestigio y he podido comprobar sus efectos entre los seres vivos. ¡Y precisamente en el momento en que el proceso parece ganado, en que sus mejores amigos, un Du Bos, un Marcel Arland, se separan de él y tantas víctimas jóvenes desconocidas le huyen, en este momento usted le consagra su testimonio de reconocimiento! ¿Qué importancia tiene, por lo demás, diez años de lucha, de esfuerzos para combatir esta "influencia"? Usted se ha desentendido de ellos negándolos por completo. He sufrido una decepción tan cruel, que no puedo ocultársela. Quizá usted reciba, querido Maestro y amigo, el juicio de la "posteridad", pero es hoy, en este tiempo, en la época en que vivimos, cuando Gide está haciendo un gran mal, mancillando muchas almas que no tienen más vida que esta para salvarse o perderse definitivamente.

"Perdone que le diga de esta forma lo que mi corazón siente en estos momentos..."

¿El proceso de Baudelaire?

Desde la Chaussée Saint-Victor, donde pasaba sus vacaciones, Léon Daudet me respondió en seguida:

"Querido amigo:

"Nuestro movimiento de *Acción Francesa* ha subsistido gracias a la gran libertad de cada uno de nosotros—excepto en el terreno político—en el campo de la literatura, de la filosofía, de la ciencia y del arte. De otro modo, ¿qué habría sido de nosotros, a dónde habríamos llegado? La cuestión moral en literatura y en arte me importa muy poco, mientras que en pedagogía la considero esencial. He sido acusado de corromper a mis contemporáneos al enseñarles, en mis libros, lo que existe y no lo que yo desearía que existiese. El juicio que hace usted de Gide ha sido formulado en la época moderna respecto a Baudelaire, a Wilde, a Rimbaud... Es una cuestión que no me atañe. Para mí no existe ningún tema literario prohibido; y si fuese necesario suprimir los «libros perversos», sería preciso desechar parte de Balzac, casi todo Diderot, la mitad de Voltaire, las *Liaisons...*, etc., sin contar a Rabelais. ¿A dónde llegaríamos una vez más?

"En cuanto a Gide, he hecho las restricciones necesarias según mi punto de vista. El resto no me interesa. Un libro muy puro puede corromper a un espíritu joven y corruptible. Un libro impuro puede producir un horror al vicio... etc. Como pensador, como escritor, a veces tiene páginas sorprendentes. Usted no lo niega, por des-

contado. Literalmente hablando, su ataque a Gide me ha parecido excelente, pero no estoy de acuerdo.

"Afectuosamente, *Léon Daudet*."

Sin duda había acertado, obedeciendo mi primer impulso, escribiendo mi carta a Daudet... Era evidente que no planteábamos la cuestión en los mismos términos. Proseguir el diálogo hubiera supuesto contrariarle sin posibilidad de convencerle. Sin embargo, hubiese deseado decirle: "No se trata de prohibir ciertos temas al artista. Creo que se puede llegar tan lejos como uno quiera en el conocimiento del hombre, pero a condición de que la noción de persona humana no sufra ningún riesgo. Tal es lo que Baudelaire ha tenido buen cuidado de anotar. «No hay, dice, más que un arte peligroso: el que atenta contra las condiciones de la vida, y la primera condición para crear un arte sano es la creencia en la unidad integral... No creo que sea escandaloso considerar toda infracción de la moral, de la belleza moral, como una especie de falta contra el ritmo y la prosodia universal.» Y aún: ¿Ha sido siempre el crimen castigado y la virtud recompensada? No, pero sin embargo, si vuestra novela está bien construída, no creará el deseo de violar las leyes de la naturaleza. Aunque no existan «temas prohibidos», lo es para el artista esa subversión de que habla Baudelaire. Por tanto, no es un proceso por inmoralidad—ese proceso estúpido contra Baudelaire, contra Rimbaud o Wilde—el que yo llevo a cabo contra Gide, sino el mismo que contra Rousseau, es decir, contra el reformador. Gide es el reformador

y el pedagogo, por el modo en que trata de atacar la unidad integral de la persona humana, la organización del ser espiritual, para sustituirla por otras leyes, por una nueva tabla de valores y «atentar contra las condiciones de la vida». Lo que Gide compromete es la noción misma del hombre y no es tanto la moral como lo metafísico lo que aquí está en juego..."

Lucien Moreau, a quien hablé de todo esto, me había aconsejado comunicárselo a Daudet: "Son cosas que hay que decirle, me había respondido. Eso le hará un gran bien". Me permití ponerlo en duda. Sin embargo, Maurras también me había animado a ello: "Daudet es una naturaleza de una gran lealtad, me dijo, y su argumento, aquel en que usted demuestra que Gide es un reformador, un pedagogo, le convencerá".

Maurras estaba entristecido por el efecto deplorable que había producido tal artículo: escándalo en unos y asombro en otros. Y aproximándose a mí, me dijo en voz baja: "¡Es un verdadero milagro que un hombre como Daudet sea de los nuestros! ¡Piense de donde procede Léon! ¡Piense en la señora Alphonse Daudet, piense en su hermano Lucien! ¡Léon es un hijo del arroyo!"

Por eso, Maurras le amaba aún más profundamente.

Bainville lamentaba que yo hubiera enviado mi carta a Daudet, pues a pesar de que la creía inútil, temía que le hubiese entristecido, y no era necesario, no había necesidad de ello. Cuando Bainville leyó su artículo en "Candide", se había sorprendido tanto como yo, aunque por otras razones. Lo que le había extrañado, sobre todo,

era la simpatía que Daudet demostraba por la rebelión. Bainville se lo había dicho. Y Daudet le había respondido: "¡Es que me siento cada vez más rebelde!"

Derrota de Gide.

Pero la peripecia de Gide tomaba el valor de un símbolo; esa encuesta que había abierto en "Candide" el joven Brasillach, en su habitación de la Escuela Normal Superior, con sus compañeros, aquel verano, planteaba todo el proceso de la posguerra. Fué el acontecimiento literario de la temporada: él señalaba "un giro" y la promesa de un nuevo despertar. ¿Necesitaré decir que él había hecho despertar en nosotros una inmensa esperanza? Era evidente que había una solución de continuidad entre la literatura de la preguerra y la de la posguerra. Se había permitido que la joven generación literaria se extraviase por falsas rutas, siguiese tendencias peligrosas, recorriendo el círculo de los errores, sin oponer nada a las exageraciones a que la conducía su deseo de ocupar rápidamente los puestos que habían dejado vacantes las pérdidas irreparables causadas por la guerra. Esa generación había encontrado entre sus antecesores una acogida, una atención tan desfavorable, una simpatía tan indulgente, que sus verdaderos intereses fueron, de hecho, perjudicados. No se trataba de oponerla una barrera, sino de aconsejarla, protegerla contra sí misma, no estimular ni su ignorancia ni su desprecio, no responder a sus exclusiones y a sus desdenes con una

adulación que estimulase sus exigencias y sus negativas. Al alabarla, no se había conseguido más que ensanchar aún más el abismo abierto por la guerra entre las generaciones; se había decepcionado su esperanza, y a cambio de esto habíamos obtenido un desprecio considerable. Se había intentado hacer de esos jóvenes que pretendían creerse absolutamente originales y no reconocer ningún maestro los más fieles clientes. Pero la gente joven no suele ser víctima de tales manejos; se aprovechan, pero no les engañan, y los que por breve tiempo fueron sus protectores, no guardaron después para ellos sino un gran resentimiento.

Deseaban, aunque no lo pareciera, dirección y consejo, un "medio" en el que poderse unir íntimamente. En los que hubieran debido ser sus guías naturales no habían encontrado a menudo más que una complaciente tolerancia. Después de unos comienzos tan fáciles, la generación que había aparecido en la vida literaria diez años antes percibía de pronto que, a pesar de algunos éxitos brillantes, no dejaría tras de sí más que una idea sin consistencia presta a desaparecer. Durante esos diez años no había habido una sola discusión en la que la generación siguiente hubiese tomado la iniciativa. Ya se tratase de discusiones sobre poesía pura, sobre la distinción entre la mística y la política, sobre la humanidad y el pensamiento burgués, todas le habían sido impuestas desde fuera por hombres de otra época, sexagenarios como Bremond o Julien Benda o Maritain, o bien Berl, Guéhenno, que no eran ya "jóvenes" en el sentido en que ella lo entendía. Del mismo modo, todas

las polémicas que había creído promover no eran más que "prolongaciones" de las discusiones de antes del 14.

En cuanto a la literatura misma, el "concepto de literatura" que anteriormente se aplicaba al objeto formal del arte, a su fin intrínseco, había sido transferido, por una curiosa desviación, a la sinceridad individual, a la exploración y al descubrimiento de los hechos mentales más complejos o más confusos, a lo que se llamaba entonces "profundización en la representación psicológica". Bajo la influencia de Gide—de Proust también—muchos jóvenes analistas se habían extraviado en ese lúgubre dominio interior, carentes de principios para dirigir sus investigaciones. He aquí lo que había llegado a ser la literatura: un mundo hermético, secreto y profundo como un vicio, donde sólo los iniciados podían penetrar. Esta tendencia disolvente y destructora había provocado esas tristes confidencias, surgidas al contacto fecundo de la vida y que, so pretexto de "captar el principio psicológico", repetían incesantemente todas las bajezas del hombre. Anomalías, neurosis, instintos desviados, llenaban las confesiones de esos héroes, víctimas ellos mismos de la peor literatura, la más impotente para renovar y enriquecer el alma. Ilustrada por algunas obras de valor auténtico, imponía sus desoladores modelos a la imitación de los más jóvenes, que se agotaban en la falsificación acabando en la esterilidad y el aburrimiento.

Parecía como si la literatura, después del primer caos mundial, se hubiese transformado en el punto de reunión de todos los impotentes, los

lisiados, las sensibilidades enfermizas o precozmente decepcionadas, todo cuanto estaba debilitado, entristecido, huérfano, todos los seres sin amistad, sin confidencias, sin alegrías. Todo desaparecía, se descomponía en la ciénaga psicológica para buscar a la persona humana allí donde no podía estar, allí donde no podrá estar nunca, allí donde, de haberla descubierto, hubiera aparecido tan mediocre y de tan poco valor que no equivaldría a nada en realidad. Una literatura de inadaptados, de monstruos, de anormales, tal era el balance que la época arrojaba al inventario de Benjamin Crémieux. Negación de la vida, deseo de evasión, crisis de angustia, espíritu de rebelión, era lo que, según un testigo imparcial, caracterizaba al período de 1918-1930. Todo ello se traducía en una doble derrota: "derrota en el mundo exterior, derrota en el mundo interior", y esta doble derrota culminaba en André Gide, cuya caída constituía un eminente ejemplo.

El final de la posguerra.

Tal era lo que la encuesta de "Candide" sobre el "final de la posguerra" había puesto de manifiesto, en ese verano de 1931, con una luz insospechada. Una nueva generación, la de los Brasillach, de los Thierry Maulnier, aún en la Escuela Normal Superior de la calle de Ulm, volvía, de pronto, su mirada hacia los veteranos como hacia un cuerpo de reserva, donde sus primeros pasos buscaban guías, apoyos... Los hombres que habían entrado en la vida intelectual poco antes de la guerra del 14 no les eran des-

conocidos; tenían los mismos intercesores, los Péguy, los Claudel, cuya generación anterior ignoraba todo. Era preciso conocer los problemas de nuestra juventud, prolongar su discusión para desembocar en otros que fuesen verdaderamente suyos. Y se acercaban a los escritores de nuestra generación—de la generación superviviente—para que les despejasen el terreno para transmitirles su mensaje.... Se iba a poder restablecer la unión, continuar el diálogo interrumpido. ¿Necesitaré decir que ello despertó en nosotros una inmensa esperanza?

El "final de la posguerra" había llegado a cristalizar en un deseo de reconstrucción, de retorno al equilibrio, que aparecía en todas las conciencias preocupadas entonces por el porvenir de la inteligencia. A la vez, había ayudado a percibir claramente que algo había acabado, algo cuya derrota era reconocida con más o menos unanimidad. Pero esta reacción bienhechora corría el peligro de desviarse: se discutía el nombre de las víctimas cuando en realidad no importaba ni su talento ni su originalidad propia, sino el "espíritu" que manifestaba su obra. El abandono o la caída brutal que afectaba a algunos de los escritores discutidos evidenciaba un cambio de orientación espiritual; una necesidad de cambio que nos importaba sobre todo. No la "muerte de alguien", sino la "muerte de algo", tal era lo que se ponía al descubierto tras las "negativas", que exigían una reordenación necesaria de los valores. Desviarla hacia una discusión de gentes que pedían: "¡los nombres, los nombres!"—"¡Enterradores, gritaba Delteil, reclamo el nombre de los cadáveres!"—era inten-

tar una diversión que no hubiera servido más que para aquellos que creían así liberarse. Lo importante no era saber si la obra de Drieu había sido un fracaso o la de Cocteau un fracaso mayor todavía. Lo único que verdaderamente interesaba era saber "qué había fracasado". ¡Se estaba harto de toda la literatura sacada a la luz so pretexto de "inquietudes" o sinceridad! Los temas del no-conformismo, de la rebelión, de la "evasión", todos esos temas de Gide que revelaban las vacilantes confesiones de aquellos desgraciados adolescentes, habían, según parecía, hecho su servicio. Por muchas razones, la literatura de los años 1920-1930 había sido un ejemplo de cansancio, de abulia, de desaliento; había hecho alarde de una necesidad de absoluto, de pureza, de verdad, de autenticidad que hubieran debido ser dignas de un mejor destino. Hubiera necesitado principios, pero ella los había rechazado todos. Más que la voluntad, era la inteligencia lo que se había extinguido.

Desde luego, esta generación de escritores se había formado y desarrollado en una época en que las ideas habían tenido que sufrir tanto como los hombres. Ni mucho menos era uno de los males menores causados por la guerra el haber movilizado las ideas a su servicio; y las palabras, con que las ideas se expresan, habían sufrido tales violencias que habían salido casi totalmente desfiguradas. ¿Cómo poderlas volver a hallar en el verbalismo del que se había hecho un empleo verdaderamente funesto? Todas las nociones parecían sospechosas: no se podía ya creer en las realidades que las palabras contenían. De esta forma, la primera rebelión de esa

generación había sido una rebelión contra las "palabras". *Dada* las había destruído por un horror a la retórica, no viendo más que una tiranía allí donde Baudelaire descubría una exigencia, reclamada por la organización misma del ser espiritual. Bajo ese "signo" había nacido la literatura de la posguerra. Añadamos aún que en el caos del mundo los valores morales habían sufrido una prueba no menos difícil: e ¡incluso aquí, había una desproporción tan evidente entre los preceptos y los ejemplos, entre los actos y las palabras, que la nueva generación no había podido más que rebelarse contra un "conformismo", del que no podían ser víctimas!

Así se explica lo que les sedujo en la obra de Gide: la rebelión, y la rebelión en lo que ella tiene de natural y aun de bueno; la rebelión contra un mundo falseado, contra un universo moral que no era más que un edificio convencional y hueco, con falsas ventanas. El relativismo filosófico de su época se había mostrado incapaz de restituirles la verdad de que estos seres jóvenes estaban ávidos; sus ideas sobre el hombre y sobre la vida eran demasiado inciertas para que les ayudasen a "descubrir de nuevo razones esenciales, viriles, totales, para vivir y morir". ¿Qué había quedado de aquel anhelo de sinceridad, de autenticidad, de necesidad de verdadera salvación, que eran la angustia y la exigencia de esta juventud? Sólo una gran llamada sorda, dolorosa, a un "absoluto", un inmenso deseo metafísico insatisfecho. Todas las tentativas de la posguerra lo revelaban a su manera; pues lo que deseaban conseguir, al comprometerse en el callejón sin salida de la psicología sub-

jetiva, era la realidad del ser, la parte eterna del hombre; y si habían fracasado, era por haber negado su valor a la inteligencia. Todo intento de reconstrucción que no restableciera el espíritu en su primacía corría el peligro de semejante aborto. Esta necesidad de virilidad, de fuerza, de una cierta grandeza humana que veíamos entre los nuevos, estaba en trance de fracasar por falta de un retorno a lo esencial.

La búsqueda del hombre.

Un joven alumno de la Escuela Normal, Jacques Talagrand, que empezaba a dedicarse a la crítica con éxito excepcional bajo el seudónimo de Thierry-Maulnier, había llamado la atención sobre el carácter decisivo de la encuesta. "Esta discusión de la posguerra, decía, no era una cuestión de hombres; la posguerra no era una generación. La posguerra no había sido ni un equipo ni una escuela. No se trataba de equipos, sino de valores; no se trataba de demostrar que el triunfo había sido demasiado duro, sino que no había habido triunfo de ningún género." "Que no se nos hable de épocas ni de generaciones, añadía Thierry-Maulnier; lo que fué siempre inhumano no tiene vejez ni juventud: el "final de la posguerra" no es "algo que acaba, una vez hecho su servicio", sino "algo que acaba, y no debía, no debería haber comenzado nunca".

Y Thierry-Maulnier recordaba—y nadie se lo ponía en duda—que entrábamos en una de las fases críticas de la civilización, y quizá del gé-

nero humano: "La crisis actual, escribía, de la que no basta decir que no es una crisis entre las crisis, sino el comienzo de una crisis definitiva, de una crisis crucial, no nos permite los juegos sutiles y pueriles, en los que, desde hace diez años, nos hemos extraviado. Hay grandes posibilidades de que entremos, no tardando mucho, en un período más duro y simple, de que nos dirijamos hacia un arte más cercano a la vida. Pero esta evidencia de la vida no está reservada a las épocas de catástrofes, de sacrificios y esfuerzos. Quizá sea más exacto decir que ella no existe "realmente" ya, puesto que no es otra cosa que la legitimidad misma del arte y su esencia eterna. No habría nada que cambiar si sólo tuviéramos que condenar a la posguerra por nuestra debilidad y cansancio. Sin embargo, nuestro cansancio debería bastar. Estamos cansados de lo que no es eterno".

El fin de la literatura.

Pero el arte estaría muy pronto condenado y el final de la posguerra sería, sobre todo, el final de la literatura. La encuesta que Brasillach había proseguido en "Candide" debía ser la última manifestación de una época llena de errores, de falsas novedades, pero brillante y desequilibrada". No debía pasar mucho tiempo sin que lo lamentáramos, a pesar de que arrastrados por los acontecimientos reales apenas concedíamos la menor importancia al arte, a la literatura. La realidad, la dura realidad, surgía en

el horizonte "como el globo del sol surge del mar, repentinamente".

Entrábamos en un universo catastrófico, inhumano, en el que los poetas, los filósofos se habían instituído en propios profetas. "¿Por qué no desaparecerá nuestra civilización?, murmuraba Valéry inconscientemente. Si el movimiento de la posguerra continúa, acabaremos por conseguirlo. ¿No han desaparecido, en el transcurso del tiempo, algunas artes?... No carecemos de artistas, puesto que artistas nunca han faltado... Pero es necesario que exista un mundo que los necesite. Por tanto, habrá cada vez menos... Nuestra época no tiene necesidad de ellos". En cuanto a Maritain, al que su apostolado cerca de los "escritores de vanguardia" dejaba inquieto y decepcionado, se hundía cada vez más en los apocalipsis y esperaba "el final de los tiempos". Julien Green, que lo había encontrado pocos días después de su visita a Teresa Neumann, la estigmatizada, anotaba aquella tarde en su *Journal*: "La visita de Maritain me ha deprimido. Según él, el mundo está cerca de su final; nos deslizamos hacia el abismo, ¿qué digo?, estamos en él: los místicos están de acuerdo en este punto. Si no estalla la guerra, la revolución se encargará de aniquilarnos. Todo se derrumba"... En cualquier página que se abra, el *Journal* de Julien Green, en esos años que van de 1928 a 1934, está presente la obsesión, la preocupación de la guerra, de la revolución.

Una angustia parecida se desprende del *Journal* del pequeño Dabit, que debía acompañar a Gide al país de los soviets, y el propio Gide, que no podía pensar en otra cosa que en el comu-

nismo y en Rusia, decía a Julien Green: "¿Para qué sirve escribir libros? No tiene casi sentido en la víspera de los acontecimientos decisivos que se preparan el mundo". Y Gide "encontraba esto digno de exaltación". Julien no dejaba de horrorizarse: "De asesinato en asesinato, de catástrofe en catástrofe, gemía, ¿a dónde iremos a parar? Cada año me parece más siniestro que el precedente..."

El 6 de febrero.

La época tomaba, en efecto, un extraño color. A través de nuestros placeres y nuestra vida personal se insinuaban de pronto, con un ritmo cada vez más acelerado, con una cadencia cada vez más violenta, enormes acontecimientos: la revolución, la guerra, la muerte. Los últimos meses de 1933 habían hecho aparecer sobre Francia un siniestro crepúsculo de asesinatos. Con ocasión de esos escándalos, el pintor indulgente de los trastornos de la posguerra, Paul Morand, había escrito un artículo cuyo título decía todo: "Queremos cadáveres limpios". Tres meses después, la revolución fracasada del 6 de febrero de 1934 daba a Paul Morand los veinticinco muertos de la Concorde y su docena de muertos revolucionarios. "Quizás, añadía Robert Brasillach al hablar así de él y de sus compañeros, quizás era la primera vez que teníamos la impresión de haber sido heridos directamente por los acontecimientos exteriores, de sufrir sus consecuencias directas y de arrancarlas de su universo de papel impreso... Los acontecimien-

tos de la calle no los leíamos en los periódicos, nos encontrábamos con ellos: avanzábamos entre los árboles caídos del bulevar Saint-Germain, chocábamos con una manifestación, veíamos hacer una carga a la policía, en medio del tumulto... Todo formaría en adelante parte de nuestra propia vida, nuestra vida de jóvenes franceses agitados por la última preguerra".

Esta jornada del 6 de febrero de 1934 nosotros la hemos vivido. A las seis de la tarde, al abandonar la "Revue Universelle", íbamos a pie, Bainville y yo, hasta la Concorde; subimos a la terraza de las Tuileries, donde se agrupaban, en la noche, fuerzas oscuras que olíamos, sentíamos dispuestas a desplegarse de pronto. La gran plaza estaba vacía; el puente que conducía a la Cámara, desierto; bajo los árboles de Champs-Elysées, las masas sombrías de la policía. Los antiguos combatientes se habían reunido en el Rond-Point, con grandes carteles: "¡Para que Francia viva en el honor y la decencia!" A las diez sonaron los primeros disparos, los autobuses habían sido volcados en la calle Royale; se transportaba a los heridos al Weber: hombres y mujeres salían con vendas manchadas de sangre en la cabeza; un olor a yodo, a sangre, a éter llegaba hasta el humo de las mesas y las sillas que ardían en las terrazas.

A la una de la noche, en los talleres de "Acción Francesa", entre el sórdido estrépito de las linotipias, los manifestantes se agolpaban a través de los pasillos estrechos de las máquinas: llegaban de todas partes... En medio de ellos, un pequeño hombre nervioso, con los hombros echados hacia atrás, les escuchaba con sus ojos cla-

ros: era Charles Maurras. ¿De qué hablaba con este muchacho tan valiente, tan orgulloso del golpe que había recibido en la cabeza? Le hablaba de los poetas del simbolismo, con un tono tranquilo, pero ardiente, como lo hubiese hecho cualquier mañana en el periódico. Nada hacía retroceder a ese hombre ante los acontecimientos, el peligro, la desgracia, y sin duda se felicitaba por haber aconsejado a los suyos no comprometerse en este "mal complot". Esas tropas del 6 de febrero, esas tropas confundidas, lanzadas a la batalla sin armas, no habían oído más que su instinto y no una orden precisa. En el centro, donde se hubiese podido encontrar una dirección, no había existido nada. Lo menos que se hubiese podido decir era que el plan había sido mal elaborado.

Robert Brasillach y nosotros.

Robert Brasillach, que debía fechar el nacimiento del nacionalismo social el 6 de febrero, ha escrito, en 1940, en *Notre Avant-guerre*:

"Para nosotros no tenía sentido negar el 6 de febrero. Todos los años íbamos a llevar violetas a la plaza de la Concorde, a esa fuente que había llegado a ser un cenotafio (un cenotafio cada vez más vacío) como recuerdo de veintidós muertos. Todos los años los asistentes disminuían, porque los patriotas franceses son olvidadizos por naturaleza... Pero el 6 fué un «complot», fué una rebelión magnífica e instintiva, fué una noche de sacrificio que queda en nuestro recuerdo con su olor, su viento frío, sus pálidas

caras que cruzaban veloces, sus grupos humanos al borde de las aceras, su esperanza invencible de una Revolución Nacional... ¡Qué importa, si después ha sido explotado por las derechas y las izquierdas este fuego ardiente, estos muertos que han sido puros...!"

6 de febrero de 1945 en el fuerte de Montrouge... Aquí mi pluma se detiene, mi corazón vacila... ¿Hablar? No, eso no es posible. No se habla de lo que hace sufrir siempre, y para callarme me bastaría releer la última carta que he recibido de Robert Brasillach. La fecha, 26 de agosto de 1942. Aunque en ella Robert me anunciaba su alejamiento de "Acción Francesa", decía, sin embargo: "Conservo mi inmensa admiración y mi gran afecto por Maurras, cualquiera que sea la actitud de "Acción Francesa" respecto a nosotros" [1]. Y Robert me decía a mí: "Pero no es eso lo que importa, sino usted. Usted pensará lo que quiera. Para mí sería muy triste que acontecimientos extraños a nuestros intereses más hondos viniesen a turbar doce años de afecto. En cualquier caso, mi afecto permanece tal cual ha sido siempre".

La amistad era la única cosa que tenía importancia para él y para mí. Esta amistad dolorosa la conservo como la de un niño que hubiese tenido la desgracia de perder. Robert tenía la edad de mi hijo y lo he querido como si hubiese sido mi hijo. Nosotros, sus primogénitos, que hubiésemos debido guardar su juventud, quizás no le hemos querido bien... Hoy no po-

---

[1] Maurras y "Acción Francesa" habían roto con la Redacción "colaboracionista" de "Je suis partout".

demos ofrecerle más que nuestras lágrimas y nuestras oraciones...

Una nueva juventud.

Robert Brasillach fué la vida y la juventud para muchos. ¿No es cierto que gracias a él parte de su generación tomó conciencia de sí misma, de su "deslumbrante mañana, de sus primeros deseos, de sus propias esperanzas, de sus eternas amistades"? Brasillach descifraba la partitura de su vida, de la vida de ellos, con el corazón palpitante, añadiendo a cada instante, a cada jornada su "nota conmovedora, su promesa de felicidad", con el fin de prolongar lo que ella le había ofrecido de maravilloso, de novelesco.

Brasillach había penetrado en mi propio destino cuando muchos amigos de mi edad acababan de abandonarme; cuando aquellos que la guerra no me había arrebatado vacilaban, extendiendo a mi alrededor una especie de soledad. Maritain se distanciaba, me faltaba; Maritain, el amigo fraternal, el hermano que Dios me había dado para servirle. Jacques se había comportado como siempre; quizás creía actuar así más eficazmente sobre las almas, y en cuanto a la última amistad que yo había hecho después de la guerra, la de Georges Bernanos, no queda nada por decir. Entonces, un muchacho de veinte años, ignorante de mi edad, de mi reputación de "dogmático", vino un día a buscarme sencillamente y a entregarme las páginas que había escrito sobre la juventud de Virgilio. Inconscientemente hablé ante este muchacho, como conmigo mis-

mo, como "con cualquiera de mi edad". ¡Qué gran sorpresa al ver que nada de cuanto le decía le parecía desconocido, extraño; que todo lo comprendía sin esfuerzo! Una inmediata familiaridad de espíritu se estableció entre los dos; el respeto, la gentileza, la sumisión sobraban: reinaba, en cambio, la más delicada libertad, una especie de desenvoltura y un cierto embarazo cada vez que me llamaba "señor". El diálogo con nuestros jóvenes, ese diálogo que, desde hacía diez años había sido casi imposible, reaparecía inesperadamente, gracias a ese joven desconocido que, muy pronto, con su amistad, iba a darme sus amigos. Y esto fué también una sorpresa. Brasillach y sus compañeros no venían a informarse, a aprender junto a nosotros. Conocían de antemano todo lo que hubiéramos podido enseñarles, ¡y qué animación, qué aliento traía su juventud a nuestras conversaciones en París! ¡Ah, yo no me sentía "un cuarentón"!

La sorpresa, por su parte, si hemos de creerlos, no había sido menor. ¿Era ése el impresionante, el grave autor de la *Defense de l'Occident,* de quien habían hablado todo un invierno con tanta seriedad, cuando estaban en *Khagne* en el Louis le Grand? Así es como ha nacido entre nosotros un afecto siempre creciente, con una verdadera libertad de expresión, una pasión por las ideas que recordaba a las pasiones de los estudiantes que ellos eran todavía. Podíamos hablarles de Barrès y de Gide, y pasearnos con ellos por el patio de la Escuela, hacer el té en su habitación, sentarnos juntos en la terraza del *Deux-Magots,* ante Saint-Germain-des-Prés, cuan-

do no en el pequeño restaurante del parque Montsouris, o bajo los árboles del jardín de Luxembourg. ¡Sin duda por eso estaban "agradecidos" a nosotros! Mi primer libro de "recuerdos y evocaciones" creo que lo escribí "para ellos". Venían todos los domingos a arrebatarme las páginas que aparecían en esa inenarrable "Revue Française", en la que Jean Maxence las publicaba. Corregíamos juntos las pruebas en un pequeño café de una plaza provinciana, del barrio de Vaugirard, próximo a la imprenta. Apenas éramos molestados, excepto por un muchacho que todos los días acostumbraba a hacer funcionar la gramola eléctrica. Hablábamos de Péguy, de Alain-Fournier, del pequeño Franck, de la señora de Noailles y siempre de Barrès.

Si quiero hacer revivir esta época de mi vida no tengo más que abrir *Notre-avant-guerre,* que la evoca con un poder singular de mágico encanto... Amaba el afecto de esta juventud, saboreaba la ilusión de volver a la mía y prolongar así esta bohemia... Paso las páginas de ese maravilloso álbum, "estos son los reflejos, estas son las imágenes"... Vuelvo a verme, paseando con ellos por las colinas de Montmartre, donde nací en la época de los pintores, por el castillo de Brouillards y la calle de Ravignan... Les hablaba de esa época fabulosa, les llevaba a través de las viejas calles hacia lo que aún no ha cambiado, en la aldea de mi infancia... Vuelvo a verles en la lechería de Auteuil, donde habíamos comido bajo los árboles... De esa forma, hemos vivido fraternalmente "los minutos mortales de esta juventud, contenta de sentirlos mortales,

ebria de sus recuerdos, ebria de amistad, de camaradería, de descubrimientos más profundos, de la frivolidad maravillosa de su vida..."

La amistad de Robert Brasillach con "Acción Francesa" había comenzado en el patio del Liceo Louis le Grand: "Mis primeras reflexiones políticas, ha escrito en 1940, me condujeron a "Acción Francesa" y a Maurras, y no los he abandonado desde entonces. De pronto, un mundo de razón, de precisión, de verdad, se ofrecía a mí. La ocasión de colaborar se le iba a presentar a Brasillach dos años después. Un día de primavera de 1930 algunos jóvenes que redactaban el "Etudiant Français" abandonaron inesperadamente "Acción Francesa". Un tal Jacques Talagrand propuso hacer el número siguiente en las cuarenta y ocho horas próximas, a fin de que la publicación no se interrumpiese. El periódico fué redactado en una habitación de la Escuela Normal por ese Talagrand, con Maurice Bardèche y Robert Brasillach. Pero Jacques Talagrand era "Thierry-Maulnier", y bajo este seudónimo—lo usaba por vez primera—apareció su artículo del "Etudiant Français". Cuando nuestro entrañable Varillon tomó la dirección de la página literaria de "Acción Francesa", le envié a mis jóvenes amigos. Ellos llegaron a ser sus colaboradores y, pocos meses después, Robert Brasillach iba a ser encargado de una colaboración semanal. "No creo, decía, que exista otro gran periódico, fuera de "Acción Francesa", que haya dado a un joven de veintidós años una colaboración semanal tan importante." Ya se sabe que Brasillach debía conservarla hasta la guerra. Sin embargo, su vida no estaba tan profundamente unida a las

tareas diarias del periódico; apenas se le veía por él, y enviaba por correo sus artículos de crítica, esa crítica siempre alerta, sutil, clara, ágil al tiempo que combativa, generosa...

Thierry-Maulnier y Brasillach se interesaban también por la política. Y la política se iba a apoderar cada vez más de ellos, como se iba a apoderar de todos nosotros. Francia nos "dolía". Mas Europa "no consentía que la olvidásemos". Veíamos, a través de esta Europa, "comenzar con discursos una guerra religiosa que no iba a acabar nunca. Y descubríamos ya las primeras explosiones. El universo de papel en el que muchos franceses habían creído, se había definitivamente derrumbado. "Un momento de paz es siempre bueno para aprovecharlo", decía entonces Giraudoux, del que se representaba *La guerre de Troie n'aura pas bien.* Y el público le aplaudía: "todavía un instante" de felicidad... Pero la guerra de las sanciones contra Italia iba a estallar al año siguiente, y después la guerra de España. Hítler había entrado en la Renania antes de hacerlo en Austria y en Checoslovaquia... Fué el momento en que murió Jacques Bainville...

Duelo de Estado.

El espíritu francés se vestía de luto, y también el espíritu universal. Los peligros que nos amenazaban parecían haberse aproximado de pronto. "Había una especie de seguridad en saber que una inteligencia estaba alerta, que el consejero secreto de un Estado bastante indigno, no obstante, estaba allí."

A la muerte de Bainville experimentamos un sentimiento de "peligro". Ese luto afectaba a toda Francia, a la paz de Europa, al futuro del género humano. Algunos días antes, Bainville habría dicho a uno de sus amigos que le leía las noticias: "¡Pobres gentes!"; pobres gentes, estas palabras que se leen en cualquiera de sus libros expresaban una tristeza, un temor por el futuro y también una piedad por los pueblos, por su destino difícil, por la muchedumbre de almas que los componen. ¡Cuán necesitada se hallaba nuestra época de un "director"; una época que se proclamaba cada vez más ignorante, oprimida, fútil y dura, cada vez más extraviada, qué "director", de pronto, la faltaba!...

El 13 de febrero de 1936.

En los funerales de Bainville—que tomaron el significado de funerales nacionales — apareció señalado nuestro futuro bajo un signo trágico que pudimos leer con toda claridad. Nuestro amigo Albert Thibaudet, señalado ya por la muerte, había tenido aquel mismo día el extraño presentimiento: había visto cruzar por nuestro cielo ese batir de alas negras:

"Las tres formas históricas de guerra francesa parecían invitadas a los funerales de Bainville, había escrito. Primero, nuestra forma, la más francesa, de guerra religiosa, aquella que conocen tan bien todos los lectores del *Port-Royal*. Después, la guerra civil. En el desdichado incidente de Léon Blum se tiene la sensación física de esa Discordia que invocan los poetas épicos y Boileau

en el *Lutrin* para plasmar en ella un momento excepcional en el que todo se transforma, se desequilibra, se desordena, todo se desorganiza demoníacamente. En lo sucesivo, sabré lo que quiere decir el hemistiquio: «La Discordia triunfa». Por último, la guerra extranjera; el día de los funerales era el día de la discusión del pacto francosoviético, del que Bainville decía en uno de sus últimos artículos: «Una alianza con los soviets ofrece todo cuanto nos puede llevar a la guerra». Se piensa en la última frase de *Jaco et Lori*, en que Jaco se pierde entre los árboles, gritando tres veces: «¡Esto acabará mal!» El cortejo fúnebre de Jacques Bainville se ha desarrollado entre esos gritos".

Es cierto: existía una atmósfera de guerra civil y religiosa. "Acción Francesa" estaba todavía condenada por el Vaticano. A pesar de los pasos amistosos, la intervención generosa de Georges Goyau, el caritativo apoyo de Monseñor Beaussart, habían sido negados a Bainville los honores de la Iglesia. Un sacerdote había venido a su domicilio para darle la absolución. Una muchedumbre inmensa había acompañado al féretro desde la calle de Bellechase al Quai d'Orsay: más de diez mil personas, el Mariscal Pétain, el Mariscal Franchet d'Esperey, antiguos ministros, embajadores, la Academia, todas las notabilidades de las letras y de la sociedad parisina. Mientras que la muchedumbre esperaba en las aceras del bulevar Saint-Germain el paso del cortejo, se produjo un incidente. Un estúpido joven, mezclado con un grupo de antiguos monárquicos disidentes, rompió el cristal de detrás del automóvil de Léon Blum, que se había detenido fren-

te al ministerio de la Guerra. Léon Blum fué "ligeramente herido". El Consejo de Ministros se reunió urgentemente y decidió en seguida disolver la *Liga de Acción Francesa,* los monárquicos, la *Federación Nacional de Estudiantes de Acción Francesa.* La maniobra gubernamental y policíaca era evidente: se trataba de suprimir una oposición molesta. Algunas semanas después acaeció el advenimiento del Frente Popular, las huelgas, las ocupaciones de fábricas, la bandera roja con la hoz y el martillo ondeando sobre los talleres y los edificios abandonados de la próxima Exposición..., y Charles Maurras en la cárcel.

Maurras, en la prisión de la Santé.

Uno de los primeros actos de Léon Blum había sido ordenar la detención de Maurras. ¿Por qué crimen? Por haber manifestado que las sanciones contra Italia en el momento de la cuestión de Abisinia podían llevar a la guerra, a una guerra ideológica, a una guerra partidista, una guerra de religión, "una segunda edición de la que los Girondinos hicieron estallar el 20 de agosto de 1792, que debía durar veintitrés años y conducirnos a Waterloo por las etapas de Trafalgar y Leipzig". Maurras había escrito el 22 de septiembre de 1935: "Si esa guerra estalla, los responsables responderán de ella; hay que hacérselo saber. Vosotros, lectores, denunciad el manifiesto de los 140 parlamentarios, que exigen la agravación de las sanciones contra Italia y los nombres de sus autores. Conservadlo en

vuestra cartera. Si la matanza llega, que ellos sean los primeros en desfilar".

Con esta amenaza condicional, Maurras trataba de poner freno al espantoso deseo de ver correr la sangre que iba a devorar a los partidarios de la guerra y a los promotores de la Revolución Social. Maurras triunfó. Los 140 parlamentarios belicosos retrocedieron. El 13 de enero de 1936 —tres semanas antes de la muerte de Bainville—Maurras reimprime su artículo de 1935 al comprobar que ha obtenido el resultado deseado. Se le persigue por provocación al asesinato. Una orden del 21 de julio de 1936 le condena a ocho meses de prisión. El Tribunal Supremo, al rechazar su apelación, ordena su encarcelamiento en la prisión de la Santé, el 29 de octubre, donde permanecerá hasta julio de 1937: "Para un Gobierno es incómodo tener en contra un hombre como él, decía Bainville. Maurras no vive más que para sus ideas, no teme la prisión, y ella no tiene ninguna influencia sobre él".

La víspera de su detención Maurras decía: "¡No me importa nada, excepto tener razón!". Durante esos ocho meses Maurras escribió todos los días en "Acción Francesa" bajo el seudónimo de "Pellisson", continuando así su análisis del mundo y de Francia.

Nosotros estábamos incluídos en la lista de amigos que habían sido autorizados para visitarle, y todas las semanas, en el transcurso de esos ocho meses, fuimos a verle... ¡Qué lugar tan sórdido, y sobre todo de qué olor, un olor a miseria, repugnante; se sentía uno invadido nada más atravesar la parte baja, donde los abogados reciben sus clientes, en las celdas de man-

chadas paredes (allí vimos a Léon Daudet con su aire de león enjaulado)!

"¡Departamento político!", se decía al guardián que abría una puerta de hierro y nos dejaba penetrar en el interior. Se subía por una pequeña escalera de caracol, con escalones estrechos y desagradables y, de pronto, una corriente de aire fresco nos sorprendía mezclada con un suave olor a espliego, a tomillo, a salvia, a romero, a todas las hierbas de Provence que sus amigos de Martigues enviaban a Maurras con la comida que le agradaba... Su presencia había bastado para transfigurar al "departamento político"... y sus guardianes. Era el único prisionero, y cierta humanidad, que había entrado con él, había devuelto a todo el calor de la vida. Componían su celda una cama de campaña, tres sillas y una especie de mesa en que se amontonaban los papeles. Había recubierto las paredes con fotografías para ocultar las imágenes más ofensivas: fotografías de Grecia, de Martigues, el rostro pensativo de Bainville. Su puerta, a esas horas, quedaba abierta, y con paso seguro, atravesando el patio, Maurras nos conducía al refectorio, una sala de grandes ventanas que se abrían a lo largo y a lo ancho. A la derecha, una inmensa mesa donde los libros, los periódicos, se amontonaban; a la izquierda, la mesa donde Maurras comía, donde nos hacía paladear los vinos, los licores, las frutas, todo lo que recibía de sus amigos. Después nos conducía a un patio estrecho, una especie de fosa con las paredes carcomidas por la suciedad, de suelo negruzco; pero sobre la que aparecía el cielo... Aquí Maurras daba sus paseos, aquí estaba su "Academia",

donde, como un Platón, enseñaba a sus amigos... ¡Lecciones éstas inolvidables, hijas de su ocio, las más elevadas conversaciones que nunca tuvimos con él!... Era la época en que, una vez terminado su artículo diario hacia las tres de la mañana—le habían autorizado emplear la electricidad durante la noche—, Maurras trabajaba en su *Politique naturelle*. Al término de su "viaje por las tinieblas de la Física social", Maurras había encontrado en su penumbra algunas "transparencias que iluminan nuestros elementos personales e incluso pueden aspirar a descubrir ciertas partes divinas del orden de la vida". Preocupado con superar la Física, la humilde comprensión de lo sensible le había llevado, naturalmente, a la meditación de las leyes superiores, cuyos términos vivifica y afianza aquélla. Yo me di cuenta, por todo lo que Maurras me dijo entonces, de los grandes progresos interiores realizados por su espíritu.

"Los jóvenes extravagantes de "L'Insurge".

Pero Maurras no dejaba de interesarse por los hombres y las cosas de que le habían separado al encerrarle. Recuerdo las inquietudes y preocupaciones que le producía entonces Thierry-Maulnier. Maurras prestaba una gran atención a su joven inteligencia; hubiese preferido quizá verle inclinado más profundamente hacia lo real concreto, pero consideraba a Maulnier como una de las mejores cabezas de su generación. Maurras pensaba que las necesidades cotidianas del periodismo serían útiles para un escritor-

filósofo como Maulnier, al ponerle en contacto con los hechos. ¿No conocía Maurras, por propia experiencia, de qué modo habían influído sobre sus ideas? Maurras había hecho entrar a Maulnier en la redacción de "Acción Francesa", y cierta vez, ante una objeción de un militar de los Comités directores—"no tengo necesidad de intelectuales"—, llegó a afirmar que, si era necesario, descontaría sus honorarios de los suyos propios.

Mientras Maurras estuvo en la cárcel, Maulnier se había dejado arrastrar por una extraña aventura, de la que no he podido conocer nunca el final. Después de Jean Maxence, Maulnier había fundado una revista semanal: "L'Insurgé". Maurras había leído los primeros números en la prisión de la Santé; en seguida me había confesado sus temores y me había encargado de hacérselos conocer a nuestro joven amigo.

"Hubiera querido escribirle, me dijo. No he tenido todavía tiempo; ¡la vida enclaustrada implica ocupaciones inimaginables!". Pero a la mañana siguiente, Maurras me enviaba esta carta para que yo se la entregase a Maulnier:

"Mi querido amigo:

"Carezco de tiempo para explicaciones. Incluso no he podido decirle todo a Massis. Y ahora voy derecho a la cuestión... Quiero olvidar todos los elementos que de hecho me atormentan, ya que son muy sospechosos: el momento elegido, mi prisión, el socio capitalista, sus tentativas cerca de nuestros amigos... Mi problema, lo que me preocupa en el fondo, son las tendencias observadas, sobre todo ese "anticapitalismo" mal definido que, tal como aquí se le considera, no

puede llegar más que a destruir, no al "capitalismo", sino al "capital" libre en provecho del capitalismo de Estado, que terminará necesariamente por arruinar el capital nacional de la industria y de la agricultura (grande o pequeño o medio, eso importa poco) en provecho del socialismo democrático universal y de la especulación financiera. ¡Qué táctica de vencidos! En el momento en que sería necesario, por el contrario, defenderlo y entregarse a él de corazón, usted intenta destruir el armazón moral de la propiedad privada.

"¿No cumple con su deber esta propiedad? ¡Al menos existe! Mientras exista, puede ser obligada a cumplirlo en su totalidad o sólo en parte. ¿De qué le valdrá cuando esta posibilidad sea destruída y, en el orden económico, usted esté, como lo estamos ya en el orden político, frente a un Estado gigantesco, dominador absoluto de todo?...

"¡En un momento en que la idea clara debía predominar, iluminar todo, por el contrario lo complica y lo confunde aún más! Usted se enfrenta con la Patria, con los franceses, para destruir a unos valientes su última esperanza y deshonrarlos con una maniobra solapada ante el extranjero. Los comunistas se manifiestan "patriotas"—¡y eso desequilibra, perturba!—¡Usted da la impresión de hacerse "antipatriota" para incrementar aún más este desequilibrio! Ese lenguaje (que no es más que un lenguaje, lo sé) es tan insensato como falso. ¡No se podría maniobrar peor si se quisieran destruir todas las posibilidades de salvación y, de una manera casi ostensible, actuar en favor del enemigo!...

"Mi querido amigo, reflexione. ¡Sus responsabilidades son muy importantes y podrían serlo aún más por un juego de causas independientes de nuestras voluntades! No se trata de literatura ni de periodismo. Es la vida del país, la vida de las personas lo que aquí está comprometido. Le ruego que piense en esto y no se una a una acción funesta..."

Más aún que un intento de contrato-soborno, lo que temía Maurras al ver a Thierry-Maulnier alistarse en la causa sospechosa de "L'Insurgé" y de los comerciantes de aceite enriquecidos que le dirigían era que esa gran inteligencia se extraviase y le seduciera lo mismo que al joven Henri Lagrange antes del 14. En efecto, no era la primera vez que los discípulos de Maurras trataban de aproximar al socialismo antidemocrático de Georges Sorel ese nacionalismo socialista que habían descubierto en el fondo del pensamiento político de Maurras; ¡pero esto siempre había acabado mal...! El asunto Valois lo había demostrado claramente, y los millones comprometidos por los grandes industriales en el *Nouveau Siècle* de Gressent-Valois para defender una política semi-conservadora, semi-revolucionaria, millones muy pronto dilapidados, no habían servido más que para una maniobra de traición. No; en el momento en que el "Frente Popular" ocupaba el Poder; en que Léon Blum, jefe del Gobierno, acudía al Norte a la llamada de los huelguistas; en que se podía ver lo que el socialismo hacía con la dignidad de la autoridad política, en este momento era necesario enfrentarse decididamente con tales equívocos.

Sin duda, había sido un obstáculo el que las necesidades del combate cotidiano, la preocupación creciente del peligro interior, las pruebas difíciles que "Acción Francesa" tenía que soportar desde hacía diez años, hubiesen impedido a Maurras dar a su política social el desarrollo que podía alcanzar. Muchos—y sobre todo los más jóvenes, que veían la importancia creciente que lo económico tomaba en los problemas del mundo—hubiesen deseado que aquel que había dicho un día "Lo económico es más importante que lo político" diese al problema social el puesto que de hecho tenía en su propio pensamiento político. Se decía que la política de Maurras era una política inhumana, que Maurras reclamaba el aplastamiento de un gran número en provecho de un solo interés general. Aquellos que, como Julien Benda, deseaban dar a conocer estas leyendas, las trataban de extender por todas partes, y de aquí a hacer de Maurras "un enemigo de la clase obrera" no había más que un paso.

Maurras, "socialista".

Thierry-Maulnier conocía con todo detalle la historia del pensamiento de Maurras para que se pudiese dejar engañar por esas fábulas. A los temores del prisionero de la Santé, Thierry-Maulnier iba a responder públicamente demostrando lo que es en realidad el "socialismo" de Maurras. Sí, ¡Maurras es "socialista"! Hasta la palabra "socialismo" Maurras la ha hecho suya: ¿acaso no nos habla de la parte del socialismo

que debe incluir la monarquía?[1] El único adversario de Maurras es la anarquía democrática y liberal, el liberalismo—el liberalismo político sobre todo—. ¿Y cómo hubieran podido pasar desapercibidos para él los terribles desórdenes provocados en la economía por el liberalismo capitalista? Si el libre juego de las voluntades individuales no produce, naturalmente, en política, el bien de la sociedad, no hay, en efecto, ninguna razón para que lo produzca en el orden económico. Maurras y los socialistas están de acuerdo en el punto de partida y en el orden de los hechos, para mostrar el resultado más claro y más horroroso de ciento cincuenta años de economía liberal: el proletariado.

Para Maurras, el hecho de la condición proletaria constituye por sí solo una negación absoluta del liberalismo, y nada mejor que eso ha demostrado que la libertad ideal se transforma en una esclavitud de hecho, mostrando la larga incomprensión de los burgueses conservadores y liberales. "Que luzca el sol o las sombras, en épocas de paz o de crisis, exclamaba un día Maurras, la burguesía no comprende la cuestión obrera, porque no se da cuenta de su existencia." Maurras la había comprendido como lo comprendía todo: enfrentándose con ella. La historia de la gran industria, sobre todo, había bas-

[1] En la primera edición de sus *Trois idées politiques* se puede leer: "El Estado francés antes de 1789 era monárquico, jerárquico, socialista y comunal". Solamente el uso que los marxistas hacían del término "socialista" y las confusiones que podían resultar, decidieron a Maurras, cuando reimprimió su libro, a reemplazar el término "socialista" por "sindicalista".

tado para aclararle este primer punto: "Si el proletariado resiste, decía, si esta resistencia ha tomado la forma de una ofensiva violenta, no es él quien ha empezado: la opresión o la explotación capitalista es antes en el orden del tiempo". Como contrapartida de la tiranía brutal que ha establecido sobre el obrero, ¿ha dado el liberalismo, como compensación de la libertad perdida, una mayor seguridad? No, responde Maurras: se le ha quitado. "El siervo tenía su gleba, dice, el esclavo su maestro. El proletariado no posee su persona, al no tener seguro el medio de alimentarla. No tiene contrato ni estado. Es salvaje, nómada." El nomadismo del proletariado moderno, el miserable destino de esa inmensa población flotante, excluye los cuadros estables de la sociedad, de la propiedad, de la herencia y, a veces, del hogar; tal es lo que ha preocupado de un modo especial a Maurras: "El trabajador, dice, que no tiene más bien seguro que su cuerpo y los hijos que engendra (proles); el proletario, debe salir de este estado salvaje, desheredado y nómada para obtener las garantías que le den un puesto definitivo en la sociedad". ¿Y de quién, como dice Simone Weil, sino de Maurras, son esas líneas acusadoras sobre la "condición obrera"?:

"En las horas de paz y de comprensión, el obrero da el trabajo y recibe el dinero; dichoso, si no se le pide agradecimiento y afecto por la gracia que se le ha dispensado al admitirle en los beneficios de este mercado. Todo está combinado para inspirarle el sentimiento de su dependencia. Mientras tantas cosas dependen del trabajador, mientras que todo se detendría si

pudiese convencer a sus semejantes para que se cruzaran de brazos con él, la vida social funciona como si él no sirviese de nada, como si su potencia específica fuese nula, como si su sacrificio no tuviese ninguna trascendencia. Los favores de los políticos, sus elogios, su falsa palabrería pueden confundirle; lo que él busca es un estado que le conceda el respeto a su dignidad."

Lo que Maurras rechaza en el socialismo no es el "socialismo en cuanto tal", si se entiende por socialismo el "anti-individualismo", la subordinación del capricho individual a la armonía de las relaciones sociales y a las exigencias de una sociedad en que todos los hombres, todas las clases encuentren sus derechos legítimos reconocidos y su dignidad respetada. Maurras piensa incluso que "las afinidades con cierta organización socialista—que sería mejor no llamarla "socialista"—, con cierto proteccionismo social (protección del productor asociado con la protección del producto) constituyen el complemento natural y lógico del nacionalismo". Pero Maurras no acepta la idea y las fórmulas de un determinado socialismo más que en el interior del nacionalismo, en el interior de la monarquía. Maurras no resuelve el problema político por la revolución económica, sino que resuelve el problema económico por la revolución política. "La política primero."

El socialismo no prevé su victoria más que a través de la destrucción de cuanto es digno de amor y respeto para Maurras: el armazón político de la nación y la nación misma. El socialismo cree que el poder y la salvación residen

en la "masa", que un acto político encuentra su legitimidad en el número de los que lo componen y deposita su confianza en el movimiento que arroja la "masa" contra las instituciones establecidas para destruirlas. El socialismo da a la masa revolucionaria lo que Maurras da a la nación constituída, jerárquicamente organizada. Además, Maurras, unido al socialismo por una crítica común del liberalismo, por su atención al problema obrero y por la preocupación de "conformar" los lazos sociales alrededor de los individuos, está separado del socialismo no sólo por una cuestión de método, sino por toda la complejidad del problema de la autoridad y del problema de la civilización. Y no hay nada para Charles Maurras que sea tan contrario a la idea que nosotros nos hacemos de civilización, nada tan propiamente "bárbaro" como una "revolución de masas".

Eso era lo que había inquietado tanto a Maurras antes de que su joven amigo Thierry-Maulniel publicara esa exposición tan lúcida, tan íntegramente maurrasiana. Eso era lo que le había irritado tanto en las extravagancias de un capitalismo mal definido, del que hacía alarde el pensamiento de esos desdichados redactores de "L'Insurgé". Y esto en el momento en que la revolución de España, con sus incendios de iglesias, su iconoclastia furiosa, decidía la cuestión del socialismo sobre su plano auténtico, el de la civilización. La objeción fundamental hecha por Maurras, a saber: que es imposible crear un orden mejor con los desórdenes de la masa, ¿no la verificaban trágicamente las destrucciones de España? "¡Quién sabe, nos decía entonces, quién

sabe lo que sucederá en los días que se avecinan! El fuego se halla en potencia por todas partes... Hoy es en Madrid, en Barcelona; mañana, ¿no será en París?"

A través de sus rejas y barrotes Maurras no podía apartar la mirada de las sombras amenazadoras que se elevaban hacia el cielo de Francia. De las incomodidades de su situación no se lamentaba nunca. No eran más que apariencias comparadas con los inmensos males que nos amenazaban por todas partes...

La carta de Pío XI.

¿Qué luz había venido a bañar su celda, el horizonte, los pensamientos del prisionero, para que su rostro tuviese ese aire de felicidad que yo vi cuando le visité una tarde de febrero de 1937...? Apenas había entrado, cuando Maurras, cogiéndome del brazo, me condujo, con paso más joven y nervioso que nunca, al refectorio de la prisión y, confidencialmente, me dijo: "¿Sabe usted lo que acabo de recibir y de quién? Debo comunicárselo, Massis". Y Maurras me tendió una carta sellada con un sello amarillo, una carta de tres páginas en la que, buscando en seguida la firma, leí estas palabras: *Pius P. P. XI.* ¡Una carta del Soberano Pontífice, una carta autógrafa del Papa! ¡No podía creerlo!, y, sin embargo, leía, leía las palabras, palabras llenas de emoción, de afectuosa y paternal ternura, palabras de bendición, la bendición del "Padre común" —eran las palabras que Pío XI había empleado—

y esta frase, única que ha quedado en el fondo de mi memoria:

"Quiero expresarle mi profundo reconocimiento por el consuelo que sus líneas me han causado; decirte también que como hasta ahora continuaré más intensa y paternalmente haciendo lo único que puedo por usted, rezar y que recen por su felicidad, dichoso de poder desde hace algún tiempo unir a mis pobres oraciones mis no menos pobres dolores y poder así imitar al Divino Salvador y Maestro, que ha querido unir a sus divinas oraciones sus no menos divinos dolores, su Pasión y su muerte, por la salvación de nuestras almas".

Impresionado hasta llorar, leía, releía y todos los sufrimientos padecidos desde hacía diez años me parecían, de pronto, pertenecer a lo irreal: me sentía poseído por una calma indecible y, en la cúspide, la esperanza de que todo, quizá muy pronto, iba a ser solucionado... Y en esta prisión, Maurras ante mí, Maurras, que había sufrido tanto por nuestros propios dolores, Maurras, con el rostro inundado de alegría, me explicaba: "Por consejo del Carmelo de Lisieux, yo había escrito al Papa con motivo de la lucha heroica que él tenía que sostener con su enfermedad... Le había expresado la impresión emocionada que me había producido, la respetuosa admiración que inspiraba su valor y los votos que por su curación debían hacer todas las almas. En verdad, me sentía profundamente confuso... Sabía que en 1936, dirigiéndose a Laval, Pío XI le había hablado de mi pobre madre; aproveché esta ocasión para darle las gracias. Por lo demás, ¿qué podría añadir? Sin embargo, creí una obligación

asegurarle cómo todos los franceses, que sienten la pasión del orden, le agradecían profundamente la hermosa cruzada que predicaba contra las amenazas de la doble revolución comunista y alemana, que se avecinaban sobre nuestro Occidente. Incluso añadía, por lo que a mí se refiere, y cuanto más avanzo en la vida más se afirma en mí, el invariable entusiasmo por la piadosa gratitud que me ha inspirado siempre la hermosa acción del catolicismo. Si tales sentimientos tenían algún valor, me sentía feliz de poder depositar este homenaje a la maternidad de la Iglesia sobre el lecho de dolor de Su Santidad... Yo me sentía personalmente indigno, pero Lisieux insistía... Y además, la vida entera es una gracia divina... No me atrevía a esperar este honor que no he merecido y que me colma de alegría... Desde que leo y releo estas páginas, de las que soy indigno destinatario, una idea acaba de tomar cuerpo en mí: después de mi liberación tomaré el camino de Lisieux con el fin de arrodillarme, encontrar la luz intelectual que tanto deseo y ofrecer mi gratitud al Santo Padre sobre la tumba de la pequeña y maravillosa Santa Teresa del Niño Jesús".

La esperanza, ese día, desplegaba sus alas a través de los muros de esta prisión, que hacía pensar en un monasterio, en un claustro... Algo divino atravesaba esos muros sórdidos. Recuerdo que Maurras nos habló después de su madre y nos leyó una admirable página de San Bernardo que los Carmelitas de Lisieux habían copiado para él: estrofas a la Virgen, de una incomparable belleza... Después, volvió a hablar del Papa, de su enfermedad: "Es su alma, dijo,

es su alma la que resiste. Se da cuenta que el espíritu no cede absolutamente en nada ante la inercia física, sino que, por el contrario, la domina. ¡Es muy hermoso...!" Para Maurras, el Papa era el atleta heroico que luchaba contra el mal que oprimía a la sociedad entera, contra una barbarie que no tenía ya rostro humano. Esta lucha contra las amenazas del enemigo universal, en su orden, en su terreno, era también la suya, la de Maurras: tenía enormes deberes para con su país y trataba de cumplirlos. La dicha que había tenido de servir eficazmente se unía al valor sagrado de esa obligación. Por eso no le producía tristeza ni esfuerzo ampliarlo y cooperar con la gran autoridad católica del "Padre común". Sí, Maurras estaba dispuesto a luchar por su causa contra nuevas dificultades y nadie, nadie como él, hubiese sido tan feliz sufriendo nuevas pruebas. ¿No estaba encarcelado por haber tenido el honor y la suerte de impedir una guerra impía entre Italia y Francia?

Las incomodidades que padecía en la prisión, esas incomodidades pequeñas o nulas, no significaban nada en comparación con la paz y la alegría que le producía la certeza, evidentemente tangible, de la enemistad de los perversos. Maurras tenía lo que había querido, y su único deseo era que esa prueba pudiese servir a esta causa de la paz, del orden francés y humano, de la que el Papa le acababa de dar una muestra de protección, afecto y amor...

"Sí, dijo Maurras, la cruzada del Papa es admirable, y al humilde agradecimiento que quiero enviar al Santo Padre por esa carta magnífica, por la universal bendición que se ha dignado ex-

tender hasta mí, añadiré que nosotros nos consideramos en el número de los hombres de buena voluntad a quienes llama, que haremos todo cuanto sea para dar a conocer sus ruegos y deseos..."

Aquella tarde abandoné a Maurras con el corazón inundado de alegría y de esperanza...

Y la "carta de felicitación".

Pero la esperanza iba muy pronto a replegar sus alas. Parecía que cuanto más trataban Maurras y sus amigos de borrar cualquier sentimiento que pudiese complicar o retrasar la reconciliación, más se precisaban otros sentimientos que significaban un retroceso, que abrían nuevos obstáculos. Robert de Boisfleury, que había ido a Roma, lo había podido comprobar.

Por otro lado, cuando ciertas atenciones caritativas y generosas aconsejaron responder al Papa el 1.° de mayo, que era el día de su onomástica, Maurras dudó en un principio. ¿Qué decirle sino las mismas peticiones de siempre? ¿Expresarlas ahora en un tono más urgente? ¿No llegaría a indisponerle esta insistencia?

"Todo cuanto he podido ofrecer lo he ofrecido, respondió Maurras a quien le apremiaba para que escribiera esa carta. Todo cuanto puedo dar, lo doy. Lo demás no me pertenece. Estoy dispuesto a los actos de justa consideración, de profundo y sincero pesar por todas las injurias cometidas, decidido a no dar importancia a todo lo humano, a todo lo personal de mi corazón. ¿Qué me queda para mí, qué es lo que aún me

pertenece? Me queda la obligación de cumplir con honestidad y honradez las funciones, muy poco deseadas, que me han asignado las circunstancias. Me queda el deber de conformar mi acción "con lo que sé", con las lecciones de la experiencia, a la luz evidente de la razón práctica y, para esto, he de conservar puras y libres las condiciones materiales y morales de esta acción que los hechos han aprobado y verificado. Sería culpable si actuara y hablara de otra forma".

También Maurras había creído una obligación definir los límites de su poder moral. ¿Podía, dentro de esos límites, hacer algo nuevo? A pesar de que Maurras vacilara en comprometerse, en realidad no tenía ninguna objeción que hacer a "la carta de felicitación". Incluso podía ser, en tales circunstancias, muy valiosa. Pero tal como la había definido de antemano, ¿no corría el peligro de producir alguna decepción? Decidido a reconocer la bondad de los carmelitas mediante la buena voluntad de responder a sus deseos, Maurras les envió la siguiente carta, que ellos deberían transmitir a Castelgandolfo.

Nosotros hemos conocido esa carta mucho tiempo después, pasados diez años del final de la prueba de Roma y de la anulación de la prohibición de diciembre de 1926 mediante un decreto del Santo Oficio, publicado el 10 de julio de 1939. Sólo entonces nos fué comunicado el texto.

Después de haberle rogado que aceptara su más respetuosa admiración, felicitación y sus mejores deseos, Charles Maurras decía al Santo Padre:

"No sabría expresar a Vuestra Santidad mi gran admiración por la lucha que mantiene contra las fuerzas del mal. Esta hermosa cruzada contra el comunismo se despliega como un arco iris sobre el mundo, y la bendición de Vuestra Santidad a las fuerzas del orden y de la paz causa una gran perturbación en el campo de los espíritus que destruyen, queman y matan. La Iglesia siempre se opone al mal; pero vuestra incomparable ofensiva de la caridad y la buena acción repercute profundamente en los hombres de buena voluntad a los que Vuestra Santidad se ha dignado dirigirse. Ellos sienten renacer sus esperanzas, animarse su razón en el fondo de su pensamiento conmovido.

"Pero, Santo Padre, entre los hombres de buena voluntad, muchos de vuestros hijos sufren y gimen por estar separados de Vos. No sería yo digno de hablar en nombre de ellos. Sin embargo, los conozco, los veo e incluso he visto morir a algunos que no cesaban de clamar, en el transcurso de su agonía, por Vuestro Tribunal o por el tribunal de un juez supremo, y todos, sí, todos, acusaban a los detractores de Vos de haberos engañado indignamente sobre lo que ellos eran. Y uno de ellos, un obispo, del que he sido siempre alumno y amigo, Monseñor Penon, obispo de Moulins, me decía algunos meses antes de su muerte que una cosa era segura, lo sabía por experiencia personal de una elevada justicia: «Si Su Santidad el Papa Pío XI hubiese podido darse cuenta de que había sido engañado (¡y por medio de qué maquinación!), nada en el mundo hubiera podido igualar a la

santa cólera del Padre común. Inmediatamente habría hecho la justicia más ejemplar».

"Así hablaba ese espíritu generoso y lúcido, ese auténtico santo. Me parece, Santo Padre, que hoy los tiempos son propicios y que es posible que Vuestra Santidad aparte todos los velos insidiosos y descubra la verdad ofendida. Si Vuestra Santidad se dignase abrir una encuesta, quizá sabría cómo los católicos franceses más conocidos por su ortodoxia apasionada han sido literalmente, corporalmente arrojados fuera del corazón y del espíritu de Vuestra Santidad."

Y Maurras añadía:

"Me atreveré a hablar libremente, puesto que es la verdad lo que está en juego. Me atreveré a decir a Vuestra Santidad que el mal hecho en otro tiempo procede de los mismos que hoy hacen el mal, el mal más espantoso. Aquellos que en Francia han maquinado el fin de difamar a mis amigos ante Vuestra Santidad son los mismos que, más o menos conscientemente, defienden la causa de la mentira y del caos universal; los mismos que calumnian solapadamente el noble amigos ante Vuestra Santidad son los mismos que trabajan, sin quererlo quizás, pero directamente, con el fin de que germine en nuestra Francia la semilla de la revolución caníbal que actualmente se desarrolla en España. ¡Quizá es posible equivocarse con respecto a esto cuando no se vive el drama desde dentro! ¡Pero nosotros estamos aquí, los vemos, los palpamos! ¡Ah, no dejaros engañar por esos informadores pérfidos o fanáticos! Los enemigos de *Acción Francesa* son los enemigos del partido del orden, de la Patria, de la Iglesia y del Papa. Esos

enemigos han ganado una primera partida que ha producido muchos males en 1926. Que en 1937 sea el año de su derrota y de su castigo por la voluntad victoriosa de Vuestra Santidad.

"Santo Padre, la llamada de Vuestra Santidad acerca del gran peligro de Francia y del mundo me da fuerzas para escribir tales pensamientos. Pero ellos tienen una doble disculpa: la de ser profundamente sinceros y la de estar de acuerdo con todo cuanto conozco de la vida de mi país, es decir, que son auténticos. Y además son desinteresados. Por lo que a mí se refiere, nunca he tenido el inconveniente de reconocer que un cierto número de ideas mías son heterodoxas. No lo he negado nunca, y siempre he prevenido a los fieles para que no tuvieran que sorprenderse. Pero estas ideas, defendidas en publicaciones personales, no han tenido nunca el carácter de una enseñanza ni de una propaganda. Tengo el deber de decir y repetir que nunca han sido abordadas tales ideas en "Acción Francesa", ni en su periódico, ni en su Instituto. Esta enseñanza ha sido puramente política, y de una política puramente experimental, no dando lugar a la intervención de ninguno de los principios superiores a los que se podían referir de hecho los católicos, y a los que de hecho se referían libremente, constantemente, regularmente, bajo el control de religiosos, prelados y sacerdotes autorizados por su fidelidad al dogma católico y al orden romano más intransigente.

"Esto es tan cierto que, de hecho, siempre nuestra enseñanza política ha tenido por efecto convertir un gran número de protestantes, de librepensadores y de agnósticos a la fe de la Iglesia.

No hace una semana todavía, un francés me escribía que acababa de bautizarse a la edad de veinte años, como resultado de la impresión lógica y moral que había recibido ante la lectura de mis estudios y mis trabajos. Vuestra Santidad debe saber que el caso no es único. Hay muchos miles parecidos. Su expediente total ha sido enviado al Vaticano. No debo silenciarlo. Tampoco debo permitir, Santo Padre, se diga que yo he tenido alguna culpa en la ruina de la fe católica de «alguno» de nuestros partidarios. Nosotros hemos exigido que nos presentasen un solo caso de esta acusación horrorosa. Jamás nos han respondido.

"Pero quede patente, Santo Padre, que ni esta cualidad inofensiva de nuestras doctrinas políticas ni lo que tienen de beneficioso para lo moral y lo espiritual constituyen algún mérito en mi favor. Eso se ha producido «sin mí», en virtud de las ideas que eran ciertas. Por tanto, no se podría creer que es lo contrario lo que ha sucedido."

Y Maurras acababa su carta en estos términos:

"Santo Padre, no exijo nada para mí. La situación moral de Francia es espantosa. Todo está arruinado o dividido o perturbado. Los mejores vacilan, los peores se atreven a todo. Una actitud enérgica de Vuestra Santidad puede devolver el orden a todo, haciendo reaparecer las condiciones de la unión posible y de la acción, de esa unidad moral tan necesaria. ¿No estoy autorizado por recientes demostraciones de afecto a suplicar a Vuestra Santidad que considere con un espíritu de misericordia y de paz el do-

lor de algunos de sus hijos, víctimas magníficas de la más infame maniobra del engaño y la calumnia que puede haber tramado el Enemigo del género humano? Esos hijos devotos y auténticamente fieles de Vuestra Santidad forman en nuestra Patria el batallón más unido y decidido, el más valiente y el más resuelto, los más enérgicos soldados del orden; por su comprensión de la acción, por su sentido de los puntos débiles del enemigo, por su espíritu de combate, por su decisión y resolución heroicas, siempre dispuestos a los sacrificios más grandes, más bellos, su historia está sellada con su sangre: ellos pertenecen, como nadie, a los hombres de buena voluntad en los cuales ha pensado con todo su corazón Vuestra Santidad. Todos ellos son alentados, arrebatados, vivificados por el aliento apasionado de esa llamada más paternal que pontificia.

"Os ruego, Santo Padre, que se devuelvan a esos nobles soldados las condiciones que les permitan reanudar el combate. ¿O debemos contemplar cómo invaden nuestro país esos ríos de sangre y de pus que cruzan los campos de Cataluña y de las otras Españas?

"Santo Padre, la alegría de vuestra onomástica me ha inspirado tan ardientes palabras de honda verdad. Suplicando a Vuestra Santidad se digne aceptar mi más profundo agradecimiento por las bendiciones sucesivas con las que me ha querido honrar, me atrevo a insistir y a dar las gracias por los dones augustos que imploro, no para mí, sino para los desconocidos, declarándome arrodillado a Vuestros pies el más humil-

de, el más devoto y el más obediente servidor de Vuestra Santidad.

"Prisión de La Santé, 10 de mayo de 1937.

Charles Maurras".

Pero esto no era más que el preludio de la reconciliación, y Maurras no había llegado aún al término de las dificultades que desolaban su alma. ¿No se obstinaban en subordinar el levantamiento de la condena a la única consideración de su retorno a la fe, a la práctica religiosa? ¿Se le podía exigir que diese a la Iglesia aquello que no dependía de sus fuerzas? "Lo que el hombre quiere, decía, no es ni mucho menos lo que puede. No se cree según el capricho de la voluntad de cada uno, y si no se cree, no se tiene el derecho de decir que se cree..." Los sentimientos de admiración sinceros y espontáneos que había manifestado; su vivo pesar expresado por antiguos pensamientos, juzgados y considerados por él como excesivos e injustos; el olvido consciente de las tristezas causadas en otras ocasiones, ¿no demostraban cuán dispuesto estaba Maurras, lo mismo que sus amigos, a cualquier acto de buena voluntad? Pero no accedería a cualquier ardiente solicitud de que fuese objeto, pues el simple honor humano le hubiese impedido entregarse a aquello que consideraba como un "error material", error sobre el que con todas sus fuerzas había ya llamado la atención del Pontífice. Entonces, ¿qué debía hacer a este respecto? No se trataba de él, de Maurras, sino de aquellos que eran maltratados contra toda verdad, que sufrían, que gemían, que esperaban la justicia. "Más aún—y tocamos aquí

el punto más delicado, más doloroso del drama de Charles Maurras—, en las condiciones que se me propone, toda hipótesis digna de confesar está excluída. Si por algún milagro, alguna gracia sublime, mi pensamiento fuese transformado y se uniese a la senda de la justicia, no me sería posible confesarlo ni, por tanto, hacer pública esta transformación interior. ¿Por qué? Porque se haría inmediatamente sospechosa, y con razón. El coro de enemigos públicos de la fe se pondrían de acuerdo para entonar el himno del recuerdo de Henri IV y obligarme a repetir que París bien vale una misa. Sería preciso callar la adhesión de mi fe, pues hacerla pública sería tanto como reconocer que he recibido ventajas materiales, honor o dinero, que era el único medio de alzar la prohibición que pesaba sobre "Acción Francesa".

Maurras había superado todos los prejuicios haciendo todo cuanto dependía de él para responder a la llamada del Papa a los hombres de buena voluntad y mostrar que estaba dispuesto a todo. Aunque convencido de la aparente inutilidad de un tal esfuerzo, estaba resuelto a luchar en el sentido que indicaba el Papa. En este plano, creyentes y no creyentes, ¿no se sienten profundamente unidos por la misma causa?

Esto constituía lo más singular de la vida de Maurras, quien sin creer había siempre tenido una ardiente admiración por la Iglesia, por su orden intelectual, por su beneficio moral y social, permanente y superior a todas las variaciones seculares tanto como a los accidentes históricos. "Siempre he manifestado ese sentimiento, decía un día, no por fanfarronería ni por placer

de lo paradójico, sino porque como ciudadano soberano de una democracia, debo tener úna política religiosa, como tengo una política interior y una política financiera: ¡mi política religiosa es católica!... y lo será siempre. No puedo, por lo que a mí se refiere, ir más allá de la capacidad de mis fuerzas, de la necesidad de mi vida... Estoy dispuesto a pagar lo que sea necesario a cambio de nuevos servicios prestados al país, a la paz, y querría poder añadir: ¡a la Iglesia!"

Cuando Pío XI murió, en febrero de 1939, la reconciliación no había aún tenido lugar. Pero dos días después del luto de la Iglesia, Maurras rendía homenaje a Su Santidad Pío XI mostrando el lugar que ocupaba en el corazón del género humano, escribiendo el 11 de febrero:

"La amenaza hitleriana y la amenaza comunista, como dos plagas semejantes sobre el mundo, habían conseguido hacer fijar todas las miradas en el único punto de la tierra en que se hallaba constituída una autoridad capaz de seguridad y protección. Esta autoridad era solamente moral, mas, sin embargo, universal. No disponía de armas ni de tesoro... Pero podía poner en movimiento y, en caso de necesidad, crear toda la potencia material que la debilidad necesita contra la fuerza injusta, el pobre contra el rico innoble; el inocente, el oprimido, contra su opresor criminal. He pensado mucho en Su Santidad Pío XI, añadía Maurras. Durante los días de mi prisión, en 1936-1937, el anciano oponía una constancia magnífica a los ataques de la enfermedad y del dolor. Se le veía mantenerse firme con toda su alma, con el espíritu, resistiendo el menor sufrimiento del cuerpo pa-

ra así continuar la lucha incomparable contra la tiranía alemana y la tiranía rusa."

Hemos sido testigos de estos pensamientos, de estas inquietudes desde el día inolvidable en que tuvimos en nuestras manos la carta de Pío XI. Semana tras semana hemos vivido con él sus esperanzas, sus turbaciones, su tristeza. Nada ha podido obligar a su voluntad a separarse de Roma. ¿No estaba Francia dentro del orden de la Iglesia?

La suprema alegría nos fué dada por Su Santidad Pío XII el 13 de julio de 1939. Lo que Maurras ha llamado "la celeste intervención del Carmelo de Lisieux" había conseguido la solución liberadora.

Maurras y la Academia.

Maurras permaneció en la prisión de La Santé hasta el cumplimiento legal de su pena, en julio de 1937. Cuando se le hablaba de liberación anticipada o de amnistía, respondía: "No lo creo, y por lo demás estoy encantado, porque eso muestra el odio con que me honra ese grupo de enemigos públicos, odio que tiene un gran valor en la medida que lo he merecido. Estoy donde estoy, porque yo lo he deseado. Pago al precio señalado... Estos lugares implican sólo algunas pequeñas miserias: ¡las hay peores en esta perra vida!"

Desde el arresto de Maurras, varios académicos amigos suyos habían pensado aprovecharse de esta ocasión para atraerle a su compañía... Su ofensiva inmediata había encontrado alguna re-

sistencia, no por lo que se refiere a Charles Maurras—todos le admiraban—, sino por parte de "Acción Francesa", que se había mostrado enérgica con algunos inmortales. Pero el secretario de la Academia, René Doumic, lanzó el argumento capaz de unir a los débiles e indecisos que podían hacer fracasar a Maurras (siempre que él planteara el caso de su candidatura).

Hizo ver, en efecto, a los colegas que hubieran querido que la Academia tuviera ese gesto el peligro de que una elección violenta fuese interpretada como un acto político de una Asociación a la que esta clase de manifestaciones estaban prohibidas, tomándosela también por una especie de protesta que implicaría represalias inmediatas. La Academia Francesa se sentía bastante amenazada desde la llegada al Poder del Frente Popular: se hablaba de suprimirla, de desposeerla de sus bienes inalienables. Y cuando se objetaba a Doumic que la Academia había llamado a Chateaubriand bajo el régimen de Napoleón, éste respondía: "¡Léon Blum no es Napoleón!"

Pero, ¿qué pensaba de esto Maurras? Un día que hablamos con él entre los muros de La Santé, Maurras nos dijo, con una risa bien significativa: "Es justo que yo esté aquí; lo injusto sería que yo me posternara suplicante ante cualquier altar, ni siquiera ante el de la Academia. ¡No! ¡De ningún modo quiero librarme de la cautividad política, refugiándome en el maquis de las Letras! ¡Esa manera de ponerme en libertad sería la evasión más detestable!"

Y a Henry Bordeaux, que en aquella ocasión había luchado tanto por él, le había respondido,

dándole las gracias por sus servicios: "Presentaré mi candidatura cuando haya salido de aquí. No hay razón para pensar que vaya a morir dentro de algunos meses. Soy uno de esos hombres de otro tiempo, a los que siete u ocho años de "Bastilla" por sus ideas no le producen ningún miedo. Mi padre y mi madre no me han hecho delicado; me han criado irascible y de mal carácter. ¡Después de diez meses, tendré toda la libertad para responder sencilla y honradamente a la demanda a que me invita su amistad militante!"

Un año después, el 9 de junio de 1938, la Academia Francesa llamaba al gran escritor francés, del que iba a enorgullecerse. Cuando el Mariscal Pétain recibió la visita de Maurras, le preguntó: "¿No le arrebatará la Academia, Maurras, su independencia?" Y Maurras le respondió: "¡Señor Mariscal, salgo de la cárcel, y no la he dejado allí!" En el palacio Mazarin su candidatura había sido muy bien acogida. Algunos académicos católicos, a causa de la campaña encarnizada de Georges Bidault [1] y de los demócratas cristianos en "L'Aube", habían sentido algunos escrúpulos. Para tranquilizarlos, los amigos de Maurras habían pensado hacerles conocer las pruebas de afecto que Maurras había recibido de Pío XI; pero, ¿aceptaría Maurras divulgar su correspondencia con el difunto Papa? Se me había encargado de preguntárselo. Su respuesta fué

---

[1] En 1939, Georges Bidault publicaba en "L'Aube" una nota dirigida al Presidente de la República, invitándole a no ratificar la elección académica de Charles Maurras.

inmediata, y aquella misma tarde me envió el siguiente mensaje: "Mi querido amigo: Boisfleury me ha puesto ya al corriente. Eso no es posible. No puedo dar el escrito del "hombre blanco" para ganar el hábito verde; ¡eso sería una especie de simonía...!"

El 8 de junio de 1939 era recibido en la Academia Francesa por su viejo amigo Henry Bordeaux.

En un cielo negro...

Así, durante esos años, había brillado un poco de claridad en el cielo negro y tormentoso. La humareda de la revolución, de las luchas ideológicas, se elevaba por todas partes. En julio de 1936 la guerra civil había estallado en España; y es allí donde realmente comenzaba la segunda guerra mundial y todo lo que tras ella vino. En la cruzada contra el ateísmo soviético España puede reivindicar el honor del primer peligro y la primera victoria. El Papa Pío XI había proclamado inmediatamente a su jefe como "la voz auténtica del catolicismo español" y había enviado un nuncio a Burgos. La España roja, con la que nuestros socialistas hacían causa común, debía sin embargo encontrar partidarios y defensores en la prensa católica francesa, donde la ideología izquierdista parecía triunfar. Escritores católicos que habían pasado por "hombres de derechas", los Bernanos, los Mauriac, los Maritain, denunciaban a cual más las "atrocidades franquistas". "Los rojos, decían, han atropellado a los servidores y los amigos de Dios,

han quemado iglesias y santuarios; pero los crímenes de los blancos son mucho más graves, porque han sido cometidos por hombres que pretenden hacer una guerra santa, la guerra de los derechos sagrados que Jesucristo ha confiado a la Iglesia, porque se llaman a sí mismos los defensores del templo y del santuario de Dios." Y Jacques Maritain clamaba contra "la abominable herejía" de los nacionalistas españoles, describiendo con los colores más espantosos la violencia de los blancos: "Un hombre, decía, un hombre que no cree en Dios, puede pensar: «En último caso, es un retorno al orden, y vaya un crimen por otro». Un hombre que cree en Dios sabe que no hay un desorden peor que éste: es como si los huesos de Cristo, a los que no han tocado los verdugos del Calvario, fuesen estrellados contra la cruz por los cristianos. Tal es lo que rebaja a los blancos ante los rojos". A Maritain, como a Bernanos, una voz de Roma había respondido en seguida: "No es lícito hablar con cólera de los errores y de los defectos de aquellos que quieren reconstruir una España católica cuando se permanece insensible frente a una tiranía bárbara que ha intentado hacer de España una segunda Rusia y perturbar el orden de Occidente".

El espíritu que analiza.

Aquellos que denunciaban de esta forma la resistencia del General Franco; aquellos para quienes la causa de Negrín, de Largo Caballero, de la Pasionaria era digna de todas sus simpa-

tías, no sentían entonces más que benevolencia para Hitler, y eso en el momento en que el Sarre acababa de ser evacuado y el tono belicoso de Alemania se hacía cada vez más alarmante. En abril de 1935, con el título de *La Course à la guerre*, Emmanuel Mounier, director de una revista que pretendía apoyarse en las enseñanzas de la Iglesia y de la política cristiana, había publicado en "Esprit" una carta de Alemania que había presentado en los siguientes términos:

"En el último momento, cuando resuena desde el Atlántico a los Urales un tumulto guerrero, recibimos de uno de nuestros amigos, residente en Berlín, la carta siguiente. Ella extrañará a algunos. En cuanto a nosotros, creemos que si alguna vez, mientras vivimos, estalla una tormenta sobre Europa, especialmente el día en que el mejor compañero haya caído junto a nosotros, sentiremos pesar la intolerable pena de no haber dejado a ese débil testimonio afirmar su presencia en la mentira universal".

¿Por qué decía ese "débil testimonio"? Su fecha era la del domingo 17 de marzo de 1935 y comenzaba así:

"Ayer a mediodía, los vendedores de periódicos han invadido de pronto las calles de Berlín. Apenas preparados por los violentos comentarios con que esa misma mañana habían recibido en la prensa "el voto absurdo de la Cámara francesa" (esa ley de dos años, triste reanudación de los desequilibrios de 1913; medida en sí ineficaz y que moralmente corre el peligro de poner fuego a la pólvora europea...), los berlineses se detienen un instante para comprender la gran

noticia, después les invade el desenfreno de una alegría instintiva y loca: «Por fin, la afrenta de Versailles ha desaparecido; somos de nuevo un pueblo libre...»."

Y el corresponsal de "Esprit" denuncia a continuación la duplicidad capitalista, el maquiavelismo de los diplomáticos vitupera a los "comerciantes de cañones", acusa la carrera desenfrenada del rearme, sin preguntarse incluso quién había comenzado a rearmarse ni qué peligro representaba para Francia el rearme del Reich.

"Sin duda, decía, hay personas en Alemania que quieren la guerra, que la preparan lentamente. Sin embargo, se puede afirmar, sin un optimismo ridículo, que la masa alemana aclama al Führer porque él la ha devuelto el sentimiento de su honor, porque ha sabido imponer al universo «las exigencias legítimas de su seguridad y de su igualdad jurídicas». Relean la proclamación del Gobierno...

"Ni una frase amenazadora para el extranjero, ninguna llamada al imperialismo, a la expansión, a la lucha... En cualquier caso, no invoca ningún concepto oscuro y se sitúa decididamente «sobre el plano del derecho puro».

De esta forma, no había nada tan legítimo como el patriotismo alemán; sólo el patriotismo francés parecía al redactor del "Esprit" inspirado por un espíritu de discordia o de temeridad. "Ya no se trata de preferencias políticas o de intereses personales—precisaba este corresponsal—, sino, como para el Sarre ayer y mañana para Dantzig y Austria, de una exigencia indiscutible fundada en el derecho natural y contra la cual

la carta de los compromisos contraídos no opone a la conciencia más escrupulosa sino una barrera bastante frágil."

En adelante, Hitler podía hacerlo todo, el "derecho natural" lo justificaba de antemano, y no sólo en la paz, sino en la guerra, ya que siempre se combate por un derecho. Por lo demás, el colaborador de "Esprit" añadía que "no sin razón Francia era para los alemanes el enemigo tradicional de su unidad y de su honor". "¿Cómo, preguntaba, frente a nuestros temores no van a responder con temores análogos? Y puesto que nosotros mantenemos un ejército nacional con grandes gastos, ¿en virtud de qué podríamos negar el mismo derecho, la misma garantía a nuestros vecinos?" Nuestra obsesión por la seguridad creaba en Alemania la misma preocupación por la suya; pretender lo contrario era no tener confianza en su "sinceridad", y ¿por qué "oponerse siempre a la buena fe del hombre"? Y concluía ese razonamiento con esta súplica, que ofendía al sentido común y a la piedad cristiana: "¿Quién, exclamaba el amigo de Emmanuel Mounier, quién nos dará un nuevo San Luis que, frente al mundo, confiando ante todo en la justicia de Dios, se atreva a confiar también en la paz y responda al rearme alemán con la única arma eficaz, es decir, con un desarme integral y sin segundas intenciones?" Esta huída hacia la "santidad"—falsamente asimilada al más cobarde abandono—ponía de relieve una impotencia desastrosa; no era más que una forma de desesperación, puesto que si el autor de la carta de "Esprit" consagraba a Francia al martirio, no parecía muy seguro de que ese sacrificio fue-

se un sacrificio redentor. En cualquier caso, Francia le parecía destinada a "desaparecer", y puesto que no era "eterna", prefería condenarla lo más pronto posible al suicidio: "Si fuese necesario—concluía ese desdichado—que un día, a causa de un gesto cualquiera o por la simple consecuencia aritmética de su maltusianismo, Francia (que no tiene nada de eterna) desapareciera de la superficie de la tierra, ¿quién no preferiría esta responsabilidad a la más directa complicidad en el crimen del derecho común, que sería una nueva guerra?" ¡El imbécil creía que Francia podía desaparecer del planeta como una simple entidad metafísica! ¡Francia era los franceses, los franceses que, al mismo tiempo, serían reducidos a la esclavitud por el extranjero al que el amor a la paz había entregado su país! ¡El imbécil no podía comprender que antes de llegar a esa situación, y a pesar de la voluntad de sacrificio de Francia, un porvenir como éste, capaz de cambiar en tal forma la faz de Europa, no se conseguiría con agua bendita! Lejos de impedir la guerra, la desaparición de Francia corría el peligro de provocar, provocaría, con toda seguridad, una catástrofe sin precedentes en la historia.

¡A estos piadosos equívocos, a esas aberraciones desastrosas, a esas sombrías abdicaciones de la conducta del hombre se abandonaban los derrotistas, los falsos espiritualistas de "Esprit" ante los peligros que nos amenazaban! Bendecida de esta forma, por devotos adaptadores, la propaganda del "Humanité" había penetrado en los seminarios, en los círculos de estudios y en los intelectuales honrados. La revista de Emmanuel

Mounier, protegida, defendida por obispos, recomendada por sacerdotes, por teólogos, por eminentes tomistas, era su órgano.

Cambio de visión.

Aunque la ideología de "Esprit" y el lúgubre patetismo con que se expresaba permanecían siempre idénticos, ¡en 1936, durante la polémica de las sanciones y la guerra de España, su actitud en cuanto a la paz y a la guerra se habían transformado radicalmente! ¡Un verdadero cambio de punto de vista! ¿Qué había ocurrido? Con la intención de atraer a sus doctrinas a una burguesía joven que se proletarizaba cada día más y que, contra la prepotencia social que usurpaba cierta forma de capitalismo, se mantenía unida todavía al orden de la sociedad por los lazos del patriotismo, del humanismo o de la educación cristiana, los intelectuales revolucionarios iban a intentar, y de hecho lo hicieron, engañarla acerca de sus verdaderos principios respecto a la Patria y la cultura, incluso respecto a la religión. Se trataba de convencer a la juventud burguesa de que los objetivos de sus intereses, lejos de estar amenazados por el comunismo, estarían como restaurados, vivificados, exaltados, ya que no continuarían solidarizados con un mundo degradado, en el que parecían como asociados a los privilegios de una "clase opresora". Las afirmaciones de este tipo se multiplicaban. André Malraux, en la Casa de la Cultura, respondía a un contradictor "reaccionario": "Antes de dos años nosotros seremos

más patriotas que usted". Vaillant-Couturier escribía en "Humanité": Lo que está en juego es la civilización... Queremos devolver la salud al cerebro enfermo de nuestro país", y tomaba de Henry Bordeaux esta cita de Gaston Paris: "Una literatura nacional es el elemento más indestructible de la vida de un pueblo".

El mismo escritor, y en el mismo periódico, intentaba atraer al comunismo a las almas religiosas, repitiéndolas que muy pocas cosas les separaban, puesto que "todas las ideas revolucionarias son primitivamente ideas cristianas". También era la época en que "Vendredi" había aparecido con la intención de formar ese "frente común que va, decía entonces André Chamson, desde los intelectuales que se han aliado a la revolución hasta los intelectuales católicos que han mantenido el partido de la libertad", es delir, de André Gide a Jacques Maritain.

Hacía ya tiempo que el grupo de "Esprit", por una cierta comunidad de indignación, una cierta voluntad común de denunciar los abusos, las injusticias, los desórdenes y, además, por un placer por la derrota que en determinados momentos ejerce su fascinación desastrosa, volvía la mirada con un cierto agrado hacia el lado de la revolución. Pero la novedad, en este año de 1936, era el "patriotismo" de los intelectuales revolucionarios, por lo menos ese patriotismo ideológico que pretendía restaurar los valores culturales y nacionales para protegerlos contra "el vértigo mortal del fascismo" y que, de hecho, no era más que un belicismo de guerra civil. El "viraje" comunista no tenía otro objeto... De aquí que los "católicos" de "Esprit", esos pacifistas,

esos apaciguadores de la víspera, se transformaran en los belicistas de mañana. Demócratas cristianos y demócratas de poca categoría, que habían querido la paz a cualquier precio, mientras algunos triunfos estaban en nuestras manos, se lanzaban ahora a prepararla con una pasión delirante. Para que esa transformación inaudita se cumpliera había bastado la cuestión de Abisinia y la revolución española. "¿Cómo, preguntaba Maurras, se manifestaron pacifistas mientras éramos fuertes, y ahora belicosos cuando somos débiles? ¿Conspiran, pues, para una inevitable derrota?"—y Maurras trataba de mostrar al país la maniobra de los comunistas incendiarios, de los socialistas y los demócratas cristianos, hasta que en Munich apareció en su terrible evidencia.

Durante los años 36 y 37 las izquierdas no habían dejado de lanzar artículos y discursos vehementes en favor de acciones y sanciones militares. A todas estas perturbaciones y locuras se mezclaban las extravagancias de nuestra política exterior. ¿Y qué ocurría con Francia? Vivía en la incertidumbre del mañana con el régimen del Frente Popular, de tendencia socialista o radical, y además bajo la constante amenaza del comunismo. La oposición se había extinguido. La peor confusión reinaba en las filas derechistas: la *Cagoule* había sido la última aventura de los "nacionalistas" enloquecidos. "Las personas consideradas como razonables, escribía Brasillach, se resignaban y pasaban de Doriot al coronel de la Rocque, del P. P. F. (Partido Popular Francés) al P. S. F. (Partido Socialista Francés) o, más juiciosamente, al radicalismo,

que parecía triunfar. Pero lo que dominaba todo, creando una especie de entorpecimiento angustioso, era la guerra, la guerra que se esperaba, que se consideraba como inevitable, la guerra para la primavera o el otoño..."

La nostalgia del fascismo.

En espera de las tormentas que se avecinaban, la juventud perdía no el valor, sino la salud moral, el equilibrio, roída por una forma extraña de "desesperación". Todas las juventudes extranjeras, exaltadas por nuevas formas de vida, se sentían llamadas a destinos heroicos, unidas en una comunidad inseparable y como transportadas más allá de sí mismas. Se dejaba sentir nuestra impaciencia por un "compromiso" en el que se pudiera reunir el entusiasmo, el optimismo, la sensación vital de existir. Si el "fascismo" había podido conquistar un número tan grande de jóvenes era porque respondía a unas ardientes esperanzas. La opinión liberal no oponía nada más que lo negativo a sus afirmaciones contagiosas; el "antifascismo" que proponía no era una "mística" digna de Francia.

Entre los valores que el "fascismo" había rehabilitado o creado, Etienne Borne[1] reconocía "el desprecio por lo banal y lo rutinario, la búsqueda de lo extraordinario, la negación de un idealismo falso que disimula, bajo una moral universal, egoísmos confortables y garantizados; un esfuerzo por aceptar la idea del orden, arran-

---

[1] "Temps présent" del 10 de enero de 1938,

cándola a los compromisos burgueses la certeza de que existen razones para vivir que valen más que la vida". Sí, había en el estilo de vida fascista elementos nobles, altas virtudes que nosotros, los franceses, estimábamos más que otros, sin que por ello ignorásemos sus peligros. Mejor que despreciarlas por sistema hubiese sido distinguir entre las experiencias totalitarias, buscar lo que unas y otras proponían de valioso, retener lo que se traducía en una ganancia, una ventaja, a fin de hacer algo nuevo y mejor. El restablecimiento de la nación francesa no tenía por qué dar a esta realidad, que es Francia, un contenido fascista o no fascista, sino que debía hacerse según las directrices que le son propias, es decir, conforme a los caracteres históricos de su pueblo y a los valores tradicionales y espirituales de una civilización que tiene por mensaje su perpetuación. Carente de una política íntegramente nacional, el "fascismo", la nostalgia del "fascismo", fué para muchos franceses jóvenes una especie de mal del siglo, un romanticismo de la juventud. "¿Por qué tantos jóvenes se han separado de nosotros, los católicos?", preguntaban entonces los dominicos de "La Vie Intelectuelle". Porque amaban la aventura y el peligro, el esfuerzo que se arriesga y se compromete, y porque consideraban demasiado inconsistentes las virtudes de los maestros. Desde Nietzsche a Malraux, desde Lenin a Hitler, se ha escrito la historia de las infidelidades de los cristianos a la virtud de la fortaleza. La juventud francesa, que se formaba y se desarrollaba en un siglo difícil, no sentía, en efecto, esa vocación de fracaso para la cual le preparaban muchos católi-

cos, y en cambio comprendía a aquellos que les decían:

"Poseamos la fuerza y la grandeza, y todo será posible en un mundo en el que la paz sea defendida. El secreto de la paz, como el de la humanidad, de la libertad y de la caridad, es el poder. Si sois caritativos, pero estáis muertos, ¿de qué sirve vuestra caridad?"

Así hablaba Robert Brasillach.

Volvía de Toledo, de Burgos. Había ido a Bruxelles para ver a Degrelle; tenía compañeros que, al regreso de Rumania, le habían hablado de la Guardia de Hierro y de Codreanu. Era de aquellos a quienes el mito del fascismo había hecho vibrar, para quienes el fascismo había sido la última aventura de su juventud. El fascismo no era, ni mucho menos, para Brasillach, una doctrina ni una imitación del extranjero; era un espíritu, el espíritu de la amistad, opuesto a todos los prejuicios, a los prejuicios de clase como a cualquier otro; era un inmenso compañerismo disperso que unía a través del vasto universo a todos aquellos que creían todavía en las virtudes de la nación, de la raza, de la historia y que, unas veces emocionados y otras desairados, pensaban en el pasado y en el presente de su país y se decían: ¿Por qué no nosotros?

Cien horas en la Alemania de Hitler.

En 1937, Brasillach había asistido al Congreso de Nuremberg, ya que pensaba, como muchos, que "era necesario apresurarse" y que "no dis-

pondríamos de mucho tiempo para contemplar pacíficamente ese país". Había asistido a los oficios del culto hitleriano, a esas noches de Walpurgis, iluminadas por los proyectores y las antorchas. Aunque había experimentado su fascinación musical, "sin la cual, decía, Alemania no puede concebir ni religión, ni patria, ni guerra, ni política, ni sacrificio", Brasillach no había recibido la gracia del hitlerismo: ni su mente ni su corazón habían sufrido su influencia. En el transcurso de sus "cien horas en la Alemania de Hítler" muchas cosas le produjeron una gran irritación, una gran inquietud. Su corazón había escuchado en todos los desfiles nazis la llamada lanzada por los austríacos: ¡Austria saluda a su Führer! Uno de sus compañeros que volvía de Austria le había hablado de los "espantosos progresos de los nazis allí". "He escuchado, le había dicho, a un hombre, ante veinte personas que no han protestado, llamar a su perro, ¿sabe usted cómo?, "Dollfus". "Pienso, decía Brasillach, en el insulto innoble lanzado contra el héroe y el santo de la independencia nacional, cada vez que se eleva el grito de los nazis austríacos".

Si recordaba el espectáculo incomparable que le había ofrecido Nuremberg en la catedral de luz que era su estadio; si había admirado el orden perfecto de esos movimientos, de esa música, de esos cantos, era porque su espíritu había comprendido profundamente su significado. "Todo eso, decía al regreso, está fundado en una doctrina y esos espectáculos están unidos a una representación del mundo, a las ideas más firmes sobre el valor de la vida y de la muerte. Nosotros debemos prestar atención a esas ceremonias y

a esos cantos, porque significan algo, y desde luego estar alerta".

"Este país extraño e irritante" le hacía pensar en Francia: "Un orden falso, decía, a veces hace pensar en un orden auténtico. Una grandeza incompleta y confusa hace pensar en una grandeza más pura. ¿Nos harán creer verdaderamente que en adelante los grandes sentimientos son incomprensibles para Francia, que no podremos enseñarlos a la juventud francesa, que no podremos asimilarlos y sentirlos nosotros, según nuestro modo de ser y vivir?"

Lo que más había asombrado a Brasillach en Alemania, ante ese pueblo del que se decía que Hitler había llegado a hacer una máquina perfectamente organizada, había sido el hecho de "descubrir una especie de anarquía germánica", que consideraba "casi irremediable". "Me parece, decía, que esta existencia real de la anarquía alemana, tan curiosamente mezclada con la disciplina, es un elemento esencial del alma de ese país". Un conjunto tan impresionante como el de Nuremberg le había parecido implicar su "parte de decorado y de ilusión". En el mecanismo de sus desfiles veía "el símbolo de un esfuerzo que traspasa los límites de la naturaleza y no corresponde completamente a la necesidad de orden".

"Es un orden, dice, más ficticio que real, cuyos inconvenientes no nos asombran. Si ahondamos más, nos asombraremos menos todavía de que sea a veces difícil para los alemanes respetar la realidad y los límites del sentido común... En definitiva, y cualesquiera que sean los éxitos indudables del hitlerismo para dar un al-

ma colectiva a Alemania, nos preguntamos si la adaptación natural del alemán a la realidad, si su amor por la construcción abstracta, si la invisibilidad que adquieren de pronto para él determinadas ideas, no son obstáculos más importantes de lo que nos imaginamos".

Hitler, con su chaqueta amarillenta, su pantalón negro, su rostro cansado, su mirada ausente, su figura insignificante, había producido a Brasillach una impresión muy desagradable. Sólo sus ojos le habían asombrado, esos ojos extraños de un "azul oscuro y negro, en los que apenas se distingue la pupila".

"¿Cómo, decía, adivinar lo que sucede en ellos? ¿Acaso hay algo más que un sueño prodigioso, un amor sin límites por el país alemán, por el "Deutschland", que es real y está en vía de construcción todavía? ¿Qué tenemos nosotros de común con esos ojos? Y sobre todo, la primera impresión, la más maravillasa, subsiste: esos ojos son tristes, de una angustia casi inimaginable, una desesperación extraña. De pronto adivinamos todo lo que oculta un exterior brillante, las dificultades presentes, la guerra posible, la crisis económica, la crisis religiosa, todas las preocupaciones de un jefe responsable".

"No se trata de hacer fantasías, añadía Brasillach. Sin embargo, ante este triste funcionario vegetariano, sin brillo, que es un dios para su país, ¿cómo no pensar que, en un amanecer de junio, ha descendido del cielo, como el arcángel de la muerte, para asesinar a sus mejores y más queridos compañeros? Hoy pienso en Roehm... Y sin duda alguna, somos completamente libres de ver en el 30 de junio una revolución de pala-

cio, un episodio de la lucha entre la Reichswehr y los S. A. Pero, además, hay otra cosa. Este hombre, que fué el amigo de Roehm, ha sacrificado a lo que considera un deber su paz personal y su amistad, y sacrificaría todo, la felicidad humana, la suya y la de su pueblo además, si el misterioso deber al que obedece se lo ordenara... Es esto lo que obliga, en cada momento, a poner todo en interrogante."

"¿Pero qué pasará a la eternidad de todo esto?", se preguntaba Brasillach, a quien una ceremonia germánica, el nuevo rito de la consagración de las banderas, había "horrorizado".

"No sé, decía, lo que era Alemania en épocas anteriores. Hoy es un gran país extraño, más alejado de nosotros que India o China. La bandera acentúa esta asombrosa impresión oriental, y abatidos por la impresión de desorientación y exotismo hay que hacer un esfuerzo para darse cuenta que algunas de las virtudes a las que se ha devuelto su honor—el trabajo, el sacrificio, el amor a la patria—forman parte del patrimonio común de todos los pueblos.

No sé si la guerra de los Treinta Años, como me aseguraban, ha separado a Alemania de la civilización europea, pero estoy seguro de que Hitler esta tratando de formar una civilización que, por determinados aspectos de su particularismo, la aleja aún más de esa comunidad. Parece haber en esto alguna ironía del destino al subrayar las apariencias orientales de estos mitos en un país que pretende rechazar todo lo que viene de Oriente. Pero Hitler, instaurador de las noches de Walpurgis del 1.° de mayo, de las fiestas paganas, de la consagración de las

banderas, es fiel a la vocación profunda de Alemania que, desde Goethe hasta Nietzsche y Keyserling, ha vuelto su mirada hacia el sol de Oriente. Todo eso, naturalmente, no sirve para nosotros, y no hay necesidad de insistir en ello. Se comprende al fascismo italiano, se comprende lo que subsistirá en él de inmortal, incluso aunque caiga el régimen. Ante el nacional-socialismo alemán se apodera de nosotros la duda y la inquietud. Ante esa construcción de un hombre nuevo, se dice: ¿Está eso permitido? ¿No hay en esto un esfuerzo que traspasa los límites de la nación? ¿No será mañana el hithlerismo una gigantesca curiosidad histórica? ¿Todo esto no es demasiado?"

Después de su regreso de Alemania, Robert Brasillach nos había enviado ese relato de sus *Cent heures chez Hitler*[1], relato extrañamente lúcido, inteligente, objetivo y que demuestra que había sabido ver, observar, conservar el corazón y la cabeza fríos ante la dramaturgia hitleriana. Sí, Brasillach había comprendido que detrás del inmenso, del colosal decorado wagneriano y sus encantos nocturnos existía una realidad que no había combiado. Veinte años después de 1918 existía siempre Alemania, y en el centro de Europa ochenta millones de hombres de lengua alemana, cuya historia no ha acabado y cuyos cantos, en esas noches de Walpurgis, eran el preludio de las invasiones próximas, invocando a los an-

[1] Este relato difiere en muchos puntos de aquel que se puede leer en *Notre avant-guerre*, publicado en marzo de 1941. Hemos creído un deber citar este texto tal como Brasillach lo entregó a la "Revue Universelle" el 1.º de octubre de 1937.

tiguos dioses germánicos al resplandor de las antorchas y de los proyectores, como el tam-tam llama a sus hordas al combate.

El jefe arengaba a esas multitudes subyugadas, y "¡los alemanes jugaban como lobos alrededor de sus recuerdos de guerra y sacrificio!" Los relámpagos rasgaban el cielo de Walhalla y el trueno rugía como presagio de la tormenta.

Septiembre de 1938.

La tormenta estalló en septiembre de 1938 y fué el alerta más seria de todos. Tuvimos el sentimiento de partir para la guerra, revivimos las escenas de la Estación del Este en 1914. Cuando pienso en lo que fué, un año después, la movilización del 39, me doy cuenta de las diferencias: una especie de embriaguez de Frente Popular había dado el tono y el color a la salida de los hombres en el 38. En los trenes que nos conducían a la frontera, los obreros y los oficiales confraternizaban, alzaban juntos su "copa", maldiciendo a los dictadores, y un olor a vino tinto se mezclaba con los vapores de ese patriotismo revolucionario. Ibamos a "¡romper la boca a Hitler y a Mussolini!" El acontecimiento tomaba el significado que le prestaban los puños levantados, el canto de la "Internacional" y los gritos de "¡Abajo las doscientas familias!" Sí, "¡borrachos de ideas falsas y de mal vino, pero patriotas a pesar de todo!" El espíritu antifascista se había apoderado de nosotros: "¡Abajo Hitler, abajo Mussolini!" Todo eso su-

cedía porque, en el 38, Moscú no era el aliado de Berlín, Stalin no estaba al lado de Hítler y el aliento comunista era el elemento animador de esa movilización tumultuosa y desordenada... Todo era falso en los razonamientos de esos hombres, que no sabían bien a dónde iban: las ideas, los peligros, las causas, las esperanzas, todo era falso, excepto una cosa, una simple resolución: "¡Se nos ataca, debemos defendernos!"

¡Una mañana, mientras bebían el café, se enteraron por la radio de que Chamberlain y Daladier iban a entrevistarse con Hitler y Mussolini en Munich! ¿Sería posible? En un principio, se habían negado a creerlo... Después, cuando conocieron el asombroso resultado—pues ni los Sudetes ni Checoslovaquia tenían importancia para ellos ni les decían gran cosa—, empezaron a pensar que, a pesar de todo, estarían mucho mejor en sus casas, en sus hogares... Se les había molestado para nada, pero eso no sucedería una segunda vez: en adelante, no podrían servirse de ellos...

De regreso a París, como "pseudo-guerreros sin destino", fué difícil reintegrarnos a los trabajos inciertos de la paz. Sin embargo, extraños acontecimientos nos iban a mantener impacientes. El 30 de noviembre de 1938, la orden de huelga general había fracasado por todas partes con una unidad perfecta, pero la política exterior no nos permitía tregua alguna. En los idus de marzo del 39, Alemania invadía Checoslovaquia; Italia, algunas semanas después, ocupaba Albania; en el mes de mayo, Mussolini e Hitler firmaban en Berlín ese famoso pacto por el cual Italia aseguraba a Alemania su colaboración

militar... para 1942 (la fecha no fué conocida sino mucho después). Mientras tanto, todo se había decidido ya en Londres. En la primavera de 1939, Lucien Romier había asistido, en París, a una reunión de Duff Cooper con Paul Reynaud y algunos políticos franceses. "Al salir, me dijo en Vichy en julio de 1940, y con lo que acababa de escuchar, no tenía la menor duda: la guerra está declarada." Desde el mes de marzo de 1939 se había empezado a llamar a algunos movilizados, a prolongar el servicio militar: en lo sucesivo, no había más que esperar el día "D".

Entonces el movimiento cuyo jefe era Maurras alcanzó su más intensa actividad. Con su propaganda a través de París, con sus advertencias y amonestaciones inminentes a nuestros tristes poderes públicos, *Acción Francesa* había reunido la coalición pro-paz que había conseguido el arreglo de Munich, al tiempo que repetía sin descanso: "Armemos, armemos, armemos!" Durante todo el año Maurras y los suyos continuaron atacando la ilusión belicista y la ilusión pacifista, reclamando armamentos y alianzas, y en el mes de agosto de 1939, hasta el último momento, no dejaron de luchar por esa paz agonizante.

Daladier y Mussolini.

Julio de 1939. Epoca de vacaciones. Ibamos a abandonar París. Todavía recuerdo mi último paseo con Robert Brasillach en el parque Montsouris. Le hablé de Roma, de donde yo acababa

de regresar. Yo había traído de Italia una serie de artículos cuya publicación Daladier no había querido autorizar en el "Petit Parisien", que allí me había enviado a comienzos de junio. La situación de nuestro país era demasiado grave para que me negase a obedecer esta exigencia gubernamental: ¿no estábamos ya de alguna forma "movilizados"? Yo había contado a Robert lo que Elie-Joseph-Bois me había dicho explicándome el "veto" de Daladier. Abriendo una pequeña caja fuerte, el redactor en jefe del "Petit Parisién" había extraído un documento ultrasecreto, documento que le había sido enviado por Alexis Léger. Era la copia taquigrafiada de una conversación que Lord Halifax acababa de mantener con el jefe del Gobierno francés. En el transcurso de esa entrevista de carácter diplomático Lord Halifax (que estaba al corriente de las negociaciones que habíamos hecho en enero del 39 en Roma, después de los incidentes de Montecitorio y la retirada de nuestro Embajador del palacio Farnesio), había preguntado de pronto a Daladier: "¿Y Italia, señor Presidente?" Daladier, fingiendo ignorar de qué le hablaba el inglés, había dado una serie de explicaciones indirectas y confusas, a través de las que traicionaba 'sus dificultades para responderle. Para poner fin de ellas, Lord Halifax le interrumpió diciéndole: "Pero, señor Presidente, si Italia da a conocer sus condiciones, ¿no quedarían éstas en un cajón?" De hecho estaban allí ya desde hacía seis meses. Daladier pareció no comprenderle y sostuvo que las reivindicaciones vocingleras de la prensa italiana hacían a la opinión francesa hostil a toda aproximación

con Italia. Lord Halifax, a quien esta actitud no le seducía, terminó la conversación con estas palabras: "Si esas negociaciones con Italia son susceptibles de producir ciertas dificultades a vuestro Gobierno, ¡no se hable más de ellas!" En efecto, toda la cuestión residía en este punto. Daladier así lo había reconocido un día al responder a Pierre Laval: "¡Si yo negociase con Italia, al día siguiente sería pisoteado en la Cámara!" ¡Y he aquí por qué las proposiciones que Paul Baudouin le había traído de Italia en enero de 1939 habían "permanecido en el cajón"! ¿Cuáles eran las bases de esas conversaciones que debían conducir eventualmente a una negociación con Roma? Se referían a los tres puntos siguientes: 1.° El rescate de la porción de ferrocarril de Addis-Abeba que se encuentra en territorio etíope, cuya conquista había sido hecha recientemente por Italia; 2.° El nombramiento de uno o dos administradores italianos en el canal de Suez; 3.° La revisión por anticipado del estatuto de los ciudadanos italianos en Túnez, revisión que debía verificarse normalmente en 1942. Cuando Paul Baudonin dió cuenta de ellas al jefe del Gobierno francés y mostró el memorándum que había redactado en el palacio Chigi con el conde Ciano, Daladier encontró las "proposiciones italianas tan «razonables», por lo menos tan diferentes de las reivindicaciones espectaculares que habían sido pedidas en noviembre, en Montecitorio, al grito de "¡Djibouti! ¡Suez! ¡Túnez!", que su primera reacción le hizo exclamar: "¡En ese caso será necesario negociar!" ¡Pero Daladier no era, ni mucho menos, partidario de un acuerdo con Italia!: "¡La hos-

tilidad de la Italia fascista hace imposible la unión!", repetía sin cesar. Y para escapar a un peligro que le parecía evidente, el jefe del Gobierno francés prefirió dejar abandonadas las proposiciones italianas... en un cajón.

"¡Usted comprende!", me dijo E. J. Bois al devolverme mis "papeles"... Sí, yo había comprendido, y todo esto es lo que conté a Robert Brasillach aquella mañana de julio del 39 cuando íbamos juntos por las avenidas tranquilas del parque Montsouris... Le describí también el extraordinario espectáculo del que había sido testigo en Roma, la peregrinación de setenta y cinco mil mujeres italianas que, durante horas y horas, habían desfilado ante Mussolini, saludando en él al jefe, al protector, al padre, con sus risas y cantos. Habían venido de todas las provincias del reino: allí había obreras y campesinas, viejas y muchachas, ricas y pobres, que desde hacía varios días vivían reunidas en el Campo Massimo, en el Aventino. Luego, al amanecer de un domingo, había tenido lugar el prodigioso desfile de su cortejo, que como una alfombra de flores vivas avanzaba desde la calle del Mare hasta el palacio de Venecia. Cada sección, por el resplandor de sus colores, parecía un nuevo macizo de ese jardín en marcha. ¡Tan grande era la alegría de los ojos, que no se cansaban nunca de contemplar! A continuación de los maravillosos trajes regionales aparecían los cascos y los mosquetones de las secciones femeninas de preparación colonial...

—Sí, me dijo Robert. Experimenté la misma reacción en Nuremberg. ¿Cómo puede un francés contemplar sin verdadera sorpresa la mili-

tarización de las mujeres? Desde las cinco de la mañana, en Bamberg, cuartel general de las muchachas alemanas, se escuchan canciones por las calles, se ven pasar largas procesiones femeninas que parecen prepararse para un desfile que no se realizará nunca. Ese espectáculo, a diferencia del que usted me habla, no es muy hermoso: esas faldas verdosas, esas cortas chaquetas marrones no son siempre agradables para la vista... Me ha parecido que había en eso una exageración muy censurable. ¡No es preciso, bajo ningún aspecto, tratar a las mujeres lo mismo que a los hombres! ¡Pero esta verdad de La Palisse debe ser incomprensible en alemán! [1].

—Ya se trate de Nuremberg o Roma, todo, proseguí, nos lleva a la obsesionante cuestión que, de un extremo a otro de la tierra, preocupa hoy a los hombres: ¿la paz o la guerra? Pero en Roma la cosa era evidente: esas mujeres que cantaban, esas muchachas risueñas que arrojaban su pañuelo al Duce, toda esa alegría de que saturaban la ciudad era un acto de fe en la paz. ¡Lo que ellas reclamaban era la "pace mussoliniana!" Y ante tal espectáculo he pensado en ese film que, después de los acuerdos de Munich, se proyectaba en todas las pantallas de Italia. En él se veía en el campo, a lo largo de la vía férrea, grandes multitudes llegadas de las aldeas, de los pueblos, de las ciudades, ebrias de alegría, y aclamando al "Duce, que había impedido la guerra y hecho la paz en Europa". ¡En

---

[1] Robert Brasillach lo había ya hecho notar en sus *Cent heures chez Hitler*. ("Revue Universelle" 1.° de octubre de 1937.)

todas las estaciones, arcos de flores y de espigas entrelazadas saludaban el retorno de un triunfador!

"Sin embargo, Mussolini está siempre dispuesto a lanzar su país a la guerra, incluso bajo sombríos presagios. No hay que contar con una deserción de su pueblo: los italianos le seguirán hasta el final. Esto no significa, de ninguna forma, que el Duce piense en precipitar el curso de los acontecimientos y personalmente alimente designios belicosos. ¡Incluso me atrevo a creer que, en caso de fracasar, intentaría moderar los apetitos de violencia y de dominación del Führer! Tales disposiciones son las que sería conveniente y necesario tratar de precisar, de orientar. Cuanto más oscuro y difícil parece el horizonte, más sutil, más tenaz debe ser la acción, no olvidándose de nada, trabajando sin descanso y hasta el final... ¿No nos da Maurras ejemplo de ello?"

El verano de 1939.

Antes de separarme de Brasillach le hablé de una carta del doctor Franck, ministro de Economía del Reich, al que había visto en Suiza un financiero francés amigo mío: "¿Quiere usted tomar ahora sus vacaciones? Hágalo con toda tranquilidad. Pero regrese el 25 de agosto."

Era necesario aprovechar esa tregua. El 15 de julio salí con mi hijo para dar comienzo a un crucero desde El Havre hasta Marseille, a través de Orán y Argel. El 30 estábamos junto a Maurras, en Martigues. El 20 de agosto volvíamos a París... Aquí me encontré con Robert

Brasillach, que había regresado de España. Algunos días después, con la hoja número 3, estábamos, como en el 38, movilizados uno y otro: Robert debía unirse a un Estado Mayor en Alsacia, y yo presentarme en un centro de movilización de Laon. El jueves que precedió a la invasión de Polonia fuí por la tarde a hacer una visita al director del Banco de Indochina, Paul Baudouin: estaba ausente; tuve que esperarle, y cuando entré en su despacho me dijo: "Acabo de ver a Daladier; le he encontrado lleno de esperanzas. Cree que las cosas pueden todavía arreglarse. Los alemanes dan un plazo a Polonia, hasta las once de esta noche, para que les envíen un representante calificado con el cual se podrán reanudar las conversaciones. Hay todavía una posibilidad de evitar la guerra..."

Di cuenta de esto a Brasillach, que me encontró al anochecer... ¿Pero, ¿quién puede evocar mejor que él, en esas últimas páginas de "Nuestra preguerra", nuestra última tarde en París?

"A través del París que empezaba a encender sus faroles, junto al Seine negro, ante el Louvre, sombrío, paseaba con Henri Massis. Como tantas veces en otra época, nos dirigíamos a la imprenta de "Acción Francesa". La paz no estaba perdida por completo. La censura no estaba organizada, y todos los días Maurras intentaba alejar las últimas amenazas... Maurras llegó hacia las doce. Me pareció cansado, inquieto ante cuanto podía prever y siempre lleno de su indomable esperanza. Nos dijimos adiós en esa pequeña entrada mal alumbrada, ante la puerta de la imprenta, ante la hermosa escalera estilo Renacimiento. El contemplaba a los jóvenes que le ro-

deaban con una especie de mirada patética. Habló de Jean Massis a su padre y murmuró a mi oído, con voz ahogada: «No tengo nada que decirle que usted no conozca». Después vi desaparecer entre las máquinas y los vapores de plomo, un poco curvado por el peso del destino de su patria, al hombre de nuestra época que mejor la ha comprendido, penetrado y dirigido".

Recuerdo todavía a Maurras aquella noche, "su mirada gris, y detrás de esa mirada, su pensamiento preciso y firme y esa pasión ardiente por su patria, por la juventud de su país..." Maurras se hacía comunicar las últimas noticias a medida que iban apareciendo en el teletipo. Yo leía en el cristal del "printing" las líneas del destino. Su sucesión me producía una sensación extraña: había entre ellas una especie de discontinuidad en la que se adivinaba el dedo de algún poder invisible que parecía impulsar la rueda... Todo era impreciso, como una confusión que avivaba la confidencia que había recibido por la tarde... "Hasta las once de esta noche, Polonia... para que las conversaciones puedan reanudarse..." Nada, nada parecido, ni la menor alusión a todo eso en la bobina que lentamente se desenrollaba ante nuestros ojos... Por el contrario, las noticias parecían desmentir esta esperanza, y yo creía de un modo confuso percibir la intervención de alguna voluntad contraria. Todo cuanto llegaba de Londres me parecía agravar lo inevitable... Una impresión, una impaciencia indefinible... Al día siguiente estaba en el Ejército.

IV

A JEAN ROLIN

La guerra de los Treinta Años.

Dos veces en cuatro lustros hemos sufrido la experiencia de la guerra. Y he aquí que de nuevo ella se apodera de nosotros, nos sobrecoge, en una época de la que algunos llegaron a esperar que constituyese la culminación de una vida laboriosa. La guerra no ha querido concedernos tal destino. La guerra que íbamos a hacer no era, en última instancia, más que la culminación de la guerra que habíamos ya hecho. Era una sola y la misma; la soportábamos desde hacía Treinta Años: prolongación de la del 14, esa guerra que creímos haber ganado y que, en realidad, habíamos perdido.

Los combatientes, en el momento de su marcha, comprendían que nunca les había habido menos informados, menos enseñados que los del 39. De pronto se daban cuenta de que los "maestros de la posguerra" estaban tan desconcertados, tan estupefactos ante el acontecimiento, que "incluso les faltaban las palabras" [1]. Pero si las ideas faltaban, ¿no era quizá porque

---

[1] Jean Paulhan en la "Nouvelle Revue Française".

no se quería buscarlas donde estaban, donde habían estado siempre, allí donde habían sido el objeto de la enseñanza más continua, de la doctrina más constante, en esa escuela maurrasiana que recibía, con los acontecimientos, la confirmación más irrebatible? Se prefería atribuir raro y extraño mérito a algunas Casandras antes que rendir homenaje a una determinada serie de ideas, al valor propio de algunas opiniones de la inteligencia francesa obstinadamente defendidas.

Por una ficción parecida se había pretendido que habíamos ido por primera vez a la guerra al chocar con un acontecimiento que nadie había sabido presentir. Sin embargo, ¿qué conflicto había sido más anunciado, más esperado, que el de 1914? Nuestra juventud, que le había visto perfilarse en el horizonte, no había apartado la mirada de él; sabía, por el contrario, a lo que estaba destinada. Pero no se quería que ella tuviese el mérito de esta comprensión, de esta claridad de los hechos. Ninguna negativa había sido más continua e hipócritamente defendida y mantenida que ésta.

Y en el momento en que se pedía a una nueva generación de combatientes devolver a este pueblo su victoria inútil, se prefería imputar a la fatalidad o a cualquier otro desfallecimiento, que emanaba de una voluntad general y confusa, el hecho de haber permitido que sus frutos se pudrieran. Si las mismas causas de los errores habían subsistido siempre, si se permanecía bajo el poder de los "ideales" que la habían hecho estéril, ¿no corrían el peligro estos nuevos sacrificios de ser tan inútiles como los primeros?

En un pueblo de las Ardennes.

Tales eran los pensamientos que a comienzos de octubre surgían del fondo de mi memoria y de mi corazón cuando me incorporé en un pueblo de las Ardennes al Estado Mayor del II Ejército, al que el general Huntziger me había hecho el honor de llamarme... Una vez más había salido de la Estación del Este, hacia finales de agosto, en uno de esos trenes que de hora en hora conducían a los hombres hacia un oscuro destino. Sobre esta movilización del 39, sobre su carácter ordenado, silencioso y sombrío, se ha dicho todo cuanto había que decir: parecía que las tropas salían con destino a grandes maniobras. ¡Qué contraste con lo que habíamos conocido en 1914! ¿Era el mismo pueblo? ¡Sin cantos, sin gritos, sin flores para los fusiles! Incluso me atrevería a decir que el adiós a los soldados no hacía correr las mismas lágrimas, como si todo hubiese sufrido, desde entonces, una especie de transformación secreta. Solamente un estupor triste ante un acontecimiento que no se comprendía.

Nuestro país se había deslizado hacia la guerra. Había ido a ella por una especie de abandono, de cansancio, de fatiga, como sobrecogido por una catástrofe contra la que creía no tener ningún poder y que había aceptado pasivamente en su aburrimiento. Hitler iba a explotar este estado psicológico y moral corrompiendo la guerra con una paralización de nueve meses que debía agravar aún más esas previas condiciones. He asistido a esta lenta descomposición, a esta

"desmoralización bajo las armas" que se llevó a cabo por una especie de contaminación de la vanguardia por la retaguardia. El Ejército se apoyaba en un país que no tenía conciencia, que no se sentía realmente "comprometido"; no era la muralla de un pueblo preocupado con el único pensamiento de su defensa. Tenía detrás de sí una especie de cuerpo desamparado, vacío de alma, que no le comunicaba ninguna voluntad unánime; de aquí una especie de separación, de incomprensión, que se manifestó al comienzo de una forma bastante cruel.

Los de permiso.

Los primeros permisos de noviembre del 39 fueron, a este respecto, significativos. Nuestra juventud esperaba la acogida que sus antepasados recibieron en 1915, durante la guerra anterior, y que mezclaba ahora con los recuerdos de su infancia cuando el padre volvía al hogar por unos días. ¡Qué gran sorpresa! He leído las cartas en que se expresaba ese desengaño. Lejos de sentirse reanimados, reconfortados por su estancia en la "retaguardia", muchos, muchos eran los que experimentaron un sentimiento difícilmente definible, que se descubría, sin embargo, en esta asombrosa interrogante: "Pero, ¿qué es lo que tienen?" La mayoría recibían la impresión de haber perturbado una vida que había tomado un nuevo rumbo al prescindir de ellos, que se les cerraba, al no poder darles una tarea ni un puesto, una vida que tenía sus propias preocupaciones, sus propias dificultades, en las que se

les reprochaba no participar o incluso de las que se les hacía los responsables directos. Replegado en sí mismo, con un egoísmo exagerado, el país parecía indiferente al destino de los soldados. Pero, ¿qué hacían ellos? No hacían nada para combatir eso. Por el contrario, descubrían una especie de reproche allí donde habían esperado encontrar la simpatía de la amistad. De aquí una especie de despecho que llegó en algunos hasta a hacerles regresar a su unidad antes de que el permiso se hubiese acabado; ¡por lo menos, allí estaban sus amigos! En esta situación se les vió volver a centenares.

Pero en el fondo esta guerra molestaba a los franceses. Sólo traía a sus mentes contrariedad y fastidio. Turbaba sus costumbres. Si la guerra hubiese tomado desde el principio un carácter de peligro inmediato, de invasión, quizá habrían tenido una reacción, un impulso, comportándose como en los grandes momentos de su historia. En agosto de 1914 este pueblo había tomado contacto con la guerra, con las realidades de la guerra, a través de sus muertos y heridos. La Francia de 1939, en cambio, lo había tomado a través de los que habían vuelto con permiso.

La desmovilización bajo las armas.

Pronto se llegó a pensar que quizá no se combatiría nunca, que esta guerra sería una guerra blanca, de la que estaba excluída toda idea de sacrificio. Desde enero de 1940 la "desmovilización bajo las armas" era un hecho. Se había

desarmado sistemáticamente a los espíritus y destruído la resolución de vencer.

¿Dónde estaba, por tanto, dónde vivía el espíritu de la guerra? El trabajo de socavón era completo. A comienzos de febrero del 40 supimos que una campaña en favor de la paz inmediata iba a ser emprendida por el periódico que leían preferentemente los que estaban en el Ejército, por el "Petit Parisien" ¡como en 1917 lo había hecho el "Bonnet Rouge" de Almereyda! Las consecuencias hubiesen sido espantosas. En seguida se lo comunicamos a Charles Maurras; bastó que "Acción Francesa" hablase de ello indirectamente, con palabras encubiertas; que hiciese una sola alusión, para que la situación abortase y la campaña se viniera abajo. Maurras había servido, una vez más, a Francia, a Francia en guerra contra Alemania. ¡En todas partes y hasta en el seno del Gobierno, el derrotismo tenía sus partidarios!

El 10 de mayo de 1940.

En este clima, estalló la tormenta el 10 de mayo de 1940... A las cuatro de la madrugada se dió el toque de alerta. ¿Necesitaré decir que le acogimos como una especie de liberación que venía a sacarnos de esta inactividad en que nos consumíamos? Sea lo que fuere, ¡una nueva situación se había planteado! Una especie de fiebre se apoderó de nosotros, haciendo aparecer de pronto en las miradas una seriedad que me era desconocida... Durante la tarde de este primer día de guerra acompañé al general Huntzi-

ger a Bouillon, en Bélgica, cuya frontera había sido cruzada por nuestras tropas al amanecer. Al día siguiente, nuestras tropas se habían replegado y atravesado el Semoy, en donde la primera línea de resistencia había cedido. El 11 y el 12 fueron jornadas trágicas: el pliegue de Sedan había sido destruído, el Cuerpo de Ejército de Corap, derrotado, los alemanes avanzaban sobre Vouziers. El 13 por la tarde, después de duros combates, la reserva de nuestros carros atacaba la carretera a la altura de Chêne-Populeux. Recuerdo todavía al general Huntziger y a su jefe de Estado Mayor, general Lacaille, cuando en su Cuartel General del castillo de Senuc recibieron la noticia de que al día siguiente íbamos a abandonarlo para marchar hacia Verdun. El II Ejército estaba salvado. Hasta el 10 de junio, a pesar de los constantes asaltos a nuestro frente, se mantuvieron todas las posiciones.

De Gaulle y Huntziger.

El 7 de junio el general Huntziger fué nombrado comandante del Grupo de Ejércitos número 4, y yo le seguí a Arcis-sur-Aube, donde estableció su nuevo Cuartel General. Apenas se había instalado, cuando le fué anunciada la visita de Paul Reynaud y del general De Gaulle. El general De Gaulle vino solo el 10 de junio; lo supe durante la cena, en la que encontré al general Huntziger extrañamente preocupado. Pero la seriedad de la situación lo explicaba todo: ¿no acabábamos de recibir de Italia una puñalada por la espalda, según se desprendía de las

noticias? De su conversación con el general De Gaulle no supe nada. El 15 de junio, en Jaligny, la víspera de nuestra partida hacia Châtelguyon, el general me habló confidencialmente... ¡Qué jornada tan trágica! Todas nuestras comunicaciones estaban cortadas. Para tener noticias de los avances de las "Panzerdivisionen" no teníamos otro recurso que telefonear a la oficina de correos de un pueblo que distaba treinta kilómetros de nosotros; ¡cuando no nos respondían, ya sabíamos lo que eso quería decir: había que levantar el campo! Durante cinco días nuestro general se había visto obligado a cambiar cuatro veces de residencia. Recuerdo todavía al general Huntziger cuando paseaba conmigo por las avenidas del parque de Montlaur, a lo largo del estanque de los cisnes, para alejar su tristeza y salir de la inactividad a que estaba reducido. El general y yo íbamos silenciosos, abrumados, entre los grandes árboles, aquel hermoso día de verano. Me quedé aterrado cuando me comunicó que, desde el día 12, el general Weygand había propuesto la petición de un armisticio y que ya no podía tardar mucho... Intenté representarme lo que esta palabra "armisticio" significaba exactamente, en tanto mi espíritu se negaba todavía a creer en la derrota... Como todos los hombres de mi edad, cuya infancia estaba llena de los recuerdos que sus padres conservaban del desastre del 70, de La Commune que le había seguido inmediatamente, temía que el armisticio tuviese, una vez más, parecidas consecuencias y provocase los más crueles desórdenes... Me atreví a decir al general: "Para salvarnos sería necesario que Francia tuviese

un jefe, un jefe indiscutible, un auténtico jefe". Y añadí: "No hay más que uno, el Mariscal Pétain..." "¿Lo cree usted?", me respondió Huntziger. "Sí, dije, no encuentro ningún otro. ¡Y creo que es el único que nos podría evitar una desgracia mayor!" "Quizá", respondió Huntziger, sin añadir nada más. Después, volviendo a sus propios pensamientos, me preguntó inesperadamente: "¿Le he hablado de la visita que me hizo el general De Gaulle cuando estábamos en Arcis-sur-Aube?" "No, mi general." "¡Ah, continuó Huntziger, es necesario que un día se sepan estas cosas! Usted recuerda que el 10 de junio yo esperaba a Paul Reynaud y al general De Gaulle. De Gaulle vino solo, pero él me habló en nombre del Presidente... ¿Y qué cree usted que me propuso? Tomar en Francia el mando de los Ejércitos, reunirlos y organizar una cabeza de puente; ¿se imagina usted dónde? ¡En la península de Contentin! Como no pude ocultarle lo que tal proyecto tenía de irrealizable e irrisorio, fué de la opinión de que esa cabeza de puente se estableciera entonces en la península de Armorique. ¡No menos absurdo! ¡Tales son, querido amigo, las fantasías a que se es capaz de entregarse cuando nuestras fuerzas están casi destruídas! Weygand tiene razón: ¡hay que pedir un armisticio mientras quede tiempo para ello!"

¡Cuántas veces desde entonces, cuando me hablaban del "reducto bretón", me he acordado de esta conversación, cuyos únicos testigos fueron los cisnes del castillo de Jaligny! Las confidencias de Huntziger debían explicarme después las alusiones del general Weygand acerca de las in-

tenciones que había tenido Paul Reynaud de relevarle de su mando reemplazándole por uno de sus subordinados "más eficaz". "Conozco, declaró Weygand en el proceso del Mariscal, una persona que fué en su nombre a pedir por lo menos a uno de mis compañeros que aceptase reemplazarme. Pero este compañero encontró que el puesto no era demasiado bueno, y no insistieron más..." La "persona" era el general De Gaulle; el "compañero", el general Huntziger.

Aquella misma tarde, al no responder el teléfono, salimos hacia Châtelguyon; dos días después, el 17 de junio, el Cuartel General del IV Grupo de Ejército se replegaba sobre Bord-les-Orgues. El general Huntziger no tuvo tiempo de unirse a nosotros; el Gobierno del Mariscal Pétain acababa de llamarle con el fin de encargarle que negociara las condiciones del armisticio...

Burdeos y el armisticio.

No volvería a verle hasta el 21 de junio en Burdeos, donde llegué, de mañana, extenuado por la noche que había pasado en la cuneta, horrorizado y desalentado por todo cuanto acababa de ver y vivir durante el transcurso de este desastroso éxodo. La ciudad había sido bombardeada por la noche. Un pánico inenarrable. En la avenue de L'Intendance, la mayoría de los almacenes tenían todavía sus cierres echados... Todo París estaba en la plaza de la Comédie, en las terrazas de los cafés, entre las avenidas de Tourny y los Quinconces; todo el París de la política, de la prensa, del teatro, del cine, todos

los consagrados, como en los pasillos, durante el entreacto de una tarde de "ensayo general". ¡Cuán lamentables parecían! En todas las esquinas de las calles, junto a los grandes hoteles, se estaba seguro de encontrar a alguien conocido; se saludaba, se hacía un gesto, un gesto entristecido, un gesto de desaliento... Se cambiaban algunas frases—siempre las mismas—, y en las miradas que se lanzaban furtivamente unos sobre otros se leía una pregunta, la pregunta: "¿Qué irá a hacer éste?"... Se espiaba... Estas idas y venidas inciertas continuaron a lo largo del día: una agitación confusa e irrisoria... La ciudad se estremecía con los rumores contradictorios, con las falsas noticias... ¿Huir? ¿No huir? La duda, la inseguridad se traducían en los rostros, en un gesto de vergüenza, de timidez. Todo un tráfico de "permisos de circulación", de falsos documentos, de pasaportes se había establecido inmediatamente: los precios se elevaban conforme el avance alemán... Escenas de corrupción, de un comercio degenerado, completamente innobles e indignas... El corazón me falla cuando intento describir esta descomposición, que no se ocultaba a nadie y mezclaba su colorido espantoso con la consternación y el luto nacional. ¿Qué iba a hacer, qué iba a ser de mí? Para mí no había problema. No me había hecho falta esperar las palabras del Mariscal para saber que era imposible substraerse a la suerte del país, aunque su amenaza fuese inminente. "No se puede ni se debe emigrar"; para mí era una certeza, una intuición que me parecía infalible. Y además, yo era oficial: tenía un jefe al que debía obedecer.

Unidad francesa.

Si hubiese tenido una vacilación, una duda, la nota que publicó la Agencia Havas el 26 habría bastado para hacerla desaparecer. Era una declaración de Maurras, redactaba en Villefranche-sur-Rouergue, a donde "Acción Francesa" se había retirado: "Todo está dominado por la cuestión nacional, decía Maurras. Aquellos que comprenden el sentido de nuestro pasado se preguntan si hemos descendido a la categoría más baja, al grado más ínfimo de la historia de Francia. ¡Pues bien, resurgiremos si sabemos conservar el sentimiento esencial y vital de nuestra unidad: la unidad francesa! En la unidad, todo puede revivir. Pero si tenemos la desgracia de separarnos, incluso con la ilusión de enfrentarse al adversario, esta división sólo para él será beneficiosa. Nuestras posibilidades están en la defensa firme y fuerte de la unidad nacional, encarnada por el Mariscal Pétain y sus colaboradores. Por triste y dura que sea la situación, una cosa puede agravarla aún más: la rasgadura de la túnica de la Patria. Los que intentan este crimen son precisamente los responsables de esta guerra mal preparada, los que nos han hecho perder en diez meses el esfuerzo de diez siglos. Contra las necesidades dolorosas, a las que están obligados a resignarse la razón sólida y el corazón fiel, los mismos responsables cometen un desenfreno de patriotismo verbal cuya significación y sentido no es difícil de comprender".

Todo el problema radicaba ahí, todo estaba contenido en esas palabras. Y si el armisticio ha-

bía sido pedido por hombres de la categoría de un Pétain, de un Weygand, ¿quién hubiera querido sustituir el juicio que había emitido la competencia militar de estos dos grandes franceses por el suyo propio? Nadie podía juzgar la situación como ellos, ya que eran los únicos que poseían los datos, los informes que interesaban en aquel momento. "De todos aquellos, decía Maurras, que desean continuar la lucha hasta el final, ni uno solo ignora en este momento que eso es imposible sobre el territorio de la metrópoli. Quieren trasladarla a las colonias. Esto equivaldría a abandonar Francia y entregarla. ¿Cuándo la volverían a ver? Quizás, nunca".

Días antes, en la catedral de Bordeaux, monseñor Feltin había celebrado una misa, a la que habían asistido el Mariscal y su Gobierno: era la primera estación del calvario que durante cuatro años debía recorrer Francia. El hombre que la encarnaba sabía desde entonces que "bebería el cáliz hasta la última gota".

Una hora después yo debía encontrar al Mariscal en la escalinata del hotel Vital-Carles: estaba solo y esperaba su automóvil. Le saludé. Me estrechó la mano. No había visto al Mariscal más que una sola vez: la víspera de los funerales de Bainville. Desde esa mañana de un domingo de junio de 1940, en Bordeaux, hasta aquella otra mañana de un domingo de agosto de 1944, cuando, prisionero de los alemanes, el Mariscal nos dijo adiós, he pensado en ese primer encuentro, del que en adelante iba a depender el resto de mi vida... Mi destino se había decidido ese día...

Con voz angustiosa.

El convenio del armisticio había sido firmado la víspera. El Consejo de Ministros se había reunido durante la noche para examinar el proyecto, artículo por artículo, para preparar las enmiendas, para formular otras peticiones. Por la mañana se había reunido de nuevo, desde las ocho, para tomar las decisiones que debían ser comunicadas al general Huntziger antes de las nueve. Pero el general Weygand no pudo ponerse en contacto con nuestra delegación hasta las diez, y a primera hora de la tarde conoció la respuesta de los plenipotenciarios alemanes... Por casualidad fuí testigo de sus últimas comunicaciones... Citado a las quince horas en el hotel de la calle Vital-Carles, esperé en el primer piso, en el descansillo de la escalera que servía de antesala al despacho del comandante en jefe... En esta terrible jornada de verano, cuyo nerviosismo contrastaba con la desgracia que nos agobiaba, las ventanas estaban abiertas de par en par. Así pude escuchar, a pesar de no tener intención de hacerlo, la voz del general Weygand que hablaba por teléfono en la habitación contigua... Estas son las palabras que llegaron a mis oídos, interrumpidas por silencios mortales: "Artículo 16, aceptado... Artículo 17, aceptado..." Luego, después de un tiempo que me parecía interminable, añadió: "Artículo 19, aceptado... Para su aplicación, el Gobierno francés cree poder acudir a los sentimientos de magnanimidad de las autoridades alemanas." (Se refería, según me enteré después, al artículo relativo a la en-

trega de los refugiados alemanes en Francia.) Esta obsesionante letanía, en que las palabras "aceptado..., aceptado" se repetían de un modo inexorable, continuó durante algunos instantes; y yo estaba allí, sólo, en ese descansillo, detrás de esa pared, imaginando y viviendo el sufrimiento del hombre que lo desgranaba con voz angustiosa...

La puerta se abrió de pronto. El general Weygand apareció, con las facciones alteradas, la mirada vacía. Mientras descendía la escalera con paso nervioso, un parlamentario se le acercó para felicitarle por su nombramiento de Ministro: "No tengo derecho a recibir sus felicitaciones", respondió, añadiendo con un tono que no olvidaré nunca: "Los generales no tienen más que una razón de ser: ¡ganar las batallas!" [1].

A partir de Bordeaux, la política de servidumbre y concesiones tuvo sus agentes. Si yo lo hubiese puesto en duda, cierto escrito que me fué entregado el 24 de junio por el señor Dominique Sordet, en el cruce Tourny, habría sido suficiente para convencerme: esas ocho páginas a

---

[1] Tuve ocasión de contar estos recuerdos al general Weygand cuando le visité, en marzo de 1941, en el *Palais d'Hiver* de Argel... Yo acababa de llegar de Vichy y, con este motivo, me preguntó cuáles eran las noticias del día. Creí conveniente decirle, ya que estas informaciones eran muy serias, que se atribuía a los alemanes el deseo de atacar en seguida a Rusia. (Lo que hicieron dos meses después.) "¡En este caso tienen todas las de perder!", dijo simplemente Weygand; y comprendí que esta esperanza había vivido siempre en el fondo de su alma y que eso le había dado fuerzas para aceptar la prueba de Bordeaux, de la que yo había sido involuntariamente testigo.

multicopista de "Inter-France" pretendían reproducir la "carta de un industrial francés", apologista de una alianza francoalemana estrecha y completa, política y económica, precisamente con la firma del armisticio húmeda aún. A todo el mundo, en los Quinconces, en la terraza de los cafés, Sordet distribuía los ejemplares que llenaban sus bolsillos. ¿Dónde, cuándo lo había compuesto? Maurras iba inmediatamente a enfrentarse con ese periodista innoble que había llevado en "Acción Francesa" la sección de crónica musical.

"¿Ha escrito usted esa horrible página que ha firmado?—le preguntaba Maurras—. Querría ponerlo en duda... No satisfecho con salir al encuentro del vencedor, no satisfecho con llevar sus servicios más *allá* de sus exigencias, quiere aún que los demás se comporten como usted. Incluso se atreve a abrumar con sarcasmos pretenciosos a aquellos franceses que se niegan a imitar su bajeza. No comprenden, dice usted, no saben... Y usted, ¿qué es lo que comprende? ¿Qué sabe usted, miserable?

"Adiós, caballero; páselo bien—como usted mismo dice—, confiado bajo el estandarte de su colaboradora y protectora, la victoriosa Alemania.

"Viva con ella en un "acuerdo" sin reticencia, embriáguese con todos los elixires de sus "buenos deseos". Nosotros nos honraremos considerándole indigno de permanecer entre franceses dignos de este nombre".

¡Qué gran desmoralización también en la prensa! Todos los directores de los periódicos no tenían más que una idea fija: volver a París. ¿No

tenían en la zona ocupada todas sus imprentas, sus intereses, su publicidad, su clientela? "¡No había más que mirar el mapa!", repetían en los Ministerios, donde se multiplicaban sus gestiones, ¡ya que se trataba de "volver" lo más rápidamente posible! ¿De qué servía hablarles de "dignidad" para disuadirles de colocarse bajo la bota alemana y seguir los dictados de la censura nazi? No les importaba más que una cosa: si permanecían en la zona sur, donde se publicaban los grandes diarios regionales de Lyon, de Marseille, de Toulouse, sus periódicos no podrían sobrevivir; ¡lo demás les era indiferente! Esto provocó discusiones, un comentario indigno... y aquellos que aceptaron la "retirada" no se decidieron a ello más que cuando se vieron asegurados por una fuerte subvención del Gobierno.

La prensa de la "retirada".

Desde el primer día, la decisión de Maurras estaba tomada: "En este momento no hay posibilidad para un periódico francés de conservar el honor en París, dijo. Allí, cualquier periódico caerá en manos de los alemanes".

El 1.° de julio de 1940 "Acción Francesa" reaparecía en Limoges. Aquí iba yo a encontrar muy pronto a Maurras. Por entonces yo había sido destacado en el Estado mayor del general Weygand por el general Huntziger, que acababa de salir para Wiesbaden como jefe de la delegación francesa de la Comisión de Armisticio. Yo debía unirme a ella. Al principio, Huntziger me había designado para formar parte de esta Co-

misión; después había cambiado de opinión. ¿Temía que los alemanes, a quienes debía dar a conocer la lista de sus colaboradores, me rechazaran? Los violentos ataques de los que, junto con Maurras y Bainville, yo había sido objeto en la radio alemana por parte del profesor Grimm, ¿le habían hecho temer desde el primer momento una negativa? Es posible; nunca me dió ninguna explicación. Desde su llegada a París las autoridades de ocupación habían retirado a mi editor *La guerre de Trente Ans,* que yo había publicado en la primavera del 40. La mayoría de mis obras, *Défense de l'Occident, Chefs, L'Honneur de servir,* figuraban en la lista Otto... Yo era un indeseable; debía felicitarme por ello.

Por Maurras me enteré de lo que había sido el doloroso éxodo de "Acción Francesa" desde su salida de París. Poitiers había sido su primer asilo: aquí se habían impreso seis números del periódico. El penúltimo llevaba por título: *L'Espérance est militaire.* Lo que Maurras había ya dicho en marzo de 1918, ante la amenaza de una primera emigración casi decidida, lo repetía el 15 de junio de 1940, y añadía algo más:

"En 1918 teníamos un Emperador romántico, escribía, con el cual no habría sido del todo absurdo pensar, con un incierto quizá, en algún sistema de combinación y de paz más o menos susceptible de ser mantenido. Ahora no hay nada parecido. Ni pacto, ni tratado, nada, nada: el yugo. Tenemos ante nosotros una horda bestial, y dirigiendo esta horda, al individuo que es su más exacta y completa expresión.

"Ahora tenemos que habérnoslas con lo que

Alemania tiene de más salvajemente bárbaro, es decir, con una avidez sin medida y unas ambiciones que nada pueden moderar, unas intenciones políticas, sociales y morales de las que apenas tenemos idea. Los bienes, las personas, las libertades, las vidas, están igualmente amenazadas por esa horda y por su sistema de nivelación, de tal modo que nada, nada en absoluto podría quedar libre ni salvo. Esa casa, ese jardín, esa choza, ese trabajo, ese canto, esa idea, todo debe ser robado, prohibido, arrancado aplastado. Si dejamos de poner nuestra esperanza en nuestro Ejército, no habrá fuerza natural ni meditación moral a que podamos confiarnos: mujeres, niños, ancianos estarían expuestos a las mismas vejaciones, a las mismas violencias que las propiedades. Nuestra liberación depende de las armas, tal como son manejadas por la parte armada de nuestro pueblo y por aquellos que lo instruyen en la más noble de las artes. Ese arte de proteger es la única garantía de la vida civil..."

Y para concluir, añadía:

"Ningún porvenir es lícito si no está fundado en el éxito de nuestras armas."

Pero desde que conoció la opinión del general Weygand y la decisión del Mariscal Pétain, Maurras, a pesar de su inmensa consternación, declaró su confianza en "los más competentes y consagrados de los expertos". "Hubiese sido ridículo y estúpido, dice, considerar superior nuestra competencia a la del vencedor de Verdun. Hubiese sido anárquico sustituir la voluntad del jefe por nuestra voluntad; hubiese sido insensato no poner en el primer plano de los impe-

rativos la voluntad de salvación pública de quien puede conocer todas sus condiciones."

En Limoges, Thierry-Maulnier, que había seguido a "Acción Francesa" a Poitiers, me describió la cólera de Maurras, esa cólera muda y reprimida, que le hizo rasgar el papel en el que se le comunicaba que el armisticio iba a ser pedido. Un instante después Maurras se había calmado y, levantándose, dijo: "¡Ahora será necesario hacer grandes cosas!" A lo que uno de sus colaboradores respondió: "¡Me pregunto si este pueblo no está definitivamente perdido!", y trató de describir con asco el espectáculo que ofrecían en la ciudad muchos oficiales que en las terrazas de los cafés exclamaban: "Parece que habrá armisticio... ¡Eso será demasiado hermoso!" A lo cual Maurras replicó: "¡Son almas de cántaro!" "¡Es lo menos que se puede decir!", replicó el otro, a quien el epíteto había parecido demasiado débil. Y Maurras prosiguió: "La única cuestión que se plantea ante un cántaro es saber por qué asa tenemos que cogerlo... Pero siempre se le levanta."

Maurras se había sorprendido de la rapidez con que el Mariscal había hecho escuchar la autoridad de su plabra. Sus pronósticos sobre el armisticio no se habían realizado por completo. El armisticio no nos privaba de todo, dejaba una "zona libre" ("la línea de demarcación es el freno en la boca del caballo", decía von Stulpfnagel al general Huntziger en Wiesbaden): nos dejaba la Escuadra, el Imperio, la soberanía jurídica y moral... Maurras pensaba que había que utilizar esta situación en favor del bien de Francia. Para nosotros podía tener el mismo resul-

tado feliz que había tenido para Alemania el armisticio del 11 de noviembre del 18, el cual había permitido al vencido primero levantarse y después restablecerse. Además, ahí estaba el Mariscal Pétain y lo que el Papa Pío XII había llamado "el milagro de Pétain". "El doble presente gratuito nos había sido otorgado por circunstancias horribles o, si se prefiere, por una Providencia compasiva, decía Maurras. Pero esa generosidad del cielo y del destino traía como consecuencia que la obra correspondiente a un tal esfuerzo sería dura y extremadamente difícil. De esta forma se nos había querido decir desde arriba que el término medio de los poderes humanos no estaba en el mismo plano que la obra, y que únicamente algo más allá de lo humano podría hacerlo triunfar".

"Nada, añadía Maurras, será demasiado en el orden de la fuerza del alma: será necesario que todos los franceses se habitúen a entregar de un modo universal «su persona» a su país, a su raza, a su destino.

Comprender que serias necesidades superiores nos han obligado a aceptar al Mariscal como piloto y guía es, además, darse cuenta, en una primera ojeada, del inmenso océano de penas y esfuerzos, de fatigas y sacrificios que se va a extender ante nosotros, imponiéndonos su dura batalla. Pero el mismo signo asombroso, ¿acaso no quiere decir también que más allá de esas hordas rugientes, cuya invasión se extiende y seguirá extendiéndose bajo un cielo asfixiante y sombrío, algo va a mostrarse, a relucir y brillar, algo que el ojo humano conoce: la estrella de la esperanza?"

"Acción Francesa", en Limoges.

"Acción Francesa" se había instalado en Limoges, en el edificio de la imprenta del "Courrier". El día en que fuí a visitar a Maurras estaba solo en una especie de taller en desorden, inclinado sobre una mesa llena de papeles. Recuerdo todavía cuando me dijo, en los primeros momentos: "¡Alemania sigue siendo el enemigo número 1!" Le hablé de la conversación que Cocteau había tenido con un alemán, tal como Tharaud me la había contado en Clermont, algunos días después: "Fué en las primeras semanas de la ocupación de París, hacia finales del mes de junio, me dijo Jerôme. (No sé cómo Cocteau había conocido a este oficial alemán, pero es lo que menos interesa.) Siempre paseaban a orillas del Seine, y en el momento en que llegaban a ese sitio adorable, a ese paisaje único en el mundo que componen el Louvre, la nave de la Cité, la Sainte-Chapelle y Notre-Dame al fondo, el poeta no podía ocultar la dicha, el placer que le producían tantas bellezas reunidas: "¡Contémplelas una vez más, dijo el alemán, pues muy pronto usted ya no las verá!" Y el otro, que temía comprenderle demasiado, se atrevió a preguntarle: "¿Destruirán ustedes esas maravillas?" "¡No!, dijo el alemán, como si hubiese adivinado su pensamiento; ¡No, pero actuaremos de tal forma que usted no las vuelva a ver!"

"¡Qué mito tan hermoso!, dijo Maurras; ¡qué mito de significación tan inagotable...! ¡Cuánto desearía ampliarlo y seguirlo en espíritu hasta donde se extienden sus negras ondas...! Tha-

raud debería escribirlo... Sí, lo que Alemania quiere es imponer a Francia su concepción del mundo, que aniquilaría la significación de todas estas bellezas haciéndolas insensibles para las almas... ¡Esta es su hibridez, su infernal exageración! El peligro está en que Francia se deje abandonar, y por ciertas señales podemos inclinarnos a creerlo... No, prosiguió Maurras, nuestras posibilidades no están agotadas, pero hay que devolver a los espíritus todo lo que conservan todavía de vitalidad, de porvenir. Nuestra salvación de una hora no nos ha sido dada para dejarnos morir otra vez. Nuestro unificador de este año, de 1940, no ha podido nacer para Francia sin traer con él el haz de fuerzas y de juicios que la salvarán".

"*Las ideas permanecen*".

La cuestión que planteaban nuestros mejores amigos, al pensar en nuestras difíciles pruebas, era: "¿Qué va a suceder con las creaciones de la inteligencia francesa?" En esta angustiosa interrogante estaba comprometido el futuro de la civilización, y a ella había necesidad de responder demostrando que tampoco en este orden estábamos desalentados y que Francia no había renunciado a un poder que nadie le había discutido.

Las ideas permanecen, decíamos. Pero, una vez más, "las ideas del extranjero nos habían esclavizado y entregado a las armas del extranjero". La derrota de Francia era ante todo un desfallecimiento de la inteligencia, y se podía te-

mer que esta guerra no hubiese enseñado nada a aquellos que habían cometido los errores más desastrosos. Lejos de sentirse maltrechos, socavados, purificados por el acontecimiento, iban a huir de él con una fidelidad inmutable, una voluntad constante, sintiéndose satisfechos de su propia derrota. Por el contrario, nosotros creíamos necesario luchar inmediatamente contra todo lo que trabajaba por el debilitamiento de los espíritus, por la disociación y disgregación de las ideas, afirmando en todos los órdenes la vitalidad del espíritu. Esta reforma intelectual y moral—que desde entonces se ha considerado como un producto de la tendencia de Vichy—debía ser causa de los mayores odios hacia la obra del Mariscal por parte de ciertos "escritores".

Sin embargo, teníamos que enfrentarnos al principio con cierta ideología de la juventud, adoptada tras el desastre por los pro-hitlerianos y los "colaboracionistas" contra una "mística" servilmente copiada de la *Hitlerjugend*. No se trataba de "rebarbarizarnos"; se trataba de reencontrarnos. Nunca había sido tan necesario limpiar el cerebro y devolverle su salud. No se podía pensar en educar a la nueva juventud, despreciando lo que pertenecía al orden mental. Habían sido las ideas, las ideas falsas, las ideas nulas, las que habían arrastrado a nuestro país a la derrota. Sólo las ideas verdaderas podrían regenerarlo. ¿Acaso no eran ellas la única realidad subsistente en que apoyarnos, si queríamos reconstruirnos?

También era necesario preservar a los franceses de un sentimiento de inferioridad, de dis-

minución vital, que la experiencia del momento podía crear en ellos. Péguy, al que se debe acudir siempre que se trata de Francia, Péguy decía que hay una cosa todavía peor que la invasión militar: es la invasión que penetra dentro de nosotros, la invasión de la vida interior. Todo iba a depender de la seguridad del pensamiento francés, como todo, en la derrota, había dependido de lo que era necesario llamar su desfallecimiento. A finales de 1940 esto no se podía poner en duda. Nuestros escritores estaban bastante inclinados a reconocer su culpa; incluso el propio Gide advertía que "una literatura puede ser más o menos virilizante", y confesaba "que la nuestra de estos últimos tiempos no lo era en absoluto" [1]. Se podía decir de una manera general que, a pesar de los grandes maestros —y no se podía discutir que los había habido—, la literatura del intervalo entre las dos guerras no había dado durante veinte años, ni a la juventud ni a la sociedad francesa, el conjunto de valores intelectuales y morales que necesitaban. Un amigo de André Gide, fundador de la "Nouvelle Revue Française", Jean Schlumberger, respondiendo a la encuesta que el "Fígaro" acababa entonces de abrir, denunciaba esa "literatura de negocios y de ruina, que nunca había mostrado otra cosa que una triste complacencia por lo que la vida tiene de más sórdido, un placer en proclamar la abulia universal, el abandono a la

[1] "Nouvelle Revue Française", 1.º de diciembre de 1940. La N. R. F. acababa de reaparecer en París bajo la dirección de Pierre Drieu La Rochelle. André Gide no se retiraría hasta 1942 de su Consejo.

náusea". Jean-Paul Sartre no era considerado aún como el maestro del pensamiento de una resistencia depuradora.

Pero, descontando nuestra debilidad, surgieron algunas voces para hacernos saber que la civilización francesa podía, en caso de necesidad, ofrecernos una patria inviolable donde refugiarse, cuando la patria terrestre estaba perdida. Considerar a Francia como patria desencarnada y proponerla una gloria, un destino puramente espiritual, hubiese sido traicionar con idealismos la causa del espíritu a la cual se pretendía servir. "Graecia capta...", se decía. Pero, ¿por qué se nos hablaba de la Atenas vencida? Sucediera lo que sucediese en su presente, Francia tenía que hacerse un porvenir muy distinto del de la Grecia conquistada, y los franceses no se tenían por los "graeculi" del mundo nuevo, que se engendraba con sangre... Si tenían conciencia de su fracaso, de su caída, también la tenían de las razones que poseían para vivir y de los recursos que conservaba su espíritu para dar un sentido a la vida. Reconstruir a Francia era trabajar por su levantamiento interior, era también desear que se elaborase un orden del que el género humano pudiese salir beneficiado.

El Mariscal Pétain nos decía: "Son las fuerzas espirituales las que dirigen el mundo". Y también: "Francia ocupa un puesto demasiado grande en la civilización francesa de Occidente para que ésta pueda subsistir sin ella". Por tanto, todo venía a reducirse a este único pensamiento: "Volviendo a hallar su tradición, su verdadera vocación, nuestro país volverá a ocu-

par el puesto que le corresponde entre las naciones".

La sabiduría del jefe, al mostrar a la inteligencia la dirección en que debía comprometerse de una forma segura, permitía—esta era nuestra esperanza—escapar a ese estado caótico, a ese "interregno" mórbido, a esas desastrosas tinieblas en las que la derrota amenazaba hundir al país. Al conceder a Francia una realidad que la fuerza no había sabido defender ni mantener, el Mariscal afirmaba, reanimaba el espíritu francés en un momento en que todo parecía irremediablemente oscurecido y empañado.

Nosotros aceptamos en 1940 la misión que nos había confiado el Mariscal, porque el Estado francés se rehacía, porque, a pesar de las circunstancias contrarias, no podía aplazar el hecho de ejercer su papel protector de la inteligencia sin pretender, sin embargo, "dirigir" su literatura o su pensamiento. "Nunca, decía, es tan necesario volver una nación hacia lo que hay de eterno en ella como en las épocas en que grandes dificultades las hacen dudar de su misión." Nosotros creímos esto y lo hemos seguido fielmente. Todo ello, por otra parte, surgía de la naturaleza de las cosas, de la necesidad. Pensando en los momentos que veíamos perfilarse, en los inmensos contratiempos que nos habían impuesto los acontecimientos, algunos pretendían que mejor habría sido no comprometer una obra de reforma intelectual y moral en circunstancias que no lo permitían, ya que después no nos podríamos aprovechar ni servir de las ideas que ella defendía.

Era necesario, decían, no hacer nada. Esta ex-

presión carece de sentido. Aunque no se haga nada, se hace algo: la negación absoluta no es una actitud práctica. Hubiese sido una cobardía, un abandono, oponerse a lo que era necesario hacer, incluso aunque hubiera que poner en duda el éxito. Hágase lo que se haga, se debe hacer si se considera y se cree verdadero, razonable, justo, útil. Poco importan las consecuencias. Todo cuanto lleva este signo nunca está completamente perdido.

Por qué fuimos a Vichy.

Tales son las razones por las que fuimos a Vichy y vivimos el drama hasta el final. Bajo ese vocablo, Vichy, se ha pintado al Diablo bautizándole con un nombre: ¡Traición! Si hemos de creer a los fundadores y guardianes de la IV República, la política del Gobierno francés durante la ocupación había tenido un solo camino, un único sentido: la política del Mariscal Pétain había sido "un constante mimetismo y un largo servilismo". Históricamente la tesis es falsa; racionalmente es insostenible. "Pero, como dice Yves Bouthillier, los hombres viven hoy en lo fantástico, en un mundo de conceptos creados totalmente por la propaganda, en el que las palabras no son el vehículo ni de las ideas ni de las cosas, sino que existen por sí mismas y se transforman en hechos. Se cree ingenuamente que la historia puede reducirse a una serie de imágenes de Epinal, en las que los héroes se oponen a los traidores; a una acción ordenada, cuyo progreso está sometido a un conjunto

de voluntades radicalmente buenas o esencialmente perversas. Se pretende dividir los hechos en gloriosos y vergonzosos, y pintar a los actores con dos colores: unos en blanco, otros en negro." La palabra colaboración nos ofrece otro ejemplo de este desorden espiritual: "La fama de esta funesta palabra data de Montoire, escribe el autor del *Drame de Vichy*. Hasta entonces se hablaba de "colaboración" en el sentido preciso y restringido del convenio de armisticio. A partir de las conversaciones de Montoire, el vocablo tomó el sentido peyorativo que todos le dan hoy. Nada podría expresar más fraudulentamente la política del Mariscal Pétain y la que nosotros hicimos junto a él. Por nuestra parte, fué una gran equivocación no estar atentos a la deformación sistemática del sentido que adquirió rápidamente esta palabra terrible".

"*El armisticio para abandonar todo...*"

Maurras lo había comprendido en seguida. Desde el verano de 1940 se había alarmado por la campaña que Marcel Déat había comenzado en "L'Oeuvre". En una docena de artículos, Déat había expuesto el catecismo de un "nacional-socialismo francés"—incluída la política religiosa—que tenía como primer principio una colaboración sin reserva con el enemigo. "Esta campaña, decía Maurras, reúne los cuatro caracteres de la indignidad moral, la imprudencia política, la imprudencia diplomática y la mayor falta de psicología que pueda cometerse sobre el carácter alemán." Esa política de suicidio consistía, en

efecto, en abandonar lo que sólo a nosotros nos pertenecía conservar y defender. Maurras descubría aquí "un síntoma de traición". "La independencia de la zona libre es una ficción", decían, por su parte, los de "Inter France"... "Sabemos tanto como ellos, respondía Maurras, que el "boche" puede hacer ahí lo que quiere; no nos lo confiesan, pero no es a nosotros a quien nos corresponde decir públicamente que el armisticio es algo que él pueda transgredir a su capricho y que este umbral legal no será defendido. El sentido común dice, por el contrario, que nuestro papel debe ser el de acceder a todos los artículos y estipulaciones del armisticio, sin que por eso se crea que no lo tomamos en serio y que sus cláusulas puedan ser discutidas y minimizadas..."

La postura adoptada por *Acción Francesa* encontraba una acogida favorable en Vichy, en los círculos que rodeaban al Mariscal. Pero la tesis de un Marcel Déat tenía el apoyo de Pierre Laval, que era quien la patrocinaba. Por eso Maurras creyó conveniente hablar a Laval algunos días antes de que el general Weygand fuese enviado a Africa del Norte. Maurras hizo entonces un viaje expresamente a Vichy, lo cual no fué, ni mucho menos, del agrado de Laval. Por dos veces consecutivas el jefe del Gobierno se disculpó para no recibirle. En el salón del hotel del Parc, donde tuvo que esperar, Maurras respondió a la última excusa con una nota de veinte líneas, veinte líneas en las que le hacía saber que, negándose a creer que él, Laval, pudiese dar su apoyo a la política indigna y desastrosa del partido francoalemán, había venido a Vichy con el

fin de invitarle a reflexionar sobre las consecuencias internas y externas del partido que se decía el suyo: el partido del armisticio, no para salvar todo, sino para entregarlo todo. Maurras entregó al conserje esa nota y no se dejó repetir por tercera vez que "Laval le pedía perdón por no poder recibirle". A este respecto, Laval previno a Maurras que su presencia en Vichy no era deseable, y con este motivo lanzó contra él una serie de ataques injuriosos y violentos en la prensa nazi.

El 11 de octubre de 1940, después de haberse negado Laval a la entrevista, Maurras volvió por última vez a Vichy con el fin de enviar directamente al Mariscal una nota, en la que le exponía cuánto había de insensato (y quizá algo peor aún) en el sistema del clan de Laval, en el que el armisticio era metódicamente denigrado, y las pocas ventajas que habíamos conservado, ofrecidas al ocupante. Después de haber sido obligados a cumplir la parte desfavorable del armisticio, ¿era preciso también fingir que despreciábamos lo que tenía de ventajoso? "Por el contrario, era necesario, decía Maurras, proceder a lo Poincaré: agarrarse a las cláusulas menores, como sucede en todo pacto con un enemigo más fuerte." El Mariscal había rogado a Maurras, a quien acompañaba a Pujo [1], que le leyera esta nota. El quiso conservarla, la hizo mecanogra-

[1] "Pujo—me dijo Maurras—había desempeñado aquí un gran papel; él expresaba el pensamiento común tal como nosotros lo defendíamos desde julio del 40, pero, Pujo, había depositado en él su densidad, su claridad, su exactitud".

fiar y la guardó finalmente. Al día siguiente, decía a René Guillouin: "Esos señores tienen razón".

Abetz nos conocía muy bien.

Esa "acusación" está directamente relacionada con la destitución de Laval. Laval no se equivocó en este punto. Otto Abetz, tampoco, como lo ponen de manifiesto "sus notas". Analizando, desde el 13 de diciembre de 1940, "el conjunto de la situación", el representante oficial del Reich escribía a Berlín: *Acción Francesa* ha actuado lógicamente ordenando la detención de Laval y ha tratado de impedir su viaje a la Francia ocupada, ya que la presencia de Laval en París pone entre nuestras manos, además de los medios de presión de orden militar, un medio de presión muy eficaz de política interior".

Durante varios años antes de la guerra Abetz había intrigado a fin de formar entre nosotros, en plena paz, un partido traidor. Todo estaba dispuesto, los hombres y los soldados que había contratado tenían ya cada uno su misión. Fué en este momento cuando Hitler le envió a Francia para realizar el plan que le había encargado desde Salzburgo, el 30 de julio de 1940. "La Embajada de París, escribía Abetz dos años después, ha acogido a los colaboracionistas bajo su protección y creado instrumentos políticos con ayuda del personal de redacción de la prensa parisina, de la Legión contra el bolchevismo, del Movimiento Nacional Popular (Déat), del partido de Doriot, etc., instrumentos políticos que

podrán ponerse en un momento dado en abierta oposición a Vichy proclamando un Gobierno popular que estaría a nuestras órdenes..." Contra esta política, Otto Abetz iba a encontrar la oposición de *Acción Francesa*—de la *Acción Francesa* que despertaba el odio tradicional de los alemanes, escribía algunos días después del 13 de diciembre—, de *Acción Francesa*, que consideraba (son sus propios términos) como "el elemento motor, entre bastidores, de una política anticolaboracionista que tiene por objeto preparar a Francia lo más rápidamente posible para una resistencia militar contra Alemania". "Otto Abetz nos conocía bien, dirá Maurras. Los autores principales del fracaso del colaboracionismo, los enemigos de la Nueva Europa, los que se oponían siempre eran los hombres de "Acción Francesa". Y el enviado extraordinario del Führer, A. Thiersch, en una nota sobre la prensa de la zona sur (nota confidencial para su servicio interior), no dejaba de subrayar que la política antialemana de *Acción Francesa* estaba en relación con el "postulado de la autarquía política y espiritual de Francia, reivindicada por Maurras día tras día con la misma intransigencia". Pero lo que más escandalizaba a Thiersch era el hecho de que "después de haber combatido durante cincuenta años a Alemania, este hombre, a quien se le reconoce una influencia decisiva sobre la actitud "de espera" de la política de Vichy, haya podido continuar, sin que nadie le inquiete, su actividad en un país ocupado por el Ejército alemán". Este alemán se daba cuenta de la realidad. En cuanto a la maniobra de *Acción Francesa*, consistía principalmente en "ca-

muflar bajo una cierta oposición antibritánica los ataques constantes y regulares que dirigía contra Alemania, enemigo número 1, y contra sus servidores". Marcel Déat denunciaba a diario esta maniobra en "L'Oeuvre". "Es imposible que no exista un acuerdo completo entre Churchill y Maurras, escribía el 21 de marzo de 1941. La confabulación es evidente. Todo lo que se opone a Alemania y a la revolución europea pertenece al sector maurrasiano". Y el 9 de abril: "El "slogan" de "Acción Francesa": Francia, sólo Francia, representa la garantía de la anglofilia, y nadie se engaña a este respecto". Y el 8 de mayo: "¡Charles Maurras y sus fieles seguidores serían partidarios..., con una alegría salvaje, de algún Saint-Barthélemy para así inutilizar incluso a los que han sido los precursores de la colaboración!"

Maurras y la "colaboración".

Charles Maurras había respondido con estas palabras a las preguntas de Montoire: "¿Es usted partidario de lo que el Mariscal llama "colaboración"? —No tengo por qué serlo. —¿Adversario? —Tampoco. —¿Neutral? —Menos aún. —En ese caso, ¿usted lo admite? —No tengo por qué admitirlo ni discutirlo". Maurras explicaba entonces esta negativa a tratar sobre el fondo de las cosas: "Gracias a Dios, hemos salido de ese régimen de la discusión en el cual todo marchaba a favor de la corriente, porque no podía recibir ninguna dirección continua: nada servía para nada, ni la autoridad ni la responsabilidad.

Puesto que todo lo hemos cambiado, es necesario que Francia salga beneficiada... La mayor desgracia para Francia sería que nos decidiéramos en favor o en contra de la "colaboración" y se formasen grupos de oposición. Hay que actuar en favor de la reducción y de la supresión de ellos. El Mariscal es responsable. Ya lo ha dicho". —Pero, ¿qué piensa usted de la actitud adoptada? —No he asistido a las deliberaciones. Tampoco he visto los expedientes: no pienso nada.

Maurras no se apartó nunca de esta línea: la "colaboración" era asunto del Mariscal; nosotros no debíamos ni apoyarla ni discutirla, ni siquiera declararnos neutrales. En cambio, la censura de Laval no lo comprendía así: organizaba y quería ampliar su propaganda a favor del "colaboracionismo". Con este motivo se enviaban "notas de orientación" a todos los periódicos de la zona no ocupada. El 25 de noviembre de 1940 ¡una de esas "notas" había "aleccionado" a la prensa con una cita de radio Stuttgart! Maurras respondió al Prefecto del Rhône, que se la había transmitido, expresándole su indignación por el hecho de que una tal cita no hubiese sido objeto de protesta por parte de la Vicepresidencia del Consejo ante el Gobierno alemán.

Lo que la censura de Laval no permitía escribir a Maurras en "Acción Francesa". Maurras lo decía y lo repetía entre sus amigos. Para aquellos que la distancia tenía separados él hacía llegar "notas" que circulaban "clandestinamente". Por ejemplo, ese "memorándum" que Maurras nos envió a comienzos de 1941 y que teníamos la obligación de comunicar a los fieles del Mariscal, en respuesta a la propaganda colaboracionista

del partido francoalemán, que representaba en los teatros ambulantes, en los cafés y en las calles los problemas de la política extranjera de Francia. Algunos espíritus "acostumbrados a ver todo, a reducir todo al plano electoral, parlamentario y periodístico", apenas podían comprender la diferencia que Maurras hacía entre "colaboración" y "colaboracionismo". Bastaba reflexionar un momento para que una tal diferencia se pudiese captar: Maurras quería significar con ella que era necesario dejar hacer al Mariscal lo que pertenecía a sus funciones, y no hacer nada para enmascarar o caricaturizar como empresa de demagogia internacional lo que era cuestión de política nacional y de defensa nacional. Sólo el jefe podía impedir que la "colaboración" degenerase en una campaña de subordinación voluntaria francesa a la hegemonía alemana.

La "Revue Universelle" y la Resistencia.

El 1.° de enero de 1941 la "Revue Universelle" reapareció en la zona no ocupada para hacer fracasar el "colaboracionismo", que en el orden intelectual también tenía sus teóricos. La inteligencia había sido falseada, herida; era necesario defenderla contra tales humillaciones [1].

---

[1] A propósito de nuestra actividad como escritor francés, el doctor George Rabuse, profesor de historia de Alemania, publicó el 1.° de abril de 1942, en la revista "Deutschland-Frankreich"—revista del Instituto alemán de París—un artículo. He aquí algunos párrafos: "Los intentos para aislar el pensamiento alemán del espíritu

Francia demostraría al mundo su derecho a la existencia no recibiendo su porvenir de manos extranjeras, sino creándolo ella misma. Renegar de sí mismo y buscar fuera los modelos era una forma de agonizar; en una palabra, de morir. Se trataba de que nosotros, como escritores franceses, colaborásemos en la reforma intelectual y moral del país, o dicho en otros términos, se trataba de sacar a los franceses de su íntima derrota para sacudirles el yugo.

En una serie de artículos que Thierry-Maulnier publicó bajo el título de *L'Avenir de la France,* la "Revue Universelle" definió de un modo preciso sus posiciones esenciales. Sobre todo se afirmaba rotundamente que los franceses sabían que la salvación para ellos no estaba "en la adhesión de Francia a un nacional-socialismo o a un fascismo internacional". "Una revolución nacional procedente del extranjero, decíamos entonces, es contradictoria en los términos. La revolución nacional no puede ser más que una revolución que libera. En consecuencia, no puede confundirse con esa otra forma de servidumbre que se llama imitación."

Por el solo hecho de tener una doctrina que había puesto de manifiesto los errores de la democracia, no podíamos encontrar nuestro desas-

---

francés—aislamiento perseguido con segundas intenciones políticas—los hallamos en una serie de *adversarios tradicionales de las alianzas franco-alemanas.* A propósito de esto, Henri Massis ha escrito *Les idees regient* (Lyon, 1941). Este libro no es por ningún concepto, como cabría esperar, un inventario del capital espiritual francés, sino el inventario del combate que se sigue de la negación del pensamiento alemán, en nombre del orden y de la razón, del clasicismo, de la civilización..."

tre más soportable. Nuestros colaboracionistas eran los que "un gusto repugnante por la derrota había llevado, después del armisticio, a proclamar la indignidad de su país y el justo castigo de su ignominia, que de este modo hacía de la derrota una forma de redención". Pensábamos en los desgraciados redactores de "Je suis partout", para quienes la derrota de Francia había sido la derrota del régimen que detestaban y en cuyo nombre habían llegado incluso a detestar a Francia. En noviembre de 1943 volvíamos a repetir a este respecto:

"Una vez sobrevenida la derrota, no han perdido ocasión de volcarse en el desastre nacional, mostrándonos con salvaje alegría no sólo la amplitud de nuestras ruinas, sino también la de nuestras faltas; no sólo nos han hablado de las malas costumbres contraídas bajo el antiguo régimen y de su persistencia peligrosa en el nuevo, sino también de lo decrépito de nuestra raza, de la debilidad de nuestras inteligencias, de nuestra inercia, de nuestra cobardía... Escriben grandes libros llenos de lo que llaman nuestra descomposición... Cuando se pisotea a la patria derrotada como un cadáver, se intenta devolverla su salud... Así se han deslizado algunos franceses, de una manera inconsciente, desde la crítica de la democracia a la pasión antidemocrática y de la pasión antidemocrática a la pasión antinacional".

Y nosotros encontrábamos aquí un pretexto para definir nuestra actitud como franceses: "El papel de Francia, concretábamos, es salvar al Estado del socialismo, los principios universales de la civilización del cosmopolitismo, en el que

se disuelve la civilización, y a la nación de las exageraciones del nacionalismo bárbaro". Tal era nuestra línea directriz. Nuestro programa era servir a la restauración del orden francés.

"En cualquier hipótesis que se haga sobre la solución de la guerra presente, escribíamos en la "Revue Universelle" en 1942, ya la ganen los actuales vencedores o la coalición democrática, la situación para Francia supondría renunciar a seguir su propia dirección, poniéndose a remolque de los favorecidos por la fortuna de las armas. Una tal solución permitiría quizás a Francia vivir en la órbita de uno u otro grupo de potencias dirigentes con una independencia completamente nominal. Pero además eso sería un acto de abdicación de la nación francesa y el fin de nuestra grandeza histórica. Las posibilidades de una supervivencia auténtica de la nación francesa se confunden con la posibilidad que tenga esta nación de conservar una personalidad bastante fuerte ante la fuerza del grupo de potencias que venzan y para «conservar en el esplendor de la constelación victoriosa su luz de astro distinto»."

Tales artículos—y los importantes documentos de prensa extranjera que la "Revue Universelle" se atrevió a publicar frente a la censura militar alemana—habían servido muchas veces para propaganda clandestina de la Resistencia en zona ocupada, donde la "Revue Universelle" estaba prohibida. Al mismo tiempo que trataba, a pesar de lo precario del momento, de no permitir empañar el honor de los principios capaces de asegurar a Francia su "renovación por el espíritu", la "Revue Universelle" luchaba por mantener la

moral francesa y servir, a su manera, al ideal de la Resistencia, oponiéndose hasta el final a las intrigas de los "intelectuales" del colaboracionismo...

Alguien a quien amar...

Por muy difícil, por muy triste que fuese nuestro presente, el año 1941 se iluminó con una luz matutina, con una esperanza que se fundaba en esa voluntad de restablecimiento que habían engendrado, en las profundidades del país, sus mejores elementos, su trabajo, su fuerza. Bajo un cielo amenazador se alzaban las columnas del orden y de la amistad. Un cáliz amargo acababa de ser retirado de los labios de Francia. La desgracia de Laval tomaba el valor de una profecía: advertía a los espíritus que aquellos que le servían servían los intereses alemanes; que aquellos que se oponían a él cometían un acto de oposición a Alemania. De tales evidencias, que el 13 de diciembre de 1940 había puesto de manifiesto, había surgido un hecho: el Mariscal iba a sentir sus consecuencias favorables. Una especie de unanimidad se encarnaba en su persona. Francia tenía alguien a quien podía amar. Era el momento en que las masas le aclamaban por todas partes y hacían subir hasta él su canto de confianza en el futuro, su esperanza en un destino liberador. Un espíritu de resistencia empujaba a esos millones de hombres y mujeres que, al paso del Mariscal, fraternizaban en un mismo corazón, en un mismo valor. Pero frente a esto algunos afirmaban que "se despreciaba misera-

blemente la patria al hacer de la resistencia contra Alemania la acción de un solo partido o de un solo grupo". Sin embargo, esto no es cierto.

Encuentro con Gustave Thibon.

Bajo estos auspicios más favorables iba yo a tener un encuentro—el último de una vida ya larga—que constituye un hito memorable en el transcurso de estos años sombríos. Todo encuentro es una especie de misterio, en el que algo de nosotros sufre una especie de llamada; pero hay algunos en los que todo el yo parece comprometido.

El "encuentro" con Gustave Thibon fué para mí de estos últimos. ¿Por qué no se había producido antes? Hubiese podido visitarle en Meudon, en casa de Jacques Maritain si, en la época en que Gustave Thibon la frecuentaba, hacia 1936, no me hubiesen aislado los nuevos discípulos de Jacques Maritain, que hacían de mí una semblanza lo bastante desagradable como para que Thibon no tuviese ningún deseo de conocerme. Quizá esta preparación sirvió después para unirnos más profundamente... Oí hablar de Gustave Thibon por vez primera—¡y con qué pasión!—a nuestro amigo el doctor Specklin. ¡Un hombre corriente no podía suscitar tal entusiasmo! Mientras me conducía de Chambéry a Aix en su coche, bordeando el lago, el doctor Specklin me dijo quién era Thibon: "Hijo de un campesino, campesino también él, gracias a Dios... Thibon no tiene otro título que el certificado de primera enseñanza, ya que desde los doce años

tuvo que ayudar a su padre, viñador de Saint-Marcel-d'Ardèche... La casualidad puso a disposición de este joven campesino una buena biblioteca vecina en la que su pasión por el saber pudo satisfacerse... Sin abandonar el trabajo de la tierra, aprendió él solo el latín, el griego, el alemán y las matemáticas; leyó a los filósofos, a los teólogos, a los poetas y, como su padre, sabía de memoria un gran número de poesías..." "Una de las más grandes inteligencias que tenemos, un filósofo cristiano, como muchos de los que necesitaremos", añadió el doctor Specklin. Después me habló de los ensayos que Thibon había publicado sobre Nietzsche y San Juan de la Cruz. "Voy a decirle que le envía *Diagnostics*... Este libro ha aparecido la víspera del desastre, en mayo del 40, en París. Es necesario que usted lo lea..." Algunas semanas después me enviaba su ensayo de filosofía social con estas palabras: "Como prueba del amor por las mismas verdades".

Más que las afinidades personales, lo que nos ha unido a Thibon y a mí ha sido el amor hacia un mismo objetivo. Apenas leído *Diagnostics*, me decidí a reproducir en la "Revue Universelle" uno de los capítulos, el que se refiere a la génesis de las revoluciones. Desde hacía más de veinte años que la "Revue Universelle" existía, no se había publicado en ella nada tan profundamente sobrecogedor. El número en que aparecieron esas páginas se agotó en seguida, y el libro *Diagnostics*, sumido en la agitación de nuestro desastre, encontró millares de lectores. El pensamiento de Thibon, de ese filósofo cristiano, enemigo de todas las formas de la mentira, aunque sean las

más inocentes o las más sagradas, iba a conquistar de pronto un área de lectores insospechada. ¿Cómo explicar ese prodigio? La verdad que servía era la que veía con sus ojos, la que tocaba con sus manos, de ahí la autoridad de su influencia. Este hijo de la tierra no ha perdido contacto con esas "amplias reservas de frescura y de profundidad que crea en el alma la comunidad estrecha con la naturaleza, la familiaridad con el silencio, el hábito de una actividad conjugada con los ritmos primordiales de la vida". Pero lo que hay de excepcional en el caso de Thibon—y Gabriel Marcel lo ha comprendido así—es la "unión que se opera espontáneamente en este alma y esta inteligencia privilegiadas entre la experiencia inmediata, la de los trabajos cotidianos y la especulación más abstracta, la vida mística". El misticismo de Thibon se define en función de la luz de la inteligencia.

Nuestros contactos.

"La gran debilidad de un cierto cristianismo, me decía Gustave Thibon al comienzo de nuestras conversaciones, es haber creído más o menos implícitamente que las realidades sobrenaturales eximen de lo que en realidad presuponen. Así es como se confunde el cielo y la tierra y se traiciona a la vez a la tierra y al cielo". "Pero usted me ha precedido en esa senda", añadía. En este punto, estábamos unidos sin conocernos... Como nosotros, Thibon había sufrido mucho, en el transcurso de los diez últimos años,

con el irrealismo de nuestros amigos católicos. Con Marcel de Corte había intentado reaccionar frente a esta situación. Pero la salud de la inteligencia no podía depender ni encontrarse en lo que se colocaba por encima de todo en el ambiente filosófico-cristiano, donde un Emmanuel Mounier dirigía el coro de las confusiones, donde el tomismo de Maritain trataba de reintegrar lo imposible. Lo que Thibon estimaba en el pensamiento de Santo Tomás era esa cualidad según la cual él favorece la unión armónica entre la naturaleza y la gracia, satisfaciendo las exigencias de la más ávida y rebelde de las facultades naturales del hombre: la inteligencia.

Pero las sombras de "Esprit" oscurecían la grandiosa luminosidad de este faro eterno. Se volvía a las vacilaciones de los "poco más o menos" más confusos; se unían Maritain y Blondel; se separaba de la metafísica esa dialéctica racional sin la cual el resto carece de solidez. Este desconocimiento del ser de las cosas debía representar serios obstáculos para el pensamiento que se ocupa precisamente de su captación. ¿No lo ponía de manifiesto el irrealismo político de estas falsas inteligencias? Al hacer de un modo erróneo la separación entre las exigencias de la ciudad terrestre, cargada de pecado y de materia, y la llamada del Evangelio, abandonaban su fe a un dominio que no conocían apenas, en el que todas las confusiones, todas las decepciones esperaban a ellos y a sus discípulos. El ambiente intelectual cristiano anterior al año 40 había decepcionado a Thibon. "En él, me decía, tengo muchos amigos que fueron y son todavía dignos de una gran amistad; sin embargo, he reacciona-

do contra ciertas desviaciones tan sutiles y generosas en su principio como peligrosas y perjudiciales en sus consecuencias".

Las palabras de Thibon: "Muchos amigos que son todavía dignos de una gran amistad", ocultaban otros sufrimientos, los que había experimentado ante tantas debilidades, negaciones y amistades concluídas. Ellos le hacían comprender y sentir, como a nosotros, que "hay una virtud que domina todo y sirve de prueba a todo lo demás: la fidelidad". "¡Qué decepción, me decía en una ocasión, qué decepción tan terrible chocar con un "yo" cuando se creía penetrar en un alma!" "En cuanto a usted y a mí, añadía (fué al día siguiente de nuestro encuentro), no habrá decepción posible. Nosotros somos hombres, tenemos nuestros límites y nuestros defectos, pero es que servimos a la misma causa, lealmente y para siempre, y esto es lo que nos une." "Hay muchos hombres, añadía, para los que la verdad es un espejo: esos acabarán siempre solos".

Hoy, cuando pienso en mi amigo Thibon — y pienso siempre, pues no hay amistad sin "presencia"—, creo que su vocación de escritor no ha sido quizás más que un accidente en su vida. No es que él rebaje la importancia de las ideas —las ideas estuvieron siempre en la base de nuestra amistad—, sino que las prefiere, sobre todo, en el estado de su vivencia, como la emanación de una naturaleza, como un principio de encarnación. Dicho en otros términos, Thibon cree en los hombres auténticos más aún que en las ideas auténticas. Nosotros hemos tenido la alegría de encontrarlos reunidos en él. Si Thibon

se sintió feliz pudiendo llegar a ser compañero nuestro, fué porque nosotros le procurábamos el medio de defender aquello que era, para él como para nosotros, más importante que nosotros mismos, el objeto de nuestra vida. Este hombre de fe amaba sobre todo el hecho de que estuviésemos unidos para defender las bases racionales de la cultura cristiana contra la aparición de una afectividad y de un falso misticismo, cuyos estragos comprendía. Sin duda alguna, nuestros escritos nos descubren menos preocupados por "aumentar el caudal de las aguas del río cristiano que por consolidar los diques de la sabiduría occidental, que mantienen a la vez la nitidez de esas aguas y su impulso armonioso hacia el mar". Quizá haya sido ese nuestro papel en la vida; pero ese otro aspecto que no hemos tenido el placer de tratar, que incluso debíamos refrenar, reprimir, lo ha sido por Thibon con una amplitud de voz en la que todo se transparenta y se entrega, pues el espíritu no sólo es verdad, sino también amor. Tal es lo que nos ha sobrecogido de pronto en Gustave Thibon. Lo que hay en el fuego de su pensamiento son verdades ardientes que conmueven el alma y la transportan: "Amar a un ser es decirle: «No morirás». O, «Nuestro Dios no es el Dios de los muertos, sino el Dios de los vivos, y nada de lo que El ama podrá morir». O también, «¡No es posible librarse de Dios! ¡Quien se niega a ser su hijo, será eternamente su remedo!» La horrible caricatura de las costumbres divinas que aparece allí donde Dios cesa de ser conocido y amado es una prueba evidente de esta fatalidad". Sí, lo que estimamos en Thibon es que haga descen-

der del cielo sobre la tierra la escala de Jacob para invitarnos a las vendimias divinas...

El sentido de la propiedad de las palabras.

Cuando recibimos la iluminación de sus aforismos no habíamos escuchado todavía su palabra luminosa, sonora, sabrosa como un vaso de vino de Rhône... Tampoco habíamos oído hablar a su padre; no habíamos podido comprender en qué manantial había bebido su espíritu, ni de donde le venía esa voz sorprendente. Este vocabulario claro y constante, ese conocimiento tan exacto de lo que dice, ese lenguaje tan preciso que muestra cómo lo que se intenta oponer compone a la realidad, Thibon lo debe a su padre, a ese viejo campesino que no ha escrito nunca, pero que sabe leer en el cielo y en la tierra, que se sirve de las palabras cotidianas, de las palabras usadas, gastadas, que las hace sonar como nuevas y que habla como Homero y Mistral. Su revelación ocurrió cierta tarde, en la mesa familiar, en esa pequeña granja de Saint-Marcel, la *Genoise,* en la que, durante toda la jornada, el padre, delgado, retorcido y nudoso como un sarmiento, había escarbado sus viñas... Habíamos hablado de algunos "filósofos" que, aprovechándose de nuestra situación de vencidos, nos abandonaban, con la cabeza avergonzada, el corazón envilecido, a las fatalidades de la inconsciencia bárbara.

Y recuerdo aún a Gustave Thibon exclamar, vaciando su vaso: "¡Hay seres que necesitan ver abatirse sobre ellos catástrofes como la guerra

para tener conciencia de que viven! ¡Necesitan la proximidad de la muerte para hallar el placer de la vida! ¡Este retorno a las necesidades elementales les produce el efecto de un baño rejuvenecedor! ¡Ah, sus teorías están marcadas con el signo de lo decrépito!" Su padre nos había escuchado. Después, en el silencio que siguió, dejó caer estas palabras: "No son muy complicados". ¡Qué densidad, qué plenitud adquieren de pronto estas palabras! ¡Parecían no haber sido nunca empleadas y llevar consigo todos los santos sacramentos de la vida vivida, todas las esencias de una experiencia natural! ¡No son muy complicados! Se contentan con muy poco, les basta con una fórmula que permita todas las arbitrariedades. Todo estaba dicho en estas palabras, no se podía añadir más. Lo que se llama la sabiduría de los campesinos no es otra cosa que "el conjunto de reflejos útiles impresos en el espíritu por una larga familiaridad con lo real, por una lenta suma de detalles acumulados: la profundidad es la dimensión natural de su vida". Tal es lo que Thibon ha heredado de su padre y de los suyos...

Esto mismo había impresionado a Maurras, como lo ponen de manifiesto estas palabras en que se considera a Thibon como "el más brillante, el más moderno, el más inesperado, el más deseado de nuestros jóvenes":

"Querría explicar, escribió entonces, por qué su talento de escritor me parece contrastar con todo lo que le rodea, le precede y le sigue. Además de muchas cualidades muy elevadas, personales y de la mejor tradición, entre los dones originales que le permiten tratar, con la misma

facilidad y seguridad, los objetos más concretos y las más complicadas abstracciones, confieso que me deleita, sobre todo, por un sentido maravilloso, y cada vez más perfecto, de la propiedad de las palabras, de su significación presente o pasada, de su historia y de sus raíces. Ahora que todo el mundo, o casi todo, emplea términos inexactos o generalidades más vagas unas que otras, cuando cualquiera hace terminar todas sus palabras por "ción" o por "ismo", recibimos del cielo el presente inmerecido de un escritor que conoce su lenguaje, lo conserva puro y transparente, sin prejuicio alguno de color o de fuerza, el presente de su pensamiento lleno de espiritualidad y de fuego".

Gustave Thibon tiene una forma de expresión que penetra hasta el alma. Noble y bajo, son dos palabras que no tiene necesidad de pronunciar para que las sintamos en el fondo de todos sus pensamientos. Para él, el hombre noble es aquel a quien el sufrimiento le hace sensible y cuya felicidad le hace rezar. Al hombre bajo le reconoce en lo que su dolor tiene de resentimiento, su alegría de orgullo y olvido... Hay que haber visto a Thibon pasear por las calles de Saint-Marcel d'Ardèche, ese pueblecito cuyas ruinas nos hablan de un pasado señorial, para comprender que este campesino es un señor. Y hay que haberle visto hablar con una señora de la antigua nobleza para comprender que no hay desigualdad posible: la nobleza, decía Alain, existe en todas partes.

El progreso.

Recuerdo las largas conversaciones que tuvimos en el parque del castillo de Bernis, que esa señora le había abierto para recibir a sus amigos. Avanzábamos por las avenidas, invadidas por los espliegos salvajes, dichosas de sentir nuestras voces... Un día habiamos hablado del progreso, del progreso que sigue una linea continua, en el que se totalizan todas las adquisiciones humanas; del progreso cuya senda está sembrada de pérdidas y abandonos. "La puerta que abre, dije, obliga a que otras se cierren, las cuales, a su vez, conducían a alguna parte." Y yo citaba a Descartes, pensaba en el universo físico-mecánico que había descubierto. Todos se han precipitado detrás de él; pero esta luz, ¿no ha depositado en la noche de la civilización y del progreso todo cuanto está contenido en la claridad que proyecta? Sobre esto conté a Thibon una historia que tiene para mí el valor de un mito.

"Ciertos tejedores de Lyon habían enviado hace ya tiempo a sus "técnicos" a una aldea perdida del Alto Egipto, donde se tejía, desde hacía varios siglos, determinada tela cuyo secreto nadie había podido descubrir—ese secreto que una secta copta transmitía de generación en generación...—. Los ingenieros habían visto entrelazarse los hilos, anudarse los extremos, con una mirada que no podía comprender nada, y habían regresado como habían venido... Si desapareciese la secta, si muriese el último poseedor del secreto, ¿no habría desaparecido para siempre

con él esa "artesanía"?... Sin duda, aquí no se trataba más que de uno de los más humildes adornos de la civilización. Pero, ¿es necesario elegir en cualquier ocasión entre la civilización y la vida? Mi historia había extrañado a Thibon. Al otro día me escribió lo siguiente: "¡Qué alegría he experimentado al oirle hablar del progreso y de su rescate, y de todas las cosas maravillosas que han vivido nuestros antepasados, que no son para nuestros hijos más que palabras sin alma. Nunca había sentido tan profundamente la terrible fragilidad de las cosas. Pero, ¡qué gran consuelo pensar que por lo menos somos dos los que comprendemos y amamos lo que no puede existir nunca...!" Estas eran nuestras conversaciones; y me agrada saber que ellas han servido algún tiempo después a Thibon para escribir este aforismo: "Progreso. Desde hace un siglo, el mundo evoluciona a pasos gigantes. Todo se precipita; el viento del progreso nos azota en la cara. Amargo síntoma: la aceleración continua es propia de las catástrofes más que de las ascensiones". Y este otro: "A pesar de todas las apariencias contrarias, un hombre está tarado en la medida en que el ritmo rápido del desarrollo se sustituye en él por el ritmo lento del crecimiento. El progreso consiste en correr y no en crecer". Thibon y yo pensábamos, en efecto, que la necesidad más urgente del hombre es comprender la inmensa catástrofe hacia la que se siente impulsado; comprenderla para conjurarla, o por lo menos dominarla. Nuestro combate, nuestra lucha común iba encaminada a denunciar sin descanso esta "convicción monstruosa que se halla en la base de la actividad de

los revolucionarios, de los herejes, y que afirma que lo que destruimos puede reemplazarse por otra cosa, que tenemos algo nuevo para poner en su lugar". Thibon quiere salvar al mundo moderno, ese mundo moderno amenazado con "encontrar su límite en el contacto brutal con el suelo que es el término de todas las caídas". Ese campesino de Saint-Marcel lo contempla lo mismo que en la primavera de la futura recolección, interrogando a la tierra y al cielo... "Nacido y desarrollado como un campesino, me decía un día, he podido asistir desde dentro a la descomposición de la gran guerra, y es este espectáculo el que me ha aproximado a Maurras y a usted..."

Thibon y Maurras.

Thibon ha descubierto el pensamiento de Maurras muy tarde, cuando otras influencias le habían ya señalado una dirección. Tampoco, que yo sepa, ha citado a Maurras en sus escritos. Su primer homenaje público al autor de *Avenir de l'intelligence* nos revela a un hombre víctima de la injusticia y consagrado por la desgracia (este homenaje data de 1948). En él se muestra más inclinado, con veneración profunda, hacia la grandeza de su obra y su destino elevado que hacia el filósofo, el hombre político, el crítico, en todos los aspectos de su pensamiento. Creo que Thibon prefiere a Maurras antes que a lo que se llama "maurrismo". Pero el Maurras que ha quedado en su corazón para siempre es el poeta. "Le debo, nos dice, las más

grandes alegrías que una criatura pueda dispensar a otra criatura. No hay día en que los versos de la *Musique interieur, Au devant de la nuit* no asciendan desde el alma hasta los labios conduciéndome a esas regiones superiores donde el espíritu y el corazón forman una unidad. No es posible vivir tanta eternidad en la hora fugitiva y tanta plenitud divina en la nostalgia del hombre... Marcel de Corte podría hablarle de nuestros largos paseos a través de los bosques y colinas de mi paisaje natal, durante los cuales recitábamos una y otra vez los poemas sublimes de Maurras..." En estos versos, Maurras ha recogido, como un rayo que atraviesa una nube, esa protesta contra lo que pasa y destruye, esa necesidad de construir un refugio contra la muerte que no le abandona jamás: "El sentido del combate maurrasiano es ese retorno a los augustos consejeros, a las grandes leyes del ser, que constituyen el fundamento natural de la gracia y de la vida eterna"—me decía un día Thibon—. Encuentro el eco de estas palabras en lo que nos dice Marcel de Corte de Maurras en el prodigioso esfuerzo de Maurras por vencer sus demonios:

"Toda su obra está penetrada, dice, de ese intento de bloqueo y encarnación de una inteligencia que, abandonada a sí misma, ha sido uno de los más sorprendentes aparatos dialécticos de este tiempo y de todos los tiempos, una sensibilidad que, abandonada a sus inclinaciones, ha desarrollado hasta el infinito su potencia anárquica. Nada hay más bello y más emocionante para el discípulo y para el observador que ese trabajo que se realiza en la unión del alma y

del cuerpo, en la unión del hombre y la ciudad. Por medio de eso, Maurras ha redescubierto las grandes leyes que rigen el ser y nos abren al universo de lo sagrado. En contra de sus adversarios, heridos por el mal sobre el que su espíritu ha triunfado, considero a Maurras como una gran alma religiosa para quien «lo espiritual es carnal» y que se orienta hacia el Dios que adoraban los atenienses sin conocerlo. ¡Cuántos «cristianos» hoy le conocen sin adorarlo!"

La hiel.

Sin embargo, precisamente los cristianos iban a atacar a Thibon, ¡y con qué virulencia! ¡No atreviéndose a acusar abiertamente sus preferencias sociales y políticas, combatieron su ortodoxia! Incapaces de confesar descaradamente su resentimiento, prefieren disfrazarlo. Con el fin de abatir a su enemigo, lanzan contra él el anatema. Pero Thibon no intenta escapar. Se llevan al plano de la teología dogmática los aforismos, las imágenes del psicólogo, del moralista. Antropocentrismo, naturalismo, todas las herejías en ismo fueron atribuídas al pobre Thibon, ¡al que se acusa de "calumniar lo ideal!" A lo cual Thibon responde con inocencia:

"He dicho y mantengo que la naturaleza es el fundamento de la gracia, como la sustancia es el fundamento del accidente. La naturaleza puede existir sin la gracia, pero la gracia no puede existir, en el hombre, sin la naturaleza." ¡En efecto, se trataba de esto y no de otra cosa!

¡Aunque un Reverendo Padre jesuíta estuviese mezclado en la discusión, la cuestión de las *Provinciales* no tenía nada que ver con la "denuncia" de los detractores de Thibon! ¡Era un acto de la Resistencia hablar mal del *Retour au réel*, era una orden de la Resistencia atacar a Thibon.

La consigna partió de la "Cité Chretienne", la revista que hizo aparecer la Compañía en zona libre con el fin de reemplazar a "Etudes". A un artículo de un Reverendo Padre, juzgado demasiado favorablemente por Thibon, sustituyó el de otro Reverendo Padre que, después de haberle prodigado manifestaciones de afecto y ofrecido su completa colaboración, adoptó de pronto un tono burlón y le lanzaba este ataque: "La fama de Thibon data de 1941. En este sentido, al menos, se puede decir que Thibon es el pensador consagrado por la derrota". Hubiera sido inútil responder al Reverendo Padre que *Diagnostics*, publicado en mayo de 1940, estaba formado por una serie de escritos que habían aparecido todos en revistas anteriores a la guerra; que los aforismos de *L'Echelle de Jacob* estaban fechados varios años antes. ¡La injusticia y la bajeza de tal actitud eran patentes, pero aún seríamos testigos de muchas otras!

Todo el grupo de "Esprit" estaba tras de este ataque, junto con los intelectuales demócrata-cristianos, naturalmente... Thibon lo sabía cuando me decía un día, hablando de esto: "Aquí hay una mentalidad que no puede cambiar: esto es casi de orden psicológico. No sólo hay un carácter, sino también una constitución de los demócrata-cristianos". Pero ante los ataques de

algunos católicos, nuestro amigo se había entristecido: "Me repugna, me decía, ver mi nombre mezclado en polémicas absurdas. No podía imaginarme que mis libros injuriasen de esta forma a las personas. Había intentado dirigirme a la cabeza y al corazón de los hombres. ¡Estoy decepcionado por haber tropezado con su hiel!"

"Las razones del odio que suscita Gustave Thibon, decía entonces Maurras, deben ser numerosas, y en realidad lo son. Y no sé cuál tiene más importancia: ¿su franqueza, su sentido común? ¿Quizá la franqueza de su sentido común? Cuando posee la verdad, no la deja escapar y, cosa asombrosa, no hay consideraciones laterales que puedan obligarle a abandonarla." Tales son las virtudes que no perdonan los sembradores de odios, porque tratan siempre de destruirlas.

Primera reacción intelectual.

El éxito de Thibon había fascinado a Maurras. En las visitas que yo le hacía en Lyon se sentía feliz por este "descubrimiento". ¡Era necesario hacer muchos otros!, puesto que lo que preocupaba entonces a Maurras era reaccionar contra aquellos que se aprovechaban de nuestra situación desastrosa para renunciar a toda clase de superioridad, aunque fuese sólo la mental. Si nos habían reducido al mínimo, ¿debíamos por eso retroceder más aún para soportar golpes más duros? En todo caso, no existía ninguna razón para renegar de los principios que habían permitido prever con exactitud los acontecimien-

tos, haciéndonos avanzar con seguridad. Por el contrario, se trataba de recuperar nuestra posición, de devolverla su valor axacto. El futuro dependía de esto. En él teníamos que desempeñar un papel, un papel necesario y vital, que dominaba la esperanza de una renovación intelectual del país.

"No creo, me decía entonces Maurras, que nuestro país pueda recuperarse, sin la colaboración de los católicos activos, de su última caída profunda, restaurándose su espíritu según sus virtudes, regenerándolo según sus principios". También había recibido con alegría la incorporación a nuestro grupo del joven Arfel—*generose puer*—, quien con el fuego de sus veinte años acababa de escribir un estudio profundo y claro sobre la filosofía política de Santo Tomás de Aquino, en el que ponía de manifiesto las afinidades del tomismo con el empirismo organizador y demostraba cómo el orden cristiano podía integrarse en la acción monárquica. Lleno de una audacia temeraria, el impetuoso muchacho denunciaba los sofismas intencionales y voluntarios de aquellos que pretendían apoyarse en Santo Tomás para "consagrar" la mística de la democracia.

Yo había hecho leer a Maurras estas páginas, en las que todas las palabras herían; el tono teológico militar de Arfe no podía desagradarle, y él me animó para que le trajéramos a la "Revue Universelle". "La rejuvenecerá, me dijo. Junto con Thibon, será una buena aportación, un nuevo descubrimiento." Maurras estimaba en el primer ensayo de su joven discípulo algo más que la polémica: los fundamentos precisos de un trabajo de totalización en el que llevaría a cabo

lo que había deseado más que nada sin llegar a realizarlo. Como reconocía él mismo, "si el empirismo organizador, por su voluntad ordenadora, su tendencia positiva, había demostrado sus intenciones bienhechoras", Maurras había debido personalmente dejar definir "lo que es este Bien, este Soberano Bien". La senda en que se comprometían Arfel y los suyos, las cumbres teológicas y metafísicas hacia las cuales les conducía, llevaban a la síntesis deseada, a la que unifica una Moral política extraída de la Teología. "Nadie, decía Maurras, será más feliz que yo al ver elevarse de una tierra labrada y sembrada por nosotros una parte del edificio que se apoyará sobre el antiguo, que será nuevo y antiguo a la vez..."

¿Por qué Charles Maurras no se había decidido a hacerlo? Menos favorecido, menos servido por sus predecesores, le había sido necesario al comienzo tener en cuenta las inmensas divisiones del pensamiento, en que no sólo el destino de Francia, sino incluso su idea, el futuro de su unidad y hasta su idioma, estaban amenazados cuando emprendió la obra de superación y regeneración.

"Para intentar reconquistar un poco de esta unidad y hacer posible la conversación, dice [1], no había que proceder como si ella estuviese ya establecida. Puesto que se va de lo conocido a lo desconocido, nos era necesario ir hacia lo inexistente por lo existente, de lo concedido, de lo acor-

[1] En el prólogo al libro de Arfel (Jean-Louis Lagor): *La Philosophie politique de Saint Thomas.* Cf.: "Apéndice", p. 441.

dado y de lo admitido, a lo que había que conceder, acordar y admitir. En una nación de intelectuales en la que se mezclaban protestantes, católicos, kantianos, spinozistas, hegelianos, positivistas y espiritualistas era imposible llegar a un acuerdo práctico si se tomaba por punto de partida un dogmatismo del Ser, de la Idea o de la Materia, ya que precisamente era esto la razón secreta de las divisiones más profundas. Era necesario unificar los grandes cerebros franceses sobre un plan definido que les fuera común y permitiera una unión lúcida. Era necesario que se pudieran preconizar, aun en tono de fábula y desafío, uniones de espíritus muy distanciados entre sí para coaligarlas contra el anarquismo. Provisionalmente, hagamos abstracción de cualquier teoría botánica y juzguemos al árbol por sus frutos, y a los frutos por su capacidad de nutrir o de envenenar".

El pensamiento católico defendido, servido por jóvenes como Thibon y Arfel, complementaba, consolidaba esta "doctrina de prueba", aumentando su capacidad, su poder, sus proporciones, haciendo posible un día su extensión a todo el país. Maurras no dudaba de que la influencia intelectual y la acción de los católicos estuviesen destinadas a extenderse en los tiempos sombríos en que vivíamos y en los que habrían de seguir. "Este renacimiento, me decía entonces Maurras, necesita que le apoyen vigorosamente aquellos que se van. Este deber lo siento cada vez más, a medida que me aproximo a la categoría de los "padres a quienes tiembla la cabeza", de quien habla Ronsard... ¿Por qué no se pone usted a la cabeza del movimiento?"

Bergson y Maurras.

"¡El punto delicado—añadía Maurras, animándome a publicar el primer artículo de Arfel—es Bergson! (En efecto, en ese artículo se atacaba bastante a Bergson). Pero, ¿no habrá un remedio? Se empieza a sentir el peligro de esta imprecisión, de esta vaguedad, en la que la inteligencia y la ciencia no redimen la debilidad orgánica ni del espíritu destructor". Y conociendo la simpatía y el agradecimiento que yo conservaba hacia Bergson, aunque en la actualidad estuviese muy lejos de su espíritu, Maurras me sugirió la idea de "añadir" al ensayo de Arfel una nota con el fin de "especificar, me decía, que Bergson fué para su generación el liberador del determinismo y del cientifismo, pero que por encima, más allá de su liberación, se ha desarrollado una filosofía de un tipo especial y nuevo, cuyo peligro (o cuya debilidad) se percibe cada vez más; que usted no puede sustraerse a esta evidencia y que, a partir de ese momento, conservando su gratitud de los primeros años de juventud, usted debe tenerla en cuenta". Yo no había tomado tantas precauciones cuando, a continuación de Maritain, había formulado mis críticas bergsonianas [1]. Pero cuando volví a ver, en 1936, a Bergson, quedé asombrado por las declaraciones que me hizo aquel día sobre las posibilidades infinitas del catolicismo en el orden de la vida espiritual, y pude darme cuenta del

---

[1] Cf. *L'Honneur de servir*, ps. 99-108.

camino que había recorrido el autor de *Deux sources*... Sabía que la persecución sufrida por los suyos durante la ocupación le había impedido hacer profesión de fe católica, como era su deseo desde hacía mucho tiempo, y que al morir Bergson había pedido a la Iglesia sus oraciones.

Sin que tuviera que recordárselo, Maurras me dijo entonces: "Tendría que añadir que usted no ignora la evolución religiosa de Bergson: precisamente es de tal naturaleza, que pueden surgir algunos equívocos, siendo en sí misma digna del más alto respeto..."

En ese momento me vi en la obligación de comunicar a Maurras la impresión tan profunda que había tenido Bainville al visitar en la Academia a Bergson. Por muy prevenido que estuviese Jacques Bainville contra la filosofía bergsoniana, su conversación con Bergson le había dejado un recuerdo inolvidable: "Es un hombre de espíritu", me dijo al evocarle. Estas palabras me asombraron, puesto que Bainville no las había nunca empleado hasta entonces más que refiriéndose a Maurras: "el νοῦς, el espíritu puro".

Bergson y la democracia.

Maurras hizo un movimiento de cabeza que ponía al descubierto su profunda sorpresa. Se calló un instante y después prosiguió, interrogándome con la mirada: "¿Acaso el νοῦς de que le hablaba Bainville, a propósito de Bergson, no era el espíritu religioso en estrecha unión con esa evolución de Bainville hacia la fe que he conocido gracias a usted? En este marco podría

incluir a su Bergson, hombre de espíritu. De otro modo, mis recuerdos personales de Bergson no concordarían si el sentido fuese más profano..." Y Maurras los evocó en los siguientes términos:

"Tres años después, me dijo, hice una visita a Bergson para la cuestión de la Academia. ¿Por qué sería yo rechazado? Mis objeciones eran de orden intelectual, no personal, por muy apasionadas que fuesen. Me decidí a ir. Al comienzo todo sucedió normalmente, muy correcto por su parte como por la mía. En seguida empezamos a hablar de las Ideas, de la Democracia... El la consideró justa, moral, necesaria, bienhechora, llena de porvenir..., a pesar de todas las sombras, de todas las nubes que cubrían el cielo de nuestro país. Naturalmente, Bergson empleó un lenguaje más delicado... Le opuse mis razones, un poco afinadas y coordinadas... Nos callamos. De pronto, Bergson prosiguió, con un tono un poco violento: «El interés por la política desaparece cada vez más...» Me sobresalté. «¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué dice usted? Si, en efecto, la política interesa cada vez menos, la democracia será cada vez menos real, menos posible... ¡Si usted pretende decir que todo el mundo, la mayoría, los más numerosos son los que carecen de este interés, en ese caso la democracia se verá privada de su órgano fundamental, esencial! ¡Si usted quiere decir la minoría, la inteligencia, el saber, el espíritu, la democracia estará obligada a comportarse ciega, vil, bajamente contra sí misma!; incluso en esta hipótesis no habrá solución para ella... ¡Y puesto que una tercera hipótesis no existe...!» Bergson dió un puñetazo en la mesa,

después se tranquilizó y dijo: «Espero que usted no siga pensando de mí todo lo que ha escrito hace tiempo...» Sin querer responderle, pues yo había hablado mal, no de él, sino de sus ideas y de su raza, me fuí furioso e indignado, no por su indirecta, ¡sino por esa reputación de pensador y filósofo concedida a un espíritu que sabía escudarse detrás de sus contradicciones!"

Maurras se estremecía de indignación todavía y añadió para concluir: "¡No, Bergson no me dió en absoluto la impresión de hombre de espíritu! Para mí fué siempre el hombre de *Deux sources...*, que él me había enviado y que me puse a leer (en La Santé, creo), pero cuyas primeras líneas me desagradaron, ya que parecía que todo el libro se fundaba en una experiencia de la infancia que me parecía demasiado rara, contingente y poco concluyente y lo más contraria posible a la mía. Toda la obligación moral está fundada en esta observación psicológica: «¡Qué hermosa hubiese sido nuestra infancia si no nos hubiesen dejado libres! ¡Habríamos vivido de placer en placer!» Es posible, pero no es cierto en absoluto... Yo no deduzco nada parecido de mis recuerdos de la infancia. ¿Qué se puede edificar sobre una base tan frágil? ¿Cómo deducir de ahí que «el recuerdo del fruto prohibido es lo que hay de más antiguo en la memoria de cada uno de nosotros como en la de la humanidad»...? ¡Y de aquí extraer la moral y la sociología!... No, no pude seguir leyendo: y escribí al margen: «Majorem nego»."

Después, refiriéndose de nuevo a su visita académica a Bergson, Maurras añadió: "De viva voz, como en su último libro, su pensamiento me

pareció acercarse más que nunca a uno de esos ejercicios de retórica superior que pueden parecer científicos—como sucede con Herbert Spencer—, pero que olvidan lo esencial de la filosofía, que es sobre todo una disciplina lógica, fundamental. Se puede jugar, lo que se llama jugar, con el principio de causalidad o incluso con el de razón suficiente, ¡pero no se puede bromear con el principio de contradicción! Evidentemente, la objeción que yo había hecho a Bergson sobre el tema de la democracia tenía la ventaja de formar un razonamiento lógico, y para decirlo de una vez, horriblemente correcto. ¡Llevaba a la verdad del hecho! ¡El mal de las «democracias» no hace más que confirmar mi elemental y despreciable apreciación del espíritu!" Antes de separarnos, Maurras me volvió a hablar de Arfel, de sus páginas sobre la política de Santo Tomás—de ese Santo Tomás que Maurras admira cuando fundamenta la definición de deber humano sobre la clara noción de lo corporal—. Este lado tomista de su espíritu nunca ha desaparecido. "Lo que estimo en Santo Tomás, decía un día, es la honestidad. La dificultad del problema no está enmascarada en él con retórica o mística, entusiasmo o piedad, por muy entusiasta y piadosa que sea esta filosofía angélica. Todo está en su sitio. Rigor y nitidez son en ella un homenaje a la más bella tradición del género humano. Este alumno de Aristóteles no razonaba ni como un kantiano, ni como un bergsoniano". "En cuanto a Bergson, prosiguió Maurras en el momento en que me despedía, una nota como la que yo le he aconsejado a usted publicar en la "Revue Uni-

verselle", encabezando el artículo de Arfel, aclararía todos los escrúpulos y permitiría una operación necesaria, sin la cual dejaría de existir en Francia la filosofía, el pensamiento e incluso el espíritu".

Maurras y Péguy.

"¡Las palabras arrastrarán todo! ¡Y qué palabras tan confusas y turbulentas!" Tal es lo que me había dicho Maurras una tarde de 1941 en que le hablé de Charles Péguy, asombrado, como lo estaba entonces, de la penetración, del "acceso" que tenía Péguy al espíritu de nuestros jóvenes, mientras que Barrès me parecía dejarles insensibles y fríos. Maurras se molestó y todavía le recuerdo mucho cuando me respondió, no sin gracia (fué en esa habitación que ocupaba en Lyon, en el *Grand Hôtel*, separada de la Gestapo por un tabique en el que estaba colgada una fotografía de la catedral de Strasbourg con una cinta tricolor): "Creo que usted se equivoca, me dijo; su Péguy es más flexible y cómodo entre sus manos. ¡Pero dentro de lo ilegible que resulta, es peligroso, porque en él vive la Revolución! Comprendo lo que usted ve en él, pero eso son semillas, y usted olvida, hasta casi llorar de alegría, lo que estas semillas contienen de peligro político, a pesar de su bien espiritual. Mientras que Barrès es sólido y se mantiene firme, aquél hace, como diría Benda, mejor que un «discurso coherente», un canto continuo con la tierra y los muertos, un pensamiento cuya debilidad política no oscurece, no oculta, no

domina la elevada y magistral potencia nacional y nacionalista!" Y Maurras añadió, con cierta impaciencia: "El momento de volverse a los maestros deficientes y débiles no ha llegado aún, créame... Si usted no utiliza a Barrès, no acuda a Péguy... Supondría un obstáculo que usted sería el primero en lamentar".

—No se trata de eso—respondí—, y lejos de oponerle a usted, yo junto a los dos allí donde sus pensamientos se unen, donde se realizan sus acuerdos... Péguy era nacionalista y reaccionario, y más que usted en cierto sentido, ya que en la tradición francesa Péguy se negaba a escoger: él tomaba todo, lo bueno y lo malo...

Pero para tranquilizar la ira de Maurras, mejor era hablarle del Péguy que admiraba sin reservas, del "noble y heroico Péguy". En vez de discutir, le narré lo que acababan de contarme: "¿Sabe usted que el busto de Péguy, en Orléans, ha sido alcanzado por la explosión de un obús alemán durante el bombardeo de junio del 40, en la sién derecha, precisamente en el mismo sitio en que Péguy fué mortalmente herido por una bala, el 5 de septiembre de 1914, en Villeroy?"

—La estatua en bronce de Péguy debe conservar esta herida, símbolo de una segunda muerte, dijo Maurras entornando los ojos. Péguy está señalado con el signo de lo heroico...

—Esperemos—proseguí—que la municipalidad de Orléans no intente repararla... Ese monumento tiene una historia... ¿Se la he contado a usted alguna vez?... En 1930, cuando se habló de colocar el busto de Péguy a la entrada de la

barriada de Bourgogne, la inscripción de su pedestal de piedra dió origen a tumultuosas discusiones en el seno del Consejo Municipal. Bajo el nombre de Charles Péguy 1873-1914, el Comité había propuesto grabar dos versos que viven en el fondo de todas las memorias: "Felices aquellos que han muerto en una guerra justa. Felices las espigas maduras y los trigos segados..." ¡Pase el último verso, que podía hacernos creer que este Péguy había sido un apacible campesino de la Beauce! Pero "felices aquellos que han muerto en una guerra justa" suponía un tono guerrero que inquietaba a la religión pacifista de ciertos consejeros de Orleáns suscitando su desconfianza: ¡Descubrían en ello una "maniobra de reacción"! ¡Querían suprimir el primer verso y dejar el segundo! El senador Henri Roy nos lo refirió en el banquete que se celebró con motivo de la inauguración del busto de Péguy, añadiendo sonriente: "¡Mis amigos y yo conseguimos que eso no se llevara a cabo por una débil mayoría!" Sin embargo, para dar a esta jornada "nacionalista y clerical" su carácter republicano, el amigo de la infancia de Péguy nos invitó a dar un pequeño paseo por Loge—¡lo más sencillo del mundo!— y dijo: "¡Vamos a tomar algo al *Café du Commerce!...*" Pero declinamos la invitación y preferimos volver a la abadía de Saint-Benoît-sur-Loire.

—¡Y su Péguy era republicano!...—dijo Maurras, alzando los brazos...— Sin embargo, creo haber oído que su confidente, su amigo Lotte, Joseph Lotte, el fundador del "Bulletin de Profes-

seurs catholiques de l'Université", le pasaba a veces números de "Acción Françesa".

—Sí, Lotte quería atraerle, por lo menos hacérsela leer... Pero esto no era nada fácil... Pues a Péguy no le agradaban en absoluto los que llamaba "sarcasmos" de "Acción Francesa" (en efecto, si lo lamentaba herido era porque, según él, se trataba de hombres que "quieren restaurar, restituir las más auténticas dignidades de nuestra raza", ya que el Rey era para Péguy el símbolo de "toda la majestad de la tradición francesa"). Pero un día de 1910 Péguy había leído en el periódico una frase que le había hecho exclamar: "¡Esto va en serio!" Péguy ha contado su sorpresa en cierta ocasión; se refiere, ¿usted recuerda?, al final de nuestra *Juventud*...

—No lo he olvidado—dijo Maurras—; pero ¿podría usted dejarme el texto?...

Algunos días después se lo entregué:

"Cuando encuentro, decía Péguy, en "Acción Francesa", en Maurras, razonamientos lógicos, explicaciones impecables, como, por ejemplo, que la Monarquía vale más que la República y, sobre todo, que la realeza vale más que el republicanismo, confieso que si quisiera hablar groseramente, diría que esto no cuela. Ya se supone lo que quiero decir, esto no cuela, no pasa, como un camello por el ojo de una aguja. No entra. Las explicaciones y nuestra formación universitaria y escolar nos han enseñado a columbrar tantas cosas de éstas que ahora estamos saturados... En caso de necesidad, las haríamos... Pero cuando al correr de la pluma, y quizá sin pensarlo, encuentro en un artículo de Maurras esta frase, no como argumento, sino, por el contrario,

olvidada: «¡Estaríamos dispuestos a morir por el Rey!», entonces, sólo en este momento, encuentro algo, se abre el diálogo. Sabiendo que, según lo dice este hombre, es cierto, escucho, comprendo, me detengo, quedo sobrecogido".

—Eso no tuvo continuación—prosiguió Maurras—. Recuerdo con amargura el instante en que me fué necesario correr en su busca una tarde y que, mientras leía el libro de un crítico adverso amigo suyo, Daniel Halévy, mis ojos cayeron sobre la predicción, demasiado lúgubremente desmentida, de que algún día el encuentro entre Charles Péguy y yo se realizaría... Las circunstancias de la vida lo han impedido [1].

"¿Qué habríamos hecho del noble Péguy?, se preguntaba Maurras. Mejor es que se haya podido expresar sin obstáculos, apartado de nosotros, y que no hayamos podido ejercer junto a él el papel ingrato de objetante y censor. Cualquier cosa mejor que eso".

Sin embargo, la tristeza de Maurras seguía latente. "Haber vivido en su misma época, dice, y apenas haberle visto, no haberle conocido... ¿Quién sabe si tan profundas afinidades nos habrían unido?... Habían servido de nexo entre

---

[1] En el orden de los acontecimientos, sin duda; pero en el del respeto del juicio del hombre sobre el hombre (y éste es un orden que tenía una gran importancia para Péguy) hubo una "continuación" a propósito de *Notre Jeunesse*... A partir de 1911, Péguy hizo imprimir especialmente un ejemplar de sus libros para Charles Maurras, homenaje casi único y cuya intención no escapó a su destinatario, que le envió *Une campagne royaliste* con esta dedicatoria: "Para Charles Péguy, a quien no puedo confundir con cualquier otro".

nosotros y Vaugeois, con quien Péguy parece tener muchos puntos de contacto, a pesar de que Vaugeois resumía los siglos de la burguesía francesa, mientras Péguy encarnaba como mil años del pueblo francés..."

Aunque Péguy fuese un campesino de Orléans y Maurras un hijo del mar, un blanco del mediodía, ¡cuántas semejanzas, qué de afinidades entre estos dos hombres inflexibles, siempre dispuestos a exigir, a ordenar, rodeados de enemigos, rodeados de amigos, muy próximos en generosidad, en alegría, en venganza, llenos de respeto y siempre profundamente nobles! Me parece escuchar a Péguy cuando Maurras le dice: "Usted parece decir", respondiendo: "No, decimos sencillamente; no hay parecido entre nosotros". Y cuando Péguy escribe, por ejemplo: "Una capitulación es esencialmente una operación en la que, en lugar de iniciativas, hay explicaciones que vomitan los cobardes", ¿cómo no pensar en lo que Maurras dice del parlamentarismo?: "Sustituye una actitud por una explicación". Estas palabras directas, necesarias, que no conocen ni la argucia, ni la ficción, son un mismo vocabulario, el mismo lenguaje común. En su tono, un tono que los hace tan parecidos en algunos momentos, por la música de su voz, una voz que se afirma, que no puede equivocarse, se revelan sus afinidades profundas. Si Maurras y Péguy se diferencian por sus ideas, están muy próximos en cuanto al modo de vivirlas. Uno y otro son hombres auténticos, dirá nuestro amigo Thibon... ¿No ha influído Maurras a través de su persona en Francia en tantos

trances? Péguy no ha dejado de estudiar ningún sistema, ninguna teoría susceptible de definir, pues él no era más que un testigo, un testigo del más profundo pasado, una referencia única de la más auténtica raza francesa, un campesino al que el azar había hecho vivir en los lugares en que se elaboraban las ideas que los universitarios, los intelectuales, los políticos lanzaban al mundo en las horas más confusas de nuestra historia moral. Situado en un ambiente de degeneración, Péguy descubrió lo que quedaba en el fondo de su alma: descubrió al nacionalista y católico, al hombre de la más elevada cultura y de las más enérgicas tradiciones. ¡Ah, cuánto nos han enseñado sus reacciones, sus pasiones! Después de eso, ¿cómo asombrarse de que cuando nos hieren ciertos errores mortales, reiterados sin cesar, nuestra mirada busque instintivamente a Péguy?...

En los años espantosos que vivimos tratamos de imaginarnos su cólera, su dolor, la actitud que adoptó, ya que él era de aquellos cuya superioridad evidente obliga a escuchar y a seguir... En esos días de trágicas desgracias para Francia teníamos que citarle, citarle mucho, citarle siempre; había que hacer escuchar su voz, el sonido de esa voz que nos descubre una vida prodigiosa, y narrar su muerte, que dice todo, que es "una palabra de vida, un fermento..." Y esto, Maurras lo sabía. Bajo la emoción de esa muerte que le consagró, Maurras, apartándose de las objeciones de su espíritu, de las repugnancias de su gusto, había retenido la elevada significación del mensaje de Péguy. En el intermedio de

las dos guerras en que se mantenían Déroulède y Barrès, la influencia de Péguy anterior al 14 le parecía arder en una semi-penumbra, donde penetraba, alentaba y resplandecía, y en la que su sublime punto final había hecho extender aun más su acción.

"Péguy, decía entonces Maurras, es uno de esos hombres que ha hecho avanzar el pensamiento de la juventud intelectual hacia Francia. El había parecido distanciarse de esa tarea durante los años funestos[1]. Pero después ha explicado que esta apariencia era falsa y que no había sido nunca tan francés como en la época en que se le consideraba equivocado. Sin embargo, esta cuestión se refería a intenciones y voluntades más o menos legítimamente mezcladas con los actos. El día en que los efectos de estos actos se pronunciaron contra la fuerza de la patria, se rebeló..., se declaró patriota ardiente, militarista apasionado, servidor de la patria hasta la muerte".

Maurras no dejó de rendirle este homenaje. Pero el caso de Dreyfus había abierto entre Maurras y Péguy un abismo que nada había podido cerrar, ni incluso los duros apóstrofes de Péguy a Jaurès, el "grosero adulador", el "retórico que quería desarmar a la patria", "el hombre que representaba a la política imperial alemana", el "pangermanista que trabajaba en favor de una Alemania más grande" y a quien, la víspera del 14, Péguy había lanzado su feroz invectiva: "Soy un republicano sincero. Soy un viejo revolucionario. En tiempos de guerra, no hay más que una política, la de la Convención Nacional,

Pero no hay que disimular que la Convención Nacional es Jaurès en un carro, y un redoble de tambor para apagar ésa gran voz..."

A pesar de su horror hacia Jaurès, Maurras no había podido perdonar del todo a Péguy. Para él era siempre el hombre que creía que la "mística" revolucionaria era una fuerza útil, necesaria a su país. "¡Su cabeza está llena de ideas revolucionarias!", es lo que me había dicho no hacía mucho...

"Nada es peligroso".

—¿Ha leído usted—le dije cuando le sentí tranquilizado por los recuerdos que habíamos evocado juntos—las páginas que Péguy publicó en la "Nouvelle Revue Française" algunas semanas antes de la guerra, en julio del 39? ¡Qué toque de atención! Esas páginas habían sido inspiradas por una frase de Jaurès: "Nada es peligroso", y de esta afirmación Péguy había hecho una especie de estrofa siniestra, viendo en eso no sólo la expresión de un egoísmo monstruoso, sino la manifestación de una prodigiosa ignorancia de la realidad. El auténtico Péguy lo descubrimos aquí, en esta admirable protesta de la realidad contra la falsedad idealista alemana que profesaba Jaurès, el hegeliano.

Y cité de memoria—lo había leído tantas veces desde hacía un año ante mis jóvenes amigos, que lo conocía palabra por palabra—ese texto magnífico en el que, ante la inminente invasión del mundo por la barbarie, Péguy descubría en esa frase de Jaurès la expresión de la pereza, de

la indecisión, la expresión de la capitulación: "«Nada es peligroso», exclamaba. Esta frase de Jaurés no sólo constituye la afirmación más falsa que un orador haya pronunciado desde que existen oradores y desbarran, sino también la más peligrosa para la salvación de la humanidad. Si nada es peligroso, ¿para qué sirve la acción, para qué sirve la conducta, para qué sirve la moral, para qué sirve cualquier vida?"

Y Péguy trataba de mostrar lo nocivo, lo desastroso de esta actitud oponiendo a ella su humana experiencia:

"Cualquier hecho puede constituir un peligro, tal es lo que se dice, o al menos se pregunta, el hombre que tiene alguna preocupación ante los acontecimientos de la realidad. Todo puede ser peligroso, puede causar daño, si no se le presta una gran atención; esto es lo que puede afirmar cualquier hombre que tenga alguna experiencia personal de lo que son las realizaciones humanas. Nada es bueno, nada hace el bien, tal es lo que siempre se ha preguntado alguna vez, en la amargura de la duda, en la ansiedad de la tentación y la vacilación de la inquietud, cualquiera que haya inocentemente deseado para su condición humana alguna salvación temporal o eterna de la humanidad".

¿No era éste un sentimiento común a Maurras y Péguy? Nos enfrentamos aquí con ese misterio central, con ese problema del mal, de la existencia del mal que siempre ha atormentado a Maurras.

—¡Es una frase monstruosa!—dijo cuando le repetí las palabras de Jaurès—. ¿Cómo la ha conocido Péguy?...

—Por medio de su amigo Daniel Halévy, que la había oído directamente a Bouglé, Célestin Bouglé, y creo que la anécdota vale la pena de ser contada... ¿Usted recuerda la campaña que Bouglé había hecho en la Sorbonne, en la Escuela Normal, antes del 14, contra la ley de los tres años?... ¿No había escrito en *Dépêche de Toulouse* que el medio más seguro para unir la juventud a la patria no era precisamente prolongar el servicio militar? Sin embargo, Bouglé había acabado por mostrarse inquieto ante los progresos que hacía el antimilitarismo entre los maestros. Habían llegado demasiado lejos. Las deserciones, las rebeldías, las negativas a servir aumentaban en sus filas de un modo desastroso. ¡A pesar de su orgullo pacifista, Bouglé se sentía bélico en algunos momentos! Los resultados de la propaganda antimilitarista habían acabado horrorizándole, ¡y este viejo revolucionario temía que la noción de patria fuese directamente alcanzada por ella! Por esta razón Bouglé se creyó en la obligación de aconsejar a Jaurès, visitarle, con el fin de señalarle el peligro y la necesidad de intervenir urgentemente. Encontró a Jaurès en la cama, entregado a la meditación de un antiguo texto griego, en medio de un gran desorden de papeles y libros: "¿Qué hay, qué sucede, amigo?", le preguntó Jaurès, abandonando su meditación. Y Bouglé, emocionada y ardientemente, le describió un cuadro dramático, pero auténtico y real, de los daños que causaba el antimilitarismo en los maestros jóvenes, en sus cabezas atormentadas por las negaciones. Le citó algunos hechos, algunos ejemplos, los textos que eran causa de su impaciencia: "He que-

rido informarle, le dijo, para que usted conozca las consecuencias y la importancia del mal actual..." Jaurès, con sus brazos pequeños en alto y moviendo la cabeza, respondió con su acento inefable: "¡Nada es peligroso, Bouglé, nada es peligroso...!" Este optimismo trascendente dejó al pobre Bouglé sin habla. Nada pudo obtener del viejo idealista, al que dejó entregado a sus sueños... Algunas semanas después, Célestin Bouglé encontró a Daniel Halévy y le contó su visita a Jaurès. Halévy, a quien la anécdota le había asombrado, se la comunicó a su vez a Péguy. La reacción de Péguy, naturalmente, fué inmediata: las páginas en que nos habla de la frase de Jaurès son, creo, las últimas que ha escrito...

Después expliqué a Maurras lo que era en esta época la existencia del pobre Péguy.

—Péguy atravesaba por una serie de dificultades sin número. Desde que había acabado la publicación del *Jean-Christophe,* de Romain Rolland, el número de suscriptores de los "Cahiers" disminuía constantemente; ¡apenas pasaba del millar! Péguy veía sus ingresos exhaustos, sus libros no se vendían, nadie había hablado de este *Eva* que acababa de publicar. En cuanto a la Academia Francesa, ya no podía pensar en su nombramiento, a pesar del apoyo de Bourget y Barrès. Desde el día en que le había sido negado el gran Premio de Literatura Péguy sabía a qué atenerse... Una de las últimas veces que le encontré, me dijo que pensaba pedir un puesto de profesor en un colegio o un empleo de bibliotecario... ¡Pero sus ataques contra la Sorbonne y el "partido intelectual" tenían que forzosamente obstaculizar sus deseos! Y además,

y esto era lo más importante, quedaba su obra, que para Péguy apenas había sido comenzada... ¿Cómo iba a continuarla sin asegurar primero la vida de los suyos?... Entonces visitó a Léon Daudet... ¿Lo sabía usted?, pregunté a Maurras. Léon me lo ha contado la otra mañana: fué, me ha dicho, algunas semanas antes de la declaración de la guerra del 14... Daudet no conocía a Péguy, jamás le había visto y no podía explicarse lo que había motivado esta visita... Daudet estaba en la Academia Goncourt y fué una visita de candidato la que le hizo Péguy en julio de 1914... ¡Léon así lo había creído! ¿No recibían los miembros de la Academia Goncourt una pensión casi equivalente a lo que los "Cahiers" reportaban a Péguy en las buenas épocas? ¡Seis mil francos en 1914 eran una bonita suma!... He aquí por qué nuestro Léon vió entrar en su despacho de la calle de Bellechasse al hombre de la esclavina... Dos meses después Péguy caía en Villeroy y entraba en la gloria, ocupando un lugar ante todos sus émulos...

—Este último aliento, esta última gota de sangre son, en el fondo, los únicos elementos del ser que cuentan—me dijo Maurras.

—Desde luego—añadí—; pero este Péguy "heroico", el sentido que toma al final de su vida el acontecimiento que la corona, es lo que la generación peguista de 1930 admiraba con una especie de incomodidad; temía que "la emoción de su muerte trastornase su valoración". Aun recuerdo a Mounier exclamar una tarde: "¡El heroísmo de Péguy ha llegado a ser un lugar común, pero es una gran suerte conceder este privilegio a su vida!" Era el momento en que

Julien Benda calificaba de "traición" al patriotismo de los clérigos, en que fustigaba a Péguy, pues de lo que se trataba era de hacer odiosa, sospechosa o ridícula la empresa del renacimiento francés; ¡son los mismos que hoy hacen de la resistencia contra Alemania su negocio!... Pero para Péguy la cosa fué mucho peor. Gide se ha atrevido a insinuar en su *Journal* que Péguy se había "ofrecido a la muerte en una especie de desesperación y simplificación, pues continuar viviendo, dice, exige a veces un ímpetu bastante complejo". ¡Qué hombre tan despreciable! ¡Se le ha hablado de las preocupaciones, de las dificultades de Péguy—que no las ocultaba—, y Gide, en cambio, hace de su muerte una especie de suicidio para rebajar su heroísmo! Si Péguy tenía dificultades temporales, si se apoderaba de él una profunda tristeza, era una saludable y salvadora tristeza que nunca pecó contra la esperanza.

La tregua fué muy breve.

Tales eran, entre otras muchas, nuestras conversaciones de 1941 durante el exilio de Charles Maurras en Lyon. ¡Qué gran dosis de esperanza me devolvía cada una de mis visitas! Se trata de recuperarse, de superarse, en todos los órdenes, y sobre todo, en el mental. En la luz más sombría de los más horribles desastres de Francia "quedaban, nos decía y nos repetía Maurras, las profundas lecciones que podían destilar los hermosos frutos dorados de la desgracia". Por muy asolada que estuviese quedaba un gran jardín

para las futuras cosechas, y veíamos de pronto cómo habían aparecido unos cuantos jóvenes dispuestos a purificarle de sus malas hierbas y sus parásitos. Un nuevo viento soplaba entre nuestras ruinas... Esta tregua fué muy breve... Algunos meses después, el 12 de noviembre de 1942, las tropas alemanas de operaciones penetraban en la zona sur, la flota se hundía en Tolon, Laval estaba de nuevo en el Poder, el mariscal había perdido casi por completo su libertad... Léon Daudet no había podido vivir estas últimas calamidades. El 1.° de julio de 1942 moría en Saint-Rémy de Provence, en esta casa de campo vecina de los Antiques y del Hospicio frecuentado por los fantasmes de madame Lafarge y del desgraciado Van Gogh, frente al horizonte fantástico de los Alpilles. Daudet había abandonado Lyon a comienzos de mayo. Algunos días después de su llegada había tenido una caída. Maurras, que había acudido en seguida, ha descrito lo que fué su último encuentro: "Un pequeño accidente, que había parecido grave y que se le había combatido, le retenía en cama, pero dice sólo le impedía moverse: la lucidez era perfecta; la inteligencia, cristalina; la memoria, intacta; el juego de la imaginación, entusiasta y satírico, brillaba siempre en el fondo de sus ojos. Sin embargo, algo de lo que se había previsto se había acentuado: la sonrisa, tenue, de una extrema finura, en la que se descubrían la resignación y una cierta soledad". En la noche del 29 al 30 de junio, Léon Daudet sufrió una hemorragia cerebral; al día siguiente entraba en estado de agonía... Nosotros le acompañamos el 3 de julio, después de la ce-

remonia religiosa, a ese hermoso cementerio de Saint-Rémy, en el que Maurras despidió a su amigo, a su hermano, con un adiós patético, tuteándole por vez primera...

¿En la noche de la muerte?

En la primavera de 1943 Maurras había abandonado Lyon para dar una serie de conferencias en el Sur-Oeste y ver a sus amigos. Su compatriota, el comandante Dromard, le acompañaba. En Pau, donde había hablado aquella noche, Maurras, febril, invadido por el mal que algunas horas después iba a invadir su conciencia, pasó toda la noche, respondiendo a los jóvenes que, reunidos alrededor de él, le asaltaban a preguntas: "Naturalmente, Alemania es el enemigo número uno del pueblo francés... Rusia está muy lejos; Alemania, muy cerca. ¡Hay que confiar en el Príncipe! La realidad será su guía... Laval no tiene sentido del honor... La inteligencia ha sido impotente para preservar a Brasillach..." Las discusiones se prolongaron casi hasta el amanecer...

Trémulo, tenso por el esfuerzo de ese ritmo a que sometía su espíritu, Maurras parecía insensible a la fatiga... Todavía debía trasladarse el mismo día a Toulouse, donde le esperaban los estudiantes de *Acción Francesa*. Fué entonces cuando se produjo el drama. "La imagen que conservo de Maurras, nos dice nuestro gran amigo el doctor Larrieu, la imagen que siempre reaparece cuando sigo su pensamiento, es la de ese Maurras asombrosamente agotado que vi penetrar en la noche de la muerte y resucitar a la luz,

milagrosamente sano. En tales circunstancias es donde el alma se desnuda y aparece en su impresionante verdad... Maurras se había desplomado de pronto... Una violenta congestión cerebral, la brutal invasión de una masa sanguínea invadió su conciencia. Quedamos aterrados... Asistencia médica, asistencia espiritual, todo a su disposición... Maurras recibió la Extremaunción, mientras que arrodillados alrededor de su lecho, sus amigos respondían a las oraciones del sacerdote... Conocíamos la gran confianza que tenía en el Carmelo de Lisieux. Prendimos a su camiseta una reliquia de Santa Teresita. Al estado de coma sucedió con gran rapidez el delirio, la agitación... Balbuceos ininteligibles. Después las palabras se hicieron más claras, más distintas, separadas por largos intervalos de silencio: «Dromard, hay que marcharse... Esos jóvenes nos esperan... Que me traigan mis botas...» Y como las enfermeras permaneciesen sordas a su petición (Maurras no sabía que se le había hecho una incisión en el talón para provocar la hemorragia), volvió a decir con gran educación: «Señorita, por favor... Tráigame mis botas». Y de pronto, con un tono elevado, exigente, irritado: «Dromard, hemos prometido... Hay que marcharse...» No hay nada tan conmovedor como esta lucha, esa rebelión del espíritu contra el mal que dominaba su cuerpo, esa voluntad de mantener, a pesar de todo, su promesa... Un alma indomable... De una forma inesperada, casi milagrosa—pues yo, como médico, no había visto nunca en tales condiciones una normalización tan completa de las funciones corporales y espirituales—, Maurras su-

peró esa fase sombría e inconsciente en que su espíritu había estado sumergido durante varias horas... Debimos explicarle todo por escrito para evitarle la fatiga y hacer nuestra comunicación más fácil... Le dije cómo había sido abatido, y lo que había sido nuestra angustia, las oraciones que le habían rodeado, la Extremaunción dada por un sacerdote amigo, cura de la parroquia, con el cual un día había desayunado en nuestra mesa... Al ver sobre sí la reliquia de Santa Teresa de Lisieux, lleno de respetuosa gratitud, nos rogó que la conserváramos hasta su partida".

"En seguida empezó el período de convalecencia. Maurras permaneció aún algunos días en la clínica, tranquilo, muy tranquilo, manifestando apenas debilidad. Recuperó muy pronto el ritmo habitual de su vida. Un día, uno de sus antiguos camaradas de colegio, monárquico fiel, el conde de Navailles, le visitó. En el transcurso de la conversación, Maurras cogió a su interlocutor por el brazo y le dijo en tono alegre: «¿Sabe, querido amigo, que tengo un sacramento más que usted?, añadiendo: ¡He recibido la Extremaunción!»

Su curación fué muy rápida, pero sus amigos se inquietaron por las condiciones de su regreso a Martigues. El comandante Dromard me telefoneó a Vichy para preguntarme si se podría poner un coche a disposición de Maurras. El doctor Ménétrel telefoneó inmediatamente al prefecto de Bassés-Pyrénées para que satisfaciera esta petición. ¡Es el único servicio que Vichy ha prestado a Maurras!, y precisamente él no lo había pedido... Cuando Maurras venía de Lyon para visitar al Mariscal viajaba en un viejo coche que

hacía una media de treinta kilómetros por hora. Y todavía recuerdo cómo, después de una de aquellas cenas, al saber que Maurras debía regresar por carretera a medianoche, el Mariscal le despidió apenas terminada la comida. Una velada perdida. Esto no volvió a repetirse. Al año siguiente, cuando Maurras y Pujo vinieron juntos a Vichy, fueron horas inolvidables. Algunos días después del 10 de noviembre de 1942: el Mariscal hizo gala, durante toda la cena, de un espíritu lleno de juventud, de una extraordinaria juventud, y aún vuelven a mis oídos las palabras que nos dijo con una voz asombrosamente firme: "Volveré a organizar un ejército y una escuadra". Y Maurras, acercándose, le escuchaba atónito. Cuando le acompañé, a eso de las doce, a su hotel—atravesábamos el Parque—, me cogió por el brazo para decirme: "¡Es un hombre de una categoría superior!"

El mensaje prohibido.

El domingo 14 de noviembre de 1943 estaba en Valence, donde había dado una conferencia sobre Psichari y Péguy. Por la tarde me había alojado en el domicilio del director de un colegio religioso; allí me enteré de que el Mariscal no había asistido por la mañana a la "ceremonia de izar la bandera", y que ésta no había sido radiada, como de ordinario. ¿Qué sucedía en Vichy? Se tenía el presentimiento que había ocurrido algo grave. No íbamos a tardar mucho en saberlo. Al regreso, al día siguiente, un aviso me esperaba en mi domicilio: el jefe del Gabinete del

Mariscal me rogaba acudir, después de mi llegada al Hôtel du Parc. Desde hacía varios meses el Mariscal se preocupaba por asegurar la legitimidad de su sucesión, si ésta llegaba a plantearse. Quería que su sucesor la recibiese como él mismo, legalmente; que el poder político estuviese siempre asegurado conforme a la ley. Esta legalidad le parecía lo único que podía salvar la unidad francesa, en el caso que él desapareciese. De otra forma, el país sería arrojado de la noche a la mañana a una serie de intrigas y discordias sólo porque, en la situación actual, su sucesión recaería en Pierre Laval, cuya impopularidad no admitía discusión posible. Esta constante inquietud le impedía dormir... A comienzos de noviembre el momento le pareció propicio para hacer aparecer el nuevo texto constitucional que habían preparado Lucien Romier y Henri Moysset. El 12, el Mariscal había informado a Laval de su proyecto y le había enviado el mensaje que anunciaba el acto relativo a su sucesión:

"Franceses: El 10 de julio de 1940 la Asamblea Nacional me dió la misión de promulgar el acta de una nueva Constitución del Estado francés.

"He concluído la última redacción de esta Constitución. Ella concilia el principio de la soberanía nacional y el derecho de libre sufragio de los ciudadanos, con la necesidad de asegurar la estabilidad y la autoridad del Estado.

"Pero me preocupa lo que sucedería si yo desapareciese antes de haber cumplido hasta el final la tarea que la nación me ha confiado.

"El respeto por la legitimidad condiciona la es-

tabilidad del país. Fuera de la legitimidad no puede haber más que rivalidades, anarquía y luchas fratricidas.

"Hoy encarno la legitimidad francesa. Trato de conservarla como un fruto sagrado y de que a mi muerte vuelva a la Asamblea Nacional de quien la he recibido, si la nueva Constitución no está ratificada.

"De esta forma, a pesar de los acontecimientos importantes que suceden en Francia, el poder político estará siempre de acuerdo con la ley.

"No quiero que mi desaparición abra una era de desorden que pondría en peligro la unidad de Francia.

"Tal es la finalidad del acta constitucional que será promulgada mañana.

"Franceses: Continuad trabajando con el mismo ímpetu que hasta ahora por el establecimiento del régimen nuevo, cuyas bases os serán indicadas próximamente, y que es el único que podrá devolver a Francia su grandeza".

En los primeros momentos Laval no había encontrado en esto nada insólito; incluso había aprobado la iniciativa del Mariscal al decirle: "¿No soy un antiguo republicano como usted, señor Mariscal?" Pero el 13 de noviembre, a primeras horas de la mañana, Mr. de Brinon hacía saber, por consejo de Schleier, encargado de negocios en París, que las autoridades alemanas se opondrían, incluso por la fuerza—es decir, ocupando las emisoras de radio—, a la radiación del mensaje que el Mariscal debía pronunciar a las ocho, con el fin de anunciar a los franceses la publicación de la nueva acta constitucional. A las

nueve el Mariscal hizo venir al Hôtel du Parc a Krugg von Nida, representante de la Embajada alemana en Vichy, y le leyó la siguiente protesta: "Una orden del Gobierno alemán exige el aplazamiento del mensaje que debo pronunciar esta tarde; y Mr. de Brinon acaba de informarme que serán tomadas medidas militares para impedir la emisión. Consigno el hecho y lo acato. Pero declaro que mientras no pueda pronunciar el mensaje me considero imposibilitado de ejercer mis funciones". Esta era la razón por la que al día siguiente, el domingo, el Mariscal no había asistido a la ceremonia de izar la bandera. El lunes, 15, Laval cambió de actitud y se opuso violentamente al acta del Mariscal, en la que acababa de descubrir una maniobra que le era personalmente hostil. A este respecto tuvo en el mismo día una violenta conversación con Jardel, director del Gabinete político del Mariscal, y con el doctor Ménétrel. Entre otras cosas, Laval le había preguntado: "¿Qué va a decir vuestro Maurras?" El mismo Mariscal estaba un poco inquieto por la acogida que tendría entre las derechas de la nación, y sobre todo en *Acción Francesa* la decisión que señalaba una vuelta a las instituciones parlamentarias del régimen derribado. ¿Qué diría Maurras? Por esta razón se me dió el encargo de informarle y de exponerle los hechos que me acababan de comunicar.

En la noche del 15 salí para Lyon. Maurras no estaba allí; descansaba en Martigues. Fué a Maurice Pujo a quien primero expuse la situación. Cualesquiera que fuesen los inconvenientes, desde el punto de vista de la doctrina y de los prin-

cipios, Pujo estimó que, como actitud táctica, *Acción Francesa* debía defender la maniobra del Mariscal, por las mismas razones que habían tenido los alemanes de oponerse a ella y no obrar como los amigos de Laval, es decir, rechazarla en nombre del antiparlamentarismo. Y Pujo redactó a continuación esta carta, que yo debía entregar a Maurras a mi llegada:

"Mi consejo sería que usted escribiera en seguida un artículo político que se podría titular «Seguir al Mariscal», o de algún otro modo mejor. Sin entrar, desde luego, en la discusión de los hechos, usted renovaría con insistencia y con una energía especial sus consignas de siempre. Incluso podría defender indirectamente la tesis del Mariscal al insistir en la legitimidad legal de su poder entregado por la Asamblea Nacional. Nosotros no hemos tenido ni podremos tener nunca ninguna estima por esta Asamblea. Pero en las circunstancias terribles en que se encuentra Francia, todo puede servir. Dada la fragilidad de todo, podemos y debemos agarrarnos a la primera rama capaz de sostenernos sobre el abismo. El arte del político es saber aprovecharse de las cosas más mediocres, más negativas, para conseguir un bien superior. De hecho, el Mariscal tiene la legitimidad indiscutible, esta transmisión regular del poder que falta a De Gaulle y sus amigos, y que nunca podrán tener. Esta legitimidad, esta legalidad, es muy importante para exigir la unidad francesa. Ella da al Mariscal autoridad para organizar el interior y tratar en el exterior. El Mariscal nunca ha abdicado esa autoridad. Siempre ha conservado las manos libres, y nues-

tro esfuerzo ha sido el de conservarle esta libertad, rechazando los intentos de los partidos para traspasarla y desviarla. De esta forma, el Mariscal es absolutamente libre en su actuación y nosotros le seguiremos por muy molesto que pueda parecer desde el primer momento. Sólo el Mariscal puede sacar bien del mal".

Al día siguiente, en Martigues, puse a Maurras al corriente de lo que sucedía en Vichy. Los alemanes ocupaban su domicilio; habían cavado en su jardín una serie de trincheras y colocado algunas minas en la colina. Maurras, que no tenía ningún contacto con ellos, disponía sólo del piso bajo y de una habitación en el primero.

Comimos juntos, y después de la comida Maurras reflexionó antes de responderme: "De acuerdo. Diga en Vichy que pienso como Maurice Pujo, cuya carta hará usted conocer allí. En cuanto a mí, voy inmediatamente a escribir una nota general en el sentido que él me indica, "Seguir al Mariscal", y la enviaré en seguida por teléfono a "Acción Francesa". Es importante no permitir que se atormente el espíritu de nuestros amigos... Sí, comprendo la maniobra; la situación y el papel de Laval se verán rebajados; los americanos y los ingleses, que en este momento tienen dificultades con De Gaulle, terminarán afirmando que desde cualquier punto de vista lo mejor es tratar con el único poder legítimo: Pétain. Esto puede compensar los inconvenientes que presenta la probabilidad de un retorno al régimen parlamentario o de una concesión hecha a Argel—lo que será tomado por un signo de debilidad y puede animar a los disidentes—y, sobre todo, la im-

presión de ponerse detrás de esta disidencia que acaba de establecer una falsa asamblea parlamentaria..."

Maurras se detuvo un momento, después prosiguió: "La maniobra me parece, sin embargo, llena de peligros: hubiese preferido la inmovilidad. Nosotros confiamos en la sabiduría del Mariscal y no tenemos por qué discutirla. Pero la señal así dada va a poner en movimiento en el interior del país a los peores elementos, que creerán que hemos vuelto a la época dorada y desearán al mismo tiempo preparar su desquite. En cualquier caso, hay que mostrarse prudente. Hay que prestar atención a la reacción moral del país. Lo importante es saber qué llamará más la atención en el mensaje del Mariscal. Es necesario que no sea el retorno del parlamentarismo, ese pasado desastroso. En cuanto a mí, insistiré en la última frase del mensaje en que se habla del «establecimiento del nuevo régimen que podrá devolver a Francia su grandeza»."

Cuando volví a Vichy comuniqué el resultado de mis conversaciones al Gabinete del Mariscal. Los amigos de Laval, los periodistas de su alrededor, algunos medios policíacos, hacían circular noticias completamente desfavorables al Mariscal y a sus amigos. El Mariscal, que había decidido no ceder y preveía y comprendía todas las consecuencias de su actitud, ya no ejercía prácticamente sus funciones, no firmaba los documentos que le eran presentados. Casi quince días transcurrieron así, durante los cuales se hizo circular en Francia, como en el extranjero, "el mensaje prohibido". El país empezaba a conocer

la situación en que el Mariscal se encontraba frente a los alemanes y a Pierre Laval, lo que motivó un movimiento positivo de popularidad...

Maurras y Alemania.

Esa jornada pasada en Martigues me ha dejado un profundo recuerdo, muy distinto de las dolorosas inquietudes de los últimos meses en Vichy... ¡Y cuántas veces ha surgido en mi memoria, cuando, por una acusación monstruosa, Maurras fué declarado culpable de haber tenido "la intención de favorecer los proyectos de Alemania". ¿Debería yo responder a eso con la enumeración de las servicios prestados por Maurras a la causa del antigermanismo? Me daría vergüenza... Pero me permitiré evocar ese recuerdo de emoción tan honda, aquella mañana del 15 de noviembre de 1943, en Martigues...

Ese día, como todos los años, Maurras había hecho decir misa por sus muertos en la iglesia de l'Ile, esa Ile en la que hace ochenta y dos años ha nacido. Una vez terminado el santo oficio, subíamos juntos hacia su domicilio del Chemin de Paradis, cuando, en el momento de cruzar el puente del Canal, vimos a un convoy alemán atravesar en sentido contrario. Maurras se detuvo, me cogió por el brazo y me dijo con voz desgarrada:

"Se ha realizado la pesadilla de mi existencia... Siempre he temido que viniesen a la Provence, hasta Martigues, y esto desde que tenía tres años, cuando veía allí, en la carretera, hacer sus ejercicios a la Guardia Nacional... Estos recuerdos me han obsesionado siempre... Desde entonces

he pensado en el posible ataque, en la posible invasión... De este temor, que se apoderó de mí desde la infancia, se ha nutrido mi pensamiento político: todo, ¿comprende?, todo ha surgido de él..."

Y yo, que escuchaba a Maurras, aquella mañana, en las calles de Martigues ocupada, pensaba en Barrès; en Barrès, cuya doctrina política también tiene por origen los recuerdos que conservaba de los prusianos en Charmes, cuando era un niño. Durante toda su vida estas impresiones habían continuado actuando sobre su espíritu, y su nacionalismo no sería en definitiva otra cosa que "su expresión, su consecuencia". De esta manera, las mismas potencias sentimentales se encuentran en la raíz del nacionalismo de Maurras y del nacionalismo de Barrès, en el ciudadano lorenés de las marchas hacia el Este, como en el ciudadano de la Provenza, que recuerda que fué cerca de Arlés, la antigua capital, donde Mario derrotó a las hordas de los invasores germánicos...

Ante el hormoso sol de ese otoño que desaparecía, creía ver remontarse en el cielo de Martigues todas las verdades que Maurras ha sabido extraer de su instinto primario, esa "inteligente y sabia maldición de Germania, fermento natural de varias barbaries que, antes de asolarnos con el cañón ha hecho penetrar su anarquía en los espíritus, en la literatura, en las artes y en las leyes". Por encima del ruido del pesado convoy alemán, que hacía temblar el empedrado, yo percibía el ritmo de la oda vengadora:

"Raza alemana, que alimenta y lleva en sí
la impunidad de la perfidia
y la ignorancia del honor,
ningún reproche te conmueve,
como falta de sabiduría
que, desde siempre, mancilla tu corazón.
No conoces la ley de los mundos
que, para renacer, hace morir
en pruebas tan fecundas
que el más cobarde quiere someterse a ellas.
Por igualar su alta suma
el ser del alma se consume,
de todos sus males saca algún bien.
Sólo una raza abandonada
de los dioses justos está condenada
al crimen que no sirve para nada."

Sí, el secreto del pensamiento de Maurras reside ahí: ¿no ha surgido toda su obra de una meditación sobre la muerte? La íntima protesta de su ser se eleva contra este nihilismo destructor amante de la muerte, que descubre en el fondo del alma alemana: "¡Iremos todos juntos a la catástrofe!", decía Hitler cuando optó por la guerra: es la frase de una humanidad nihilista, hostil al resto del género humano. Maurras no ha dejado nunca de explicarnos cómo se ha podido realizar esta salvaje regresión.

Desde la primavera de 1932...

Aleccionado por las pruebas que había sufrido mi generación, esta experiencia me iba a acompañar en la primavera de 1932, cuando hice el viaje a Alemania. Allí vería elevarse la ola de

hitlerismo, esta nueva forma de germanismo prusiano y bismarckiano. Por mucho que me hubiese aconsejado y preparado, Maurras temía el resultado de este viaje: "¡Los árboles, me dijo, van a ocultarle el bosque!" ¡La experiencia le había demostrado que Alemania había herido profundamente a más de un espíritu francés. Si el espectáculo del tumulto hitleriano, del fervor propiamente religioso que emanaba de sus muchedumbres, no me produjo ningún asombro, fué porque Maurras me había enseñado a reconocer esta religión germanista, "especie de Islam nórdico, arraigado desde hacía siglo y medio en gran número de corazones alemanes". Y cuando pude escuchar a Hitler o a Goebbels exaltar el prusianismo, la obra de Stalin, de los Scharnhorst, de Gneisenau, yo descubría en sus discursos la doctrina de Fichte, de ese Fichte que divinizó el yo alemán, mitigada con un socialismo vago, adaptado a los tiempos modernos o apenas renovado. El hitlerismo se me presentaba como lo que realmente era: una simple derivación de ese pensamiento fichteano, sobre el que nadie había escrito más que Maurras para orientar la atención de los franceses. Todos los espíritus auténticamente previsores que encontré allí me confirmaron la verdad de lo que Maurras, Maurras el teórico, Maurras que no había ido nunca a Alemania, enseñaba desde hacía tantos años. ¿Qué me decían los que reflexionaban sobre Alemania? "Lo que pesa sobre Hitler no es precisamente un partido, sino el Estado Mayor del Ejército alemán. ¡El verdadero Gobierno de Alemania, el que sobrevive a todos los regímenes, es la Reichswehr!"

Cuando al regreso, después de publicar lo que había visto, lancé la voz de alarma, la desgracia quiso que mis palabras no encontrasen más que indiferencia. ¡Esa es la suerte que reservó la inconsciencia a las verdades oportunas, importunas, pero todas ellas justificadas, que Maurras ha recordado siempre para denunciar la constancia secular de la agresión germánica para poner en guardia contra sus apetitos y sus sacudidas! Pero lo he observado muchas veces: al francés no le agrada que se le hable de Alemania: es una realidad que le ha producido demasiadas inquietudes; no piensa en ella más que cuando algún acontecimiento se la presenta ante sus ojos. "¿Vuelve la guerra?", preguntaba entonces Maurras. Y añadía: "¿Seremos de nuevo vencedores?" Y Maurras respondía (era en 1937): "¡Habrá que serlo, sea cual fuere el precio del triunfo! Pues si no, las consecuencias serán terribles... Podemos considerarnos expuestos a sufrir condiciones peores que las de la muerte".

Comprendiendo que nos deslizábamos hacia una edad trágica, Maurras decía lo que nadie había dicho antes:

"Un estatuto nuevo de la humanidad se prepara, un código de nuevos deberes ante los cuales las cargas y los trabajos pangermanistas de 1918 causarán la impresión de juegos infantiles. ¡El racismo hitleriano nos hará asistir al reinado todopoderoso de sus hordas y, como última lamentación de nuestras poblaciones estupefactas se impugnará que tantas escandalosas iniquidades puedan ser alumbradas por nuestro sol, el sol del siglo xx!"

Todos los crímenes del nazismo eran así calificados, anunciados, denunciados por Maurras...

Lo que no se perdona a Maurras.

¿Cómo es posible, entonces, que a este antigermanismo maurrasiano, protector de la vida francesa y, en conjunto, preocupado en los destinos del mundo civilizado, universal y humano, se le haya amurallado y puesto una tal barrera? Porque está en la raíz de su antidemocracia, de su crítica magistral de las pretendidas ideas francesas o modernas que han sido elaboradas por Alemania. Lo que no se perdona a Charles Maurras es haber establecido la filiación común del germanismo y el espíritu revolucionario, haber demostrado que la revolución germánica, religiosa en el siglo XVI y filosófica en el siglo XVII, fué la doble causa profunda de nuestras convulsiones. Todo el nacionalismo de Maurras es la conclusión, como me decía en Martigues, de sus reflexiones sobre el germanismo. Pensando en el estado de puro vasallaje en que habían sido educados los jóvenes de su edad, escribirá: "Hemos crecido en la admiración frenética del pensamiento, de la lengua, de la poesía alemanas e incluso del socialismo alemán. Solamente hemos ignorado la causa única, real, de la superioridad alemana: ese nacionalismo que, enlazando los destinos de Germania con la tradición de los germanos, les comunicaba una confianza absoluta en las facultades propias de su raza". Maurras había sido el único de su generación que había profundizado hasta las causas: la unidad, la disciplina,

la prosperidad de Alemania eran una consecuencia de la organización política y psicológica. Tantos beneficios estaban relacionados con el orden, el orden de la monarquía. De ellos se podían sacar algunas consecuencias para nuestro país: eran, como Maurras trataba de demostrar a Bainville, las de ser monárquico en Francia y republicano en Alemania. El mismo patriotismo que le hacía desear para los alemanes el "retorno de las Alemanias", de sus "repúblicas de Príncipes", exigía a Maurras reclamar un rey, un jefe hereditario para nuestra patria que había encontrado siempre en él "su principio generador, amplificador y salvador".

Los "medios europeos"...

En todo esto pensaba, durante el camino de regreso a Vichy, en donde debía comunicar la respuesta de Maurras... También me había encargado de decir a los colaboradores del Mariscal que tuviesen cuidado de no ser víctimas de las zalamerías, de los gestos de fidelidad de algunos parlamentarios de izquierdas, fidelidades ampliamente compensadas por espantosas campañas de lucha de clases o por vergonzosas concesiones en perjuicio de la dignidad y el honor del país. "No soy lo suficientemente parlamentario, me dijo Maurras, como para dar una gran importancia a la separación entre izquierdas y derechas. Sin embargo, las ideas llamadas de izquierdas han dado prueba de su nocividad nacional y social. Cualquiera que tenga ojos para ver debería abrirlos en este caso particular." También las cam-

pañas de Sordet, "ese perro apaleado y encerrado en la perrera", le inquietaba, a pesar del "antibolchevismo" con que trataban de encubrir su apología del orden nuevo de Europa, es decir, de la dominación alemana. "Para Francia, la lucha contra el comunismo debe reducirse a un problema interior, me dijo Maurras. ¡Nosotros no tenemos ningún medio eficaz para trasladarla al exterior! Los medios «europeos» que parecen haber elegido los Doriot, los Déat y sus sectarios son terriblemente peligrosos para la unidad moral de la nación. ¡Vea usted adónde nos han conducido hasta el momento! No sólo no tienen en cuenta la psicología de una nación, sino que incluso olvidan las reacciones de un pueblo ocupado, cualquiera que sea el pueblo y el ocupante. De esta forma han exasperado, distanciado al Ejército, a la juventud, a los campesinos, al mundo obrero... Si se está contento del resultado, no hay más que continuar. Pero eso sería lo peor para el orden y para Francia... Dígalo, repítalo en Vichy, donde esas gentes tienen sus satélites..."

En pleno drama.

Vichy vivía entonces en pleno drama... Otto Abetz, que no se había incorporado a su puesto en Francia desde hacía muchos meses, acababa de regresar a París, donde había encontrado la situación muy cambiada. El 4 de diciembre estaba en Vichy. Ese día, la ciudad estaba sitiada por las tropas alemanas. En las carreteras y los caminos que la rodeaban los tanques

estaban alerta; la Gestapo había sido reforzada. Bajo esta amenaza las "negociaciones" iban a empezar.

A primeras horas de la mañana Abetz había enviado al Mariscal el documento de que era portador. Era una memoria de diecisiete páginas, en la que Ribbentrop, con un tono cercano a la insolencia, describía el proceso de la política del Mariscal. Las "faltas", las "intrigas" de los de su alrededor estaban denunciadas con todo detalle, y todas estas críticas no servían más que para insistir sobre "los peligros que corría el Ejército alemán ante el terrorismo y la anarquía que amenazaban a Francia". El documento acababa en una especie de ultimátum que exigía: 1.° Que la política de colaboración fuese reafirmada en su totalidad; 2.° Que el Gobierno del que Laval era jefe fuera modificado; que fuesen nombrados nuevos ministros que ofrecieran toda garantía para mantener una "política de auténtica colaboración francoalemana"; 3.° Que el Mariscal, jefe del Estado, reanudara inmediatamente el ejercicio de sus funciones, ya que el Reich no podía soportar que en ese momento Francia estuviese sin jefe; de otra forma, sería nombrado un Gobierno militar alemán. La carta de Ribbentrop terminaba con estas palabras:

"Os ruego, señor Mariscal, que no olvidéis una cosa: hoy la única garantía de la conservación del orden en Francia y, por tanto, de la seguridad del pueblo francés y de su régimen contra la revolución bolchevique, es el Ejército alemán... En el futuro su actitud dependerá de

la de Francia. En cualquier caso os ruego que tengáis en cuenta que Alemania sabrá defender sus intereses en cualquier circunstancia, de un modo u otro... Si os consideráis imposibilitado de dar curso a estas peticiones, os hago saber, en nombre del Führer, que él os deja completamente libre de extraer las consecuencias que os parezcan aquí implicadas".

"No se podía otorgar al Mariscal un diploma de resistencia más elocuente, más significativo", escribió Jean Tracou.

Esta carta que le consagraba como "el primer hombre de la resistencia de Francia" era, además, la justificación de su acción pasada, de su "política de presencia". De este modo, según la opinión de Hitler, el Mariscal era el único que había impedido el acceso al poder de los "hombres leales", que deseaba ver en él. Si la duda hubiese podido surgir en el espíritu del Mariscal, habría encontrado en esta requisitoria la confirmación de la exactitud de sus puntos de vista. A la vez, ésta era la mejor indicación sobre la conducta a seguir: se pude resumir en dos palabras: "Permanecer en su puesto, sucediera lo que sucediera..."

Pero el último intento del Mariscal tuvo como consecuencia un fracaso, y sus posibilidades de maniobrar, ya muy reducidas, lo fueron aún más. En esas condiciones difíciles iba a sostener una dura y larga negociación.



El último mensaje.

La crisis estaba resuelta, pero la última posibilidad de libertad iba a desaparecer en esta tormenta, llegando en su lugar la cárcel, la prisión del espíritu. "Sufro un verdadero martirio", decía el Mariscal a sus íntimos en el transcurso de esos seis meses atroces que iba a vivir hasta aquel domingo, 20 de agosto, en que los alemanes le arrebatarían su puesto por la violencia. Hemos vivido esas horas trágicas. Algunos días antes, en espera de lo terrible, el Mariscal nos hizo el honor de dirigirse a nosotros para redactar su último mensaje a los franceses:

"Obedeced a aquellos que os hablen el lenguaje de la paz social, sin el cual no se podrá establecer ningún orden auténtico... Aquellos que os hablen en un lenguaje que pueda llevaros a la reconciliación y la renovación de Francia por el perdón recíproco de los ultrajes y el amor de los nuestros, esos son jefes franceses... Acepto mi sacrificio con alegría si os sirve para encontrar la Unión sagrada y el resurgimiento de la Patria".

La obra del Mariscal había terminado...

Este último mensaje lo habíamos hecho enviar a Maurras por un joven oficial del "maquis blanco" de Auvergne que desde el 10 de agosto había establecido contacto con el Gabinete del Mariscal. Así Maurras, el 4 de septiembre, pudo comunicarlo a los periodistas americanos, a quienes se había comprometido a decir la

verdad sobre la resistencia del Mariscal... Cuatro días después, el 8 de septiembre, éramos internados.

¿La muerte?

Veinticinco de enero de 1945... Hacía algunos días que una amistad segura nos había acogido para darnos asilo en una antigua y noble residencia de l'Ile Saint-Louis, en la que olvidáramos las desgracias que acabábamos de padecer... Pero no se trataba de nosotros, sino de Maurras... Su proceso había comenzado la víspera.

Los periódicos, desde "Combat" a "Franc-Tireur", desde "L'Humanité" al "Figaro" no daban más que informes sectarios, llenos de rencor. Sin embargo, ningún periodista había podido silenciar la impresión que le había producido la entrada de Maurras en la sala del Palacio de Justicia de Lyon. Todas las miradas se concentraron en él cuando ocupó su asiento: con la cabeza erguida. Llevaba la condecoración de la *Francesque d'or* que el Mariscal le había concedido en diciembre de 1943 como "al más francés de los franceses". Recordamos la alegría de Maurras ese día. Pero hoy vivimos lejos de él horas de agonía, de una sorda agonía. Hoy no ignoramos lo que son los partidos, lo que son los sectarismos en tiempo de crisis y de revolución. De ellos hay que esperar cualquier cosa...

Aquella tarde se haría público el veredicto... Por discreción se me había dejado sólo... ¿Qué alivio habría podido calmar mis temores, esa horrible sensación que me agitaba? Para dis-

traerme trataba de leer, leer lo que fuese... Pasaba revista a los libros, y de pronto mi mirada se detuvo en el *Allée des philosophes*. La antigua obra se abrió por casualidad por el capítulo de "los signos y los castigos", y leí la página en la que la muerte plantea su pregunta... Se refería a Ferrer, Francisco Ferrer, al que en 1909 un consejo de guerra acababa de condenar a muerte como responsable moral de la sangre derramada, de los incendios provocados aquel año en Barcelona. Una trágica cuestión de Derecho se planteaba a propósito de la culpabilidad o no culpabilidad de Ferrer. Si una idea es causa de actos punibles, ¿es punible en su autor? Si se respondía afirmativamente, era la muerte. "¿Por qué no?", había escrito entonces Maurras, a quien esta idea había preocupado profundamente. Y su pensamiento se expresaba así, respondiendo a las objeciones "¡Un hombre! ¡La vida de un hombre!" en los términos siguientes: "Quien, colocándose en este punto de vista, erige la vida de un hombre en principio superior a toda justicia y a todo orden, detiene la marcha del mundo. Las demás vidas (¡que tienen sus derechos, según creo!) quedan así aniquiladas o inmovilizadas. Este golpe de viento metafísico basta para congelar el universo. La prohibición hecha a la sociedad humana de atentar contra el ser humano que la integra es ininteligible. Se dice: «Ferrer es una opinión!» "Esta opinión ha matado, continúa Maurras. Como causa reflexiva de crímenes públicos es mucho más responsable que el acto material del asesino insurrecto. El que tiene sangre fría es más culpable que el que pierde

la cabeza en un momento determinado. Si no se fusila a este último continuarán sus estragos. Pero si se le fusila, ¿cómo perdonar al primero?" Y se insiste aún: Pero, ¿al hombre de pensamiento? "¿Por qué no?, responde Maurras. Si los hombres de pensamiento no tienen ningún privilegio contra ningún género de muerte, ¿por qué tendríamos que exceptuar a éste de sufrir las consecuencias de sus acciones?" Ante la queja suprema, la de la amistad, la única conmovedora, Maurras respondía: "Para el católico nada es finito: alguien separa las intenciones, los pensamientos y los actos, y el pensamiento de la comunión de las almas salvadas abre en los afectos una magnífica esperanza". Pero Maurras añadía triste, estoicamente: "Aquellos que no creen, o que incluso suponen que el final de la tragedia está escrito cuando las doce balas han sido disparadas, esos son los últimos que pueden rebelarse contra los castigos parciales impuestos por el bien general de las sociedades. La Policía del mundo quiere que se la perturbe sólo con conocimiento de causa. Cuanto más serios y graves sean los riesgos implicados en la profesión de jefe espiritual más digna será esta profesión, y los que la sigan tendrán más en cuenta sus responsabilidades. Ni el carácter de los hombres ni sus costumbres públicas perderán nada con eso: Morir por una idea no puede ser un mal". Era su última palabra. ¿Podríamos, después de esto, llorar la muerte de Maurras? A pesar de lo absurdo, de lo ignominioso de una acusación en la que los propios acusadores no creían; a pesar de las mentiras y de las falsedades que acumulaban

para mantenerla, sabíamos con certeza plena que Maurras en ningún momento pensaría defender su vida... Ningún honor era comparable para él al de sufrir la violencia por una idea justa. Hasta el final defendería esta idea para servir una vez más a la Patria: "Si el pensamiento es lo que hay de más grande en el hombre, dice, ¿por qué no soportar en su defensa algunos sufrimientos e incluso la muerte?"

¿La muerte?... Eran las ocho de la noche, la hora en que la radio transmite las noticias... Recuerdo la habitación sombría en que estábamos reunidos cerca de la gran chimenea... Habíamos hecho girar el interruptor y la luz roja del aparato se había encendido... Detrás, las ventanas sobre el Sena, la niebla de la noche, donde parpadeaban luces hurañas, y el silencio atravesado por el grito lúgubre de los remolcadores... Esperábamos con el corazón en suspenso... Pero el locutor hablaba: al comienzo frases, frases indiferentes; después, de pronto, las que uno quería, las que uno temía oír...: "Condena a Charles Maurras a la pena de reclusión perpetua..." ¡Vivirá! ¡Maurras vivirá! Lo demás nos era lo mismo, contra lo cual la prevaricación consumada no podría nada... Ese proceso por traición—en el que no había habido ni el menor rastro de prueba—, ese proceso había sido hecho a un "maniquí" que habían llamado Charles Maurras, pero que no era Charles Maurras. Esta farsa siniestra, esta comedia de la Justicia, no era en el fondo más que una ficción ignominiosa rechazada por la esencia de la vida, de la naturaleza de aquel contra quien iba dirigida... ¡Había sido necesario que sus

"jueces" hubieran descubierto su personalidad para que hubiesen podido apoderarse de ella! ¿Qué era la justicia en sus manos? Maurras se lo había gritado y nosotros supimos después lo que había sido: "¡Oh, no se trata de un deseo personal de salvar mi pellejo! A mi edad ¡la vida es muy poca cosa! ¡Para mí es lo mismo: doce balas o ninguna no importan nada!"

Sí; Maurras había desafiado la muerte hasta ponerse por delante y marchar antes que ella. Hablando de lo que era la cuestión vital, hablando una vez más de Francia, de la única Francia, de la Francia eterna, que había padecido tantas penas y miserias, Maurras les había dicho: "Le he consagrado mi vida, señores, mi sudor, mis fuerzas; si ahora pudiese darle mi sangre, ¡os aseguro que nada sería tan glorioso y tan agradable para mí!" Pero, sobre todo, la cólera de Maurras había sacudido al Tribunal con su magnífica violencia: "Quiero, dijo con una ironía terrible, que el grito que lance, por muy poco armonioso que sea, por muy desagradable que parezca para los oídos delicados, encierre una gran verdad: los hombres que conscientemente, voluntariamente, han llevado a la guerra, son dignos del pelotón de ejecución. Esto lo diré hasta el último aliento". Y volviéndose hacia su acusador: "Tengo que decirle, señor abogado de la República, que la violencia no existe en mis palabras, como parece, sino en la situación. ¡Lo violento es que estéis sentado donde estáis y que yo no lo esté!"

Risit Apollo.

No hay barreras para el espíritu. Desde que Maurras ingresó en la cárcel, en la que se pensó haberlo encerrado para siempre, la carcajada de Apolo retumbó en sus paredes y un canto se elevó como respuesta a la pregunta "¿dónde estoy?", que el prisionero se hacía a sí mismo. Una vez más su alma emprende el vuelo hacia el país natal:

Ce petit coin me rit de toutes les lumières
de son magnifique soleil!
—O mon Ile natale, ô jardin de Ferrières
qui florirez sur mon sommeil;

C'est peu de vous crier que mon coeur vous pos-
Mon Martigues, plus beau que tout! [*sède,*
DE LA CONQUE DE FOS AUX FRÈRES DE LA MÈDE
laissez-moi chauter: JE SUIS VOUS!

Mes cinq arpents de fruits, de fleurs, d'herbes
De pins dorés, de cyprès noirs [*arides,*
Et ma vieille maison que nul âge ne ride,
Est-il besoin de nous revoir?

Que l'agave, métèque aux écorces barbares,
Dise à la fleur que le tuera
D'arborer notre deuil tant qu'une grille avare
De ses barreaux me couvrira!

Mais vous, mes oliviers, vous, mon myrte fidèle,
Vous, mes roses, n'en faites rien!
Je n'ai jamais quitté mes terres maternelles,
Frères, soeurs, vous le savez bien!

Vous vous le murmurez au secret de vos bran-
Nous sommes nés du même sang, *[ches,*
Et ma sève est la vôtre, et nos veines épachent
Dans un tumulte éblouissant,

La forme et la couleur que, pareillement belles,
Fomenta le plus beau des dieux
Quand, surgeons d'Athéna, de Cypris, de Cybèle,
Il vous nourrit des mêmes feux

Dont il brûla mon coeur et qui m'emportent
Pour la ravir, de ciel en ciel, *[l'âme*
Partout où retentit sur un verdict infâme
le grand rire de l'Inmortel![1].

---

[1] ¡Ese tranquilo rincón me sonríe con sus luces, con su magnífico sol! —¡Oh, mi Ile natal, oh, jardín de Ferrières que florecéis en mi sueño!

¡Es poco deciros que mi corazón os posee, mi Martigues, más hermosa que todo! DESDE LA CALETA DE FOS HASTA LOS HERMANOS DE MEDIA. Dejadme cantar: ¡OS PERTENEZCO!

Mis cinco fanegas de frutas, de flores, de hierbas áridas, de pinos dorados, de cipreses negros, y mi antigua casa que ninguna edad agrieta, ¿necesitaremos volvernos a ver?

¡Que la pita, meteco de las cortezas salvajes, diga a la flor que la impedirá enarbolar nuestro luto, mientras que una reja avara me oculte detrás de sus barrotes!

¡Pero vosotros, mis olivos: tú, mi mirto fiel; vosotras, mis rosas, no hagáis nada! ¡Nunca he abandonado mis tierras, hermanos, hermanas, vosotros lo sabéis!

¡Vosotros lo murmuraréis en el secreto de vuestras ramas, hemos nacido de la misma sangre, y mi savia es la vuestra, que nuestras venas vierten en un tumulto deslumbrante.

La forma y el color que, igualmente hermosos, fomentó el más bello de los dioses, cuando, surgidos de Ate-

Las paredes nos hablan.

Han podido encerrarle. Está ahí. Detrás de los barrotes de una prisión, Maurras vive, Maurras continúa, Maurras es incansable, y sentimos sobre nosotros la protección de su consejo. Maurras estaba aún en Riom cuando llegó la noticia—pues en las cárceles se sabe todo—de que en ciertas regiones donde su pensamiento ya no era escuchado la quimera del federalismo tomaba nuevos impulsos. Maurras experimentó tanta inquietud como tristeza. Con ese motivo tuvo largas conversaciones con uno de sus amigos que, liberado después, ha podido reconstruir sobre las notas que había tomado la gran lección política que de ellas se desprende. Las conversaciones comienzan a propósito de la unificación de la Europa Occidental:

"Hay que comprender bien lo que será eso, dice Maurras. Ya no se tratará de una simple alianza útil o necesaria, bien o mal asegurada, contra un enemigo determinado. Eso supondrá la dimisión de un cierto número de soberanías europeas y su subordinación no, como por ahí se dice, a una imposible soberanía común, sino a la voluntad o el provecho de una potencia más fuerte, única reina y dominadora. Sucederá con Europa lo que ha sucedido con la Alemania de ayer. En 1848, el Parlamento de Franc-

---

nea, de Venus, de Cibeles, os nutre con los mismos fuegos con que incendió mi corazón y me conducen el alma para arrebatarla, de cielo en cielo, a allí donde retumba sobre el veredicto infame la gran risa del Inmortal!

fort intentó llevar a cabo una federación de todos por igual. Fracasó porque la igualdad es imposible entre los miembros del Cuerpo germánico. Pero Bismarck podía triunfar, como triunfó, agrupando alrededor del núcleo prusiano dominador algunos satélites muy desiguales. Hoy pasará lo mismo, porque no puede suceder de otra forma; son condiciones generales e inflexibles del ser.

"Supongamos, continúa Maurras, una Europa federada, formando así un todo artificial con partes naturalmente distintas. Sería un grave error creer que este régimen traería, en última instancia, una garantía para la paz. Todo lo contrario: la guerra surge directamente de la Constitución federal como el fruto de la flor. Esas guerras, pequeñas o grandes, que forman cuerpo con el régimen, llevan el nombre técnico de «expediciones punitivas». Lo más corriente es que traten de atraer a los federados al seno federativo. El Reichstag alemán hizo más de una expedición de éstas, y profundamente sangrientas, entre 1919 y 1938.

"Me asombra ver cómo nuestras autoridades eclesiásticas, propicias al federalismo, no recuerden que Suiza ha hecho su guerra del Sonderbund, en la que los católicos disidentes fueron aplastados. Pero nadie puede olvidar que el primer Conde de París ha descrito y analizado con gran penetración la guerra de Secesión americana, una de las más sangrientas de la historia del mundo. Si la ciencia militar de 1860 hubiese descubierto la bomba atómica, sin duda habría sido empleada en esa expedición punitiva del

Norte contra el Sur, como la ciencia lo hará, con toda seguridad, en las expediciones punitivas del futuro. ¡E, incluso, sin las bombas atómicas, el Sur fué reducido a una especie de esclavitud durante un período de cerca de veinte años!

"Deberíamos recordar ciertas cosas a fin de prever otras terribles, prosigue Maurras. Sin necesidad de recurrir a la memoria, dice, ¿qué vemos con los ojos de la cara en el Próximo Oriente? Es una gran república federal la que Moscú nos fabrica, Estado por Estado, ¡según todas las reglas del arte ginebrino y marxista! ¡Varsovia, Praga, Bucarest y Belgrado no son más felices que Roma y Atenas! La Federación moscovita desmiente a los federalistas que creen que ese régimen debe excluir la fuerza. Está en él como en todas partes, y la independencia universal no puede servir absolutamente de nada en este punto."

Refiriéndose al asombroso espectáculo que da Rusia, donde los Soviets hacen alternar el empleo de ciertos procedimientos heterogéneos y contradictorios, Maurras concluye con esta lección más provechosa aún que la anterior:

"En el interior, dice, los Soviets utilizan, ante todo, los intereses nacionales, la tradición nacional rusa, eslava, paneslava, porque esas fuerzas nacionales «construyen»; en el exterior emplean únicamente las pasiones democráticas, porque esas pasiones «destruyen». Saquemos de todo esto lo que más nos conviene, concluye Maurras. Si el nacionalismo construye, si la democracia destruye, que el ejemplo sirva de hilo conductor a la política francesa. Comprendamos que es necesario nacionalizarnos NOSOTROS.

Y pensemos en crear el Estado auténtico, la auténtica salud de la nación, antes de ponerla en el trance de unirla y asociarla con el resto del mundo por medio de telarañas que no se podrán mantener y que más adelante nos atormentarían. La preocupación de nuestra fuerza y de nuestra resistencia interior debe dominar sobre cualquier otra. Imitemos el proceso moscovita. Primero pensemos en nosotros mismos, y si encontramos el ejemplo ruso demasiado desproporcionado con nuestros medios, imitemos entonces el de Berna, el de Madrid, el de Lisboa, el de Angora, que, desde 1940 a 1948, han conseguido sustancialmente conservar la paz.

"Hoy, acaba Maurras, hoy más que nunca, la política debe concentrarse y no dispersarse. ¡Que se provea y se prevenga con alianzas seguras, pero que se guarde con cuidado no sólo toda alteración de la soberanía, sino también de los compromisos indefinidos o mal definidos, cuyas reciprocidades no podrían ser claramente conservadas!"

Y Maurras añadía:

"Un Gobierno nacional, si examina con sangre fría nuestras alianzas en relación con su ejército, su industria, su población, dirá necesariamente: antes de pensar en el mundo pienso en nosotros. Practico el orden, la unión, la amistad, el trabajo, la justicia, el progreso material y espiritual, pero sobre todo la calma y el desarme nuestro.

"Barro delante de mi puerta. Consolido la base de mi vida y la recubro de espinas tan punzantes como me sea posible para que de esta forma el enemigo tenga la impresión de que fraca-

saría si intentase apoderarse de ella. Mientras las Uniones, Sociedades o Asociaciones de Naciones más o menos unidas: S. D. N., O. N. U. ..., no consigan más que ampliar los litigios, las defensas, las órdenes, las llamadas, acumulando así los temas de conflictos siempre renacientes, yo, en cuanto Gobierno nacional, soberanamente nacional, nacionalista por vocación, pienso, veo, actúo siempre, en cualquier caso, «no buscando la lucha, pero tampoco dando una impresión de debilidad que puede atraerla». En una palabra, no atacar, pero tampoco exponerse a que el primero que llegue nos asalte."

"¡Ah, pero este Gobierno no existe aún; luego tendremos que actuar solos", dijo Maurras con voz sorda. Después, enardeciéndose, añadió: "Nuestra valiente resolución de militar en favor del lado honrado de Francia es inmutable. Este combate será ahora más duro que antes. La mayor dificultad exaltará nuestro ánimo en un bello esfuerzo corneliano..."

—¡Creía—me dijo nuestro amigo—escuchar en la prisión los gritos de dolor de la esperanza! ¡Esos gritos se escuchan donde son necesarios!

Algunas semanas después llegó hasta mí el eco de esta alarma. Yo acababa de publicar un pequeño libro sobre Alemania; Alemania, que sigue siendo el punto crítico de la paz del mundo. "La idea de contener a Rusia por medio de una Alemania que sería el cruzado de Occidente es una locura, escribíamos hace ya tres años. Eso no puede sino agravar aún más el peligro ruso, puesto que la Unión Soviética, al darse

cuenta de que quieren emplear Alemania contra ella, trataría de hacerse su aliada cueste lo que cueste. Los que temen el peligro soviético corren el riesgo de verle confundirse con el peligro alemán y de encontrarse un buen día ante dos enemigos en vez de uno solo. Lo que se puede asegurar es que Alemania tratará de conseguir todas las alianzas que le sean útiles para liberar su suelo de la presencia del extranjero y rehacer su unidad."

Y, desde el fondo de su prisión, Maurras necesitaba darme sus "gracias" por haber escrito estas cosas que las "nuevas extravagancias" obligaban a oír:

"Pero, ¿es que los que ocupan el Poder están locos?, me decía Maurras. ¿Es que no saben lo que es una Federación? ¿Es que ignoran que en estos famosos Estados federados ese peso alemán de ochenta millones de habitantes vale dos veces más que el que sólo tiene cuarenta millones? ¡Qué inconsciencia, que insensatez! Bidault agravó lo que había hecho Briand, Schumann lo que hace Bidault. ¡Preparémonos para la expedición punitiva europea que realice el plan de Hitler con el concurso de Londres, Washington y del Bénélux! Es estúpido imaginarse que se será independiente de la más o menos centralización del Reich, una vez que se haya asegurado el Estado y cerrado sus fronteras..." Y Maurras añadía, refiriéndose a mí: "Si usted puede gritar y decir todo, hágalo; usted es casi el único que puede hacerlo... Me parece que usted está solo... Gaxotte ha hecho un "buen trabajo" con su *Naissance de l'Allemagne*. Este es uno de los pocos que compren-

de que lo que hay que hacer no es desnazificar, sino desgermanizar; que sería necesario para Alemania una crisis de humildad[1] y *que los moralistas profesionales son asesinos...*"

Y Maurras nos decía, nos repetía: "La peor consecuencia que se podría desprender del encuentro de la Prusia pangermanista con el paneslavismo moscovita, por mediación de Hegel y de Karl Marx, sería el bloque de su alianza: una alianza monstruosamente fuerte. Pues ¿quién podría resistir la técnica alemana, unida a la masa rusa en el viejo continente?"

El grito de alarma se eleva desde los muros que rodean la prisión de Charles Maurras. Aquí o en cualquier otra parte está siempre el hombre de la muralla, el que ha definido la ley de el muro. El muro, he aquí su puesto.

Maurras no ha dejado nunca de servir y vigilar a Francia, a la auténtica Francia. Pero, ¿cuándo acabará para Francia esa vergüenza de tener un Charles Maurras en prisión?

Abatida por la fuerza la carne puede sufrir, pero el espíritu se siente libre y vivo. Maurras es la encarnación de esta prohibición en un corazón inflexible: ya que, ante él, el porvenir deshonrará el espíritu de aquellos que le encarcelaron.

---

[1] Esta crisis de humildad no es, desgraciadamente, la que Alemania ha tenido después de su capitulación. Alemania cree siempre que el porvenir le pertenece, aunque ese porvenir se presente bajo una forma comunista. Para los ojos de los constructores de su pirámide futura, el Reich, *ahora su unidad,* será pronto o tarde el director de la Rusia bolchevique, aunque debiese contraer con ella ese "matrimonio profundo y terrible", cuya idea hacía ya temblar a Michelet.

Himno a dos voces.

"Este libro querría ser el libro de mis deudas y mi fidelidad, una especie de memorial en el que se inscriban los nombres de mis bienhechores, pues nada tengo que transmitir que no haya recibido. Soy un heredero. Los hombres de mi época han tenido la fortuna de recoger, al despertarse a la vida espiritual, los frutos del trabajo de una generación que antes que de heroica fué calificada de genial. Dos nombres se destacan: el de Charles Péguy y el de Charles Maurras, los dos hombres que han hecho más que ningún otro por llevarnos hacia el culto de la patria, del espíritu nacional. Ellos son los dos polos de la civilización francesa y, sin embargo, están unidos en las cimas de la esperanza, de la esperanza imposible de apagar, aunque sople el viento de la muerte".

Que no se espere de mí que oponga, uno al otro, a esos dos maestros de mi juventud. Charles Péguy ha supuesto para el alma lo que Maurras para la inteligencia. Los dos tienen un mismo objetivo: la salvación de Francia. Pero Péguy no soñaba más que con ofrecer al mundo el heroísmo francés. Maurras, que no dudaba de este heroísmo, hubiese querido evitar su empleo a Francia. El problema para él era salvar, armar y proteger este alma tan hermosa, no malgastar sus reservas de heroísmo, la sangre de la juventud. "Es preciso salvar, decía Péguy, es decir, darse, sacrificarse, pues Francia no puede morir", y esto era en el fondo un acto de fe, una llamada. "Es preciso salvar", decía Maurras, y éste es el grito

del hombre que conoce la dura historia, «llena de pueblos muertos».

Maurras y Péguy, ¡cuántas coincidencias en ellos, e incluso en sus destinos, aparentemente contrarios! Se ha hablado mucho sobre lo que les separa; para acabar querría considerar los puntos en que coinciden, y bajo sus diferencias ideológicas, sus sentimientos, sus voluntades parecidas, sus idénticas aspiraciones.

Maurras puede no estimar el vocabulario de Péguy—conocida es su desconfianza por esa oposición de Péguy entre «mística» y «política»—. Péguy se salvó de cuanto podemos descubrir en ella de idealismo romántico, de confusionismo moral, por su condición de campesino. La tendencia idealista y falsamente unitaria no es lo auténtico de Péguy: no, Péguy no cree que todo es bueno, como decía Jaurés; por el contrario, cree que todo puede ser malo. Sabe—como Maurras lo sabía—que huir de lo peor es el objeto principal del Gobierno propio y ajeno. Péguy conoce demasiado bien a la gente y las cosas y está profundamente enraizado en el orden de la naturaleza, de lo real, para que carezca del sentido del orden, es decir, de «las desigualdades y libertades necesariamente existentes». ¿Qué entendía, por tanto, cuando hablaba de mística? "Una entrega desinteresada a una causa elegida por su valor espiritual", un honor, una fidelidad a una determinada raza, a esa raza francesa que decía no puede morir. La mística de Péguy es un acto de caridad dirigido hacia el espíritu de la patria.

¿No aparece este mismo amor al comienzo y al final de todas las lecciones de Maurras? Incluso, quizá, es el principio substancial. "Acabará, de-

cía hace mucho tiempo, por admitirse que no se es necesariamente un desarraigado ni se carece de ternura humana cuando se dedica toda una vida a proponer una verdad desinteresada, de la cual depende el destino de los hombres." Y ante el horizonte sangriento y sombrío que en estos tiempos de desgracia mostraba nuestra Patria, Maurras nos aconsejaba mirar seriamente "lo que hay de más fuerte y más débil en el mundo, el corazón del hombre cuando es débil". Lejos de rebajar la virtud, lo moral es, para Maurras, más valioso que lo físico. Tratándose de Francia, nada le parece superior a un francés auténticamente moral, pero sabe que no puede existir sin una causa. "Esta causa, dice, se llama, lo mental, que es algo muy diferente de una doctrina. Pero para una superación radical los espíritus exigen un método y, en propiedad, un arte de pensar. Pensar en y como francés es una herencia de bienes inmateriales, lengua, refinamiento, cultura, todas las profundas aportaciones de un determinado suelo, de una determinada sangre, de una misma historia." El optimismo de Maurras, su confianza en el futuro, se alimentan de eso: pues "sin pasado no hay futuro concebible, dice; más aún, no hay hombre".

Este contacto profundo con la patria viva, en el presente y en el futuro; esta voluntad de conservar y restaurar las virtudes, las costumbres y hábitos de la raza, constituye la secreta alianza de Péguy y Maurras.

Ya lo he dicho en las primeras páginas de este libro: la política de Maurras surge de una meditación sobre la muerte. Obsesionado por la fragilidad del hombre, afirma que el esfuerzo de su

defensa debe unirse a una serie de tareas acumuladas y apoyarse en estos medios de perennidad que perpetúen su felicidad. Este esfuerzo no lo exalta como un absoluto, pero lo considera necesario para encontrar el camino de la tradición, de la herencia material y espiritual que nos ha sido común. "Lo que nuestros antepasados han hecho por hábito y por sentimiento hay que proseguirlo con la razón y la voluntad", dice. Y Maurras dirige su lección política y su crítica del régimen hacia la obediencia de quien, en el pasado, se ha revelado capaz de perdurar.

Este es el punto en donde la "mística" de Péguy y la "política" de Maurras parecen menos conciliables. "Olvidemos la política", decía Péguy. Pero en realidad no la olvidaba: él oponía la misma crítica que Maurras a un sistema de gobierno fundado en la satisfacción de los más ruines apetitos, en la satisfacción de los intereses más bajos. Pero las virtudes de la raza, con la fortaleza de sus hábitos, eran para Péguy tan vivas, tan activas, que creía suficiente honrarlas y hacerlas presentes para que todo se salvase. Lo que le llevaba a decir: "No somos de aquellos que creen en los regímenes; no creemos que un régimen produzca o no produzca la guerra, la fuerza y la virtud, la salud o la enfermedad, el juicio, la tranquilidad de un pueblo. Nosotros, por el contrario, creemos que existen fuerzas y realidades más profundas, y que son los pueblos los que crean la fuerza de los regímenes". Nada más opuesto en apariencia a la doctrina de Maurras, ya que Péguy parece poner en duda el valor de las instituciones.

Pero, ¿quiere esto decir que Maurras olvida

estas fuerzas y estas realidades, de las que habla Péguy? Si Maurras es monárquico en Francia, esto no puede equivaler a que Maurras haya exigido un rey allí donde estaba en conflicto la salvación pública: los pueblos, el lo sabe, son diferentes "sus costumbres, sus razas, dice, permiten y ordenan unas leyes distintas de las nuestras". Maurras es monárquico porque considera una verdad de experiencia el hecho de que las virtudes y los defectos del pueblo francés crean la eficacia del régimen monárquico y el fracaso del régimen democrático. Incluso se podría decir y demostrar que existen consideraciones de orden espiritual y moral en la concepción de la monarquía francesa de Maurras. ¿No ha escrito al meditar sobre *Jeanne d'Arc*: "Los grandes valores morales, eternos y superiores a los efímeros vivientes, hacen a las naciones dignas de este nombre? Los grandes pueblos viven por lo inmortal. De esta forma perduran a través de sus dinastías. Inversamente tienen las dinastías que merecen". Maurras no ha olvidado nunca la función que desempeñan en la historia de los pueblos esos "hondos misterios, esos fermentos vitales, esas fuerzas espirituales que fecundan, fructifican y determinan, dice, un poco de furor y de ira, mezclado con un poco de generosidad y un mucho de amor". Este es uno de los puntos en que se enlazan profundamente su pensamiento y el de Péguy.

Finalmente aparecen esas alturas en que se realiza su encuentro; y este lugar de reunión superior es la esperanza. ¿Cómo se ha podido desconocerlo? Si Maurras sabe que cualquier desor-

den conduce a la destrucción, que destrucción y desorden son una y la misma cosa, entonces, se ha dicho, se debe pensar que su empresa está inspirada por una especie de desesperación.

Así es como al Maurras trágico, el del corazón ardiente y el del espíritu firme que se atreve a ver y predecir la muerte de su pueblo, se le ha opuesto un Péguy cristiano que no cree en la muerte, que cree en la vida y en los eternos renacimientos. Sin duda alguna, la esperanza de Maurras no es la esperanza de Péguy; es la esperanza de un hombre a quien el estudio de las sociedades humanas ha enseñado cómo estas sociedades pueden no morir; esperanza totalmente terrena, traducida en voluntad decidida y en razón lúcida, fortalecida por los bienes tradicionales, eternos, universales, que se encarnan en la sabiduría griega, el orden romano, la revelación trascendente del Cristianismo, fundamentos morales de nuestra civilización. Pero aún hay más: si los hombres mueren, si un viento tremendo devora indiferentemente los espíritus, los corazones y los cuerpos, la verdad subsiste: "Espiritual en la eternidad, dice Maurras. Política en el tiempo; por todas partes ese largo tiempo que está concedido a la serie de generaciones de un país.

Aunque elevada al orden sobrenatural, la esperanza de Péguy también es terrenal, la humana esperanza, el "sueño innato de la flor de nuestras sangres", dirá Maurras; la "creencia en las fuerzas eternas de la raza francesa", dice Péguy, pues si el pecado de desesperación es para él el mayor pecado que existe en el mundo es porque

... le surnaturel est lui-même charnel
Et l'abre de la Grâce est raciné profonde
Et plonge dans le sol et cherche jusqu'au fond
Et l'abre de la race est lui-même Eterne[1].

De ahí que Péguy insista, luche, no obstante el desorden, como un auténtico vástago de la condición campesina, habituada desde hace muchos siglos a pensar, a sufrir y, a pesar de todo, a ver madurar el trigo. También Maurras sabe que todo lo que fué renace incesantemente: "¡Oh lágrimas, flores y frutos y semillas de la esperanza...!" Sin duda, para el espíritu de Maurras es un problema palpitante el "problema del mal de las cosas en el seno de un universo cuyo espectáculo general parecen poner de manifiesto ciertas decisiones benevolentes e incluso complacientes para los hombres". ¿Debo decir que Maurras ha seguido atento, en estos tiempos difíciles, ese "espectáculo general", esas resoluciones de la benevolencia, de la divina bondad? En él la "dialéctica del amor" —aquella que va más allá de las oposiciones, de la reticencia del espíritu crítico—tiende a demostrarle, cada vez más, que "sin Dios el principio de examen puede excluir todo, pero no fundamentar nada". "Sí, dice, la dialéctica del amor nos lleva y nos trae por todos los cielos: en ellos busca, pregunta por una eternidad intelectual que le haga revivir, como quería Lamartine, esos días

[1] ...lo sobrenatural es también carnal. Y el árbol de la Gracia está profundamente enraizado, Y penetra en la tierra y busca hasta el fondo, Y el árbol de la raza es en sí mismo eterno.

totales, no más grandes ni más hermosos, sino parecidos, los mismos; esos instantes perfectos en los que el bien duraba y lo que estaba hecho para unirse no sufría ni anulación ni perturbación". Y esto sirve de introducción a ese pensamiento supremo, el más profundo que Maurras ha dejado: "Mientras (escribe en esta especie de testamento intelectual que es *Sans la muraille des Cyprès*) que esos pensamientos rodaban por las cumbres de mi espíritu era imposible no reconocer que ellos me llevaban hacia las sendas maravillosas de la antigua esperanza, en cuyo término sonreía la benevolencia y la bondad de un Dios". Esta eternidad intelectual—tal es la creencia de Maurras—está fundada en la Verdad. "Cuando una idea es verdadera, dice, y ha tomado de la realidad una razón de ser sólida, es imposible que fracase. Incluso sus enemigos tomarán parte en su realización. Y el diablo intervendrá positivamente. Todo le sirve, fracasos, pruebas, ataques, enemigos victoriosos, repliegues impuestos, heridas graves o importantes. No existe hora ni año que no la fortalezcan y la nutran, a condición de que ella conserve la voluntad de corresponder a las necesidades de la vida. ¿Cuándo crecerá esta flor de pita en la corteza?..."

La respuesta nos la da Maurras en ese mito del "Higo-Palma"[1], que ha inscrito en nuestras ruinas, en nuestros días más tristes. ¡Qué gran lección extrae Maurras al recoger, sin apenas es-

[1] Cf. *Inscriptiones sur nos ruines.*

fuerzo, en su propio jardín de Martigues, esos frutos magníficos de los que tanto gustaba y que no había tenido ningún cuidado por sembrar!:

"Cuando el cielo y la tierra y el mar son tan sombríos, escribe, quizá no sea desafortunado decirse que más allá o más acá de este fuego, de esta sangre, de estas cenizas, existe y, a pesar de todo circula, el elemento fraternal y propicio como un alma amiga, oculta en las entrañas de nuestro mundo, que nos es benevolente y no nos olvida. ¡Nada más podemos contra eso! ¡O tan poco! Las más atroces barbaries invaden los espacios celestes. Sin embargo, ciertas bondades reaparecen entre nosotros y la caridad puede renacer. Su sonrisa puede centellear; algo que no es más que gracia (pues todo es gracia en el fondo) surge en favor del miserable pueblo de los hombres. El hecho que se vió en todas las épocas debe ser visto en la nuestra, y quizá por esto nuestros antepasados no perdieron nunca la esperanza. Se apoyaban en su instinto, producto de nuestra tierra y nuestra sangre. Si ellos fueron así, ¿por qué no podemos serlo nosotros?"

Maurras, como Péguy, no quiere conocer la muerte: "Los que dicen que lo que ha muerto ha muerto, no están seguros de sí mismos, dice. Me parece que lo que muere no muere de muerte natural, y siempre tuvo algún oscuro rincón reservado a la esperanza". De este modo, en el ocaso de su pensamiento, Maurras completa su moral política por medio de una parábola en la que no teme dar un puesto a la subconsciencia del mundo, a las "reservas infinitas y como subte-

rráneas que escapan a la luz de la razón y de la acción: tal es su *Himno a la noche.* Hace mucho que Maurras decía: "No se puede morir", y formulaba este pensamiento en leyes. Pero Maurras también sabe que, más allá de estas elevadas verdades, existe otra cosa: la gracia.

Noviembre de 1950.—Febrero de 1951.

APENDICE

UNA AUDIENCIA DEL CARDENAL PACELLI

Al leer la carta que Maurras escribió en agosto del 44, como introducción a la *Filosofía política de Santo Tomás,* de su joven amigo Lagor, tuve la grata sorpresa de encontrar algunos de los argumentos que yo mismo había empleado en el transcurso de una larga audiencia que S. E. el cardenal Pacelli, secretario de Estado de la Santa Sede, había tenido el honor de concederme en 1935, a petición del reverendo Padre Gillet, general de la Orden de los Hermanos Predicadores. Fué poco después del viaje que Su Eminencia había hecho a Francia, como legado de Su Santidad Pío XI. El cardenal Pacelli, por su carácter tan íntegramente sacerdotal, me produjo una viva impresión, y al hablarle de las cargas y las dificultades que le imponía su situación, me dijo: "Yo hubiese escogido otras si hubiera dependido de mí sólo... ¡Habría preferido las misiones...!" El cardenal me había recibido en su celda del Vaticano y me había hecho sentar a su lado, ante la pequeña mesa en que trabajaba día y noche. Sabía que yo había venido para

hablar de Charles Maurras y de *Acción Francesa*. Sobre todo quería hablarle de la influencia que Maurras había ejercido en las generaciones siguientes.

—Hay que reconocer—dije al principio a Su Eminencia—que en los medios intelectuales y universitarios, de donde procedíamos, y en los que la división de los espíritus era extrema, el vínculo católico ha sido restablecido por la masa, con todo su respeto y su honor. Alrededor de 1890 un inspector general de Universidad terminaba su informe al ministro de Instrucción Pública con estas palabras: "Pronto llegará un día en que el mapa de la Francia católica corresponda exactamente al mapa de la Francia analfabeta". No sólo, Eminencia, no se nos había hablado nunca de Santo Tomás, sino que, para los espíritus cultos de la época, católico era sinónimo de ignorante.

—De idiota, añadió el cardenal Pacelli.

—Han sido necesarios veinte años para superar todos los obstáculos. Y ¿cómo ha sucedido esto, Eminencia? Desde luego, no de un modo directo, quiero decir por medio del pensamiento católico, por muy valiosos que fueran algunos de sus representantes, un Ollé-Laprune, por ejemplo, que entonces era profesor en la Escuela Normal. Frecuentemente me he preguntado si, en el caso de que algún gran pensador católico hubiese aparecido en una época tan ingrata como la nuestra, habría podido por sí sólo realizar lo que los no creyentes iban a hacer si sus influencias no hubiesen sido semejantes.

—No; han sido necesarios muchos puentes

para permitirnos alcanzar la senda de la Iglesia—me dijo el cardenal.

—Esos puentes son la obra de un Maurras, un Barrès, un Bergson... Anclada en lo "relativo", la generación de Maurras, de Barrès, estaba destinada, por sus principios—por su ausencia de principios—, a la destrucción pura, a la anarquía, a todas las negaciones; pero repugnando esto por instinto y desde un principio, iban a tratar de salvar a pesar de todo, aunque fuese al precio de un ilogismo teórico, lo que la experiencia, por medio de sus resultados, les mostraba como justo, bueno, eficaz, tanto para el individuo como para la sociedad, y esto por encima de su inseguridad respecto de la causa primera... (Tal era el caso de muchos otros "espíritus desinteresados, libres, leales, que deseaban el bien sin conocerlo y que odiaban el mal sin buscar ni sus causas ni sus factores...") De esta forma, a pesar de tales deficiencias, en lo esencial han podido ponernos en guardia contra ciertos errores demasiado groseros; nos han enseñado lo que nuestros profesores no nos enseñaban, nos han mostrado lo que hay que venerar necesariamente, las realidades valiosas...; por un lado, Maurras, devolviendo a la inteligencia sus privilegios, luchando contra el individualismo, ya se llamara romanticismo o revolución; por otro, Barrès, al acudir a las potencias naturales del sentimiento y del alma... De este modo, protegidos, defendidos contra negociaciones destructoras y contra ciertas bajezas del corazón, los hombres de nuestro tiempo tuvieron la dicha de ser salvados del cientificismo, del determinismo, por

la crítica que hizo Bergson... Sí, gracias en parte a Bergson no nos sentimos ahogados por los *impossibilia* metafísicos que habían detenido a los Barrès, a los Maurras, en el humbral de sus investigaciones, y pudimos comprender la insuficiencia del "compromiso", en el que, sobre el plano intelectual, se habían visto obligados a establecer sus posiciones empíricas para reunir a espíritus de orígenes filosóficos tan diversos...

La nueva generación—era alrededor de 1910—iba a poder ir más allá que nuestros maestros inmediatos en el orden de los primeros principios. Pero, ¿por eso teníamos que olvidar los servicios que nos habían hecho, desconocer lo que estos grandes maestros habían hecho por nosotros, lo que aún podían hacer por otros y, en la experiencia, se había revelado tan positivo?

—Ustedes no lo podían hacer, me dijo el Cardenal.

—¡Maurras había tenido un gran valor y una gran influencia, incluso para muchos de nosotros! Por él, gracias a él, aparecieron introducciones, iniciaciones al tomismo, sin hablar de los numerosos caminos abiertos que sirvieron para convertir y atraer a la Fe... Maurras no ha influído por lo que le falta—y él lo ha puesto repetidas veces de manifiesto—, sino por lo que tiene y que algunos católicos no tenían; aunque sólo fuese por su fidelidad al genio constructor, rectificador, de Santo Tomás, del que su pensamiento ha conservado la huella inefable...

En cuanto a mí, Eminencia, si mi propio testimonio tiene aquí algún valor, no podría olvidar la utilidad del consejo que he recibido de Charles Maurras cuando, mi espíritu invadido

por las confusiones modernistas, tropezaba todavía en los caminos que debían descubrirme la pura doctrina católica... A Maurras debo la perfecta visión de los peligros de los métodos de inmanencia de un Le Roy, un Laberthonnière, la comprensión de la insuficiencia del bergsonismo en el orden religioso y dogmático, el conocimiento de la enseñanza de Santo Tomás que nuestro Jacques Maritain iba a promover y que la filosofía de la Iglesia sea esencialmente intelectualista... Tales son, Eminencia, nuestras filiaciones... A nosotros nos correspondía consolidar lo que habíamos visto y encontrado, de un modo bastante incierto, sin duda... Pero esta incertidumbre, esta aventura, es la nuestra y la de nuestras generaciones. Creo que el Catolicismo no ha perdido nada con ello.

* * *

A pesar de no ocupar entonces la Secretaría de Estado, el cardenal Pacelli no ignoraba que, desde 1929, Su Santidad Pío XI había pedido al Carmelo de Lisieux, por intermedio del cardenal Gasparri, que "todos los días, con un sólo corazón y un alma sola", se rezase a Santa Teresa para que, con su auxilio, desapareciese "la gran pena" que producía, en la Iglesia de Francia, la cuestión de *Acción Francesa*[1].

No sólo oraciones, sino vidas de sufrimiento y mortificación fueron ofrecidos a Dios para responder a la llamada del Papa. En 1935, la

[1] "Annales de Sainte Thérèse de Lisieux", agosto-septiembre de 1939.

Madre Agnès, priora del Carmelo, comunicó a Su Santidad Pío XI la muerte de una joven religiosa cuya familia conocía a Charles Maurras. Esta religiosa había ofrecido todos los sufrimientos de su vida por la paz de los espíritus. El Papa envió en 1936 a la Madre Agnès una carta muy emotiva en la que le hablaba de sus propias enfermedades y de la ofrenda que también hacía de ellas por la tranquilidad de las almas y del mundo.

En 1937, por consejo y por la oración del Carmelo de Lisieux, Maurras, prisionero en La Santé, había escrito al Papa para expresar la emoción que le producía su enfermedad y los votos que hacía por su curación. Su Santidad Pío XI le honró con el envío de esa carta autógrafa que hemos citado en otro lugar. He aquí las líneas finales:

"Con una intención muy particular le envío mi bendición en este aniversario de mi ya pasada elección, en el momento en que la bendición del anciano Padre es para todos los hijos de la gran familia la más deseada e invocada" [1].

Conmovido por los sentimientos del Santo Padre y de las religiosas del Carmelo, Maurras había escrito, tres meses después, al Papa, con ocasión de su restablecimiento. Esta carta, que ya hemos reproducido, emocionó a Pío XI por la lealtad y el desinterés personal de su autor.

---

[1] Hemos podido releer el texto de la carta de Pío XI cuando dábamos a la imprenta las últimas pruebas de este libro. De esta forma, hemos podido precisar los términos de la frase del Papa que habíamos reproducido de memoria.

Cuando Maurras salió de la prisión fué en peregrinación a Lisieux el 13 de julio de 1937. Esta misma peregrinación volvió a repetirla el 13 de julio de 1938 y el 13 de julio de 1939. ¿Por qué el 13 de julio? Era la fecha del aniversario de la muerte de la hermana María Teresa del Santo Sacramento, "la pequeña víctima cuya ofrenda fué misteriosamente consumada el 13 de julio de 1935".

Después de su segunda peregrinación al Carmelo, el 13 de julio de 1938, Maurras envió a Su Santidad Pío XI el siguiente telegrama: "El peregrino de Lisieux, conocido de Vuestra Santidad, le da las gracias por su especial bendición, fielmente transmitida, y, arrodillado ante la urna de Santa Teresa, se atreve a enviar su homenaje, su profundo respeto y confianza". Pío XI conocía ya la fecha de esta peregrinación, que era seguida desde lejos por sus oraciones. El 15 de julio, el cardenal Pacelli, secretario de Estado, envió este telegrama a la reverenda madre superiora del Carmelo de Lisieux: "Su Santidad, agradeciendo vivamente el homenaje del peregino, le envía, lo mismo que a usted, su bendición paternal". Por tanto, antes de la anulación de la condena, se había ya esbozado una cierta aproximación moral bajo el pontificado de Pío XI. En esta atmósfera, después de las excusas por las violentas polémicas y las injusticias cometidas, Pío XII, al año siguiente, pudo tomar las medidas oportunas que autorizaban la lectura de "Acción Francesa", la pertenencia al movimiento político, dignándose aceptar la retracción que Maurras expresaba respecto a ciertos escritos de su juventud.

El 13 de julio de 1939, Maurras, al que acompañaba Robert de Boisfleury, había enviado desde Lisieux a Su Santidad Pío XII el siguiente mensaje: "Los dos peregrinos conocidos de Vuestra Santidad, arrodillados ante la urna de Santa Teresa, os envían su homenaje respetuoso de veneración y de humilde esperanza". El mismo día, el nuevo Papa hacía enviar este telegrama a la Priora del Carmelo: "Su Santidad bendice paternalmente a los dos peregrinos, esperando que la santa de Lisieux colme sus esperanzas.—Cardenal Maglione". El 10 de julio la Congregación del Santo Oficio había ordenado secretamente el decreto de anulación del Indice, decreto que debía ser publicado por el "Osservatore Romano" en su número del 16 de julio de 1939. Algunas semanas después, el 18 de agosto de 1939, la Madre Agnès, Priora del Carmelo, recibía de Su Santidad Pío XII la siguiente carta, que habría de llegar a nuestro conocimiento por intermedio de un amigo:

"Las cartas y los artículos que, por intermedio de tu Caridad, nuestros hijos Charles Maurras, Robert de Boisfleury y Havard de la Montagne acaban de entregarnos para depositar en Nuestro corazón paternal los sentimientos desbordantes de su alma conmovida, Nos colman del más vivo reconocimiento al Padre Celestial. Y Nos es muy agradable hacer Nuestro, no sólo el reconocimiento de estos hijos hallados, sino también sus esperanzas, que se dirigen hacia ese inmenso beneficio de la paz que encuentra en la reconciliación y la unión de los espíritus su aliado más poderoso.

"Confiamos a tu amor filial el cuidado de hacerte la intérprete de Nuestros sentimientos hacia esos hombres cuyas inteligencias son para Nosotros una hermosa promesa de lucha por la causa de Jesucristo. A través de tu Caridad les enviamos de todo corazón, al mismo tiempo que a las religiosas del monasterio de Lisieux, Nuestra Bendición Apostólica.

PIUS P. P. XII."

La mediación de Santa Teresa del Niño Jesús había sido concedida.

* * *

Al año siguiente, creyéndose en "el deber de dejar a un lado" una "cierta discreción" que en principio le había "hecho ser prudente", su eminencia el cardenal Villeneuve, arzobispo de Québec, escribió a Charles Maurras, el 6 de abril de 1940, una carta en la que le hablaba de la cuestión de *Acción Francesa,* de la que se "había ocupado lo más prudentemente posible, pero (pensaba) también con alguna eficacia":

"Usted ha querido expresarme, en términos que me han conmovido, su confianza a este respecto, y verdaderamente no he obrado bien al permanecer en silencio. Sin embargo, me parecía que el silencio podía ser en ciertos casos una fuerza y un medio de penetración favorable en la gran causa francesa alrededor de la cual se trataba de descubrir, en este momento, ciertos prejuicios y situaciones negativas.

"En fin, la Iglesia, madre siempre prudente,

sin embargo más amorosa que prudente, se ha pronunciado, y con su palabra ha prestado un gran servicio a las almas, y creo que también a la unidad francesa. Permítame decirle que su profunda delicadeza, en circunstancias epecialmente espinosas—que los espíritus poco reflexivos apenas han sospechado—, nos han llenado, a mí y a sus amigos del Canadá, de admiración y simpatía".

Y el cardenal Villeneuve añadía, refiriéndose a Charles Maurras:

"Y además, subsiste y subsistirá el problema de su ingreso en la Iglesia. Le hablo con una cándida audacia y, puedo decir, fortalecido quizá por mi silencio anterior. Pues he descubierto que muchos confundían las cosas, y hubiesen llegado a hacer de su intimidad un caso de observación a pleno sol. Me tomo la libertad de decirle que rezamos mucho por usted, que tenemos la esperanza de que Santa Teresa le guíe, pero que dejamos al divino Motor de las almas actuar por Sí mismo en usted, por medio de sus dones supremos.

Es esta una forma de expresarle los sentimientos de consideración, y me atrevería a decir la afectuosa unión, con los cuales creo poder considerarme su devoto y respetuoso,

J. M. RODRIGUE.
Cardenal Villeneuve, O. M. I.
Arzobispo de Québec."

Nihil obstat: Dr. José Luis Lazcano. Madrid, 25 de junio de 1956. Imprímase: Juan, Obispo auxiliar y Vicario general

Este libro se terminó de imprimir en Sucesores de Rivadeneyra, S. A., de Madrid, el día 20 de septiembre de 1954